Katherine Anne Porter

Cuentos completos

Lectulandia

Reunidos en un solo volumen todos los cuentos de una de las grandes narradoras norteamericanas del siglo XX. El presente volumen reúne, por primera vez en castellano, todos los cuentos de la gran escritora norteamericana Katherine Anne Porter. A sus tres libros primordiales, *Judas en Flor*, *Pálido caballo, pálido jinete* y *La torre inclinada*, se le añaden ahora algunos cuentos que nunca antes se habían recogido en libro alguno. Katherine Anne Porter comparte geografía literaria —el sur de Estados Unidos— con William Faulkner y Flannery O'Connor, pero su estilo frugal y poético explora territorios distintos. Sus personajes, perseguidos por la violencia y la incertidumbre del mundo mexicano, luchan por la supervivencia, escindidos entre la sensualidad y la locura. De esa tierra árida, abandonada por los dioses, surge un espacio mítico del que Katherine Anne Porter sabe arrancar dolorosos destellos de belleza. Estos *Cuentos completos* fueron merecedores del National Book Award en 1965 y del Premio Pulitzer en 1969.

Katherine Anne Porter

Cuentos completos

ePub r1.0

Un_Tal_Lucas 07-02-2020

Título original: *The Collected Stories of Katherine Anne Porter*
Katherine Anne Porter, 1965
Traducción: Adriana Bo & Toni Hill & Maribel de Juan & Horacio Vázquez Rial

Editor digital: Un_Tal_Lucas
ePub base r2.1

Índice de contenido

Adelante, pequeño libro…
Judas en flor y otros cuentos
María Concepción
Violeta virgen
El mártir
Magia
La cuerda
Él
El robo
Aquel árbol
Las calabazas de la abuelita Weatherall
Judas en flor
El espejo agrietado
Hacienda
Pálido caballo, pálido jinete. Tres novelas cortas
Antiguas muertes
- Primera parte: 1885-1902
- Segunda parte: 1904
- Tercera parte: 1912

Vino de mediodía
Pálido caballo, pálido jinete
La torre inclinada y otros cuentos
El viejo orden
- La fuente
- El viaje
- El testigo
- El circo
- La última hoja
- La higuera
- La tumba

El camino descendente de la sabiduría
Un día de trabajo
Un día de fiesta

La torre inclinada
Sobre la autora

Adelante, pequeño libro…

Esta colección de relatos ha estado rodando por el mundo durante años en muchas ediciones, países e idiomas, dividida en tres pequeños volúmenes. Se han añadido cuatro cuentos inéditos, cuya publicación se debe al mero azar. «La higuera», ahora en el lugar adecuado de la secuencia llamada *El viejo orden*, simplemente desapareció cuando en 1944 se publicó *La torre inclinada*, y reapareció de nuevo en una caja atestada de muchos otros manuscritos inacabados en otra casa, otra ciudad y otro estado en 1961. «Un día de fiesta» representa una de mis luchas más prolongadas, no por cuestiones formales o estilísticas sino por mi propio choque moral y emocional frente a una situación humana con la que era difícil lidiar en mi juventud; sin embargo, la historia me persiguió durante años y escribí tres versiones distintas, si bien continuaba escapándoseme de las manos, así que la dejé, desapareció entre otros papeles y acabé olvidándola. Un cuarto de siglo después la encontré en otra de mis cajas y me senté emocionada a leer las tres versiones. Enseguida vi que la primera era la correcta y, dado que la enojosa cuestión que me había parado los pies tiempo atrás se había resuelto sola en el transcurso de mi vida, me pregunté cómo había llegado a perturbarme en algún momento de un modo tan profundo y secreto. Cambié un párrafo corto y un par de líneas del final, y di por terminado ese relato. «María Concepción» fue el primer cuento que publiqué. A este le siguió «Violeta virgen» y «El mártir», historias de México, mi amada segunda patria, aceptadas y publicadas en la vieja *Century Magazine*, hoy desaparecida, por el bueno, generoso y amable Carl van Doren. Él fue el primer editor —en realidad la primera persona— que leyó un cuento mío, y recuerdo que, decidido y cálido, me dijo: «¡Creo que eres escritora!». Esto sucedió en 1923.

Varios escritores o personas relacionadas con la literatura de un modo u otro me han hecho el gran honor de atribuirse en alguna ocasión, en sus

memorias publicadas, el hecho de «haberme descubierto», por decirlo de algún modo.

No tengo por qué nombrarlos, pero sí quiero expresar aquí y ahora, para dejar las cosas claras de una vez por todas, que fue Carl van Doren, escritor dotado, editor con iniciativa y amigo de jóvenes autores, quien hizo que mis historias fueran publicadas y me inició en mi larga carrera, con ese aire suyo de no hacer más que cumplir con su trabajo, como así era, de modo que salí de su despacho embargada por la alegría y en ningún momento pensé que había sido «descubierta» —siempre he sabido dónde me encuentro—, ni miré hacia el futuro como si empezara una «carrera». Qué desagradables son estas palabras en este contexto. «Violeta virgen» y «El mártir» quedaron fuera de la primera edición, no recuerdo por qué, quizá por despiste. Un amigo los rescató de los archivos de la vieja *Century Magazine* y los reeditó cuarenta años después, así que ahora se unen al resto. Todos los relatos que he escrito a lo largo de mi vida están aquí. Ruego al lector que me haga un gentil favor por el que puede estar seguro de contar con mi eterna gratitud: no llamen a mis novelas cortas «novelitas» o, aún peor, *nouvelles*. «Novelita» es un término clásico que sugiere algo nimio, casi una novelucha cualquiera. *Nouvelle* es una palabra tan vaga, débil y pretenciosa que no es preciso ni que describa sus implicaciones. Por favor, llamad a mis obras con uno de estos términos según el caso: relatos cortos, relatos largos, novelas breves y novelas. Estos cuatro términos cubren todas las posibilidades. Todas las historias de esta colección pueden agruparse en esta clasificación y resultan términos claros, suficientes y simples.

Se dice (en todos los idiomas que conozco) que partir es morir un poco, pero el adiós que dirijo a esas historias es una despedida alegre, pues así renuevo su vida y alargan su tiempo bajo el sol. Ese es el deseo último de la mayoría de los autores: ser leídos y recordados.

Adelante, pequeño libro…

KATHERINE ANNE PORTER

14 de junio de 1965

Judas en flor y otros cuentos

María Concepción

María Concepción andaba cautelosamente, manteniéndose en el centro del blanco camino polvoriento, donde las espinas del maguey y las traicioneras púas curvas de los cactus eran menos abundantes. Habría disfrutado de un momento de descanso en la sombra oscura junto al camino, pero no podía perder tiempo quitándose espinas de cactus de los pies. Juan y su jefe estarían ya esperando la comida en las húmedas zanjas de la ciudad enterrada.

Llevaba casi una docena de gallinas vivas colgadas del hombro derecho, atadas por las patas. La mitad caía sobre su espalda, en precario equilibrio con las que pendían sobre su pecho. Las patas entumecidas e hinchadas de los animales le rozaban el cuello; las gallinas retorcían sus ojos pasmados y le escudriñaban inquisitivamente la cara. Ella no las veía ni pensaba en ellas. Sentía cansancio en el brazo izquierdo por el peso de la cesta de la comida y tenía hambre después de una larga mañana de trabajo.

Su recta espalda se bosquejaba con firmeza bajo el limpio rebozo de algodón de un azul intenso. Una serenidad instintiva suavizaba sus ojos negros y almendrados, muy separados y un tanto oblicuos. Caminaba con la libre, espontánea y contenida naturalidad de la mujer primitiva que lleva un niño en el vientre. Su cuerpo era grácil y la vida que en él crecía no lo distorsionaba, sino que le daba las correctas e inevitables proporciones de mujer. Se sentía enteramente satisfecha. Su marido estaba trabajando y ella iba al mercado a vender las gallinas.

Su casita se encontraba en la ladera de una colina poco elevada, bajo un monte de pimenteros, cercada por un muro de cactus en el lado del linde del camino. Bajó al valle, dividido por el estrecho riachuelo, cruzó un puente de piedras sueltas cercano a la cabaña donde María Rosa, la colmenera, vivía con

su vieja madrina Lupe, la curandera. María Concepción no tenía fe en los huesos de lechuza carbonizados, la piel de conejo chamuscada, las entrañas de gato, las porquerías ni los ungüentos que Lupe vendía a los enfermos del pueblo. Era una buena cristiana y tomaba sencillas infusiones de hierbas para los dolores de cabeza o de estómago, o adquiría sus medicamentos embotellados, cuyo prospecto impreso no sabía leer, en la farmacia próxima al mercado de la ciudad, adonde iba casi a diario. De todos modos, solía comprar algún tarro de miel a la joven María Rosa, una hermosa y tímida niña de sólo quince años.

María Concepción y su marido, Juan Villegas, tenían poco más de dieciocho años. Ella gozaba de buena reputación entre el vecindario, que la consideraba una mujer enérgica, religiosa y hábil en el regateo. Todos sabían que si deseaba comprar un rebozo nuevo o una camisa para Juan, era capaz de soltar una talega de monedas de plata de ley para adquirirlos.

Hacía aproximadamente un año había pagado la licencia, el poderoso trocito de papel timbrado que permite a la gente casarse en la iglesia. Había dado dinero al sacerdote antes de que ella y Juan avanzaran juntos hasta el altar, el lunes siguiente a la Semana Santa. Fue una aventura para los habitantes del pueblo el concurrir durante tres domingos seguidos a escuchar las amonestaciones leídas por el cura sobre Juan de Dios Villegas y María Concepción Manríquez, quienes iban a casarse en la iglesia, en vez de hacerlo detrás de esta, como era la costumbre, más barata y tan vinculante como cualquier ceremonia. Pero María Concepción siempre fue tan orgullosa como la propietaria de una hacienda.

Se detuvo en el puente y hundió los pies en el agua; dejó descansar los ojos de los rayos del sol con la vista perdida por las lejanas montañas, de un azul profundo bajo el grosor de nubes en suspensión, y entonces sintió el antojo de una pasta de miel fresca. El delicioso aroma de las abejas, su lento y conmovedor zumbido, despertaron en ella el agradable deseo de una hojuela de dulzura en la boca.

«Si no me la como ahora, mi criatura saldrá con una mancha», pensó, espiando a través de las grietas del espeso seto de cactus que se elevaban desnudos, como hojas de cuchillos desenvainadas que cercasen protectoras el pequeño claro. El lugar estaba tan silencioso que dudó de que María Rosa y Lupe estuvieran en casa.

La pobre choza de juncos de mimbre y de haces de maíz secos, atados a altos retoños hincados en la tierra, techada con hojas de maguey amarillentas, aplanadas y entrecruzadas como ripias, se encorvaba perezosa y fragante en el

calor del mediodía. Las colmenas, de similar construcción, estaban diseminadas por la parte posterior del claro, como pequeños montículos de limpios restos vegetales. Sobre cada montículo pendía un polvoriento y dorado resplandor de abejas.

Una clara y alegre carcajada surgió de detrás de la cabaña; la siguió una fugaz risa de hombre. «¡Ah, ja, ja, ja, ja!», subían y bajaban juntas las voces, como en una canción.

—¡Así que María Rosa tiene un hombre! —María Concepción se detuvo de golpe, sonriendo, protegiendo sus ojos con la mano para ver mejor a través de los huecos del seto.

María Rosa correteaba de un lado para otro entre las colmenas; al levantar las rodillas para dar ligeros saltos, mirando hacia atrás y riendo temblorosa y emocionada a su paso rompió dos jazmines enanos. Al correr un pesado jarro, que pendía de su muñeca por el asa, le iba golpeando los muslos, las puntas de los pies levantaban de pronto montoncitos de polvo y las trenzas enmarañadas le caían sobre los hombros en largos mechones rizados.

Juan Villegas corría tras ella, riendo también de un modo extraño, los dientes apretados, ambas hileras brillando tras el breve y suave bozo negro que le crecía ralo sobre los labios y el mentón, dejando sus mejillas morenas tersas como las de una muchacha. Cuando la atrapó, aferró con tal fuerza su vestido que este cedió y se desgarró por el hombro. Ella dejó de reír, apartó al hombre de un empujón y permaneció en silencio, tratando de subir con una mano la manga arrancada. Su barbilla aguda y su boca rojo oscuro vacilaron por un momento, como si deseara volver a reír; sus largas pestañas negras parpadearon ocultando la luz con rápidos movimientos de sus ojos.

María Concepción no se movió ni respiró durante unos segundos. Tenía la frente fría y, sin embargo, sentía correr agua hirviendo a lo largo de su columna vertebral. Un dolor inexplicable se apoderó de sus rodillas, como si se le hubiesen roto. Temía que Juan y María Rosa notasen sus ojos fijos sobre ellos y la encontraran allí, incapaz de moverse, espiándolos. Pero no salieron del cerco, ni siquiera miraron hacia la brecha abierta en el muro que daba a la carretera.

Juan levantó una de las trenzas deshechas de María Rosa y jugando le golpeó el cuello con ella. La muchacha consintió sonriendo con delicadeza. Retrocedieron juntos, por entre el laberinto de colmenas. María Rosa colocó en equilibrio su jarro sobre una cadera y fue balanceando sus largas y amplias

enaguas a cada paso. Juan, moviendo su ancho sombrero atrás y adelante, caminaba orgulloso como un gallo de pelea.

María Concepción salió de la pesada nube que envolvía su cabeza y atenazaba su garganta, y sin darse cuenta se encontró andando, siguiendo el camino, apenas consciente, con un zumbido en los oídos como si todas las abejas de María Rosa hubiesen anidado en su interior. Su estricto sentido del deber la sostuvo en su marcha hacia la ciudad enterrada en la que el jefe de Juan, el arqueólogo estadounidense, descansaba al mediodía y esperaba que ella le llevase la comida.

¡Juan y María Rosa! Toda ella estaba ardiendo, como si una capa de espinas de tuna, crueles como lamas de vidrio, se clavara bajo su piel. Deseaba sentarse en silencio y esperar la muerte, pero después de haber cortado la cabeza de su hombre y de esa muchacha, que reían y se besaban bajo los tallos de maíz. Una vez, cuando era niña, al regresar del mercado encontró su choza quemada, reducida a un montón de cenizas, y sus pocas monedas de plata habían desaparecido. Un oscuro sentimiento de vacío la había embargado; siguió dando vueltas por el lugar, sin dar crédito a lo que veía, esperando que todo recobrara su forma ante ella, pero todo había desaparecido y, aunque sabía que era obra de un enemigo, no podía averiguar quién era y sólo le quedaba maldecir y amenazar al aire. Ahora era peor, pero conocía a su enemiga. ¡María Rosa, esa pecadora desvergonzada! Se oyó a sí misma decir una palabra dura, precisa, acerca de María Rosa, pronunciarla en voz alta, como si esperase la aprobación de alguien: «¡Sí, es una puta! No tiene derecho a vivir».

En aquel momento la cabeza gris, despeinada, de Givens, asomó por el borde de la última zanja que había hecho excavar en su campo. Las largas y profundas grietas en las que un hombre podía permanecer de pie sin ser visto se entrecruzaban como las ordenadas hendiduras de un escalpelo gigante. Casi todos los hombres de la población trabajaban para Givens ayudándolo a descubrir la ciudad perdida de sus antepasados. Trabajaban durante todo el año, cavando todos los días, avanzaban en su búsqueda de pequeñas cabezas de arcilla, trozos de cerámica y fragmentos de muros pintados que, rotos y llenos de barro como estaban, ya no servían para nada. Ellos mismos podían fabricar otros mejores, completamente sólidos y nuevos, llevarlos a la ciudad y venderlos a los extranjeros a cambio de dinero contante y sonante. Pero el placer que experimentaba el jefe cada vez que descubría uno de esos objetos gastados era un enigma incomprensible. A veces llegaba al extremo de rugir

de alegría, y agitando una vasija rota o un cráneo humano por encima de su cabeza llamaba a gritos a su fotógrafo para que fuese a hacerle una foto.

En ese momento apareció y, desde su rostro de viejo, cubierto de profundas arrugas y quemado hasta lucir el color de la tierra roja, sus ojos de joven entusiasta dieron la bienvenida a María Concepción.

—Espero que me hayas traído una tierna y gorda. —Cuando María Concepción, sin decir palabra, se inclinó sobre la zanja él escogió una gallina de entre las que pendían más cerca—. Prepárala para mí, sé buena chica. Yo la asaré.

María Concepción cogió el ave por la cabeza y, en silencio, hundió rápidamente el cuchillo en el pescuezo, separándolo del cuerpo con la despreocupada firmeza que hubiese empleado para arrancar las hojas de una remolacha.

—¡Por Dios, mujer, sí que tienes valor! —dijo Givens, observándola—. Yo no soy capaz de hacerlo. Me da escalofríos.

—Soy de Guadalajara —explicó María Concepción, sin bravuconería, mientras destripaba el ave.

Se detuvo y contempló con condescendencia a Givens, aquel divertido hombre blanco que no tenía mujer propia que le cocinara, y que, además, no parecía perder ni un ápice de dignidad por prepararse la comida. En cuclillas, con los ojos entornados, la nariz fruncida para evitar el humo, hacía girar minuciosamente sobre el fuego la gallina ensartada en un palo. Hombre misterioso, indudablemente rico y jefe de Juan; alguien, por lo tanto, a quien respetar, a quien tener contento.

—Las tortillas están recién hechas y calientes, señor —murmuró con amabilidad—. Con su permiso, voy al mercado.

—Sí, sí, vete. Tráeme otra igual mañana.

Givens volvió la cabeza para mirarla de nuevo. La grandeza de las maneras de María Concepción le recordaba, a veces, a la realeza en el exilio. Advirtió la desacostumbrada palidez del rostro de la muchacha.

—El sol es demasiado fuerte, ¿no? —preguntó.

—Sí, señor. Perdóneme, pero ¿Juan llegará pronto?

—Ya debería estar aquí. Deja su comida. Los otros se la comerán.

Ella emprendió su camino; el azul de su rebozo se convirtió en una mancha que bailaba sobre las ondas de calor que se levantaban del suelo gris rojizo. A Givens le gustaban más los indios en las ocasiones en que podía sentir una indulgencia paternal ante su talante primitivo e infantil. Contaba historias divertidas acerca de las escapadas de Juan, de las numerosas

ocasiones en que le había salvado, en los últimos cinco años, de ir a la cárcel y hasta de que le pegaran un tiro a causa de sus variadas y siempre inesperadas fechorías.

«No pasa un minuto y ya tengo que sacarlo de un lío u otro —diría—. Bueno, es un buen trabajador y sé cómo manejarlo».

Después de la boda de Juan, solía reprocharle con un tono de condescendencia todas las veces en que le era infiel a María Concepción. «Te descubrirá y, entonces, ¡que Dios te ayude!», le gustaba decirle, y Juan reía con inmenso placer.

A María Concepción no se le pasó por la cabeza decirle a Juan que le había descubierto. A lo largo del día su ira contra él fue disminuyendo, pero la rabia contra María Rosa creció. Se decía a sí misma: «Cuando yo era una muchachita como María Rosa, si un hombre me hubiese tomado así, le habría roto la jarra en la cabeza». Había olvidado por completo que su resistencia había sido aún menor que la de María Rosa el día en que Juan la tomó por primera vez. Además, después se casó con ella por la iglesia, lo que hizo que todo fuera muy diferente.

Aquella noche Juan no regresó a casa, sino que se fue a la guerra y María Rosa partió con él. Juan llevaba un rifle al hombro y dos revólveres al cinto. María Rosa también llevaba un rifle a la espalda, junto a las mantas y las ollas. En el campo se unieron al destacamento de tropas más cercano, y María Rosa marchó a la cabeza, con el batallón de experimentadas mujeres guerreras que caían como langostas sobre los cultivos, consiguiendo provisiones para el ejército. Cocinaba con ellas y también comía con ellas lo que quedaba cuando los hombres terminaban de comer. Después de cada batalla, salía al campo con las demás a recuperar la ropa, la munición y las armas de los muertos, antes de que los cadáveres comenzaran a hincharse por el calor. En las ocasiones en que se encontraban con las mujeres del otro ejército, tenía lugar una segunda batalla tan encarnizada como la primera.

En el pueblo no hubo mucho escándalo. Los vecinos se encogieron de hombros y se sonrieron. Era mucho mejor que se hubieran marchado. Se rumoreaba que María Rosa estaba más segura en el ejército que en el pueblo con María Concepción.

María Concepción no lloró cuando Juan la dejó y, cuando el bebé nació y murió a los cuatro días, tampoco lloró.

—Es una auténtica piedra —dijo la vieja Lupe, que fue a verla y le ofreció sortilegios para salvar al bebé.

—Púdrete en el infierno con tus brujerías —dijo María Concepción.

Si no hubiera ido con tanta frecuencia a la iglesia, donde encendía velas a los santos, se arrodillaba con los brazos abiertos en cruz durante horas y recibía la santa comunión cada mes, se habría dicho que estaba poseída por el diablo, con el rostro totalmente transfigurado y la mirada perdida, pero eso era imposible porque, después de todo, la había casado el sacerdote. Debía de ser, razonaban, que estaba siendo castigada por su orgullo. Decidieron que esa era la verdadera causa de todo: en definitiva, era demasiado orgullosa. Se apiadaron de ella.

Durante el año en que Juan y María Rosa estuvieron ausentes, María Concepción vendió sus aves de corral, cuidó su huerto, y su talega de monedas de ley se engrosó. Lupe no tenía talento para las abejas y las colmenas no iban adelante. Comenzó a maldecir a María Rosa por su fuga y a alabar a María Concepción por su conducta. Solía ver a María Concepción en el mercado o en la iglesia, y siempre decía que al mirarla nadie podría imaginar que era una mujer con una pena tan grande.

«Ruego a Dios que todo le vaya bien a María Concepción de ahora en adelante —decía—, porque ya ha tenido todos los problemas que le correspondían».

Cuando algún frívolo repitió esas palabras a la mujer abandonada, esta fue a casa de Lupe, se detuvo en el claro y gritó a la curandera, que estaba sentada en el vano de la puerta, mezclando los ingredientes de su infalible cura para las llagas:

—Guarda tus plegarias para ti misma, Lupe, u ofrécelas a quien las necesite. Yo pediré a Dios lo que quiera en este mundo.

—¿Y crees que lo obtendrás, María Concepción? —preguntó Lupe, riendo cruelmente con disimulo y oliendo la cuchara de madera con la que revolvía—. ¿Le has pedido lo que tienes?

Después de aquello, todo el mundo se dio cuenta de que María Concepción iba más a menudo a la iglesia y menos al pueblo a conversar con las otras mujeres que se sentaban en el bordillo, alimentando a sus bebés y comiendo fruta, al finalizar el día de mercado.

«Se equivoca al tomarnos por enemigas —decía la vieja Soledad, que era una pensadora y solía hacer las veces de conciliadora—. Todas las mujeres tenemos esos problemas. Así que deberíamos acompañarnos en el sufrimiento».

Pero María Concepción vivía sola. Estaba demacrada, como si algo la estuviera royendo por dentro, tenía los ojos hundidos y si podía evitarlo no

decía una palabra. Trabajaba más que nunca, rara vez abandonaba el cuchillo de matanza.

Juan y María Rosa, asqueados de la vida militar, volvieron un día sin pedir permiso a nadie. El campo de batalla se había desplegado como un largo rodillo de vejaciones hasta el último combate, que tuvo lugar a unos cincuenta kilómetros del pueblo de Juan. Así que él y María Rosa, ahora flaca como un lobo, con el peso de un niño que podía nacer en cualquier momento, aprovecharon para abandonar el regimiento sin despedirse y se encaminaron hacia casa.

Llegaron una mañana rayando el alba. Juan fue avistado por un grupo de la policía militar desde las pequeñas barracas de la entrada del pueblo, que lo condujo a prisión, donde el oficial de guardia le dijo, con una jovialidad impersonal, que a la mañana siguiente se uniría a un grupo de diez hombres que iban a ser fusilados por desertores.

María Rosa, tras gritar y caer de bruces en el camino, fue arrastrada por las axilas por dos guardias, que con energía la llevaron a su choza, ya tristemente derruida. Lupe la recibió con interés profesional y enseguida ayudó al bebé a nacer.

Cojeando por el dolor de pies, con una capa de polvo cubriendo sus finas ropas nuevas, que nadie sabía cómo había conseguido, Juan compareció ante el capitán en las barracas. El capitán le reconoció como excavador de su buen amigo Givens, a quien envió una nota que decía lo siguiente: «Tengo detenido a Juan Villegas, a la espera de su ulterior decisión».

Cuando Givens se dejó caer por allí, le entregaron a Juan con la orden tajante de que no se hiciera pública tan humana y razonable operación de la autoridad militar.

Juan salió del sofocante ambiente del consejo de guerra con un aire inequívocamente arrogante. Su sombrero, de dimensiones excesivas y bordado con hilo de plata, le caía ladeado sobre una ceja sujeto por detrás mediante un cordón de plata rematado con borlas de un azul vivo. Llevaba una camisa de cuadros verdes y negros, y sujetaba sus pantalones de algodón blanco con un cinturón de piel amarilla con incrustaciones en rojo. Tenía los pies desnudos, llenos de magulladuras causadas por las piedras y lastimados hasta las uñas. Retiró el cigarrillo de la comisura de los gruesos labios de su boca ancha. Se quitó el espléndido sombrero. Su polvoriento pelo negro, pegado por el sudor a la frente, se levantó de pronto como paja turbia sobre la coronilla. Hizo una reverencia al oficial, quien parecía estar contemplando el

vacío. Alzó el brazo, con el que describió un amplio círculo, dirigido a la ventana de la prisión, donde cabezas desamparadas asomaban sobre el alféizar, siguiendo con los ojos enrojecidos al afortunado que partía. Dos o tres de las cabezas saludaron con un gesto y media docena de manos se agitaron en el aire, en un esfuerzo por imitar el propio ademán despreocupado y embriagador de quien partía.

Juan mantuvo esa insufrible pantomima hasta pasar el primer grupo de cactus. Entonces tomó la mano de Givens y rompió a hablar.

—¡Alabado sea el día en que su sirviente Juan Villegas cayó bajo sus ojos! Desde hoy mi vida le pertenece incondicionalmente. ¡Diez mil gracias con todo mi corazón!

—Por el amor de Dios, ¡deja de hacer el tonto! —dijo Givens, irritado —. Algún día llegaré cinco minutos tarde.

—Bueno, morir de un tiro no es para tanto, mi jefe. Sin duda usted sabe que yo no tenía miedo, pero ser fusilado con un rebaño de desertores, contra un muro helado, justo en el momento de mi vuelta a casa, por orden de aquel…

Brillantes epítetos se derramaron uno tras otro como explosiones de un cohete. Todas las escandalosas analogías de los mundos animal y vegetal fueron aplicadas de una manera realista, única y personal a la vida, los amores y la historia familiar del oficial que acababa de ponerlo en libertad. Cuando hubo maldecido hasta vaciarse, se tranquilizó y añadió:

—¡Con su permiso, mi jefe!

—¿Qué dirá María Concepción de todo esto? —preguntó Givens—. Para ser un hombre que se ha casado por la iglesia eres muy informal, Juan.

Juan se puso el sombrero.

—¡Oh, María Concepción! No tiene importancia. Mire, mi jefe, estar casado por la iglesia es una gran desgracia para un hombre. Después de eso, ya no vuelve a ser el que era. ¿De qué puede quejarse esa mujer si ni siquiera en las fiestas bebo lo bastante para emborracharme de verdad? No le pego nunca, jamás. Estamos siempre en paz. Le digo: Ven aquí, y ella viene enseguida. Le digo: Ve allí, y ella va a toda prisa. Sin embargo, a veces, la miraba y pensaba: ahora estoy casado con esta mujer por la iglesia, y sentía un hundimiento dentro de mí, como si tuviera algo pesado en el estómago. Con María Rosa todo es diferente. No es silenciosa, habla. Cuando habla demasiado, le doy una bofetada y le digo: ¡Silencio, estúpida!, y ella llora. Es una muchacha con la que hago lo que quiero. ¿Sabe usted cómo cuidaba aquellas abejitas tan puras en sus colmenas? Para mí, ella es tan dulce como

su miel. Lo juro. No haría daño a María Concepción porque estamos casados por la iglesia, pero tampoco, mi jefe, dejaré a María Rosa, porque es la mujer que más me gusta.

—Te diré, Juan, que las cosas no han ido tan bien como crees. Ten cuidado. Un día María Concepción te cortará la cabeza con ese cuchillo de trinchar que tiene. Tenlo presente.

La expresión de Juan era una apropiada mezcla de triunfo masculino y melancolía sentimental. Le agradaba verse en el papel de héroe de dos mujeres tan deseables. Acababa de escapar a la amenaza de un final desagradable. Sus ropas, nuevas y elegantes, no le habían costado nada. María Rosa las había ido recogiendo para él, por aquí y por allá, después de las batallas. Caminaba bajo el primer sol, aspirando los buenos aromas de los higos de cactus maduros, los melocotones, los melones, las picantes bayas de los pimientos y el humo de su cigarrillo bajo la nariz. Iba hacia la vida civil con su paciente jefe. Su situación era inefablemente perfecta y él la engullía entera.

—Mi jefe —se dirigió a Givens con soltura, como un hombre de mundo a otro—, las mujeres son buena cosa, pero no en este momento. Con su permiso, ahora iré al pueblo a comer. ¡Dios mío, cómo voy a comer! Mañana por la mañana muy temprano iré a la ciudad enterrada y trabajaré por siete hombres. Olvidemos a María Concepción y a María Rosa. Cada una en su lugar. Cuando llegue el momento me las arreglaré con ellas.

Los detalles de la aventura de Juan se difundieron pronto y durante toda la mañana estuvo rodeado de amigos. Elogiaban francamente su modo de dejar el ejército. En sí misma era la acción de un héroe. El nuevo héroe comió muchísimo y bebió un poco, pues el motivo era mucho más importante que un día de fiesta. Ya era casi mediodía cuando fue a visitar a María Rosa.

La encontró sentada en un colchón de paja limpio, frotando con manteca a su hijo de tres horas. Ante esa feliz visión, las emociones atraparon a Juan hasta tal punto que regresó al pueblo e invitó a todos los hombres que había en la pulquería Muerte y Resurrección a beber con él.

Habiéndose despedido así de su sobriedad, emprendió su camino de retorno hacia la casa de María Rosa, pero inexplicablemente apareció en su propia casa, intentando golpear a María Concepción como forma de volver a ocupar su legítimo hogar.

María Concepción, que conocía todos los acontecimientos de aquel desafortunado día, no se sentía complaciente y se negó a ser golpeada. No gritó ni imploró; se mantuvo en su terreno y resistió, hasta llegó a pegarle a él.

Juan, asombrado, apenas consciente de lo que hacía, retrocedió y la observó con mirada inquisitiva a través de una película que parecía haberse colocado detrás de sus ojos y que giraba lentamente. En realidad, ni siquiera había pensado en tocarla. Oh, bueno, no había hecho ningún daño. Cedió, se volvió y salió, dominado por el sueño. Cayó con delicadeza en un rincón sombreado y se echó a roncar.

María Concepción, al verle quieto, comenzó a atar las patas de sus aves. Era día de mercado y se le hacía tarde. Apresurada, no prestó atención y enredó los trozos de cuerda y atravesó los campos arados en vez de tomar el camino de siempre. Corrió loca de miedo dando traspiés. De vez en cuando se detenía y miraba a su alrededor, tratando de situarse, para dar unos pocos pasos después, y así hasta que comprendió que no iba hacia el mercado.

Enseguida recobró por completo la calma, reconoció lo que tanto la alteraba, estaba segura de lo que quería. Se sentó tranquilamente al amparo de un arbusto espinoso y se dejó sentir aquel dolor suyo que no por antiguo le resultaba menos acuciante. Lo que durante tanto tiempo había atenazado todo su cuerpo, convirtiéndolo en un apretado y callado nudo de sufrimiento, estalló de pronto con espantosa violencia. María Concepción saltó, en el involuntario retroceso de quien recibe un golpe, y el sudor brotó de su piel como si las heridas de toda su vida vertiesen su icor salado. Cubriéndose la cabeza con el rebozo, bajó la frente hasta las rodillas dobladas y quedó inmóvil en un silencio sepulcral. De vez en cuando levantaba la cabeza, su frente no paraba de exudar y el sudor le caía por el rostro, mojándole la pechera de la camisa, y su boca continuaba abierta como si fuera a gritar, pero no hubo lágrimas ni sonidos. Todo su ser era una oscura memoria confusa de la pena que ardía en ella por la noche, de la ira mortal y desconcertante que la devoraba durante el día, hasta que su propia lengua le sabía amarga y los pies le pesaban como si estuviera hundida en los caminos fangosos durante la estación de las lluvias.

Al cabo de un largo rato se levantó, se quitó el rebozo de la cara y echó a andar de nuevo.

Juan fue despertando lentamente, con largos bostezos y quejidos, alternados con recaídas breves en un sueño plagado de visiones y voces. Una vaga sensación de luz naranja abrasó sus ojos cuando trató de despegar los párpados. De algún sitio llegaba una voz queda, de alguien que lloraba sin lágrimas, repitiendo una y otra vez frases sin sentido. Prestó atención. Tiró de la cuerda de su estupor, se esforzó por comprender aquellas palabras que le

aterrorizaban aun cuando no alcanzase a oírlas con claridad. Entonces despertó con espantosa brusquedad, se sentó y miró fijamente los confines del horizonte, una afilada línea de luz del bajo sol poniente, que se filtraba por las paredes que formaban los cascabillos de trigo.

María Concepción se detuvo en la puerta, y a los ojos empañados de Juan le pareció alta. Hablaba deprisa y pronunció su nombre. Entonces la distinguió con toda claridad.

«¡En nombre de Dios! —dijo Juan, helado hasta los huesos—. ¡Estoy ante mi muerte!», puesto que ella blandía en la mano el largo cuchillo que solía llevar en la cintura. Sin embargo, lo arrojó a un lado, lejos de sí, se arrodilló, avanzó a gatas hacia él, tal como la había visto muchas veces arrastrarse hacia el santuario en la villa de Guadalupe. La miró aproximarse con tal horror que el pelo de la cabeza pareció ponérsele de punta. Cayendo sobre su rostro, ella se acurrucó a su lado, moviendo los labios en un susurro fantasmal. Sus palabras se hicieron claras y Juan las entendió todas.

Durante un segundo, no fue capaz de moverse ni de hablar. Luego tomó la cabeza de ella entre sus manos y la mantuvo así, diciendo a todo correr, alentando ansioso, casi en un murmullo:

—Oh, tú, ¡pobre criatura! ¡Oh, mujer loca! ¡Oh, mi María Concepción, infortunada! Escucha… No tengas miedo. ¡Escúchame! ¡Te esconderé de ellos! ¡Yo, tu hombre, te protegeré de ellos! ¡Tranquila! ¡No hagas ruido!

Tratando de sosegarse, la sostuvo, maldiciendo por lo bajo durante unos momentos en la creciente oscuridad. María Concepción se agachó, con el rostro casi en el suelo y los pies doblados bajo el cuerpo, como escondiéndose detrás de él. Por primera vez en su vida, Juan era consciente de un peligro. Allí estaba el peligro. María Concepción podría ser llevada por la fuerza, entre dos gendarmes, aunque él la siguiera, impotente y desarmado, tal vez a pasar el resto de sus días en la prisión de Belén. ¡Peligro! La noche hervía de amenazas. Se puso en pie y la obligó a levantarse. Ella, callada y completamente rígida, se aferraba a él con fuerza irresistible, atenazándole los brazos con las manos.

—Dame el cuchillo —le dijo él en un susurro.

Ella obedeció, deslizando los pies sobre el suelo de tierra dura, con los hombros erguidos y los brazos pegados a su cuerpo. Él encendió una vela. María Concepción le tendió el cuchillo. Estaba manchado y oscuro hasta el mango con sangre seca.

La miró severo frunciendo el entrecejo, al advertir las mismas manchas en la camisa y en las manos.

—Quítate la ropa y lávate las manos —ordenó.

Él limpió el cuchillo cuidadosamente y arrojó el agua lejos de la entrada. Ella lo observó e hizo lo mismo con la palangana en que se había lavado.

—Enciende el brasero y cocina algo para mí —le dijo Juan en el mismo tono perentorio.

Cogió las prendas de María Concepción y salió. Cuando volvió, la mujer llevaba un viejo vestido sucio y avivaba con su abanico el fuego en el brasero de carbón. Sentado con las piernas cruzadas cerca de ella, la observó como a una criatura desconocida para él, que le desconcertaba totalmente y para la cual no había explicación posible. Ella no volvió la cabeza, sino que permaneció callada y quieta, salvo por los movimientos de sus fuertes manos al avivar las llamas, que arrojaban chispas y una pequeña humareda blanca, resplandeciendo y muriendo de manera rítmica con los desplazamientos del abanico, iluminando y oscureciendo sucesivamente su rostro.

La voz de Juan apenas alteró el silencio:

—Escúchame con atención y dime la verdad, para que cuando los gendarmes vengan por nosotros, no tengas nada que temer. Pero tendremos que aclarar esto después.

La luz del brasero brilló en los ojos de ella; una fosforescencia amarillenta relumbró detrás de su iris oscuro.

—Para mí, todo está aclarado —respondió, con un tono tan tierno, tan grave y tan cargado de sufrimiento que Juan sintió cómo se le contraían las vísceras.

Deseaba mostrar su arrepentimiento abiertamente, no como un hombre, sino como un niño muy pequeño. No podía penetrar en ella, ni en sí mismo, ni en los misteriosos designios de la vida, que de manera tan repentina llevaban la confusión a donde todo había parecido tan alegre y sencillo. Percibió también que ella se había convertido en alguien inestimable, una mujer sin igual entre un millón de mujeres, pero no sabía decir por qué. Soltó un enorme suspiro que retumbó en su pecho.

—Sí, sí. Todo está aclarado. No volveré a marcharme. Debemos quedarnos juntos aquí.

Susurrando, él le hacía preguntas que ella respondía susurrando también, y él repitió sus instrucciones una y otra vez hasta que ella hubo aprendido su lección de memoria. La hostil oscuridad de la noche les invadió, fluyendo por encima del estrecho umbral, ocupando sus corazones. Trajo consigo suspiros y murmullos, el paso furtivo de pies sigilosos por el sendero, el agudo *staccato* del viento al pasar quejándose por entre los tallos de cactus. Todas

aquellas cadencias familiares que antaño habían sido tan agradables, estaban investidas de siniestro terror; un pavor informe, incontrolable, hizo presa de ambos.

—Enciende otra vela —dijo Juan en voz alta, con un tono demasiado resuelto, demasiado cortante—. Ahora, comamos.

Se sentaron el uno frente al otro y comieron del mismo plato, según su vieja costumbre. Ninguno saboreaba lo que comía. A punto de llevarse un trozo de comida a la boca, Juan se detuvo a escuchar. El sonido de voces se fue elevando, se extendió, aumentó en la curva del sendero que bordeaba el seto de cactus. Una lluvia de luz de linterna atravesó el seto, una única voz rasgó la tiniebla, desgarró la frágil capa de silencio suspendida sobre la cabaña.

—¡Juan Villegas!

—¡Pasen, amigos! —gritó a su vez Juan alegremente.

En la entrada se detuvieron sencillos y prudentes gendarmes del pueblo, ellos mismos mestizos, cuya simpatía por los indígenas era bien conocida por todos. Encendieron las linternas con el tacto de quien pide disculpas ante la agradable e inofensiva escena de un hombre que cena con su mujer.

—Perdón, hermano —dijo el jefe—. Alguien ha matado a la señora María Rosa y tenemos que interrogar a sus vecinos y amigos. —Se detuvo antes de agregar, intentando parecer severo—: ¡Por supuesto!

—¡Por supuesto! —aprobó Juan—. Usted sabe que yo era un buen amigo de María Rosa. Es una mala noticia.

Se marcharon todos juntos, los hombres caminando en un grupo, María Concepción siguiéndolos unos pasos más atrás, cerca de Juan. Nadie hablaba.

Las dos llamas de los cirios de la cabecera de María Rosa se agitaban con inquietud; las sombras se desplazaban y huían sobre las manchadas paredes oscurecidas. Para María Concepción todo en aquella habitación sofocante y opresiva participaba de un desasosiego perverso. Los rostros desvelados de quienes habían sido convocados como testigos, los rostros de viejos amigos, resultaban extraños por la suspicacia que revelaban sus ojos. Los cordoncillos del rebozo rosa colocado sobre el cadáver no dejaban de moverse, como si lo que cubrían no estuviese completamente en reposo. Sus ojos se apartaron de manera brusca del cuerpo en el ataúd abierto, fueron desde los extremos de los cirios de la cabecera hasta los pies, que sobresalían ligeramente, destacando, en las pequeñas plantas con cicatrices, heridas tortuosas, sin curar, rasguños de espinas y cortes de piedras afiladas. Volvió a mirar la

llama de los cirios, la advertencia en los ojos de Juan, a los gendarmes que conversaban entre ellos. Nadie escrutaría sus ojos.

De un salto que la desconcertó, su mirada cayó sobre el rostro de María Rosa, pero en un instante su sangre volvió a fluir con suavidad; no había nada que temer. Ni siquiera la vacilante luz podía dar apariencia de vida a aquel semblante yerto. Estaba muerta. María Concepción sintió que sus músculos se dejaban ganar por la dulzura, su corazón comenzó a latir regularmente sin esfuerzo. No guardó más rencor contra aquella cosa lastimosa que yacía indiferente en su ataúd azul, bajo el fino rebozo de seda. En una mueca de llanto contenido la boca mantenía la sorpresa en su gesto torcido. Sus cejas mostraban angustia; la carne muerta no podía desprenderse de la postura que había adoptado en el último momento de terror. Todo había terminado. María Rosa había comido demasiada miel y había tenido demasiado amor. Ahora debía sentarse en el infierno, llorando por sus pecados y por su brutal muerte por siempre jamás.

La voz cascada de la vieja Lupe se alzó. Había pasado la mañana ayudando a María Rosa y había sido un trabajo duro. El niño había vomitado sangre en el momento de nacer, una mala señal. Entonces pensó que la mala suerte llegaría a la casa. Al atardecer estaba en el patio de detrás de la casa, moliendo tomates y pimientos. Había dejado a la madre y al niño dormidos. Oyó un extraño sonido en la casa, una apagada y sofocada llamada, como de alguien que se lamentara en sueños. Bueno, esos sonidos no dejan de ser naturales, pero a eso siguió un ligero, rápido, sordo ruido…

—¿Como los golpes de un puño? —interrumpió un oficial.

—No, ni nada parecido.

—¿Cómo lo sabe?

—Conozco muy bien ese sonido, amigos —replicó Lupe—. Era otra cosa.

No sabía cómo describirlo exactamente. Un momento más tarde le llegó ruido de guijarros al rodar y deslizarse bajo unos pies; entonces supo que alguien había estado allí y que huía.

—¿Por qué esperó tanto antes de ir a ver?

—Soy vieja y tengo las articulaciones anquilosadas —dijo Lupe—. No puedo perseguir a nadie. Corrí todo lo que pude hasta el seto de cactus, porque es el único sitio por el que puede entrar alguien. No había nadie en el camino, señor, nadie. Tres vacas y un perro que las arreaba, nada más. Cuando fui a ver a María Rosa, estaba tendida, enredada en las sábanas y,

desde el cuello hasta la cintura, llena de puñaladas. ¡Una visión que habría conmovido a la misma imagen sagrada! Sus ojos estaban…

—No importa eso. ¿Quién frecuentaba más su casa antes de que ella se marchara? ¿Conoce a sus enemigos?

El rostro de Lupe se congeló, se cerró. Su piel esponjosa se contrajo en una red de calladas arrugas. Volvió unos ojos ausentes y sin expresión hacia los gendarmes.

—Soy una mujer vieja. No veo bien. No puedo darme prisa. No conozco a ningún enemigo de María Rosa. No vi a nadie abandonar el claro.

—¿No oyó chapotear en el arroyo, cerca del puente?

—No, señor.

—¿Por qué, entonces, nuestros perros siguieron un rastro hasta allí y lo perdieron?

—Sólo Dios sabe, amigo mío. Soy una vieja mu…

—Sí. ¿Cómo sonaban los pasos?

—¡Como las pisadas de un espíritu maligno!

Lupe rompió a hablar con tal pomposidad de un oráculo que les sobresaltó. Los indios se movieron con inquietud, miraron de soslayo a la muerta, luego a Lupe. Casi esperaban que ella materializara al espíritu maligno entre ellos de inmediato.

El gendarme empezó a perder la paciencia.

—No, desgraciada; me refiero a si eran pasos pesados o ligeros. ¿Los pasos de un hombre o los de una mujer? ¿Llevaba esa persona zapatos o iba descalza?

Una mirada al círculo de oyentes convenció a Lupe de toda la atención que había despertado. Le divirtió la peligrosa importancia de su situación. Podía haber arruinado a María Concepción con una palabra, pero era aún más tentador engañar a aquellos gendarmes que venían a espiar a la gente honrada. Volvió a levantar la voz. No podía describir lo que no había visto, ¡gracias a Dios! Nadie podía castigarla porque sus rodillas estuviesen rígidas y no fuese capaz de correr ni siquiera para atrapar a un asesino. En cuanto a reconocer la diferencia entre pisadas, pies calzados o descalzos, hombre o mujer, más aún, entre demonio y humano, ¿quién había oído jamás tal locura?

—Mis ojos no son oídos, caballeros —terminó en tono grandilocuente —, pero ¡juro sobre mi corazón que aquellos pasos sonaban como las pisadas del espíritu del mal!

—¡Imbécil! —Ladró el jefe con voz aguda—. Lleváosla, ¡uno de vosotros! Ahora, Juan Villegas, dime…

Juan contó su historia pacientemente, varias veces. Había vuelto junto a su mujer aquel día. Ella había ido al mercado, como de costumbre. La había ayudado a preparar las aves. Había regresado hacia media tarde, habían conversado, ella había cocinado, habían cenado, no había ningún problema. Entonces, los gendarmes llegaron con la noticia acerca de María Rosa. Eso era todo. Sí, María Rosa había huido con él, pero no había habido rencor entre él y su mujer por ello, ni entre su mujer y María Rosa. Todo el mundo sabía que su esposa era una mujer tranquila.

María Concepción escuchó su propia voz respondiendo sin vacilar ni una sola vez. Era verdad que al comienzo se había disgustado cuando su marido huyó, pero después había dejado de preocuparse por él. Era la manera de ser de los hombres, creía. Ella era una mujer casada por la iglesia y sabía cuál era su lugar. Bueno, él finalmente había vuelto a casa. Ella había ido al mercado, pero había regresado temprano porque tenía que cocinar otra vez para su hombre. Eso era todo.

Otras voces se hicieron oír. Un viejo sin dientes dijo:

—Ella tiene buena reputación entre nosotros, pero María Rosa no la tenía.

Una sonriente madre joven, Anita, con su bebé al pecho, dijo:

—Si nadie lo cree, ¿cómo pueden acusarla? Fue la pérdida de su niño y no la de su marido lo que la cambió tanto.

Y otro:

—María Rosa llevaba una vida extraña, apartada de nosotros. ¿Cómo saber quién pudo haber venido de otro lugar para hacerle daño?

Y la vieja Soledad habló con audacia:

—Cuando vi a María Concepción en el mercado hoy, le dije: «¡Buena suerte, María Concepción, es un día feliz para ti!». —Y dedicó a María Concepción una larga y serena mirada, con la sonrisa de una mujer sabia de nacimiento.

María Concepción se sintió de pronto protegida, rodeada, animada por sus leales amigos. Rodeándola, hablaban por ella, la defendían, las fuerzas de la vida se alineaban invenciblemente de su lado, contra la muerte derrotada. María Rosa había derrochado la parte de fuerza vital que le correspondía, yacía perdida entre ellos. María Concepción miró uno a uno los atentos rostros que la rodeaban. Sus ojos le devolvían seguridad, comprensión, una secreta y enorme solidaridad.

Los gendarmes estaban perplejos. Ellos también sentían aquel muro protector alzarse impenetrable alrededor de ella. Estaban seguros de que era

culpable, pero no podían acusarla. Nadie podía ser acusado; no había la menor prueba. Se encogieron de hombros, hicieron chascar los dedos y arrastraron los pies. Bien, pues, buenas noches a todos. Mil perdones por haberles molestado. ¡Salud!

Un pequeño bulto abandonado contra la pared, a la cabecera del ataúd, se retorció como una anguila. Un vagido, una simple astilla de sonido, surgió de él. María Concepción tomó al hijo de María Rosa en sus brazos.

—Es mío —dijo claramente—. Me lo llevaré.

Nadie asintió con palabras, pero un aprobatorio movimiento de cabeza, un escueto aliento de completo acuerdo, se agitó entre ellos mientras le abrían paso.

María Concepción, cargando con el niño, siguió a Juan desde el claro. La choza quedaba atrás, con sus cirios encendidos y una multitud de viejas que velarían toda la noche, bebiendo café, fumando y contando historias de fantasmas.

La exaltación de Juan se había apagado. No quedaba en él ni un rescoldo de emoción. Estaba cansado. La peligrosa aventura había terminado. María Rosa se había desvanecido para no volver jamás. Sus días de marcha, de comida, de pelea y de amor entre batallas habían finalizado. Al día siguiente volvería al pesado e inacabable trabajo, debía descender a las zanjas de la ciudad enterrada del mismo modo que María Rosa debía descender a su tumba. Sintió sus venas llenarse de amargura, de negra e insufrible melancolía. ¡Ay, Jesús, cuánta mala suerte alcanza a un hombre!

Ya no había modo de escapar. Por el momento, sólo pedía dormir. Tenía tanto sueño que a duras penas gobernaba sus pies. El ligero roce ocasional de la mujer en su codo era tan irreal, tan fantasmagórico como el de una hoja contra su cara. No sabía por qué había luchado por salvarla y ahora la olvidaba. No había en él nada, excepto un vasto dolor ciego como una herida oculta.

Entró en la choza y, sin detenerse a encender una vela, se quitó la ropa a toda prisa y se sentó en cuanto cruzó la puerta. Se movía con manos lentas, perezosas, para librar el cuerpo de sus pesadas galas. Con un largo y sonoro suspiro de alivio cayó al suelo boca arriba y se durmió casi al instante, con los brazos laxos y extendidos.

María Concepción, con una jarrita de arcilla en la mano, se aproximó a la delicada cabrita atada a un árbol nuevo, que cedía y se inclinaba cuando el animal tiraba del cabo de la cuerda hasta más allá de las briznas de hierba más

alejadas. La cría de la cabra, sujeta poco más allá, se levantó balando, con el plumoso vellón estremecido por el viento fresco. Sentada sobre sus talones, sosteniendo la cuerda, María Concepción le permitió mamar unos momentos. Después —todos sus movimientos eran muy lentos y apacibles— extrajo una provisión de leche para el niño.

Se sentó contra el muro de la casa, cerca de la puerta. Una vez alimentado y dormido, meció al niño en el hueco de sus piernas cruzadas. El silencio dominaba todo, los cielos fluían sin alterarse hacia el borde del valle, la luna sigilosa se deslizó oblicuamente hacia el refugio de las montañas. Se sintió suave y cálida; soñó que el niño recién nacido era suyo y descansó deliciosamente.

María Concepción oía la respiración de Juan. El sonido volaba, sereno, desde el otro lado de la puerta; la casa parecía descansar al cabo de un día agotador. Ella respiraba, también, muy lenta y tranquilamente, y cada inspiración la llenaba de reposo. La ligera y tenue respiración del niño parecía el indefinido sonido de una polilla volando por aquel ambiente plateado. La noche y la tierra a sus pies daban la impresión de henchirse y vaciarse juntas en una respiración ilimitada, lenta, benigna. Se inclinó y cerró los ojos, sintiendo en el interior de su propio cuerpo ese lento elevarse y descender. No sabía qué era, pero la tranquilizó por entero. Aun cuando el sueño la iba ganando, con la cabeza vencida sobre el niño, seguía teniendo conciencia de una felicidad rara y vigilante.

Nueva York, 1922

Violeta virgen

Violeta, una joven de casi quince años, se sentó en un cojín, abrazándose las rodillas y mirando a Carlos, su primo, y a su hermana Blanca, que leían por turnos poesía en voz alta ante la larga mesa.

De vez en cuando se miraba los pies, calzados con sandalias marrones de suela gruesa que le dejaban al aire los dedos ligeramente arqueados. La fealdad de sus pies la irritaba y, para ocultarlos, tiró de su falda hasta que el cinturón cedió bajo su amplia blusa de lana azul oscuro. Entonces se enderezó, con una honda y callada inspiración, dejando de nuevo al descubierto las sandalias. A veces, sus ojos se movían bajo los párpados hacia Carlos, para ver si lo había advertido, pero él nunca notaba nada. Defraudada, un poco molesta, Violeta se estuvo un rato muy quieta, escuchando y observando.

Este tormento de amor que hay en mi corazón:
sé que lo sufro, pero no sé por qué.

La voz de Blanca era aflautada y sonaba como un susurro. Parecía ansiosa de guardar la poesía sólo para Carlos y para ella misma. El chal, bordado en amarillo sobre seda gris, se deslizaba de sus hombros cada vez que se inclinaba hacia la lámpara. Carlos cogería entre el índice y el pulgar la borla del ribete que tuviese más próxima y lo devolvería a su lugar hábilmente, con un solo movimiento. El gesto de asentimiento de Blanca, su sonrisa, eran la perfección de la amigable indiferencia. Pero su voz vacilaba, atrapada en la palabra. Siempre tenía que volver a empezar la línea que estaba leyendo.

Carlos miraría a Blanca con el rabillo de sus ojos pálidos; luego volvería a clavar su mirada donde siempre, en un pequeño cuadro colgado en la pared de paneles blancos, por encima de la cabeza de Violeta. «Piadosa entrevista entre la Santísima Virgen, Reina del Cielo, y su fiel servidor san Ignacio de Loyola», rezaba en la delgada placa metálica del marco tallado y dorado. La Virgen, con el rostro esmaltado fijo en una boba sonrisa postiza y la frente sin cejas, extendía una mano distante sobre la cabeza tonsurada del santo, que se humillaba en una inexpresiva postura de éxtasis. Muy fea y anticuada, pensaba Violeta, pero muy adecuada; nada atrapaba la mirada. Pero Carlos seguía mirándola con los párpados entornados, y como no fuese para mirar a Blanca nunca apartaba los ojos de ella. Sus cejas tupidas y doradas se encrespaban en un gesto severo, asemejándose a una maraña de lana para hacer ganchillo. Jamás parecía interesado, salvo cuando le correspondía leer. Leía con una voz conmovedora. Violeta pensaba que su boca y su barbilla eran muy hermosas. Una pequeña mancha de luz en su labio inferior, un poco húmedo, la perturbaba, no sabía por qué.

Blanca dejó de leer, agachó la cabeza y suspiró levemente con la boca entreabierta. Era una de sus costumbres. Así como el sonido de las voces había arrullado a mamacita hasta quedarse dormida junto a su costurero, el silencio la despertó. Miró en derredor con una sonrisa vivaz en toda la cara, excepto los ojos, todavía soñolientos y pesados.

«Seguid con vuestra lectura, queridos niños. He oído cada palabra. Violeta, no te muevas, por favor, dulce hijita. Carlos, ¿qué hora es?».

A mamacita le gustaba ser la carabina de Blanca. Violeta se preguntaba por qué mamacita consideraba a Blanca tan atractiva, pero así era. Siempre le decía a papacito: «¡Blanquita florece como un lirio!». Y papacito decía: «¡Será mejor que se comporte como si lo fuera!». Y mamacita le dijo una vez a Carlos: «Aunque seas mi sobrino, debes marcharte a una hora razonable».

«Es temprano, doña Paz». Ni el mismo san Antonio podría haber superado el respeto que mostraba la postura de la cabeza de Carlos ante su tía. Ella sonrió y recayó en un sueño ligero, como un gato que se levanta del felpudo, se da la vuelta y se vuelve a tumbar.

Violeta no se movió, ni respondió a mamacita. Tenía el silencio y la atención de un joven animal salvaje, pero carecía de prudencia innata. Había regresado a casa desde el convento de Tacubaya por primera vez en casi un año. Allí le enseñaban recato, castidad, silencio, obediencia, un poco de francés y música y algo de aritmética. Hacía lo que se le decía, pero todo era muy confuso, ya que no alcanzaba a entender por qué las cosas que suceden

en el exterior eran tan diferentes de lo que ella sentía en su interior. Todo el mundo se ocupaba de hacer las mismas cosas todos los días, exactamente como si nada distinto fuera a ocurrir nunca, y ni por un instante dejaba de tener la certeza de que algo tremendamente excitante la esperaba fuera del convento. La vida se desenrollaría como una larga y alegre alfombra para que ella anduviese por encima. Se veía con un largo velo, que se arrastraría y ondearía sobre aquella alfombra cuando saliera de la iglesia. Habría seis doncellas y dos pajes, como en la boda de la prima Sancha.

Por supuesto, ella no se refería a una boda. ¡Qué tontería! La prima Sancha se había casado bastante mayor, con casi veinticuatro años, y Violeta quería que la vida empezara enseguida: a lo sumo al año siguiente. Se parecería a una fiesta. Quería ponerse amapolas rojas en el pelo y bailar. La vida sería siempre muy alegre, sin nadie que te dijera que casi todo lo que hacías y decías estaba mal. También tendría libertad para leer poesía y relatos románticos, sin tener que esconderlos en sus cuadernos. Ni siquiera Carlos sabía que ella había aprendido casi todos sus poemas de memoria. Había pasado un año recortándolos de revistas, guardándolos entre las páginas de sus libros para leerlos durante las horas de estudio.

Los más cortos estaban ocultos en el misal, y la música estremecedora de extrañas palabras ahogaba el coro de campanas y voces. Había uno sobre los fantasmas de las monjas que volvían a la vieja plaza delantera de su convento en ruinas, bailando bajo el claro de luna con las sombras de los amantes que les habían sido prohibidos en vida, pisando con pies desnudos trozos de cristal como penitencia por sus amores. Violeta temblaría entera al leerlo y levantaría unos ojos húmedos hacia las delicadas puntas de las llamas de los cirios sobre el altar.

Estaba segura de que algún día llegaría a ser como aquellas monjas. Bailaría de alegría sobre cristales rotos, pero ¿por dónde empezar? Desde que podía recordar, se había sentado en ese cuarto, en ese mismo taburete, plácidamente, cerca de mamacita, en los atardeceres de verano de las vacaciones. A veces era un alivio tener la seguridad de que nada se esperaba de ella, salvo que siguiera a mamacita de aquí para allá y que fuese buena chica. Así tenía tiempo para sus ensoñaciones —es decir, imaginaba su futuro—, porque, por supuesto, todo lo hermoso e inesperado sucedería más tarde, cuando fuera tan alta como Blanca y se le permitiera salir del convento para volver a casa de una vez por todas. Entonces sería milagrosamente encantadora —Blanca parecería muy sosa a su lado— y bailaría con jóvenes fascinantes como los que cabalgaban los domingos por la mañana, haciendo

corcovear sus caballos en la brillante calle llana rumbo al paseo del parque de Chapultepec. Ella aparecería en el balcón, con un vestido azul, y todo el mundo preguntaría quién podría ser aquella muchacha tan encantadora. ¡Y Carlos, Carlos! Comprendería al fin que ella siempre había leído y amado sus poemas.

La monjas bailan con los pies desnudos
sobre cristales rotos en el empedrado.

Ese, sobre todos los demás. Sentía que había sido escrito para ella. Ella era incluso una de las monjas, la más joven y más amada, callada como un fantasma, que bailaba por siempre jamás bajo el claro de luna la crispada melodía de viejos violines.

Mamacita movió la rodilla, inquieta, haciendo que resbalara la cabeza de Violeta hasta casi perder el equilibrio. Se enderezó, ardiendo de timidez, por miedo a que los otros supieran por qué había escondido la cara en el regazo de mamacita, pero nadie advirtió nada. Mamacita siempre le daba sermones sobre cosas. En tales momentos era difícil creer que Blanca no fuera su hija favorita. «No debes correr por la casa así». «Debes cepillarte el cabello de modo más uniforme». «¿Y qué es lo que he oído acerca de usar el polvo facial de tu hermana?».

Blanca, escuchando, la miraría con calma altanera y no diría nada. Era verdaderamente muy duro saber que Blanca era más guapa sólo porque se le permitía empolvarse y perfumarse, y para colmo se diera esos aires por ello. Carlos, que solía llevarle limas azucaradas y largos racimos de membrillo seco de los mercados, llamándola su querida, graciosa, recatada Violeta, en aquel momento sencillamente ignoraba su presencia. Había situaciones en que Violeta deseaba gritar, apasionadamente, para que todos la oyeran. Pero ¿gritar qué? ¿Y cómo explicárselo a mamacita? Ella diría: «¿Por qué tienes que gritar? Además, deberías considerar los sentimientos de los otros moradores de esta casa y controlar tu humor».

Papacito diría: «Lo que necesitas es una buena renovación». Esa era la palabra que empleaba para referirse a una paliza. Diría con gravedad a mamacita: «Creo que sus principios morales necesitan alguna preparación». Él y mamacita parecían tener algún misterioso acuerdo sobre las cosas. Los ojos de mamacita eran siempre absolutamente claros cuando miraba a papacito, así que respondería: «Tienes razón. Me ocuparé de ello». Luego sería muy severa con Violeta. Papacito siempre decía a las muchachas:

«Siempre que mamacita se enfada con vosotras es por vuestra culpa, así que id con cuidado».

Pero mamacita nunca pasaba mucho tiempo enfadada, y después era hermoso estar a su lado hecha un ovillo, hundir la cara en su hombro y olerle el pelo fino, rizado y perfumado de su nuca. Eso sí, cuando se enfadaba, sus ojos tenían una expresión ajena, como si uno fuese un desconocido, y decía: «Eres el mayor de mis problemas». Violeta había sido muchas veces un problema y eso era muy humillante.

¡Ay de mí! Violeta soltó de pronto un suspiro y se enderezó. Quería estirar los brazos y bostezar, no porque tuviera sueño, sino porque algo en su interior se sentía encerrado en una jaula tan pequeña que no podía respirar. Como esas pobres cotorras de los mercados, amontonadas en tan minúsculas jaulas de mimbre que sobresalen de los barrotes, boqueando y jadeando, a la espera de que alguien vaya a rescatarlas.

La iglesia era una jaula terrible y enorme, pero parecía demasiado pequeña. «¡Ay de mí, que siempre río por no llorar!». Un verso tonto que Carlos solía decir. A través de las pestañas, la cara de él pareció de pronto pálida y tersa, como si tuviese lágrimas en las mejillas. ¡Oh, Carlos! Pero, desde luego, él nunca lloraría por nada. Ella se asustó al descubrir que sus propios ojos estaban llenos de lágrimas, que bajarían rodando por su cara, que no podría contenerlas. ¿Dónde diablos estaba el pañuelo? Un enorme, limpio y blanco pañuelo de lino que parecía un pañuelo de hombre. ¡Qué horror! La punta doblada le raspó los párpados. A veces lloraba en la iglesia, cuando la música gemía terriblemente y las muchachas permanecían en veladas filas, todas en silencio, salvo por el tintineo de las cuentas al deslizarse por entre sus dedos. Entonces todas le eran extrañas, ¿y si conocieran sus pensamientos? Supongamos que dijese en voz alta: «¡Amo a Carlos!». La idea la hacía sonrojar completamente, hasta que le sudaba la frente y se le ponían rojas las manos. Comenzaría a rezar con frenesí: «¡Oh, María! ¡Oh, María! ¡Madre misericordiosa!», mientras, hundidos en la profundidad de sus palabras, sus pensamientos se precipitarían en una suerte de trance: «Oh, Dios querido, ese es mi secreto. Es un secreto entre Tú y yo. ¡Me moriría si alguien lo supiera!».

Volvió nuevamente los ojos hacia la pareja sentada a la larga mesa, justo a tiempo para ver una vez más el chal que empezaba a deslizarse, siempre con mucha lentitud, del hombro de Blanca. Un hondo estremecimiento de tensas fibras corrió por la piel de Violeta y se hizo del todo intolerable cuando Carlos alargó el brazo para tomar el ribete del chal con sus largos dedos. Su

muñeca giró con un movimiento delicado, el chal volvió a su lugar, Blanca sonrió, tartamudeó y se mordió el labio.

Violeta no soportaba ver aquella escena. No, no. Quería apretarse las manos sobre el corazón, sofocar el lento y ardiente dolor. Era como un pequeño cántaro colmado de llamas que ella no podía apagar. ¡Era cruel por parte de Blanca y de Carlos el sentarse allí, leer y estar tan encantados el uno con el otro sin ni siquiera pensar en ella! Pero ¿qué podría decir si advertían su presencia? Nunca la notaban.

Blanca se levantó.

—Estoy cansada de la poesía antigua. Es demasiado triste. ¿Qué más podemos leer?

—Démonos un empacho de poesía alegre y moderna —sugirió Carlos, cuyos propios versos eran considerados extremadamente alegres y modernos.

Violeta siempre se escandalizaba cuando él los calificaba de divertidos. No podía hablar en serio. Era sólo su modo de fingir que no estaba triste cuando los escribía.

—Léeme otra vez tus nuevos poemas.

Blanca siempre alababa a Carlos. Eso se percibía debajo de su voz, como un hilillo de azúcar. Y Carlos la dejaba hacer. Siempre parecía darse cierto aire de superioridad con Blanca, pero ella era incapaz de darse cuenta, porque, en realidad, no pensaba más que en la manera en que se había sujetado el pelo o si la gente la consideraba guapa. Violeta deseaba con toda el alma hacerle una mueca a Blanca, que posaba ridículamente, inclinada sobre la mesa.

Debido a la pantalla de seda roja, su rostro no se veía cetrino como era habitual. La nariz delgada y los labios pequeños arrojaban sombras sobre su mejilla. Odiaba ser pálida y había adquirido la costumbre, al leer, de pasarse dos dedos en movimientos circulares, primero por una mejilla y después por la otra, hasta hacer arder en ellas unas manchas muy rojas durante largo rato. Violeta sentía deseos de chillar cuando veía a Blanca hacer eso durante horas. ¿Por qué mamacita no le decía nada acerca de ello? Ese jugueteo la sacaba de quicio.

—No tengo los nuevos aquí —dijo Carlos.

—Pues que sean los viejos —aceptó Blanca con alegría.

Fue hacia las estanterías con Carlos a su lado. No encontraron el libro. Sus manos se rozaron mientras sus dedos recorrían los volúmenes. Algo en el íntimo murmullo de sus voces lastimó a Violeta profundamente. Compartían algún delicioso secreto, la excluían a propósito. Habló.

—Si quieres tu libro, Carlos, yo puedo encontrarlo.

Ante el sonido de su propia voz, se sintió serena, firme y con fuerzas para todo. Con ese tono trataba de excluir a Blanca.

Ellos se volvieron y la miraron sin interés.

—¿Y dónde puede estar, niña?

Cuando no leía en voz alta, la voz de Carlos siempre tenía ese filo escalofriante, y sus ojos no dejaban de sondearlo todo. Con una mirada, parecía ver todos los pecados del otro. Violeta recordó sus pies y se tiró de la falda hacia abajo. La visión de las pequeñas zapatillas de satén gris de Blanca le resultaba odiosa.

—Lo tengo yo. Lo he tenido durante toda una semana.

Clavó la vista en la punta de la nariz de Blanca, esperando que comprendieran lo que quería decirles: «¡Ya ves, lo tengo como un tesoro!».

Sintiéndose un poco torpe se levantó, y salió andando en una curiosa imitación del paso adulto de Blanca. Ello la hizo espantosamente consciente de sus piernas largas y rectas con sus calcetines de rayas.

—Te ayudaré a buscar —dijo Carlos, como si se le hubiera ocurrido algo interesante, y la siguió.

Por encima del súbitamente próximo hombro de él, Violeta vio la cara de Blanca. Parecía muy vaga y remota, como la de una muñeca afligida. Los ojos de Carlos eran enormes y no dejaba de sonreír. Violeta deseaba salir corriendo. Él dijo algo en voz baja. Ella no entendió ni una palabra, y era imposible encontrar el cordel de la lámpara de aquel estrecho y oscuro corredor. La asustaba el suave taconeo de las suelas de goma de Carlos, que la seguía tan de cerca mientras cruzaban sin hablar el helado comedor, cargado del olor de la fruta que ha estado todo el día en un lugar cerrado. Cuando llegaron a la pequeña galería abierta sobre la entrada del patio, la luz de la luna, tan radiante tras las sombras de la casa, parecía casi cálida. Violeta revolvió una pila de libros sobre la mesita, pero no los distinguía, y la mano le temblaba tanto que no podía coger nada.

La mano de Carlos apareció, curvada, se apoyó sobre la suya y la sujetó con firmeza. Sus mejillas, redondas y tersas, y sus tensas cejas se destensaron. La boca de él tocó la suya e hizo un ligero chasquido. Ella se sintió arrancada y separada como si una mano la empujase con violencia. Y en ese segundo la mano de él estuvo sobre su boca, suave y tibia, y sus ojos estuvieron puestos en ella, temiblemente cerca. Violeta también abrió mucho los ojos y los clavó en él. Esperaba hundirse en una mirada tibia y gentil, como el contacto de su palma. En cambio, se sintió brusca e intensamente herida, como si hubiera

tropezado con una silla en la oscuridad. Los ojos de él eran brillantes y planos, casi como los ojos de Pepe, el guacamayo. Sus pálidas y lanudas cejas estaban arqueadas, su boca sonreía apretada. Un enorme malestar se inició en la boca del estómago de ella, como sucedía siempre cuando la llamaban para dar explicaciones a la madre superiora. Algo estaba muy mal. El corazón le martilleó hasta que se sintió a punto de ahogarse. Estaba enfadada con todas sus fuerzas y apartó la cabeza con un movimiento brusco.

—¡Quítame la mano de la boca!

—¡Entonces estate quieta, niñita!

Esas palabras eran pasmosas, pero la forma en que él las dijo fue más pasmosa aún, como si fueran cómplices de un secreto vergonzoso. A ella le castañetearon los dientes.

—¡Se lo diré a mi madre! ¡Debería avergonzarte haberme besado!

—Sólo ha sido un besito fraternal, Violeta, exactamente como beso a Blanca. ¡No seas ridícula!

—Tú no besas a Blanca. La oí decirle a mi madre que nunca la había besado un hombre.

—Pero yo la beso… como primo, nada más. Eso no cuenta. También nosotros somos parientes. ¿Qué te has creído?

Oh, había cometido un espantoso error. Sabía que se había ruborizado hasta el punto de sentir palpitar la frente. Se había quedado sin aliento, pero debía explicarse.

—Creía… que un beso… significaba… significaba… —No pudo terminar.

—Ah, eres tan joven como un ternerito recién nacido —dijo Carlos. Su voz temblaba de un modo extraño—. Hueles como un hermoso bebé recién lavado con jabón blanco. ¡Imagínate, un bebé así, enfadado por un beso de su primo! ¡Es vergonzoso, Violeta!

Él era detestable. Ella se vio ante él, casi como si la cara de Carlos fuera un espejo: su boca demasiado grande; su rostro era, hablando claro, una luna; su pelo era feo, con las apretadas trenzas del convento.

—¡Oh, lo lamento tanto! —susurró.

—¿Por qué? —La voz volvía a ser cortante—. Vamos, ¿dónde está el libro?

—No sé —dijo ella, esforzándose por contener el llanto.

—Pues bien, volvamos o mamacita te reñirá.

—Oh, no, no. No puedo entrar allí. Blanca lo notará… Mamacita hará preguntas. Quiero quedarme aquí. Quiero echar a correr… ¡Matarme!

—¡Qué tontería! —dijo Carlos—. Ven conmigo ahora mismo. ¿Qué esperabas al venir aquí sola conmigo?

Se volvió y echó a andar. Ella se sentía avergonzada y, aunque pareciera mentira, culpable. Se había portado con total falta de pudor. Todo era real e increíble de una manera tan amarga que creía estar viviendo una pesadilla interminable y que nadie la oía pedir que la despertaran. Lo siguió, tratando de mantener la cabeza erguida.

Mamacita cabeceaba, radiante, con el pelo ensortijado rígidamente peinado y la barbilla sobre el cuello blanco. Blanca aguardaba como una piedra en su hondo sillón, sosteniendo un librito gris y dorado en su regazo. Sus ojos llenos de ira lanzaron una mirada que se enroscó sobre sí misma como un látigo y sus pupilas se pusieron de repente tan planas y brillantes como las de Carlos.

Violeta se acurrucó en su taburete y dobló las rodillas. Fijó la mirada en la alfombra para ocultar los ojos enrojecidos, porque le aterrorizaba ver el modo en que los ojos podían revelar los episodios más crueles de las personas.

—He encontrado el libro aquí, donde correspondía —dijo Blanca—. Ahora estoy cansada. Es muy tarde. No leeremos.

Violeta deseaba llorar de todo corazón. El colmo era que Blanca hubiera encontrado el libro. Un beso no significaba absolutamente nada y Carlos se había apartado como si se hubiera olvidado de ella. Todo estaba mezclado con los blancos ríos de luz de luna, el olor de la fruta tibia y una humedad fría en los labios que producía un diminuto chasquido. Tembló y se inclinó hasta tocar el regazo de mamacita con la frente. No podría alzar los ojos, nunca, nunca más.

Las voces quedas sonaban agresivas, delgados hilos de metal vibraban en el aire alrededor de ella.

—Pero si te digo que no tengo ganas de leer más.

—Muy bien, me iré enseguida, pero me marcho a París el miércoles, así que no volveré a verte hasta el otoño.

—Sería muy propio de ti marcharte sin ni siquiera preocuparte de decir adiós.

Aun cuando estuviesen enfadados, seguían hablándose como dos adultos que compartían un secreto. Se acercó el taconeo de las suaves y mullidas suelas de goma de él.

—Buenas noches, mi querida doña Paz. He pasado una velada encantadora.

Las rodillas de mamacita se movieron; quería levantarse.

—Qué… ¿duermes, Violeta? Bien, no dejes de escribirnos, mi querido sobrino. Tus primitas y yo te echaremos mucho de menos.

Mamacita, despejada y sonriente, sujetaba las manos de Carlos. Se besaron. Carlos se volvió hacia Blanca y se inclinó para besarla. Ella lo atrapó entre los pliegues del chal gris, pero puso la mejilla. Violeta se levantó con las rodillas temblando. Ladeó la cabeza para eludir la mirada de aquellos ojos de guacamayo que se acercaban más y más, con su tensa, sonriente boca dispuesta a lanzarse sobre ella. Cuando él la tocó, ella se estremeció un instante, luego se enderezó y se apoyó en la pared. Se oyó a sí misma gritar incontenibilemente.

Mamacita se sentó en el borde de la cama y dio una palmada en la mejilla de Violeta. Su mano arqueada era tibia y delicada, como sus ojos. Violeta se atragantó y volvió la cara.

—Le he explicado a papacito que has reñido con tu primo Carlos y has sido muy ruda con él. Papacito dice que necesitas una buena renovación.

La voz de mamacita era suave y tranquilizadora. Violeta yacía sin almohada con el cuello fruncido del camisón cubriéndole la barbilla. No contestó. Incluso un susurro le hacía daño.

—Nos vamos al campo esta semana y vivirás en el jardín todo el verano. Te calmarás. Ahora eres toda una señorita y debes aprender a controlar tus nervios.

—Sí, mamacita.

La expresión del rostro de mamacita era difícil de soportar. Parecía preguntarle acerca de sus pensamientos más ocultos: esos pensamientos que no eran en absoluto reales y de los que nunca se podría hablar con nadie. Todo lo que recordaba de su vida parecía haberse fundido en un caos y una tristeza inexplicables porque todo había cambiado y era variable.

Quería incorporarse, echarse al cuello de mamacita y decirle: «Me ha sucedido algo espantoso… no sé qué es», pero el corazón se le cerró firme y dolorosamente, y suspiró con toda su alma. Hasta el pecho de mamacita se había vuelto un lugar frío y extraño. La sangre corría por su interior, gritando, pero cuando el sonido llegó a sus labios fue sólo un leve gemido, como el de un cachorro.

—No debes llorar más —dijo mamacita después de una larga pausa—. Buenas noches, pobre hija mía. Superarás esta impresión.

El beso de mamacita en la mejilla de Violeta fue algo frío.

Superada o no aquella impresión, nunca más se volvió a pronunciar una palabra sobre el tema. Violeta y su familia pasaron el verano en el campo. Ella se negaba a leer la poesía de Carlos, aunque mamacita la alentaba a hacerlo. Ni siquiera escuchó la lectura de sus cartas de París. Reñía en términos más igualitarios con su hermana Blanca, sintiendo que ya no era tan grande la diferencia de experiencia que las separaba. A veces la dominaba una dolorosa desdicha, porque no lograba responder a los interrogantes que anidaban en su mente. A veces se divertía haciendo feas caricaturas de Carlos.

A principios del otoño regresó a la escuela, llorando y quejándose a su madre de que odiaba el convento. Allí no había, declaró mientras observaba cómo cerraban sus arcones, nada que aprender.

1923

El mártir

Rubén, el pintor más ilustre de México, estaba profundamente enamorado de su modelo Isabel, unida a su vez sentimentalmente a un artista rival cuyo nombre no tiene importancia.

Isabel solía llamar a Rubén su pequeño Churro, que es una especie de pastelillo dulce y, además, un nombre popular entre los mexicanos para los cachorros. Rubén lo consideraba un nombre delicioso y solía comentar a sus visitas en el estudio: «Y ahora me llama Churro. ¡Ja, ja!». Cuando reía, temblaba dentro del chaleco, porque estaba engordando.

Entonces Isabel, que era alta y delgada, con largos y afilados dedos, desgarraba con las manos un ramillete de flores que Rubén le había llevado y esparcía sus pétalos o gritaba «¡Yah! ¡Yah!» con tono burlón y le hundía un poco la punta de la nariz con pintura. También la habían visto tirándole del pelo y de las orejas sin piedad.

La gente bien pensante recorría en peregrinación la estrecha y empedrada calle, evitaba cuidadosamente los charcos del patio y subía con estrépito las inseguras escaleras para echar una ojeada a tan grande, aunque sencillo personaje. Entonces ella exclamaba: «¡Aquí vienen las bonitas ovejitas!». Le divertía la mirada asombrada de los visitantes ante su osadía.

Solía aburrirse, porque a veces tenía que pasar el día entero de pie, trenzándose y destrenzándose el pelo mientras Rubén hacía bocetos y olvidaban comer hasta tarde, pero no había lugar al que ella pudiera ir hasta que su amante, el rival de Rubén, vendiera un cuadro, pues todo el mundo declaraba que Rubén mataría sin vacilar al hombre que siquiera intentara quitarle a Isabel. Así que Isabel se quedó, Rubén pintó dieciocho dibujos diferentes de ella para su mural y ella cocinó para él de vez en cuando, a

veces con él, y sacaba su larga y roja lengua a los visitantes que no le gustaban. Rubén la adoraba.

Precisamente estaba empezando el dibujo número diecinueve de Isabel cuando su rival vendió un cuadro muy grande a un hombre rico cuyo decorador le había dicho que necesitaba un panel verde y naranja en una determinada pared de su nueva casa. Por una feliz coincidencia, aquel cuadro era prodigiosamente verde y naranja. El hombre rico le pagó un precio altísimo, pero lo hizo muy contento, explicaba, porque le hubiese costado seis veces más cubrir ese espacio con tapices. El rival también se alegró, aunque omitió explicar por qué. Al día siguiente Isabel y él se marcharon a Costa Rica, y ese es el final de su historia por lo que a nosotros respecta.

Rubén leyó la nota de despedida:

> ¡Pobrecito Churro! Es una pena que tu vida sea tan aburrida, y yo ya no pueda aguantarla. Me voy con alguien que nunca me permitirá cocinar para él, pero hará un mural con cincuenta figuras mías, no sólo veinte. También tendré zapatillas rojas y una vida alegre a más no poder.
>
> Tu vieja amiga,
>
> ISABEL

Cuando Rubén la leyó, sintió que se ahogaba. Le faltaba el aliento y agitaba muchísimo los brazos. Luego se bebió toda una botella de tequila, sin limón ni sal para suavizarla, se echó en el suelo con la cabeza en una paleta de pintura recién mezclada y lloró con vehemencia.

Después fue por completo otro hombre. No podía hablar de nada que no fuese Isabel, su rostro angélico, sus bonitas travesuras y costumbres: «Solía pintarme los tobillos de negro y azul», decía con cariño, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Comía sin parar pastelillos crujientes de una bolsa próxima a su caballete. «¿Veis? —decía, mostrando uno antes de darle un mordisco—. Me llamaba Churro, como esto».

Sus amigos, encantados cuando vieron que Isabel se había ido, decían entre ellos que había tenido suerte al perder de vista a aquel demonio enjuto. Se dedicaron a ayudarle a olvidar, pero Rubén no se apartaba de lo suyo. «No hay otra mujer como ella —decía, negando con la cabeza tercamente—. Cuando se fue, se llevó mi vida. No tengo ánimos ni siquiera para vengarme». Y añadía: «Yo os digo que Isabel, mi pobre angelito, es una asesina, porque me ha roto el corazón».

A veces erraba ansiosamente por el estudio, dando puntapiés con sus zapatillas de fieltro a las pilas de dibujos que se amontonaban juntando polvo, o molía colores durante unos minutos, diciendo con voz dolorida: «Hubo un tiempo en que ella hacía todo esto para mí. ¡Imaginad su bondad!». Pero siempre regresaba a la ventana, sin dejar de comer dulces y frutas y tortas de almendra de la bolsa. Cuando sus amigos le llevaban a cenar, se sentaba tranquilamente y comía enormes platos de toda clase de comida, tragándoselos con vino dulce. Después se echaba a llorar y hablaba de Isabel.

Sus amigos coincidieron en que se estaba poniendo bastante pesado. Isabel se había ido hacía casi seis meses y Rubén se negaba a tocar siquiera su decimonovena imagen, mucho más a iniciar la vigésima, así que el mural no iba a ninguna parte.

—Mira, mi querido amigo —le dijo Ramón, que dibujaba caricaturas y cabezas de muchachas guapas para las revistas—, hasta yo, que no soy un gran artista, sé que las mujeres pueden echar a perder el trabajo de un hombre. Déjame decirte que, cuando Trinidad me abandonó, no serví para nada en una semana. No hacía nada a derechas, no era capaz de distinguir un color de otro y perdí por completo el dominio del matiz. Aquella tramposa sinvergüenza estuvo a punto de arruinarme, pero tú, amigo, anímate, y termina tu gran mural para el mundo, para el futuro, y recuerda a Isabel sólo para agradecer a Dios que se haya ido.

Masticando almendras garrapiñadas, Rubén negó con la cabeza al hundirse en su sofá y gritó:

—El dolor que me oprime el corazón me matará. No hay otra mujer como ella.

De pronto, el cuello de la camisa se negó a cerrarse bajo su barbilla. Se aflojó tres agujeros el cinturón, y explicó:

—Me quedo quieto, no puedo moverme más. Mi energía se ha ido en penas.

Las capas de grasa se acumulaban insidiosamente sobre él, se deformó hasta convertirse en un desconocido hasta para sí mismo. Ramón, mostrando su nueva caricatura de Rubén a sus amigos, declaró: «Podría haberlo dibujado igual con un compás, lo juro. Los botones saltan de su camisa. Es decididamente peligroso».

Pese a todo, Rubén se quedaba allí, comiendo caprichosamente en soledad y, a partir de su tercera botella de vino dulce, llorando por Isabel noche tras noche.

Sus amigos discutieron el problema y concluyeron que la situación era cada vez más grave; había llegado el momento de que alguien le dijera cuál era la verdadera causa de su dolor. Pero cada uno deseaba que fuese otro el elegido para ello. Y se hizo evidente que no había nadie en el grupo, quizá en todo México, lo bastante impertinente para decírselo. Decidieron trasladar la responsabilidad a un médico de la escuela universitaria. En la cabeza de una persona así debía de combinarse una sensibilidad considerablemente refinada con el más alto grado de conocimiento técnico. Era una forma de actuar diplomática, prudente y delicada. Y así se hizo.

El médico encontró a Rubén sentado ante su caballete, frente a la decimonovena figura de Isabel a medio terminar. Lloraba y, entre sollozos, comía cucharadas de suave queso de Toluca con mangos picantes. Rebasaba por todas partes su taburete de pintor, como un montón de masa sobada. Fue él quien le habló al médico sobre Isabel.

—Le digo sinceramente, amigo mío, que ni siquiera yo pude reproducir en pintura las líneas bellas de su muslo y su empeine. Y, además, era un ángel de bondad.

Después dijo que el dolor de su corazón le llevaría a la muerte. El médico se sintió profundamente afectado. Durante largo rato le ofreció consuelo sin atreverse a prescribir curas materiales a un hombre de tan fina sensibilidad.

—Sólo tengo burdos y vulgares remedios —con un gracioso gesto pareció ofrecerlos entre pulgar e índice—, pero son todo lo que el mundo de la carne posee para contribuir a la curación del espíritu herido.

Los nombró uno tras otro. Era una lista detallada, pero no espectacular: dieta, aire puro, largos paseos, ejercicio enérgico y frecuente, preferiblemente en barra, duchas heladas, casi nada de vino.

Rubén parecía no oírle. Su continuo y ausente murmullo fluía cálido a través de los solemnes y redondeados párrafos del médico: «Los dolores son casi insoportables durante la noche, cuando yazgo en mi cama solitaria, contemplo los cielos vacíos por mi estrecha ventana y me digo: “Pronto mi tumba será más estrecha que esa ventana y más oscura que ese firmamento”, y mi corazón da un vuelco. ¡Ah, Isabelita, mi verdugo!».

El médico se retiró de puntillas, respetuosamente, y le dejó allí sentado, comiendo queso y contemplando con ojos húmedos la decimonovena figura de Isabel.

En su compañía, sus amigos se aburrían desesperadamente y le dejaron cada vez más solo. Nadie lo vio durante algunas semanas, salvo el propietario

de un pequeño café llamado Los Monitos, donde Rubén solía cenar con Isabel y donde ahora iba solo a comer.

Allí, una noche, repentinamente, Rubén se llevó las manos al corazón con violencia, se levantó de la silla y volcó el plato de tamales y salsa picante que había estado comiendo. El propietario del café corrió hacia él. Rubén susurró algo a toda prisa, hizo un gesto bastante espectacular con un brazo sobre la cabeza y, para decirlo con toda la delicadeza posible, murió.

Sus amigos corrieron al día siguiente a ver al propietario del café, quien les ofreció una versión muy dramática del lamentable episodio. Ramón todavía seguía reuniendo material para una biografía íntima del más eminente pintor de su país, que sería ilustrada con muchas caricaturas suyas. Ya estaba compuesta la dedicatoria a su «Amigo y maestro, inspirado e incomparable genio del arte del continente americano».

—Pero ¿qué te dijo —insistió Ramón— en el asombroso momento final? Es muy importante. Las últimas palabras de un gran artista tienen que ser muy elocuentes. ¡Repítelas con precisión, mi querido amigo! Dará mayor esplendor a la biografía, más aún, a la misma historia del arte, si son elocuentes.

El propietario asintió con el aire de un hombre que lo comprende todo.

—Lo sé, lo sé. Bien, quizá no me creas cuando te diga que sus ultimísimas palabras fueron un mensaje verdaderamente sublime para vosotros, sus buenos y fieles amigos, y para el mundo. Dijo, caballeros: «Diles que soy un mártir del amor. Perezco por una causa que bien vale el sacrificio. ¡Muero por mi corazón roto!», y luego dijo: «¡Isabelita, mi verdugo!». Eso fue todo —finalizó el propietario, sencillo y respetuoso, bajando la cabeza.

Todos bajaron la cabeza.

—Fue verdaderamente magnífico —dijo Ramón, tras el adecuado intervalo de duelo silencioso—. Te lo agradezco. Es un soberbio epitafio. Estoy muy agradecido.

—También era sumamente aficionado a mis tamales y mi salsa picante —añadió el propietario en tono modesto—. Fueron su último placer.

—Eso será mencionado cuando sea pertinente, no temas, amigo mío —dijo Ramón con la voz rota de generosa emoción—, y el nombre de tu café también. Cuando esta historia sea conocida se convertirá en un santuario para los artistas. Confía del todo en que preservaré para el futuro hasta los menores detalles de la vida y el carácter de ese gran genio. Cada episodio tiene sus

propios detalles sagrados, su precioso y peculiar interés. Sí, en efecto, mencionaré los tamales.

1923

Magia

Y, madame Blanchard, sepa que me siento muy feliz de estar aquí con usted y su familia, pues todo me resulta tan tranquilo, ya que antes trabajé mucho tiempo en un burdel… quizá usted no sepa qué es un burdel… Desde luego, todo el mundo debe de haberlo oído más de una vez. Bien, madame, yo trabajo siempre donde hay faena, y así, en ese lugar, trabajé duro a cualquier hora, y vi demasiadas cosas, cosas que usted no creería y que a mí no se me ocurriría contarle, si bien tal vez la entretengan mientras le cepillo el cabello. Me disculpará también, pero no pude evitar oírle decir a la lavandera que quizá alguien hubiese hechizado sus sábanas porque quedan destrozadas a los pocos lavados. Bien, había una muchacha allá, en aquella casa, una desgraciadita, delgada, pero que gustaba a todos los hombres que iban allí, así que, como usted comprenderá, no podía llevarse bien con la mujer que administraba la casa. Se peleaban, la alcahueta la timaba con las chapas. Sepa usted que la muchacha recibía cada vez una chapa de latón y al final de la semana se las devolvía a la alcahueta. Sí, así funcionaba y sacaba su porcentaje, una parte muy pequeña de sus ingresos. Es un negocio, ¿ve?, como cualquier otro… Y la alcahueta acostumbraba fingir que la muchacha había devuelto sólo algunas chapas, ¿comprende?, y en realidad ella había entregado muchas más, pero una vez fuera de sus manos, ¿qué podía hacer? Así que decía: «Me iré de aquí». Y maldecía y lloraba. Entonces la alcahueta le pegaba en la cabeza. Siempre golpeaba a la gente en la cabeza con botellas, era su forma de pelear. Cielos, madame Blanchard, ¡qué escándalo se montaba a veces, con una muchacha corriendo como una loca escaleras abajo y la alcahueta tirando de ella hacia arriba por el pelo y estrellándole una botella en la frente!

La razón era casi siempre el dinero, las chicas se endeudaban y, si deseaban marcharse, no podían hacerlo sin pagar hasta el último cuarto. La alcahueta estaba compinchada con la policía; las muchachas debían regresar con ella o ir a la cárcel. El caso es que siempre volvían acompañadas por la policía o por otros tipos de hombres, amigos de la alcahueta, pues también conseguía que los hombres trabajaran para ella, pero, déjeme decírselo, a ellos les pagaba muy bien por todo. Y así las muchachas se quedaban, a menos que estuviesen enfermas; en ese caso, si se ponían demasiado malas, las volvía a despachar.

«Me tira un poco aquí —dijo madame Blanchard, y se acomodó un mechón—. Y entonces, ¿qué sucedía?».

Disculpe… pero esa muchacha, había verdadero odio entre ella y la alcahueta. No dejaba de repetir: «Yo hago más dinero que nadie en la casa». Y todas las semanas se montaban escenas. Así que al final dijo una mañana: «Ahora me iré de aquí», y tomó cuarenta dólares de debajo de su almohada y dijo: «¡Aquí tienes tu dinero!». La alcahueta empezó a gritar: «¿De dónde has sacado tú todo esto?», y la acusó de robar a los hombres que la visitaban. La muchacha dijo: «Mantén las manos quietas o te romperé la crisma», y la alcahueta la cogió por los hombros y empezó a levantar la rodilla y a patear a aquella muchacha de mala manera en el estómago, y hasta en su lugar más secreto, madame Blanchard, y después la golpeó en la cara con una botella y la muchacha volvió a caer de espaldas en su habitación, donde yo estaba limpiando. La ayudé a llegar hasta la cama y se sentó allí sujetándose los costados y con la cabeza colgando, y cuando volvió a levantarse había sangre allí donde había estado sentada. Entonces la alcahueta entró una vez más y chilló: «Ahora puedes marcharte, ya no me sirves». No lo repito todo, pues como usted comprenderá sería demasiado. Pero ella cogió todo el dinero que pudo encontrar y, en la puerta, le dio a la muchacha tal empujón en la espalda con la rodilla que cayó de bruces en la calle, y a continuación la muchacha se levantó y se fue con el vestido que a duras penas la cubría.

Después de eso, los hombres que conocían a la muchacha no dejaban de decir: «¿Dónde está Ninette?». Y siguieron preguntándolo durante varios días, así que la alcahueta no podía decir: «La eché por ladrona». No, comenzó a ver que había sido un error echar a Ninette, y entonces dijo: «Volverá muy pronto, no se preocupen».

Y ahora, madame Blanchard, si quiere oírlo, voy a la parte extraña de la historia, la que recordé cuando usted dijo que sus sábanas estaban hechizadas. Porque en aquel lugar la cocinera era una mujer del mismo color que yo y,

como yo, con mucha sangre francesa, exactamente igual, e igual que yo, había vivido siempre entre personas que hacían encantamientos. Pero ella tenía un corazón muy duro, ayudaba a la alcahueta en todo, le gustaba observar todo lo que ocurría para irle luego con cuentos sobre las muchachas. La alcahueta confiaba en ella por encima de todo, y le dijo: «Y bien, ¿dónde puedo encontrar a esa fulana?», porque ella había desaparecido completamente de la calle Basin antes de que la alcahueta empezara a pedir a la policía que se la llevara de regreso. «Bien —dijo la cocinera—, conozco un encantamiento que funciona aquí en Nueva Orleans, las mujeres de color lo practican para hacer regresar a sus hombres; en siete días vuelven, muy felices de quedarse sin saber por qué, hasta su enemigo volverá a usted convencido de ser su amigo. Por cierto es un encantamiento de Nueva Orleans, dicen que no tiene efecto ni siquiera al otro lado del río…». Y entonces lo hicieron exactamente como decía la cocinera. Cogieron el orinal de aquella muchacha de debajo de su cama y en él mezclaron con agua y leche todo lo que de ella quedaba por allí: el pelo de su cepillo, el polvo facial de la borla e incluso trocitos de sus uñas que encontraron cerca de los bordes de la alfombra en que solía sentarse para cortarse las uñas de las manos y de los pies, metieron las sábanas con sangre de ella en el agua, y la cocinera repetía sin parar algo encima de aquello en voz baja; yo no alcanzaba a oírlo todo, pero, al final, le dijo a la alcahueta: «Ahora escupa dentro», y la alcahueta escupió; después la cocinera dijo: «Cuando ella regrese, será polvo bajo sus pies».

Madame Blanchard cerró su botella de perfume haciendo un suave ruido. «Sí, ¿y qué más?».

Luego, al cabo de siete noches, la muchacha regresó y se la veía muy enferma, con las mismas ropas y todo, pero feliz de estar allí. Uno de los hombres dijo: «¡Bienvenida a casa, Ninette!», y cuando ella intentó decirle algo a la alcahueta, esta dijo: «¡Calla y sube a vestirte!». Entonces, Ninette, esa muchacha, dijo: «Bajaré en un minuto». Y después de aquello, vivió allí tan tranquila.

1924

La cuerda

A los tres días de haberse instalado en el campo, él regresó del pueblo andando, con una cesta de provisiones y un rollo de cuerda de veintidós metros. Ella, secándose las manos en su delantal verde, salió a su encuentro. Tenía el pelo revuelto y la nariz escarlata por el sol; él le dijo que su aspecto ya era el de una campesina de toda la vida. A él se le pegaba al cuerpo la camisa de franela gris y tenía los pesados zapatos llenos de polvo. Ella le aseguró que parecía el personaje rural de una representación teatral.

¿Se había acordado del café? Ella había estado esperando durante todo el día el café. Habían olvidado comprarlo al hacer su encargo a la tienda el primer día.

¡Caramba, no, no lo había comprado! ¡Dios, tendría que volver! Sí, si en ello le fuera la vida, sin duda regresaría, pero pensó que tenía todo lo demás. Ella le recordó que eso se debía únicamente a que él no bebía café. De lo contrario, lo hubiese recordado. Imaginaos que se quedase sin cigarrillos. Entonces ella vio la cuerda. ¿Para qué era? Pues bien, él pensaba que podía servir para tender ropa o algo. Y, naturalmente, ella le preguntó si creía que iban a poner una lavandería. Ya tenían una de quince metros colgada ante sus ojos. ¿De verdad que no se había dado cuenta? Para ella, afeaba el paisaje.

Él comentó que una cuerda podía servir para un montón de cosas. Ella quiso saber para qué, que le diera un ejemplo. Él lo consideró unos segundos, pero no se le ocurrió nada. Podían esperar y ver, ¿no? Se necesita toda clase de chismes raros allí en el campo. Ella dijo que sí, que así era, pero que creía que justo en aquel momento, cuando cada centavo era valioso, parecía tonto comprar más cuerda. Eso era todo. No quería decir nada más. Al principio no había comprendido por qué él creía que era necesaria.

¡Ya está bien, diablos! La había comprado porque quería y basta. Ella pensó que esa era una razón suficiente y no podía entender por qué él no lo había dicho desde el principio. Indudablemente, serían útiles veintidós metros de cuerda. Aunque no le venía ninguna a la cabeza en ese momento, había cientos de utilidades. Desde luego. Como él había dicho, en el campo esas cosas siempre son necesarias.

Pero se sentía un tanto decepcionada con lo del café y, ¡oh, mira, mira, mira los huevos! ¡Oh, no, están todos rotos! ¿Qué les había puesto encima? ¿No sabía que no hay que poner peso alguno sobre los huevos? Chafar, quién los había chafado, quería saber él. ¡Qué tontería! Él, sencillamente, los había llevado en la cesta junto con las otras cosas. Si se habían roto, era culpa del hombre de la tienda. Aquel hombre debía saber mejor que nadie que no había que poner cosas pesadas encima de los huevos.

Ella creía que había sido la cuerda. Era lo más pesado del paquete. Lo había visto claramente cuando él llegaba de la tienda y la cuerda destacaba como un enorme envoltorio encima de todo. Él deseaba que el mundo entero diese fe de que eso no era cierto. Había cargado con la cuerda en una mano y con la cesta en la otra, ¿y de qué le servía a ella tener ojos si no era capaz de sacarles más provecho?

En cualquier caso, ella señaló que al menos una cosa estaba clara: no habría huevos para el desayuno. Y tendrían que hacer un revuelto para la cena. Era una verdadera desgracia. Había pensado hacer filetes para la cena. No había hielo, la carne no se podía guardar. Él quiso saber por qué ella no podía terminar de romper los huevos en un tazón y colocarlos en un lugar fresco.

¡Lugar fresco! Si era capaz de encontrarle uno, ella estaría encantada de ponerlos allí. Bien, entonces, a él le parecía perfectamente posible cocinar la carne al mismo tiempo que los huevos y luego calentarla al día siguiente. La idea sencillamente la escandalizó. Carne recalentada cuando podían muy bien comerla recién hecha. Sucedáneos, sobras e improvisaciones, ¡hasta con la carne! Él le frotó un poco la espalda. En realidad, no era tan importante, ¿no, querida? A veces, cuando estaban de buen humor, él le frotaba la espalda y ella se arqueaba y ronroneaba. Esa vez siseó y estuvo a punto de arañarlo. Él se disponía a decir que seguramente se podrían arreglar de alguna manera cuando ella se volvió y dijo que si le decía que se podrían arreglar de alguna manera, no dudaría en darle una bofetada.

Él se tragó esas palabras al rojo vivo y su cara ardió. Levantó la cuerda para colocarla en el estante más alto. Ella no quería tenerla en el estante más

alto, donde colocaban frascos y latas; decididamente, no quería que estuviese ocupado por tantos metros de cuerda. Había soportado todo el desorden que era capaz de soportar en el piso de la ciudad; al menos, ahí había espacio y se proponía tener las cosas en orden.

Bien, en ese caso, él quería saber qué estaban haciendo el martillo y los clavos allí. Y por qué los había puesto allí cuando sabía muy bien que él necesitaba aquel martillo y aquellos clavos arriba para fijar los marcos de las ventanas. Ella no hacía más que retrasarlo todo y duplicar el trabajo con su insensata costumbre de cambiar las cosas de lugar y esconderlas.

Estaba segura de no haberle oído bien y, si hubiese tenido alguna razón para creer que él iba a fijar los marcos de las ventanas aquel verano, habría dejado el martillo y los clavos exactamente donde él los había puesto: en medio del suelo del dormitorio, para poder pisarlos bien en la oscuridad. Y ahora, si él no se llevaba aquello de allí, lo arrojaría todo al pozo.

¡Oh, de acuerdo, de acuerdo!… ¿Podría ponerlo en el armario? Desde luego que no, había escobas y fregonas y recogedores, ¿y por qué no podía encontrar un lugar para la cuerda fuera de su cocina? ¿No se había parado a pensar que había siete habitaciones dejadas de la mano de Dios en la casa y sólo una cocina?

Él quiso saber qué tenía que ver. ¿Y comprendía ella que estaba haciendo el ridículo? ¿Y por quién le tomaba? ¿Por un idiota de tres años? El problema era que ella necesitaba de alguien más débil para acosarlo y oprimirlo. Justo en aquel momento él deseaba desesperadamente tener un par de niños sobre los que ella pudiera descargarse. Quizá así conseguiría algún descanso.

Ante ese comentario, a ella se le mudó el rostro. Le recordó que había olvidado el café y comprado un inútil trozo de cuerda. Y cuando ella consideraba todas las cosas que en realidad necesitaban para que aquel sitio fuese siquiera decentemente adecuado para vivir bien, se echaba a llorar, eso era todo. Se la veía tan desamparada, tan perdida y desesperada, que él no podía creer que un simple trozo de cuerda fuera el causante de todo el jaleo. ¿Qué era lo que ocurría, por el amor de Dios?

Oh, ¿le haría él el favor de callarse y salir y quedarse fuera, si podía, durante cinco minutos? Claro, así lo haría. Si ella lo deseaba se quedaría fuera indefinidamente. Dios, sí, no había nada que él desease más que marcharse y no volver nunca. Ella no entendería en su vida qué le retenía entonces. Era una oportunidad estupenda. Ahí estaba ella, clavada, lejos de cualquier ferrocarril, con una casa medio vacía entre las manos, ni un centavo en el

bolsillo y todo por hacer en el mundo; parecía el momento elegido por Dios para que él escapara de allí. Estaba sorprendida de que no se hubiera quedado en la ciudad, como de costumbre, hasta que ella hubiese salido y, después de que ella hubiera terminado con todo el trabajo, llegara él para hacer como que ponía las cosas en orden. Era su truco habitual.

Él tenía la impresión de que las cosas estaban yendo demasiado lejos. Saliéndose un tanto de madre, si a ella no le importaba que lo dijera así. ¿Por qué demonios se había quedado en la ciudad el verano anterior? Para hacer media docena de trabajos extras y conseguir el dinero que le había enviado. De eso se trataba. Ella sabía perfectamente que no podían haberlo hecho de otra manera. Aquella vez había estado de acuerdo con él. Y esa había sido la única ocasión en que le había dejado hacer las cosas por sí misma.

Oh, él podría contárselo a su bisabuela. Ella tenía cierta idea de lo que le había retenido en la ciudad. Mucho más que una idea, si él quería saberlo. ¿De modo que ella iba a remover otra vez todo aquello? Pues bien, podía pensar lo que quisiera. Estaba cansado de dar explicaciones. Quizá hubiese parecido ridículo, pero sencillamente había mordido el anzuelo y ¿qué más podía hacer? Era imposible creer que ella fuese a tomárselo en serio. Sí, sí, sabía qué pasaba con un hombre: si se le dejaba libre un minuto, con toda seguridad alguna mujer lo raptaría. ¡Y, naturalmente, él no podía herir sus sentimientos negándose!

Pues bien, ¿qué la enojaba? ¿Olvidaba que le había dicho que aquellas dos semanas sola en el campo habían sido las más felices en cuatro años? ¿Y cuánto tiempo llevaban casados cuando lo dijo? ¡De acuerdo, calla! Si creía que aquello no había sido un golpe bajo…

Ella no había querido decir que estuviese contenta porque él se encontrara lejos. Había querido decir que se había sentido feliz poniendo la maldita casa bonita y en condiciones para él. Eso era lo que había querido decir ¡y ahora, mira! Sacando a relucir algo que ella había dicho hacía un año, únicamente para justificarse por haber olvidado el café y roto los huevos y comprado un condenado trozo de cuerda que no podían permitirse comprar. En realidad pensó que ya era hora de abandonar el tema y que sólo quería dos cosas en el mundo. Quería que él sacara esa cuerda de debajo de sus pies y volviera al pueblo y consiguiera café y, si era capaz de recordarlo, trajera un estropajo de aluminio para las sartenes y dos barras más para cortinas y, si hubiese en el pueblo, guantes de goma, pues tenía las manos en carne viva, y una botella de leche de magnesia de la farmacia.

Él contempló el atardecer azul oscuro abrasador sobre las laderas de las colinas, se enjugó la frente, suspiró profundamente y dijo que, si ella fuese capaz de esperar tan sólo un minuto por alguna cosa, él volvería. Había dicho eso, ¿no?, justo en el momento en que se dieron cuenta de que lo había olvidado.

Oh, sí, de acuerdo… vete. Ella iba a limpiar las ventanas. ¡El campo era tan hermoso! Dudaba de que tuvieran un momento para disfrutarlo. Él se refería a marcharse, pero ni siquiera se atrevía a insinuarlo pues ella, una melancólica incurable, no creería que volvería al cabo de unos días. ¿No recordaba nada agradable de los otros veranos? ¿No se habían divertido siempre de alguna manera? Ella no tenía tiempo para hablar de eso, y ¿le haría el favor de no dejar esa cuerda por ahí para que tropezara? Él la cogió, pues se había deslizado de la mesa, y salió con ella bajo el brazo.

¿Se marchaba justo entonces? Seguramente. Eso pensó ella. A veces tenía la impresión de que él intuía cuál era el momento perfecto para dejarla en la estacada. Quería que sacaran los colchones al sol, pero si se disponían a hacerlo, al menos tendrían para tres horas. Él debía de haberle oído decir por la mañana que tenía la intención de airearlos. De modo que, por supuesto, se marchaba y le dejaba todo el trabajo. Dedujo que él creía que el ejercicio le haría bien.

Bueno, él tan sólo iba a buscar su café. Una caminata de seis kilómetros por un kilo de café era algo ridículo, pero él estaba perfectamente dispuesto a hacerlo. La adicción la estaba destrozando, pero si ella quería destruir su vida, no había nada que él pudiera hacer al respecto. Si creía que era el café lo que la estaba destrozando, ella le felicitaba; debía de tener una conciencia condenadamente tranquila.

Con la conciencia tranquila o no, él no veía por qué los colchones no podían esperar hasta el día siguiente. Y de todos modos, por el amor de Dios, ¿vivían en la casa o iban a permitir que la casa los llevara a la muerte? Ella palideció al oír eso y su rostro se puso lívido en torno a la boca. Su actitud parecía intimidatoria, y le recordó que el cuidado de la casa no era más obligación de uno que de otro; ella tenía otras cosas que hacer y a ese ritmo, ¿cuándo creía que iba a encontrar tiempo para hacerlas?

¿Iba a empezar de nuevo? Sabía tan bien como él que su trabajo proporcionaba ingresos regulares mientras que el de ella era sólo ocasional. Si dependieran de lo que ella hacía… ¡y ya era hora de que lo comprendiera con toda claridad de una vez por todas!

Definitivamente, ese no era el problema. La cuestión era si, cuando ambos estuvieran trabajando a la vez, habría o no división del trabajo doméstico. Ella simplemente quería saberlo, pues tenía que hacer sus planes. Pues bien, él creía que todo estaba arreglado. Era un hecho que él iba a ayudar. ¿No lo había hecho siempre, durante los veranos?

¿Lo había hecho? Oh, ¡lo había hecho! ¿Y cuándo y dónde y haciendo qué? ¡Dios, qué broma tan divertida!

Hasta tal punto era divertida la broma que el rostro de ella se tornó ligeramente púrpura y estalló en una carcajada. Rió tanto que tuvo que sentarse y al final un torrente de lágrimas brotó de sus ojos y rodó hacia las alzadas comisuras de sus labios. Él se precipitó hacia ella, la obligó a ponerse en pie y trató de echarle agua en la cabeza. El cucharón colgaba de un clavo por una cuerda y al tirar él la rompió. Entonces trató de sacar agua con una mano mientras luchaba con la otra. Así que dejó de intentarlo y, en su lugar, la sacudió.

Ella, haciendo un gran esfuerzo, se soltó de sus manos, gritándole que cogiera su cuerda y se fuera al infierno. Sencillamente lo había abandonado; y corrió. Él oyó sus zapatillas de tacón haciendo ruido y tropezando en las escaleras.

Salió, rodeó la casa y se internó en el sendero; de pronto se dio cuenta de que tenía una ampolla en el talón y de que sentía arder la camisa. Las cosas estallan tan repentinamente que no se sabe cuándo han comenzado. Se ponía hecha una furia por nada. Era terrible, maldición, ni una pizca de sensatez. Cuando estaba así daba lo mismo hablar con un colador que con esa mujer. ¡Que le condenasen si tenía que pasar toda su vida dándole la razón! Y bien, ¿qué iba a hacer? Devolvería la cuerda y la cambiaría por otra cosa. Las cosas se acumulaban, las cosas eran gigantescas y no se podían mover, ni seleccionar, ni eliminar. Están por ahí y se pudren. La devolvería. Diablos, ¿por qué? Él la quería. Al fin y al cabo, ¿qué era? Un trozo de cuerda. Imaginad a alguien que se preocupe más por un trozo de cuerda que por los sentimientos de un hombre. ¿Qué derecho tenía ella a protestar por eso? Recordó todas las cosas inútiles, sin sentido, que compraba para sí misma. ¿Por qué? Porque quería, ¡por eso! Se detuvo y eligió una piedra grande junto al camino. Cuando regresara, pondría la cuerda detrás de ella en la caja de herramientas. Ya había oído hablar de la cuerdecita bastante para el resto de su vida.

Cuando regresó, ella estaba apoyada en el buzón, a un lado del camino, esperando. Era bastante tarde; el olor a filete asado le llegó, flotando en el aire

fresco. La cara de la mujer era joven, tersa y de buen color. Su rebelde y gracioso cabello negro estaba revuelto. Le saludó con un gesto desde lejos y él se apresuró. Ella gritó que la cena estaba lista y esperando, ¿tenía hambre?

Ya lo creo que tenía hambre. Ahí estaba el café. Lo alzó para que lo viese. Ella miró su otra mano. ¿Qué era lo que tenía allí?

Bueno, era otra vez la cuerda. Él se detuvo de golpe. Tenía el propósito de cambiarla, pero había olvidado hacerlo. Ella quiso saber por qué había de cambiarla, si tanto deseaba tenerla. ¿No era ahora agradable el aire y bueno el estar allí?

Ella caminó junto a él sujetándose con una mano en su cinturón de cuero. Tironeaba y le empujaba un poco al andar y se apoyaba en su cuerpo. Él la rodeó con su brazo libre y le dio una palmadita en el estómago. Intercambiaron cautelosas sonrisas. ¡Café, café para los tortolitos! Él se sintió como si le trajera un hermoso regalo.

Era un amor, creía la mujer con toda firmeza, y de haber tenido su café por la mañana no se hubiese comportado de modo tan sorprendente… Había un chotacabras, imagínate, totalmente fuera de estación, que se posaba en el manzano silvestre y llamaba solo a los demás. Tal vez su hembra lo hubiese abrumado. Tal vez. Tenía la esperanza de oírlo una vez más, amaba los chotacabras… Él sabía cómo era ella, ¿no?

Claro, él sabía cómo era ella.

Él

La vida era muy dura para los Whipple. Resultaba duro alimentar todas las bocas hambrientas y abrigar a los niños durante el invierno, por breve que fuese: «Dios sabe qué sería de nosotros si viviésemos en el norte», decían. Mantenerlos decentemente limpios era duro. «Al parecer, la suerte nunca nos favorece», decía el señor Whipple, pero la señora Whipple estaba dispuesta a coger lo que les fuese enviado y, cuando se encontraban al alcance del oído de los vecinos, darlo por bueno a toda costa. «Que nadie jamás nos oiga quejarnos», repetía insistentemente a su marido. No podía soportar que le tuvieran lástima. «No, ni aunque tuviéramos que vivir en un vagón y cosechar algodón en el campo —decía—, nadie tendrá la ocasión de mirarnos por encima del hombro».

La señora Whipple quería a su segundo hijo, el simple, más de lo que quería a los otros dos niños juntos. Siempre lo decía y, cuando hablaba con algunos de sus vecinos, añadía a su marido y a su madre.

—No necesitas ir diciéndolo por todas partes —decía el señor Whipple—. Conseguirás que todos crean que nadie más que tú tiene sentimientos hacia Él.

—Es lo natural en una madre —le recordaba la señora Whipple—. Sabes bien que es el comportamiento natural de una madre. Nadie espera tanto de un padre.

Así no impedía que los vecinos hablaran sin rodeos. «Sería una verdadera bendición del Señor que Él muriera», decían. «Son los pecados de los padres», coincidían. «En alguna parte hay mala sangre y malas acciones, puedes apostar por ello». Y todo a espaldas de los Whipple. A la cara, todo el mundo decía: «No está tan mal, puede reponerse. ¡Mirad cómo crece!».

La señora Whipple odiaba hablar del tema, trataba de evitar pensar en ello, pero cada vez que alguien ponía el pie en la casa, la cuestión siempre aparecía, y ella tenía que hablar de Él en primer lugar, antes de poder hacerlo acerca de cualquier otra cosa. Y justo así parecían calmar su conciencia. «Por nada en el mundo dejaría que a Él le ocurriese nada, pero parece que no puedo mantenerle a salvo de la desgracia. Es tan fuerte y activo, siempre está en todo. Es así desde que empezó a caminar. A veces resulta realmente graciosa la forma en que logra hacer algunas cosas, es divertido verle hacer sus travesuras. Emly sufre más percances; estoy siempre vendando sus magulladuras, y Adna no puede caer de pie sin romperse un hueso, pero Él puede hacerlo todo y sin hacerse un rasguño. El pastor dijo una cosa muy hermosa en una ocasión en que nos visitó. Dijo, y lo recordaré hasta el día de mi muerte: "Los inocentes caminan con Dios… por eso Él no se lastima"». Cada vez que la señora Whipple repetía esas palabras, sentía invariablemente que un cálido remanso bañaba su pecho mientras las lágrimas llenaban sus ojos, y después ya podía hablar de cualquier otra cosa.

El niño creció sin sufrir ningún daño. Una tabla del gallinero se desprendió y le golpeó en la cabeza, pero no dio muestras de haberlo notado. Después de aquel episodio olvidó las pocas palabras que había aprendido. No lloriqueaba reclamando su comida como los demás niños, sino que esperaba hasta que se la daban; comía en cuclillas en el rincón, chascando la lengua y murmurando. Rollos de grasa le cubrían como un abrigo y podía transportar el doble de madera y de agua que Adna. Emly pasaba la mayor parte del tiempo resfriada. —«Lo ha heredado de mí», decía la señora Whipple—, de modo que cuando hacía mal tiempo le daban la manta extra de su catre. A Él parecía no importarle el frío.

De todos modos, la vida de la señora Whipple era un tormento por el temor a que algo pudiera ocurrirle. Trepaba a los melocotoneros mucho mejor que Adna y jugaba en las ramas como un mono, como cualquier mono.

—Oh, señora Whipple, no debería permitirle hacer eso. Algún día, podría perder el equilibrio. No sabe bien lo que hace.

La señora Whipple estaba a punto de echar a su vecino con sus chillidos.

—¡Sabe muy bien lo que hace! ¡Tiene tanta capacidad como cualquier otro niño! ¡Tú, baja de ahí!

Cuando el chico, finalmente, bajó al suelo, con una enorme sonrisa en el rostro, la madre tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no pegarle por comportarse así delante de la gente. La continua preocupación por Él la enfermaba.

—Son los vecinos —le dijo la señora Whipple a su marido—. ¡Oh, cuánto desearía que se ocupasen sólo de sus asuntos! No puedo permitirle hacer nada por miedo a que vengan a meter la nariz. Mira las abejas. Adna no puede manejarlas, le pican. No me da tiempo a todo, pero ahora no me atrevo a dejar que lo haga Él, por más que si le pican no le importa.

—Lo que ocurre es que Él no tiene el suficiente sentido común para asustarse de nada —dijo el señor Whipple.

—Deberías avergonzarte de ti mismo —dijo la señora Whipple— por hablar así de tu propio hijo. Me gustaría saber quién cuidará de Él si no lo hacemos nosotros. Ve casi todo lo que sucede, y siempre escucha. Y lo que yo le digo que haga, lo hace. Nunca permitas que nadie te oiga decir semejantes cosas. Creerán que prefieres a los otros niños.

—De acuerdo, pero no es así, y tú lo sabes. Además, ¿para qué ocuparnos tanto del asunto? Siempre piensas lo peor. Déjale solo, Él saldrá adelante de algún modo. Tiene comida y ropa en abundancia, ¿no? —De pronto, el señor Whipple se sintió cansado—. De todas maneras, ya no hay remedio.

La señora Whipple, también cansada, se quejó con voz agotada.

—Sé tan bien como todos que lo que está hecho no puede ser deshecho, pero es mi niño y no permitiré que nadie diga nada. Me pone enferma la gente que viene a malmeter a la menor ocasión.

A principios del otoño la señora Whipple recibió una carta de su hermano diciéndole que él, su mujer y sus dos niños les harían una breve visita el domingo de la semana siguiente. «Pon la olla grande dentro de la pequeña», concluía. De tan encantada como estaba la señora Whipple leyó esa parte en voz alta dos veces. Su hermano tenía muchísima gracia diciendo las cosas.

—Les demostraremos que no es broma —dijo—, mataremos un cochinillo.

—Es un derroche y en nuestra situación no me parece bien derrochar así —dijo el señor Whipple—. Ese cerdo valdrá dinero en Navidad.

—Resulta muy triste y vergonzoso que no podamos servir una comida decente ni siquiera cuando mi familia viene a vernos —dijo la señora Whipple—. No soportaría que su mujer fuera diciendo por ahí que en casa no hay nada para comer. ¡Dios mío, es mejor hacer lo que digo que comprar carne en el pueblo! ¡Es allí donde se gasta el dinero!

—De acuerdo, entonces hazlo a tu manera —dijo el señor Whipple—. ¡Por Dios, no me sorprende que no levantemos cabeza!

El problema consistía en apartar al cochinillo de su madre, una gran luchadora, peor que una vaca de Jersey. Adna se negó a intentarlo.

—Esa marrana me arrancará las entrañas y las esparcirá por la pocilga.

—Muy bien, cobardica —dijo la señora Whipple—. Él no tiene miedo. Mira cómo lo hace.

Y, riendo como si fuera un buen chiste, le empujó con suavidad hacia la pocilga. El niño se acercó sigilosamente y arrancó el cochinillo de la teta. Regresó al galope y saltó la cerca escapando de la furiosa cerda que iba pisándole los talones. El escurridizo y pequeño objeto negro chillaba como un bebé enrabietado, endureciendo el lomo y estirando la boca hasta las orejas. La señora Whipple cogió el cochinillo con expresión dura y le cortó la garganta de un solo tajo. Cuando Él vio la sangre, expulsó el aire de golpe y echó a correr. «De todos modos Él lo olvidará y comerá bien», pensó la señora Whipple. Cuando pensaba, sus labios se movían formando palabras. «Si yo no le detuviese Él se lo comería todo. Si yo se lo permitiera Él se comería la parte de los otros dos».

Se sintió mal por ello. Él ya tenía diez años y era tres veces más grande que Adna, que iba a cumplir catorce. «Es una vergüenza, una vergüenza —siguió diciendo para sí—, y Adna, ¡tan inteligente!».

También se sentía mal por muchas otras cosas. En primer lugar, era tarea del hombre el matar y descuartizar los animales; la visión del cochinillo desollado, rosado y desnudo, le produjo náuseas. Era demasiado gordo, suave y conmovedor. Era una lástima que las cosas tuvieran que ser así. Cuando terminó el trabajo, habría preferido que su hermano se hubiera quedado quietecito en su casa.

El domingo por la mañana temprano, la señora Whipple desatendió todo lo que no fuese bañar al niño. Al cabo de una hora, volvía a estar sucio por haber estado arrastrándose debajo de las cercas tras una zarigüeya y haber estado recorriendo a horcajadas las vigas del granero, buscando huevos en el pajar.

—¡Dios mío! ¡Mira cómo te has puesto, con todo lo que me ha costado bañarte! Y aquí están Adna y Emly, quietecitos. Me agota el tratar de mantenerte decente. ¡Quítate esa camisa y ponte otra, la gente dirá que ni siquiera te visto! —Y le dio un fuerte cachete.

Él parpadeó varias veces y se frotó la cabeza; su expresión lastimó los sentimientos de la señora Whipple. Le empezaron a temblar las rodillas y tuvo que sentarse mientras le abotonaba la camisa.

—Antes de que haya empezado el día ya estoy hecha polvo.

El hermano llegó con su regordeta y saludable mujer y sus dos hijos ruidosos y hambrientos. Fue una cena lujosa, con el cerdo asado crujiente en el centro de la mesa, muy aliñado, con un melocotón encurtido en la boca y abundante salsa para los boniatos.

—Esto es señal de prosperidad —dijo el hermano—. Cuando termine vais a tener que echarme a rodar hasta mi casa como si fuera un tonel.

Todo el mundo soltó una carcajada. Era hermoso oírles reír a coro alrededor de la mesa. La señora Whipple se regocijó y se sintió satisfecha.

—Oh, tenemos seis más como este. Yo digo que con lo raras que son vuestras visitas es lo menos que podemos hacer.

Él no quiso entrar en el comedor y la señora Whipple salió bien del paso.

—Es más tímido que los otros dos —dijo—. Tiene que acostumbrarse a vosotros. No se lleva bien con todo el mundo, ya sabéis cómo son algunos niños, incluso entre primos.

Nadie dijo nada fuera de lugar.

—Igual que mi Alfy —dijo la mujer del hermano—. A veces tengo que zurrarle para que le dé la mano a su propia abuelita.

Y sin más, y antes de servir a los demás, la señora Whipple llenó un gran plato para Él.

—Siempre digo que Él no debe ser marginado, aunque alguien se quede sin comer —dijo, y le llevó el plato ella misma.

—Puede trepar a la parte superior de la puerta —dijo Emly con la intención de ayudar.

—Eso está bien, Él se las apaña muy bien —dijo el hermano.

Se fueron después de cenar. La señora Whipple recogió los platos y mandó los niños a dormir. Se sentó y se desató los cordones de los zapatos.

—¿Ves? —le dijo al señor Whipple—. Así es toda mi familia, amable y considerada. Sin comentarios fuera de lugar… son muy refinados. Me ponen terriblemente enferma los comentarios de la gente. ¿No estaba bueno el cerdo?

—Sí, tenemos cien kilos de cerdo menos —dijo el señor Whipple—, eso es todo. Es fácil ser amable cuando te dan de comer. Quién sabe qué ocultan en su cabeza el resto del tiempo.

—Sí, como tú —dijo la señora Whipple—. No espero nada más de ti. ¡Después me dirás que mi propio hermano andará diciendo por ahí que le hicimos comer en la cocina! ¡Dios mío! —Se cogió la cabeza con las manos y se balanceó en su asiento porque empezaba a sentir un fuerte dolor, en el

centro mismo de su frente—. Ya has echado a perder todo lo que era tan agradable y fácil. De acuerdo, ellos no te gustan, nunca te han gustado… ¡Muy bien, tardarán en volver, no te preocupes! Pero ellos no pueden decir que Él no estaba tan cuidado, hasta el último detalle, como Adna… ¡Oh, francamente, a veces quisiera estar muerta!

—Y yo quisiera que callaras —dijo el señor Whipple—. No hace falta que empeores las cosas.

Fue un duro invierno. A la señora Whipple le pareció que sólo habían conocido tiempos difíciles y, para colmo de desgracias, un invierno como aquel. La cosecha apenas fue la mitad de la que cabía esperar, así que el algodón no sirvió para mucho más que para cubrir la cuenta de la tienda de ultramarinos. Cambiaron uno de los caballos de tiro, pero les engañaron: el nuevo murió por el esfuerzo. La señora Whipple no dejaba de lamentarse por tener un marido al que cualquiera podía estafar. Economizaron en todo, pero la señora Whipple siguió diciendo que había cosas en las que no se podía escatimar y que costaban dinero, como era toda la ropa de abrigo para Adna y Emly, quienes, con el frío que hacía durante el invierno, debían recorrer a pie seis kilómetros hasta la escuela.

—Él pasa mucho tiempo sentado junto al fuego y no necesita mucho más —dijo el señor Whipple.

—Así es —dijo la señora Whipple— y, cuando sale a hacer su faena, puede ponerse tu impermeable. Eso es todo cuanto puedo hacer, así son las cosas.

En febrero, Él cayó enfermo y permaneció acurrucado bajo su manta, con el rostro muy azul y comportándose como si no pudiese respirar. Durante dos días el señor y la señora Whipple hicieron todo lo que pudieron por Él, hasta que se asustaron y mandaron a buscar al médico, quien les dijo que debían mantenerlo abrigado y darle huevos y leche en abundancia.

—Me temo que no es tan robusto como parece —dijo el médico—. Hay que observarles cuando están así. Y también ponerle más mantas.

—Acabo de quitarle su manta grande para lavarla —dijo la señora Whipple, avergonzada—. No soporto la suciedad.

—Bien, será mejor que vuelva a ponérsela en cuanto esté seca —dijo el médico— o cogerá neumonía.

El señor y la señora Whipple sacaron una manta de su propia cama y pusieron la camita de Él junto al fuego.

—No pueden decir que no lo hacemos todo por Él —dijo ella—, hasta dormir con frío.

Cuando terminó el invierno, pareció haberse recuperado, pero caminaba como si los pies le dolieran. Él, que había ido a la par de un plantador de algodón durante la temporada.

—He llegado a un acuerdo con Jim Ferguson para preñar la vaca la próxima vez —dijo el señor Whipple—. El toro pastoreará este verano y le daré a Jim un poco de forraje en otoño. Cuando no se tiene dinero, es mejor pactar un trueque.

—Espero que no digas eso delante de Jim Ferguson —contestó la señora Whipple—. No permitas que sepa que somos tan pobres.

—¡Dios! Eso no quiere decir que seamos pobres. Un hombre, a veces, tiene que mirar al futuro. Él quizá traiga el toro hoy. Necesito que Adna esté aquí.

En un primer momento, a la señora Whipple le pareció natural enviar a Él por el toro. Adna era demasiado inquieto y no se podía confiar en él. Había que tratar con serenidad a los animales. Cuando Él se fue, se puso a pensar, y al cabo de un rato no lo soportó más. Se detuvo en el sendero, esperándole. Había casi cinco kilómetros de camino y hacía mucho calor, pero Él no podía tardar tanto. Se cubrió los ojos con la mano y miró fijamente hasta que burbujas de colores flotaron ante sus pupilas. Así era su vida: siempre era ella quien debía preocuparse y ni un momento podía disfrutar de paz alguna. Pasó mucho rato antes de que lo viera entrar cojeando por el sendero lateral. Caminaba muy lento, guiando la gran mole animal por una anilla en la nariz, agitando una vara en la mano, sin mirar hacia atrás ni a los lados, acercándose como un sonámbulo con los ojos medio cerrados.

La señora Whipple sentía un terror enfermizo hacia los toros; había oído horrorosas historias de toros que se iban acercando para lanzarse después con un bramido y pisotear y cornear a una persona hasta despedazarla. En cualquier momento, ya, aquel monstruo negro se echaría sobre Él, ¡Dios mío!, Él no tendría el suficiente sentido común para salir corriendo.

No debía hacer ni un solo ruido, ni un solo movimiento para espantar al toro. El toro echó la cabeza a un lado y corneó el aire tras una mosca. La voz de ella estalló en un chillido y le gritó a Él que corriera, por el amor de Dios. Él no pareció oír su grito y siguió agitando su vara y cojeando, con el toro moviéndose pesadamente tras Él, tan dócil como un ternero. La señora Whipple dejó de gritar y corrió hacia la casa, rogando para sí: «Señor, no permitas que nada le ocurra a Él. Señor, tú sabes que la gente dirá que no

debíamos haberle enviado. ¡Oh, tráele a casa sano y salvo, sano y salvo, y yo lo cuidaré mejor! Amén».

Miró por la ventana mientras Él llegaba con la bestia y la ataba en el establo. No servía de nada mantenerse alerta, la señora Whipple no podía soportar ni un segundo más. Se sentó, se balanceó y lloró cubriéndose la cabeza con el delantal.

A cada año que pasaba, los Whipple eran más y más pobres. Por más que trabajaran la casa misma parecía derrumbarse.

—Nos estamos hundiendo —dijo la señora Whipple—. ¿Por qué no podemos hacer como los demás y aprovechar las oportunidades? Pronto nos llamarán pobre basura blanca.

—Cuando cumpla dieciséis años, me marcharé —dijo Adna—. Voy a emplearme en la tienda de ultramarinos de Powell. Allí se mueve dinero. Se acabó la granja para mí.

—Yo seré maestra —dijo Emly—, pero aún debo terminar octavo. Entonces podré vivir en la ciudad. Aquí no veo ninguna salida.

—Emly sale a mi familia —dijo la señora Whipple—. Todos, hasta el último, tan ambiciosos que no se permiten siquiera ocupar el segundo lugar.

Cuando llegó el otoño, Emly tuvo oportunidad de emplearse como camarera en el comedor de la estación de ferrocarril del pueblo cercano, y siendo el salario tan bueno, sin olvidar que también le daban la comida, era una vergüenza no aceptarlo, así que la señora Whipple decidió permitírselo y no preocuparse por la escuela hasta el curso siguiente.

—Tendrás mucho tiempo para eso —dijo—. Eres joven y tan rápida como un látigo.

Dado que Adna también se había marchado, el señor Whipple trató de llevar la granja con la sola ayuda de Él. Parecía estar bien, pues hacía su trabajo y parte del trabajo de Adna sin darse cuenta. Todo marchaba hasta que llegaron las fiestas de Navidad, cuando una mañana Él resbaló en el hielo al regresar del establo. En vez de levantarse, dio vueltas y vueltas sobre sí mismo y, cuando el señor Whipple lo alcanzó, Él sufría una especie de ataque.

Le llevaron dentro e intentaron que se sentara, pero Él lloriqueaba y se revolcaba, así que lo metieron en la cama y el señor Whipple cabalgó hasta el pueblo para buscar al médico. Todo el camino, a la ida y a la vuelta, estuvo preocupado pensando de dónde saldría el dinero; sin duda ya no cabía padecer más.

Desde entonces Él permaneció en cama. Sus piernas se hincharon hasta el doble de su tamaño y siguió sufriendo repetidos ataques. Al cabo de cuatro meses el médico dijo:

—Es inútil, creo que será mejor llevarle al hospital del condado para someterlo a tratamiento de urgencia. Yo mismo me ocuparé. Allí le atenderán bien y no será una carga.

—Nosotros no escatimamos ningún cuidado para Él y no le perderé de vista —dijo la señora Whipple—. No quiero que digan que me deshice de mi hijo enfermo dejándole entre desconocidos.

—Sé lo que siente —dijo el médico—. No tiene que explicarme nada, señora Whipple. Yo también tengo un hijo. Pero será mejor que me escuchen: no puedo hacer nada más por Él, esa es la verdad.

El señor y la señora Whipple lo discutieron largo y tendido aquella noche, después de irse a la cama.

—No es más que caridad —dijo la señora Whipple—. A eso hemos llegado, ¡a la caridad! Desde luego, nunca creí que pudiéramos vernos en esta situación.

—Como todo el mundo pagamos impuestos para ayudar a mantener ese sitio —dijo el señor Whipple—, así que no lo considero caridad… Será bueno tenerle donde le den lo mejor de todo… y, además, no puedo pagar una sola factura más de ese médico.

—Quizá por eso el médico quiere enviarle allí… Teme no poder cobrar —dijo la señora Whipple.

—No hables así —dijo el señor Whipple, sintiéndose bastante mareado —, o no seremos capaces de enviarle allí.

—Pero no estará en el hospital mucho tiempo —dijo la señora Whipple —. En cuanto Él se encuentre mejor, le traeremos de nuevo a casa.

—El médico te ha dicho y te ha repetido miles de veces que Él nunca mejorará, y harías bien en dejar de hablar —dijo el señor Whipple.

—Los médicos no lo saben todo —dijo la señora Whipple, experimentando cierta alegría al decirlo—, pero de todas maneras, en verano, Emly puede venir a casa de vacaciones y Adna puede bajar los domingos; todos juntos trabajaremos, saldremos adelante y los niños sentirán que tienen un hogar.

Justo entonces ella imaginó otra vez la plenitud del verano, con el jardín floreciente, nuevas persianas blancas en toda la casa y Adna y Emly en su hogar, tan llenos de vida, todos felices juntos. ¡Oh, podría suceder, las cosas serían más fáciles para ellos!

No hablaron mucho delante de Él, pero nunca supieron exactamente si comprendió algo. Al final, el médico fijó el día y un vecino que poseía un vehículo con doble asiento se ofreció a llevarles. El hospital hubiese enviado una ambulancia, pero la señora Whipple no toleraba verle marchar como un enfermo grave. Le envolvieron en mantas y el vecino y el señor Whipple lo subieron al asiento trasero, junto a la señora Whipple, que llevaba puesta su blusa negra. No soportaba parecer pobre.

—Estarás muy bien, creo que me quedaré aquí —dijo el señor Whipple—. No conviene que dejemos la casa sola.

—Además, sería distinto si Él fuese a quedarse para siempre —le dijo la señora Whipple al vecino—. Sólo será por un tiempo.

Partieron. La señora Whipple aferraba los bordes de las mantas para evitar que Él cayera hacia los lados. Estaba allí sentado, sin dejar de parpadear. Sacó las manos y empezó a frotarse la nariz con los nudillos, y luego con la punta de la manta. La señora Whipple no podía creer lo que veía: Él se secaba grandes lágrimas que brotaban del rabillo de sus ojos. Lloriqueaba y hacía ruidos con la garganta. «Oh, cariño, no te sientes tan mal, ¿verdad? No te sientes tan mal, ¿verdad?», decía la señora Whipple, porque parecía estar acusándola de algo. Quizá Él recordara aquella vez en que le dio una bofetada, quizá Él se hubiese asustado aquel día con el toro, quizá Él hubiese dormido con frío sin poder decírselo; quizá Él supiera que le enviaban lejos para siempre… y todo porque eran demasiado pobres para mantenerle. Fuera lo que fuese, la señora Whipple no soportaba darle más vueltas. Se echó a llorar desconsoladamente y le abrazó con fuerza. La cabeza de Él cayó sobre su hombro; ella le había querido tanto como era capaz de querer, pero también había que pensar en Adna y Emly. No había nada que ella pudiera hacer para remediar la vida de Él. ¡Oh, qué pena mortal que Él hubiera nacido!

Divisaron el hospital. El vecino conducía muy rápido, sin atreverse a mirar hacia atrás.

El robo

Tenía el bolso en la mano cuando entró. Parada en medio de la habitación, sujetándose el albornoz y arrastrando una toalla húmeda con una mano, examinó el momento inmediatamente anterior y recordó todo con claridad: sí, lo había abierto y lo había vaciado esparciendo su contenido sobre el banco, después de secarlo con el pañuelo.

Había tenido la intención de coger el tren elevado, así que buscó en su bolso para asegurarse de que llevaba el dinero y se alegró al encontrar cuarenta centavos en el monedero. Se disponía a pagar su propio billete, por más que Camilo acostumbrara, al verla subir las escaleras, echar una moneda en la máquina, antes de dar un pequeño empujón al molinete y hacerla pasar con una reverencia. Camilo, sirviéndose de alguna que otra solución intermedia, se las había arreglado para hacer efectiva una colección bastante completa de pequeñas atenciones, dejando pasar por alto las gentilezas mayores y más molestas. Había caminado con él hasta la estación bajo una lluvia torrencial, porque sabía que era casi tan pobre como ella y, cuando él insistió en coger un taxi, fue firme y dijo: «Sabes que, sencillamente, no es posible». Él llevaba un sombrero de un hermoso tono bizcocho —nunca se le ocurría comprar nada de un color práctico— y justo aquel día lo había estrenado, así que la lluvia lo estaba estropeando. Ella pensaba: «¡Qué desastre! ¿Dónde conseguirá otro?». Lo comparó con los sombreros de Eddy: aunque parecían tener exactamente siete años y haberse quedado fuera bajo la lluvia, los lucía con la corrección despreocupada y espontánea propia de Eddy. Camilo era muy diferente; si se ponía un sombrero raído, continuaba siendo un sombrero raído, y eso le desanimaba. Si no hubiese temido que Camilo se ofendiera, puesto que insistía en llevar a cabo sus pequeñas

ceremonias hasta el punto que se había fijado, le hubiera dicho al salir de casa de Thora: «Vete a casa. Puedo llegar perfectamente a la estación yo sola».

—Está escrito que debemos mojarnos esta noche —dijo Camilo—, así que hagámoslo juntos.

Al pie de la escalera del andén, ella trastabilló; ambos habían bebido bastantes cócteles en casa de Thora.

—Al menos —dijo ella—, Camilo, hazme el favor de no subir estas escaleras en tu estado, porque en cuanto vuelvas a bajarlas, te romperás inevitablemente el cuello.

Él le dedicó tres rápidas reverencias —era español— y desapareció de un salto en la lluviosa oscuridad. Ella se quedó observando a aquel joven tan agradable, pensando que a la mañana siguiente, sobrio, miraría su sombrero estropeado y sus zapatos empapados y posiblemente la relacionara con su desgracia. Mientras le observaba se detuvo en la esquina, se quitó el sombrero y lo escondió bajo el abrigo. Ella sintió que le había traicionado al mirarle, porque a él le hubiese humillado la sola idea de que ella sospechara siquiera que había tratado de salvar su sombrero.

La voz de Roger sonó detrás de ella, por encima del estruendo metálico de la lluvia que caía sobre el techado de la escalera, intentando averiguar qué hacía ella bajo la lluvia a aquellas horas de la noche y preguntándose si se creía un pato. Su largo e imperturbable rostro chorreaba agua y señalaba con la mano un bulto saliente en la pechera de su abrigo abotonado.

—Un sombrero —explicó—. Vamos, cojamos un taxi.

Se acomodó al brazo con que Roger le rodeó los hombros, y con el gesto intercambiaron una mirada llena de antiguas y entrañables asociaciones; entonces ella miró por la ventanilla la lluvia que cambiaba las formas y los colores de todo. El taxi iba haciendo eses para eludir los pilares del tren elevado, patinando ligeramente en cada curva.

—Cuanto más patina —dijo ella—, más serena me siento, así que realmente debo de estar borracha.

—Debes de estarlo —contestó Roger—. Este pájaro es un maníaco homicida. A mí no me iría nada mal tomarme ahora un cóctel.

El tráfico les detuvo en el cruce de la calle Cuarenta y la Sexta Avenida, y tres muchachos pasaron ante el morro del taxi. Bajo los globos de luz, parecían alegres espantajos, todos muy delgados y con trajes muy raídos de corte descuidado y corbatas chillonas. Tampoco andaban muy sobrios, y mientras discutían estuvieron un momento tambaleándose ante el automóvil. Se acercaron unos a otros inclinándose, como si se dispusieran a cantar, y el

primero dijo: «Cuando me case, no me casaré por casarme, me casaré por amor, ¿vale?», y el segundo respondió: «¡Eh! Ve y dile esas tonterías a ella, ¿por qué no?», y el tercero soltó una especie de risotada y dijo: «¡Al infierno con este tío! ¿Qué demonios le pasa?», y el primero contestó: «¡Ah! Callaos, idiotas, ya tengo bastante». Entonces chillaron, cruzaron la calle como pudieron, golpeando al primero en la espalda y dándole empujones.

—Locos —comentó Roger—, absolutamente locos.

Dos muchachas se deslizaron por allí, con impermeables transparentes, uno verde, el otro rojo, y las cabezas inclinadas en sentido contrario a la lluvia. Una de ellas le decía a la otra: «Sí, lo sé todo, pero ¿qué hay de mí? Tú siempre lo lamentas por él…», y corrían agitando sus patitas de pelícanos.

El taxi retrocedió de pronto y volvió a avanzar.

—Hoy he recibido una carta de Stella —dijo Roger al cabo de un rato—. Estará en casa el veintiséis, así que supongo que ya ha tomado una decisión y todo está arreglado.

—Yo también he recibido hoy una especie de carta —dijo ella— que ha tomado las decisiones por mí. Creo que es hora de que tú y Stella hagáis algo definitivo.

Cuando el taxi se detuvo en la esquina de la calle Cincuenta y tres Oeste, Roger le dijo:

—Si me das diez centavos, tendré el importe exacto.

Ella abrió el bolso y le dio una moneda, y él dijo:

—Qué bonito es ese bolso.

—Es un regalo de cumpleaños —le dijo ella—, me gusta. ¿Cómo va tu espectáculo?

—Oh, supongo que todavía en cartel. No me acerco por allí. Todavía no se ha concretado nada. Me he propuesto seguir como hasta ahora y que ellos lo tomen o lo dejen. Ya está bien de discusiones.

—Sin duda se trata de resistir, ¿verdad?

—Resistir es la parte más dura.

—Buenas noches, Roger.

—Buenas noches. Deberías tomar una aspirina y meterte en la bañera con agua caliente, parece que estés incubando una gripe.

—Lo haré.

Subió las escaleras con el bolso bajo el brazo; y en el primer rellano Bill oyó sus pasos y asomó la cabeza con el pelo revuelto y los ojos rojos.

—Por el amor de Dios, entra y tómate algo conmigo. Tengo malas noticias. Estás completamente empapada —dijo Bill, mirando sus pies

mojados.

Bebieron dos copas, mientras Bill contaba cómo el director había desechado su obra tras haber escogido elenco teatral dos veces y haber hecho tres ensayos.

—Yo no digo que sea una obra maestra, sólo dije que sería un buen espectáculo. Y él dijo: «Sólo que no funciona, ¿se da cuenta? Necesita un médico». Así que estoy atascado, absolutamente varado —dijo Bill, otra vez al borde del llanto—. He estado llorando entre copa y copa —y continuó preguntándole si se daba cuenta de que su mujer lo estaba arruinando con sus extravagancias—. Le envío diez dólares todas las semanas de mi desgraciada vida, por más que no estoy obligado a hacerlo. Me amenaza con la cárcel si no la obedezco, pero no puede encerrarme. ¡Dios, que lo intente, después de haberme tratado como lo hizo! No tiene derecho a pensión y lo sabe. Sigue diciendo que lo necesita para el bebé y yo sigo enviándoselo porque no soporto ver sufrir a nadie. Así que me he atrasado en los pagos del piano y del tocadiscos…

—Bueno, de todas maneras, tienes una bonita alfombra —dijo ella.

Bill la miró y se sonó la nariz.

—La conseguí en Ricci por noventa y cinco dólares —dijo—. Ricci me contó que había pertenecido a Marie Dressler y costaba mil quinientos dólares, pero tiene una quemadura, que he ocultado bajo el diván. Un precio imbatible.

—Sí —dijo ella.

Estaba pensando en su bolso vacío y en que no recibiría el cheque por su última reseña antes de tres días y en que su acuerdo con el restaurante de los bajos no podía durar mucho si no pagaba algo a cuenta.

—No es momento para hablar de esto —continuó—, pero esperaba que ya tuvieses esos cincuenta dólares que me prometiste por mi escena en el tercer acto, aunque no salga adelante. De todas maneras, ibas a pagarme el trabajo con dinero de tu anticipo.

—¡Jesús misericordioso! —exclamó Bill—, ¿tú también? —Soltó un fuerte sollozo, o quizá fuera hipo, en su pañuelo húmedo—. Después de todo tu parte no era mejor que la mía. Piénsalo.

—Pero cobraste algo —dijo ella—. Setecientos dólares.

—Hazme un favor, ¿quieres? Tómate otra copa y olvídalo. No puedo pagarte, sabes perfectamente que no puedo, si pudiera lo haría, pero sabes que estoy en un aprieto.

—Entonces déjalo —se encontró diciendo, casi a su pesar.

Hubiese querido mostrarse totalmente firme al respecto. Volvieron a beber sin hablar y ella se marchó a su apartamento en el piso de arriba.

Allí, ahora lo recordaba con toda claridad, había sacado la carta del bolso, antes de abrirlo completamente para que se secara.

Se había sentado y había leído la carta otra vez, pero había frases que exigían varias lecturas, pues tenían vida propia y separada de las demás y, cuando trataba de leer pasándolas por alto, se movían siguiendo el movimiento de sus ojos. No podía escapar de ellas. «Pensando en ti más de lo que quisiera… sí, hasta he hablado de ti… por qué estabas tan ansiosa por destruir… aun cuando pudiera verte ahora, no lo haría… no vale la pena todo este abominable… el fin…».

Cuidadosamente, rompió la carta en tiras pequeñas y las prendió con una cerilla encendida en la chimenea.

A la mañana siguiente, temprano, estaba en la bañera cuando la portera llamó y luego entró diciendo que deseaba examinar los radiadores antes de encender la caldera para el invierno. Después de dar vueltas por la habitación durante unos minutos, se marchó cerrando la puerta con violencia.

Salió del baño para coger un cigarrillo del paquete que tenía en el bolso. El bolso no estaba. Se vistió, preparó café y se sentó junto a la ventana mientras lo bebía. Seguramente la portera había cogido el bolso y sería imposible recobrarlo sin hacer el ridículo y montar un escándalo. Así que lo dejaría correr. A la vez que tomaba esa decisión, en su sangre crecía una ira profunda, casi asesina. Con toda delicadeza puso la taza en el centro de la mesa y bajó con determinación las escaleras, tres largos tramos, un pequeño vestíbulo y un empinado pero breve tramo hasta el sótano, donde la portera, con el rostro manchado de polvo de carbón, limpiaba la caldera.

—¿Me hará el favor de devolverme el bolso? No hay dinero dentro. Era un regalo y no quiero perderlo.

La portera se volvió sin incorporarse y clavó en ella unos ojos llameantes, donde se reflejaba la roja luz de la caldera.

—¿Qué quiere decir, su bolso?

—El bolso de tela dorada que usted cogió del banco de madera de mi habitación —dijo—. Tengo que recuperarlo.

—Juro ante Dios que nunca he puesto los ojos sobre su bolso y juro que es la santa verdad —dijo la portera.

—Oh, pues bien, quédeselo —dijo, pero con voz muy amarga—, quédeselo si tanto lo quiere.

Y se marchó.

Recordó que por una cuestión de principios rechazaba la idea de poseer cosas, de modo que nunca en su vida había echado la llave a ninguna puerta, así como su paradójico alarde, por más que sus amigos le advirtieran, de que jamás le habían robado un centavo. Y le había agradado la desnuda humildad de ese ejemplo concreto, destinado a ilustrar y justificar su fe obsesiva, por lo demás vaga y sin fundamento, que le hacía actuar de esa manera desoyendo su deseo en ese caso concreto.

En ese momento sintió que le había sido robado un enorme número de cosas valiosas, materiales o intangibles: objetos perdidos o rotos por su culpa; objetos que había olvidado o dejado en las casas después de una mudanza; libros prestados y no devueltos; viajes que había planeado y no había hecho; palabras que había esperado oír y no había oído, y las palabras con que se proponía responder; alternativas amargas y sustitutos intolerables peores que nada pero ineludibles; el largo y paciente sufrimiento de la amistad moribunda y la oscura e inexplicable muerte del amor… Todo lo que ella había tenido y todo lo que había echado de menos se había perdido junto y se perdía doblemente en ese derrumbe de evocación de pérdidas.

La portera la seguía escaleras arriba con el bolso en la mano y el mismo fuego rojo y profundo temblando en los ojos. La portera le tendió el bolso cuando aún las separaba media docena de escalones.

—No me delate —dijo—. Debí de enloquecer. A veces hago cosas de loca, lo juro. Mi hijo puede decírselo.

Ella cogió el bolso al cabo de un momento y la portera prosiguió:

—Tengo una sobrina que va a cumplir diecisiete años, es muy guapa y pensaba dárselo a ella. Necesita un bolso. Debí de volverme loca, pensé que quizá a usted no le importara, siempre va dejando cosas por ahí y parece no darse ni cuenta.

—Lo eché en falta porque es un regalo que me hizo alguien…

—Él le traería otro si usted perdiera este. Mi sobrina es joven y necesita cosas bonitas, tenemos que dar a los jóvenes una oportunidad. Hay muchachos que van detrás de ella, tal vez quieran casarse con ella. Debería tener cosas bonitas. Ahora mismo las necesita mucho. Usted es una mujer mayor, ha tenido su oportunidad, debe de saber cómo funciona.

Ella le tendió el bolso a la portera, diciéndole:

—No tiene ni idea de lo que está diciendo. Tenga, cójalo, he cambiado de idea. De verdad, no lo quiero.

La portera la miró con odio y dijo:

—Yo tampoco lo quiero ya. Mi sobrina es joven y guapa, no necesita arreglarse para ser atractiva, ¡es joven y guapa vaya como vaya! Supongo que usted lo necesita mucho más que ella.

—En primer lugar, no era suyo —dijo ella, volviéndose—. No debe hablar como si yo se lo hubiese robado.

—No es a mí, sino a ella a quien se lo está robando —dijo la portera, y bajó las escaleras.

Dejó el bolso sobre la mesa, se sentó con la taza de café frío y pensó: no me faltaba razón cuando decía que no tenía miedo a ningún ladrón… salvo a mí misma, que terminaré por dejarme sin nada.

Aquel árbol

En realidad, le habría gustado ser un alegre vagabundo echado bajo un árbol en un buen clima y escribir poemas. Escribía muchísimos poemas, pero no eran buenos y él lo sabía, incluso mientras escribía. La certeza de que sus poemas no eran buenos no le restaba demasiado placer al hecho de escribirlos. Habría disfrutado perfectamente de esa clase de vida: sin respetabilidad, sin responsabilidad, sin dinero del que hablar, con sandalias gastadas y una bonita, aunque seguramente raída, camisa azul, tumbado bajo un árbol escribiendo poesía. Esa era la primera razón por la que había viajado a México. Había presentido que ese país estaba hecho a su medida. Mucho tiempo después de haber llegado a ser un periodista bastante importante, una autoridad en revoluciones latinoamericanas y un escritor de éxito, confesaba a todos los amigos y conocidos dispuestos a escucharle —gozaba de esa confesión, ya que le daba ocasión de hablar de lo que creía amar más: la ociosa, libre y romántica vida de un poeta— que el día en que Miriam le echó a patadas fue el más afortunado de su vida. En realidad, ella le había abandonado, pues hizo el equipaje con toda rapidez y con una fría y serena furia, apartándole a codazos cuando él trataba de rodearla con sus brazos e hiriéndole profundamente de vez en cuando con una frase corta que lanzaba entre dientes, pero él sintió que le había echado a patadas, como siempre explicaba. Ella le había echado a patadas y a él le había venido bien.

La impresión le había hecho volver en sí como quien despierta súbitamente de un largo sueño. Había pasado casi toda la noche sentado, completamente insensible, en la limpia habitación desnuda, entre las esteras de paja y las sillas indias pintadas que Miriam tanto odiaba, en el repentino y frío silencio, con la cabeza entre las manos. Ni siquiera se le había ocurrido

acostarse. Debía de ser casi de día cuando se levantó con todas las articulaciones rígidas por haber estado tanto tiempo inmóvil y, aunque no podía decir que hubiese estado pensando, había tomado una nueva decisión. Había resuelto, casi cabría añadir que aquel mismo día, triunfar como periodista. No sabía por qué se le había ocurrido esa idea, salvo por suponer que la palabra impresionaría a su mujer. Dadas las circunstancias, el trabajo era lo bastante intelectual para dejar a salvo su amor propio e incluso la consideraba una ocupación conveniente para un hombre como aquel en que acababa de convertirse, resuelto a abrirse camino en el mundo de los acontecimientos. A nadie le sucede nunca nada de pronto, reflexionó, como si esa observación fuese suya; seguramente esa decisión habría ido apoderándose de él desde hacía tiempo, de manera furtiva, cuando no miraba. Su mujer le había llamado «¡Parásito!». Y había dicho: «¡Inútil!» y, mientras ella repetía esas cosas por última vez, como bien se demostró, él se dio cuenta de que las había dicho en muchas ocasiones anteriores, cuando no la escuchaba con el oído de la mente. Tradujo de forma instantánea esos epítetos, relativamente inofensivos, a sus correctos sinónimos: ¡holgazán! Y ¡vagabundo! Miriam había sido maestra y, por más que la hubiesen decepcionado y provocado en las clases, no cabía esperar que olvidara con facilidad tal disciplina. Había caído en la costumbre profesional de la formalidad; además, era una muchacha bien educada, no una pelmaza remilgada, en absoluto, sino una… bien, se entiende, una muchacha primorosamente educada del Medio Oeste, que se tomaba la vida en serio. ¿Y qué se puede hacer? Era dulce y alegre e ideaba pequeñas locuras, pero nunca las vivía sinceramente, al menos nunca cuando podían haber significado algo. Jamás había sido capaz de ver el lado divertido de una situación amenazadora, que, tomada con solemnidad, echaba todo a perder. No, su sentido del humor nunca la salvaba. Apenas era un añadido a una situación que, de cualquier manera, hubiera sido divertida de por sí.

Él se preguntaba si alguien habría pensado alguna vez —oh, claro que todo el mundo lo había pensado, él hacía siempre descubrimientos maravillosos sobradamente conocidos por todos— cuán imposible es explicar o hacer ver las especiales cualidades de la persona que se ama. Tan especial era el tipo de belleza de Miriam. Bajo ciertas luces y en ciertos estados de ánimo, al mirarla sentía una opresión en la boca del estómago. Y eso podía ocurrirle a cualquier hora del día, aun ocupado en los asuntos más corrientes. Pensó que había buenas razones para vivir con una persona día y noche, todo el año. La convivencia revela lo peor, pero también lo mejor, y lo mejor de

Miriam era condenadamente magnífico. Él no podía describirlo. Era fácil hablar de sus defectos. Los recordaba todos, podía sumarlos en contra de ella, como columnas de cifras en una gran deuda impagada. Había vivido con ella cuatro años y aún ahora, a veces, despertaba de un sueño profundo sudando de rabia contra sí mismo, preguntándose otra vez por qué había perdido siquiera un minuto del tiempo que había pasado con ella. Su belleza no se ajustaba a sus preferencias. Confesaba una debilidad por las mujeres de bandera. Cuando ella pensaba en un vestido de calle imaginaba un traje sastre con una blusa de cuello redondo y un sombrerito de fieltro como una pala inclinada sobre los ojos. Por la noche, se ponía un vestido de cóctel negro y literalmente desaparecía dentro de él. Pero se arreglaba bien el pelo y tenía los camisones más favorecedores que había visto jamás. Su inteligencia cabía en una cáscara de cacahuete. No tenía el temperamento al que él se había acostumbrado con las muchachas mexicanas. Ella tampoco aprobaba el uso que él daba a la palabra temperamento; lo consideraba una especie de enfermedad profesional entre los artistas o un truco al que apelaban para resultar interesantes. En todo caso, desconfiaba de los artistas y desconfiaba del temperamento. Pero ella tenía algo… A sangre fría, podía analizarla con toda precisión, pero se enfurecía si alguien insinuaba siquiera una crítica hacia ella. Miriam siempre había despertado comentarios maliciosos en su segunda mujer. Al final, casi estuvo tentado a decir que ese rencor lo había llevado a su segundo divorcio. No soportaba oír que llamaran a Miriam tontita tímida, al menos no aquella mujer…

A ambos les sobresaltó una explosión en la calle. Se trataba de las detonaciones del tubo de escape de un automóvil.

—Otra revolución —dijo el joven grueso y rubicundo que, ceñido en un traje morado, estaba sentado a la mesa vecina.

Parecía una salchicha mal guisada a punto de reventar. Era la broma más vieja que se gastaba desde la independencia mexicana, pero él trataba de simular haberla inventado. El periodista se volvió para mirarle por encima de un hombro inclinado.

—Otro de esos chicos listos de la prensa —dijo con voz dura, demasiado alta— que se sientan en el vestíbulo del hotel Regis a gastar las escupideras.

El aludido tragó saliva y enrojeció mucho más.

—¿De quién crees que estás hablando, cara de sapo? —preguntó abiertamente echando el pecho sobre la mesa.

—De un pez gordo, sin duda —dijo el periodista con toda naturalidad—, apostaría que de alguien metido en el gobierno.

—¿Quieres pelea? —preguntó el hombre de la prensa tratando de salir de entre la mesa y la silla, que estaba contra la pared.

—Oh, no tengo inconveniente —dijo el periodista—, si usted tampoco lo tiene.

Los amigos del hombre de prensa le cubrían con zarpas tranquilizadoras, para retenerle.

—No te metas con ese enano —dijo uno de ellos forzando sus húmedos ojos rosados para parecer sobrio y responsable.

—Por el amor de Dios, Joe, ¿no ves que apenas te llega al pecho y que además es un débil mental? Tú no le pegarías a un retrasado, Joe, ¿a que no?

—Retrasado lo voy a dejar yo —dijo el hombre de la prensa, revolviéndose débilmente bajo la presión.

—¡Señoress! ¡Señoress! —urgió el pequeño camarero mexicano—. Hay damas y caballeros respetables en el salón. Por favor, un poco de calma y compórtense correctamente, se lo ruego.

—Pero ¿quién diablos eres tú? —preguntó el hombre de la prensa al periodista, desde detrás del escudo de manos que le retenían, rodeando la delgada figura del camarero.

—Nadie a quien quieras conocer, Joe —dijo otro de sus amigos—. Ahora tranquilízate, antes de que estos lameculos den la voz de alarma. Ya sabes con qué facilidad explotan cuando menos lo esperas. Tranquilízate, Joe, recuerda lo que ocurrió la última vez. Además, ¿qué más te da?

—¡Señoress! —dijo el pequeño camarero, levantando y bajando alternativamente sus delgadas manos abiertas color caoba, como si sujetase los extremos de unos remos—, hay que terminar esto o los señoress tendrán que marcharse.

Terminó. Pareció evaporarse. Los cuatro hombres de la prensa de la mesa vecina se calmaron, se apretaron en un círculo con las cabezas juntas y murmuraron en el interior de sus vasos largos. El periodista les volvió la espalda, pidió otra ronda de bebidas y siguió hablando en voz baja.

Nunca le había gustado aquel café, nunca tenía suerte en él. Allí siempre ocurría algo que le echaba a perder la noche. Si había un tipo de vago en el mundo que él odiase, era el vago dedicado a la prensa. O, al menos, los borrachos analfabetos que la United Press y la Associated Press parecían considerar lo bastante buenos para México y Sudamérica. Estaban siempre mezclados en asuntos que en nada les incumbían y se dedicaban a crear

dificultades en todas partes para conseguir una historia. El gobierno siempre tenía que arrastrarlos por las orejas para echarlos. Se daba el caso de que sabía que el vago de la mesa vecina estaba a punto de ser deportado. Había acertado haciendo el chiste acerca de la alta estima que había alcanzado entre las autoridades mexicanas… Sí, sin duda, le había hecho recordar algo.

Una noche había ido a ese café con Miriam para cenar y bailar; en la mesa más próxima se sentaron cuatro gruesos generales del norte, con bigotes enroscados, enormes barrigas y anchos cinturones cargados de cartuchos y pistolas. Sucedió antaño, inmediatamente después de que Obregón tomara la ciudad y la zona estuviera atestada de generales. Infestaban los baños de vapor, donde se desprendían de sus sucios arneses de campaña y sudaban los vapores de tequila y de fornicación, e infestaban los cafés para volver a emborracharse con champán y encontrar putas francesas que habían sido importadas para las festividades de la investidura presidencial. Aquellos cuatro hombres discutían en voz muy baja, con sus mezquinos ojillos penetrando en cada uno de los rostros de los demás. Él y su mujer bailaban muy cerca de la mesa, cuando de pronto uno de los generales se levantó, echando mano a la pistola, que se atascó, y los otros tres saltaron y le aferraron, todo ello sin decir palabra; todos los presentes se volvieron hacia allí. Hasta ahí, nada extraño. La cuestión era que todas las prudentes muchachas mexicanas habían cogido a su hombre firmemente por la cintura y habían hecho que se diera la vuelta hasta quedarse de espaldas a los generales, sujetándolos ante ellas como un escudo, y fue entonces cuando toda la gente que llenaba el salón se detuvo un segundo. La música murió. Su esposa, Miriam, se había separado de él para esconderse bajo una mesa. Él tuvo que sacarla de allí tirando de uno de sus brazos delante de todos. «Bebamos otra copa», dijo, e hizo una pausa, mirando a su alrededor como si volviese a ver el lugar tal como había sido aquella noche, casi diez años atrás. Parpadeó y continuó hablando. Había sido el momento más humillante de toda su desgraciada vida. Temió que no sobreviviría al recoger sus cosas y sacarla de allí. Los generales se habían vuelto a sentar y todo el mundo seguía bailando como si nada hubiera ocurrido… En realidad, nada le había ocurrido a nadie, excepto a él.

Aquella noche durante horas y horas y a lo largo de casi un año trató de explicarle a ella sus sentimientos al respecto. Ella era absolutamente incapaz de entenderlo. A veces decía que era una tontería. O comentaba satisfecha que nunca se le había ocurrido salvar su vida a expensas de él. Pensaba que tales triquiñuelas estaban muy bien para las muchachas mexicanas que tenían sólo

una idea en la cabeza y para las cuales cualquier excusa servía para acercarse a un hombre más de lo debido, pero que ella no podía, en realidad no podía comprender por qué él tenía que esperar que ella las imitara. Además, se había sentido más segura debajo de la mesa. Fue lo primero y lo único que pensó en aquel momento. Él le dijo que una bala podría atravesar perfectamente la madera, que una tabla no representaba protección alguna, que un torso humano era tan bueno como una almohada de plumas para detener una bala. Ella insistía en que, sencillamente, no se le había ocurrido hacer otra cosa y que su reacción, desde luego, no tenía nada que ver con él. Él nunca logró hacerle entender su punto de vista; sí debía de haber tenido algo que ver con él. Todas esas muchachas mexicanas nacían sabiendo lo que debían hacer y lo hacían enseguida, y Miriam se había limitado a demostrar de una vez por todas que sus instintos estaban desafinados. Cuando ella apretaba la boca para morderse el labio y decía «¡instintos!», conseguía que la palabra sonara como el término más obsceno de cualquier idioma. Era una palabra escandalosa. Y no se detuvo ahí. Y remató diciendo que no le interesaba en lo más mínimo saber para qué habían nacido las muchachas mexicanas, pero que no tenía intención de malgastar su vida halagando la vanidad masculina.

—¿Por qué tengo que confiar en ti? —preguntó—. ¿Qué razón me has dado para que confíe en ti?

A él le sorprendía el cambio que ella había experimentado desde el día en que se conocieron en Mineápolis. Prefirió creer que se debía a su trabajo de maestra. Le dijo que creía que era la ocupación más tediosa que existía y que debería aprobarse una ley que prohibiera a las mujeres guapas de menos de treinta y cinco años dedicarse a enseñar. Su esposa le recordó que estaban viviendo del dinero que ella había ganado en la escuela. Habían estado comprometidos durante tres años, en un casto noviazgo a larga distancia que él consideraba malsano y antinatural. Por supuesto, él tenía que hacer algo para pasar el tiempo, así que, mientras ella estaba en Mineápolis, ahorrando dinero y llenando un enorme baúl con su ajuar, él había vivido en México con una muchacha india que posaba para un grupo de pintores que él conocía. Daba clases de inglés en una de las escuelas técnicas —qué raro, él también había sido maestro, pero nunca había caído en la cuenta en ese sentido hasta entonces— y vivía con holgura de su salario con la muchacha india, porque, por supuesto, los pintores no le pagaban por posar. La muchacha india dividía su tiempo alegremente entre los pintores, la cocina y su cama, e incluso se las arregló para tener un bebé sin interrumpir ninguna de sus ocupaciones más

que unos cuantos días. Años después uno de los pintores más famosos y de mayor éxito la contrató y llegó a ser una mujer muy sofisticada y todo un «personaje», pero en aquella época todavía era sencilla y agradable. Más tarde empezó a usar joyas nativas y a bailar danzas típicas con trajes tradicionales y aprendió a pintar casi tan bien como un niño de siete años; «Ya sabe —decía él—, el estilo primitivo». Bueno, entonces él también tenía sus problemas. Cuando llegó el momento de que Miriam se reuniera con él para casarse —toda la demora, comprendió más tarde, fue causada por la concepción, cada vez más amplia, que Miriam tenía sobre lo que debe ser el ajuar de una novia —, la muchacha india ya se había ido alegremente, demasiado alegremente, a decir verdad, con otro hombre. Había regresado al cabo de tres días para decir que al fin iba a casarse con honradez y que consideraba que él debía regalarle los muebles como dote. La ayudó a apilar todo sobre las espaldas de dos cargadores indios y la muchacha se marchó con la cabeza de su hijo asomando de su chal. Durante un instante, al ver la cara del bebé, tuvo un raro sentimiento. «Es mío —se dijo, pero enseguida matizó—: tal vez». No había modo de saberlo y desde luego se parecía a cualquier bebé indio de pelo rebelde. Por supuesto, la muchacha no se había casado; ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Cuando llegó Miriam, aquella casa estaba casi vacía, porque él no había sido capaz de ahorrar un peso. Tenía una cama y una estufa y las paredes estaban decoradas con dibujos y pinturas de sus amigos mexicanos. Había un montón de calabazas pintadas, maderas talladas y cerámicas de hermosos colores. A él no le parecía tan mal, pero el rostro de Miriam cuando entró en la primera habitación, fue, tenía que admitirlo, digno de estudio. Apenas dijo nada, pero comenzó a sentirse desdichada por muchas razones. Lloró de manera intermitente durante las primeras semanas por las más misteriosas e inverosímiles causas. Él se despertaba por la noche y la encontraba llorando desesperadamente. Cuando se sentaba a beber el primer café de la mañana, se cogía la cabeza entre las manos y lloraba. «No es nada, de verdad que no es nada —le decía—. No sé qué me pasa. Sólo quiero llorar». Ya sabía qué le sucedía: después de haberlo planificado durante tres años, había recorrido todo aquel camino para casarse y no podía siquiera imaginarse enfrentándose a todo lo que le dirían en su casa si regresara. Ese estado de ánimo no duró mucho, pero malogró penosamente su luna de miel. Miriam no sabía nada de la muchacha india y creía, o fingía creer, que él también era virgen cuando se casaron. No era muy curiosa y sus valores morales eran severos, de modo que a él le fue imposible hacerle confidencias sobre su pasado. Ella,

sencillamente, daba por sentado, de la manera más irritante, que él no tenía pasado alguno que valiera la pena mencionar, aparte de los tres años de su compromiso y, por supuesto, el tiempo que ya compartía con ella. Él había creído que todas las vírgenes, por austera que fuese su conducta, estaban ansiosas por aprender, había creído que estaban, cabía decir, pendiendo de un hilo hasta que llegaban sanas y salvas a la iniciación dentro de las estables aunque libertinas ventajas del matrimonio. Miriam echó por tierra su teoría como hizo, con el tiempo, con la mayor parte de sus teorías. Su intención de desempeñar el papel de un hombre de mundo que educa a una novia inocente pero curiosa y dispuesta a aprender, fue cortada de raíz. Ella no estaba en absoluto dispuesta a aprender y no hacía el menor esfuerzo por resultar atractiva. En sus encuentros más íntimos ella parecía estar en otra parte, en alguna oscuridad propia, como si algún saber anterior y mayor hubiera acaparado su atención de golpe. Por alguna razón que no podía o no quería revelar no quería ser vencida. Él ni siquiera podía desempeñar el papel de poeta. A ella no le interesaba su poesía. Prefería a Milton y así se lo hizo saber. También le hizo saber que creía que el sacrificio mutuo de la virginidad era el acto más importante de su matrimonio y que, superado ese rito sagrado, todo el asunto había caído a un plano bastante bajo. Tenía una frase terrible acerca de «caminar sobre una línea de tiza» que aplicaba a toda clase de situaciones. En el matrimonio se caminaba más que nunca por esa línea de tiza, que parecía ser una línea de tiza trazada entre ellos cuando yacían juntos…

Lo que terminó de agotarlo fue la demoníaca incoherencia de Miriam. Se había pasado tres espantosos años escribiéndole acerca de lo opaca, horrible y vulgar que era su vida, de lo asqueada y cansada que estaba de la mezquindad de las apariencias y de las diversiones; de la estrechez de miras de todos los que la rodeaban; de cuánto deseaba vivir en un hermoso lugar peligroso, rodeada de gente interesante que pintaba y escribía poesía, y de sus cartas, que irrumpían en su sofocante y pequeño mundo como un soplo de aire fresco de montaña, y cosas así.

—Por el amor de Dios —le dijo a su invitado—, bebamos otra copa.

Bueno, él más o menos creía estar liberando a ese dulce pajarito de su jaula. Una vez liberada, ella se posaría agradecida en su mano. Escribió un poema sobre un pájaro enjaulado liberado, se lo dedicó a ella y le envió una copia. Ella olvidó mencionarlo en su siguiente carta. Y después apareció con un baúl con cien kilos de ropa blanca y toda la ropa interior de seda que podría necesitar en su vida, imaginando que se instalaría en un piso moderno

con calefacción central y que todos los miércoles por la noche recibiría la visita de encantadoras parejas de artistas jóvenes de la colonia americana para cenar. Así que no había que extrañarse de que su rostro mudara en cuanto echó un vistazo a su nuevo hogar. Los amigos mexicanos habían esparcido flores por todas partes, habían atado ramos de claveles en los pomos de las puertas, casi habían alfombrado el suelo con rosas rojas, habían prendido ramilletes de brillantes capullitos en las onduladas cortinas de algodón, habían echado una colcha de gardenias sobre la incómoda cama y, dejando alegres mensajes tranquilizadores garabateados aquí y allá, hasta sobre las paredes de yeso blanco, habían desaparecido con toda discreción… Ella recorrió todo con una indefinida expresión de terror en su mirada, apartando a su paso las flores marchitas con el pie. Apartó las gardenias para poder sentarse en el borde de la cama y todavía no había abierto la boca. ¡Salve, Himeneo! ¿Qué ocurrió luego?

Poco después él perdió su puesto de maestro. En pocos días el ministro de Educación, que protegía al director de la escuela, fue separado de su cargo y, naturalmente, hasta la última alma de su partido, incluso los porteros del colegio, también fueron despedidos. Al cabo de un tiempo, uno aprende a tomarse con calma esas cosas; esperas hasta que tu hombre regrese al poder o estableces una alianza con el nuevo… Cualquiera… Entretanto, los cambios y movimientos ofrecen un espectáculo tan extraordinario que terminas olvidándote de que debes buscar otro medio de vida. A Miriam no le interesaban la política ni los acontecimientos que se iban sucediendo en aquel país. Era incapaz de ver más allá: él había perdido el empleo y punto. Vivían a duras penas de los ahorros de Miriam, reforzados por los cheques de cumpleaños y de Navidad que enviaba su padre, quien amenazaba continuamente con hacerles una visita, a pesar de las desesperadas cartas de Miriam previniéndole de que el país era espantoso y de que con toda seguridad el clima terminaría con su salud. Miriam seguía tapándose la nariz cuando entraba en los mercados, tratando de preparar una saludable y civilizada comida estadounidense en un brasero de carbón y haciendo la colada en el patio, sobre una pila de piedra con un grifo de agua fría. Y todo lo que había parecido tan divertido, natural y barato con la muchacha india resultó ser demasiado penoso y difícil de discutir con Miriam. Su dinero se esfumaba y no obtenían nada a cambio.

No toleraba la proximidad de una sirvienta india, pues eran sucias y, además, ¡no podía permitírselo! Él no entendía por qué despreciaba y amargaban tanto los quehaceres domésticos y más después de haberse

ofrecido a ayudarla. Su marido había imaginado que lavar un montón de vajilla india de alegres colores al sol, con la buganvilla trepando por el muro y el árbol del cielo florecido se asemejaba bastante a un picnic. Miriam no. Le despreciaba por pensar que parecía un picnic. Por primera vez en su vida recordó a su madre haciendo las tareas de la casa cuando era niño; aunque había media docena de niños de todas las edades y aunque su trabajo era duro e interminable, se ocupaba de todo de una manera serena y segura, dejando reflejar en su rostro cierta felicidad, como si sus manos trabajasen mecánicamente mientras su imaginación, absorta, jugaba en otro sitio, muy lejos. «Ah, tu madre», dijo su mujer sin poner particular énfasis. Se sintió horriblemente injuriado, como si ella estuviese insultando a su madre y echándole una maldición por haber traído semejante hijo al mundo. Sin duda, Miriam era fuerte; podía hacer sentir el peso de su personalidad —que desde luego nadie tenía por qué respetar— de una manera amarga y siniestra. Poseía una esmerada educación, una tierra firme bajo sus pies, su propio punto de vista y una rígida columna; incluso cuando bailaba él sentía sus caderas tensas y sus rodillas juntas, lo que daba a su danza una intensidad y una agilidad que resultaban muy atractivas, sin la menor flexibilidad. De acuerdo, tenía sus virtudes, como un buen caballo, pero había descuidado el ser hermosa. No se ocupaba de sí misma. Él se echó a temblar cuando le recordó que si fuese un inválido trabajaría alegremente para él y le cuidaría, aunque no era el caso; parecía gozar de excelente salud, pero ni siquiera buscaba trabajo y seguía escribiendo aquella poesía, una auténtica porquería para ella. Le llamó fracasado, y luego inútil, holgazán, superficial y desleal. Le mostró sus manos estropeadas y le preguntó qué podía esperar ella del futuro. Acto seguido, no cesó de repetirle que no estaba acostumbrada a mezclarse con las personas indescriptiblemente salvajes y horrorosas que los visitaban a todas horas. Y es más: no tenía intención alguna de acostumbrarse. Él trató de decirle que esas personas eran los mejores pintores, poetas y de todo en México, por lo que debería apreciarlos. Aquellos eran los artistas de los que le había hablado en sus cartas. Ella quiso saber por qué Carlos nunca se cambiaba la camisa. «Le expliqué —dijo el periodista— que seguramente se debiera a que no tenía otra camisa». ¿Y por qué Jaime era tan glotón y siempre estaba volcado sobre su plato mientras engullía la comida? Porque tenía hambre, sin duda. Eso era, precisamente, lo que ella no podía entender. ¿Por qué no trabajaban para ganarse la vida? No serviría de nada tratar de explicarle las nociones franciscanas de pobreza sagrada que, para él, era la compañera natural del artista. Ella dijo: «¿Así que piensas que son pobres a propósito? Sólo tú

puedes ser tan tonto». ¡Qué cosas decía esa muchacha! Y eso que a él le parecía que era silenciosa como un gato. Continuó, con su desorden característico, tratando de explicarle su fe mística en esos hombres que llevaban harapos y estaban hambrientos porque habían elegido, de una vez por todas, entre lo que él llamaba con toda seriedad sus almas y este mundo. Miriam los conocía mejor: sabía que estaban buscando su gran oportunidad. «Era abominable y escandalosamente cierto. ¡Cuánto he odiado a esa mujer, la odié como no he odiado a nadie! Me aseguraba que no eran tan estúpidos como yo creía… y he vivido lo suficiente para ver a Jaime liado con una vieja rica, a Ricardo decidido a ser actor de cine y a Carlos enchufado en un cargo oficial, pintando frescos revolucionarios de encargo, así que me dije que todos los hombres tienen derecho a buscarse la vida». Pero un firme sentimiento le impedía convencerse de ello. Tenía un montón de ideas románticas respecto de los artistas y su destino y siguió aferrado a ellas. Miriam los había calado con sólo un parpadeo. ¡Cómo le habría gustado conocer algún truco para deshacerse de ella para siempre! Pero no sabía cómo hacerlo. Uno tras otro, todos sus amigos se fueron yendo y, finalmente, él también se fue. «Como ve, no me siento mejor por haber actuado así, pero al menos puedo decir que no soy una excepción. Eso sí. El problema es que Miriam tenía razón, ¡maldita sea! No soy un poeta, mi poesía es inmunda y la imagen que tenía de los artistas debí de haberla sacado de los libros… Ya sabe: una raza aparte, hombres entregados, muy por encima de las necesidades y de las ambiciones humanas corrientes… Quiero decir que creía que el arte era una religión… Quiero decir que cuando Miriam insistía…».

Lo que quería decir era que todo ese conflicto comenzó a hacerle mucho daño. Miriam se había convertido en una furia vengadora, aunque él no podía condenarla. La odiaba, sí, pero hasta eso resultaba demasiado simple. Su ascendencia estadounidense, de la clase media trabajadora, tradicional y respetable, junto a su formación afloraron en él y se aliaron con Miriam. Sentía que se había esforzado muchísimo para escapar de esos perjuicios y que los había borrado, pero al final había sido superado, vencido y reducido a una resignación que nada tenía que ver con su cabeza ni con su corazón. Sentía que su sangre le había traicionado. El proyecto de buscar un trabajo y ser un empleadillo decente, con pantalones y codos brillantes —porque no podía concebir otro tipo de trabajo— parecía una especie de muerte prematura ni siquiera compensada por la gradual pérdida de la memoria. No hizo nada al respecto. Realizó algunos trabajos aislados y ganó algo de dinero, pero nunca suficiente. Comprendía el punto de vista de ella o, al menos, se empeñaba en

comprenderla. Cuando se produjo la crisis, no tenía un solo argumento lógico en favor de su modo de vida. Había intentado vivir y pensar de una forma destinada a convertirlo finalmente en un poeta, pero no le había salido bien. Y ya está. De modo que hubiese podido llegar a un inconcebible y sórdido final si Miriam, después de cuatro años —¿cuatro años?, sí, Dios mío, cuatro años, un mes y once días—, no hubiera escrito a sus padres pidiendo dinero, no hubiera empaquetado lo que quedaba de sus pertenencias, no le hubiese dicho que se despidiera de unas pocas personas y no se hubiese marchado. Había pasado tanto tiempo desharrapada, delgada y con aspecto descuidado que ya no podía recordarla de otra manera. Sin embargo, de pronto, su perfil en la puerta le resultó irreconocible.

Ella se marchó y sin saberlo le hizo un gran favor. Él había caído en la cobarde costumbre de pensar que su matrimonio era para toda la vida, no importaba cuán desafortunado fuese, que se amaban y, en consecuencia, no importaba qué crueldades se infligiesen mutuamente, así que había desarrollado una verdadera sordera ante las palabras de su mujer. En los últimos tiempos era incapaz de verla o de oírla. Más tarde lo comprendió, al recordar frases o expresiones de sus ojos y de su boca que le remordían hasta la médula. Le estaba agradecido. Si ella no se hubiese marchado, seguramente habría seguido perdiendo el tiempo intentando escribir poesía, rodando por sucios cafés pintorescos con un nuevo grupo de inteligentes, conversadores y miserables jóvenes mexicanos que pintaran, escribieran o dijeran que se iban a poner a escribir o pintar. Su fe se habría renovado: esos compañeros eran artistas puros… jamás se venderían. Tampoco eran vagabundos. Trabajaban incansablemente en algo relacionado con el arte. «Arte sagrado —dijo—. Nuestros vasos están vacíos otra vez».

Pero tratar de decirle algo así a Miriam… Por alguna razón, nunca había logrado tumbarse bajo aquel árbol del que hablaba. De todos modos, si lo hubiera conseguido, seguramente alguien habría ido a cobrarle un alquiler. Había pasado muchísimo tiempo tumbado bajo las mesas en el café de Dinty Moore o en el Black Cat con una pandilla de estadounidenses como él, que vivían sin ataduras y se dedicaban a estudiar las costumbres nativas. Con la esperanza de que por una vez ella entendiera una broma, le explicó a Miriam que había estado ensayando para saber cómo tumbarse bajo un árbol cuando pudiera hacerlo. No le salió bien. Ella habría preferido morir con las botas puestas que sonreír ante ese comentario. Entonces… Había comenzado una carrera de la manera más espectacular. Había sido fácil. No podría decir con exactitud en qué consistieron sus primeros pasos, pero había sido fácil. De no

haber sido por Miriam, él habría terminado siendo un vil fracasado, como esos vagabundos del café de Dinty Moore, que todavía rodaban debajo de las mesas y se dedicaban a estudiar las costumbres nativas. Había empezado a trabajar como periodista y le había ido muy bien. Se había convertido en una reconocida autoridad en las revoluciones de veintitantos países latinoamericanos y, como sus simpatías coincidían con las opiniones de las revistas más caras, con tendencia a un humanitarismo liberal, le pagaban muy bien por contar al mundo la realidad de aquellos pueblos oprimidos. Sin duda también podría haberse dedicado a la literatura; aunque no solía decirlo, creía poseer un estilo muy propio en prosa. Había disfrutado de ese éxito que se puede recortar de los periódicos y pegar en un álbum, que se puede contar y guardar en el banco, que se puede comer, beber y usar y que se puede ver reflejado en los ojos de los demás en los tés y en las cenas. Fantástico, pero ahora, ¿qué? Con tan do con su experiencia, se volvió a casar. En realidad, se casó y se divorció dos veces. Lo que suma tres veces, ¿no? Ya era suficiente. Había derrochado muchísimo tiempo y muchísima energía entregándose a todo tipo de cosas que no le importaban un bledo para demostrarle a su primera mujer —una maestra de veintitrés años de Mineápolis, Minnesota— que él no era tan sólo un vagabundo, un inepto para todo lo que no fuese tumbarse bajo un árbol —si hubiera sido capaz de localizar aquel árbol ideal que dibujaba en su imaginación…—, escribiendo poemas y disfrutando de la vida que llevaba.

Ya estaba hecho. Alisó la carta a la que había estado dando vueltas entre sus manos y la acarició como si fuese un gato. Dijo:

—He estado preparando el punto culminante durante esos años. Ya sabe, la buena y vieja técnica de la sorpresa. Así que ahora, prepárese.

Miriam le había escrito al cabo de esos cinco años, pidiéndole que volviera a aceptarla. Y créanlo, él iba a capitular y acogerla otra vez. Su padre había muerto, ella estaba terriblemente sola, había tenido tiempo para reconsiderarlo todo, se sentía culpable de muchísimas cosas. Por supuesto que lo amaba y a decir verdad siempre lo había amado, lamentaba, oh, ¡todo!, y esperaba que no fuera demasiado tarde para vivir felizmente juntos… Había leído todo lo que había podido encontrar de lo que él publicaba y le encantaba. Esa misma mañana él le había enviado por cable el dinero que necesitaba para su viaje y estaba dispuesto a acogerla de nuevo. Ella volvería a vivir en una casa mexicana, sin comodidad alguna, y no tendría un piso moderno. Aceptaría todo lo que él tuviera a bien darle y le gustaría. Y tampoco se casaría con ella otra vez. Al menos, él no. Si quería que viviesen

juntos en esos términos, estupendo. Si no, podía regresar una vez más a esa escuela suya de Mineápolis. De acuerdo, si se quedaba, caminaría sobre una línea de tiza, una que ella no había trazado para sí misma. Cogió un cuchillo para el queso y trazó una larga y nítida línea en el mantel de cuadros. Ella, creedle, caminaría por ahí.

Las manecillas del reloj señalaron las dos y media. El periodista tragó el último sorbo de su copa y siguió dibujando cruces en el mantel con mano serena. Su invitado deseaba decir: «No olvide invitarme a su boda», pero se lo pensó mejor. El periodista levantó sus párpados trémulos y volvió los ojos, inquieto, a la sombra que tenía delante y dijo: «Supongo que usted cree que yo no sé…».

Su invitado se movió hacia el borde de la silla y observó a la orquesta que ya estaba recogiendo sus instrumentos. El café estaba casi vacío. El periodista hizo una pausa, no en busca de una respuesta, sino para dar peso a la importante declaración que estaba a punto de hacer.

—Que no sé qué va a suceder esta vez —dijo—. No se llame a engaño. Esta vez lo sé. —Parecía estar previniéndose a sí mismo ante un espejo.

Las calabazas de la abuelita Weatherall

Libró su muñeca con elegancia de los regordetes y cuidadosos dedos del doctor Harry y se subió la sábana hasta la barbilla. Aquel mocoso debería llevar pantalones cortos. ¡Haciéndose el médico por toda la región con esas gafas que le caían en la nariz!

—Márchese ahora mismo, coja sus libros escolares y márchese. A mí no me ocurre nada.

El doctor Harry extendió su cálida manaza, como un almohadón, sobre su frente, donde una vena verde se bifurcaba, bailaba y le hacía temblar los párpados.

—Vamos, vamos, pórtese como una buena chica y dejaremos que se levante muy pronto.

—Ese no es modo de hablarle a una mujer que ronda los ochenta años sólo por estar en cama. Quisiera que respetara a sus mayores, joven.

—Bien, señorita, discúlpeme. —El doctor Harry le dio una palmadita en la mejilla—. Pero tengo que prevenirla, ¿verdad? Usted está hecha una maravilla, pero debe ser cuidadosa o no se sentirá bien y lo lamentará.

—No me diga cómo voy a sentirme. En este momento, moralmente hablando estoy de pie. Es Cornelia. Tuve que meterme en cama para librarme de ella.

Sentía los huesos sueltos, flotando dentro de la piel, y el doctor Harry también flotaba como un globo a los pies de la cama. Flotaba y se estiraba el chaleco mientras jugaba con sus gafas, que colgaban de un cordel.

—Bien, quédese donde está, sin duda eso no le hará daño alguno.

—Márchese y trátese su mareo —dijo la abuelita Weatherall—. Deje en paz a una mujer sana. Le llamaré cuando le necesite… ¿Dónde estaba usted

hace cuarenta años, cuando pasé un edema y una pulmonía doble? Usted ni siquiera había nacido. ¡No se deje convencer por Cornelia! —gritó ella, pues el doctor Harry parecía flotar hacia el techo y afuera—. ¡Yo pago mis propias facturas y no gasto mi dinero en tonterías!

Quiso decirle adiós con la mano, pero le costaba demasiado moverse. Los ojos se le cerraron solos, como si hubieran echado una cortina oscura alrededor de la cama. La almohada se levantó y flotó debajo de ella, agradable como una hamaca mecida por la brisa. Oyó las hojas susurrando al otro lado de la ventana. No, alguien estaba haciendo ruido con el periódico; no, Cornelia y el doctor Harry estaban murmurando. Despertó, sobresaltada, pensando que cuchicheaban en su oído.

—¡Nunca ha estado así, nunca!

—Bien, ¿qué cabe esperar?

—Sí, ochenta años…

Bien, ¿y qué más daba? Todavía tenía oídos. Era muy propio de Cornelia murmurar tras las puertas. Siempre guardaba los secretos de esa manera tan pública. Siempre actuaba con tacto y cariño. Cornelia era sumisa; ahí radicaba su problema. Sumisa y bondadosa.

—Tan buena y sumisa —dijo la abuelita— que me gustaría darle un azote.

Se vio a sí misma dándole a Cornelia un buen azote.

—¿Qué dices, madre?

La abuelita sintió que el rostro se le inmovilizaba en tensos nudos.

—¿Ahora resulta que no se puede ni pensar?

—Creí que necesitabas algo.

—Necesito. Necesito un montón de cosas. La primera, que te marches y no andes murmurando.

Se tumbó del todo y se adormeció; en sus sueños deseó que los niños se quedaran fuera y la dejaran descansar un minuto. Había sido un día largo. No es que estuviera cansada. Siempre se agradecía disponer de un ratito de vez en cuando. Siempre había tanto que hacer… veamos: mañana…

Mañana aún estaba lejos y no había nada de que preocuparse. Las cosas se solucionarían de alguna manera en su momento; gracias a Dios, siempre había un pequeño margen para la paz, entonces una persona podía desplegar su plan de vida y ribetearlo con cuidado. Era bueno tenerlo todo limpio y guardado, con los cepillos para el pelo y los frascos de tónicos dispuestos sobre el lino blanco bordado, el día comenzaba sin alborotos, con los estantes de la despensa llenos de hileras de tarros de jalea, botes marrones y jarros de

porcelana blanca pintados con arabescos y palabras azules: café, té, azúcar, jengibre, canela y especias, y con el reloj de bronce con el león encima, sin una pizca de polvo. ¡El polvo que ese león podía acumular en veinticuatro horas! La caja en el desván con todas aquellas cartas atadas; bien, tendría que ocuparse de eso al día siguiente. Todas aquellas cartas —las cartas de George, las cartas de John y las cartas que ella les había escrito a los dos—, abandonadas allí para que en cualquier momento los niños terminaran encontrándolas, la incomodaban. Sí, al día siguiente lo resolvería. No servía de nada que se enteraran de lo tonta que había sido hacía años.

Al hurgar en su mente, se topó con la muerte y la percibió viscosa y extraña. Había pasado tanto tiempo preparándose para la muerte que no había necesidad de traerla de nuevo a colación. Eso sucedería y punto. A los sesenta años se había sentido tan vieja y acabada, que no paró de viajar para despedirse de sus hijos y sus nietos, con un secreto en el alma: ¡Esta es la última vez que veis a vuestra madre, hijos! Entonces redactó su testamento y tuvo que guardar cama a causa de la fiebre. Al final no fue más que una sospecha, como tantas ideas suyas, si bien salió bien parada; de una vez por todas y durante mucho tiempo dejó de lado la idea de morir. En aquel momento ya no podía preocuparse. Esperaba ser más sensata. Su padre había vivido hasta los ciento dos años. Bebió un vasito de fuerte ponche caliente en su último cumpleaños. Le dijo a los periodistas que era una de sus costumbres diarias y la razón de su longevidad. Levantó bastante revuelo y se alegró mucho de que así fuera. Pensó en importunar un poco a Cornelia:

—¡Cornelia, Cornelia! —No hubo pasos, sino una inesperada mano sobre su mejilla—. Bendita seas, ¿dónde estabas?

—Aquí, madre.

—Bien, Cornelia, quiero un vasito de ponche caliente.

—¿Tienes frío, cariño?

—Estoy helada, Cornelia. Estar encamada dificulta la circulación. Debo de habértelo dicho más de cien veces.

Bien, ya oía a Cornelia diciéndole a su marido que su madre se estaba poniendo un poco infantil y tenían que mimarla. Lo que más le molestaba era que su hija creyera que estaba sorda, muda y ciega. A su alrededor y sobre su cabeza, miradas y fugaces e impacientes gestos casi inapreciables decían: «No hay que contrariarla, que haga lo que quiera, tiene ochenta años», y ella allí sentada como si viviera en una caja de finísimo cristal. A veces, la abuelita sentía la tentación de hacer el equipaje y regresar a su propia casa, donde

nadie pudiese recordarle a cada minuto que era vieja. ¡Tú espera, Cornelia, y verás muy pronto a tus propios hijos murmurando a tus espaldas!

En su día, había mantenido una casa mejor y había trabajado más. Aún no era demasiado vieja para que Lydia condujera ciento veinte kilómetros a fin de pedirle consejo cuando uno de los niños se descarriaba o para que Jimmy se dejara caer por allí y conversara con ella: «Y ahora, mami, tú que tienes tan buena cabeza para los negocios, quiero saber qué piensas de esto…». Vieja. Cornelia ni siquiera era capaz de cambiar los muebles de lugar sin consultárselo. ¡Monísimos, monísimos! Eran tan encantadores de niños. La abuelita deseaba que volvieran los viejos tiempos, cuando sus hijos eran pequeños y estaba todo por hacer. Le había exigido mucho esfuerzo, pero ella pudo con todo. Cuando pensaba en la cantidad de comida que había cocinado, en toda la ropa que había cortado y cosido y en todos los jardines que había cuidado… Bien, sus hijos eran la prueba de todos sus esfuerzos: allí estaban, ella los había sacado adelante y nadie podía quitarle eso. A veces deseaba volver a ver a John para mostrárselos y decir: «Y bien, no lo he hecho tan mal, ¿verdad?». Pero ese encuentro tendría que esperar. Lo dejaba para el día siguiente. Solía pensar en él como en un hombre, pero sus hijos ya eran mayores que su padre, y él parecería un niño a su lado. Esa idea resultaba extraña y errónea; seguramente él no la reconocería. Una vez ella había cercado cuarenta hectáreas, cavando los agujeros para los postes y sujetando los alambres con la única ayuda de un muchacho negro. Esas experiencias cambiaban a cualquier mujer. John buscaría a una mujer joven con peineta en el pelo y abanico pintado. Cavar agujeros para postes cambiaba a cualquier mujer. Otra cosa era cabalgar por caminos rurales en invierno cuando las mujeres parían sus bebés, pasar noches en vela con caballos enfermos, con negros enfermos y niños enfermos sin perder casi nunca a ninguno. ¡John, no perdí a casi ninguno! John lo vería enseguida, John podría comprenderlo, ¡ella no tendría que explicar nada más!

Aquella imagen la hizo sentir como si se arremangara y pusiera todo en orden otra vez. Por más que Cornelia hubiese decidido estar en todas partes al mismo tiempo, había muchísimas cosas por hacer. Comenzaría al día siguiente y las haría. Era bueno tener fuerzas para todo, aun cuando todo lo que se haga se desvanezca y cambie y se escape de las manos de tal modo que, en el momento de terminar, casi haya olvidado la finalidad de su trabajo. ¿Qué era lo que me proponía hacer?, se preguntó intensamente, pero no logró recordarlo. Una niebla se levantó sobre el valle, cruzó el arroyo, se tragó los árboles y subió la colina como un ejército de fantasmas. Pronto estaría en la

linde más cercana del huerto, ya era hora de entrar y encender las lámparas. Entrad, niños, no os quedéis fuera, expuestos al relente.

Encender las lámparas había sido hermoso. Los niños se apretaban contra ella y respiraban como terneros esperando en los establos en el crepúsculo. Sus ojos seguían la cerilla y observaban la llama elevarse y estabilizarse luego en una curva azul; entonces se apartaban de ella. La lámpara estaba encendida, ya no debían tener miedo ni colgarse de las faldas de su madre. Nunca, nunca, nunca más. Dios mío, por toda mi vida, te doy gracias. Sin ti, Dios mío, no hubiera podido hacerlo nunca. Ave María, llena eres de gracia.

Quiero que recojáis toda la fruta este año y que vigiléis que no se desperdicie nada. Siempre hay alguien que puede necesitarlo. No permitáis que las cosas buenas se pudran por falta de uso. Desperdiciáis vida cuando desperdiciáis buena comida. No permitáis que las cosas se pierdan. Es amargo perder cosas. Y ahora no me dejéis pensar, no cuando estoy cansada y echo una cabezada antes de cenar…

La almohada se elevó alrededor de sus hombros, le apretó la cabeza y le fue extrayendo los recuerdos: «Oh, quitadme la almohada»; alguien: «La asfixiaría si tratara de sujetarla». Soplaba una brisa tan fresca y era tan verde aquel día tranquilo, pero, de todos modos, él no se había presentado. ¿Qué hace una mujer cuando se ha puesto el velo blanco y ha preparado su tarta de novia para su hombre, y él no aparece? Trató de recordar. No, juro que él nunca me hizo daño, salvo aquella vez… Nunca me hizo daño, salvo aquella vez… ¿Y qué más daba? Aquel día, el día, pero un remolino de humo negro se levantó y cubrió todo, se deslizó e invadió el brillante campo donde habían plantado con sumo cuidado en hileras ordenadas. Aquello era el infierno, ella supo que era el infierno cuando lo vio. Durante sesenta años había rogado no recordarlo y no perder su alma en el profundo pozo del infierno, pero entonces las dos escenas estaban mezcladas en una y el recuerdo de él era una nube de humo del infierno, que avanzaba e invadía su cabeza después de haberse librado del doctor Harry y tratar de descansar un minuto. Vanidad herida, Ellen, dijo una voz aguda en lo alto de su mente. No permitas que tu vanidad herida te domine. A muchas muchachas les dan calabazas. A ti te dieron calabazas, ¿verdad? Así que supéralo. Sus párpados vacilaron y dieron paso a serpentinas de luz gris azulada como papel de seda sobre sus ojos. Debía levantarse para bajar las persianas o nunca dormiría. Otra vez se encontraba en la cama, pero las persianas no estaban bajas. ¿Cómo podía ser? Mejor volverse, esconderse de la luz, pues dormir con luz trae pesadillas.

«Madre, ¿cómo te sientes ahora?», y sintió una punzante humedad en la frente. ¡Pero a mí no me gusta que me laven la cara con agua fría!

¿Hapsy? ¿George? ¿Lydia? ¿Jimmy? No, era Cornelia, y sus rasgos estaban hinchados y llenos de pequeñas charcas. «Ya vienen, querida, todos estarán aquí pronto». Ve a lavarte la cara, niña, estás ridícula.

En vez de obedecer, Cornelia se arrodilló y puso la cabeza en la almohada. Parecía estar hablando pero no emitía sonido alguno. «Bien, ¿te han atado la lengua? ¿De quién es el cumpleaños? ¿Vas a dar una fiesta?».

La boca de Cornelia no paraba de moverse describiendo extrañas formas.

—No hagas eso, me molesta, hija.

—¡Oh, no, madre! ¡Oh, no…!

Tonterías. Era raro lo que ocurría con los niños. Te discutían cada palabra.

—¿No qué, Cornelia?

—Aquí está el doctor Harry.

—No quiero volver a ver a ese muchacho. Se ha marchado hace cinco minutos.

—Eso ha sido esta mañana, madre. Ahora es de noche. Aquí está la enfermera.

—Soy el doctor Harry, señora Weatherall. ¡Nunca la he visto tan joven y feliz!

—¡Ah! Nunca volveré a ser joven… pero sería feliz si me dejaran descansar en paz.

Creía haber hablado en voz alta, pero nadie respondió. Un cálido peso sobre su frente, un brazalete cálido en su muñeca y una brisa susurrante, tratando de decirle algo. Un movimiento de hojas en la mano eterna de Dios, Él sopló sobre ellas y bailaron y crepitaron. «Madre, no te preocupes, vamos a ponerte una pequeña inyección». «Mira, hija, ¿cómo es que hay hormigas en esta cama? Ayer vi hormigas rojas». ¿Habéis llamado a Hapsy también?

Era Hapsy a quien de verdad quería tener a su lado. Tuvo que hacer un largo camino de regreso a través de muchísimas habitaciones para encontrar a Hapsy de pie con un bebé en sus brazos. Sentía que ella era también Hapsy y que el bebé en brazos de Hapsy era la misma Hapsy y ella misma, todo a la vez, y aquel encuentro no le sorprendía. Entonces Hapsy se desvaneció en su interior y se volvió transparente como una gasa gris y el bebé se convirtió en una sombra en la gasa, y Hapsy se acercaba y decía: «Creía que no llegarías nunca —y mirándola inquisitivamente, añadía—: ¡No has cambiado nada!».

Se inclinaban para besarse cuando Cornelia comenzó a murmurar desde muy lejos: «Oh, ¿hay algo que quieras decirme? ¿Puedo hacer algo por ti?».

Sí, transcurridos sesenta años había cambiado de idea: le gustaría ver a George. Quiero que encuentres a George. Encuéntralo y asegúrate de decirle que le he olvidado. Quiero que sepa que tuve un marido y unos hijos y mi casa, como cualquier otra mujer. Una buena casa, por cierto, y un buen marido al que amé y que me dio hermosos hijos. Aún mejor de lo que yo esperaba. Dile que me devolvieron todo lo que él me quitó y mucho más. Oh, no, oh, Dios, no; había algo además de la casa y el hombre y los niños. ¿Seguro que ellos no lo eran todo? ¿Qué era? Algo que no le devolvieron… Su aliento se agolpó bajo las costillas y creció hasta ser una monstruosa forma terrorífica con bordes filosos, se abrió paso hasta su cabeza y la agonía fue increíble: «Sí, John, llama al doctor, no hablemos más, mi hora ha llegado».

Cuando esta naciera, debía ser la última. La última. Debería haber sido la primera, porque era la que ella había deseado de verdad. Todo llegó a su tiempo. No se olvidó de nada, ni nada dejó atrás. Era fuerte, así que en tres días se habría recuperado. Incluso estaría mejor. Una mujer necesita tener leche en su seno para estar sana.

—Madre, ¿me oyes?

—Te he estado diciendo…

—Madre, el padre Connolly está aquí.

—Comulgué la semana pasada. Dile que no soy tan pecadora.

—El padre solamente quiere hablar contigo.

Podía hablar todo lo que quisiera. Era muy propio de él ir a preguntar por su alma como si fuera un bebé de meses y luego quedarse a tomar una taza de té o a jugar una partida de naipes y chismorrear. Siempre tenía alguna anécdota divertida que contar, generalmente sobre un irlandés que cometía pequeños errores y los confesaba; la gracia consistía en alguna tontería que soltaba en el confesonario, donde expresaba la lucha que sufría en su interior entre la piedad natural y el pecado original. La abuelita tenía la conciencia tranquila respecto a su alma. Cornelia, ¿qué modales son esos? Ofrécele una silla al padre Connolly. Ella se entendía muy bien en secreto con unos cuantos santos favoritos que le allanarían el camino directo hacia Dios. Tenía todo tan bien atado como los documentos de las nuevas quince hectáreas. Para siempre… herederos y cesionarios para siempre. Desde el día en que el pastel de boda no fue cortado por los novios, sino que se tiró y se desperdició. El mundo se desfondó completamente y allí estaba ella, ciega y sudando, sin nada bajo sus pies y con los muros desmoronándose. La mano de él la había

sostenido por debajo del pecho, ella no había caído, estaba el suelo recién encerado con la alfombra verde, como antes. Él había maldecido como el loro de un marinero y amenazó diciendo: «Le mataré por ti». No le pongas la mano encima, por mí, déjale algo a Dios. «Ahora, Ellen, debes creer lo que te digo…».

Así que no había nada, nada más de lo que preocuparse, excepto que a veces durante la noche uno de los niños chillaba en medio de una pesadilla, haciendo que los dos se dieran prisa temblando y buscando las cerillas y gritando: «¡Espera un minuto, aquí estamos!». John, trae al doctor, era el turno de Hapsy. Pero allí estaba Hapsy de pie junto a la cama con una cofia blanca. «Cornelia, dile a Hapsy que se quite la cofia. No la veo bien».

Sus ojos se abrieron de par en par y la habitación le pareció un cuadro que recordaba haber visto en alguna parte. Colores oscuros con las sombras elevándose hacia el techo mediante largos ángulos. La alta cómoda negra relucía sin más detalles encima que una fotografía de John, ampliación de otra pequeña, con los ojos muy negros cuando debían haber sido azules. Usted nunca le ha visto, ¿cómo sabe qué aspecto tenía? Pero el hombre insistía en que la copia era perfecta, rica en matices y elegante. Como fotografía, sí, pero no es mi marido. En la mesa junto a la cama había una colcha de lino, una vela y un crucifijo. La luz era azul porque se filtraba por las pantallas de seda de Cornelia. Eso no era luz, en absoluto, sólo perifollos. Uno tiene que vivir cuarenta años con lámparas de petróleo para poder apreciar la electricidad. Se sintió muy fuerte y vio al doctor Harry con un halo rosado alrededor.

—Parece usted un santo, doctor Harry, y juro que jamás estará tan cerca de serlo.

—Está diciendo algo.

—Te he oído, Cornelia. ¿Qué es todo ese jaleo?

—El padre Connolly dice…

La voz de Cornelia vacilaba y parecía dar batacazos como un carro por un camino accidentado. Doblaba las esquinas y regresaba y no llegaba a ninguna parte. La abuelita subió al carro ágilmente y buscó las riendas, pero había un hombre sentado junto a ella y ella le reconoció por las manos, que conducían el carro. No le miró a la cara, porque sabía sin verle; en su lugar contempló el camino, donde los árboles se inclinaban y se hacían reverencias y miles de pájaros cantaban una misa. Sintió ganas de cantar también ella, pero se llevó la mano a la pechera del vestido y sacó un rosario. El padre Connolly murmuraba algo en latín con una voz muy solemne y le hizo cosquillas en los pies. Dios mío, déjese de esa tontería. Soy una mujer casada.

¿Qué importa que él se haya ido y me haya dejado sola ante el cura? Encontré otro mundo mucho mejor. No habría cambiado a mi marido por nadie que no fuese san Miguel en persona, pueden decírselo de mi parte y además darle las gracias.

La luz estalló sobre sus párpados cerrados y un profundo rugido la sacudió. Cornelia, ¿hay relámpagos? Oigo los truenos. Va a haber tormenta. Cierra todas las ventanas. Llama a los niños… «Madre, aquí estamos, todos». «¿Eres tú, Hapsy?». «Oh, no, soy Lydia. Hemos venido en cuanto nos ha sido posible». Sus rostros flotaban, acercándose y alejándose de ella. El rosario cayó de sus manos y Lydia lo devolvió a su sitio. Jimmy trató de ayudar, sus manos se encontraron y la abuelita cerró dos dedos en torno del pulgar de Jimmy. No son las cuentas del rosario, debe de ser algo vivo. Estaba tan asombrada que sus pensamientos daban vueltas y vueltas. Entonces, mi querido Señor, me estoy muriendo y yo ni siquiera he pensado en la muerte. Mis hijos han venido a verme morir. Pero no puedo, todavía no ha llegado mi hora. ¡Oh, siempre he odiado las sorpresas! Quería dar a Cornelia el juego de amatistas. Cornelia, tú tendrás el juego de amatistas, pero Hapsy puede usarlo cuando quiera. Doctor Harry, cállese. Nadie le mandó llamar. ¡Oh, mi querido Señor, espera un minuto! Quería hacer algo respecto a las quince hectáreas; Jimmy no lo necesita, y con ese inútil marido suyo Lydia lo necesitará más adelante. Quería terminar el mantel del altar y enviar seis botellas de vino a la hermana Borgia para su dispepsia. Deseo enviar seis botellas de vino a la hermana Borgia, padre Connolly, recuérdemelo.

La voz de Cornelia se desviaba bruscamente, volcaba y se estrellaba.

—¡Oh, madre, oh, madre, oh, madre…!

«No me voy, Cornelia. Me ha pillado por sorpresa. No puedo irme».

Volverás a ver a Hapsy. ¿Qué hay de ella? «Creí que no llegarías nunca». La abuelita hizo un largo viaje, buscando a Hapsy. ¿Y si no la encuentro? Entonces, ¿qué? Su corazón se hundía más y más, no había fondo en la muerte, no podía llegar al final. La luz azul de la pantalla de Cornelia se redujo a un minúsculo punto en el centro de su cerebro. Parpadeó y pestañeó como si fuera un ojo, serenamente vaciló y se consumió. La abuelita yacía hecha un ovillo, asombrada y alerta, con la mirada fija en el punto de luz que era ella misma; su cuerpo ya no era más que un montón de sombras más profundas en una oscuridad infinita; esa oscuridad rodearía la luz y se la tragaría. ¡Dios, dame una señal!

Por segunda vez no hubo señal. De nuevo sin novio y el cura en la casa. No podía recordar ninguna otra pena porque aquel dolor las borraba todas.

Oh, no, no hay nada más cruel que eso… nunca lo perdonaré. Se estiró con un profundo suspiro y apagó la luz.

Judas en flor

Braggioni está sentado en el borde de una silla de respaldo recto, pequeñísima para él, y le canta a Laura con una sedosa pero lúgubre voz. Laura ha empezado a encontrar excusas para eludir su propia casa hasta el último momento posible, porque Braggioni está allí casi cada noche. No importa lo tarde que sea: él estará allí sentado, con una hosca y expectante expresión, tironeando de su propio cabello amarillo y rizado, rasgando las cuerdas de su guitarra, gruñendo una melodía entre dientes. Lupe, la criada india, recibe a Laura en la puerta y con un esbozo de mirada que se dirige a la habitación de arriba dice: «Él está esperando».

Laura desea acostarse, está cansada de las horquillas y del contacto de las largas mangas ajustadas, pero le dice: «¿Tienes una nueva canción para mí esta noche?». Si él dice que sí, ella le pide que la cante. Si dice que no, recuerda la que él prefiere y le pide que la cante otra vez. Lupe le acerca una taza de chocolate y un plato de arroz. Laura come en la mesa pequeña bajo la lámpara, después de haber invitado a Braggioni, cuya respuesta es siempre la misma: «Ya he comido y, además, el chocolate espesa la voz».

Laura contesta: «Canta, entonces», y Braggioni se pone a cantar. Rasguea la guitarra con familiaridad, como si acariciara una mascota, y canta desafinando apasionadamente, llevando las notas altas a un prolongado chillido quejumbroso. Laura, que frecuenta los mercados para escuchar cantar baladas y se detiene todos los días para oír al muchacho ciego tocar su flauta de caña en la esquina de la Dieciséis de Septiembre, escucha a Braggioni con implacable cortesía, porque no se atreve a reírse de su penosa actuación. Nadie se atreve a esbozar siquiera una sonrisa ante él. Braggioni es cruel con todos, gasta un tipo de insolencia especializada, pero también presume tanto

de sus talentos y es tan sensible a los desaires que haría falta alguien más cruel y presumido que él para poner el dedo en la vasta e incurable llaga de su autoestima. Y osado, porque resulta peligroso ofenderle y nadie es tan valiente.

Braggioni se ama a sí mismo con tal ternura, amplitud y caridad eterna que sus seguidores —porque él es un magnífico cabecilla, un hábil revolucionario, cuya piel ha sido perforada en una guerra honorable— se avivan en el ardor que refleja y se dicen entre ellos: «Tiene verdadera nobleza, un amor por la humanidad que está muy por encima de los meros afectos personales». El exceso de ese amor propio ha fluido relativamente sobre Laura, quien, con muchos otros, le debe su cómoda situación y su salario. Cuando él está de muy buen humor, le dice: «Estoy tentado de perdonarte que seas una gringa. ¡Gringuita!», y Laura, encendida, se imagina a sí misma adelantándose de pronto hacia él y, borrándole la sebosa sonrisa del rostro con un fuerte revés. Si él repara en sus ojos en esos momentos, no lo demuestra en absoluto.

Sabe cómo reaccionaría Braggioni y debe resistir tenazmente sin dar la impresión de resistir y, si pudiera evitarlo, no admitiría, ni siquiera ante sí misma, cómo el propósito de aquel hombre había ido cambiando poco a poco de rumbo. Durante esas largas noches que le han echado a perder un mes entero, ella se sienta en su mullida silla con un libro abierto sobre las rodillas, descansando la vista en la consoladora rigidez de la página impresa, cuando ver y escuchar el canto de Braggioni amenazan con identificarse con todas las aflicciones que recuerda y agregar su peso a sus inquietantes premoniciones. La glotona mole de Braggioni ha llegado a ser un símbolo de sus numerosas desilusiones, porque un revolucionario debería ser delgado y estar animado por una fe heroica y multitud de virtudes abstractas. Eso es una tontería, ya lo sabe, y se avergüenza de ello. La revolución debe contar con líderes y el liderazgo sólo corresponde a los hombres más enérgicos. Como le dicen todos sus camaradas, ella peca de errores románticos, porque lo que ella define como cinismo en ellos, apenas constituye «un desarrollado sentido de la realidad». Se siente muy tentada a decir: «Estoy equivocada, supongo que en el fondo no entiendo los principios». Después pacta una tregua secreta consigo misma, decidida a no rendir su voluntad a tal recurso lógico, pero no puede evitar sentir que ha sido traicionada irreparablemente por el divorcio entre su modo de vivir y su intuición de lo que la vida debe ser, y a veces casi se contenta con descansar en esa sensación de injusticia como quien se refugia donde encuentra consuelo. Otras veces desea escapar, pero se queda.

En ese momento quiere salir volando de esa habitación, bajar las estrechas escaleras y echarse a la calle, donde las casas se inclinan una sobre otra como si conspiraran bajo una única lámpara veteada, y dejar a Braggioni cantando para sí mismo.

En lugar de eso, contempla a Braggioni, con una mirada franca y directa, como una buena chica que entiende las normas de comportamiento. Junta las rodillas bajo el espeso vestido de sarga azul, cuyo cuello blanco y redondo no es monjil intencionadamente. Viste el uniforme de una idea y ha renunciado a las vanidades. Nació católica y, a pesar de su temor a ser vista por alguien que pudiera escandalizarse, de vez en cuando entra de manera furtiva en alguna iglesita derruida, se arrodilla en la piedra helada y reza un avemaría con el rosario de oro que compró en Tehuantepec. Como no sirve de nada, termina examinando el altar con sus flores de oropel y sus brocados raídos, y se enternece por la maltrecha imagen de algún santo varón cuyos blancos calzones con recortes de encaje cuelgan flojos sobre sus tobillos o bajo la hierática dignidad de su hábito de terciopelo. Ella se ha revestido de un conjunto de principios impenetrables derivados de su primera educación: pese a todo lo vivido, cualquier detalle en los gestos o los gustos personales permanece intacto, de manera que no está dispuesta a usar encajes hechos a máquina. Esa es su herejía privada, porque en su agrupación la máquina es sagrada y será la salvación de los trabajadores. Adora el fino encaje, y en su cuello luce un delgado reborde de tela de araña acanalada, exactamente igual a los veinte que tiene envueltos en papel de seda azul sobre el cajón superior de su cómoda.

Braggioni atrapa su mirada con firmeza, como si la hubiese estado esperando. Se inclina hacia delante, dejando colgar su panza entre las rodillas abiertas, y canta con tremendo énfasis, midiendo sus palabras. No tiene, cuenta la canción, padre ni madre, ni siquiera un amigo que le consuele; solitario como una ola del mar, viene y va, solitario como una ola del mar. Su boca se abre en un círculo y suspira hacia un lado mientras sus mejillas hinchadas como globos se tornan más grasas con el esfuerzo del canto. Sobresale de una manera prodigiosa de sus costosas ropas. Sobre su arrugado cuello color lavanda una corbata púrpura sujeta por un broche de diamante; sobre su canana de cuero labrado repujado en plata y cruelmente ceñida alrededor de su jadeante cintura; sobre la superficie de sus brillantes zapatos amarillos, Braggioni se hincha con inquietante madurez, por más que asomen sus tensos calcetines de seda malva y sus tobillos rodeados por las recias tiras de cuero de los zapatos.

Cuando deja caer sus ojos sobre Laura, ella nota una vez más que son auténticos ojos amarillos leonados de gato. Él es rico, no en dinero, le dice, sino en poder, y el poder lleva aparejada la posesión sin culpa de las cosas y el derecho a satisfacer su pasión por los pequeños lujos. «Tengo bastante gusto para las elegantes sutilezas —comentó en alguna ocasión, agitando un pañuelo de seda amarilla ante la nariz de Laura—. ¿Hueles esto? Es Jockey Club, importado de Nueva York». Sin embargo, está herido por la vida. Lo dirá dentro de un instante: «Es verdad que todo se convierte en polvo entre las manos, en hiel en la lengua». Suspira y su cinturón de cuero cruje como una cincha de montar. «Me decepciona ver cómo van las cosas. Todas». Niega con la cabeza. «Tú, pobrecilla, también te decepcionarás. Estás destinada. Nos parecemos más de lo que tú crees en algunas cosas. Espera y verás. Algún día recordarás lo que te he dicho, sabrás que Braggioni era tu amigo».

Laura siente un lento escalofrío, una sensación puramente física de peligro, una advertencia en su sangre de que la violencia, la mutilación, una muerte espantosa, están perdiendo la paciencia poco a poco mientras la esperan. Ha traducido ese miedo en algo prosaico y tan inmediato que a veces vacila antes de cruzar la calle. «Mi destino personal no es nada más que un testimonio de mi actitud mental —se recuerda a sí misma, citando algún olvidado manual de filosofía, pero es lo bastante inteligente para agregar—: De todos modos, si puedo evitarlo, no seré atropellada por un automóvil».

«De cualquier manera, quizá sea verdad que yo soy tan corrupta como Braggioni —piensa muy a su pesar—, tan cruel, tan incompleta», y si eso es así, prefiere morir, sea como sea. Sigue tranquilamente sentada, no echa a correr. ¿Adónde podría ir? Sin haber sido invitada, ella se ha comprometido con ese lugar; ya no puede imaginarse viviendo en otro país y no le agrada en absoluto recordar la vida anterior a su llegada aquí.

¿Cuál es exactamente la naturaleza de esa devoción, sus verdaderos motivos, y cuáles son sus obligaciones? Laura no puede determinarlo. Pasa parte de sus días en Xochimilco, muy cerca, enseñando a los niños indios a decir en inglés: «El gato está sobre el felpudo». Cuando aparece en el aula, se agolpan a su alrededor con sonrisas en sus sabios rostros inocentes de color arcilla, gritando: «¡Buenos días, maestra!» con voces inmaculadas, haciendo de su pupitre un fresco jardín de flores todos los días.

En su tiempo libre, acude a reuniones sindicales y escucha a personas muy destacadas y activas discutir sobre tácticas, métodos y política interior. Visita a los prisioneros de su misma fe política en sus celdas, donde se entretienen contando cucarachas, arrepintiéndose de sus indiscreciones,

escribiendo sus memorias, redactando manifiestos y planes para sus camaradas que todavía caminan en libertad, con las manos en los bolsillos y oliendo el aire puro. Laura les lleva comida, cigarrillos y un poco de dinero, y transmite mensajes, disimulados en frases equívocas, de los hombres que están fuera y que no se atreven a poner un pie en la prisión por miedo a desaparecer en las celdas que dejan vacías para ellos. Si los prisioneros confunden el día con la noche y se quejan —«Querida Laurita, el tiempo no pasa en este agujero infernal y si no tengo algo que me lo recuerde no sé cuándo es hora de dormir»—, ella les lleva sus narcóticos favoritos y les dice en un tono cuya piedad no los hiera: «Esta noche será verdaderamente de noche para ti» y, aunque su español les hace gracia, la encuentran consoladora y útil. Si pierden la paciencia y la fe, y maldicen la lentitud de sus amigos en ir a rescatarles sirviéndose de dinero e influencia, confían en que ella no se chive, y si pregunta: «¿Dónde crees que puedo encontrar dinero o influencia?», responden sin duda: «Bueno, ahí está Braggioni, ¿por qué no hace algo?».

Ella lleva de contrabando cartas del cuartel general a los hombres que se esconden de los pelotones de ejecución en callejas apartadas, en casas enmohecidas, donde se sientan en camas destartaladas y hablan con amargura como si todo México estuviera pisándoles los talones, cuando Laura sabe perfectamente que el domingo por la mañana podrían aparecer en el concierto de la banda en la Alameda y nadie repararía en ellos. Pero Braggioni dice: «Déjalos sudar un poco. La próxima vez tendrán cuidado. Supone un gran descanso tenerles apartados un tiempo». Ella no teme llamar a ninguna puerta en cualquier calle después de la medianoche, entrar en la oscuridad y decir a uno de esos hombres que está realmente en peligro: «Te buscarán, créeme, mañana por la mañana, después de las seis. Aquí tienes algún dinero de Vicente. Vete a Veracruz y espera».

Pide prestado dinero al agitador rumano para dárselo a su encarnizado enemigo, el agitador polaco. El territorio en disputa es el favor de Braggioni, quien mantiene el equilibrio a la perfección para poder sentirse así de los dos. El agitador polaco habla a Laura de amor sobre las mesas de los cafés, donde se citan, esperando hacer explotar lo que cree la secreta querencia de la joven por él, y le da información falsa, que le pide que repita como la solemne verdad a ciertas personas. El rumano es más hábil. Se muestra generoso con su dinero en todas las buenas causas y le miente con tal ingenuidad y candidez que parece ser su amigo y confidente. Ella nunca repite nada de lo

que le dicen. Braggioni nunca hace preguntas. Tiene otros medios para descubrir lo que desea saber sobre ellos.

Nadie la toca, pero todos alaban sus ojos grises y su suave y redondeado labio inferior que, aunque siempre mantiene serio y casi siempre esté firmemente cerrado, promete placeres y no comprenden por qué vive en México. Ella va de aquí para allá haciendo recados; sus cejas delatan su perplejidad, cargada con su carpeta de dibujos y partituras y trabajos escolares. Ningún bailarín baila mejor que camina Laura, e inspira algunos ardores divertidos e inesperados que apenas despiertan breves habladurías porque no terminan en nada. Durante un paseo a caballo cerca de Cuernavaca, un joven capitán que había sido soldado en el ejército de Zapata intentó expresarle su deseo con la noble simplicidad que corresponde a un rudo héroe popular, pero quería hacerlo con delicadeza, pues él era delicado. Precisamente le venció esa delicadeza suya, ya que cuando desmontó y sacó el pie de Laura del estribo para tratar de ayudarla a bajar tomándola entre sus brazos, el caballo, normalmente dócil, se espantó, se encabritó y echó a correr. El caballo del joven héroe corrió a ciegas tras su compañero de cuadra y el héroe no volvió al hotel hasta bien entrada la noche. Durante el desayuno, llegó a su mesa ataviado con el traje charro completo, chaqueta de ante gris y pantalones con largas hileras de botones de plata que recorrían toda la pierna, mostrándose alegre y despreocupado. «¿Puedo sentarme con usted?» y «Es usted una amazona maravillosa. Me aterrorizaba la posibilidad de que la tirara y la arrastrase. Nunca me lo habría perdonado. ¡Jamás dejaré de admirar su estupenda manera de montar!».

—Aprendí en Arizona —dijo Laura.

—Si vuelve a montar conmigo esta mañana, le prometo un caballo que no se espantará —dijo él.

Pero Laura recordó que debía regresar a Ciudad de México a mediodía.

A la mañana siguiente, los niños celebraron una fiesta y pasaron su tiempo libre escribiendo en la pizarra: «Queremos mucho a nuestra maestra», y con tizas de colores dibujaron guirnaldas de flores alrededor de las palabras. El joven héroe le escribió una carta: «Soy un hombre muy necio, atolondrado e impulsivo. Antes que nada debería haberle dicho que la amo, así usted no hubiese huido. Pero nos volveremos a ver». Laura pensó: «Debo enviarle una caja de lápices de colores», si bien trataba de perdonarse el haberle clavado las espuelas a su caballo en el peor momento.

Una noche un jovencito moreno de pelo revuelto llegó a su patio y cantó como alma en pena durante dos horas, pero Laura no sabía cómo quitárselo de

encima. La luna tendía un manto de gasa plateada sobre los claros del jardín y las sombras eran de color azul cobalto. Los capullos escarlata del árbol de Judas eran púrpura profundo… Los nombres de los colores se repetían mecánicamente en su mente mientras contemplaba no al muchacho, sino su sombra, caída como un ropaje oscuro sobre el borde de la fuente, arrastrándose en el agua. Lupe se le acercó en silencio y le susurró un sabio consejo en su oído: «Si le arroja una pequeña flor, cantará una o dos canciones más y se irá». Laura arrojó una flor y él cantó una última canción y se marchó con la flor metida en la cinta del sombrero. Lupe dijo: «Es uno de los organizadores del Sindicato de Tipógrafos, y antes de eso vendía corridos en el mercado de la Merced, y antes de eso llegó de Guanajuato, donde nací yo. No confío en ningún hombre, pero menos aún en los que vienen de Guanajuato».

No le dijo a Laura que él volvería a la noche siguiente y a la otra, ni que la seguiría a cierta distancia por el mercado de la Merced, por el Zócalo, por la avenida Francisco I Madero y a lo largo del paseo de la Reforma hasta el parque de Chapultepec y por el sendero de los Filósofos, luciendo todavía aquella flor marchita en su sombrero y una única fijación en sus ojos.

Laura ya se ha acostumbrado a él, lo cual no significa nada, salvo que el chico tiene diecinueve años y observa con toda propiedad una convención, como si estuviera fundada en una ley natural, que tarde o temprano podría resultar efectiva. Acaba de empezar a escribir poemas que imprime en una imprenta de madera y que deja clavados como pasquines en su puerta. Ella está agradablemente inquieta por la abstracta y parsimoniosa vigilancia de sus ojos negros que, en su momento, se volverán con facilidad hacia otro objetivo. Se dice a sí misma que arrojarle la flor fue un error, porque ella tiene veintidós años y sabe más de la vida, pero se niega a lamentarlo y se convence de que negarse a dejarse llevar por los factores externos tal como ocurren es una prueba de que está dominando la actitud estoica que se esfuerza por cultivar para evitar caer en ese desastre que tanto teme que no puede ni nombrarlo.

Apenas sabe defenderse en el mundo. Todos lo días enseña a niños que le siguen resultando extraños, por más que adore sus tiernas manitas redondas y su encantador y salvaje sentido de la oportunidad. Llama a puertas desconocidas sin saber si contestará una voz amiga o desconocida e incluso cuando de la áspera tiniebla de ese interior doméstico oculto emerge una cara familiar, no deja de ser para ella más que la cara de un extraño. No importa lo que ese extraño le diga, ni cuál sea el mensaje que ella le lleve: sus células

rechazan el conocimiento y la afinidad con una única monótona palabra. No. No. No. Saca sus fuerzas de esa única palabra mágica sagrada que le impide caer en el mal. Negando todo, puede ir a todas partes con tranquilidad y mirar todo sin sorpresas.

No, repite esa firme voz inmutable de su sangre, y ella mira a Braggioni sin sorpresa. Él es un gran hombre, desea impresionar a esta muchacha sencilla que cubre sus grandes pechos redondos con gruesa tela oscura y que esconde sus largas e inalcanzablemente hermosas piernas bajo una pesada falda. Salvo por la incomprensible plenitud de sus pechos, propios de una madre durante la lactancia, podría decirse que es una mujer delgada, y Braggioni, que se considera gran entendido en mujeres, vuelve a especular sobre el enigma de su desgraciadamente famosa virginidad y se toma la libertad de hablar sobre el tema sin que ella muestre ninguna señal de recato, en realidad no muestra nada, lo cual resulta desconcertante.

«¡Tú te crees muy fría, gringuita! Espera y verás. ¡Te sorprenderás algún día! ¡Ojalá esté yo allí para aconsejarte!».

La contempla con los ojos entornados y sus malhumorados iris de gato se agitan en dos miradas separadas hacia los dos puntos de luz que marcan los extremos opuestos de un sendero trazado con toda dulzura por entre las generosas curvas de sus pechos. No le desanima ese vestido de sarga azul ni su mirada fija y resuelta. Dispone de todo el tiempo del mundo. El viento del canto hincha sus mejillas. «Oh, muchacha de los ojos oscuros», canta, pero vuelve a considerarlo: «Tus ojos no son oscuros. Puedo cambiar todo eso. “Oh, muchacha de los ojos verdes, tú me has robado el corazón!”», y deja que su mente se pierda en la canción y Laura siente que toda su atención se desplaza hacia algún otro lugar. Cuando canta así, parece inofensivo, es completamente inofensivo: sentada con paciencia y sólo tiene que decir «No» cuando llega el momento. Ella suspira muy hondo y su mente se pierde también, pero no se aleja. No se atreve a ir muy lejos.

Braggioni no ha hecho el esfuerzo de ser un buen revolucionario y un amante profesional de la humanidad a cambio de nada. Nunca morirá por eso. Tiene la malicia, la inteligencia, la perversidad, la agudeza de juicio y la dureza de corazón; las condiciones necesarias para amar el mundo de manera provechosa. Nunca morirá por eso. Vivirá tanto como para verse echado a puntapiés del festín por otros hambrientos salvadores del mundo. A pesar de la vida que lleva que le conduce al derramamiento de sangre, le dice a Laura que debe cantar por tradición, porque su padre era un campesino toscano que emigró a Yucatán y se casó con una mujer maya, una mujer de raza, una

aristócrata. Ellos fueron quienes le transmitieron el amor y los conocimientos de música, y bajo el rasgueo de la uña de su pulgar, las cuerdas del instrumento se quejan como nervios al descubierto.

En otra época todas las muchachas y las mujeres casadas que iban tras él le llamaban Delgadito; era tan escuálido que se le marcaban los huesos bajo su fina ropa de algodón y se podía abrazar su delgadez hasta rodear la columna vertebral con sus dos manos. Entonces era un poeta y la revolución era solamente un sueño; demasiadas mujeres le amaban y mimaban su juventud, nunca calmaba su hambre en ninguna parte, ¡en ninguna parte! Ahora es un líder para muchos hombres, hombres taimados que murmuran en su oído, hombres hambrientos que esperan durante horas ante su despacho para cruzar sólo una palabra con él, hombres demacrados con rostros salvajes que le salen al paso en la puerta de la calle con un tímido: «Camarada, déjame decirte…», y le echan el fétido aliento de sus estómagos vacíos en la cara.

Siempre es comprensivo. Les da puñados de calderilla de su propio bolsillo y les promete trabajo; habrá manifestaciones, deben unirse a los sindicatos y asistir a las reuniones, sobre todo deben estar alerta por los espías. Están más cerca de él que sus propios hermanos, sin ellos no puede hacer nada… ¡Hasta mañana, camarada!

Hasta mañana. «Son estúpidos, son haraganes, son traicioneros, me cortarían el cuello por nada», le dice a Laura. Se alimenta muy bien y bebe en abundancia, alquila un automóvil y va al paseo los domingos por la mañana, disfruta de un plácido sueño en una cama mullida junto a una esposa que no se atreve a molestarle y se sienta mimando sus huesos con mullidas olas de grasa, cantándole a Laura, que conoce y piensa esas cosas sobre él. Cuando tenía quince años, intentó ahogarse porque amaba a una muchacha, su primer amor, y ella se rió de él. «Mil mujeres lo han pagado», y su boquita rígida se tuerce en sus comisuras. Ahora se perfuma el pelo con Jockey Club y le confiesa a Laura: «Cualquier mujer me vale en la oscuridad. Me gustan todas».

A su esposa, aunque organiza sindicatos entre las muchachas empleadas en las fábricas de cigarrillos, se suma a los piquetes y hasta habla en reuniones por la noche, no se le puede hacer comprender las ventajas de la verdadera libertad. «Le digo que debo tener mi libertad, así de claro. No entiende mi punto de vista». Laura ha oído eso muchas veces. Braggioni rasguea la guitarra y medita. «Ella es una mujer virtuosa por instinto, oro puro, de eso no hay duda. Si no fuera virtuosa, la encerraría, y ella lo sabe».

Su mujer, que trabaja duro para mejorar las condiciones de las muchachas empleadas en la fábrica, pasa parte de su tiempo libre tirada en el suelo lamentando que haya tantas mujeres en el mundo y un solo marido para ella, que nunca sabe dónde ni cuándo buscarle. Él le dijo: «Si no te limitas a llorar en mi ausencia, tendré que marcharme para siempre». Aquel día se marchó y alquiló una habitación en el hotel Madrid.

Y precisamente ese mes de separación por bien de los más altos principios es lo que ha afligido no sólo a la señora Braggioni, cuyo sentido de la realidad no admite crítica alguna, sino también a Laura, que se siente hundida en una pesadilla. Esta noche, Laura envidia a la señora Braggioni, que está sola y puede llorar cuanto quiera por un mal concreto. Laura acaba de volver de una visita a la prisión y está esperando el día siguiente con una ansiedad amarga, como si el mañana pudiera no llegar y el tiempo pudiera pararse justo en ese momento, ella inmovilizada, Braggioni cantando por siempre jamás y el cadáver de Eugenio por descubrir por la guardia.

Braggioni dice: «¿Te vas a dormir?». Casi antes de que ella pueda negar con la cabeza, empieza a hablarle de los disturbios que habrá el Primero de Mayo en Morelia, porque los católicos harán un festival en honor de la Virgen Bendita y los socialistas honran a sus mártires ese mismo día. «Habrá dos procesiones distintas, que partirán una de cada extremo de la ciudad y que marcharán hasta encontrarse, el resto depende…». Le pide que le engrase y le cargue las pistolas. Se levanta, se desabrocha la canana y la coloca sobre las rodillas de ella. Los cartuchos resbalan del paño empapado en aceite y él vuelve a decir que no entiende por qué trabaja tanto por el ideal revolucionario, a menos que esté enamorada de algún hombre que luche por alcanzarlo.

—¿No estás enamorada de alguien?

—No —dice Laura.

—¿Y nadie está enamorado de ti?

—No.

—Pues eso es por tu culpa. Ninguna mujer necesita pedir caridad. Además, ¿qué te pasa? Hasta la mendiga sin piernas de la alameda tiene un amante que le es fiel, ¿lo sabías?

Laura observa el cañón de la pistola y no dice nada, pero un largo y lento desfallecimiento crece y remite dentro de ella; Braggioni curva sus gruesos dedos sobre la garganta de la guitarra, modera delicadamente su música y, cuando vuelve a oírle, parece haberla olvidado y está hablando con la voz hipnótica que emplea cuando se dirige, en habitaciones pequeñas, a una

multitud atenta y apretada. Algún día este mundo, que parece tan sosegado y eterno, entre las orillas de todos los mares, no será más que una maraña de trincheras abiertas, de muros derrumbados y cuerpos despedazados. Todo debe ser arrancado de su lugar acostumbrado, donde ha estado pudriéndose durante siglos, arrojado hacia el cielo y distribuido, proyectado de nuevo tan limpio como la lluvia, sin distinción. Nada de lo que las endurecidas manos de la pobreza hayan creado para los ricos sobrevivirá, y no se dejará con vida a nadie, salvo los espíritus elegidos destinados a procrear un mundo nuevo, libre de crueldad e injusticia, regido por la benevolente anarquía.

—Las pistolas son buenas, me encantan, Los cañones son aún mejores, pero al final sólo confío en la buena dinamita —concluye, y acaricia la pistola que ella sostiene—. Una vez soñé que, en caso de que esta ciudad ofreciera resistencia al general Ortiz, la destruiría, pero cayó en sus manos como una pera madura.

Le desasosiegan sus propias palabras, se levanta y se queda esperando. Laura le tiende el cinturón.

—Póntelo y ve a matar a quien sea en Morelia, y serás más feliz —dice con suavidad. La presencia de la muerte en la habitación la hace audaz—. Hoy he encontrado a Eugenio totalmente ido. No quiso que llamara al médico de la prisión. Había tomado todas las pastillas que le llevé ayer. Dijo que las tomó porque estaba aburrido.

—Es tonto y su muerte es cosa suya —dice Braggioni, abrochándose el cinturón cuidadosamente.

—Le dije que si hubiese esperado sólo un poco más, tú habrías conseguido liberarle —dice Laura—. Dijo que no quería esperar.

—Es tonto y es estupendo quitárselo de encima —dice Braggioni, cogiendo su sombrero.

Se marcha. Laura sabe que su humor ha cambiado, no volverá a verle durante un tiempo. Le mandará decir algo cuando la necesite para hacer recados en calles desconocidas, hablar con los extraños rostros que aparecerán, como máscaras de arcilla con la capacidad humana del habla, murmurando su agradecimiento a Braggioni por su ayuda. Ahora que ella es libre, piensa: «Debo huir antes de que pase esta oportunidad», pero no se va.

Braggioni entra en su propia casa donde durante un mes su mujer ha pasado muchas horas llorando todas las noches y enredándose el cabello sobre la almohada. Ahora está llorando y llora todavía más al verle a él, la causa de todas sus penas. Él echa una mirada a la habitación. Nada ha cambiado: los

olores son agradables y familiares, conoce bien a la mujer que se le aproxima sin más reproche que la pena en el rostro.

—Eres tan buena, por favor, no llores más, querida criatura —le dice Braggioni con ternura.

—¿Estás cansado, ángel mío? Siéntate aquí y te lavaré los pies —contesta ella.

Lleva un bol de agua y, arrodillada, desata los cordones de sus zapatos y, cuando desde el suelo alza sus ojos tristes bajo sus pestañas ennegrecidas, él lo lamenta todo y estalla en lágrimas.

—¡Ah, sí, tengo hambre, estoy cansado, comamos algo juntos! —dice entre sollozos.

Su mujer reclina la cabeza en su brazo y dice:

—¡Perdóname! —Y esta vez él se refresca en la solemne e interminable lluvia de las lágrimas de ella.

Laura se quita el vestido de sarga, se pone un camisón de lino blanco y se va a la cama. Vuelve la cabeza ligeramente hacia un lado y, yaciendo inmóvil, se acuerda de que es hora de dormir. Los números golpean en su cerebro como pequeños relojes, puertas silenciosas se cierran solas a su alrededor. Si duermes, no debes recordar nada; los niños dirán mañana buenos días, maestra; los pobres prisioneros todos los días llevan flores a su carcelera. 1-2-3-4-5… es monstruoso confundir amor con revolución, noche con día, vida con muerte. ¡Ah, Eugenio!

La campanada de la medianoche es una señal, pero ¿qué significa? Levántate, Laura, y sígueme; sal de tu sueño, de tu cama, de esta casa extraña. ¿Qué estás haciendo en esta casa? Sin una palabra, sin miedo, se levantó y buscó la mano de Eugenio, pero él la eludió con una cínica y taimada sonrisa y se alejó. Hay mucho más, ya verás. Asesina, dijo, sígueme, te mostraré un país nuevo, pero está lejos y debemos apresurarnos. No, dijo Laura, no, a menos que tomes mi mano, y se cogió primero de la baranda de la escalera, luego de la más alta rama del árbol de Judas, que se inclinó lentamente y la depositó en tierra, después a la saliente rocosa de un acantilado y luego a la mellada ola de un mar que no era agua sino un desierto de piedras desmenuzadas. Adónde me llevas, preguntó maravillada pero sin miedo. A la muerte, hay un largo camino y debemos apresurarnos, dijo Eugenio. No, contestó Laura, no, a menos que tomes mi mano. Entonces come estas flores, pobre prisionera, dijo Eugenio con voz piadosa, toma y come, y del árbol de Judas arrancó las cálidas flores sangrantes y se las acercó a los labios. Ella vio que su mano estaba descarnada, que era un haz de pequeñas ramas blancas

petrificadas, y que en las cuencas de sus ojos no había luz, pero comió las flores con avidez porque colmaban tanto el hambre como la sed. ¡Asesina!, dijo Eugenio, ¡caníbal! Este es mi cuerpo y mi sangre. Laura gritó ¡No! Y, con el sonido de su propia voz, despertó temblando y tuvo miedo de volver a dormirse.

El espejo agrietado

Dennis oyó a Rosaleen hablando en la cocina y una voz de hombre respondiéndole. Se sentó con las manos entre las rodillas y pensó por centésima vez que, en ocasiones, la voz de Rosaleen le hacía muy buena compañía, pero otros días deseaba que no fuera tan parlanchina. Poco a poco, los años van acabando con un hombre; en este mundo no tenía sentido alguno repetir las mismas cosas continuamente. Incluso pensar lo mismo llegaba a ser agotador al cabo de un tiempo. Pero como siempre, Rosaleen rebosaba de conversación. Si no hablaba con él, lo hacía con cualquiera que pasara y se detuviese un minuto, y si no se detenía nadie, hablaba con los gatos o consigo misma. Si Dennis se acercaba, se limitaba a alzar la voz y seguir con lo que estuviese diciendo, de modo que no era raro que gritara de pronto: «Fuera de ahí ahora mismo… ¿Cuántas veces tengo que deciros que no os acerquéis a la mesa?». Y los gatos se dispersaban en todas direcciones con aire culpable. «Eso basta para que un hombre pierda los estribos», se quejaba Dennis. «No te lo he dicho a ti, querido», decía Rosaleen, como si así lo arreglara todo. Si él no se marchaba enseguida, comenzaba a contarle otra historia. Pero ese día no había dejado de ahuyentarlo y no le había dicho ni una sola palabra amable, así que Dennis, en el exilio, sintió que todo y todos eran allí bienvenidos, salvo él. Por vigésima vez se acercó de puntillas y escuchó por el agujero de la cerradura del salón.

Rosaleen decía: «Tal vez sus patas delanteras puedan parecer un poco rollizas para un gato vivo, pero en el cuadro no importa mucho. Le dije a Kevin: “Jamás pintarás ese gato con vida”, pero lo hizo, con pintura de pared mezclada en un platillo y un pincel pequeño para poder pintar líneas finas en todas partes. Sus patas tienen ese aspecto porque quise que lo retratara sobre

la mesa, pero no pasó así: estuvo sobre mi regazo todo el tiempo. Era una maravilla con los ratones, un cazador nato que no los dejaba en paz de la mañana a la noche…».

Dennis se sentó en el sofá del salón y pensó: «Ya estamos. Vuelve a hablar de eso». Se preguntó quién sería aquel hombre, cuya voz le resultaba desconocida, pero que sin duda era un firme y dispuesto charlatán que parecía estar tratando de vender algo.

—Es un bonito cuadro, señora O'Toole —expresó la voz—. ¿Quién ha dicho usted que era el autor?

—Un muchacho llamado Kevin, como un hermano para mí, que se marchó para hacer fortuna —contestó Rosaleen—. De oficio pintor de brocha gorda.

—¡La viva imagen de un gato! —rugió la voz.

—Así es —dijo Rosaleen—. El gato Billy vivo. La gata Nelly, aquí, es su hermana, y el gato Jimmy y la gata Annie y el gato Mickey son sobrinos y sobrinas, todos son muy parecidos. Fue de lo más raro lo que le sucedió al gato Billy, señor Pendleton. Tan atareado cazando, que algunas veces no venía a cenar hasta después del anochecer, y entonces, una noche, no apareció, ni tampoco al día siguiente ni al otro y yo no podía dejar de pensar en él, no podía pegar ojo. Entonces, a medianoche del tercer día, me fui a dormir y el gato Billy entró en mi habitación y saltó sobre mi almohada y dijo: «Pasado el campo del norte hay un arce con una gran cicatriz cuya rama fue arrancada por la tormenta. Cerca hay una piedra chata, allí me encontrarás. He caído en una trampa. No era para mí, pero me atrapó igual. Y ahora tranquilízate, porque todo ha terminado». Luego se marchó, mirándome por encima del lomo como un ser humano; desperté a Dennis y se lo conté. Tan seguro como que estamos vivos, señor Pendleton, le digo que esto es verdad. Entonces Dennis fue hasta más allá del campo del norte, lo trajo a casa, lo enterramos en el jardín y lloramos por él.

Su voz se quebró y bajó de tono y Dennis se estremeció temiendo que fuese a estallar en lágrimas delante de ese forastero.

—Por el amor de Dios, señora O'Toole —dijo aquel bocazas—. No se puede superar algo así, ¿verdad? ¡Es la cosa más extraordinaria que he oído jamás!

Dennis se levantó con un pequeño crujido y rodeó la casa por el lado este, justo a tiempo para ver a un hombre gordo con una cara roja fofa subiendo a un viejo coche herrumbroso con un rótulo pintado en la portezuela.

—Siempre con tus cosas —comentó, asomando la cabeza en la puerta de la cocina—. ¡Siempre contando cuentos increíbles!

—Bueno —dijo Rosaleen, sin la menor vergüenza—, quería un cuento y le conté uno muy bueno. Es mi sangre irlandesa.

—Siempre exagerando las cosas —dijo Dennis—. Eso es lo que haces: exagerar las cosas.

Rosaleen se volvió, un tanto inquieta.

—¡Fuera de aquí! —gritó, y los gatos no movieron un pelo del bigote—. ¡La cocina no es lugar para un hombre! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Bueno, dame el sombrero, ¿quieres? —dijo Dennis, porque su sombrero colgaba de un clavo sobre el calendario y allí había estado, al alcance de la mano, desde que vivían en la granja.

Pocos minutos más tarde quiso su pipa, que estaba sobre la repisa de la lámpara, donde siempre la dejaba. A continuación necesitó con urgencia sus botas, aunque no las había visto en un mes. Por último, se le ocurrió decir algo y abrió la puerta unos centímetros.

—¿Dónde he estado sentado sin que me molestaran durante los últimos diez años? —preguntó, mirando su sillón con el cojín recién mullido, junto a la gran mesa—. ¿Y hoy no hay lugar para mí?

—Si gruñes, lo lamentarás —dijo Rosaleen alegremente—. Y ahora, ¡vete antes de que te lance algo!

Dennis dejó el sombrero sobre la mesa del salón y las botas debajo del sofá, y se sentó en los escalones de la entrada, donde encendió su pipa. Pronto refrescaría, y pensó que debería haber cogido su vieja chaqueta de piel que colgaba del gancho de la puerta de la cocina. ¿Qué se proponía Rosaleen? Definitivamente, Rosaleen desmerecía a menudo a los irlandeses al atribuirles sus propios defectos. Ser irlandés, pensó, era ser como él: un hombre sobrio, práctico, reflexivo y amante de la verdad. Rosaleen no podía entenderlo. «¡Es que tu cabeza es de piedra!», le había dicho ella una vez, fingiendo bromear, pero hablando en serio. Nunca le había valorado, esa era la verdad. Como tampoco le había valorado su primera mujer. Les diera lo que les diese, siempre querían algo más. Cuando era joven y pobre, su primera mujer quería dinero. Y cuando era un hombre formal con dinero en el banco, su segunda mujer quería un hombre joven lleno de vida. «Todas nacen ingratas, de un modo u otro», concluyó, y acto seguido se sintió mejor, como si al fin tuviera algo sólido en que apoyarse. En septiembre, un hombre puede esperar su muerte sentado en escalones como aquellos, ¡y qué poco le importaba a ella!

Apretó los dientes y sintió que ya no encajaban bien y que sus pies y sus manos parecían atados a él con cuerdas.

Por entonces, Rosaleen no parecía haber envejecido ni siquiera un año. Se diría que lo hacía para mortificarle, pero no era rencorosa. Tenía que admitirlo. Aun asi, ella no podía olvidar que su niñez en Irlanda había sido felicísima y siempre contaba y repetía hasta la saciedad anécdotas de entonces. Tenía mucho más presente la juventud de Rosaleen que la suya. No recordaba por orden las cosas que le habían ido sucediendo. Su pasado yacía como una gran masa informe dentro de él; allí estaba, lo conocía en conjunto cuando trataba de evocarlo, como quien despacha un arcón cuyo contenido conoce sin molestarse en nombrar ni en contar los objetos que contiene. En suma, la vida no había sido fácil para aquel ser llamado Dennis O'Toole, en Bristol, Inglaterra, donde se crió y donde trabajó antes de estar preparado en los primeros empleos que pudo encontrar. Su esposa inglesa no le había perdonado nunca el haberla desarraigado para llevarla a Nueva York, donde vivían sus hermanos y hermanas y donde podría encontrar un empleo mejor. De alguna manera los interminables años en que había sido camarero primero y luego jefe de camareros en un hotel de Nueva York, se habían grabado en su mente. No se trataba del mejor de los hoteles, desde luego, pero aun así él era jefe de camareros y eso representaba bastante dinero, el suficiente para comprar esa granja en Connecticut y tener unos ingresos limitados pero constantes, así que… ¿qué más podía pedir Rosaleen?

No sintió la muerte de su primera esposa, a los pocos años de salir de Inglaterra, porque nunca se habían querido, y en aquel momento le parecía que, aun antes de que ella muriera, se había hecho el firme propósito de no volver a casarse nunca si ella moría. Se mantuvo firme hasta que, a punto de cumplir cincuenta años, conoció a Rosaleen en un baile, en el salón County Sligo de la calle Ochenta y seis Este. Era una muchacha alta, corpulenta y sonrosada, excelente bailarina, muy disputada por los hombres. Le concedió un baile y le rechazó durante dos años. Decía que no tenía nada en contra de él, excepto que procedía de Bristol, pues ya se sabía que los irlandeses que vivían fuera de su país no eran gente de fiar. No podía decir por qué, simplemente esa era la fama que tenían, peor que la de los dublineses. Aunque fuese el último hombre que quedase sobre la tierra ninguna muchacha decente de Sligo se casaría con un dublinés. Dennis no estaba de acuerdo, jamás había oído nada semejante contra los dublineses; pensaba que una pueblerina aprovecharía la oportunidad de casarse con cualquier hombre de la ciudad. Rosaleen dijo: «Tal vez», pero ya vería él si se casaba o no con un

irlandés de Bristol. Trabajaba como criada en la casa de una mujer rica, un verdadero demonio donde los haya, decía Rosa leen; al principio Dennis se había sentido inquieto: temía que una muchacha joven necesitada de trabajar tanto quisiera casarse con un hombre mayor sólo por su dinero, pero antes de que pasaran dos años ya se había olvidado de ese temor.

Cuando Dennis empezó a desear, alguna que otra vez, habérsela cedido a uno de aquellos muchachos de fuertes brazos, no hacía mucho que estaban casados, pero le había cogido cariño; era una muchacha excelente y, cuando su pasión se fue enfriando, supo que había hecho lo mejor, si bien habría preferido que hubiese sido Rosaleen la mujer con la que se había casado por primera vez en Bristol, pues así convivirían como dos personas de casi la misma edad. Treinta años eran demasiada diferencia, pero nunca le decía nada semejante. Un hombre debe guardarse algo para sí. Golpeó su pipa contra el felpudo y sintió una verdadera necesidad de ir a la cocina a buscar un limpiapipas para completar su labor.

—Entra, eres bienvenido —dijo Rosaleen.

Él se detuvo, mirando a su alrededor y preguntándose qué había estado haciendo. Ella le previno:

—Me voy a ordeñar, y mantente aparte. La vaca, ¡pobre criatura!, muy pronto estará saltando los muretes de piedra en busca de manzanas, corriendo libre por los campos y bramando, y todo por otro ternero, ¡pobre engañada!

—No veo qué engaño hay en eso —dijo Dennis.

—Oh, ¿no lo sabes? —dijo Rosaleen, y recogió sus cubos para la leche.

La cocina era cálida y Dennis se sintió de nuevo en casa. Había agua al fuego para el té, los gatos yacían acurrucados o estirados, a su gusto, y Dennis se sentó, con una sonrisa profunda para limpiar su pipa. En el establo, Rosaleen se levantó la falda de guinga color púrpura y se sentó con la frente apoyada en el costado cálido y sereno de la vaca, para ordeñar dos espesos chorros de leche en el cubo. «Esto no es vida, no es vida. Un hombre de su edad no es consuelo para una mujer», le dijo a la vaca, y continuó murmurando bajito quejándose de la vida que llevaba.

Algunas veces deseaba no haber ido nunca a Connecticut, donde sólo había rusos, polacos e italianos con quienes conversar y, la verdad, no eran mejores que los protestantes negros. Y los nativos eran aún peores. Le asaltó una escena protagonizada por sus vecinos de lo alto de la colina: una mujer de aspecto famélico con un vestido gris oscuro, un hombre amargado con los párpados enrojecidos y su hijo bobo. Los domingos pasaban arrastrando sus tristes zapatos viejos hacia el templo cuáquero, pero ahí terminaba su

religiosidad, pensó Rosaleen con desdén. Durante la semana golpeaban al pobre niño y a los animales y reñían entre ellos. Ni un día de fiesta, ni un poco de color en sus ropas, ni un gesto cristiano para alma viviente alguna. «Cometen pecado mortal todos los días», dijo Rosaleen. Pero era Dennis, que envejecía, lo que le rompía el corazón. ¡Y eso que en su vida había visto tal cantidad de pelo en la cabeza de ningún hombre! Un hombre imponente, ¡oh, qué hombre tan imponente era Dennis en aquella época! Evocó la imagen de Dennis con su traje negro y sus guantes blancos, un hombre muy entendido que era capaz de decir a los ricachones lo que debían pedir para comer bien, tan caballero con su rígida pechera blanca, que por una parte dirigía a los camareros y por la otra a los clientes, y que así ganaba mucho dinero. Y ahora. No, no podía creer que ese hombre fuera Dennis. ¿Dónde estaba Dennis? ¿Y dónde estaba Kevin? Ahora lamentaba haber lastimado a Kevin hablándole de su chica. Había sido en broma, sin duda no tenía intención de hacerle daño. Era extraño no poder abrir el corazón a un buen amigo. Un día en que irrumpió como un trueno, Kevin le había mostrado el retrato de su novia cuando Rosaleen ni siquiera sabía de su existencia. Trabajaba como camarera en Nueva York y, si alguna vez Rosaleen había cargado las tintas hablando de la típica lagarta negrita descarada, esa de la que se burlan los muchachos cuando se sienten como en casa, esas que se marchan a Nueva York y van por el mal camino, era aquella.

—Dime que nunca irás en serio con ella, ¿verdad? —Rosaleen había gritado y las lágrimas le llenaban los ojos.

—¿Y por qué no? —preguntó Kevin, con el mentón cerrado como una caja—. Nos lo hemos pasado en grande durante tres años. Quien diga una palabra contra ella me está ofendiendo.

Y aunque no estaban exactamente riñendo, la conversación desde luego, no parecía nada amistosa y Kevin la concluyó metiéndose la fotografía en el bolsillo y diciendo:

—No hablemos más del asunto. ¡He cometido un inmenso error contándotelo!

Aquella noche había hecho su equipaje antes de irse a dormir, pero bajó y se sentó con ellos en los escalones un momento; ellos prefirieron no decir nada, como si nada hubiera sucedido.

—Un hombre debe hacer algo con su vida —explicó Kevin—. Siempre hay cosas por hacer en algún lugar del mundo, y yo me marcho a Nueva York o tal vez a Boston.

—Escríbeme una carta —dijo Rosaleen—, no lo olvides, estaré esperando.

—Te escribiré en cuanto sepa dónde me instalaré —le prometió él.

Se habían separado con falsas sonrisas abiertas en sus rostros, caminando abrazados hasta la verja. Más tarde llegó una postal de Nueva York, del edificio Woolworth, con una sola frase: «Este es mi hotel, Kevin». Y ni una palabra más en cinco años. ¡El muy desgraciado, el muy tonto! En cuanto desapareció calle abajo con su maleta al hombro, Rosaleen regresó a casa y se miró en el espejo cuadrado que tenía colgado junto a la ventana de la cocina. Una grieta que cruzaba la luna hacía una onda en el cristal y era como contemplarse la cara en el agua. «Dios no me ve así —dijo, volviendo a colgar el espejo en el clavo—. Si fuese así, no debería sorprenderme de que se haya marchado. Pero no soy así». Estaba profundamente convencida de que él no sacaría nada bueno de corretear tras aquella muchacha tan vulgar, pero seguramente pronto se daría cuenta de cómo era ella y regresara, porque Kevin no era tonto. Esperó anhelando que Kevin retornara y confesara que ella había tenido razón y dijera: «Lamento haber herido tus sentimientos por alguien que ni siquiera es digno de mirarte». Pero ya habían pasado cinco años. Cubrió con un tapete de ganchillo el marco del cuadro del gato Billy y lo puso sobre la pequeña mesa de la cocina; a veces le daba una excusa para volver a mencionar el nombre de Kevin, aunque a Dennis le sonara como un estallido en los tímpanos. «No me hables de él —dijo Dennis más de una vez —. Debería habernos escrito algo. Es de una ingratitud insoportable». Se preguntó qué haría entonces con Dennis y suspiró profundamente contra el lomo de la vaca. Ser esposa no consistía en envolver a un hombre en algodones como un bebé y ponerle bolsas de agua caliente. Se levantó suspirando y dio un puntapié al taburete. «Ya está», le dijo a la vaca.

No pudo evitar sentirse de pronto feliz a la vista de la lámpara y del fuego que hacían todo tan acogedor. El olor de la vainilla le recordó el perfume. Puso un mantel de flecos blancos en la mesa, mientras Dennis colaba la leche.

—Bien, Dennis, hoy es un gran día y por eso celebramos una fiesta.

—¿Es el día de Todos los Santos? —preguntó Dennis, que nunca miraba el calendario—. ¿Qué más da un día que otro?

—No —dijo Rosaleen—, ahora acerca tu silla.

Dennis se arriesgó diciendo que quizá fuese Navidad, pero Rosaleen le dijo que era un día aún mejor que Navidad.

—No se me ocurre qué día puede ser hoy —exclamó Dennis, mirando al brillante ganso asado—. Que yo sepa no es el cumpleaños de nadie.

Rosaleen levantó la tarta, que semejaba un montículo de nieve recién caída, floreciente de velas.

—Cuenta las velas y sabrás qué día es hoy —le urgió.

Dennis las contó señalando con el índice.

—Así que es eso, Rosaleen, es eso.

Luego intercambiaron algunas palabras. Se le había ido de la cabeza por completo. Rosaleen quiso saber cuándo no se le habían ido las cosas de la cabeza. Si dependieran de su memoria, no habrían celebrado nunca su boda.

—No es cierto —dijo Dennis—. Recuerdo muy bien que me casé contigo. Es la fecha lo que se me escapa.

—Podrías pasar por inglés —dijo Rosaleen—. Un perfecto inglés.

Miró el reloj y le recordó que la boda se había celebrado hacía veinticinco años, por la mañana a las diez, y que por la noche, a esa misma hora, se habían sentado juntos para disfrutar de su primera cena de casados. Dennis pensó que tal vez el haber aconsejado a los clientes qué comer y después verlos comiendo le había quitado el gusto por la comida.

—Tú sabes que no debo comer tarta —dijo—. Me sienta mal.

Rosaleen estaba segura de que su pastel no podía sentarle mal ni a un un bebé. Dennis sabía bien que cualquier clase de dulce le caía como una piedra. Mientras discutían, dieron buena cuenta del ganso, tan bien cocinado que se deshacía en la boca, y terminaron comiendo grandes trozos de tarta y bebiendo litros de té; Dennis tuvo que admitir que hacía años que no se sentía tan bien. La miró, sentada al otro lado de la mesa, y pensó que era una mujer muy guapa; volvió a reparar en su cabello rojo, en sus pestañas claras, en sus robustos brazos y en sus fuertes y grandes dientes, y se preguntó qué pensaría de él desde que ya no le servía como hombre. Así era, todo había terminado hacía años. A veces se sentía culpable ante Rosaleen, que no siempre comprendía que llega un momento en que un hombre está acabado y no hay nada que hacer al respecto. Rosaleen sirvió dos copitas de licor de cereza casero.

—Me siento la encarnación del baile esta noche, Dennis —le dijo—. ¿Recuerdas cuando nos conocimos en el salón de Sligo, cuando tocaba la banda?

Sirvió de nuevo licor para ambos y se inclinó sobre él con los ojos brillantes, como si le estuviera diciendo algo que nunca hubiese escuchado.

—Recuerdo a un muchacho en Irlanda que era un gran bailarín, el mejor, y estaba loco por mí y yo era un demonio con él. ¿Qué es lo que hace a una muchacha ser así, Dennis? También era una buena pareja de baile, a todas las muchachas les encantaba coquetear con él, pero a mí no. Me dijo mil veces: «Rosaleen, ¿por qué no bailas conmigo sólo una vez?». Y yo le contestaba: «Ya bailas mucho, no necesitas que yo pierda el tiempo». Y así pasó todo el verano sin que él bailara con nadie y todo el mundo le hacía la vida imposible, hasta que por fin bailé con él. Luego regresó a casa andando conmigo y con una verdadera multitud. El cielo estaba henchido de estrellas y los perros ladraban a lo lejos. Entonces le prometí seguir viéndole, pero en cuanto pronuncié esa promesa, ya me había arrepentido de hacerla. Yo era así. Solíamos pasarnos el día entero preparándonos para los bailes, lavándonos y rizándonos el pelo y probándonos y arreglándonos vestidos, riéndonos de los muchachos e inventándonos cosas para decirles. Cuando mi hermana Honora se casó, me confundieron con la novia, Dennis, con mi vestido blanco con volantes hasta los talones y mi pelo con una guirnalda. Así que todo el mundo bebió a mi salud, por la bella del baile, y se dijo que seguramente sería la próxima novia. Honora me dijo que ahorrara rubores o no me quedaría ninguno para lucir en mi boda. Siempre me ha envidiado, Dennis, me envidia hasta hoy día, tú lo sabes.

—Tal vez —respondió Dennis.

—Quizá no en este tema —rectificó Rosaleen—, pero de pequeñas nos divertimos mucho. Recuerdo la época en que mi bisabuelo tenía noventa años y estaba en su lecho de muerte. Nos turnábamos para cuidarle durante la noche…

—Y tardó en morir —dijo Dennis, para mostrar su interés. Tenía tanto sueño que a duras penas mantenía la cabeza erguida.

—Así es —dijo Rosaleen—. Por eso aquella noche Honora y yo estábamos pendientes y bostezábamos hasta que el corazón se nos salía por la boca, porque se había celebrado un gran baile la noche anterior. Nuestra madre nos dijo: «Tocadle los pies de vez en cuando y, en el momento en que los notéis fríos, sabréis que está cerca del final. No puede pasar de esta noche —añadió—, pero estad cerca de él». Y allí estábamos, bebiendo té y riendo muy quedo para mantenernos despiertas, mientras el viejo yacía con la barbilla apoyada en el edredón. «Espera un minuto —dijo Honora, y le tocó los pies—. Se están enfriando», y siguió contándome lo que le había dicho a Shane en el baile, que estaba celoso de Terence y le preguntó si podía confiar en ella cuando no la tenía a la vista. Y Honora le dijo a Shane: «No, no

puedes», y, oh, él rugió, loco de cólera. Entonces Honora se cubrió la boca con un puño para sofocar la risa. Yo toqué los pies y las piernas de nuestro bisabuelo y estaban frías como arcilla hasta las rodillas, así que dije: «Quizá sea mejor llamar a alguien», pero Honora contestó: «Oh, todavía le falta para enfriarse». Así que nos servimos té, comenzamos a peinarnos y cepillarnos el pelo una a la otra y nos pusimos a susurrar nuestros secretos y a reír más. Luego Honora puso la mano bajo el edredón y dijo: «Rosaleen, su estómago está frío, ya debe de estar muerto». Entonces el bisabuelo abrió un ojo lleno de rabia y dijo: «Nada de eso, ¡y marchaos al infierno!». Soltamos un gran grito, y cuando todos aparecieron volando Honora exclamó: «¡Oh, está muerto y seguramente se ha ido ya, Dios le acoja en su seno!». Y créeme que así fue. Acababa de irse. Y mientras las viejas lo lavaban, Honora y yo nos sentamos, riendo y llorando al mismo tiempo… y fue justo seis meses más tarde cuando el bisabuelo me visitó en sueños, como te he contado tantas veces, y todavía nos perseguía a Honora y a mí por reír cuando velábamos. «Me muero de ganas de azotaros hasta el último segundo de vuestras vidas —me dijo—, pero en este momento estoy lamentándome en el Purgatorio debido a las últimas palabras que os dije. Id y haced que celebren una misa más por el descanso de mi alma porque estoy aquí por vuestra mala conducta —me dijo—, id ahora mismo. ¡Y maldita seas!».

—Y tú despertaste sudando —dijo Dennis— y fuiste a misa antes del alba.

Rosaleen asintió con un gesto.

—Ah, Dennis, si hubiera entregado mi corazón a aquel muchacho, no habría tenido que dejar Irlanda. Y cuando pienso cómo terminó todo con él. Conmigo tan lejos y el chico con un golpe en la cabeza y abandonado en una zanja.

—Eso lo has soñado —dijo Dennis.

—Sí, lo soñé, pero seguramente fue así. Cuando lloraba y lloraba por él… —Rosaleen estaba orgullosa de su llanto—, no sabía lo afortunada que sería aquí.

Dennis no lograba imaginar a qué fortuna se refería.

—Déjalo correr, pues —dijo Rosaleen. Volvió a acercarse a los estantes del rincón—. El hombre que ha venido hoy vendía pipas —afirmó— y le compré la mejor que tenía.

Era una pipa tallada que imitaba la espuma del mar, con un león melenudo acechando desde la selva, tan grande como el puño de un hombre.

—Debe de haberte costado un buen dinero —dijo Dennis.

—Eso no te importa —dijo Rosaleen—. Yo quería regalarte una pipa.

—El tallado es excelente, me pregunto si tirará bien —dijo Dennis.

La llenó, la encendió y, como estaba cansado de sostenerla, dijo que una pipa nueva no tenía mucho sabor.

—Es idéntica a una que tuvo mi padre —le dijo Rosaleen para alentarlo —. Y enseguida dio un sabor que tumbaba, decía él. Así que llegará a ser una buena pipa.

«Y yo descansaré en mi tumba —pensó Dennis con amargura— y ella encontrará algún hombre capaz de hacerla callar».

Cuando se acostaron, Rosaleen atrajo la cabeza de él sobre su hombro.

—Dennis, si me pongo a recordar lo felices que fuimos el día de nuestra boda me echo a llorar por cualquier cosa.

—Por la forma en que te comportaste —dijo Dennis, con la lengua de pronto muy suelta por el licor—, suponía todo lo contrario.

—Duérmete —dijo Rosaleen afectadamente—. Ese no es modo de hablar.

La cabeza de Dennis cayó como un saco de arena sobre la almohada. Rosaleen no podía dormir y yacía pensando en el matrimonio, no en el suyo, pues en cuanto una persona se ha comprometido de por vida, no hay nada más que pensar al respecto, sino en todas las otras clases de matrimonios, en los infelices: en aquellos en que el marido bebe, no quiere trabajar o maltrata a su esposa y a los hijos; en aquellos en que la mujer abandona el hogar, malcría a los niños o los descuida o se convierte en una auténtica ramera y coquetea con otros hombres; en aquellos en que el marido es demasiado joven para su esposa, y él se siente estafado y corre detrás de otras mujeres hasta caer en desgracia, o en aquellos en que ella es una muchacha joven y él un viejo, de manera que por más que él sea rico, ella se siente de algún modo decepcionada. Si Dennis no hubiera sido tan buen hombre, Dios sabe qué podría haber sucedido. Ella tenía suerte. Se le partía el corazón sólo de pensarlo. Le invadió la melancolía y habría deseado caminar por la habitación con la cabeza entre las manos y recordar todas las desdichas del mundo. Sólo había sufrido desastres, repetidos desastres, y por mucho tiempo que hubiera pasado, no se había sobrepuesto a ellos. Una vez se había dejado besar por el hombre que menos le convenía y había estado tan a punto de meterse en un buen lío que todavía su corazón se detenía cuando pensaba en lo cerca que había estado de ser una muchacha de mala reputación. Tampoco olvidaba el asunto del gato Billy, cuyo buen corazón y su penosa muerte se mezclaban con tantos otros recuerdos tristes: su padre, borracho, cayó derribado por un

caballo desbocado; una vez tuvo que ponerse medias zurcidas para ir a un gran baile porque la furtiva Honora le había robado las únicas medias buenas que tenía por aquel entonces…

En vez de aquel, que murió a los dos días, hubiese deseado tener una docena de niños. Aquel niño medio olvidado revivió de pronto en ella y comenzó a llorar por él con la misma violencia con que se despidió de él; ahora sería un hombre guapo y la alegría de su corazón. Esa imagen flotó ante sus ojos, clara como el día, y se convirtió en Kevin, pintando el establo y el chiquero con todos los colores del arco iris y moviendo el pincel en sus manos como se balancea una campana. Trabajaría como un loco durante días y luego pasaría mucho tiempo tumbado bajo los árboles holgazaneando como un vagabundo. ¡Aquel queridísimo muchacho se parecía tanto a su hijo! Trabajar como pintor de brocha gorda es una buena manera de ganarse la vida, pero no podía soportar la idea de que viviese en cualquier parte con los paganos rusos, polacos e italianos, con sus destilerías de licor y su extravagante jerga. Se lo dijo muchas veces a Kevin.

—No es la manera de vivir propia de un cristiano y tú eres un buen muchacho de Sligo.

Entonces Kevin empezó a bromear como cualquier otro muchacho de Sligo.

—Yo me decía: esta es una mujer del condado de Mayo, si es que alguna vez he puesto la vista en alguna.

—Cuida tu lengua —dijo Rosaleen con la suavidad de una paloma—. ¡Como si no supieras que estás hablando con una mujer de Sligo!

—¿Sí? —dijo Kevin con gran asombro—. Bien, me alegro del error. La personas de Mayo me resultan demasiado orgullosas.

—A mí también —dijo Rosaleen—. Se llevan el mundo por delante y no se desaniman con nada.

—Así es —dijo Kevin—, pero las personas de Sligo también tienen derecho a ser orgullosas.

—Y tú tienes derecho a vivir en una buena casa irlandesa —dijo Rosaleen—, así que será mejor que te vengas con nosotros.

—Estaré tan orgulloso de ello como si fuera de Mayo —dijo Kevin, y siguió pintando el portal del frente de la casa de Rosaleen.

Se quedaron sonriéndose, sintiendo que se llevaban muy bien y que ya era hora de pensar en cómo ofrecer lo mejor de sí mismos en las conversaciones que se fueran sucediendo; a veces era uno y a veces era el

otro, pero siempre se divertían juntos y la alegría burbujeaba como el agua canta en una tetera.

«Has sido una hermana para mí, Rosaleen, no te olvidaré en toda la vida», le confesó la víspera de su despedida.

Dennis murmuró algo y roncó un poco. Rosaleen quería llorar la pérdida de todas las cosas a voz en grito, pero aun así no habría despertado a Dennis: dormía como un muerto después de haberse zampado todo aquel ganso.

Rosaleen dijo:

—Dennis, esta noche he soñado con Kevin. Había una tumba, una tumba vieja, pero con flores frescas encima y un nombre en la lápida, muy bien grabado pero parecía escrito en otro idioma, así que me fue imposible leerlo. Entonces te me acercabas y yo decía: «Dennis, ¿de quién es esta tumba?», y tú me contestabas: «Es la tumba de Kevin, ¿no recuerdas? Y tú misma pusiste esas flores allí». Entonces yo respondía: «Bueno, es una tumba, no pensemos más en ello». ¿No te inquieta pensar que Kevin haya estado muerto todo este tiempo sin que yo lo sepa?

Dennis dijo:

—Habiéndose ido como se fue, después de haberle tratado con la mayor amabilidad, y sin habernos enviado nunca una palabra, no merece siquiera que le mencionemos.

—No nos escribió porque ya no podía hacerlo —dijo Rosaleen—. Y no debes criticarle más. Me equivoqué al juzgarle de manera tan dura. ¡Ah! Pensar que Kevin ha muerto y todos esos nativos y esos extranjeros siguen vivos disfrutando de los establos y las casas que Kevin les pintó… es muy amargo.

Llorando por Kevin, se puso a pensar en los nativos y en los extranjeros que eran propietarios de granjas por los alrededores. Por la manera en que miraban, desde sus salvajes rostros extranjeros desafiantes y nativos taimados y mezquinos, les tenía un miedo mortal.

—No les importa vender alcohol a quien sea, se queman vivos unos a otros mientras duermen y se parten las cabezas entre ellos con hachas —se quejaba—. La gente decente no está segura en su propia casa.

Justo el día anterior había visto a ese nativo, Guy Richards, por ahí, borracho perdido otra vez, dispuesto a cometer cualquier delito. Aquel espeso bigote suyo y su camisa harapienta, por donde se asomaba su piel morena, ofendía profundamente a Rosaleen y constituía toda una vergüenza para el mundo que fisgoneaba con sus ojos burlones. Vivía solo en una chabola,

donde se reunía con sus compinches a beber hasta que se les oía gritar a la hora que fuera y salían a recorrer la comarca como demonios en el infierno. Pasaba junto a su casa, guiando su enjuto caballo gris a toda velocidad y de pie en el ruidoso carricoche, mientras cantaba con una voz tan potente como una lluvia de hierro o ya iba borracho como una cuba antes del desayuno. En cierta ocasión en que Rosaleen estaba ante la puerta, con un vestido de cuadros verde, le gritó: «Eh, Rosie, ¿quieres venir a dar un paseo?».

—¡El muy descarado! —dijo Rosaleen a Dennis—. Si alguna vez llega a ponerme un dedo encima, le mataré de un tiro.

—Si sólo te ocupas de tus cosas durante el día —dijo Dennis con voz marchita— y atrancas bien las puertas por la noche, no habrá necesidad de matar a nadie.

—¡No sabes nada! —dijo Rosaleen; había visto en visiones una escena en que Richards le ponía un dedo encima y ella le mataba de un tiro allí mismo—. ¿Qué sería de mí sin ti, Dennis? —le preguntó aquella noche cuando se sentaron en los escalones, en una dulce oscuridad llena de luciérnagas y cantos de grillos—. ¡Cuando pienso en los hombres que hay en el mundo! ¡Ese Richards!

—Cuando un hombre es joven, le gusta divertirse —dijo Dennis con amabilidad, empezando a bostezar.

—¿Joven? —dijo Rosaleen ardiendo en cólera—. ¡Ese viejo cuervo! Podría ya tener hijos adultos, igual que yo, ¡y yo soy una mujer sensata, que ya no está para tonterías!

Dennis estuvo a punto de decir: «Yo nunca te llamaré vieja», pero de pronto se enfadó también.

—¿Quieres dejar de chismorrear? —preguntó censurándola.

Rosaleen guardó silencio, sin rencor, pero no se podía negar, pensó, que el viejo se estaba haciendo muy viejo. Él se puso en pie con un esfuerzo tal que parecía reunir sus huesos con los brazos y llevarse a sí mismo hasta casa. En el interior de aquel cuerpo debía de haberse escondido Dennis, pero ¿dónde? «El mundo es un páramo», informó ella a los grillos, las ranas y las luciérnagas.

Richards nunca había intentado poner un dedo sobre Rosaleen, pero cuando no estaba del todo borracho se detenía ante la puerta alguna que otra vez. Se sentaba con ellos por las tardes, en los escalones de la entrada, y daba muestras de haber sido un hombre educado antes de que la bebida arruinara su vida. Les contaba sus experiencias, y su comportamiento salvaje y desesperado. Sin embargo, no era así de muchacho. Mientras vivió su madre,

nunca había hecho nada que pudiera herir sus sentimientos. No era lo que se llama una mujer curtida, pues la menor cosa la enfermaba, y era tan religiosa que rezaba todo el día entre dientes cuando trabajaba e incluso cuando comía. Él había pertenecido a una sociedad denominada Los Hijos de la Templanza, que unía a todos los muchachos de la comarca por el juramento de no probar nunca bebida alcohólica alguna. «Ni siquiera con fines medicinales», repetía levantando el brazo derecho y mirando solemne. Con mucha frecuencia rompía a cantar una enérgica marcha que describía las reuniones semanales que celebraban: «Con las banderas de la templanza al viento. Con estandartes blancos como la nieve», y todavía era capaz de repetir, casi palabra por palabra, el poema favorito que le pedían recitar en cada reunión: «A la medianoche, en su custodiada tienda, el turco duerme soñando con la hora…».

A veces, Rosaleen quería interrumpirle y decirle que aquella no debía de ser su vida, pues tenía que haber tenido una juventud en Irlanda, pero ella no abría la boca; se sentaba, rígida, junto a Dennis, y miraba a Richards con severidad con el rabillo del ojo, preguntándose si recordaría la vez en que le había gritado: «¡Eh, Rosie!». Y le enfurecía recordar que no había encontrado las palabras necesarias con que contestar ante semejante atrevimiento. ¡El muy descarado fingió que no había sucedido nada! Un día, mientras él hablaba de las juergas que montaba su pandilla siempre arroyo abajo, junto a las rocas, en la ensenada, con un barrilito de cerveza casera, y de los bailes que el grupo de Railroad Street organizaba todos los sábados por la noche en Winston ella estuvo devanándose los sesos en busca de alguna frase que le pusiera en su lugar.

—Estamos siempre dispuestos a cometer alguna diablura —dijo mirando de frente a Rosaleen y, antes de que esta pudiera abrir la boca, le guiñó un ojo.

Ella se volvió, con una mueca de disgusto, pero al cabo de un rato añadió fría como el hielo:

—Buenos días, señor Richards —y entró en la casa.

Cogió el espejo para ver cómo era su mirada, pero la parte ondulada de la luna le tornaba los ojos anchos y tan indefinidos como las palmas de sus manos, tampoco pudo distinguir su nariz de su boca en aquella grieta tan irregular…

El vendedor de pipas regresó al mes siguiente para ofrecerle una olla especial para hacer hortalizas al vapor.

—Es una manera mucho más sana de cocinar, señora O’Toole.

Dennis oyó su voz, cuyo tono se iba elevando.

—Se lo digo como amigo, porque usted es buena cliente.

«¿Con que esas tenemos?», pensó Dennis, saboreando la amargura de la hiel.

—Verá que es un auténtico regalo del cielo para cuidar de la salud de su marido. La gente mayor debería tener mucho cuidado con lo que come. Usted sabe mejor que yo, señora O’Toole, que la salud empieza o termina justo en la cocina. Su marido ahora no parece tan fuerte como debiera. Y eso se debe a que, a pesar de lo sabrosos que son sus guisos, usted ha estado tirando todas las buenas vitaminas y la energía de los productos madurados bajo el sol directamente al fregadero… Señora O’Toole, usted está tirando la salud de su marido y la suya propia directamente al fregadero. Y digo yo que es una lástima que una mujer tan guapa como usted esté perdiendo su tiempo y sus fuerzas de pie ante una cocina, cuando todo lo que tiene que hacer, de ahora en adelante, es llenar este pequeño dispositivo con lo que haya dispuesto para la cena y luego irse a leer un buen libro en su salón, mientras se cocina solo… o ir a ponerse rulos para ondular su cabello.

—Mi ondulado es natural —dijo Rosaleen.

Dennis estuvo a punto de gemir en su escondite.

—Por el amor de…, pero señora O’Toole, ¡no lo dirá en serio! Cuando vi por primera vez ese cabello, me dije ¡vaya, es tan perfecto que parece artificial! Justo había pensado preguntarle cómo se lo cuida para poder explicárselo a mi mujer. Pues bien, si su pelo ya se ondula así, sin ninguna vitamina, no me puedo ni imaginar lo bello que estará después de que usted haya cocinado en esta olla durante dos semanas.

Rosaleen dijo:

—En realidad, no estoy pensando en mi aspecto, pero sí que es verdad que mi marido ya no es el mismo, señor Pendleton. ¡Ah, le hubiese encantado conocerlo cuando era más joven! Era fuerte como un buey, tanto que nadie se atrevía a irritarle. Más de una vez he visto a mi marido golpear a un hombre con el puño y lanzarlo siete metros más allá, ¡por cualquier pequeñez, se lo juro! Pero Dennis nunca guardaba rencor durante mucho tiempo, así que un instante después levantaba al hombre y le sacudía el polvo como si fuera su hermano, diciéndole: «Ahora olvidemos este asunto». Siempre ha sido demasiado generoso. Ese ha sido su gran defecto.

—Y mírele ahora —dijo el señor Pendleton con tristeza.

Dennis sintió que le ardían las orejas. Permaneció escondido detrás de la esquina de la casa, escuchando. Nunca había pesado más de sesenta y cinco kilos. Siempre había sido un hombre alto y delgado, un tanto orgulloso de la elegancia de su porte y, desde que dejara la escuela en Bristol, jamás había levantado una mano colérica contra criatura alguna, fuera animal o persona.

—Era un hombre cabal, en el que una mujer podía confiar, señor Pendleton —dijo Rosaleen—, y rápido como un tigre con sus puños.

«Por la manera en que habla parece que ya estoy muerto y convirtiéndome en polvo —pensó Dennis—, y ahí está, tirando el dinero como si ya fuera una viuda alegre. Salió cojeando resuelto a decir lo que pensaba y terminar con todas esas tonterías. El vendedor le dedicó una sonrisa caída y clavó en él sus ojos astutos.

—Hola, señor O'Toole —dijo con la cordialidad masculina que empleaba para los maridos—. Le dejo un pequeño regalo de cumpleaños, aquí, con la señora.

—No es mi cumpleaños —dijo Dennis, agrio como un limón.

—¡Es sólo una manera de hablar! —interrumpió Rosaleen alegremente —. Y ahora, muchas gracias, señor Pendleton.

—Muchas gracias a usted, señora O'Toole —respondió el vendedor, embolsándose nueve dólares contantes y sonantes. No intercambiaron más palabras que los buenos días, y Rosaleen se quedó en la puerta, cubriéndose los ojos del sol, para ver cómo el Ford bajaba dando tumbos por el empinado sendero.

—Es un padre de familia encantador y decente —le dijo a Dennis, como reprochándole por haber sospechado malas intenciones en él—. Viene de Nueva York y siempre trae las cosas más novedosas y de mejor calidad. Además, te admira muchísimo, Dennis. Dice que no recuerda a ningún otro hombre de tu edad que esté tan fuerte como tú.

—Ya lo he oído —dijo Dennis—. He oído todo lo que ha dicho.

—Pues bien —dijo Rosaleen con serenidad—, entonces no hay por qué repetirlo.

Se apresuró a lavar patatas, para cocinarlas en la olla que ondulaba el pelo.

El invierno cayó sobre ellos y la nieve y las ventiscas arreciaron. Dennis no soportaba ni un soplo de frío, así que se pasaba el día pegado a la estufa, legañoso y gruñón, con la bufanda puesta. Rosaleen comenzó a sentir que le molestaba la ropa en el calor de la cocina, y cuando trabajaba en el establo no

paraba de tener escalofríos. Se quejaba de que sus manos estaban roídas hasta el hueso por el frío. ¿Se había dado cuenta Dennis, o pasaría todo el invierno inmóvil como un leño? ¿Y dónde estaba el muchacho que le había prometido para que ayudara en las faenas del huerto?

Dennis se mostraba impasible ante el comportamiento tan poco razonable de su mujer, pues consideraba que, con lo fuerte que era ella, podía con todo, y concluía que Rosaleen le culpaba de algo que él no podía remediar. Ella seguía sin decir nada que valiera la pena escuchar, de modo que él se limitaba a levantar la cabeza cuando vaciaba la tetera o bajaba el fuego. Llegaría el día en que ella dijera sin rodeos: «Esto no es vida, no quiero quedarme aquí», le arrastrara de vuelta a un piso en Nueva York o incluso le abandonara. ¿Lo haría? ¿Sería capaz de hacer algo así? A él nunca se le había ocurrido nada semejante. La observaba atentamente, como si la espiara a través del ojo de una cerradura. Trató de imaginar algo que pudiera tranquilizarla, pero no ideaba plan alguno. Ella miraba alguna cosa inofensiva que hubiese en la casa —el calendario, por ejemplo— y de pronto la arrancaba de su sitio y la arrojaba al fuego. «Odio verlo allí», explicaba; siempre estaba odiando ver una u otra cosa, hasta la vaca, y también, aunque no tanto, los gatos.

Una mañana se levantó sintiéndose muy cansada y desamparada, y casi antes de que Dennis pudiera abrir un ojo empezó:

—Esta noche he soñado que mi hermana Honora estaba enferma y moribunda en su cama y me llamaba. —Hundió la cabeza entre las manos y suspiró angustiada, estremeciéndose de pies a cabeza—. Así que debo ir a Boston para averiguar qué sucede, ¿no crees?

Dennis, tirándose de la pechera que ella le había tejido por Navidad, respondió:

—Supongo que sí. Eso parece.

Ante la cafetera, comenzó a hacer sus planes.

—Si al menos tuviera un abrigo podría ir. Para el tiempo que hace, tendría que ser de piel. Todos estos años he necesitado un abrigo. Si tuviera un abrigo, me marcharía hoy mismo.

—Tienes un abrigo de pieles —dijo Dennis.

—¡Un harapo de abrigo! —gritó Rosaleen—. Y no permitiré que Honora me vea con él. Siempre me ha tenido envidia, Dennis, así que le alegraría verme sin abrigo.

—Si está enferma y moribunda, no se dará ni cuenta —dijo Dennis.

Rosaleen estuvo de acuerdo.

—Y tal vez sea mejor comprar uno allí o en Nueva York, uno moderno.

—Nueva York queda muy apartado de tu destino —dijo Dennis—. Hay caminos más cortos para llegar a Boston.

—Iré por Nueva York, los trenes son mejores —dijo Rosaleen— y quiero ir por allí.

Tenía esa expresión en el rostro que denotaba que habría soportado una tortura en el potro sin ceder. Dennis guardó silencio.

Cuando pasó el cartero, ella le pidió que dejara recado a la familia de nativos que vivía en lo alto de la colina, para que enviaran al chico unos pocos días a ayudar en las faenas con la misma paga que antes. Y que al día siguiente por la mañana, si no le importaba, la acercase al tren. Durante el día, con la cabeza llena de papillotes, estuvo ocupada metiendo sus cosas en el viejo bolso flexible de lona. Puso un codillo a hornear, preparó pan y cargó de leña la alacena que se encontraba junto a la cocina. «Tal vez llegue un mensaje diciendo que Honora se encuentra mejor y no tenga que ir», insistió varias veces, pero podía advertir la excitación en sus ojos y caminaba con paso tan enérgico que el suelo temblaba.

A última hora de la tarde, Guy Richards llamó a la puerta y entró, tropezando y dando taconazos con sus grandes botas. Todavía estaba sobrio, pero pronto dejaría de estarlo. Rosaleen dijo:

—He tenido malas noticias sobre mi hermana, tal vez esté en su lecho de muerte y me marcho a Boston.

—Espero que no sea nada serio, señora O'Toole —dijo Richards—. Bebamos a su salud. —Y sacó una botella llena hasta la mitad de una bebida de aspecto atroz. Dennis aceptó la invitación con indiferencia—. ¿La señora bebe con nosotros? —preguntó Richards con el demonio en el interior de sus ojos, por más que Rosaleen no se había topado nunca con él.

—No quiero —dijo—. Tengo mejores cosas que hacer.

Mientras ellos bebían, se sentó a arreglar el dobladillo de su vestido y empezó a hablar otra vez de las innumerables personas que había conocido que volvían de la muerte para transmitirle mensajes en sueños; el mismo Dennis podía confirmar que así era. Volvió a contar la historia del gato Billy, con voz cálida y quebrada por la amenaza de las lágrimas.

Dennis se tomó su bebida, se inclinó y se puso a manosear los cordones de sus zapatos, con el rostro hundido en un puñado de arrugas, diciéndose francamente y sin rodeos: «No hay ni una palabra de verdad en ese cuento, ni una palabra. Y ella seguirá contándolo hasta el fin del mundo como si fuera una revelación». Se sintió desamparado, envuelto en un fraude vergonzoso.

Quería hablar de una vez por todas y gritar: «Es mentira, Rosaleen, te lo has inventado. No hablemos más del asunto». Pero la presencia de Richards, allí sentado con el oído atento, frenó sus palabras. Superó aquel momento. Rosaleen dijo solemnemente:

—Mis sueños nunca me engañan, señor Richards. Son mi única guía.

«Eso nunca ocurrió —decía Dennis para sí con terquedad—: El gato Billy cayó en una trampa y lo enterré». ¿Y ya está? Tenía la horrible sensación de que en algún sitio, fuera de su alcance, se encontraba la verdad; no podía jurar que fuera como él pensaba, pero casi estaba dispuesto a jurar que aquello fue así de simple. Richards se levantó diciendo que tenían que recogerle para correrse una juerga en Winston.

—Mañana la llevaré al tren, señora O'Toole —dijo—. Me encanta sacar de paseo a las damas.

Rosaleen dijo con dureza:

—Iré con el cartero, pero de todos modos muchas gracias.

Arropó a Dennis en la cama con gran ternura y se quedó a su lado unos minutos, mientras se ponía crema en la cara.

—No tardaré mucho —le dijo— y tú estarás bien cuidado. Tal vez, por la gracia de Dios, mi hermana ya esté recuperada.

«Tal vez ni siquiera esté enferma», quiso decir Dennis, pero en lugar de eso dijo:

—Así lo espero.

Le daba lo mismo. Por otra parte, le parecía demasiado alboroto para tratarse de Honora, quien podía morirse cuando quisiera sin que Dennis se inmutara por ello.

Dennis conservó hasta el último minuto la esperanza de que Rosaleen recuperara el juicio y desistiera del viaje, pero en el último minuto, allí estaba ella, con su sombrero, su abrigo harapiento y una raya de polvo rosado en la barbilla, poniéndose los guantes tostados que olían a naftalina, agitando un pañuelo que olía a Dalea azurea y acercándose a cada momento a la ventana, mientras esperaba al cartero.

—Con toda esta nieve, tal vez se retrase —dijo con voz trémula—. ¿Y si no viene? —Se echó una última mirada en el espejo—. Hay algo que tengo que recordar, Dennis —dijo en otro tono—. Comprar un espejo, que no refleje mi cara como si fuese la de un monstruo.

—Ese es un espejo bastante bueno —dijo Dennis— y no hay por qué tirar el dinero.

El cartero llegó sólo unos minutos tarde. Dennis dio un beso de despedida a Rosaleen y cerró la puerta de la cocina para no verla subir al coche, pero la oyó reír.

«Es mentirosa de nacimiento», se dijo, sentado junto a la estufa, y enseguida sintió que había caído de cabeza en un agujero muy oscuro. Lo mejor de él mismo trataba de discutírselo. «¿No te da vergüenza —decía—, pensar tales cosas de tu propia esposa?». El peor Dennis persistía: «Se merece más del doble —respondía con severidad—, dejándome aquí solo, a mi suerte, ¿y para qué?». Esa era la gran incógnita. Desde luego, no para correr y estar junto a Honora, viva, moribunda o muerta. Entonces, ¿adónde? ¿Para qué diablos? Y justo entonces dejó de pensar. No había ni una chispa en su mente. Tenía un nudo en el pecho que bien hubiese podido ser pulmonía, especialmente de haber estado resfriado, aunque no lo estaba. Los pies le dolían tanto que hubiese podido jurar que era reumatismo, sólo que nunca lo había sufrido. Sin embargo, no pensaba. Permaneció en ese estado durante dos días y el tonto de la granja vecina se ocupó de todas las faenas, hasta lavó los platos. Considerando el dolor que le afligía Dennis comía bastante bien.

Rosaleen acomodó la espalda en el asiento afelpado y pensó que siempre había sido una gran viajera. En los trenes se sentía como en su propio hogar, acompañada por el resto de viajeros sentados cerca y rodeada por el olor de los periódicos que percibía mezclado con alguna cera aromática para muebles, con el perfume de los cuellos de piel, el polvo del tren y algo más que no podía precisar, pero que olía a viaje: ¿fruta, tal vez, o era la maquinaria? No tenía hambre, y aun así compró unas chocolatinas y una revista del corazón, aunque nunca le había gustado leer. Sólo deseaba demostrarse a sí misma que una vez más se encontraba en un tren viajando a alguna parte.

Observó a la gente que subía y bajaba en las estaciones, saludando o despidiéndose con un beso, y le pareció buena señal el no haber visto ninguna cara triste. Había un dulce sol frío sobre la nieve, y los habitantes de la ciudad no se veían helados ni excesivamente abrigados. Después de los nudosos, ásperos, ateridos rostros campesinos, sus rostros parecían suaves. La estación Grand Central no había cambiado nada: la multitud seguía arremolinándose en todas las direcciones y continuaba habiendo un ruido casi melodioso de tan constante que era. Aferró el bolso que los hombres de color trataban de arrebatarle y se detuvo en la acera, intentando recordar hacia qué lado quedaba Broadway, donde estaban los cines. No había visto ninguna película en cinco años, ¡ya era hora! Le hubiera gustado disponer de una hora para

visitar su antiguo piso en la calle Ciento sesenta y cuatro; sólo había que dar una vuelta a la manzana, pero no había tiempo. La asaltó un viejo resentimiento contra Honora, que había nacido aguafiestas y que si podía echaría a perder su viaje. Echó a andar, orientándose, reflexionando con cierta tristeza que aquella muchacha de ciudad, que sólo había vivido pendiente de los vestidos y de pasar buenos ratos, después de tantos años distinguía a duras penas una calle de otra. Entró en el primer cine que vio porque le gustó el nombre de la película. *El príncipe del amor*, se dijo. Trataba de dos jóvenes bellezas, un muchacho de negro pelo rizado y una muchacha de pelo rubio ondulado, que se amaban y tenían grandes dificultades, pero todo terminaba bien. Durante toda la película se sucedieron elegantes salones de baile o jardines, ¡y tantos vestidos hermosos! Se sonó un poco en el pañuelo que olía a azurea, se comió sus chocolatinas, y tuvo que recordarse a sí misma que aquellos dos amantes eran reales y lucían exactamente ese aspecto, pero le costaba creer que hubiera seres tan hermosos en este mundo.

A comparación de las cálidas luces bailarinas de la pantalla, la calle resultaba fría, oscura y fea, con el lodo y el estruendo y los millones de personas que se dirigían a sus destinos con mucha prisa, pero no había ningún rostro que ella conociera. Decidió ir a Boston en barco, como solía hacer en la época en que visitaba a Honora. Contempló los escaparates pensando que el estilo de la ropa interior había cambiado tanto que le costaba creer lo que veían sus ojos y preguntándose qué diría Dennis si se compraba aquella braguita de seda verde ajustadísima con un lazo color té. ¿Estaría comiendo su jamón como ella le había dicho y el muchacho habría cumplido su promesa de atenderlo?

Tomó un helado con confitura de fresas y se compró una borla para aplicarse los polvos de maquillaje al tiempo que decidió que ya era hora de ir a ver otra película. Se llamaba *El rey amante* y trataba de un rey que ocultaba su rango, un joven encantador con negro pelo ondulado y ojos soñadores, que se casaba con una pobre muchacha campesina, más hermosa que todas las princesas y damas de la tierra. La música salía de la pantalla, las voces hablaban y Rosaleen lloró, porque las canciones de amor eran como una daga en su corazón.

Después apenas le quedó tiempo para ir en taxi hasta la calle Christopher y embarcarse. Se sintió más feliz en el instante en que puso el pie a bordo. ¡Cuánto le habían gustado siempre los barcos! Cenó pensando: «Aquel chico no tenía mucho estilo como camarero. Dennis no debería haber dejado que siguiera trabajando en el hotel», y después se sentó en el salón y

escuchó la radio hasta que estuvo a punto de dormirse delante de todo el mundo. Se desperezó en su estrecha litera y percibió el martilleo del motor debajo y el imponente golpeteo regular le hizo temblar hasta los huesos. La sirena de niebla aulló y bramó en la oscuridad sobre el torrente de agua, y Rosaleen se acomodó de lado: «Aúlla por mí, así es como yo gritaría en la noche, en aquel bárbaro lugar perdido», porque en aquel momento Connecticut parecía estar a mil kilómetros y cien años de distancia. Se durmió y no soñó.

Por la mañana, consideró que era una buena señal no recordar sueño alguno. En Providence volvió a coger el tren y, a medida que se acercaba la hora del encuentro con Honora, se fue sintiendo cada vez más deprimida y cansada. «Honora siempre crea problemas», pensó, deteniéndose en la entrada de la estación, aferrando su bolso y observando que era raro no haber recordado lo feo y triste que era Boston; no recordaba haber pasado ni un buen día allí. Los taxistas le chillaban en su propia cara. Quizá fuese bueno ir a una iglesia y encender un cirio por Honora. El taxi se precipitó por calles ventosas hasta la iglesia más cercana, mientras Rosaleen pensaba qué no hubiera dado por pasar el día dando vueltas por allí en coche, sin tener que andar.

Se arrodilló cerca del altar mayor, algo se agitó en su corazón e hizo que le brotaran lágrimas. Las oraciones empezaron a derramarse una tras otra por sus labios. ¡Cuánto tiempo hacía que no veía una iglesia como era debido, engalanada para una celebración con cirios y flores, oliendo a incienso y a cera! ¿Acaso alguien podía rezar en la lúgubre iglesita de Winston? «Ten piedad de nosotros», dijo Rosaleen, invocando a cincuenta santos a la vez. «Yo me confieso…», se golpeó el pecho tres veces, luego se levantó súbitamente, sin olvidar su bolso, y buscó entre los confesonarios con la esperanza de encontrar a algún sacerdote. «Es demasiado temprano o no es el día, pero volveré», se prometió a sí misma con ternura. Encendió el cirio por Honora y salió sintiéndose reconfortada y serena. También se sentía deslumbrada y confundida porque no sabía qué hacer a continuación. ¿Qué calle debía tomar? Era un pecado terrible gastar dinero en taxis cuando había miserables hambrientos en el mundo, pero paró otro, y le dio el número de la casa de Honora. Sí, ahí estaba, como en los viejos tiempos.

Leyó todos los nombres pegados sobre los timbres de todos los pisos de arriba abajo, pero no encontró el nombre de Honora. El portero nunca había oído hablar de la señora de Terence Gogarty, ni de la señora Honora Gogarty. Tal vez estuviese en la guía de teléfonos. Había muchos Gogarty, pero

ninguno era Terence ni Honora. Rosaleen contuvo el impulso de decirle al portero, un buen irlandés, que su sueño se había incumplido. «Muchas gracias, no importa», le dijo, y volvió a salir a la calle. El viento le apuñalaba la espalda a través del paño del abrigo y el bolso pesaba demasiado. ¿Qué clase de persona era Honora para no haber enviado unas líneas diciendo que se había trasladado?

Andando sin rumbo y con la cabeza hecha un torbellino, llegó a una plazuela sombría con bancos de hierro y algunos árboles pelados. Se sentó y se echó a llorar de nuevo. Cuando un pañuelo estuvo mojado, sacó otro, y el perfume fresco la reanimó. Miró a su alrededor y una sombra entró en su ángulo de visión: allí, encorvado en el otro extremo del banco, había un muchachito pecoso, con el cuello levantado hasta las orejas, el pelo rojo cayendo sobre su frente, debajo de su abultada gorra. Él la miró de lado con sus ojos de grosella y dijo:

—Todos tenemos algo por lo que llorar en este mundo, ¿no es así?

—Lloro porque he hecho un largo viaje para nada —respondió Rosaleen.

—He sabido que era de Sligo en cuanto la he visto.

—Dios te bendiga —contestó ella—, porque es verdad.

—Yo también soy de Sligo. Me fui de allí hace mucho tiempo y maldigo el día en que se me ocurrió marcharme —dijo el muchacho, con tanta rabia que Rosaleen se secó los ojos de una vez por todas y se volvió para contemplarlo detenidamente.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó—. Este también es un buen condado. Hay oportunidades para todos.

—He oído ese cuento muchas veces —dijo el muchacho—. Aquí hay todas las oportunidades en el ancho mundo de consumirse de hambre y destrozar las suelas de las botas en busca de un trabajo, y hay una gran oportunidad de terminar muerto en el arroyo. Dios me perdone el que se me ocurriera venir aquí.

—¿Hace mucho que te marchaste? —preguntó Rosaleen.

—Once meses y cinco días, contando el día de hoy —dijo el muchacho. Hundió las manos en los bolsillos y miró el lodo helado adherido a sus desdichados zapatos.

—¿Y qué sabes hacer para ganarte la vida? —preguntó Rosaleen.

—Soy mozo de cuadra —dijo él—. Solía trabajar en el hipódromo de Dublín. A mí nadie puede enseñarme nada sobre caballos —dijo con orgullo —. Y si lo encuentras es un buen trabajo.

Rosaleen observó con atención su afilada nariz roja, que estaba helada, sus ojos irritados y los afilados huesos que se le marcaban en sus muñecas, sorprendida de haber pensado, a primera vista, que tenía la mirada misma de Kevin. Ya le veía diferente, ¡pero si hubiese sido Kevin! Mejor estar muerta y enterrada.

—Me estoy muriendo de hambre y de frío —dijo Rosaleen—. Si supiera dónde hay un buen restaurante, podríamos comer algo, porque ya es tarde.

Los ojos del muchacho parecían los de un ahogado que ha visto su salvación.

—¿De veras? ¡Conozco un buen sitio! —Y se levantó de un salto, como si se dispusiera a echar a correr.

Anduvieron a toda prisa hasta salir de la plaza y doblar la siguiente esquina. Era un café y rebosaba de olor a pasteles calientes.

—Aunque no se pueda decir que sea un lugar magnífico, comeremos aquí —dijo Rosaleen, quitándose los guantes.

El muchacho devoró un plato tras otro como si no pudiera parar: carne asada, patatas, espaguetis, natillas y café. Rosaleen pidió un paquete de cigarrillos. Así eran las cosas con ella, le gustaba el olor del tabaco, su marido era un célebre fumador, siempre con su pipa.

—Es inútil intentar ocultarlo —dijo el muchacho—. No tengo un centavo. Llevaba dos días sin comer. Pensé en colgarme o ir a la cárcel para tener algún lugar donde dejarme caer.

Rosaleen dijo:

—Soy una mujer sin problemas económicos, tengo todo lo que quiero, así que un muchacho debe permitirse no dar importancia a un pequeño préstamo que nunca le será reclamado.

Hurgó en su bolso y sacó un billete de diez dólares, lo estrujó y lo metió bajo el borde del platillo para que el hombre de detrás de la barra no lo advirtiera.

—Esto es para que tengas suerte en el Nuevo Mundo —dijo, sonriéndole—. Tú podrías ser Kevin, mi hermano o mi muchachito solo en el mundo. Y seguramente este gesto me será devuelto si alguna vez lo necesito.

—Temí que nunca llegara este día —dijo el muchacho, y se metió el dinero en el bolsillo.

—¡Fíjate!, ni siquiera sé tu nombre —comentó Rosaleen.

—Soy una desgracia llamada Sullivan —dijo—. Hugh, Hugh Sullivan.

—Es un apellido bastante distinguido —dijo Rosaleen—. Tengo primos llamados Sullivan en Dublín, pero no los conozco. Un hombre llamado

Sullivan se casó con la hermana de mi madre, mi tía Brigid, y se fue a vivir a Dublín. Tú no estarás emparentado con los Sullivan de Dublín, ¿verdad?

—Nunca he oído hablar de ellos, pero tal vez sí.

—Para mí, tienes el aspecto de un Sullivan —dijo Rosaleen—, y algunos Sullivan son primos míos.

Pidió más café y, mientras él encendía otro cigarrillo, le contó que se había marchado hacía más de veinticinco años, siendo una bisoña como él, y que todo había ido bien para ella y para toda su familia allí. Luego le habló de su marido, que había sido un reputado *maître* y hombre adinerado, pero ya era un anciano; le habló de la granja, comentando que si ella contara con ayuda, obtendrían beneficios, y le habló de Kevin y del modo en que se había marchado, que había muerto, como se lo había comunicado en un sueño, y esto derivó al sueño de Honora, razón por la que se encontraba entonces allí. Era la primera vez en su vida que no se había cumplido un sueño suyo. Siguió diciendo que en el campo siempre había habitación para un muchacho fuerte y voluntarioso entendido en caballos y que era una vergüenza que él anduviese vagabundeando por las calles con el estómago vacío cuando se podía alcanzar todo si uno buscaba bien. Se inclinó hacia él y le cogió el brazo de forma apremiante.

—Tienes derecho a vivir en una buena casa irlandesa —le dijo—. ¿Por qué no vienes conmigo a vivir como uno más de la familia, en paz y con comodidades?

Hugh Sullivan clavó en ella sus vidriosos ojos verdes desde la arista de su afilada nariz y adquirió una expresión astuta.

—Sería peligroso —dijo—. No soportaría intentarlo.

—¿Peligroso, dices? —preguntó Rosaleen—. ¿Qué peligro hay en esa pacífica comarca?

—Quizá no vuelva a sucederme —dijo Hugh—, pero una vez me pescaron así en Dublín, y hubo un gran revuelo. Ella era como usted, una mujer guapa, y su marido fisgoneaba todo el tiempo por una grieta en la pared. ¡Se montó un verdadero lío!

Antes de que su conciencia lo asimilara Rosaleen instintivamente comprendió la situación.

—Lo que… —comenzó, y la sangre le hirvió tanto que parecía haberse cubierto la cara con un velo rojo—. ¡Tú, mocoso! —dijo, tratando de recobrar el aliento—. ¿Así que eres uno de esos? ¡Debí de haber supuesto que eras de Dublín! Nunca en mi vida… —Su rabia se elevaba en ella como una hoguera, y se detuvo—. De haber estado buscando un hombre —dijo—, habría elegido

un hombre de verdad y no un pequeñajo a medio cocer… —Tomó aliento y volvió a empezar—. Qué desfachatez —dijo—. Insultar a una mujer que podría ser tu madre. ¡Dios me guarde! Está claro que no eres más que un bisoño ignorante, que desconoce cuáles son las costumbres de la gente decente… y ahora, ¡largo!

Se levantó e hizo una señal al hombre de detrás de la barra.

—Fuera de aquí, ¡ahora mismo!…

Él también se levantó, mirando temeroso a su alrededor con sus ojos verdes entrecerrados, y tendió una mano como si pretendiera arreglar las cosas con ella.

—No hable tan alto, mujer, viendo el modo en que actúa, eso es lo que cualquier hombre pensaría…

—¡Controla tu lengua o te la arrancaré! —exclamó Rosaleen, y lanzó su brazo derecho con violencia.

Él se agachó y esquivó el golpe, luego se recobró y se puso fuera de su alcance.

—¡Adiós, mujer de Sligo! —dijo en son de burla—. ¡Sepa usted que yo soy de Cork! —Y se precipitó hacia la salida.

Rosaleen temblaba tanto que le costó encontrar el dinero para pagar la cuenta y no distinguía lo que tenía delante, pero cuando el aire frío la golpeó, se situó y estuvo a punto de maldecir a Honora por crearle semejantes problemas.

Cogió el tren que hacía el recorrido más corto hacia su casa, porque el sabor del viaje se le había vuelto muy amargo. Sólo quería estar en casa, en ninguna otra parte. Ese sinvergüenza, ¿qué se había creído? «Ya se sabe que los muchachos son perversos», se dijo, y la sangre se le revolvía en las venas. Pero él había comentado: «… como usted, una mujer guapa…»; quizá él hubiese conocido demasiadas descaradas y pensara que todas eran iguales; quizá ella hubiese sido demasiado extrovertida con él porque era irlandés y se le veía tan triste y pobre. Pero así era: un canalla, y de no haberle detenido quizá le hubiese hecho el amor. Tuvo una iluminación repentina y vio todo tan claro como el día: Kevin siempre la había amado y ella le había apartado y lanzado a los brazos de aquella cursi que no le llegaba a la suela del zapato. Y Kevin, un dulce muchacho decente, se hubiese cortado la mano derecha antes que decirle una palabra indecorosa. Kevin la había amado y ella había amado a Kevin, ¡oh, no lo había comprendido a tiempo! Se hundió en el asiento, con el codo en el marco de la ventanilla y su viejo cuello de piel cubriéndole la cara. Lloró larga y amargamente por Kevin, que se hubiese quedado sólo con

que ella hubiera dicho una palabra… y terminó marchándose, desaparecido y muerto entonces. Se escondería del mundo y nunca más volvería a hablar con un alma viviente.

—Está sana y fuerte, Dennis —le dijo Rosaleen—. Ha estado muy grave, pero ya ha pasado. La he dejado bien.

—Eso es bueno —dijo Dennis sin ningún entusiasmo.

Se quitó la gorra con orejeras, se pasó los dedos por su suave cabello blanco, volvió a ponerse la gorra y se quedó esperando oír las maravillas del viaje, pero Rosaleen no tenía anécdotas que contar y parecía encantada por haber regresado a casa.

—Esta cocina es una vergüenza —dijo, poniendo las cosas en su sitio—, pero por nada del mundo viviría en la ciudad, Dennis. Es un lugar salvaje y cruel, lleno de delincuentes por todas partes. He temido por mi vida a todas horas. Enciende la lámpara, ¿quieres?

El muchacho nativo se calentaba los grandes pies en la estufa y sus dientes castañeteaban por algo más que el frío.

—He visto algo —estalló al fin— que venía por el camino hace un rato. Negro. Primero caminaba a cuatro patas como un perro, luego se levantó y pasó junto a mí andando sobre sus patas traseras. Sentí muchísimo miedo. Le grité: «Fuera», y se apagó como una luz.

—Tal vez fuese un perro —dijo Dennis.

—No era un perro, estoy seguro —dijo el muchacho.

—Tal vez fuese un gato a punto de subir a la cerca —dijo Rosaleen.

—Tampoco era un gato —dijo el muchacho—. Era algo que yo jamás he visto y que ustedes tampoco han visto nunca.

—No te preocupes —dijo Rosaleen—. Lo he visto, y muchas veces, cuando era niña en Irlanda. Allí es famoso, el modo en que llega un bulto negro y rueda por el sendero delante de ti, pero si invocas el Santo Nombre y haces la señal de la cruz, desaparece. Ahora cena y duerme aquí esta noche. No puedes irte solo cuando el diablo está esperándote.

Le hizo acostarse en la habitación de Kevin y mantuvo a Dennis despierto durante horas hablándole de los fantasmas que había visto en Sligo. El viaje a Boston parecía haberse borrado por completo de su mente.

A la mañana siguiente el famélico perro negro del muchacho se detuvo ante la puerta abierta de la cocina y miró con pena a su amo. Los gatos salieron en tropel y, de manera silenciosa e intencionada, lo ahuyentaron

hacia el camino. El muchacho se quedó en la puerta y se echó a temblar de nuevo.

—La vieja me dijo que volviera a cenar —dijo, sin comprender—. ¿Cómo voy a volver a cenar ahora? El viejo me despellejará vivo.

Rosaleen se cubrió la cabeza y los hombros con su chal de lana verde.

—Te acompañaré y contaré lo que sucedió —dijo—. No te harán nada cuando conozcan la verdad.

Él temblaba de miedo, tanto que las rodillas se le doblaban.

«Está fuera de sí —pensó ella con piedad—. ¿Por qué no se dan cuenta y le dejan en paz?».

La senda subía y subía casi kilómetro y medio, luego se desviaba hacia una vereda de superficie desigual que conducía a una casa abandonada con escalones rotos y un montón de basura alrededor. El muchacho avanzaba con una lentitud cada vez mayor y se detuvo en seco cuando la ojerosa mujer desdentada vestida de gris salió empuñando una vara. La mujer también se detuvo en seco cuando reconoció a Rosaleen y una fría mirada astuta apareció en su rostro.

—Buenos días —dijo Rosaleen—. Anoche su muchacho vio un fantasma y no tuve valor para hacerle salir en la oscuridad. Durmió tranquilamente en mi casa.

La mujer soltó un seco ladrido agudo, como el de un zorro.

—¡Fantasmas! —dijo—. Por lo que he oído, por las noches hay algo más que fantasmas alrededor de su casa, señora O'Toole. —Movió la cabeza y su descolorido pelo color canela voló en mechones—. Usted es un curioso ejemplar, señora O'Toole, con su marido viejo, muchachos jóvenes por su casa y el viajante de comercio y los borrachos tumbados en los escalones de la entrada a todas horas…

—Controle su lengua delante de su chico —dijo Rosaleen, cuya nuca empezaba a tensarse. Estaba tan sorprendida que no daba con una respuesta, pero no se movió de su sitio, escuchando.

—Usted es todo un espectáculo, señora O'Toole —dijo la mujer, levantando un poco su aguda voz, pero hablando con una lentitud mortalmente fría—. Con sus viajes para alejarse de su marido, sus vestidos de colores chillones y su pelo teñido…

—¡Que Dios la fulmine —dijo Rosaleen, levantando de pronto la voz— por decir eso de mi pelo! En cuanto a lo demás, ¡que esa lengua maligna se le pudra en la cabeza junto a sus dientes! ¡No voy a malgastar saliva hablando con usted! ¡Aquí está su pobre chico y que Dios se apiade de él en su casa y

que la parta un rayo! ¡Y si mi propia casa se incendia, sabré quién lo ha hecho! —Se volvió para marcharse, pero retrocedió para gritar—: ¡Que pase usted diez años agonizando!

—¡Puede maldecir y jurar, señora O'Toole, pero toda la comarca la conoce! —gritó la otra, blandiendo su vara como una lanza.

—¡Qué ocupación tan provechosa! —chilló Rosaleen, retirándose a paso vivo, hecha una furia—. ¿Teñido, no? —Levantó su puño cerrado y amenazó al mundo con él—. ¡Oh, la mentirosa! —Y su rabia era como un tambor que marcara el ritmo de sus piernas.

¿Qué sucedía últimamente que toda la gente con que se encontraba tenía la mente y la lengua sucias? Oh, si fuera más fuerte los estrangularía a todos de una vez. Tanto le ardían los ojos que no podía cerrarlos. Siguió andando con la mirada perdida, hasta que, casi sin darse cuenta, vislumbró su propia casa, tan tranquila como una gallina en un nido de nieve. Redujo la marcha, su corazón batiente se serenó un poco y se sentó sobre una piedra junto al camino para recobrar el aliento y la compostura antes de ver a Dennis. Al sentarse, comprendió que el verdadero diablo que recorría los caminos por la noche en ese lugar era el resultado de los crueles bulos que la gente se había inventado sobre ella, cuya conducta había sido intachable incluso en circunstancias en que muchas otras se hubiesen descarrilado. No la consolaba el recordar todas las ocasiones en que hubiera podido hacer el mal y no lo había hecho. Si todos la difamaban, ¿qué era el bien? Aquel muchacho en Boston, ¡el pequeño descarado! Escupió sobre la tierra helada y se secó la boca. Luego apoyó los codos en las rodillas y la cabeza en las manos, y pensó: «Conque así son las cosas aquí, ¿no? Así se resume mi vida: soy una mujer de mala reputación entre los vecinos».

Meditando acerca de ese despropósito, poco a poco empezó a sentirse mejor. Envidia, por supuesto, eso era. «Ah, ¿qué no daría esa pobre por tener mi pelo?», y se lo arregló con delicadeza. Desde el comienzo había sido así, las mujeres la envidiaban porque los hombres iban tras ella. ¡Como si fuera su culpa! Pues bien, que hablen. Que hablen. Ella sabía quién era y Dennis lo sabía; no necesitaba más.

«La vida es un sueño —dijo en voz alta, con dulce y serena melancolía—. Sólo es un sueño». Esa idea y esas palabras le gustaron, y en un agradable deslumbramiento contempló con satisfacción las piedras sueltas del muro del otro lado del camino, castaño oscuro, con una delgada capa de hielo brillante encima, hasta que los pies empezaron a helársele.

«No permitas que me quede aquí y la muerte me visite en edad tan temprana», se advirtió a sí misma, poniéndose en pie y envolviéndose cuidadosamente en su chal. Pensaba que esa triste comarca necesitaba algunos corazones jóvenes y deseó que Kevin regresara para reírse con ella de esa mujer de la colina. ¡Con él se le hubiese reído en la cara! El sueño sobre Honora no se había cumplido. Tal vez el sueño sobre Kevin tampoco. Si un sueño no se cumplía, no era lógico pensar que otro sí, ¿no es así? ¿No?

Sonrió al ver a Dennis sentado ante la estufa.

—¿Qué dijeron esta mañana los lugareños? —preguntó él, tratando de fingir que no le importaba mucho lo que hubiesen dicho.

—Oh, intercambiamos cumplidos —dijo Rosaleen—. Nada más.

Anduvo de un sitio para otro cantando; su corazón parecía ligero como una hoja, y aunque le fuera la vida en ello no hubiese podido decir por qué. Era una buena mujer y les demostraría que así sería hasta su último día. Ah, se lo demostraría a esos malpensados.

Por la noche se acomodaron junto a la estufa, Dennis limpió y engrasó sus botas, Rosaleen se sentó con el gran mantel en el que venía trabajando desde hacía quince años. Dennis seguía preguntándose qué había sucedido en Boston o donde fuese que ella hubiera estado. Sabía que nunca oiría toda la verdad, pero quería la versión de Rosaleen al respecto. Y allí estaba ella, callada, dando un montón de inútiles puntadas a algo que nunca usaría si alguna vez llegaba a terminarlo, algo que, además, no sucedería.

—Dennis —dijo ella al cabo de un rato—, ya no respeto los sueños tanto como antes.

—Eso tal vez sea bueno —dijo Dennis cautelosamente—. ¿Y por qué?

—He pasado el día pensando que Kevin no está muerto y que aparecerá en esta misma casa dentro de poco.

Dennis carraspeó.

—Eso no significa nada —dijo.

Y para demostrar que le guardaba algún rencor, dejó de lado su pipa de espuma de mar y llenó la vieja de raíz y la encendió. Rosaleen no se dio por enterada. El bordado había caído sobre sus rodillas y estaba atenta al traqueteo estruendoso de una calesa que se acercaba por el camino, con la voz de Richards entonando una canción: «¡He estado trabajando en el ferrocarril todo el santo día!». Ella se puso en pie quitándose y volviéndose a poner las horquillas, con manos temblorosas. Luego corrió al espejo y vio en él su rostro, quebrándose en formas terroríficas.

—Oh, Dennis —gritó, como si hubiese sido ese pensamiento el que la había arrancado de la silla—. ¡He olvidado comprar un espejo, lo he olvidado completamente!

—Ese espejo es bastante bueno —repitió Dennis.

El carruaje atronó ante el portal y la canción cesó. ¡Ah, con toda seguridad entraría! Durante un instante pensó que una mujer tendría una vida lamentable junto a un hombre como aquel, pues sería como cortejar a la muerte y permitir que el peligro entrara por la puerta.

Se detuvo en su carrera hacia la entrada, con la mano en el pestillo de la puerta, aun antes de que se oyera llamar. Entonces las ruedas volvieron a chirriar y arrastrarse, la canción se reinició; si había pensado detenerse, había cambiado de idea y continuaba su ruta hacia el baile del sábado por la noche en Winston, con los golfos de sus amigotes.

Rosaleen no sabía a qué atenerse: ¿acaso él no podría detenerse? ¡Ah!, ¿acaso él no podría continuar? Volvió a sentarse con la mente en blanco y cogió el mantel, pero durante un buen rato fue incapaz de ver las puntadas. Se preguntaba qué había sido de su vida; todos los días pensaba que algo importante iba a ocurrir, pero no hacía más que errar de una terrible desilusión a otra. Allí, a la luz de la lámpara, estaban Dennis y los gatos; más allá, en la oscuridad y la nieve, estaban Winston, Nueva York y Boston y, aún más allá, había lugares llenos de vida y alegría que nunca había visto y de los que ni siquiera había oído hablar, y todavía más allá, como un campo verde sobre el que cae el sol de la mañana, estaban la juventud e Irlanda, como si fueran algo que ella hubiese soñado o inventado en un cuento. Ah, ¿qué podría recordar o esperar de su presente? Sin pensarlo, se inclinó y apoyó la cabeza sobre la rodilla de Dennis.

—¿Por qué —le preguntó con su voz habitual— te casaste con una mujer como yo?

—No te caigas de esa silla —respondió Dennis—. Sabía que jamás encontraría otra mejor.

El pecho de Dennis comenzó a enternecerse y entibiarse. Todo iba a salir bien, lo intuía.

Ella se irguió y le acarició las mangas con delicadeza.

—Mientras haga tanto frío quiero que te abrigues bien, Dennis —le dijo —. Con dos pares de calcetines y la pechera, porque si te sucediera algo, ¿qué sería de mí?

—No lo pensemos —dijo Dennis moviendo los pies.

—No lo pensemos, vale —dijo Rosaleen—, pues si me reprocharas algo podría llorar.

Ciudad de México-Berlín, 1931

Hacienda

Ver a Kennerly tomar el tren rodeado de personas de piel oscura de clase inferior bien valía el precio de un billete. A falta de otro plan, Andreiev y yo seguimos la estela de su avance de gigante (era un hombre de estatura descomunal, pues aunque físicamente tal vez fuera sólo una cabeza más alto que el indio más cercano, su estatura moral en ese momento excedía todo cálculo) por el vagón de segunda clase en el que nos habíamos subido, en nuestras prisas por equivocación… Acaecida ya la verdadera revolución de sagrada memoria en México, los nombres de muchas cosas han cambiado, casi siempre con el propósito de aparentar un mayor bienestar para todas las criaturas, de modo que ya no se puede viajar en tercera clase, por pobre o humilde o tacaño que se sea. Se puede ir en segunda, en alegre desorden y sociabilidad, o en primera, en sobria comodidad; o, si se prefiere, puede uno instalarse, a un alto precio, en la suntuosa felpa del coche cama, aislado y envidiado como cualquier triunfal general norteño. «¡Ah, es hermoso como un coche cama!», dice el mexicano de clase media cuando desea alabar algo con toda sinceridad… En ese tren no había coche cama, pues en caso contrario hubiéramos tenido que viajar en él: Kennerly siempre viajaba en primera. Andaba de un modo imponente, moviendo el brazo que le quedaba libre, embistiendo con la cartera y el maletín de piel y frunciendo la nariz de la manera más exagerada de que era capaz contra el olor que «fluía —decía él —, fluía como sopa de guisantes con moho» de la pululante multitud de niños meados, pavos arrastrados, lechones indignados, cestas de comida, manojos de hortalizas, fondos y cajas de enseres domésticos. Sin embargo, cada núcleo de confusión estaba integrado en una unidad, en cuyo centro sus propietarios miraban despreocupadamente desde oscuras caras satisfechas a los pasajeros

forasteros. Su alegría nada tenía que ver con nosotros. Se sentían alegres porque, sentados con tranquilidad, sin ni siquiera el esfuerzo de apalear a un burro, estaban a punto de llegar a donde deseaban ir, recorriendo en una hora lo que, de otra manera, hubiese sido un duro viaje de un día, con todas sus pertenencias a cuestas… Casi nada puede perturbar su sereno éxtasis cuando finalmente se instalan en medio de su botín, y la máquina, misteriosa y puesta en marcha con energía, los arrastra con alegría a través de los kilómetros que tantas veces han medido paso a paso. Y como ya están acostumbrados a verlo no les molesta ese escandaloso hombre blanco. Para los indios, los hombres blancos son muy parecidos unos a otros y ya han visto muchas veces a este sujeto enfurecido de ojos claros y pelo color de cuero abriéndose paso violenta y desesperadamente para alcanzar su vagón. Siempre hay uno de esos en todos los temas. Observan su actuación con toda la atención que pueden distraer de sus propios y siempre absorbentes negocios; forman parte de la escenografía del viaje.

Abrió la puerta y se volvió furioso hacia nosotros cuando mostramos signos de detenernos donde estábamos.

—No, no —rugió—. ¡No! Aquí no. Esto nunca será para usted —dijo, mirándome desde toda su altura, mientras una señora me protegía.

Le seguí, tratando de tranquilizarle con gestos con la cabeza y con las manos. Andreiev venía detrás, tratando de no pisar objetos grandes ni seres pequeños, intercambiando miradas fugaces muchos pares de calmos y vivaces ojos oscuros.

El coche de primera clase estaba perfectamente barrido, no había muchos nativos y la mayoría de las ventanas estaban abiertas. Kennerly arrojó las maletas en las redes, sacudió los respaldos de los asientos con rudeza y desparramó abrigos y bufandas hasta que, con gran aspaviento, terminó de hacernos un nido en que acurrucarnos, el uno frente al otro, a salvo por un rato de la peligrosa situación de ser tres personas superiores de la casta intelectual de la raza dominante prácticamente indefensas en aquel país. Kennerly se sofocaba cuando intentaba hablar de ello. En realidad, construía el nido para él mismo: sabía quién era. Contaban con Andreiev y conmigo por mera cortesía; Andreiev era comunista y yo era escritora, así le habían informado a Kennerly. Ni él ni nadie a quien él conociera habían oído hablar de mí hasta hacía una semana y, a decir verdad, yo dependía de Andreiev, pues él me había invitado a hacer ese viaje y él debía cuidar de mí, pero Andreiev se lo tomaba todo con mucha calma. No era desconfiado, nunca

hacía preguntas y no tenía sentido de responsabilidad social… al menos, no como Kennerly la entendía, de modo que yo no debía esperar nada de él.

Habiéndome advertido Kennerly que debía reunirme con ellos en la taquilla de primera clase, ya que llegarían directamente de otra ciudad, yo ya había quedado en evidencia cuando, al llegar antes que ellos a la estación, compré mi billete. Al descubrirlo, se las arregló para hacerme sentir vergüenza y confusión.

—Usted iba a ser nuestra invitada —me dijo en acritud.

Cogió mi billete y se lo entregó al conductor como si yo me lo hubiera apropiado para mi uso personal sacándoselo del bolsillo, de una forma que parecía despojarme en público de mi calidad de huésped por lo visto definitivamente.

Andreiev también me reprendió.

—Ninguno de nosotros debe malgastar su dinero, pues Kennerly es rico y generoso.

Kennerly, guardando su cartera de piel, se detuvo, miró a Andreiev con furia ciega durante un momento y saltó como si acabara de descubrir que le habían atravesado limpiamente de una puñalada.

—¿Rico? —dijo—. ¿Rico yo? ¿Qué quiere decir con eso de rico? —Y fanfarroneó un poco con la esperanza de que alguien pronunciara la réplica adecuada, pero nadie contestó.

Así que se mostró molesto, se levantó y movió sus maletas, se sentó, volvió a hurgar en todos sus bolsillos para asegurarse de algo, se acomodó en el asiento y quiso saber si yo había notado que él mismo cargaba con sus maletas. Lo hacía porque estaba cansado de que esa gente le timara. Cada vez que permitía que alguien cargase con sus maletas, tenía una lucha a muerte en defensa propia. Literalmente, en toda su vida no había conocido una panda de bandidos peor que el gremio de los mozos de cordel. Además, había que tener en cuenta el riesgo de infección que suponían sus sucias garras en las asas de las maletas. En su opinión era condenadamente peligroso.

Pensé que en todas partes los extranjeros que viajan repiten tres o cuatro clases de discos, y de todos, el que menos me gustaba era el disco rayado de Kennerly. Andreiev rara vez le miraba con sus ojos claros, cuadrados y grises, en los que se mezclaban tan diferentes sentimientos contra Kennerly que su expresión había llegado a ser una suerte de exasperada paciencia. Apoyándose en el respaldo, Andreiev sacó una carpeta de fotografías, escenas de la película que habían estado rodando por todo el país, las colocó sobre las rodillas y siguió, justo donde lo había dejado, hablando de Rusia… Kennerly

se apartó de nosotros, se refugió en su rincón y se volvió hacia la ventanilla como si quisiera evitar oír una conversación privada. Cuando salimos de Ciudad de México el sol brillaba, pero a cada kilómetro que recorríamos a través de aquel imponente valle de las pirámides, más subíamos por entre los campos de maguey hacia la atronadora nube azul sólidamente asentada en el este, hasta que se disolvió y nos acogió con amabilidad dedicándonos una lluvia débil y silenciosa. Sacábamos la cabeza por la ventanilla cada vez que el tren se detenía, alentando falsas esperanzas en los corazones de las mujeres indias que corrían junto a las vías, con los rostros y los brazos levantados aun después de que el tren volviera a ponerse en marcha. «¡Pulque fresco! —repetían cansinas, alzando sus vasijas de arcilla llenas del espeso licor grisáceo—. ¡Gusanos de maguey frescos!». Y continuaban gritando desesperadas por encima del clamor de las ruedas que giraban y agitaban como ramilletes los sacos de hojas, fangosos y terrosos, con los gusanos que habían reunido cogiéndolos uno a uno del cactus cuyo corazón sangra agua de miel para el pulque. Corrían junto al tren, todavía esperanzadas, con sus dedos morenos sujetaban los sacos delicadamente, listas para arrojarlos si los viajeros cambiaban de parecer y compraban. Aun entonces y hasta que la máquina corría más que ellas, sus voces flotaban alejándose y se quedaban allí, apiñadas, formando un pequeño nudo de faldas y chales de un azul descolorido bajo la lluvia indiferente.

Kennerly abrió tres botellas de tibia cerveza amarga.

—¡El agua es inmunda! —dijo muy serio antes de beber un enorme y sonoro sorbo de su botella—. ¿No son horribles las cosas que comen y beben aquí? —preguntó, como si no importara lo que pudieran contestar nuestras mentes enfermas (porque no confiaba en ninguno de nosotros), y él conociera ya la única respuesta posible.

Se estremeció y por un momento no pudo tragar su trozo de dulce chocolate estadounidense.

—Acabo de regresar —me contó, tratando de justificar su extremada sensibilidad en esos asuntos— de la tierra de Dios —dijo refiriéndose a California.

Peló una naranja con la marca comercial impresa con tinta roja.

—Así que tendré que volver a acostumbrarme a todo esto. ¡Qué alivio comer fruta que no está infestada de gérmenes! He cargado con ellas durante todo el viaje de regreso.

(No me costaba imaginarle atravesando a pie el desierto de Sonora con una mochila llena de naranjas).

—Tome una. Al menos está limpia.

Kennerly también era muy limpio, todo un reproche viviente al desaliño: lavado, afeitado, con el pelo corto, planchado, elegante, oliendo a jabón, con aspecto vivaz y firme en sus trajes de mezclilla color heno. En ese sentido, constituía una admirable estampa de un hombre que derrocha la generosidad propia de quien goza de muy buena salud. En ese aspecto no se le podía encontrar ningún defecto. Algún día haré un poema a los gatitos que se limpian por las mañanas; a los indios que lavan sus ropas hasta raerlas y sus cuerpos hasta darles lustre con grandes pastillas de jabón fuerte con olor dulce y manojos de fibra de henequén, a la sombra de los árboles, a las orillas de los ríos a mediodía; a los caballos que ruedan, se tumban, resoplan y se frotan contra la hierba para limpiar sus robustos pellejos; a los niños desnudos que gritan en los estanques; a las gallinas que cacarean cuando se dan sus baños de polvo; a los sobrios padres de familia que se abandonan a una canción bajo la discreta corriente del grifo; a los pájaros en las ramas que encrespan y aceitan sus plumas encantadas; a los muchachos y muchachas que se arreglan los unos para los otros, como cestas de frutas, y a todas las florecientes criaturas que se limpian y se embellecen para mayor gloria de la vida. Pero Kennerly se había extraviado en alguna parte, había ido demasiado lejos; parecía un hombre acosado al borde de la ruina que mantiene una costosa plantilla porque no se atreve a recortar gastos. Sus nervios eran manojos de ramitas secas, le pinchaban las tripas cada vez que un pensamiento surgía de su cabeza, toda vez que mantenía sus inexpresivos ojos azules fijos en una esfera blanca. Los músculos de su mandíbula se contraían en una continua cólera impotente. Ocho meses como director de tres cineastas rusos en México casi habían acabado con él, me dijo, como si Andreiev, uno de los tres, no estuviera presente.

—Ah, antes debería haber trabajado como director comercial en China y Mongolia —me dijo Andreiev, como si hablase de un Kennerly ausente—, así México no le habría perturbado.

—¡La altura! —dijo Kennerly—. Mi corazón da un salto cada dos latidos. ¡No puedo cerrar los ojos!

—No había ninguna altura en Tehuantepec —dijo Andreiev con alegría empecinada— y usted debería haber estado allí para verle.

Kennerly vomitaba sus aflicciones como un niño mareado.

—Son estos mexicanos —dijo, como si fuese una afrenta que hubiera mexicanos en México—. Son capaces de volver loco a cualquiera en un abrir y cerrar de ojos. En Tehuantepec fue espantoso.

Le habría costado una semana contar toda la historia y, además, estaba tomando notas y algún día iba a escribir un libro al respecto, pero…

—Sólo como ejemplo: no conocen el valor del tiempo y nunca cumplen su palabra.

Había que ir sobornando a cada paso. Corrupción, soborno, corrupción, soborno, de la mañana a la noche, sirviéndose uno de cualquier cosa, desde cincuenta pesos para los sabios de los concejos municipales hasta un saco de exquisiteces para que el alcalde del municipio autorizara siquiera instalar las cámaras. Los mosquitos le devoraban vivo. Y con las chinches, las cucarachas, la comida, el calor y el agua, todo el mundo enfermaba: Stepanov, el cámara, estaba enfermo; Andreiev también estaba enfermo… «No es nada grave», dijo Andreiev. Hasta el inmortal Uspenski enfermó y, en cuanto a él, Kennerly, más de una vez pensó que no sobreviviría. Que se lo contaran a él. Era milagroso no haber muerto o no haber sido degollados todos. Mucho peor que en África…

«¿También ha estado en África? —preguntó Andreiev—. ¿Por qué siempre escoge las peores regiones?». Bueno, no; no había estado, pero tenía amigos que rodaron una película entre los pigmeos y era increíble lo que padecieron. En cuanto a él, Kennerly, que le diesen pigmeos, cazadores de cabezas o caníbales directamente. Al menos, uno sabía a qué atenerse con ellos. Tome un ejemplo: habían perdido diez mil dólares limpios por acatar las leyes del país —¡y allí nadie las cumple!— al presentar su película del terremoto de Oaxaca ante la comisión responsable de la censura de Ciudad de México. Entretanto, algunos bandidos nativos sin escrúpulos que conocían el negocio a fondo se les habían adelantado enviando un documental perfectamente terminado a Nueva York. No resulta rentable tener conciencia, pero si uno tiene conciencia, ¿qué puede hacer? Desperdiciar tiempo y dinero, nada más. Había escrito y protestado ante los censores, acusándolos de permitir que la empresa cinematográfica mexicana se saliera con la suya, acusándolos de favoritismo y de malicia intencionada al retener la película rusa… todo en una carta mecanografiada de cinco páginas. Ni siquiera habían contestado. ¿Qué se puede esperar de esa gente? Corrupción, soborno, corrupción, soborno: así funcionaba. Bueno, él también había aprendido. «Pidan lo que pidan, les pongo la mitad encima de la mesa —dijo—. Les digo: “Vean, les doy exactamente la mitad de esa suma y cualquier cantidad que la supere es soborno y corrupción, ¿entienden?”. ¿Lo cogen? ¡Como un tiro! ¡Ja!».

Su abrumadora voz falta de entonación resonaba atrozmente, sus ojos fijos juzgaban todo aquello sobre lo que se posaban. Las ramitas secas de sus nervios crepitaban con el más ligero estímulo de la memoria, en cuanto rozara el presente, ante cada frío aletazo del futuro. Siguió contando… Tenía miedo de su cuñado, un prohibicionista violento que se enfadaría si se enteraba de que Kennerly había vuelto a beber cerveza en público desde que partió de California. De alguna manera, se jugaba su trabajo porque su cuñado había convencido a sus amigos de aportar la mayor parte del dinero para poner en marcha esa expedición y bien podía despedirle, aunque Kennerly no acertaba a imaginar cómo ese tipo se las arreglaría sin él. Su cuñado no tenía en el mundo un amigo mejor que él. ¡Si el hombre lo comprendiese! Es más: todos esos amigos suyos muy pronto, si no lo estaban haciendo ya, reclamarían a gritos algún dividendo de su inversión. ¡Nadie más que él se había preocupado jamás por ese aspecto del negocio!… Al llegar a ese punto, clavó la vista en Andreiev, quien advirtió: «¡Yo no les pedí que invirtieran!».

Kennerly sólo podía confiar en la cerveza: le alimentaba y le curaba y le apagaba la sed al mismo tiempo, pues el resto de productos que tenía a su alcance —fruta, carne, aire, agua, pan— estaban envenenados… La película tendría que haber estado terminada en tres meses y ya llevaban ocho, y Dios sabía cuánto más se prolongaría aquello. Temía que la película fuera un fracaso, ahora que no se había terminado a tiempo.

—¿Qué tiempo? —preguntó Andreiev, como si ya hubiera hecho esa pregunta muchas veces—. Cuando está terminada, está terminada.

—Sí, pero no basta con terminar un trabajo cuando a uno le viene en gana. El público tiene que estar preparado en ese preciso momento.

Siguió explicando que el hacer algo bueno implica toda clase de misteriosos planes entrelazados: debe estar hecho en una fecha determinada, desde luego se da por sentado que debe ser arte y debe suponer un éxito. La mitad de las probabilidades de triunfar depende de tener preparado el material en el momento psicológico adecuado. Hay miles de cosas en que pensar y, si se pasa por alto cualquier aspecto, todo… ¡bang! Apuntó con un rifle imaginario, apretó el gatillo y cayó exhausto. Toda su vida de esfuerzo y desesperación pasó parpadeando como una película por su rostro distendido, una vida superando los obstáculos a pesar del infierno diario de guardar las apariencias, pasar noches en vela, humear de proyectos y bullir de cerveza, levantarse por las mañanas con la cara gris, atontado, meterse bajo la ducha fría, hincharse de café caliente y arrojarse a una lucha en la que no hay reglas

ni árbitro y en la que el enemigo está en todas partes. «Bueno —me dijo—, usted no lo sabe. Pero voy a escribir un libro acerca de todo esto…».

Allí sentado, hablando sobre su libro, comiendo chocolatinas estadounidenses y bebiendo su tercera botella de cerveza, el sueño le sorprendió, erguido como estaba, en medio de una frase. Interrumpió su declaración: gracias a Dios el sueño le cogió por la nuca y le serenó. Con el cuerpo acunado en su traje de tweed, la barbilla hundida en el cuello, los ojos cerrados y la boca floja, parecía a punto de echarse a llorar.

Andreiev siguió mostrándome fotografías de la parte de la película que estaban filmando en la hacienda de pulque… La habían elegido cuidadosamente, dijo; en realidad, se trataba de una finca señorial anticuada, arquitectónicamente muy apropiada, sin adelantos modernos dignos de mención y que contaba con los peones más típicos. Por supuesto que una hacienda de pulque debía ser así. La fabricación del pulque no había cambiado desde sus orígenes, desde la época en que el primer indio dispuso una tina de cuero crudo para fermentar el licor y perforó y vació la primera calabaza para extraer con la boca el jugo del corazón del maguey. Nada había cambiado desde entonces, nada podía cambiar. Según parecía, no había mejor manera de fabricar pulque. Me dijo que era tan increíble que parecía mentira. Un viejo caballero español había vuelto a visitar la hacienda después de una ausencia de cincuenta años y había mirado todo con entusiasmo. «Nada ha cambiado —decía—, ¡nada!».

La cámara había captado ese mundo que no había cambiado para nada reflejando un paisaje con personajes, cuyo destino estaba marcado por ese mismo paisaje. Sus misteriosos rostros oscuros escondían un sufrimiento instintivo, sin recuerdos personales o sólo con la clase de memoria que pueden tener los animales, que cuando sienten el látigo saben que sufren, pero no saben por qué ni son capaces de imaginar un remedio… En esas fotografías la muerte era una procesión con cirios encendidos; el amor una cuestión de indefinida gravedad, de manos unidas y dos personajes esculpidos acercándose uno al otro. Incluso la imagen de un indio con su camisa blanca suelta y tan gastada que se le veía el cuerpo de caderas escurridas y cintura estrecha, posando entre los cuernos del maguey comiendo una calabaza acompañado por su burro que, cargado con una cuba a cada costado, esperaba su carga con la cabeza gacha, documentaba esa tragedia tradicional tan hermosa y hueca. Había hileras de muchachas, como oscuras estatuas andantes, cuyos mantos flotaban desde sus frentes lisas, portando cántaros de

agua sobre los hombros; había mujeres arrodilladas ante las piedras del lavadero, cuyas camisas se deslizaban sobre sus hombros… «Todo esto es tan pintoresco —decía Andreiev— que nos van a acusar de haberlos disfrazado». La cámara había atrapado y fijado momentos de violencia y excitación sin sentido, de crueldad en vida y tortura en muerte, esa casi extática espera de la muerte que se puede respirar en México. Tal vez el mexicano sepa cuándo el peligro es real o tal vez no le preocupe que el estremecimiento que siente sea falso o verdadero, pero los extranjeros sienten el ácido de la muerte en los huesos, les aceche o no un verdadero peligro. Se trataba del terror que Kennerly había convertido en miedo a la comida, al agua y al aire que le rodeaba. Entre los indios, el amor a la muerte había llegado a ser una costumbre moral tan profundamente arraigada que les había suavizado y refinado los rostros, otorgándoles una paz tan absoluta que parecía estudiada, aunque estudiada durante tanto tiempo que la mantenían sin esfuerzo y en alguno todo era una memoria colectiva de derrota. Su planta orgullosa era la mera sombra exterior de una resistencia pasiva y profunda; sus rasgos pronunciados y arrogantes negaban la actitud servil que escondían en su interior.

Ojeamos muchas escenas de la vida en la casa señorial, cuyos personajes vestían a la moda de 1898. Eran perfectas. Una muchacha destacaba especialmente. Se trataba de la típica belleza mestiza mexicana: como se había empolvado toda la cara, de aquella máscara blanca destacaban su perfilada boca carnosa y sus ojos oscuros y sesgados. De su frente escasa salía su pelo negro ondulado que había peinado hacia atrás y lucía mangas abullonadas y una rígida gorrita de marinero con maravillosa elegancia.

—Pero debe de ser una actriz —supuse.

—Oh, sí —dijo Andreiev—, la única. Para este papel necesitábamos una actriz. Es Lolita. Dimos con ella en el teatro Joya.

La historia de Lolita y doña Julia era muy divertida. Había comenzado siendo una historia muy vulgar sobre Lolita y don Genaro, el amo de la hacienda de pulque. Doña Julia, su mujer, estaba furiosa con él por haber llevado a una mujer de vida alegre a casa. Ella era moderna, decía, muy moderna, no tenía ideas anticuadas, pero aun así se sentía ofendida. Por el contrario, el gusto de don Genaro por las artistas era muy anticuado. Además, había creído ser muy discreto, y se disculpó sinceramente cuando fue descubierto, pero la pequeña doña Julia sintió unos celos terribles; al principio gritaba, lloraba y montaba escenitas por la noche. Luego comenzó a dar celos a don Genaro con otros hombres, así que los hombres le cobraron mucho

miedo a doña Julia y casi echaban a correr cuando la veían. ¡Imaginad cuántas cosas podían suceder! Después de todo había que pensar en la película… Y entonces doña Julia amenazó con matar a Lolita: le cortaría la cabeza, la apuñalaría, la envenenaría… A don Genaro no se le ocurrió otra cosa que huir dejándolo todo en el aire. Se marchó a la capital y pasó allí dos días.

Cuando regresó, la primera visión que asaltó a sus ojos fue a su mujer y a su amante paseando abrazadas por la cintura por la terraza superior y esa escena se alargaba porque Lolita no quería separarse de doña Julia para ponerse a trabajar.

Don Genaro, que se enorgullecía de estar siempre al corriente de todo y no sobresaltarse por nada, se quedó estupefacto ante lo súbito de ese cambio. Había tolerado las escenitas de su mujer porque respetaba sus derechos y sus privilegios como esposa. El primer derecho de una esposa es el de estar celosa y amenazar con la muerte a la amante de su marido. Lolita también tenía sus prerrogativas definidas. Todo, hasta que él se fue, había marchado con precisión automática, justo como debía ser. Aquello era muy escandaloso. Ellas siguieron andando y conversando por la terraza, bajo los árboles, toda la mañana, cariñosamente enlazadas, con las cabezas juntas, una vestida de china de película —doña Julia amaba los trajes chinos hechos por una modista de Hollywood— y la otra, con la rígida elegancia de 1898. Desoyeron las llamadas de los hombres en formación de batalla: Uspenski requería que Lolita entrara en escena inmediatamente; don Genaro mandó a un muchacho indio informar a doña Julia de que el amo había regresado y deseaba verla para tratar un asunto de la mayor importancia…

Las mujeres seguían paseando o se sentaban en el borde de la fuente, susurrando, con los brazos de una descansando con dulzura en la cintura de la otra, a la vista de todo el mundo. Cuando Lolita finalmente bajó los escalones y ocupó su lugar en la escena, doña Julia se sentó cerca, maquillándose ante su espejo redondo bajo la deslumbrante luz del sol, estorbando, sonriendo a Lolita cada vez que sus miradas se cruzaban. Cuando le pidieron que se sentara en otra parte, fuera del alcance de la cámara, se enfurruñó, se alejó un metro y dijo: «Yo también quiero participar en esta escena, con Lolita».

La voz profunda y ronca de Lolita arrullaba a doña Julia. Desde debajo de sus pesados párpados le dirigía extrañas miradas, y cuando montó su caballo olvidó el papel y pasó la pierna por encima de la silla, con un movimiento insólito en las damas de 1898… Doña Julia saludó a su esposo con tierno afecto y don Genaro, que no contaba con precedente alguno en lo que respecta a la conducta de un marido en semejante situación, montó una

escenita terrible y fingió estar celoso de Betancourt, uno de los asesores mexicanos de Uspenski.

Repasamos las fotografías, incluso vimos algunas dos veces. En los campos, entre el maguey, los indios con sus desgastados harapos; en la casa de la hacienda, por regla general las clases acomodadas posaban rodeadas de un lujo casi teatral ante un gran retrato coloreado de Porfirio Díaz que colgaba en un marco chillón en la pared. «Es para mostrar —dijo Andreiev sin esbozar ninguna sonrisa y sin mirarme a los ojos— que esto sucedió realmente en la época de Díaz y que todo —golpeó con el índice las fotografías de los indios — ha sido barrido por la revolución. Fue el primer requisito del acuerdo que cerramos aquí. Nosotros —continuó—, a pesar de todo, hemos llegado a rodar la tercera parte de la película».

Me pregunté cómo lo habían logrado. Habían llegado de California con una fama de personajes políticamente subversivos. Les precedían rumores extravagantes. Se comentaba que habían sido invitados por el gobierno para hacer una película. Se comentaba que no habían sido invitados, sino que les apadrinaban los comunistas y otras organizaciones dudosas. El gobierno mexicano les pagaba bien; Moscú pagaba a México por el privilegio de hacer la película; Uspenski era el más peligroso de los agentes que Moscú había enviado jamás a una misión; Moscú estaba a punto de repudiarle por completo, difícilmente se le permitiría regresar a Rusia. En realidad, no era un verdadero comunista, sino un espía alemán. Los comunistas estadounidenses le pagaban por hacer la película; en el fondo, el partido de la oposición mexicana simpatizaba con Rusia y había pagado secretamente una enorme suma a los rusos por producir una película que desacreditara al régimen actual. Incluso los funcionarios del gobierno parecían ignorar qué estaba pasando. Se ocupaban de todos a la vez. Una delegación de funcionarios fue a buscar a los rusos al barco y los escoltó hasta la cárcel, calurosa e incómoda. Uspenski, Andreiev y Stepanov se preocuparon por su equipo, que estaba siendo minuciosamente investigado en la aduana, y Kennerly temía por su reputación. Acostumbrado como estaba a los impecables y directos métodos empresariales del mismísimo dios de Hollywood, temblaba al pensar en qué se estaba metiendo. Por lo que había podido saber, ya tenía todo arreglado antes de salir de California, pero ya no estaba seguro de nada. Fue él quien lanzó el rumor de que Uspenski no era miembro del partido y de que uno de los tres ni siquiera era ruso. Tenía la esperanza de que así el negocio pareciera más respetable. Después de una noche de confusión, llegó otro equipo de

funcionarios, más importante que el primero, que con muchas sonrisas, explicaciones y disculpas, los puso en libertad. Entonces alguien lanzó el rumor de que aquel episodio había sido un montaje o una invención con fines publicitarios.

Los funcionarios del gobierno, por el contrario, actuaron con la mayor previsión. Querían aprovechar esa oportunidad de filmar una gloriosa historia de México, sus errores, sus sufrimientos y su triunfo final en la última revolución, de manera que los rusos se vieron rodeados y separados de su material por todo el equipo de propagandistas profesionales que les habían puesto a su disposición mientras durara la visita. Docenas de atentos observadores, expertos en arte, fotógrafos, talentos literarios y guías turísticos pululaban a su alrededor para orientarles correctamente y mostrarles las cosas más hermosas, significativas y características de la vida y el alma nacionales: si por azar algo que no fuese hermoso se interponía en el camino de la cámara, una comisión de censores, muy instruidos y con ojos de lince, se aseguraba de que el escándalo no pasara de la sala de montaje.

—Ha sido asombroso —dijo Andreiev— el comprobar cuán devotos del arte son todos.

Kennerly se movió y murmuró algo; abrió los ojos y los cerró de nuevo. Volvió la cabeza con inquietud.

—Espere, se va a despertar —susurré.

Nos quedamos observándole.

—Quizá todavía no —dijo Andreiev—. Todo —añadió— está bastante embrollado y va a ir peor.

Permanecimos unos momentos en silencio, mientras Andreiev continuaba observando a Kennerly sin expresión alguna.

—Estaría bien en un zoológico —dijo sin especial malicia—, pero resulta insoportable andar siempre con él sin una jaula.

Tras una pausa, siguió hablando de Rusia.

En la última estación anterior a la hacienda, el muchacho indio que desempeñaba el papel principal en la película vino a buscarnos. Entró como si entrara en escena, seguido por varios de sus adoradores, jóvenes desnutridos y andrajosos, que vivían felices en el reflejo de la gloria de su ídolo. Ser un actor de cine bastaba para cautivarlos totalmente, pero ya era famoso en su aldea por ser boxeador y, además, de los buenos. El toreo está un poco pasado de moda; el pugilismo es lo último y lo más elegante, así que un joven ambicioso con facilidad para el deporte prefiere, si Dios le da fuerzas, boxear a torear. La fama sumada a la fama había otorgado a ese muchacho cierto aire

de seguridad y se acercó a nosotros, con las cejas juntas y el sencillo aplomo de un hombre de mundo acostumbrado a subir a los trenes y encontrarse con sus amigos.

Pero la pose no se sostuvo. Su rostro, desde sus altos pómulos hasta su barbilla cuadrada, desde su ancha boca de labios carnosos hasta su estrecha frente, que solía reflejar la histriónica ferocidad de un boxeador profesional, se deshizo en una encantadora mirada abierta cargada de sencilla felicidad. Se sentía feliz de volver a ver a Andreiev, pero había algo más: tenía noticias muy interesantes y él sería el primero en contárnoslas.

¡Qué terrible lío se había montado en la hacienda esa misma mañana!… En el mismo momento en que nos estrechamos las manos, estalló: «Justino, ¿recuerda a Justino?, ha matado a su hermana. Le ha pegado un tiro y se ha ido a las montañas. Vicente, ¿sabe usted quién es Vicente?, le ha perseguido a caballo y le ha llevado de vuelta». Y ahora tenían a Justino en la cárcel del pueblo que acabábamos de dejar atrás.

Nos había sorprendido tanto y nos había despertado tanta curiosidad como él esperaba. Sí, todo había sucedido esa misma mañana, alrededor de las diez… No, que se supiera, antes todo había ido bien. No, Justino no se había peleado con nadie. Nadie le había visto pelearse. Se había mostrado de buen humor toda la mañana, trabajando y participando en una escena de plató.

Ni Andreiev ni Kennerly hablaban español. Las palabras del muchacho fueron pronunciadas en una jerga que me resultaba difícil de entender, pero comprendí las palabras clave y las traduje tan rápido como pude. Kennerly se levantó de un salto, con los ojos en blanco…

—¿En el plató? ¡Dios mío! ¡Estamos arruinados!

—Pero ¿por qué arruinados? ¿Por qué?

—La familia de ella nos demandará por daños y perjuicios.

El muchacho quiso saber qué significaba eso.

—¡La ley! ¡La ley! —Gruñó Kennerly—. Pueden sacarnos dinero por la pérdida de su hija. Pueden inculparlos.

El muchacho estaba bastante desconcertado.

—Dice que no entiende —le dije a Kennerly—. Dice que nadie ha oído nunca nada semejante. Dice que Justino estaba en su propia casa cuando sucedió, y nadie, ni siquiera Justino, era culpable.

—¡Oh! —exclamó Kennerly—. Oh, ya veo. Bien, escuchemos el resto. Si no estaba en el plató, no tiene importancia.

Recobró la compostura y se sentó.

—Sí, siéntese —dijo Andreiev suavemente, clavando una mirada maligna en Kennerly.

El muchacho indio percibió aquella mirada y su gesto dejó traslucir que estaba evaluándola para sí. Obviamente sospechó que se referían a él y se quedó observando a ambos con unos amenazadores ojos profundos que enseguida se pusieron en guardia.

—Siéntese —dijo Andreiev— y no les dé esa clase de ideas raras que sólo sirven para inquietar a cualquiera.

Extendió una mano y obligó al muchacho a sentarse en el brazo del asiento. Los otros jóvenes se habían reunido cerca de la puerta.

—Cuéntanos el resto —dijo Andreiev.

Tras una breve pausa, el muchacho se relajó y continuó hablando. Justino había ido a su choza a la hora de la comida. Su hermana estaba moliendo maíz para preparar las tortillas, mientras él esperaba lanzando la pistola al aire y recogiéndola. La pistola se disparó y le dio aquí… Se tocó las costillas a la altura del corazón… Ella cayó de bruces sobre la piedra de moler: estaba muerta. Al instante llegó una multitud corriendo desde todas partes. Al ver lo que había hecho, Justino corrió, saltando como un loco, arrojando la pistola en su huida, y cruzando los campos de maguey se encaminó hacia las montañas. Su amigo Vicente lo persiguió a caballo, blandiendo un arma y gritando «¡Detente o disparo!», y Justino le respondió chillando «¡Dispara! ¡No me importa!…», pero, por supuesto, Vicente no disparó; galopó hasta alcanzarlo y le golpeó en la cabeza con la culata del arma. Entonces lo arrojó sobre la silla y lo llevó de vuelta. Ahora está en la cárcel, pero don Genaro ya ha ido a la aldea para liberarlo. Justino no lo hizo a propósito.

—Esto va a retrasar todo —dijo Kennerly—. ¡Todo! Sólo significa más tiempo perdido.

—Y no acaba aquí —dijo el muchacho sonriendo con ambigüedad y, bajando un poco la voz, para adoptar un aire conspirativo y discreto, añadió —: La actriz también se ha ido. Ha regresado a la capital. Hace tres días.

—¿Una riña con doña Julia? —preguntó Andreiev.

—No —dijo el muchacho—. Después de todo fue con don Genaro con quien riñó.

Los tres estallaron en carcajadas y Andreiev me dijo:

—Ya sabe, esa muchacha impetuosa del teatro Joya.

—Fue porque don Genaro se marchó a ocuparse de otros asuntos en un mal momento —añadió el muchacho.

Se comportaba con más discreción que nunca.

Kennerly hundió profundamente la barbilla y casi terminó haciendo muecas a Andreiev y al muchacho en sus esfuerzos por acallarlos. Andreiev le devolvió la mirada con la mayor inocencia. El muchacho la percibió y volvió a caer en el más absoluto silencio. Adoptó una postura arrogante sentado en el brazo del sillón, con el puño cerrado sobre el muslo y el rostro un poco de perfil. Cuando el tren redujo la marcha, le vimos levantarse de pronto y precipitarse hacia la salida.

Cuando bajamos los escalones estrechos y altos, él ya estaba junto al carro tirado por mulas, con los dos indios que habían ido a recibirnos. Sus jóvenes admiradores, después de saludarnos con sus sombreros, echaron a andar por un atajo cruzando los campos de maguey.

Kennerly montó un gran alboroto ordenando que los indios colocaran las maletas que les iba entregando en el desvencijado carro de mulas, disponiendo la partida, distribuyéndolo todo adecuadamente, y entretanto yo, entre él y Andreiev, llevaba mi falda recogida con cuidado alrededor de las rodillas con mis manos para evitar que una sola hebra de mi ropa tocara las sin duda infecciosas cosas extrañas que teníamos delante.

La mula, que hundió sus afilados cascos entre las piedras y la hierba del sendero, terminó consiguiendo bastante equilibrio y partió a un trote delicado y regular, al tiempo que los cascabeles de la collera tintineaban como un tamboril.

Avanzamos a trote corto, apiñados y mirándonos las caras en fila de tres, con las maletas debajo de los asientos y la paja saliéndose de los cojines. El conductor, estirando el cuello hacia la mula de vez en cuando y haciendo chasquear las riendas sobre su lomo, hizo por fin su comentario. Una familia infortunada. Era el segundo hijo que moría a manos de un hermano. La madre estaba medio muerta de pena y Justino, un buen muchacho, en la cárcel.

El hombretón que iba a su lado, con pantalones de montar de rayas y el sombrero atado bajo la barbilla con un cordel de borlas rojas, añadió que Justino estaba en apuros, Dios le ayude. Pero ¿de dónde había sacado la pistola? La había tomado prestada de entre las armas de fuego que se empleaban en la película. Sí, sabía que no debía tocar las pistolas; ese fue su primer error. Se proponía devolverla enseguida, pero ya se sabe cuánto le gusta a un muchacho de dieciséis años jugar con una pistola. Nadie le culparía… La muchacha tenía diecinueve años. Su cadáver ya había sido enviado al pueblo para ser enterrado. Había demasiado alboroto, no harían nada mientras ella estuviese allí. Don Genaro había ido, siguiendo la

costumbre, a unirle las manos, cerrarle los ojos y encender un cirio junto a ella. Todo se hizo como es debido, dijeron con mucha piedad, temblando sus ojos cargados de buenos sentimientos. Siempre es lamentable y emocionante que algún conocido padezca una tragedia tan grave. Ah, nosotros estábamos vivos bajo aquel cielo cada vez más profundo, y atravesábamos entre tintineos los amarillos campos de mostaza en flor, con el dibujo del claveteado maguey transformándose a nuestro paso, de líneas rectas a ángulos, a tablas de diamantes, y de nuevo, durante kilómetros y kilómetros, extendiéndose hacia las amenazantes montañas.

«¿Seguro que no había pistolas cargadas entre todas las que se usan en la película», le pregunté con cierta brusquedad al hombretón del sombrero de borlas rojas.

Abrió la boca para decir algo, pero la cerró de golpe. Hubo una pausa. No habló nadie. Me tocaba a mí sentirme incómoda bajo aquel rápido intercambio de miradas de los demás.

Volvió a aparecer la cautelosa expresión vigilante de siempre en los rostros indios. Un espantoso silencio cayó sobre nosotros.

Andreiev, que había intentando audazmente hablar en español, dijo: «Si no puedo hablar, puedo cantar —y se lanzó con su feliz vozarrón ruso—: ¡Ay, Sandunga, Sandunga, mamá, por Dios!». Todos los indios gritaron de alegría y satisfacción al escuchar cómo aquella lengua de extranjero creaba las palabras. Andreiev también reía. Esa risa invitaba a la confianza. Con una explosión de canto en ruso, el joven pugilista se sumó a las risas de Andreiev. Entonces todos, incluso Kennerly, aprovecharon la oportunidad y estallaron en locas carcajadas, como risas entre camaradas. Sus miradas se cruzaban salvando la barrera de párpados arrugados y la mulita siguió avanzando a su marcha en un galope pausado.

Un enorme conejo cruzó el sendero huyendo de la persecución de unos perros flacos y famélicos. El corazón se le escapaba en cada salto y los ojos se le desorbitaban como burbujas de cristal.

—¡Corre, conejo, corre! —grité.

—¡Corred, perros! —gritó el indio alto del cordel rojo en el sombrero, cuya pasión por el desafío se desató en un instante y, volviéndose hacia mí con ojos llameantes, me preguntó—: ¿Qué apuesta usted, señorita?

La hacienda se erguía ante nosotros: un monasterio, una fortaleza amurallada, con torres de terracota y coral, al abrigo de las montañas. Una vieja con un chal abrió el pesado doble portón y entramos en el corral principal. En las ventanas más altas del extremo del edificio más próximo a

nosotros había luz. Stepanov estaba en un balcón; Betancourt, en el siguiente, y enseguida apareció el célebre Uspenski en un tercero, agitando los brazos. Aun antes de reconocernos nos recibían, felices de ver a alguien de los suyos regresar de la ciudad para aliviar la monotonía del largo día que el accidente había destrozado irremediablemente. Los caballos de huesos ligeros con lustrosas ancas redondas, largas crines y colas rizadas estaban ensillados en el patio. Los grandes y atentos perros de raza salieron a nuestro encuentro y subieron con dignidad a nuestro lado los amplios y cómodos escalones.

La habitación estaba fría. La redonda lámpara colgante apenas hacía temblar las sombras. Desde un monte bajo de sillones de felpa púrpura y rojo y naranja, con flecos y borlas, asentados sobre mullidas bases, las puertas, del estilo llamado gótico porfiriano, en honor a la época de Díaz en la arquitectura doméstica, se elevaban hacia el techo en una nube de papel con estampaciones doradas. Estancias semejantes, arregladas para recibir a las visitas inesperadas, interrumpían el frío lóbrego de las habitaciones, que se sucedían a decenas a lo largo de los soportales, que de vez en cuando se abrían a patios, jardines y corrales. Una pianola abierta, de madera ligera, ocupaba todo un rincón. Allí reunidos volvimos a hablar de la muerte de la muchacha y de los problemas de Justino, y todas nuestras voces sonaban distraídas bajo el vasto tedio incurable que flotaba en el ambiente y se posaba sobre nuestras cabezas allí reunidas.

Kennerly estaba preocupado por el posible pleito.

«No saben nada de esas cosas —le aseguró Betancourt—. Además, no es culpa nuestra».

Los rusos ya estaban pensando en qué hacer al día siguiente, pues aparte de ser una gran pena la muerte de la pobre muchacha, ambos, ella y su hermano, trabajaban en la película; el papel del muchacho era importante, así que habría que interrumpir el rodaje hasta que él regresara o, si no regresaba, habría que rehacerlo.

Betancourt, mexicano de nacimiento, de sangre franco-española y francés por educación, se movía a merced de un ideal de elegancia y objetividad, en perpetua guerra contra una especie de nacionalismo mexicano que le afligía como una debilidad hereditaria del sistema nervioso. Como era digno de confianza y poseía un gusto cultivado, su misión oficial consistía en comprobar que nada lesivo para la dignidad nacional se cruzara en el camino de las cámaras extranjeras. Su ambigua situación no parecía perturbarle en absoluto. Por primera vez desde hacía muchos años, se mostraba feliz y satisfecho; sin duda, podían confiar en que Betancourt sacara de en medio a

mendigos, pobres, deformes, viejos y feos. «Lamento lo ocurrido —dijo alzando una delgada mano con gesto papal, al tiempo que desechaba la vulgar piedad humana que siempre le amenazaba zumbando como una mosca por su cabeza—, pero si se considera —todo su cuerpo hizo una reverencia casi imperceptible aportando públicamente la opinión que creía sostenían los rusos — cómo hubiese sido su vida en este lugar, mucho mejor que esté muerta…».

Sus ardientes ojos eran los de un absoluto fanático y su pequeña boca temblaba. Sus huesos eran como juncos.

«Es una tragedia, pero sucede demasiado a menudo», dijo.

Ya con esas pocas palabras dio el tema por concluido, mientras la muchacha yacía muerta en una sepultura sin nombre…

Doña Julia entró en silencio, andando suavemente con sus pequeños pies, calzados con zapatos bordados como los que utilizaban las mujeres chinas. Tendría unos veinte años. Su negro pelo caía liso sobre el cráneo redondo, y sus ojos aparentemente pintados destacaban en su rostro de cera.

«En realidad, nunca vivimos aquí —dijo con dulce y apacible voz, mientras miraba distraídamente su extraño decorado, donde parecía ser una exótica muñeca parlante—. Este lugar es muy feo, pero eso no debe de importarles, disculpen. Es inútil cuidarlo. Los indios destruyen todo con su negligencia. Estos días nos habíamos quedado aquí por la emoción de la película. Resulta estremecedor y triste —continuó— lo que le ha sucedido a esa pobre muchacha. Provoca toda clase de trastornos. También apena la situación de su pobre hermano… —Y mientras nos dirigíamos al comedor, seguía murmurando a mi lado—: Es triste… muy triste… triste…».

El abuelo de don Genaro, que me habían descrito como un caballero de la más vieja escuela, se había ausentado para realizar una larga visita. En modo alguno aprobaba a la mujer de su nieto, que se comportaba de una manera desconocida para las damas de su época, una manera sumamente desconcertante para un hombre de mundo que siempre había sabido juzgar, clasificar y separar a las mujeres en sus categorías correctas con una sola mirada. Una unión temporal con una joven como aquella le parecía parte de la educación de todo caballero, pero el matrimonio era un asunto completamente diferente. En sus tiempos, en el mejor de los casos, ella se hubiese dedicado al teatro. Aunque se había mantenido callado, en absoluto había cambiado de parecer ante la repentina y asombrosa boda de su nieto, el único heredero que inevitablemente, como ya actuaba como jefe de la familia, no tenía que rendir cuentas a nadie. No comprendía al muchacho y no perdía tiempo en intentarlo. Se había llevado sus muebles y sus recuerdos y a sí mismo al patio

más alejado del viejo jardín, sobre las terrazas del sur, donde vivía con toda dignidad y en sombría soledad, sin esperanza y sin filosofía —quizá desdeñara ambos recursos—, y se reunía con su familia sólo a la hora de las comidas. Su lugar en el extremo de la mesa estaba vacío, la multitud de curiosos de fin de semana se había marchado y nuestro grupo ocupaba apenas una parte del otro extremo.

Uspenski lucía un traje de etiqueta de rayas, su rostro de humano, iluminado por una chispa de inteligencia sobrehumana, estaba completamente cubierto por una barba simiesca.

Mantenía una actitud simiesca ante la vida, que casi había elevado a filosofía personal. Ahorraba explicaciones y alejaba a los pelmazos que le resultaban insoportables. Se divertía en los teatros populares de la capital y adulaba a los mexicanos declarando que eran sin duda los más obscenos que había conocido en todo el mundo. En los caminos, al atardecer le gustaba representar viejas comedias rurales rusas con todos los actores vestidos de mexicanos. Entonces decía su papel a voz en grito, con acento muy marcado y se sentía del mejor humor, atormentando el trasero de un paciente burro, acostumbrado al dolor y a la humillación, con una calabaza en forma de falo. «Ah, sí, recuerdo —decía, cortés, al encontrar a algunas mujeres sureñas—, ustedes son las damas a las que siempre violan esos horribles negros». Pero en aquel momento tenía fiebre, se mostraba inquieto, completamente callado, y su humor subido de tono, que servía para cubrir y disfrazar otros estados de ánimo, había desaparecido.

Stepanov, campeón de tenis y de polo, llevaba pantalones de tenis de franela y camisa de polo. Betancourt vestía pantalones de montar de buen corte y polainas, no porque montara a caballo, sino porque en 1921 había aprendido en California que esa era la indumentaria correcta de un director de cine. Lo cierto es que todavía no era director, pero de algún modo colaboraba en la realización de una película y, cuando gritaban «¡Acción!», siempre añadía a su atuendo un casco de corcho con cinta verde que completaba una especie de preciosa ilusión sobre sí mismo a la que le gustaba acercarse cuanto pudiera. La descolorida camisa de lana de Andreiev se daba codazos con los toscos trajes de tweed de Kennerly. Yo llevaba un vestido de punto que nunca parecen apropiados para la ocasión en que una se encuentra. En conjunto, ofrecíamos un asombroso contraste con doña Julia, sentada a la cabecera de la mesa, una imagen de comedia de Hollywood, vestida con un pijama de satén negro adornado con bandas de seda que reproducían todos los

colores del arco iris, cuyas mangas sueltas caían sobre sus manos infantiles rematadas con sus rojas uñas afiladas.

—No tenemos por qué esperar a mi marido —dijo doña Julia—. Siempre está ocupado y siempre se retrasa.

—Siempre a toda velocidad —señaló Betancourt amablemente—. Setenta kilómetros por hora, como mínimo, y nunca llega a tiempo a ninguna parte.

Él se enorgullecía de su puntualidad y tenía sus propias teorías sobre la velocidad, su uso y su abuso. Le gustaba explicar que si el hombre se hubiese concentrado en su desarrollo espiritual, como debería haber hecho, nunca habría necesitado confiar en la tecnología para conquistar el tiempo y el espacio. Entretanto, admitía que incluso a él, un hombre capaz de comunicarse telepáticamente con quien quisiera y que en una ocasión había levitado a tres metros del suelo sólo por la fuerza de su voluntad, le estimulaba mucho dominar las maquinarias. Yo ya conocía el placer que encontraba en conducir automóviles. Por lo pronto, tenía por costumbre pisar a fondo el acelerador y lanzarse a cruzar las vías cuando se aproximaban los trenes. La velocidad, decía, era «moderna» y era deber de todos el ser tan moderno como los medios lo permitiesen. De la charla de Betancourt deduje que la riqueza de don Genaro le permitía ser al menos dos veces más moderno que Betancourt. Podía comprarse automóviles de gran potencia que terminaban ahuyentando a otros conductores de la carretera; estaba pensando en adquirir un aeroplano para reducir la distancia entre la hacienda y la capital; la velocidad y la agilidad a un alto coste constituían su ideal. Nada se movía demasiado rápido para don Genaro, decía Betancourt, ya fuese un caballo, un perro, una mujer o cualquier mecanismo metálico. Doña Julia sonreía con aprobación ante lo que ella considera un elogio de su marido y, por agradable deducción, de ella misma.

Se produjo una violenta conmoción en el vestíbulo, la puerta y la estancia. Los sirvientes se separaron, retrocedieron, se apresuraron a sacar una silla y entró don Genaro, con el traje de montar de los campesinos mexicanos: chaqueta de ante gris y pantalones estrechos grises, sujetos bajo las botas. Era un joven español alto, endurecido, de ojos azules, fuertes músculos, labios delgados, elegante y… enfurecido. Esperaba que comprendiéramos su furia, de la que se deshizo el tiempo suficiente para saludarnos a todos, para dejarse caer en su silla junto a su mujer y estallar pegando un puñetazo en la mesa.

Al parecer, el imbécil del juez del pueblo se negaba a entregarle a Justino. Había una absurda ley sobre negligencia criminal. La ley, decía el

juez, no reconoce la existencia de accidentes en el sentido popular del término. Siempre debe haber una rigurosa investigación, fundada en la sospecha de mala fe por parte de los más próximos a la víctima. Don Genaro hizo una imitación del juez imbécil exhibiendo sus conocimientos legales. Inundaciones, erupciones volcánicas, revoluciones, caballos desbocados, viruela, descarrilamientos de trenes, riñas callejeras, todas esas cosas, decía el juez, eran actos de Dios. Los disparos contra personas, no. Un disparo contra una persona siempre debe ser rigurosamente investigado.

—Todo eso no tiene nada que ver con este caso, le aseguré —comentó don Genaro—. Le dije: Justino es mi peón, su familia vive en nuestra hacienda desde hace trescientos años, este es mi problema. Sé lo que pasó con todo detalle, y usted no sabe nada, así que lo único que tiene que hacer es devolverme a Justino enseguida. Hoy, no mañana, le dije.

No sirvió de nada. El juez exigía dos mil pesos para dejar marchar a Justino.

—¡Dos mil pesos! —gritó don Genaro, golpeando la mesa—. ¡Imagínense!

—¡Qué ridículo! —dijo su mujer con la comprensión de una camarada y una amplia sonrisa.

La miró durante un segundo, como si no la reconociera. Ella le devolvió la mirada, con los ojos brillantes y una sonrisita indefinida en las comisuras de los labios, donde el carmín comenzaba a derretirse. Furioso, hizo caso omiso del comentario de su mujer y se sacudió de aquella pausa encogiéndose de hombros para continuar hablando a toda prisa, acalorado, ciego y desconcertado, dirigiéndose a todo su auditorio. La cuestión no era los dos mil pesos sino que le daba náuseas estar siempre pagando por las cosas más absurdas; en cuanto se daba la vuelta, se topaba con algún político ladrón tendiendo la zarpa. «Bueno, todavía se puede hacer algo. Si pago a ese juez, esto no terminará nunca. Seguirá arrestando a mis peones cada vez que uno de ellos se deje caer por el pueblo. Voy a ir a México a ver a Velarde…».

Todo el mundo coincidió en que Velarde era el hombre al que debería acudir. Era el más poderoso y exitoso revolucionario de México. Era propietario de dos haciendas de pulque que le habían tocado cuando hicieron el gran reparto de tierras. También dirigía la mayor granja de la nación, que abastecía de leche, manteca y queso a todas las instituciones de beneficencia, orfanatos, manicomios, reformatorios y correccionales rurales, sacando el doble beneficio del que cualquier otra granja hubiese obtenido. También poseía una gran hacienda de aguacate, dominaba el ejército, controlaba un

poderoso banco y el presidente de la República no designaba a ningún funcionario sin consultarle previamente. Combatía a diario la contrarrevolución y la corrupción política desde las primeras planas de veinte periódicos que había comprado justo con ese propósito. Empleaba a miles de peones. Como patrón, comprendería a qué se enfrentaba don Genaro. Como revolucionario honesto, sabría cómo manejar a ese sucio juececillo deseoso de un soborno. «Iré a ver a Velarde», dijo don Genaro con una voz repentinamente plana, como si estuviera desesperado o demasiado aburrido del tema para seguir con él. Se apoyó en el respaldo y miró a sus huéspedes fríamente. Todos hacían sus propios comentarios, hablaban de cualquier cosa. El episodio de la mañana parecía ahora muy remoto e indigno de ser recordado.

Uspenski estornudó tapándose la boca con las manos. Había pasado dos horas, de madrugada, metido hasta la cintura en el agua fría del bebedero de los caballos, con Stepanov y la cámara en equilibrio sobre el pequeño borde de piedra, dirigiendo una escena, pues estaba convencido de que no podía ser filmada desde ningún otro ángulo. Había cogido frío; ahora comió unos frijoles fritos, bebió medio vaso de cerveza de un trago y se largó. En dos saltos su amplio traje de etiqueta de rayas desapareció por la puerta más cercana. Se fue como si pudiera encontrar cerca otro clima.

«Tiene fiebre —dijo Andreiev—. Si no se siente mejor esta noche, habrá que llamar al doctor Volk».

Un hombre corpulento y torpe, con un traje azul descolorido y camisa de franela, se acomodó en el extremo de la mesa. Saludó con un movimiento de cabeza a todos en general y Betancourt, puntilloso, le devolvió el saludo.

«¿Ni siquiera le reconoce? —me preguntó Betancourt en voz baja—. Es Carlos Montaña. ¿Le encuentra cambiado?».

Parecía ansioso de que yo encontrara a Carlos muy cambiado. Le dije que suponía que todos habíamos cambiado algo en esos diez años. Además, Carlos se había dejado crecer un buen par de patillas. La mirada de Betancourt admitía que yo, como Carlos, había cambiado, y además, para peor, pero se negaba a aceptar que él también había cambiado. «Tal vez —dijo a regañadientes—, pero la mayoría de nosotros, creo, cambiamos para mejor. ¡El pobre Carlos! No son sólo las patillas y la gordura. Ya sabe, se ha convertido en un auténtico fracasado».

—Un Puss Moth —le dijo don Genaro a Stepanov—. Lo volé media hora ayer, muy chic. Quizá lo compre. Necesito algo muy rápido. También

tiene que ser ligero, pero sobre todo rápido. Tiene que ser algo de lo que yo pueda disponer en cualquier momento.

Stepanov era un piloto experto. Destacaba en todas las actividades que don Genaro respetaba. Don Genaro le escuchaba atentamente, mientras Stepanov le daba algunos claros y sensatos consejos sobre aeroplanos: qué clase comprar, cómo mantenerlos y lo que se podía esperar de los aeroplanos en general.

—¡Aeroplanos! —dijo Kennerly al escucharlos—. No subiría con un piloto mexicano ni por todo el oro del…

—¡Aeroplano! ¡Por fin! —gritó doña Julia, como una niña tiernamente embelesada. Se inclinó sobre la mesa para llamar en español con suavidad, como para despertar a alguien—. ¡Carlos! ¿Oyes? ¡Genarito me va a comprar un aeroplano, al fin!

Don Genaro continuó hablando con Stepanov como si no lo hubiera oído.

—¿Y qué harás con él? —preguntó Carlos, con sus ojos redondos y amables bajo sus pobladas cejas.

Sin levantar la cabeza de su mano, siguió disfrutando muchísimo de sus frijoles fritos con salsa chile verde a la manera tradicional mexicana, con una cuchara.

—Haré piruetas con él —dijo doña Julia.

—Un auténtico fracasado —continuó Betancourt en inglés, pues así Carlos no le entendía—, aunque debo decir que hoy está peor que nunca. Esta semana se ha resbalado en la bañera y se ha lastimado.

Aquel accidente parecía ser otro punto en contra de Carlos, una simbólica demostración de su fatal tendencia a la decadencia.

—Tenía entendido que él había compuesto la mitad de las canciones populares de México —dije—. Hace diez años, sólo se escuchaban sus canciones. ¿Qué pasó?

—Ah, ya hace diez años de eso, no lo olvide. Ahora no hace casi nada. ¡No dirige el teatro Joya desde hace siglos!

Contemplé al gran fracasado. Parecía bastante alegre. Marcaba el ritmo con el mango de su cuchara y canturreaba una canción a Andreiev, que escuchaba, asintiendo con la cabeza. «Así, dos compases —decía Carlos en francés—, luego así. —Y marcó el ritmo canturreando—. Luego así, para el baile…». Andreiev musitó la melodía y dio golpecitos en la mesa con el índice izquierdo, agitando ligeramente la mano derecha. Betancourt los contempló un momento: «Se siente mejor ahora, pobrecillo —dijo— y ahora

le he conseguido este empleo. Puede ser un nuevo comienzo para él. Pero suele estar cansado, bebe demasiado y no siempre puede dar lo mejor de sí mismo».

Carlos se había hundido en su silla, aflojando los hombros redondos, mientras los párpados hinchados le cubrían los ojos y hurgaba con impaciencia en su plato de tortitas de maíz con nata agria. «Ya verás —le dijo a Andreiev en francés— como a Betancourt tampoco le gustará esta idea. Habrá algo malo en ella… —comentó de manera abierta y desenfadada pero dejando todavía una desdichada certidumbre—. No será bastante moderna, bastante antigua o bastante mexicana… Ya verás».

Betancourt había pasado su juventud desvelando los obstinados secretos de la armonía universal por medio de la neurología, la astronomía, la astrología, una fórmula de transmisión del pensamiento y respiración profunda y la práctica de la voluntad de poder combinada con las últimas teorías estadounidenses del desarrollo de la personalidad. Se trataba de mezclar determinadas ceremonias mágicas complicadas con una cuidadosa selección de doctrinas de varias escuelas de filosofía oriental que, de vez en cuando, se introducían con gran éxito en California. Con ese material había construido su modo de vida, cuya enseñanza estaba al alcance de quien quisiera y, una vez aprendido, conducía a los iniciados, tranquila y seguramente, al éxito; éxito sin dolor, casi sin ningún esfuerzo que no fuese agradable, éxito acompañado de belleza moral y estética, así como también de la recompensa material más tentadora. La riqueza, por supuesto, no podía ser un fin en sí misma; la riqueza sola no constituía un éxito, pero sí era la discreta compañera de todo triunfo auténtico. Desde ese punto de vista, describía con todo detalle el devenir de Carlos: Carlos siempre había desdeñado las leyes eternas. Sencillamente, había escrito sus melodías sin dedicar un pensamiento a las más profundas deducciones que se pueden sacar de la música, basada como está en el sistema armónico de las esferas… Betancourt se lo había advertido muchas veces a Carlos. No había servido de nada. Carlos había seguido buscando su propio destino.

«Se lo he advertido también a usted —me dijo amablemente—. Me he preguntado muchas veces por qué no quiere o no puede aceptar los misterios que le abrirían una casa llena de tesoros… Todo es posible a través de la intuición científica. Si usted depende del mero intelecto, fracasará».

«Fracasarás», era la cantinela que durante todo ese tiempo había estado repitiendo al pobre y simple Carlos. «Ha fracasado», nos repetía a los demás. Y contemplaba casi con afecto su obra, allí presente: un hombre un tanto

sucio y melancólico, que en su día había hecho una labor apreciable y que todavía no estaba completamente acabado. La elegante y ligera figura que tenía a mi lado se sostenía con gracia sobre su esbelta columna vertebral. Sus delicadas manos, demasiado hermosas, se movían con ritmo sobre dos muñecas finísimas. Recordé todo lo que Carlos había hecho por Betancourt durante años; a su manera impremeditada y terriblemente humana, había echado sobre aquellas delgadas espaldas una carga de gratitud imposible de soportar. Betancourt había puesto en movimiento toda la maquinaria de leyes de la armonía universal que podía manejar para que le ayudaran a vengarse de Carlos. Era un trabajo lento, pero él nunca se cansaba.

—No logro entender a qué se refiere usted cuando habla de fracaso o de éxito —le dije al fin—. Verá: nunca lo he comprendido.

—Es cierto, nunca lo ha comprendido —confirmó—: ese es el gran inconveniente.

—En cuanto a Carlos —comenté—, debe perdonarle…

—Ya sabe que nunca culpo a nadie por nada —dijo Betancourt con toda sinceridad.

Carlos se acercó y me dio la mano mientras todos corrían hacia atrás sus sillas y empezaban a marcharse por una u otra puerta. Se sentía completamente cercano y preocupado por Justino y sus dificultades.

—Esos líos amorosos entre familiares —dijo—. ¿Qué se puede esperar?

—Oh, no, ahora… —dijo Betancourt, incómodo, riendo con su trémula risita gangosa.

—Oh, sí, ahora… —dijo Carlos caminando a mi lado—. Haré un corrido sobre Justino y su hermana.

Comenzó a cantar casi en un susurro, imitando la voz y los gestos de un cantante que soltara sus andanadas de puesto en puesto por el mercado…

¡Ay!, la pobre Rosalita
tomó un nuevo amante,
traicionando el corazón
de su hermano apasionado…

Ya está muerta Rosalita,
con dos balas en el pecho…
Recuerden, hermanitas,
fue su hermano quien lo hizo.

—Una bala —dijo Betancourt apuntando con un largo dedo a Carlos—. ¡Una sola bala!

Carlos rió.

—Muy bien, ¡una bala! ¡Qué detallista! Buenas noches —dijo.

Kennerly y Carlos desaparecieron temprano. Don Genaro se pasaba las noches jugando al billar con Stepanov, que siempre ganaba. Don Genaro era muy bueno en el billar, pero Stepanov era todo un campeón; atesoraba cientos de trofeos, así que no constituía ninguna humillación ser derrotado por él.

En la habitación superior al vestíbulo, llena de corrientes de aire y decorada como salón, Andreiev hacía girar el dispositivo mecánico del piano y cantaba canciones rusas, recorriendo las teclas con las manos, confiando en recordar otras letras más. Doña Julia y yo nos sentamos a escucharlo. Cantaba para nosotras, pero sobre todo para él mismo, con el mismo olvido deliberado de lo que le rodeaba y la misma abstracción voluntaria que le habían llevado a hablar de Rusia por la tarde.

Nos quedamos hasta muy entrada la noche. Doña Julia sonreía formalmente cada vez que su mirada se cruzaba con la de Andreiev o con la mía, tapándose la boca al bostezar de vez en cuando, al tiempo que su pequinés se acomodaba y resoplaba en su regazo.

—¿No está cansada? —le pregunté—. ¿No deberíamos retirarnos ya?

—Oh, no, sigamos con la música. Me encanta pasar la noche en vela. Si puedo tenerme en pie nunca me acuesto. No se vayan todavía.

A la una y media, Uspenski hizo llamar a Andreiev y a Stepanov. Estaba desvelado, con fiebre y deseaba conversar. «Ya he mandado por el doctor Volk —dijo Andreiev—. Es mejor no retrasarlo».

Doña Julia y yo bajamos al salón de billar, donde Stepanov y don Genaro anotaban los tantos, para divisar como espectadores. Había varios indios acodados en las ventanas, con sus grandes sombreros de paja echados sobre la frente, observando también en silencio.

—Entonces, ¿no vas a México esta noche? —preguntó doña Julia a su marido.

—¿Por qué tendría que ir? —inquirió él con brusquedad, sin mirarla.

—Pensaba que irías —dijo doña Julia—. Buenas noches, Stepanov —dijo, con sus negros ojos brillando bajo los largos párpados pintados de azul plata.

—Buenas noches, Julita —respondió Stepanov, con una franca sonrisa sureña que quería significar todo o nada.

Cuando no sonreía, su rostro se mostraba severo, expresivo y muy enérgico. Su sonrisa era engañosamente simple, como la de un muchacho muy joven. Y Stepanov podría ser muchas cosas, pero en absoluto simple; en aquel momento sonreía como un alegre libro abierto hacia la absurda figurita extraída de un teatro de marionetas. Volviéndose, doña Julia le dirigió la centelleante mirada de una *femme fatale* de cualquier película de Hollywood. Él examinó la punta de su taco de billar como quien mira por un microscopio. Don Genaro irrumpió violentamente: «¡Buenas noches!», y desapareció desairado por la puerta que llevaba al patio.

Doña Julia y yo pasamos a sus aposentos, a una larga habitación de techo bajo entre el billar y la bodega de pulque. Había una profusión de cálidas sedas, reflejadas en la madera recién lustrada y en los enormes espejos, que reproducían la gran cantidad de pequeños adornos que ocupaban la estancia: cajas de dulces, muñecas francesas con faldas abullonadas y pelucas blancas. El aire estaba cargado de un perfume que luchaba con otro olor más fuerte. De la bodega de pulque llegaba un continuo clamor apagado, el retumbo de las barricas al rodar por el tobogán de madera hacia el chato carro de mulas que esperaba su carga en el camino que conducía al portalón de salida. El olor no se había ido ni un instante de mis fosas nasales desde mi llegada, pero ahí parecía un vapor tan espeso que atravesaba el pesado zumbido de las moscas, y te llegaba agrio y rancio, como leche y sangre fermentadas; ese sonido y ese olor eran inseparables, y ambos, a su vez, eran inseparables del intermitente retumbo de las barricas y de la queja monótona de los indios. En aquella estrecha escalera, me volví para observar a doña Julia. Miraba hacia arriba, frunciendo su pequeña nariz, mientras su pequinés, cuyo hocico mantenía un gesto de perpetuo disgusto, se le pegaba al rostro. «¡Pulque! —dijo—. ¿No es horrible? Espero que el ruido no le impida dormir».

En mi balcón ya no había ningún perfume que alterara el penetrante y fino viento de las montañas ni el olor de la bodega de pulque. «Veintiuno», cantaron los indios en un largo y melodioso coro agotado y agitado, y la vigésima primera barrica de pulque fresco rodó por la pendiente, y dos hombres la cogieron y la cargaron hasta el carro que esperaba bajo mi ventana.

En la ventana contigua, las tres voces rusas murmuraban en voz muy baja. Los cerdos gruñían y hozaban en el lodo blando que rodeaba el lavadero, donde las mujeres seguían arrodilladas en la oscuridad, golpeando la ropa mojada contra las piedras, parloteando y riendo. Todas las mujeres parecían

reír aquella noche; pasada la medianoche, aquel sonido claro y agudo salía chisporroteando de vez en cuando de la larga hilera de las barracas de los peones, que rodeaban el corral. Los burros sollozaban y se lamentaban, la somnolienta vigilia de las criaturas provocaba por todas partes golpes de cascos, resuellos y bufidos. Abajo, en la bodega de pulque, una voz aislada cantó de pronto una docena de notas de alguna canción obscena; las mujeres en el lavadero callaron un momento y después rieron quedo entre ellas. Hubo una ligera agitación en el arco de la puerta que llevaba al patio interior; uno de los carísimos perros adiestrados había perdido toda su dignidad y ahuyentaba con gruñidos muy molestos a un soldadito de trasero gordo hacia donde debía estar, en las barracas que se levantaban junto al muro opuesto al muro donde se encontraban las chozas de los indios. El soldado se apresuraba y daba traspiés silenciosamente, sin oponer resistencia, mientras agitaba su tenue linterna con violencia. En un punto concreto, como si allí estuviese una invisible línea fronteriza, el perro se detuvo, contempló al soldado corriendo y regresó a su puesto bajo la arcada. Los soldados, enviados por el gobierno como guardia contra los agraristas, se despatarraban ociosos, comiendo sus frijoles a expensas de don Genaro. Él los toleraba y se sentía agraviado por su presencia, como también les ocurría a los perros.

Me dormí con el largo canturreo de los indios que contaban sus barricas en la bodega de pulque y desperté al amanecer. Un amanecer de verano acompañado con su largo y triste canto matinal, con el ruido de metal y cuero duro y las coces de las mulas al ser uncidas a los carros… Los conductores hacían restallar sus látigos y gritaban. Los carros cargados crujían y resbalaban alejándose en procesión, para llegar al tren de pulque que iba a Ciudad de México. Los peones salían hacia los campos de maguey conduciendo sus asnos. Y también gritaban y fustigaban a los asnos con varas, pero los animales ni se apresuraban ni se rebelaban. Otro día de trabajo, otro día de fatiga. Un chiquillo de tres años corría junto a su padre montando un asno apenas destetado, que cargaba dos toneles diminutos sobre su lomo peludo. Esas dos criaturitas imitaban a la perfección, cada una en su papel, los gestos de sus mayores. El niño fustigaba y gritaba, el asno avanzaba penosamente y agachaba las orejas a cada golpe.

—¡Dios mío! —dijo Kennerly después del café, una hora más tarde—. ¿Recuerda usted…? —Ahuyentó una nube de moscas y llenó su taza con una mano vacilante—. Me he pasado toda la noche pensándolo y no he podido dormir… ¿No recuerda —imploró a Stepanov, que cubría su taza de café con

una palma mientras terminaba su cigarrillo— aquellas escenas que filmamos hace sólo dos semanas, cuando Justino representaba a un muchacho que mataba a una joven por accidente, trataba de escapar y Vicente era uno de los hombres que le perseguían a caballo? ¡Sí, es lo mismo que le ha ocurrido a la misma gente en la realidad! Y… —se volvió hacia mí— lo más extraño es que tendremos que repetir esa escena, pues no salió tan bien y, mire, Dios mío, ¡sucedió en la realidad y nadie cayó en la cuenta! Era perfecto. Podríamos haber hecho un primer plano de la muchacha, muerta de verdad, y podríamos haber filmado la sangre de verdad que le corría por la cara de Justino donde Vicente le golpeó, y, ¡Dios mío!, ni lo pensamos. Esos hechos —dijo con amargura— han estado sucediéndose desde nuestra llegada. Ocurren constantemente… Y me pregunto qué pasó para que nadie…

Clavó la vista en Stepanov con aire acusador. Stepanov levantó la palma de la taza y, ahuyentando moscas, bebió.

—Quizá la luz no fuera buena entonces —dijo.

Sus ojos se abrieron y se cerraron mirando a Kennerly, como si hubiesen tomado una instantánea de algo y aquel episodio estuviera terminado.

—Si quiere verlo así… —dijo Kennerly con resentimiento—; pero después de todo, ahí estaba, había sucedido, no era culpa nuestra y bien podríamos haberlo utilizado.

—Siempre podemos repetirlo —dijo Stepanov—. Cuando Justino vuelva y la luz sea mejor. La luz —me dijo— es nuestro eterno enemigo. Aquí sólo hay un día bueno cada cinco, o incluso menos.

—Imagínese —acotó Kennerly, lanzándose a fondo—, sólo trate de imaginar que… cuando ese pobre muchacho regrese, tendrá que repetir la misma escena que ya ha vivido dos veces, una en la ficción, otra en la realidad. ¡La realidad! —Se pasó la lengua por los labios—. Piense en cómo se sentirá. Vaya, se volverá loco.

—Si regresa —dijo Stepanov—, deberemos considerarlo.

En el patio, media docena de muchachos indios, vestidos con camisas blancas y andrajosas que dejaban al descubierto su suave piel leonada, echaban sobre los caballos de lomos brillantes grandes sillas de gamuza con bordados de plata y nácar. Las mujeres volvían al lavadero. Los cerdos estaban fuera hozando en sus charcas favoritas, y en la bodega, silenciosamente, los trabajadores diurnos rellenaban los recipientes de piel de toro con jugo de pulque recién extraído. Carlos Montaña también había salido temprano y disfrutaba del fresco aire de la mañana, observando a tres perros que arreaban un cerdo de largas patas desde la charca hacia el chiquero. El

cerdo, sin dejar de chillar, galopaba como un caballito de feria hacia la conocida seguridad de su pocilga, con los perros pisándole los talones para obligarlo a moverse a toda velocidad. Carlos rugía de alegría agarrándose las costillas y los muchachos indios reían con él.

El capataz español, al que le habían asignado uno de los papeles de villano en la película, salió con un nuevo par de pantalones de montar ceñidos, de gamuza y con bordados de plata, como las sillas, y se recostó en el largo banco próximo a la arcada, frente al gran corral donde estaban los indios y los soldados. Allí pasaba casi todo el día, como lo había hecho durante años y como tal vez lo hiciera durante muchos más. Su largo y torcido rostro de español norteño revelaba un aburrimiento mortal. Bajó la cabeza con la gorra inglesa calada hasta sus ojos juntos, y ni siquiera echó una mirada para ver de qué se reía Carlos. Andreiev y yo llamamos a Carlos y se acercó a nosotros enseguida. Todavía reía. Parecía haber olvidado el cerdo y se reía del capataz, que ya tenía cuarenta pares de caprichosos pantalones de charro, pero que como había pensado que ninguno de ellos era lo bastante bueno para la película, había encargado que le hicieran, con gran gasto, el par que entonces lucía y que le iban demasiado estrechos. Esperaba que cedieran con el uso diario. Era completamente desdichado porque, en fin, solo vivía para sus pantalones.

—El único aliciente que tiene en su vida —dijo Andreiev— es ponerse cada día un par diferente de caprichosos pantalones y sentarse en ese banco esperando que suceda algo, cualquier cosa.

Comenté que ya habían sucedido muchas cosas en las últimas semanas… o, al menos, en los últimos días.

—Oh, no —dijo Carlos—, nada que dure lo suficiente. Me refiero a un verdadero alboroto, como en la última incursión de los agraristas… Había ametralladoras en las torres y aquí todos los hombres iban armados con un rifle y una pistola. Fue su gran momento. Lograron rechazar a los asaltantes y luego quemaron el resto de sus municiones disparando al aire a modo de celebración, pero al día siguiente estaban aburridos. Querían repetir todo el espectáculo. Fue muy difícil explicarles que la fiesta había terminado.

—Entonces, ¿odian realmente a los agraristas? —pregunté.

—No, les encanta el alboroto —dijo Carlos.

Recorrimos la bodega, sorteando los charcos del jugo que impregnaba el suelo resbaladizo, deteniéndonos distraídamente a mirar, sin comentarios, las moscas que se ahogaban en el hediondo licor que rezumaba de las peludas pieles de toro colgados entre las estructuras de madera. María Santísima

ocupaba remilgada su nicho pintado de azul con un marco de flores de papel cagadas por las moscas y una luz perpetua a sus pies. Las paredes estaban pintadas con un mural al fresco descolorido en el que se relataba la leyenda del pulque: una joven india descubrió ese divino licor y se lo llevó al emperador, quien la recompensó generosamente, y a su muerte, ella se convirtió en una semidiosa. Una antigua leyenda, tal vez la más antigua: algo relacionado con la confusa veneración y el terror del hombre por la fertilidad de las mujeres y de la vegetación…

Betancourt se detuvo en la puerta, olfateando con todo valor el aire. Miró las paredes con ojo de experto.

—Constituye un buen ejemplo —dijo sonriendo ante el fresco—, el ejemplo perfecto, en realidad… Los más viejos son siempre los mejores, por supuesto. Los españoles —argumentó— encontraron pinturas murales en las pulquerías precolombinas… siempre con esta misma leyenda. Así sigue siendo. Nada se termina —movió su larga mano hermosa—, sigue siendo y se transforma poco a poco en otra cosa.

—Yo diría que en cierto modo eso es terminar —dijo Carlos.

—Oh, bueno, para ti —dijo Betancourt, sonriendo con inmensa indulgencia para con su viejo amigo, que se había ido transformando gradualmente en otra cosa.

A las diez en punto apareció don Genaro, dispuesto a visitar al juez del pueblo una vez más. Doña Julia, Andreiev, Stepanov, Carlos y yo paseábamos por las terrazas bajo una luz en que se alternaban el sol y las nubes, mirando el inmenso paisaje de campo y montaña. Stepanov llevaba su pequeña cámara y nos hizo algunas fotografías con los perros. Ya nos habíamos hecho retratar en la escalinata con un burrito recién nacido y bebés indios; en la fuente, sobre la larga terraza superior del sur, donde vivía el abuelo; ante la puerta cerrada de la capilla (con Carlos representando el papel de un gordo cura beato); en el patio más alejado, con las ruinas del baño de piedra del viejo monasterio y en la pulquería.

Así que estábamos cansados de fotografías y descansamos juntos en la terraza para ver partir a don Genaro… Bajó de un salto los bajos escalones mientras media docena de muchachos indios retrocedían para dejarle paso, y se precipitó sobre la silla de su yegua árabe; su acompañante soltó las bridas al instante, saltó sobre su propio caballo y don Genaro salió del corral galopando como si se lo llevara el diablo, seguido por su hombre que montaba seis metros por detrás. Perros, cerdos, burros, mujeres, bebés, muchachos y pollos se dispersaban y volaban en cuanto aparecía. Unos

soldados abrieron los portalones exteriores cuando se acercaba y los dos salieron a toda carrera, desapareciendo en la hondonada del camino…

—Ese juez nunca dejará ir a Justino sin que le dé el dinero, lo sé, y todo el mundo lo sabe. Genaro lo sabe. Sin embargo, irá y peleará y peleará —dijo doña Julia con su voz suave y monótona, sin reproches.

—Oh, es muy difícil que consiga su mordida —dijo Carlos—. Si Velarde manda recado, veréis… ¡Justino saldrá! ¡Así! —Y lanzó un guisante imaginario con el índice y el pulgar.

—Sí, ¡pero no olvides que Genaro tendrá que pagar de alguna forma a Velarde! —dijo doña Julia—. Demasiado complicado, cuando la película iba tan bien. —Y miró a Stepanov.

—Quédese así —dijo él—, solamente un segundo.

Levantó su cámara y apretó el disparador; luego se volvió y miró a través de la lente a una figura en el patio inferior. En escorzo, sucio blanco grisáceo contra la sucia pared amarilla grisácea, con el sombrero sobre los ojos y los brazos cruzados, Vicente estaba inmóvil. Llevaba así un buen rato, mirando. Finalmente, se movió; echó a andar de pronto con decisión, casi hasta el portal; entonces volvió a detenerse, mirando, enmarcado por la arcada. Stepanov le hizo otra fotografía.

Le dije a Andreiev, caminando, en un breve aparte:

—Me pregunto por qué no dejó escapar a su amigo Justino o al menos le dio la oportunidad de hacerlo… ¿Por qué fue tras él?

—Venganza —dijo Andreiev—. Imagínese, un amigo que le traiciona, y además con una mujer y una hermana. Estaba furioso. Tal vez no supiera lo que estaba haciendo… Ahora supongo que lo lamenta.

Al cabo de dos horas, regresaron don Genaro y su asistente; se acercaban a la hacienda a buen paso, pero, una vez estuvieron completamente a la vista, fustigaron sus caballos y cargaron hacia el patio, imitando el mismo estilo con que habían partido. Los sirvientes, súbitamente despiertos, corrían de un lado para otro, subían y bajaban, daban vueltas y vueltas; los animales volvieron a buscar refugio. Tres muchachos indios se lanzaron hacia las bridas de la yegua, pero Vicente se adelantó. Saltó y bailó mientras la yegua corcoveaba y meneaba la cabeza, con los ojos fijos en don Genaro, quien saltó al suelo con la ligereza de un acróbata y echó a andar sin expresión alguna en la cara.

No había conseguido nada. El juez seguía queriendo dos mil pesos para liberar a Justino. Tal vez fuese la respuesta que Vicente esperaba; pasó toda la tarde sentado contra la pared, las rodillas bajo el mentón con el sombrero

sobre los ojos y sus pies, con raídas sandalias, cayendo flojos hacia los laterales. En media hora la mala noticia fue conocida hasta por el hombre más alejado en los campos de maguey. En la mesa, don Genaro comió y bebió con prisa y en silencio, como un hombre que debe alcanzar el último tren para un viaje del cual depende su vida. «No, no lo toleraré —estalló, golpeando la mesa junto a su plato—. ¿Sabéis qué me dijo ese imbécil de juez? Me preguntó por qué me preocupaba tanto por un peón. Le dije que mis preocupaciones son asunto mío. Añadió que había oído decir que aquí estábamos haciendo una película con hombres que se mataban entre ellos. Concluyó diciendo que tenía una partida de presos esperando ser fusilados y que le encantaría enviarlos para que los matáramos en la película. No entendía por qué, dijo, fingíamos las muertes cuando podíamos disponer de toda la gente que necesitáramos para matarla de verdad. También considera que Justino debe ser fusilado. ¡Que lo intente! ¡Pero jamás le daré dos mil pesos!».

Al caer el sol, los hombres que guiaban los burros regresaron de los campos de maguey. Los trabajadores de la bodega empezaron a llenar las barricas con el pulque fermentado y a verter el agua de maguey fresca en los hediondos recipientes de cuero. El canto, la cuenta y el rodar de barricas por la pendiente se reinició por la noche. La blanca corriente de pulque fluía sin pausa; en todo México los indios beberían el licor de un blanco cadavérico, tragarían olvido y tranquilidad a raudales, y el dinero de un blanco plateado afluiría en las arcas gubernamentales; don Genaro y los demás se irritarían y maldecirían; los agraristas harían incursiones, y ambiciosos políticos de la capital robarían a diestro y siniestro lo suficiente para comprar haciendas como esas. Todo estaba perfectamente organizado.

Pasamos la velada en la sala de billar. El doctor Volk había estado una hora con Uspenski, que tenía una simple inflamación de garganta y una amenaza de amigdalitis. El doctor Volk le curaría. Entretanto, jugó una partida de billar con Stepanov y don Genaro. Era un médico espléndido, escrupuloso y trabajador, un ruso, y no podía ocultar su felicidad por estar una vez más entre rusos, por tener un pequeño descanso con un paciente que, después de todo, no estaba muy enfermo, y una oportunidad de jugar a su adorado billar. Cuando le tocó el turno, se encaramó sonriendo al borde de la mesa, se encorvó sobre el paño verde, cerró un ojo, balanceó su taco, miró y lo balanceó de nuevo. Sin tirar, bajó de la mesa, sonriendo, se colocó en otro ángulo, volvió a mirar, se inclinó casi hasta la horizontal, miró, tiró y falló sonriendo. Luego le tocó a Stepanov. «Sencillamente, no lo entiendo», dijo el

doctor Volk sacudiendo la cabeza y mirando a Stepanov con tan intensa admiración que los ojos se le llenaron de lágrimas.

Andreiev estaba en un taburete bajo, tocando la guitarra y cantando canciones rusas en un constante murmullo. Doña Julia se acurrucó en el diván cerca de él, con su pijama negro y su perrito pequinés alrededor de su cuello como si fuera una bufanda. La bestia resoplaba, gruñía y revolvía los ojos en un desmayo de tenue alegría. Los perros grandes olisqueaban a su alrededor con la frente contraída y quejosa. El pequeño les lloriqueaba, aullaba y gemía. «No pueden creer que sea realmente un perro», dijo doña Julia, encantada. Carlos y Betancourt estaban sentados a una mesita con partituras y diseños de trajes desparramados ante ellos. Hablaban como si volvieran sobre un tema que les aburriese…

Yo estaba aprendiendo un nuevo juego de cartas con un joven delgado y moreno, una especie de asistente de Betancourt. Su aspecto era impecable; era esbelto y adoraba, según comentaba, la pintura al fresco.

—Solamente modernos —me dijo—, los que siguen el método de Rivera, pero no su estilo tan anticuado. Estoy decorando una casa en Cuernavaca. Venga a verla. Comprobará lo que quiero decir. No debió jugar —agregó—: ahora yo tiro el rey y ya está usted derrotada. —Recogió las cartas y las barajó—. Cuando Justino estaba aquí —dijo—, el director siempre tenía problemas con él en las escenas serias, porque Justino creía que todo era una broma. En las escenas de muerte sonreía con toda la boca y arruinó muchos metros de película. Ahora dicen que cuando Justino regrese nadie tendrá que volver a decirle: «No te rías, Justino, esto es la muerte y no hace gracia».

Doña Julia cambió de postura al pequinés y lo hizo rodar sobre su regazo.

—Olvidará todo en cuanto haya terminado… su hermana… todo —dijo afable, mirándome con sus suaves ojos vacíos—. Son animales. Nada tiene valor para ellos. Y —añadió— quizá no regrese nunca.

Un silencio, que cayó como un breve trance, dominó la habitación en la que todas aquellas personas reunidas por el azar y que no tenían nada que decirse entre sí estaban temporalmente presas. La acción era su única defensa posible contra el aprieto en que se hallaban todos juntos y, por el momento, nada sucedía. La tensión en el aire parecía a punto de estallar cuando Kennerly entró, casi de puntillas, como un hombre que entra en una iglesia. Todos se volvieron hacia él como si fuese, él solo, una partida entera de rescate. Anunció sus malas noticias en voz alta:

—Tengo que volver a Ciudad de México esta noche. Todo son problemas en relación con la película. Será mejor que vuelva allá y los resuelva conversando con los censores. Acabo de hablar sobre el asunto por teléfono y me dicen que corre el rumor de que cortarán un rollo entero… Ya saben, aquellas escenas con los mendigos en la fiesta.

Don Genaro apoyó su taco.

—Yo regresaré esta misma noche —afirmó—, así que puede venir conmigo.

—¿Esta noche? —Doña Julia volvió el rostro hacia él con los ojos bajos —. ¿Para qué?

—Lolita —dijo él, tajante y enfadado—. Debe volver. Tienen que repetir tres o cuatro escenas.

—¡Ah, es maravilloso! —dijo doña Julia enterrando la cara en el pelaje de su perrito—. ¡Maravilloso! ¡Lolita de regreso! Ve a buscarla… ¡No puedo esperar ni un minuto más!

Stepanov se dirigió a Kennerly por encima del hombro, sin hacer el menor intento de ocultar su impaciencia:

—Yo no me preocuparía por los censores… ¡Que hagan lo que quieran!

La mandíbula de Kennerly se contrajo y su voz tembló:

—¡Dios mío! ¡Claro que tengo que preocuparme! Alguien tiene que pensar en el futuro.

Diez minutos más tarde, el poderoso automóvil de don Genaro pasó por delante de la sala de billar y desapareció en el oscuro camino agreste rumbo a la capital.

Por la mañana empezaron a hacer sus preparativos para ir regresando poco a poco a la ciudad, en tren y automóvil. «Quédese —me decía cada uno al marcharse—, volveremos mañana. Uspenski se sentirá mejor y reiniciaremos el trabajo». Doña Julia estaba en cama. Me despedí de ella por la tarde. Parecía adormilada y blanda, acurrucada con el pequinés sobre su hombro. «Mañana Lolita estará aquí y habrá mucho movimiento. Van a repetir algunas de las mejores escenas», me dijo. Yo no podía esperar al día siguiente en aquel ambiente mortal. «Si volviera dentro de unos diez días —me dijo el chófer indio—, vería un lugar diferente. Ahora es triste. Pero entonces, el maíz verde estará maduro y ¡habrá bastante para volver a comer todos!».

Pálido caballo, pálido jinete

Tres novelas cortas

Antiguas muertes

Primera parte: 1885-1902

Era una mujer joven de aspecto resuelto, su cabello era oscuro, rizado y corto con raya a un lado, la cara como un breve óvalo con las cejas rectas y la boca grande y curvada. Un cuello blanco redondo sobresalía de la chaquetilla ajustada y abotonada, y unos puños blancos y redondos resaltaban las manos con hoyuelos que descansaban relajadas sobre los pliegues de su falda de volantes, fruncidos alrededor del polisón. Sentada así, aun fijada para siempre en la pose de ser fotografiada, una imagen inmóvil en su oscuro marco de nogal con hojas de roble plateadas en las esquinas, sus sonrientes ojos grises seguían a quien estuviera en la habitación. Aquella sonrisa, temeraria e indiferente, perturbaba bastante a sus sobrinas Maria y Miranda, quienes solían preguntarse por qué todas las personas mayores que contemplaban esa fotografía decían: «Qué preciosa», y por qué todos los que la habían conocido la consideraron tan bella y encantadora.

Al fondo, con su búcaro de flores y sus cortinas de terciopelo drapeadas —la clase de búcaro y la clase de cortinas que ya nadie tenía—, había una especie de alegría marchita. El vestido no tenía un aire romántico, sencillamente estaba pasado de moda, y todo eso se relacionaba en la mente de las niñas con cosas muertas: el olor de los cigarrillos medicinales de la abuela, sus muebles que olían a cera y su anticuado perfume Flor de Naranjo. La mujer de la fotografía había sido la tía Amy, pero entonces era únicamente

un fantasma en un marco y una historia triste y bonita de otra época. Había sido bella, muy querida, desdichada y había muerto joven.

Maria y Miranda, de doce y ocho años respectivamente, sabían que eran jóvenes, aunque tenían la sensación de haber vivido ya mucho tiempo. No habían vivido solamente los años que tenían, les parecía que sus recuerdos habían comenzado antes de que hubieran nacido, en las vidas de los adultos que las rodeaban, viejos de más de cuarenta años, la mayoría de los cuales se empeñaba en decir que ellos también habían sido jóvenes. Era difícil de creer.

Su padre, Harry, era hermano de la tía Amy. Ella había sido su hermana favorita. A veces él miraba la fotografía y decía: «No es muy buena. Su cabello y su sonrisa eran su principal belleza, pero aquí no lucen nada. Además, era mucho más esbelta. Gracias a Dios nunca ha habido mujeres gordas en la familia».

Cuando oían a su padre decir cosas así, Maria y Miranda sencillamente se preguntaban, sin intención de criticar, qué quería decir. Su abuela era delgada como una cerilla; las fotografías de su madre, que murió hacía ya mucho tiempo, demostraban que había sido casi un pabilo. Apuestas jovencitas que resultaban ser, para asombro de Miranda, también nietas de su abuela, los visitaban durante sus vacaciones escolares y presumían de sus cinturas de cincuenta y cuatro centímetros. Pero ¿qué tenía que decir su padre acerca de la tía abuela Eliza, que apenas cabía por las puertas y que, cuando estaba sentada, era un sólido monumento piramidal del suelo al cuello? ¿Y de la tía abuela Keziah, de Kentucky? Su marido, el tío abuelo John Jacob, se había negado a permitirle montar los caballos buenos cuando ella alcanzó los ciento diez kilos. «No —había dicho el tío abuelo John Jacob—, los sentimientos de caballerosidad no han muerto en mi corazón, pero tampoco ha muerto mi sentido común, por no hablar de la caridad hacia nuestros fieles amigos mudos. Y, entre ambos sentimientos, vence la caridad». Alguien señaló al tío abuelo John Jacob que la caridad debería impedirle herir la vanidad femenina de la tía abuela Keziah con semejante comentario acerca de su figura. «La vanidad femenina se repondrá —contestó el tío abuelo John Jacob, insensible—, pero ¿y el lomo de mis caballos? Si ella hubiese tenido desde el principio la suficiente vanidad femenina, nunca habría llegado a tener esa figura». Bueno, la tía abuela Keziah era famosa por su corpulencia, ¿y acaso no era de la familia? Pero a la memoria de su padre parecía sucederle algo cuando pensaba en las chicas de la familia que había conocido en su juventud y declaraba firmemente que todas habían sido, en todas las

generaciones sin excepción, tan esbeltas como juncos y tan elegantes como sílfides.

Esa lealtad de su padre ante las pruebas contrarias a su ideal se debía a su amor por la familia y a la pasión por la leyenda que compartía con los demás. Les encantaba contar historias románticas y poéticas o divertidas con un humor romántico; no embellecían las circunstancias externas, pues lo que importaba era el sentimiento. Sus corazones y sus fantasías estaban fascinados por su pasado, un pasado en el cual las consideraciones materiales habían desempeñado un papel sin importancia. Sus relatos eran casi siempre historias de amor bajo un cielo luminoso y despejado de un azul celestial.

Las fotografías, los retratos de pintores ineptos que se empeñaban en halagar y las prendas de fiesta dobladas y guardadas entre hierbas secas y alcanfor eran decepcionantes cuando las niñas trataban de ajustarlas a los seres vivos creados en su mente por las palpitantes palabras de sus mayores. Dos veces al año la abuela, impulsada por el cambio de estación, se pasaba casi todo un día sentada al lado de viejos baúles y cajas en el trastero, desdoblando capas de prendas y pequeños recuerdos; los extendía a su alrededor sobre sábanas en el suelo, llorando al ver ciertas cosas, casi siempre las mismas, mirando de nuevo las fotografías de las cajas de terciopelo, desenvolviendo mechones de pelo y flores secas, llorando con dulzura, fácilmente, como si las lágrimas fuesen el único placer que le quedaba.

En esas ocasiones si Maria y Miranda permanecían calladas y no tocaban nada hasta que se les ofreciese, podían quedarse junto a ella o entrar y salir. Había un acuerdo tácito de que su dolor era exclusivamente suyo y ellas no debían advertirlo ni mencionarlo. Las niñas examinaban los objetos, uno a uno, pero en sí mismos no las impresionaban. Unas coronitas de flores y unos collares, algunos de ellos hechos con conchas perladas, eran tan poco atractivos; un montón de plumas de avestruz rosas para el pelo estaban tan apolillados; unos alfileres para la pechera y unas pulseras de oro y esmaltes coloreados eran tan grandes e incómodos; unos peinecillos, pegados a unas púas muy largas y rematados con aljófares y adornos de fantasía, eran tan absurdos. Miranda, sin saber por qué, sentía melancolía. Le apenaba pensar que esas cosas descoloridas —esos guantes largos amarillentos, esas zapatillas de raso deformadas, esas cintas anchas agrietadas por donde estaban dobladas— hubiesen constituido todos los complementos que aquellas muchachas desaparecidas tenían para arreglarse. ¿Y dónde estaban ahora aquellas muchachas y los muchachos que llevaban esos extraños cuellos? Con sus chaquetas abotonadas hasta muy arriba, sus corbatas abultadas, sus

bigotes engominados, su abundante pelo ondulado cuidadosamente peinado sobre la frente los muchachos parecían aún más irreales que las chicas. ¿Quién podía habérselos tomado en serio con aquel aspecto?

No, a Maria y a Miranda les resultaba imposible sentir alguna afinidad con aquellas personas jóvenes, sentadas con muchísima rigidez ante la cámara e irremediablemente anticuadas, pero les atraía y les fascinaba el misterioso amor de los vivos, que recordaban y apreciaban a esos muertos. Los restos visibles no eran nada: eran polvo, perecederos como la carne; los rasgos grabados en el papel y el metal no eran nada, pero su recuerdo vivo encantaba a las niñas. Todas oídos y mentes ávidas, escuchaban y, entre los cabos sueltos de la narración, cogían un detalle de aquí o allá y lo unían lo mejor que podían con otros fragmentos que parecían pedacitos de poesía o de música, pues de hecho estaban relacionados con la poesía que habían oído o leído, con la música y con el teatro.

—Dime otra vez cómo se marchó la tía Amy cuando se casó.

—Salió corriendo al frío gris, entró en el carruaje, se volvió, sonrió con la cara tan pálida como la muerte y gritó: «Adiós, adiós» y, rechazando su capa, dijo: «Dadme un vaso de vino». Y ninguno de nosotros volvió a verla viva.

—¿Por qué no quiso llevar su capa, prima Cora?

—Porque no estaba enamorada, cariño.

La ruina me ha enseñado a rumiar así; el tiempo vendrá y se llevará mi amor.

—¿Era tan bella, tío Bill?

—Como un ángel, niña mía.

Había ángeles de cabellos dorados con grandes faldas azules plisadas bailando alrededor del trono de la Santísima Virgen. Ninguno de ellos se parecía en lo más mínimo a la tía Amy, ni tenía la clase de belleza que les habían enseñado a admirar. Había determinados aspectos por los cuales la belleza de una persona era juzgada severamente. Primero, una mujer bella debía ser alta; cualquiera que fuese el color de sus ojos, el cabello debía ser oscuro, cuanto más oscuro mejor, y la piel debía ser blanca y suave. La ligereza y la rapidez de movimientos eran puntos importantes. Una mujer bella debía ser buena bailarina y magnífica amazona, su actitud debía ser serena y su amable alegría debía estar moderada por la dignidad a todas horas. Y, por supuesto, dientes y manos hermosos, pero, por encima de todo, un misterioso halo de encanto que atraía y cautivaba los corazones. Resultaba tan emocionante como desalentador.

Durante toda su infancia, Miranda persistió en creer, a pesar de su pequeñez, su delgadez, su pecosa naricita respingona, sus ojos grises moteados y sus frecuentes rabietas, que por algún milagro llegaría a convertirse en una morena alta de piel lechosa, como la prima Isabel, y decidió que siempre llevaría un vestido de raso blanco con cola. Maria, sensata de nacimiento, no se hacía ilusiones: «Nosotras vamos a salir a la familia de mamá —dijo—. No hay vuelta de hoja, así es. Nunca seremos mujeres bellas, siempre tendremos pecas. Y tú —le dijo a Miranda— ni siquiera tienes buen carácter».

Miranda admitió la verdad y la justicia de esa afirmación tan poco amable, pero secretamente siguió creyendo que algún día recibiría de pronto la belleza, como una herencia, una riqueza puesta de repente en sus manos sin tener que hacer ningún mérito. Durante bastante tiempo creyó que algún día sería como la tía Amy, no como aparecía en la fotografía, sino como la recordaban los que la habían visto. Cuando la prima Isabel salía con su ajustado traje de montar negro rodeada de jóvenes y montaba con gracia, dominando su caballo con tal autoridad que le hacía cabriolear sin moverse del sitio, bien entrenado, mientras los otros jinetes saltaban a sus sillas con el mismo sosegado revuelo, el corazón de Miranda se encogía con un dardo de admiración, envidia y orgullo indirecto tan agudo que casi le dolía, pero siempre había cerca un adulto que ponía una mano sobre sus emociones para enfriarlas: «Monta casi tan bien como Amy, ¿verdad? Pero Amy dominaba el puro estilo español y era capaz de sacar pasos impensables a un caballo». La joven prima Amy, camino de un baile, cruzaba el vestíbulo vestida de tafetán blanco con volantes fruncidos, brillando como una falena a la luz de las lámparas, con los codos pegados hacia atrás como alas, deslizándose como si fuese sobre patines conforme a los andares que estaban de moda en su época. Se la consideraba la mejor bailarina en cualquier fiesta, y Maria, olfateando la estela de perfume que seguía a Amy, se apretaba las manos y decía: «Oh, no puedo esperar a ser mayor». Pero los adultos estaban de acuerdo en que la primera Amy había sido más ligera, más suave y delicada en su manera de bailar el vals; la joven Amy nunca podría igualarla. La prima Molly Parrington, que había dejado muy atrás su juventud, de hecho pertenecía a la generación anterior a la de la tía Amy, era una gran seductora. Incluso hombres que la habían conocido toda su vida seguían cortejándola, así que estando felizmente viuda por segunda vez, nadie dudaba de que se casaría por tercera vez. La cuestión, comentaban los mayores, era que Amy también era animosa y poseía un ingenio que no caía en el descaro, y añadían que no se

podía decir que Molly fuera una mujer discreta: se teñía el pelo y bromeaba acerca de ello; tenía la costumbre de reunir a los hombres a su alrededor en un rincón para contarles historias; era una madre desnaturalizada, cuya fea hija Eva era una solterona de más de cuarenta años, mientras su madre seguía siendo la beldad del baile. «Nació cuando yo tenía quince años, ¿recuerdas? —decía Molly desvergonzadamente, mirando a los ojos a un viejo petimetre, mientras ambos recordaban que él había sido padrino en su primera boda, cuando ella tenía más de veintiún años—. Todo el mundo decía que parecía una niña con su muñeca».

Eva, tímida, sin barbilla, siempre esforzándose por cubrir dos enormes dientes con su labio superior, se sentaba en un rincón y observaba a su madre. Parecía hambrienta, sus ojos estaban cansados. Llevaba los vestidos viejos de su madre arreglados y enseñaba latín en un colegio femenino. Era partidaria de conceder el voto a las mujeres y había viajado dando discursos. Cuando su madre no estaba presente, Eva florecía un poco, bailaba bien, sonreía enseñando todos sus dientes y era como una plantita seca a la que se pone bajo una suave lluvia. A Molly le divertía su patito feo: «Es una suerte para mí que mi hija sea una solterona. No es muy probable —decía traviesa— que me haga abuela».

Eva se sonrojaba como si la hubiesen abofeteado.

Eva era una mancha en la leyenda familiar, sin duda, pero las niñas sentían que pertenecía a su mundo diario de lecciones aburridas que aprender, zapatos duros que amoldar, franela áspera que soportar cuando hacía frío, sarampiones y expectativas frustradas. La tía Amy pertenecía al mundo de la poesía. El romanticismo de la larga historia de amor no correspondido del tío Gabriel por ella y su temprana muerte parecían pertenecer a una historia de las que se encuentran en los libros antiguos: libros de otro mundo, pero verdaderos, tales como *Vita Nuova*, los *Sonetos* de Shakespeare, *Wedding Song* de Spenser y los poemas de Edgar Allan Poe. «Su espíritu atormentado reposa ahora suavemente, olvidando o al menos sin lamentar sus rosas…», les leyó su padre y dijo: «Fue nuestro poeta más grande», y ellas supieron que «nuestro» significaba que era del sur. La tía Amy era real del mismo modo en que lo eran las imágenes de los viejos libros de Holbein y Durero. Las niñas se tumbaban boca abajo y se asomaban a un mundo de maravillas, volviendo las páginas gastadas que se desprendían fácilmente, sin sorprenderse al ver a la Madre de Dios sentada en un tronco hueco amamantando al Niño; sin cuestionar a la Muerte o al Diablo montados en los estribos del sombrío caballero; sin poner en duda el decoro de las damas vestidas con toda

formalidad en el hogar de Tomás Moro, que según parecía sabían sentarse en el suelo con mucha dignidad. Se perdieron todas las exposiciones de perros y de ponis y los espectáculos de linterna mágica, pero su padre las llevó a ver *Hamlet*, *La fierecilla domada* y *Ricardo III* y una obra larga y triste en la que aparecía María, la reina de los escoceses. Miranda pensó que la espléndida dama vestida de terciopelo negro era verdaderamente la reina de los escoceses y le dolió saber que la verdadera reina había muerto hacía mucho tiempo y no la noche en que ella, Miranda, había estado presente.

A las niñas les encantaba el teatro, ese mundo de personajes más altos que los seres humanos, que entraban majestuosamente en escena y la investían de dignidad con su presencia, sus voces sobrehumanas y sus gestos de dioses y diosas gobernando su universo, pero siempre había alguien que recordaba otras ocasiones más grandiosas. La abuela había oído en su juventud a Jenny Lind y consideraba que Nellie Melba había sido muy sobreestimada. Papá había visto a la Bernhardt, con quien no podía compararse madame Modjeska. Cuando Paderewski tocó por primera vez en la ciudad, acudieron primas y primos de todo el estado y salieron de casa de la abuela para ir a escucharlo. Las niñas quedaron excluidas de ese gran acontecimiento. Compartieron la emoción de la salida y el hermoso momento del regreso, cuando los primos estaban de pie en grupos, con tazas de café y copas en la mano, hablando en voz baja, impresionados y felices. Las niñas, excitadas por la sensación de un gran acontecimiento, rondaban por allí en camisón sin dejar de escuchar, hasta que alguien se fijó en ellas y las alejó del dulce mundo de toda esa gloria. Un anciano caballero, sin embargo, había oído a Rubinstein con frecuencia. No podía por menos de pensar que Rubinstein había alcanzado las más altas cimas de la interpretación musical y, para él, Paderewski había sido una pequeña decepción. Las niñas oyeron que continuaba murmurando, con una mano levantada, dando palmaditas en el aire como si pidiera silencio. Los demás le miraban y le escuchaban sin que sus palabras alteraran sus estados de ánimo, tan seguros y fascinados estaban. Ellos no habían oído nunca a Rubinstein; ellos habían oído, hacía una hora, a Paderewski, y ¿qué necesidad había de recordar el pasado? Miranda, mientras se la llevaban a la fuerza, comprendiendo a medias al anciano caballero, le odió. Se sentía como si ella también hubiera escuchado a Paderewski.

De manera que no sólo había una vida después de esta, sino que también había otra vida en este mundo; tales episodios les confirmaban a las niñas la nobleza de los sentimientos humanos, la divinidad de la visión del hombre de lo nunca visto, la importancia de la vida y la muerte, las profundidades del

corazón humano, el valor romántico de la tragedia. La prima Eva, en una visita, tratando de que se interesaran por el estudio del latín, les contó la historia de John Wilkes Booth, quien, elegantemente ataviado con una larga capa negra, había saltado al escenario después de asesinar al presidente Lincoln. *Sic semper tyrannis*, había declarado de manera espléndida a pesar de su pierna fracturada. Las niñas nunca dudaron de que había sucedido exactamente así y la moraleja parecía ser que uno siempre debía saber latín o, por lo menos, haber memorizado una buena cita de poesía clásica para recurrir a ella en los momentos trascendentales o desesperados. La prima Eva les recordó que nadie, ni siquiera un buen sudista, podía aprobar la acción de John Wilkes Booth. Después de todo era un asesinato. No debían olvidarlo, pero Miranda, acostumbrada a la tragedia en los libros y en las leyendas familiares —dos tíos abuelos se habían suicidado y una antepasada remota se había vuelto loca de amor—, consideró que sin el asesinato no habría tenido sentido vestirse elegantemente y saltar al escenario declamando en latín, así que ¿cómo podía condenar aquella acción? Era una hermosa historia. Ella conocía a un caballero anciano, lejanamente emparentado con ellos, que había sido admirador del arte de Booth y le había visto en numerosas obras, pero no, por desgracia, en su momento culminante. Miranda lo lamentaba mucho; habría sido estupendo contar con la historia del asesinato de Lincoln en la familia.

El tío Gabriel, que había amado a la tía Amy tan desesperadamente, todavía vivía, pero Miranda y Maria no le habían visto nunca. Se había marchado lejos, muy lejos, después de la muerte de su amada. Todavía poseía caballos de carreras que competían en los mejores hipódromos del país, y Miranda pensaba que no podía haber ninguna otra profesión con tanto brillo. Se había casado de nuevo, bastante pronto, y le había escrito a la abuela pidiéndole que aceptase a su nueva esposa como una hija en lugar de Amy. La abuela le contestó con frialdad, aceptando a su nueva nuera e invitándoles a que la visitaran, pero por alguna razón el tío Gabriel nunca había aparecido con su esposa. Harry les había hecho una visita en Nueva Orleans y había informado de que su segunda mujer era una chica rubia, bien parecida y educada que sin duda sería una buena esposa para Gabriel. No obstante, el tío Gabriel tenía el corazón roto. Una vez al año, fielmente, escribía una carta a alguien de la familia mandándole dinero para que comprase una corona para la tumba de Amy. Había escrito un poema para su lápida y había viajado a la ciudad, dejando a su segunda mujer en Atlanta, para asegurarse de que fuese bien

tallado. Nunca pudo explicar cómo había escrito aquel poema, pues desde que salió del colegio nunca había intentado escribir una sola rima. Sin embargo, un día, cuando estaba pensando en Amy, se le ocurrió el verso de repente. Maria y Miranda lo habían leído impreso en oro sobre una tarjeta de luto. El tío Gabriel había enviado muchas para que se repartiesen entre la familia.

Vive de nuevo la que sufrió la vida,
luego sufrió la muerte y ahora, liberada,
un ángel cantor, olvida
las penas de la vieja mortalidad.

—¿De veras ella cantaba? —le preguntó Maria a su padre.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó él—. Es un poema.

—Creo que es muy bonito —dijo Miranda, impresionada.

El tío Gabriel era primo segundo de su padre y de la tía Amy. Así que sentía mucho la poesía.

—No está mal para ser una poesía destinada a una lápida —dijo su padre—, pero debería ser mejor.

El tío Gabriel había esperado cinco años para casarse con la tía Amy. Ella había estado enferma, pues era delicada del pecho; se comprometió dos veces con otros jóvenes y rompió los compromisos sin ningún motivo, riéndose de los consejos de algunas personas mayores y más bondadosas que consideraban muy caprichoso por su parte no corresponder a la proposición de un joven tan apuesto y romántico como Gabriel, que además era primo segundo suyo; no sería como casarse con un extraño. Se decía que su frialdad había empujado a Gabriel a una vida irregular e incluso a la bebida. El abuelo de Gabriel era rico y Gabriel era su preferido; en una ocasión acudieron juntos a las carreras de caballos y Gabriel había gritado: «Por Dios Santo, he de tener algo». Como si no tuviese ya todo: juventud, salud, apostura, perspectivas de riqueza y una familia cariñosa. Su abuelo le acusó de ser un verdadero desagradecido y de dar muestras de ser además un manirroto.

—Usted tenía caballos de carreras e hizo algo bueno de ellos —dijo Gabriel.

—Mi supervivencia nunca dependió de ellos —contestó su abuelo.

Gabriel escribía cartas a Amy contándole aquel episodio y otros muchos desde Saratoga, desde Kentucky y desde Nueva Orleans; le enviaba regalos, flores empaquetadas con hielo y telegramas. Los regalos eran divertidos: una enorme jaula llena de periquitos verdes o, como adorno para el pelo, una rosa

abierta de esmalte con gotas de rocío de vidrio y una mariposa esmaltada en vivos colores, suspendida de un alambre de oro, temblorosa sobre ella, pero los telegramas siempre asustaban a su madre, y las flores, después de un viaje en tren y luego en diligencia por todo el país, llegaban muy estropeadas. Enviaba rosas cuando la rosaleda de casa estaba en pleno esplendor. Amy no podía contener una sonrisa, aunque su madre insistía en que era un gesto conmovedor y cariñoso por parte de Gabriel. Así le demostraba a Amy que estaba siempre en sus pensamientos.

«Este no es lugar para mí», decía Amy, pero tenía una forma de hablar, un tono de voz, que hacía imposible descubrir lo que quería decir. Siempre cabía la posibilidad de que estuviese hablando en serio. Y no respondía a las preguntas.

—El traje de novia de Amy —dijo la abuela desplegando una inmensa capa de terciopelo color tórtola, extendiendo a su lado un vestido de muaré gris plata y un sombrerito de terciopelo gris con plumas rojo oscuro.

La prima Isabel, la beldad, estaba sentada con ella. Hablaban entre sí y Miranda podía escucharlas si quería.

—No quiso ir de blanco ni llevar velo —dijo la abuela—. No pude oponerme porque había dicho que mis hijas llevarían exactamente el vestido de novia que deseasen, pero Amy me sorprendió. «¿Qué aspecto tendría vestida de raso blanco?», nos preguntó. Es cierto que era pálida, pero habría parecido un ángel y todos se lo dijimos. «Si lo deseo iré de luto —dijo—, es mi funeral, ya lo sabéis». Le recordé que Lou y tu madre habían ido de blanco y con velo y que me complacería que todas mis hijas fuesen igual. Amy dijo: «Lou e Isabel no son como yo», pero no conseguí que me explicase qué quería decir con ello. Un día, cuando estaba enferma, me dijo: «Mami, no estaré mucho en este mundo», pero no parecía decirlo en serio. Yo le contesté: «Si al menos fueses sensata podrías vivir tanto como cualquiera». «Ese es todo el problema —dijo Amy—. Siento pena por Gabriel: no sabe lo que se está buscando».

»Traté de decirle una vez más —siguió diciendo la abuela— que el matrimonio y los hijos la curarían de todos sus males. “Todas las mujeres de nuestra familia son delicadas de salud en su juventud. A tu edad nadie confiaba en que yo pudiese vivir un año más. Padecía clorosis y todo el mundo sabía que solo había un remedio”. “Aunque viva cien años y me ponga tan verde como la hierba —dijo Amy—, seguiré sin querer casarme con Gabriel”. Así que le dije muy seriamente que si de verdad era eso lo que

sentía, no debía casarse con él, debía decírselo a Gabriel de una vez por todas y romper. Él acabaría superándolo. “Ya se lo he dicho y ya he roto con él —dijo Amy—, pero no me escucha”. Las dos nos reímos y le dije que las chicas jóvenes encontraban cien maneras de negar que deseaban casarse y mil más para poner a prueba su poder sobre los hombres, pero ella ya había jugado bastante y ya era hora de que fuese completamente sincera y tomara una decisión. En cuanto a mí —dijo la abuela—, deseaba con todo mi corazón casarme con tu abuelo y, si él no me lo hubiese pedido, con toda seguridad se lo habría pedido yo. Amy insistió en que no podía imaginarse deseando casarse con nadie. Sería una simpática solterona como Eva Parrington, dijo, porque ya entonces estaba bastante claro que Eva había nacido para solterona. Harry dijo: “Oh, Eva, Eva no tiene barbilla, ese es su problema. Si no tuvieses barbilla, Amy, estarías en el mismo apuro que Eva, sin duda”. Tu tío Bill decía: “Cuando las mujeres no tienen ninguna otra cosa, se agarran a un voto como consuelo, un compañero de cama muy delgado”. “Lo que realmente necesito es una buena pareja de baile que me guíe por la vida —dijo Amy—: ese es el casamiento que estoy buscando”. Era inútil tratar de hablar en serio con ella.

Sus hermanos la recordaban con ternura como una chica sensata. Después de escuchar los comentarios acerca de su carácter y sus costumbres, Maria llegó a la conclusión de que la consideraban sensata porque les pedía consejo acerca de su aspecto cuando iba a salir a bailar. Si ellos encontraban algún defecto, ella se cambiaba el vestido o el peinado hasta que les agradaba su aspecto y ella les decía: «Eres un ángel por no dejar que tu pobre hermana salga hecha un mamarracho». Pero a su padre y a Gabriel no les hacía caso. Si Gabriel alababa el vestido que llevaba era capaz de desaparecer y volver con otro puesto. Él amaba su largo cabello negro y, una vez, alzándolo de la almohada cuando ella estaba enferma dijo: «Me encanta tu pelo, Amy, es el más hermoso del mundo». Cuando volvió a visitarla, la encontró con el pelo cortito y rizado, pegado a la cabeza. Se quedó horrorizado, como si ella se hubiese mutilado por terquedad. Ella se negó a dejárselo crecer de nuevo, ni siquiera para complacer a sus hermanos. La fotografía colgada en la pared se la hizo en aquella época para mandársela a Gabriel, quien se la devolvió sin una palabra. Aquella reacción le encantó e hizo enmarcar la fotografía. Había unos finos garabatos en una esquina: «Para mi querido hermano Harry, a quien sí le gusta mi pelo corto».

Aquella dedicatoria era una maliciosa alusión a un escándalo muy grave. Las niñas solían mirar a su padre, preguntándose qué habría sucedido si

realmente le hubiese dado al joven a quien disparó. Se creía que el joven había besado a la tía Amy, cuando no estaban prometidos en absoluto. El tío Gabriel se enfrentaría en duelo con el joven, pero papá llegó primero. Era un padre amable, normal y corriente, que sentaba a sus hijas sobre sus rodillas si estaban bien vestidas y se portaban bien, y las apartaba si no tenían el pelo recién peinado y las uñas bien restregadas. «Marchaos, me avergonzáis», decía sin alterarse. Se fijaba en si llevaban las costuras de las medias torcidas. Las obligaba a lavarse los dientes con una repulsiva mezcla de tiza preparada, polvo de carbón y sal. Cuando se comportaban como estúpidas no soportaba verlas. Ellas comprendían vagamente que todo eso era por su propio bien pero, cuando les goteaba la nariz a causa de un catarro, les recetaba deliciosos ponches calientes y se encargaba de que se los diesen. Siempre estaba confiando en que al crecer no fuesen tan tontas como le parecían de vez en cuando y tenía una desconcertante manera de preguntar «¿Cómo lo sabes?» cuando hacían afirmaciones dogmáticas olvidando su presencia. Siempre resultaba muy embarazoso responder que no tenían ni idea y que repetían algo que habían oído. Eso hacía difícil la conversación con él, porque les ponía trampas y caían en ellas, pero llegaron a considerar muy importante que su padre no las creyese bobas. Bien, una vez ese mismo padre había escapado a México y se había quedado allí casi un año, porque le había disparado un tiro a un hombre con quien la tía Amy había coqueteado en un baile. Había estado muy mal por su parte, porque debería haber desafiado a aquel hombre a un duelo, como había hecho el tío Gabriel, pero en lugar de eso, él simplemente le disparó, lo que era de pésima educación. Había montado un gran escándalo en toda la población y casi había provocado que la relación entre la tía Amy y el tío Gabriel se rompiese para siempre. El tío Gabriel insistía en que el joven había besado a la tía Amy y la tía Amy insistía en que el joven únicamente le había hecho un cumplido sobre su cabello.

Durante las vacaciones del Martes de Carnaval se celebraría un gran baile de disfraces. Harry iría vestido de torero porque su novia, Mariana, tenía una mantilla de encaje negro nueva y una peineta alta que le había regalado de México. Maria y Miranda habían visto una fotografía de su madre con ese vestido. Su preciosa cara sin pizca de coquetería miraba con expresión grave bajo una tremenda cascada de encaje que caía desde la cima de la peineta, con una rosa firmemente sujeta sobre una oreja. Amy copió su disfraz de una pequeña pastora de porcelana de Dresde que había en la repisa de la chimenea de la sala: una copia cuidadosa con sombrero de cintas, cayado dorado, corpiño de cordones muy escotado, faldas cortas recogidas, zapatillas verdes

y todo lo demás. Lo llevaba con un antifaz negro, pero no le funcionaba como disfraz. «Se podía reconocer a Amy a cualquier distancia», dijo papá. Gabriel, que medía un metro ochenta y ocho, se había vestido para hacer pareja con ella y era todo un espectáculo con unos pantalones de raso azul pálido hasta la rodilla y una peluca de rizos rubios con una cinta. «Se sentía ridículo y sin duda lo estaba —dijo el tío Bill— y se portó de un modo ridículo antes de que acabara la noche».

Todo fue de maravilla hasta que el grupo se reunió en las escaleras para ir al baile. El padre de Amy —debía haber nacido abuelo, pensó Miranda— echó una ojeada a su hija y al ver aquellos blancos tobillos brillantes, los senos casi al aire y dos chapetas redondas de colorete en sus mejillas, enloqueció por semejante ofensa contra el decoro.

—Es vergonzoso —declaró en voz muy alta—. Y ninguna de mis hijas se exhibirá con semejante vestimenta. Es obscena —tronó—. ¡Obscena!

Amy se había quitado el antifaz para sonreírle.

—¿Por qué, papá —dijo con mucha dulzura—, qué tiene de malo? Mira en la repisa de la chimenea. Siempre ha estado allí y tú nunca te has escandalizado.

—Hay una gran diferencia —dijo su padre—, toda la diferencia del mundo, jovencita, y tú lo sabes. Sube ahora mismo, ciérrate ese corpiño con unos alfileres y suéltate esas faldas hasta un largo decente antes de salir de esta casa. ¡Y lávate la cara!

—No veo nada de malo en ese disfraz —dijo la madre de Amy con firmeza— y tú no deberías usar semejante lenguaje delante de muchachas inocentes.

Ella y Amy se sentaron y, con la ayuda de varias sirvientas, resolvieron el asunto rápidamente. Amy regresó a los diez minutos, con la cara lavada, el escote cubierto con un encaje y la falda de pastora barriendo pudorosa la alfombra a su paso.

Cuando Amy salió del tocador para su primer baile con Gabriel, el encaje había desaparecido del corpiño, las faldas estaban arremangadas incluso con más atrevimiento que antes y las chapetas en sus mejillas parecían granadas.

—Dime la verdad, Gabriel, ¿no habría sido una pena estropear mi disfraz?

Gabriel, encantado de que le pidiera su opinión, declaró que era perfecto. Coincidieron, mostrándose amablemente tolerantes, en que los viejos solían resultar molestos, pero no había necesidad de disgustarles

desobedeciéndolos abiertamente, pues habiendo perdido la juventud, ¿qué razón tenían para vivir?

Harry, mientras bailaba con Mariana, que movía con habilidad su pesada cola en torno a sí en cada vuelta del vals, empezó a inquietarse por su hermana Amy; estaba cosechando demasiado éxito. Veía a los jóvenes cruzar la pista en línea recta con los ojos fijos en aquellos tobillos de seda blanca. A algunos de los jóvenes no los conocía en absoluto, pero a otros los conocía demasiado bien y no podía aprobarlos para su hermana. Gabriel, incómodo con su atuendo pastoril de raso y tocado con una peluca, permanecía de pie sosteniendo su cayado con cintas como si le hubiesen salido espinas. Apenas bailó con Amy, no disfrutaba bailando con nadie más y estaba pasando un rato horrible.

Ya tarde, solo, disfrazado de Jean Lafitte, apareció un joven caballero criollo que hacía dos años había estado prometido con Amy durante algún tiempo. Con la actitud de un enamorado feliz fue derecho hacia ella y le dijo lo bastante fuerte para que todos los que estaban cerca le oyesen:

—He venido únicamente porque sabía que estabas aquí. Sólo quiero bailar contigo y luego me iré.

—¡Raymond! —gritó Amy mostrándose tan encantada como si se dirigiera a un amante.

Bailó cuatro piezas con él y después abandonó la pista cogida de su brazo.

Harry y Mariana, vestidos con los típicos disfraces pintorescos, irreprochablemente comprometidos, a salvo en su felicidad, bailaban lentamente su canción favorita, la melancólica despedida del rey moro al abandonar Granada. Se cantaban en un susurro el uno al otro, en su vacilante español, una canción de amor y despedida y esa punzada de dolor que dejan en el corazón sensible todos los demás seres perdidos y desheredados: «Oh, mansión de amor, mi paraíso terrenal… que nunca volveré a ver… ¿Adónde vuela la pobre golondrina, cansada y sin hogar, buscando cobijo donde no hay cobijo? Yo también estoy lejos de casa y no puedo volar… Ven a mi corazón, dulce pájaro, amado peregrino, haz tu nido cerca de mi lecho, deja que escuche tu canto y llore por mi perdida tierra de alegría…».

En medio de esta dicha irrumpió Gabriel. Se había deshecho de su cayado de pastor y llevaba la peluca en la mano. Quería hablar con Harry inmediatamente y, antes de que Mariana supiese lo que estaba ocurriendo, se encontró sentada al lado de su madre y los dos jóvenes se habían ido emocionados. Esperando, preocupada y disgustada, le sonrió a Amy, quien

pasó bailando un vals con un joven vestido de diablo de arriba abajo: unas pezuñas escarlata que no le ajustaban bien. Casi enseguida volvieron Harry y Gabriel con el semblante serio, Harry entró en la pista de baile y regresó con Amy. Les dijo a las muchachas y a sus carabinas que tenían que llevarlas a casa de inmediato. Todo era muy misterioso y repentino, y Harry le dijo a Mariana: «Ya te contaré lo que está ocurriendo, pero ahora no…».

De ese desgraciado incidente la abuela sólo recordaba que Gabriel llevó a Amy a casa y que Harry llegó algo después. Los otros miembros del grupo fueron llegando a distintas horas, así que la historia se fue reconstruyendo progresivamente. Amy estaba silenciosa y, como descubrió su madre más tarde, ardiendo de fiebre. «Vi enseguida que algo iba muy mal. "¿Qué ha pasado, Amy?". "Oh, Harry va por ahí disparándole a la gente en las fiestas", dijo ella, sentándose como si estuviera agotada. "Ha sido por ti, Amy", dijo Gabriel. "Oh, no, no lo fue", dijo Amy. "No le creas, mami". Así que yo les dije: "Basta ya. Dime lo que ha sucedido, Amy". Y Amy me dijo: "Mami, la cosa fue así. Vino Raymond y ya sabes que Raymond me gusta y es buen bailarín. Así que bailamos juntos, tal vez, demasiado. Luego salimos a la galería para tomar el aire y nos quedamos allí. Él dijo: 'Qué bonito tienes el pelo, me gusta este nuevo estilo corto' —le lanzó una mirada a Gabriel—. Y luego vino otro joven y me dijo: 'La he estado buscando por todas partes. Este es nuestro baile, ¿no?'. Y entré a bailar. Y por lo que parece Gabriel salió enseguida y desafió a Raymond a un duelo por alguna razón, pero Harry no se esperó. Raymond ya había salido a pedir su caballo, supongo que uno no se bate en duelo disfrazado —dijo mirando a Gabriel, quien se encogió dentro de su traje pastoril de raso azul— y Harry simplemente fue y le disparó. Creo que no ha sido razonable", dijo Amy».

Su madre coincidió en que sin duda alguna no había sido razonable, ni siquiera decente, así que no podía imaginar qué le había pasado a su hijo Harry para que actuara así.

—Esa no es manera de defender el honor de tu hermana —le dijo más tarde.

—No quería que Gabriel se batiese en duelo —contestó Harry—, pues eso tampoco habría sido muy conveniente.

Gabriel se había quedado de pie al lado de Amy, volcado sobre ella, preguntándole una vez más lo mismo que al parecer le había preguntado durante todo el camino de vuelta a casa.

—¿Te besó, Amy?

Amy se quitó el sombrero de pastora y se echó el pelo hacia atrás.

—Puede que sí —contestó— y puede que yo lo deseara.

—Amy, no debes decir esas cosas —dijo su madre—. Responde a la pregunta de Gabriel.

—No tiene derecho a hacerla —contestó Amy, pero no parecía enfadada.

—¿Le amas, Amy? —preguntó Gabriel, con el sudor humedeciéndole la frente.

—Eso no importa —contestó Amy, recostándose en su butaca.

—Oh, sí importa, importa muchísimo —dijo Gabriel—. Debes contestarme.

Le cogió ambas manos y trató de retenerlas. Ella las retiró con firmeza, de modo que él tuvo que soltarlas.

—Déjala en paz, Gabriel —dijo la madre de Amy—. Será mejor que te vayas ahora. Todos estamos cansados. Ya hablaremos de esto mañana.

Ayudó a Amy a desnudarse y se fijó en el corpiño sin encajes y la falda acortada.

—No deberías haberlo hecho, Amy. No ha sido nada sensato por tu parte. Estaba mejor de la otra manera.

—Mami, estoy harta de este mundo. No me gusta nada de lo que hay en él. Es tan aburrido —dijo, y por un momento pareció que iba a echarse a llorar.

Nunca había sido llorona, ni siquiera de niña, y su madre se alarmó. Fue entonces cuando descubrió que Amy tenía fiebre.

—Gabriel es aburrido, mamá, se enfurruña —dijo—. Le he visto enfurruñado cada vez que nos hemos cruzado. Lo estropea todo. Oh, quiero dormir.

Su madre se quedó sentada mirándola y preguntándose cómo había podido traer al mundo una criatura tan bella.

—Mientras dormía —dijo su madre— su cara era angelical.

Durante aquella noche febril, el duelo previsto entre Gabriel y Raymond fue impedido por el buen hacer de los amigos de ambos contendientes. Quedaba abierta la cuestión del impulsivo disparo de Harry, un problema que no era tan fácil de resolver. Raymond parecía vengativo al respecto y podría causar dificultades. Harry, siguiendo los consejos de Gabriel, de sus hermanos y de sus amigos, decidió que el mejor modo de evitar mayor escándalo era desaparecer durante una temporada. En cuanto lo decidió, los jóvenes regresaron al amanecer, ensillaron el mejor caballo de Harry y le ayudaron a

meter unas cuantas cosas en la bolsa; acompañado por Gabriel y Bill, Harry se dirigió hacia la frontera con bastante buen humor aventurero.

Amy, que había despertado por el jaleo de la casa, descubrió el plan. Cinco minutos después de que se fueran, bajó con traje de montar, hizo ensillar su propio caballo y partió tras ellos. Como cabalgaba casi todas las mañanas, encontraron su nota antes de que sus padres hubieran tenido tiempo de inquietarse por su prolongada ausencia.

Lo que amenazaba con ser una tragedia se convirtió en una simple travesura. Amy cabalgó hasta la frontera, se despidió de su hermano con un beso y regresó con Bill y Gabriel. Era un viaje de tres días y, cuando llegaron, fue preciso desmontar a Amy cogiéndola en brazos. Había caído enferma de verdad, pero estaba de muy buen humor. Su madre y su padre habían estado dispuestos a mostrarse severos con ella, pero al verla sus sentimientos cambiaron. Se volvieron hacia Bill y Gabriel.

—¿Por qué le habéis permitido que hiciera esto? —preguntaron.

—Ustedes saben que no pudimos impedírselo —dijo Gabriel—, ¡y ha disfrutado tanto!

Amy se rió.

—Mami, fue fantástico, el viaje más encantador que he hecho nunca. Y si voy a ser la heroína de esta novela, ¿por qué no sacarle el mayor partido posible?

El escándalo, dedujeron Maria y Miranda, había sido notable. Amy sencillamente se metió en la cama y permaneció en ella sin moverse y Harry continuó huido tan contento a la espera de que el asunto quedase olvidado. El resto de la familia tenía que recibir visitas, escribir cartas, ir a la iglesia, devolver visitas y soportar todo el peso, como ellos decían. Vivían en su pequeño mundo a la luz crepuscular del escándalo, manteniendo la rigidez y padeciendo la misma tensión como si todos sus nervios arrancaran de un centro común. Ese centro había recibido un duro golpe y toda la familia se estremeció tanto que la tensión llegó hasta los más remotos lugares de Kentucky. Desde allí, a su debido tiempo, la bisabuela Sally Rhea le dirigió una carta a «Mifs Amy Rhea». En una tinta de un marrón intenso que parecía sangre seca, con una letra de patas de araña cargada de símbolos y abreviaturas arcaicos, la tía bisabuela Sally informaba a Amy de que estaba convencida de que esa calamidad era solamente el anuncio de una serie de desgracias con que Dios Todopoderoso castigaría muy pronto a una raza ya condenada por su propia maldad, una advertencia de que el tiempo del

hombre era breve y de que todos debían prepararse para el fin del mundo. Por lo que a ella se refería, hacía mucho tiempo que lo esperaba, estaba totalmente resignada a la perspectiva de reunirse con su creador, y Amy, al igual que su malvado hermano Harry, debía ponerse en manos de Dios y prepararse para lo peor. «Oh, mi querida y desdichada joven pariente —decía la tía bisabuela Sally—, en nuestra adversidad debemos unir nuestras manos y presentarnos ante el pavoroso trono del juicio como una familia unida, y si falta una oveja del rebaño, ¿qué dirá Jesús?».

La trayectoria religiosa de la tía bisabuela Sally se había convertido en una divertida leyenda. Había abandonado su formación católica por un joven cuyos familiares eran presbiterianos de Cumberland. Sin embargo, incapaz de aceptar sus opiniones, se había convertido al baptismo intransigente, una secta tan aborrecible para la familia de su marido como podía ser el catolicismo. Escudándose en su fe, durante toda su vida se había permitido toda clase de perversos martirios; como comentaba Harry: «La religión le puso garras a la tía Sally y le dio un poste donde afilárselas». Había derrotado y sobrevivido a toda su generación, pero no los echaba de menos. Acosaba sin cesar a la segunda generación y estaba comenzando ávidamente a hacer de las suyas con la tercera.

Amy, leyendo esa carta, estalló con esa alegre risa suya que siempre contagiaba a quienes la rodeaban, incluso antes de saber la razón de esa risa, y hasta sus periquitos verdes se removieron en su jaula y la miraron solemnemente.

—Imaginaos que nos tocase un banco en el cielo al lado de la tía Sally —dijo—. Menuda perspectiva.

—No te rías tan pronto —dijo su padre—. El cielo está hecho a la medida de la tía Sally. Allí estará en su propio terreno.

—Por todos mis pecados —dijo Amy— tendré que ir al cielo con la tía Sally.

Durante el incómodo período de la ausencia de Harry, Amy continuó negándose a casarse con Gabriel. Su madre oía sus voces en un interminable coloquio durante muchos y largos días. Una tarde Gabriel salió de la habitación con una expresión muy grave y desanimada. Se quedó de pie mirando a la madre de Amy, que estaba sentada cosiendo, y le dijo: «Creo que todo ha terminado, creo que Amy no me aceptará nunca». La abuela siempre contaba después: «Nunca me compadecí de nadie tanto como del pobre Gabriel en ese momento, pero le dije muy firmemente: “Entonces,

déjala en paz, está enferma”». Así que Gabriel se fue y Amy no supo nada de él durante más de un mes.

Al día siguiente de que Gabriel se despidiera, Amy se levantó con un aspecto muy saludable, salió de caza con sus hermanos Bill y Stephen, se compró una capa de terciopelo, fue a que le cortaran y le rizaran el pelo otra vez y escribió largas cartas a Harry, que disfrutaba de un exilio sumamente placentero en Ciudad de México.

Después de bailar durante horas tres noches en una semana, una mañana se despertó con una hemorragia. Pareció asustarse y pidió que llamaran al médico, prometiendo hacer lo que él prescribiera. Durante unos días estuvo muy callada, leyendo. Preguntó por Gabriel. Nadie sabía dónde estaba.

—Deberías escribirle una carta. Su madre se la haría llegar.

—Oh, no —dijo—. Echo de menos verle entrar con su cara agria. Las cartas no sirven de nada.

Gabriel entró, sólo unos días después, con una cara muy agria y noticias desagradables. Su abuelo había muerto después de un día de agonía. En su lecho de muerte, en nombre de Dios, estando en su sano juicio, había desheredado a su nieto favorito, Gabriel, dejándole un dólar. «En nombre de Dios, Amy —dijo Gabriel—, el viejo diablo me ha arruinado con una sola frase».

Lo que le había amargado fue la conducta de sus parientes cercanos ante ese asunto; apenas pudieron ocultar su satisfacción. Habían conocido y envidiado las justas y bien fundadas expectativas de Gabriel. Ninguno de ellos se ofreció a hacer una donación, ni siquiera se les ocurrió reparar ese acto de venganza senil de última hora. En el fondo bendecían su buena suerte.

—Me ha desheredado con un dólar —dijo Gabriel— y ellos se alegran. Creo que les parece que de alguna forma justifican todas las críticas que me han ido lanzando. Así creen que siempre tuvieron razón cuando opinaban sobre mí. Soy un pariente pobre que no vale nada. Dios, me gustartía que los vieses.

—Me pregunto cómo vas a poder mantener a una esposa ahora —dijo Amy.

—Oh, no es tan grave. Si tú quisieras, Amy… —dijo Gabriel.

—Gabriel, si nos casamos enseguida tendremos el tiempo justo para estar en Nueva Orleans para el Martes de Carnaval. Si esperamos hasta después de Cuaresma, tal vez sea demasiado tarde.

—¿Por qué, Amy? —dijo Gabriel—. ¿Cómo podría ser demasiado tarde?

—Podrías cambiar de opinión —dijo Amy—. Ya sabes lo voluble que eres.

En los cientos de paquetes de cartas de la abuela que Maria y Miranda leyeron cuando ya eran adultas, destacaban dos cartas; una de ellas era de Amy y estaba fechada diez días después de su boda.

Querida mamá:

Nueva Orleans no ha cambiado tanto como he cambiado yo desde la última vez que nos vimos. Ahora soy una mujer casada muy seria, y Gabriel es muy cariñoso y amable. Candilejas ganó una carrera ayer, era la favorita y fue maravilloso. Voy a las carreras todos los días y nuestros caballos se están portando estupendamente; me dio a elegir entre Erin Go Bragh o Miss Lucy, y elegí a Miss Lucy. Ahora es mía y corre como un rayo. Gabriel dice que cometí una equivocación, Erin Go Bragh vivirá más. Yo creo que Miss Lucy vivirá tanto como yo.

Lo estamos pasando muy bien. Voy a disfrazarme con un dominó y salir a la calle con Gabriel el Martes de Carnaval. Estoy cansada de ver el carnaval desde un balcón.

Gabriel dice que es peligroso. Dice que si insisto me llevará, pero lo dudo. Mamá, él es muy bueno. No te preocupes por mí. Tengo un precioso vestido de terciopelo negro y rosa para el baile de Proteo. Madame, mi suegra, me preguntó si no era un poco ostentoso. Le dije que eso esperaba, de lo contrario me habrían estafado. El corpiño se ajusta perfectamente y es muy escotado por los hombros —papá no lo aprobaría— y la falda va sujeta en ondas con una cinta plateada ancha entre la cintura y las rodillas y luego se abulta y lleva un enorme recogido en la espalda con una cola de solo un metro. Ahora tengo una cintura de cincuenta y cinco centímetros, gracias a madame Duré. Espero que sea tan ostentoso que a mi suegra le dé un ataque. Le dan ataques a menudo. Gabriel os manda muchos recuerdos. Por favor cuidad bien a Graylie y a Fiddler. Quiero volver a montarlos cuando regrese a casa. Nos vamos a Saratoga, no sé exactamente cuándo. Dad a todo el mundo un fuerte abrazo de mi parte. Aquí llueve todo el tiempo, por supuesto…

P.D. Mamá, en cuanto tenga un minuto para mí misma, voy a sentir muchísima nostalgia. Adiós, querida mamá.

La otra carta era de la enfermera de Amy, fechada seis semanas después de su boda con Gabriel.

Le corté el mechón de pelo porque estaba segura de que a ustedes les gustaría tenerlo. Y no quiero que piensen que fui descuidada dejando su medicina donde ella pudiera cogerla, el médico ya les ha escrito explicándolo. No le habría hecho ningún daño si no fuera porque tenía el corazón débil. Ella no sabía cuánto tomaba, solía decirme que una más de esas capsulitas no le haría ningún daño y yo le decía que tuviese cuidado y que no tomase nada más que lo que yo le daba. Me las pedía a veces, pero yo sólo le daba lo que el médico ordenaba. Dormí durante la noche porque no parecía que estuviese tan enferma y el médico no me mandó que la velase. Por favor, acepten mi pésame por su gran pérdida y, por favor, no piensen que nadie fue descuidado con su querida hija. Sufrió mucho y ahora descansa. No podía recuperarse, pero quizá podía haber vivido más. Suya respetuosamente…

Esas cartas y todos sus extraños recuerdos estuvieron guardados y olvidados durante muchísimos años. Parecía que no hubiese lugar para ellos en el mundo.

Segunda parte: 1904

Durante las vacaciones en la granja de su abuela, Maria y Miranda, que leían con la misma naturalidad y constancia con la que los ponis pastan y, en buena medida, con el mismo placer, habían encontrado por una feliz casualidad un material de lectura prohibido que, sin duda, algún primo protestante había dejado allí con propósito misionero. Si su finalidad era el placer, cayó en las mejores manos; impreso con mala letra en papel poroso y adornado con borrosas ilustraciones, aquel material emocionó sobremanera a las niñas precisamente porque no entendían nada en absoluto. Los cuentos trataban de

bellas pero desgraciadas doncellas que, por misteriosas razones, habían sido engañadas por monjas y curas en horrenda connivencia; entonces eran «confinadas» en conventos, donde las obligaban a tomar el velo —un espantoso rito durante el cual las víctimas chillaban muchísimo— y quedaban condenadas para siempre a una existencia sumamente desagradable y desordenada. Parecía que dividían su tiempo entre estar encadenadas en oscuras celdas y ayudar a otras monjas a enterrar a recién nacidos estrangulados bajo piedras en mazmorras polvorientas e infestadas de ratas.

¡Confinadas! Era la palabra que Maria y Miranda habían necesitado siempre para describir su situación en el convento del Niño Jesús, en Nueva Orleans, donde pasaban los largos inviernos tratando de salvarse de aquella educación. En el Niño Jesús no había mazmorras, y esa era sólo una de las numerosas y notables diferencias entre la vida conventual que Maria y Miranda conocían y la emocionante versión en rústica. Sabían que los cuentos no tenían por qué coincidir con la vida, así que ni siquiera intentaron buscar semejanzas: hacía mucho tiempo que habían aprendido a trazar la línea divisoria entre la vida, que era real y seria, cuyo objetivo no era la tumba; la poesía, que era verdad pero no era real, y los cuentos o las lecturas prohibidos, donde las cosas sucedían como en ninguna otra parte, con la mayor intrascendencia e improbabilidad y donde no cabía ni preocuparse, puesto que no había nada de verdad en aquellas palabras.

Era cierto que las niñas estaban cercadas y confinadas, pero en un enorme jardín con árboles y una gruta; por las noches las encerraban en un dormitorio grande y frío con todas las ventanas abiertas y en cada extremo siempre había una monja. Sus camas tenían cortinas de muselina y había lamparillas dispuestas de tal modo que las monjas podían ver a través de las cortinas, pero las niñas no podían ver a las hermanas. Miranda se preguntaba si las monjas dormían alguna vez o se pasaban toda la noche sentadas vigilando en silencio a las durmientes a través de la muselina. Trató de encontrar algo emocionante y un poco siniestro en ese misterio, pero apenas le interesaba lo que hicieran las hermanas; eran mujeres bondadosas y poco alegres que hacían que todo el dormitorio pareciese aburrido. De hecho, todos los días y todas las cosas en el convento del Niño Jesús eran aburridas, y Maria y Miranda vivían sólo para los sábados.

Nadie les había insinuado que debiesen hacerse monjas. Por el contrario, Miranda sentía que la desalentadora actitud de la hermana Claude, la hermana Austin y la hermana Ursula hacia su expresa ambición de ser monja apenas ocultaba sus profundas y graves deficiencias espirituales. No obstante, Maria

y Miranda habían descubierto en sus lecturas estivales una palabra estupenda y se referían a sí mismas como «confinadas». Le daba un viso romántico a lo que por lo demás era una vida muy aburrida para ellas, exceptuando las benditas tardes de los sábados durante la temporada de las carreras.

Si las monjas podían asegurar a la familia que la conducta y los logros académicos de Maria y Miranda eran por lo menos aceptables, siempre aparecía algún primo o prima sonriente, con ánimo festivo, para llevarlas a las carreras, donde cada una recibía un dólar para apostar por el caballo que eligiesen. De vez en cuando había sábados negros, en los que Maria y Miranda se quedaban sentadas, muy compuestas, con los sombreros en la mano, el pelo rizado alisado y engominado detrás de las orejas, sus faldas azul marino perfectamente plisadas extendidas a su alrededor, esperando mientras el corazón se les caía poco a poco hasta los zapatos de caña alta y cordones. Nunca se ponían los sombreros hasta el último minuto, porque hubiese sido demasiado horrible tener el sombrero puesto cuando, después de todo, el primo Henry y la prima Isabel o el tío George y la tía Polly no aparecieran para llevarlas a las carreras. Cuando así ocurría y el sábado pasaba como un lamentable desperdicio, les daban a entender que era un castigo por las malas notas de la semana. Nunca lo sabían hasta que era demasiado tarde para evitar la decepción. Era muy deprimente.

Un sábado las mandaron bajar a esperar en la sala de visitas y allí estaba su padre. Había acudido desde Texas a verlas. Dieron un brinco al verle y luego se pararon en seco, suspicaces. ¿Había venido para llevarlas a las carreras? En tal caso, se alegraban de verlo.

—Hola —dijo su padre besándolas en las mejillas—. ¿Habéis sido buenas? Una yegua de vuestro tío Gabriel corre hoy en Crescent City, así que iremos todos y apostaremos por ella. ¿Os apetece?

Maria se puso el sombrero sin decir palabra, pero Miranda se dirigió a su padre con severidad, pues había estado inquieta. Había tenido muchas dudas hasta ese momento.

—¿Por qué no avisaste ayer? Podía haber disfrutado de la espera todo este tiempo.

—No sabíamos —dijo su padre con su actitud paternal más suave— si ibais a merecerlo. ¿Te acuerdas de hace dos sábados?

Miranda agachó la cabeza y se puso el sombrero con el elástico bajo la barbilla. Se acordaba demasiado bien. A mitad de semana se había dejado llevar por la desesperación a causa de la aritmética y se había tirado de bruces en el suelo de la clase, negándose a levantarse hasta que se la llevaron en

volandas. El resto de la semana había sido una sucesión de nuevas privaciones y el sábado, un día de duelo; de duelo secreto, porque si una se lamentaba de manera muy manifiesta, le imponían otra mala nota en conducta.

—No importa —dijo su padre, como si no tuviera la menor importancia —. Hoy sí vais a las carreras. Vámonos ya, tenemos el tiempo justo.

En esas expediciones todo era siempre motivo de alegría, desde el momento en que subían a una balina tirada por un solo caballo —un placer en sí mismo con su oscura y gruesa tapicería empapada de extraños perfumes y humo de tabaco—, hasta el emocionante momento en que entraban en un restaurante profusamente iluminado y les daban de cenar exquisiteces que nunca comían en casa y, mucho menos, en el convento. Se sentían sofisticadas y adultas, cada una con su vaso de agua coloreada de rosa por el clarete.

La muchedumbre siempre era tan emocionante como la primera vez; las bellas damas sofisticadamente vestidas, todas plumas y flores y colorete, y los elegantes caballeros con guantes amarillos. Las orquestas se turnaban para tocar con atronadores tambores e instrumentos de viento, y de vez en cuando un hermoso caballo atravesaba la pista con un pequeño muchacho con aspecto de mono en la grupa, calentándose para la carrera.

Miranda tenía un especial interés en las carreras, un secreto que sabía que no debía confiarle a nadie, ni siquiera a Maria. A Maria menos que a nadie. A los diez minutos se habría enterado toda la familia. Recientemente había decidido ser yóquey cuando fuese mayor. Su padre le había dicho que iba a ser menuda toda la vida, que nunca sería alta; eso significaba, claro está, que nunca sería una beldad como la tía Amy o la prima Isabel. Mantuvo su esperanza de terminar siendo una belleza hasta que de repente se le ocurrió la idea de ser yóquey y se convirtió en su obsesión. En silencio, contentísima, antes de dormirse por las noches, y con demasiada frecuencia durante el día cuando hubiese debido estar estudiando, planeaba su carrera de yóquey. Aunque los detalles no estaban claros, su carrera sería brillante. Así que era absurdo preocuparse por la aritmética, cuando lo que necesitaba para su futuro era montar mejor, mucho mejor. «Deberías avergonzarte —le dijo su padre después de verla galopar a toda velocidad por el sendero de la granja, montando a Trixie, el potro hembra. A cada salto que das, veo el sol, la luna y las estrellas entre tu cuerpo y la silla».

El estilo español exigía sentarse pegada a la silla y hacer maravillas con las rodillas y las riendas. Los yóqueys rebotaban ligeramente, con las rodillas pegadas casi a la altura de la grupa del caballo, subiendo y bajando como una

pelota de goma. Miranda creía que podría hacerlo sin dificultad. Sí, sería yóquey como Tod Sloan, que ganaba por lo menos la mitad de las carreras. Hasta entonces, mientras se entrenara, guardaría el secreto, y un día saldría a la pista, también rebotando ligeramente con los otros yóqueys, ganaría una carrera y sorprendería así a todo el mundo, sobre todo a su familia.

Ese sábado montaba su ídolo, el gran Tod Sloan, quien ganó dos carreras. Miranda deseaba apostar su dólar por Tod Sloan, pero su padre le dijo: «Hoy no, cariño. Hoy debes apostar por el caballo del tío Gabriel. Guarda tu dólar hasta la cuarta carrera y apuesta por Miss Lucy. Tienes cien a uno. Imagínate si gana».

Miranda sabía muy bien que cien a uno no era una verdadera apuesta. Se enfurruñó y arrugó el dólar en su mano hasta humedecerlo y calentarlo. Ya podía haber ganado tres dólares con Tod Sloan. Maria dijo virtuosa: «No estaría bien no apostar por el tío Gabriel. Apostando por él el dinero se queda en la familia». Miranda le hizo una mueca a su hermana sacando el labio inferior. Maria era de lo más remilgada. Y le devolvió la mueca a Miranda arrugando la nariz.

Ya habían entregado su dólar al corredor de apuestas para la cuarta carrera cuando un hombre enorme con la cara colorada y unos inmensos bigotes irregulares de color castaño con vetas grises les llamó desde la fila inferior de la tribuna principal, saludando por encima de las cabezas de la gente.

—Eh, ¿Harry?

—Válgame Dios, es Gabriel —dijo papá.

Hizo un gesto a aquel hombre, quien se abrió paso subiendo con dificultad los bajos escalones. Maria y Miranda se quedaron mirándole, luego se miraron entre sí. «¿Es posible que este sea nuestro tío Gabriel? —preguntaban sus ojos—. ¿Es este el apuesto y romántico petimetre de la tía Amy? ¿Es este el hombre que escribió el poema acerca de la tía Amy?». Oh, ¿qué querían decir realmente los mayores cuando hablaban?

Era un hombre gordo y desastrado con sus ojos azules inyectados en sangre, unos ojos tristes y derrotados, y una gran risa melancólica, como un gemido. Se elevaba por encima de ellos gritándole a su padre:

—Bueno, vaya por Dios, Harry, hace siglos. Deberías venir a visitarnos. No has cambiado nada, Harry. ¿Cómo estás?

La banda empezó a tocar «Over the River» y el tío Gabriel gritó aún más fuerte.

—Ven, salgamos de aquí. ¿Qué estás haciendo aquí con estos jugadores de poca monta?

—No puedo —gritó papá—. He traído a mis niñas. Aquí están.

Los ojos turbios del tío Gabriel las miraron sin verlas.

—Una estupenda pareja, Harry —vociferó—, bonitas como estampas. ¿Cuántos años tienen?

—Diez y catorce —dijo papá—, edades difíciles. Un nido de víboras —alardeó—, un perfecto montón de dientes de serpientes. No puedo hacer carrera de ellas.

Pretendiendo acariciarle el pelo despeinó a Miranda.

—Bonitas como estampas —aulló el tío Gabriel—, pero ni juntándolas para hacer una sola llegan a la altura de Amy, ¿verdad?

—No, es cierto —admitió su padre a voz en grito—, pero están sólo a medio hacer.

«Junto al río, junto al río —gimió la banda—, mi amada me está esperando».

—Ahora tengo que volver —chilló el tío Gabriel. Las niñas apenas oían nada y se sentían confusas—. Tengo el peor yóquey del mundo, Harry. Vaya suerte la mía. Tengo que atarle a la silla. Ayer se cayó de Fiddler, simplemente se cayó de culo. ¿Te acuerdas de la yegua de Amy, Miss Lucy? Bueno, esta es su tocaya, Miss Lucy IV. Sin embargo ninguna de ellas estuvo a la altura de la primera. Quedaos donde estáis, enseguida vuelvo.

Maria gritó con descaro:

—Tío Gabriel, dile a Miss Lucy que hemos apostado por ella.

El tío Gabriel se agachó y pareció que había lágrimas en sus ojos hinchados.

—Dios bendiga tu dulce corazón —gritó—, se lo diré.

Se lanzó por entre la multitud, su enorme espalda ligeramente encorvada debajo de sus ropas sueltas, su papada rebosando sobre el cuello de la camisa. Miranda y Maria, desanimadas por su mala apuesta y por su primer encuentro con el romántico tío Gabriel, cuya manera de hablar era tan basta, se quedaron sentadas desganadas y, perdidas sus oportunidades, desperdiciados sus dólares y heridos sus corazones, ni se dignaron mirar la pista. Ni siquiera se movieron hasta que su padre se inclinó y las hizo levantarse.

—Mirad vuestro caballo —les advirtió—, mirad cómo entra Miss Lucy.

Se pusieron de pie en el banco, de pronto todas sus venas les latieron con tanta violencia que apenas pudieron fijar la vista y vieron un pequeño y delgado relámpago color caoba pasar por delante de la tribuna de los jueces,

adelantado sólo por una cabeza, pero su Miss Lucy, oh, su querida, su adorada… oh, Miss Lucy, la Miss Lucy de su tío Gabriel, había ganado, había ganado. Dieron brincos chillando y batiendo palmas, con los sombreros caídos a la espalda y el pelo volando desordenadamente. «So, vaquilla», berreó la banda haciendo resoplar los instrumentos de viento, y la multitud estalló en un largo rugido como en el derrumbamiento de las murallas de Jericó.

Las niñas se sentaron, porque se sentían mareadas, mientras su padre trataba de ponerles derechos los sombreros, sacaba su pañuelo y lo acercaba a la cara de Miranda, diciendo muy dulcemente: «Toma, suénate». Y de paso le secó los ojos. Luego se levantó y las sacó de su aturdimiento. Al sonreír se le marcaban unas profundas arrugas alrededor de los ojos y les habló como si fueran señoritas a las que acompañaba.

—Salgamos de aquí y vayamos a presentar nuestros respetos a Miss Lucy —dijo—. Es la estrella del día.

Los caballos iban entrando: su piel parecía empapada y enjabonada, sus costillas subían y bajaban, sus ollares se abrían y se cerraban. Los yóqueys estaban encorvados y distendidos, con gestos tranquilos, balanceándose un poco por la cintura con el movimiento de sus caballos. Miranda se fijó en ese detalle para repetirlo en el futuro; así volvía uno de una carrera, tranquilo y callado, hubiese ganado o perdido. Miss Lucy llegó la última y un puñado de ganadores aplaudieron y vitorearon al yóquey. Este sonrió y levantó su fusta, los ojos y la cara morena y arrugada aparecían serenos. Miss Lucy sangraba tanto por la nariz que dos riachuelos rojos estaban endureciendo su boca tierna y su barbilla, redonda y aterciopelada, que a Miranda le parecía la más bonita del mundo. Miss Lucy tenía los ojos enloquecidos, le temblaban las rodillas y roncaba al respirar.

Miranda se quedó mirándola. Eso también era ganar. Se le encogió el corazón; eso era ganar para Miss Lucy. Su corazón rechazó de plano y de manera tan rápida aquella victoria que no sabía siquiera cuándo había sucedido, pero la detestó y se avergonzó de sí misma por haber chillado y derramado lágrimas de alegría cuando Miss Lucy, con su nariz ensangrentada y su corazón estallando, había pasado por delante de la tribuna de los jueces llevando una cabeza de ventaja. Se sintió tan vacía y mareada que se agarró a la mano de su padre tan fuerte que él la sacudió con un poco de impaciencia y le dijo:

—¿Qué te pasa? No te pongas tan nerviosa.

El tío Gabriel estaba allí esperando, completamente borracho. Observó entrar a la yegua, luego se apoyó en la valla de postes encalados y sollozó en público.

—Tiene hemorragia nasal, Harry —dijo—. Desde ayer está sangrando. Creíamos que la habíamos curado. Pero lo ha conseguido, vaya si lo ha conseguido. Tiene el corazón de una leona. Voy a dedicarla a la cría, Harry. Sólo su corazón ya vale un millón de dólares. Dios la bendiga. —Las lágrimas corrían por su cara de color ladrillo y se perdían en sus descuidados bigotes —. Si le ocurriera algo, me vuelo la tapa de los sesos. Es mi última esperanza. Me ha salvado la vida. He tenido una racha… —dijo gimiendo detrás de un gran pañuelo y frotándose toda la cara con él—, he tenido una racha de mala suerte que hubiese acabado con cualquiera. Dios, Harry, vámonos a alguna parte a tomar un trago.

—Primero tengo que llevar a las niñas al colegio —dijo su padre, cogiéndolas de la mano.

—No, no, no te vayas todavía —dijo el tío Gabriel, desesperado—. Espérate aquí un minuto, veo al veterinario, le echo un vistazo a Miss Lucy y vuelvo enseguida. No te vayas, Harry, por Dios Santo. Quiero hablar contigo unos minutos.

Maria y Miranda, al ver la espalda cargada y vacilante del tío Gabriel, estaban pensando que era la primera vez que veían borracho a un hombre que conocían. Habían visto grabados y habían leído y oído descripciones, así que reconocieron los síntomas inmediatamente. Miranda sintió que era un momento importante en muchos sentidos.

—El tío Gabriel es un borracho, ¿verdad? —le preguntó a su padre con tono orgulloso.

—¡Chisss…! No digas esas cosas —dijo su padre frunciendo el entrecejo— o nunca volveré a traerte aquí.

Parecía preocupado y abatido, pero sobre todo indeciso. Las niñas se tensaron resentidas por tan evidente injusticia. Se soltaron de su mano y se apartaron fríamente, permaneciendo juntas en silencio. Su padre no se percató, pues miraba hacia el lugar por donde el tío Gabriel había desaparecido. Este volvió al cabo de unos minutos, aún frotándose la cara, como si tuviera telarañas en ella, y llevando el gran sombrero negro en la mano. Les saludó agitando el brazo desde muy cerca, llamándoles con voz alegre.

—Se pondrá bien, Harry. Ya ha parado la hemorragia. Dios, será una buena noticia para la señorita Honey. Vamos, Harry, podemos ir todos a casa

para decírselo a la señorita Honey. Se merece una buena noticia.

—Será mejor que primero lleve a las niñas al colegio y luego vayamos nosotros —dijo papá.

—No, no —dijo el tío Gabriel afectuosamente—. Quiero que conozca a las niñas. Le alegrará mucho verlas, Harry. Tráelas.

—¿Vamos a ver otro caballo de carreras? —susurró Miranda al oído de su hermana.

—No seas boba —dijo Maria—. Es la segunda esposa del tío Gabriel.

—Vamos a coger un carruaje, Harry —dijo el tío Gabriel—, llevaremos a tus niñas para que animen a la señorita Honey. Juntando sus rasgos se parecen mucho a Amy, te lo juro. Quiero que la señorita Honey las conozca. Siempre le ha gustado nuestra familia, Harry, aunque, por supuesto, no es lo que llamaríamos una mujer efusiva.

Maria y Miranda se sentaron de cara al cochero y el tío Gabriel se metió muy apretado frente a ellas al lado de su padre. El aire se volvió agrio enseguida a causa de su aliento. Parecía triste y pobre. Su corbata estaba torcida y su camisa arrugada.

—Vais a conocer a la segunda esposa del tío Gabriel, niñas —dijo papá, como si ellas no lo hubiesen oído todo, y luego a Gabriel—: ¿Cómo está últimamente tu esposa? Debe de hacer veinte años que no la veo.

—Está muy triste, esa es la verdad —dijo el tío Gabriel—. Se sumió en la tristeza hace años y nada parece sacarla de ese estado de ánimo. Nunca le gustaron los caballos, Harry, no sé si lo recuerdas; desde que nos casamos no ha ido a un hipódromo más de tres veces. Cuando pienso en que Amy no se hubiese perdido una carrera por nada del mundo… Es muy diferente de Amy, Harry, una clase de mujer muy diferente. A su manera una mujer excelente donde las haya, pero odia los cambios y los viajes, vive sólo para el muchacho.

—¿Dónde está Gabe ahora? —preguntó papá.

—Terminando la universidad —dijo el tío Gabriel—. Un muchacho muy listo, pero parecidísimo a su madre. Parecidísimo —dijo, melancólico—. Ella detesta separarse de él. Lo único que quiere es permanecer en la misma ciudad y esperar a que él termine sus estudios. Pues, lo siento, pero si es eso lo que quiere, no puede ser, por Dios Todopoderoso… Y esta última racha de mala suerte casi la hunde. Espero que puedas alegrarla un poco, Harry, lo necesita.

Las niñas observaron que las calles se iban volviendo cada vez más oscuras, más sucias y más estrechas, hasta que al fin los zarrapastrosos

blancos dieron paso a negros bien trajeados y luego a negros zarrapastrosos y, después de un largo camino, el carruaje se detuvo ante un hotelito de aspecto desolador en Elysian Fields. Su padre ayudó a Maria y Miranda a apearse, le dijo al cochero que esperara y siguieron al tío Gabriel a través de un patio sucio que olía a humedad, por un largo vestíbulo iluminado con lámparas de gas y que hedía —Miranda no lograba saber de qué estaba compuesto aquel olor pero incluso tenía un sabor amargo—, y por unas largas escaleras con una alfombra andrajosa. El tío Gabriel abrió una puerta sin previo aviso y dijo:

—Pasad, aquí es.

Una mujer alta y pálida, con el pelo pajizo descolorido y los párpados ribeteados de rosa se levantó repentinamente de una mecedora chirriante. Llevaba una tiesa blusa de rayas azules y blancas y una tiesa falda negra de una tela rígida y brillante. Al ver a los visitantes sus manos grandes y nudosas subieron hasta su cuidado y redondo peinado pompadour.

—Honey —dijo el tío Gabriel con falsa cordialidad—, nunca adivinarías quién ha venido a verte. —Le dio un torpe abrazo. La cara de la mujer no cambió de expresión y sus ojos permanecieron fijos en los tres desconocidos —. El hermano de Amy, Harry. Honey, te acuerdas, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo la señorita Honey, alargando su mano tan recta como un remo—, por supuesto que te recuerdo, Harry —añadió sin sonreír.

—Y las dos sobrinitas de Amy —continuó el tío Gabriel haciéndolas adelantarse.

Ellas tendieron la mano con suavidad y la señorita Honey les dio un ligero golpecito a cada una y dejó caer la mano.

—Y tenemos buenas noticias para ti —siguió el tío Gabriel tratando de sostener la penosa situación—. Miss Lucy se lució hoy y mostró todo lo que vale, Honey. Somos ricos otra vez, querida, anímate.

La señorita Honey volvió su cara larga y desesperanzada hacia sus visitantes.

—Sentaos —dijo con un profundo suspiro, sentándose ella y señalándoles varias sillas desvencijadas.

Había una cama grande llena de bultos con una colcha de un blanco grisáceo, un lavabo con tablero de mármol, unas cortinas de basto encaje grisáceo en las dos ventanitas, una pequeña chimenea cerrada con un agujero para el tubo de una estufa y dos baúles, descolocados, como si alguien acabase de llegar o estuviera a punto de marcharse. Todo estaba deslustrado y mugriento, pero ni un alfiler fuera de su sitio.

—Nos trasladaremos al Saint Charles mañana —dijo el tío Gabriel, tanto a Harry como a su esposa—. Prepara tus mejores vestidos, Honey, la larga sequía ha terminado.

La señorita Honey apretó las aletas de la nariz y se meció ligeramente, con los brazos cruzados.

—Ya he vivido en el Saint Charles y ya he vivido aquí antes —dijo con una voz tensa y cargada de intención—, así que en esta ocasión voy a quedarme donde estoy, gracias. Prefiero quedarme a tener que volver a trasladarme aquí dentro de tres meses. Ahora estoy instalada, me siento a gusto aquí —le dijo echándole una mirada a Harry con sus pálidos ojos ardiendo con un fuego azul y una rígida línea blanca en torno a su boca.

Las niñas estaban sentadas tratando de no mirar fijamente, muy incómodas. Aunque su abuela había declarado que las niñas de Harry eran las más difíciles de educar que había conocido en su larga experiencia con los jóvenes, indirectamente sí habían aprendido una cosa: la gente bien no se pelea delante de extraños. Las peleas familiares eran sagradas, había que librarlas en privado, en furiosos susurros sibilantes, en murmullos y gruñidos ahogados. Si gritaban y pataleaban, tenía que ser de puertas adentro y con las ventanas cerradas. La segunda esposa del tío Gabriel estaba loca de atar y parecía dispuesta a atacar con violencia al tío Gabriel en cualquier momento, mientras él estaba allí sentado como un sabueso ante el que alguien hace restallar una fusta.

«Ella detesta y desprecia a todos los presentes —pensó Miranda con frialdad— y teme que no nos demos cuenta. No tenía de qué preocuparse: lo hemos visto nada más entrar». Deseaba marcharse de inmediato, pero su padre, aunque su cara era un poema, no hacía ningún movimiento. Parecía estar tratando de encontrar algo agradable que decir. Maria, sintiéndose culpable, aunque no sabía por qué, estaba calculando rápidamente: «Bueno, dado que sólo es la segunda esposa del tío Gabriel y este tan sólo era el marido de la tía Amy, ella no es pariente nuestra en absoluto, de lo cual me alegro». Se apoyó en el respaldo y dejó caer las manos abiertas sobre el regazo; sin duda se marcharían dentro de unos minutos, y no tendrían que volver nunca.

Entonces su padre dijo:

—No debemos entreteneros, sólo pensábamos estar unos minutos. Queríamos ver cómo estabas.

La señorita Honey no dijo nada, pero hizo un pequeño gesto con las manos, desde la muñeca, como diciendo: «Bueno, ya has visto cómo estoy, ¿y

ahora qué?».

—Tengo que llevar a estas jovencitas a su colegio —dijo papá.

—Mira, Honey, ¿no crees que se parecen un poco a Amy? Sobre todo en los ojos, sobre todo Maria, ¿no crees, Harry? —comentó estúpidamente el tío Gabriel.

Su padre miró primero a una y luego a la otra.

—Realmente no sabría decirte —afirmó, y las niñas comprendieron que estaba más azorado que nunca. Se volvió a la señorita Honey—: No había visto a Gabriel desde hace muchos años y pensamos que saldríamos a charlar un rato acerca de los viejos tiempos. Ya sabes lo que pasa.

—Sí, lo sé —dijo la señorita Honey, meciéndose un poco, y todo lo que sabía fulguró con un odio y una amargura pálidos pero tan insaciables que parecían suficientes para que su largo cuerpo se levantara de la silla en un ataque de furia—. Lo sé. —Y se quedó mirando al suelo. Su boca tembló y se contrajo.

Se hizo un insoportable silencio, que se rompió cuando las niñas vieron que su padre se levantaba. Se pusieron en pie también y a duras penas lograron contenerse de no salir corriendo hacia la puerta.

—Debo llevarme a las niñas —dijo su padre—. Ya han tenido suficientes emociones por un día. Han ganado cien dólares cada una con Miss Lucy. Fue una buena carrera —añadió completamente desesperado, como si no pudiese liberarse de la situación—. ¿No es cierto, Gabriel?

—Fue una carrera magnífica —dijo Gabriel, agobiado—, una carrera magnífica.

La señorita Honey se puso en pie y dio un paso hacia la puerta.

—¿De verdad que las llevas a las carreras? —preguntó, y parpadeó mirándolas como si fuesen aborrecibles insectos, pensó Maria.

—Si considero que se merecen una pequeña recompensa, sí —dijo su padre con naturalidad pero arrugando la frente.

—Yo preferiría, con mucho —dijo la señorita Honey de manera tajante —, ver a mi hijo muerto a mis pies que verle merodeando por un hipódromo.

Los momentos que se sucedieron fueron prácticamente un vacío, pero al fin habían salido de allí, estaban bajando las escaleras y cruzando el patio, acompañados por el tío Gabriel hasta el carruaje. La cara se le había descolgado, los rasgos se habían caído como si la carne se hubiese desprendido de los huesos y sus párpados estaban hinchados y azules.

—Adiós, Harry —dijo con seriedad—. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí?

—Me vuelvo mañana —dijo Harry—. Sólo he venido para cerrar un pequeño negocio y para ver cómo estaban las niñas.

—Bueno —dijo el tío Gabriel—, puede que yo me deje caer por tu mundo un día de estos. Adiós, niñas —les dijo cogiéndoles la mano, una tras otra, entre sus grandes y cálidas manazas—. Son buenas chicas, Harry. Me alegro de que ganaseis con Lucy —les dijo a las niñas con ternura—, pero no os gastéis el dinero en tonterías. Bueno, hasta la vista, Harry.

Mientras el coche se alejaba traqueteando, él se quedó allí parado, gordo y hundido, levantando un brazo y diciéndoles adiós con la mano.

—Dios mío —dijo Maria, con el tono de una adulta, quitándose el sombrero y poniéndoselo sobre una rodilla—. Me alegro de que ya haya pasado todo.

—Lo que yo quiero saber —dijo Miranda— es si el tío Gabriel es realmente un borracho.

—Oh, silencio —dijo su padre con sequedad—, tengo ardor de estómago.

Hubo una pausa respetuosa, como ante un monumento público. Cuando su padre tenía ardor de estómago debían quedarse calladas. El carruaje avanzaba ruidosamente, regresando a calles limpias y alegres en las que las luces se encendían en la temprana oscuridad de febrero, pasando por delante de deslumbrantes escaparates y aceras lisas, avanzaba y avanzaba, pasaba por delante de hermosas casas antiguas erguidas en medio de enormes jardines, avanzaba y avanzaba, llevándolas de vuelta a los oscuros muros sobre los cuales colgaban las pesadas copas de los árboles. Miranda estaba pensando con tanta intensidad que se le olvidó y sin pensarlo comentó en voz alta:

—Después de todo he decidido que no voy a ser yóquey».

Como de costumbre, hubiese querido morderse la lengua, pero, como de costumbre, ya era demasiado tarde.

Su padre se animó y le guiñó un ojo, como si su comentario no le hubiera sorprendido en absoluto.

—Bueno, bueno —dijo—, ¡así que no vas a ser yóquey! Es muy sensato por tu parte. Creo que deberías ser domadora de leones, ¿no te parece, Maria? Esa es una profesión bonita para una mujer.

Miranda, al ver que Maria, con la autoridad de sus catorce años, iba a unirse a su padre para reírse de ella, tomó una decisión instantánea y se rió de sí misma con ellos. Fue una buena idea. Los tres estallaron en risas y fue un alivio reírse tanto.

—¿Dónde están mis cien dólares? —preguntó Maria, ansiosa.

—Voy a meterlos en el banco —dijo su padre—, y los tuyos también —añadió, dirigiéndose a Miranda—. Serán vuestros ahorros.

—Con tal de que no me compren medias con ellos —dijo Miranda, a quien le molestaba desde hacía tiempo el uso que su abuela hacía del dinero que le daban por Navidad—. Tengo medias suficientes para un año.

—Me gustaría comprarme un caballo de carreras —dijo Maria—, pero sé que con eso no tengo suficiente. —Las estrecheces económicas la agobiaban—. ¿Qué se puede comprar con cien dólares? —preguntó, irritada.

—Nada, nada en absoluto —dijo su padre—. Cien dólares es una cantidad que sólo sirve para meterla en el banco.

Maria y Miranda perdieron interés. Ya habían ganado cien dólares en las carreras de caballos, aquello ya pertenecía al pasado lejano. Empezaron a charlar de otras cosas.

La hermana lega les abrió la puerta con un largo cordón desde detrás de la reja; Maria y Miranda entraron en silencio en su mundo conocido de desnudos suelos brillantes, comida sana e insípida, baños de agua fría y oraciones a sus horas; su mundo de pobreza, castidad y obediencia, de acostarse temprano y levantarse temprano, de pequeñas reglas estrictas y de chismorreos. Sus caras infantiles reflejaban resignación cuando las levantaron para recibir un beso.

—Sed buenas —dijo su padre, con esa extraña actitud seria y bastante desvalida que tenía siempre al despedirse de ellas—. Escribid a papá, ¿eh?, cartas largas y bonitas —añadió apretándoles los brazos por un momento con firmeza antes de soltarlas. Luego desapareció y la hermana cerró la puerta tras él.

Maria y Miranda subieron al dormitorio a lavarse la cara y las manos y a peinarse otra vez antes de la cena.

Miranda estaba hambrienta.

—Con todo lo que ha pasado no hemos tomado nada —gruñó—. Ni siquiera una chocolatina con nueces. Creo que es una tacañería. No nos ha dado ni veinticinco centavos para gastar.

—Ni un bocado —dijo Maria—. Ni cinco centavos.

Echó agua fría en el lavabo y se arremangó.

Entró otra chica, más o menos de su misma edad, y se acercó a un lavabo próximo a otra cama.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó—. ¿Lo habéis pasado bien?

—Fuimos a las carreras con nuestro padre —dijo Maria, enjabonándose las manos.

—El caballo de nuestro tío ha ganado —dijo Miranda.

—Vaya —dijo la otra chica distraídamente—, eso ha debido de ser fantástico.

Maria miró a Miranda, que se estaba subiendo las mangas, y aunque trató de sentirse una mártir, no lo consiguió.

—Confinadas una semana más —dijo, con sus ojos centelleando por encima del borde de la toalla.

Tercera parte: 1912

Miranda siguió al mozo por el pasillo mal ventilado hasta un asiento en el extremo opuesto del coche cama, donde casi todas las literas estaban ya hechas y las polvorientas cortinas verdes abotonadas.

—Cuando usted desee, puedo prepararle su litera, señorita —dijo el mozo.

—Ahora quiero estar sentada un rato —dijo Miranda.

Una anciana muy delgada levantó unos coléricos ojos negros y fijó sobre ella una mirada cargada de desaprobación. Tenía dos inmensos incisivos y la barbilla hundida, pero no le faltaba carácter. Había amontonado su equipaje a su alrededor como una barricada y miró indignada al mozo cuando este retiró parte del mismo para hacer sitio a la nueva pasajera. Miranda se sentó diciendo maquinalmente:

—¿Me permite?

—Desde luego —dijo la anciana, porque parecía una anciana a pesar de la brusca y crujiente energía que desprendía. Sus enaguas de tafetán chirriaban como goznes cada vez que se movía. Tras una breve pausa, añadió muy sarcástica—: Puede sentarse, ¡pero no en mi sombrero!

Miranda, horrorizada, se levantó al instante y entregó a la anciana un ajado artilugio hecho de pelo de caballo negro trenzado y amapolas blancas aplastadas.

—Lo siento muchísimo —tartamudeó, porque había sido educada para tratar respetuosamente a las ancianas antipáticas, y esta parecía capaz de darle una azotaina allí mismo—. No se me ocurrió que pudiera ser su sombrero.

—¿Y de quién imaginó que sería? —interrogó la anciana, mostrando los dientes y haciendo girar el sombrero sobre un índice para devolverle la forma.

—No creí que pudiera ser un sombrero —dijo Miranda con un matiz de histeria.

—Ah, ¿así que no pensó que era un sombrero? ¿Dónde diablos tiene usted los ojos, muchacha? —Y demostró la naturaleza y función del objeto poniéndoselo en la cabeza algo torcido, aunque seguía sin parecer un sombrero—. ¿Ve lo que es?

—Sí, claro, sí —dijo Miranda, con una mansedumbre con que esperaba desarmarla.

Se atrevió a volver a sentarse después de una cuidadosa inspección del estrecho espacio que iba a ocupar.

—Bueno, bueno —dijo la anciana—, vamos a llamar al mozo para que retire algunos de estos trastos tan molestos.

Apuñaló el timbre con un dedo delgado y afilado. A continuación hubo un revuelo de reordenamiento, durante el cual ambas se quedaron de pie en el pasillo; la anciana estuvo dando una serie de instrucciones al negro, quien las soportó con filosofía mientras disponía el equipaje exactamente como había decidido. Sentada de nuevo, la anciana preguntó con tono autoritario, pero amable:

—¿Y cómo se llama usted, muchacha?

Al oír la respuesta de Miranda, parpadeó, desdobló sus lentes, se los puso sobre el alto caballete de la nariz y miró larga y atentamente la cara que tenía al lado.

—Si hubiese tenido los lentes puestos —dijo con una voz asombrosamente cambiada—, te habría reconocido. Soy tu prima Eva Parrington, la hija de Molly Parrington, ¿recuerdas? Te conocí cuando eras niña. Eras una niña muy vivaracha —añadió como para consolarla— y muy terca. Lo último que supe de ti era que pensabas ser equilibrista. Ibas a tocar el violín y andar por la cuerda floja al mismo tiempo.

—Supongo que lo vi en un teatro de variedades —dijo Miranda—. No creo que me lo inventara. ¡Ahora quiero ser piloto de aviación!

—Yo solía ir a los bailes con tu padre —dijo la prima Eva, abstraída en sus propios pensamientos—, y a grandes fiestas durante las vacaciones que pasábamos en casa de tu abuela, mucho antes de que tú nacieras. Oh, sí, mucho tiempo antes.

Miranda recordó varias cosas a la vez. La tía Amy había amenazado con convertirse en una solterona como Eva. Oh, Eva, el problema de Eva es que

no tiene barbilla. Eva se ha resignado y está dando clases de latín en un colegio de señoritas. Eva está haciendo campaña a favor del voto de la mujer, Dios la ayude. La ventaja de tener una hija fea es que no es probable que me haga abuela… «No te sirvieron de mucho, aquellas fiestas, querida prima Eva», pensó Miranda.

—No me sirvieron de mucho aquellas fiestas —dijo la prima Eva como si le hubiese leído el pensamiento, y por un momento a Miranda le dio vueltas la cabeza por temor a haber hablado en voz alta—. Al menos, no sirvieron en mi caso, puesto que nunca me casé; pero de todas formas las disfrutaba. Me lo pasaba bien en aquellas fiestas, aunque no fuese una beldad. Así que eres la hija de Harry y hace un momento yo estaba enfurruñada contigo. Te acuerdas de mí, ¿verdad?

—Sí —dijo Miranda.

Pensó que aunque la prima Eva hubiese sido realmente una solterona diez años antes, no podía tener muchos más de cincuenta, pero parecía tan ajada, tan cansada, tan famélica, sus mejillas estaban tan hundidas, de alguna manera era tan vieja. Miranda miró con dolorosa premonición a través del abismo que separaba a su prima Eva de su propia juventud. «Oh, ¿llegaré a ser así alguna vez?». Y en voz alta dijo:

—Sí, usted solía leerme en latín, y me decía que no me preocupase del sentido, que memorizase el sonido y que luego me resultaría más fácil.

—Ah, efectivamente —dijo la prima Eva, encantada—, efectivamente. Por casualidad, ¿no te acordarás de un precioso vestido de terciopelo color zafiro con cola que tuve hace mucho tiempo?

—No, no recuerdo ese vestido —contestó Miranda.

—Era un viejo vestido de mi madre arreglado y reducido a mi tamaño —dijo la prima Eva— y, aunque no me favorecía en lo más mínimo, fue el único vestido verdaderamente bueno que tuve, lo recuerdo como si fuera ayer. El azul nunca ha sido mi color.

Suspiró riéndose de su amargura. La sonrisa parecía momentánea, pero la amargura era su estado de ánimo constante.

Miranda, tratando de ofrecerle la comprensión de una compañera de sufrimientos, dijo:

—La entiendo. Me han arreglado los vestidos de Maria muchas veces y nunca me han sentado bien. Era horrible.

—Bueno —dijo la prima Eva, con el tono de quien no desea compartir decepciones que considera únicas—. ¿Cómo está tu padre? Siempre me agradó, era uno de los jóvenes más apuestos que he conocido. También

vanidoso, como toda su familia. Sólo montaba los mejores caballos que podía comprar y yo solía decir que les hacía dar cabriolas para poder contemplar su propia sombra. Solía hacer ese comentario en las cenas, y él me odiaba por ello. Estoy convencida de que me odiaba. —Un matiz de complacencia en la voz de la prima Eva explicaba mejor que las palabras que tenía su propio método de reclamar atención y despertar emociones—. Te preguntaba cómo está tu padre, querida.

—No le he visto desde hace casi un año —contestó Miranda rápidamente, antes de que la prima Eva se le adelantase de nuevo—. Ahora vuelvo a casa para el funeral del tío Gabriel. El tío Gabriel murió en Lexington y le han traído para enterrarle al lado de la tía Amy.

—Así que por eso hemos coincidido —dijo la prima Eva—. Sí, Gabriel ha bebido hasta matarse. Yo también voy a su funeral. No he estado en casa desde que fui al funeral de mamá, debe de hacer… Veamos, sí, en julio hará nueve años. Sin embargo, voy al funeral de Gabriel. No me lo perdería. Pobre hombre, qué vida tuvo. Pronto habrán desaparecido todos.

—Quedamos nosotros, prima Eva —dijo Miranda, refiriéndose a los miembros de su misma generación, a los jóvenes.

—¡Pse! —dijo la prima Eva—, para nosotros vosotros viviréis por siempre y, además, ni os molestaréis en venir a nuestros funerales.

No parecía pensar que fuese una desgracia, pero lanzó el comentario como una mujer acostumbrada a decir lo que piensa.

Miranda se quedó pensando: «Supongo que sería agradable si pudiera decir algo que le hiciese creer que lamentaremos su muerte y la de todos ellos, pero… pero…». Con una sonrisa que esperaba que fuese una negación del cinismo de Eva respecto a la generación más joven, dijo:

—Tenía usted razón respecto al latín, prima Eva. Sus lecturas me ayudaron cuando empecé con él. Sigo estudiando. Latín también.

—¿Y por qué no ibas a hacerlo? —preguntó la prima Eva, cortante, añadiendo enseguida con más suavidad—: Me alegro de que utilices tu mente un poco, muchacha. No dejes que la pereza te eche a perder. La mente dura más que muchas de las cosas que puedes anhelar; puedes disfrutar de ella cuando te hayan arrebatado todas las demás cosas. —Su melancolía hizo que Miranda se estremeciera. La prima Eva continuó—: En nuestra región, en mis tiempos, éramos tan provincianos… Una mujer no se atrevía a pensar ni a actuar por su cuenta. El mundo entero era un poco así, pero creo que nosotros éramos los peores. Supongo que debes de saber que luché por conseguir el sufragio para las mujeres en una época que casi me convirtió en una paria. Me

expulsaron de mi puesto de trabajo en el colegio, pero me alegro de haberlo hecho y volvería a hacerlo. Las jóvenes no os dais cuenta. Viviréis en un mundo mejor porque nosotras trabajamos para lograrlo.

Miranda, que sabía algo de la carrera de la prima Eva, dijo sinceramente:

—Creo que fue usted muy valiente, y me alegro de que lo hiciese. Siempre he admirado su valor.

—No era simplemente un alarde, ¿comprendes? —dijo la prima Eva rechazando las alabanzas, irritada—. Cualquier idiota puede ser valiente. Nosotras trabajábamos por algo que sabíamos que era bueno y resultó que para hacerlo necesitamos mucho valor. Eso fue todo. No pensé que iría a la cárcel, pero fui tres veces, e iría tres veces más si fuese necesario. No votamos todavía, pero votaremos.

Miranda no se aventuró a dar una respuesta, pero estaba convencida de que sin duda alguna las mujeres votarían pronto si nada fatal le sucedía a la prima Eva. Había algo en su actitud que decía que esas cosas podían dejarse en sus manos sin temor alguno. Miranda se sentía vagamente estimulada por la causa; le parecía heroica y digna de sufrir por ella, pero desalentadora también para quienes venían detrás, pues era evidente que la prima Eva no había dejado oportunidades para nadie.

Se quedaron calladas unos minutos, mientras la prima Eva revolvía en su bolso sacando objetos diversos: caramelos de menta, un colirio, un paquete de agujas, tres pañuelos, un frasquito de perfume de violetas, un directorio, dos botones, uno negro y otro blanco, y, por último, un sobrecito de polvos contra el dolor de cabeza.

—Tráeme un vaso de agua, por favor, querida —le pidió a Miranda.

Se echó los polvos para la jaqueca en la lengua, bebió el agua y se puso dos caramelos de menta en la boca.

—Así que ahora van a enterrar a Gabriel cerca de Amy —dijo después de un rato, como si al aliviársele el dolor de cabeza se hubiese puesto a pensar en otra cosa—. A la señorita Honey le habría encantado de haberlo sabido, pobrecilla. Después de escuchar historias acerca de Amy durante veinticinco años, ahora descansará sola en su tumba de Lexington mientras Gabriel se escapa a Texas para compartir la cama con Amy otra vez. Fue una especie de infidelidad que duró toda una vida, Miranda, y ahora, encima, una infidelidad eterna. Debería avergonzarse de sí mismo.

—Él amaba a la tía Amy —dijo Miranda, preguntándose cómo habría sido la señorita Honey antes de sufrir tantas crisis con el tío Gabriel—. A la

que amó primero, por lo menos.

—Oh, esa Amy —dijo la prima Eva con los ojos echando chispas—. Tu tía Amy era un diablo y una alborotadora, pero yo la quería muchísimo. Yo defendía a Amy cuando su reputación no valía ni esto. —Hizo sonar los dedos como castañuelas—. Solía decirme con ese tono alegre y suave que tenía: «Escucha, Eva, no te pongas a hablar del voto para la mujer cuando los hombres te saquen a bailar. No les recites poemas en latín, acabaron hartos de latinajos en el colegio. Baila y no digas nada, Eva —decía con una mirada absolutamente diabólica— y mantén la barbilla alta, Eva». La barbilla era mi punto débil, ¿sabes? «Nunca atraparás un marido si no tienes cuidado», decía. Luego se reía y se iba corriendo, ¿y hacia dónde corrió? —preguntó la prima Eva, con sus penetrantes ojos clavados en Miranda para que reconociera la amargura del caso—. Al escándalo y la muerte, a ningún otro sitio.

—Estaba bromeando, prima Eva —dijo Miranda inocentemente—, y todo el mundo la quería.

—No la quería todo el mundo, ni mucho menos —dijo la prima Eva, triunfal—. Tenía enemigos. Si lo sabía, fingía no saberlo. Si le importaba, nunca lo decía. No había forma de pelearse con ella. Era dulce como la miel con todo el mundo. Con todo el mundo —añadió—: eso era lo malo. Pasó por la vida como una niña mimada, haciendo lo que le daba la gana y permitiendo que otras personas sufrieran por ello y recogieran los pedazos que dejaba tras de sí. Nunca creí ni por un momento —dijo la prima Eva acercando mucho la boca al oído de Miranda y soltando en él un aliento caliente con olor a menta — que Amy fuese una mujer impura. ¡Nunca! Pero permíteme decirte que había mucha gente que sí lo creía. Había mucha gente que compadecía al pobre Gabriel por estar ciego por ella. Muchísimas personas no se sorprendieron al enterarse de que Gabriel siempre se sentía muy desgraciado, incluso durante su luna de miel, en Nueva Orleans. Celos. ¿Y por qué no? Pero yo solía decir a esas personas que, más allá de las apariencias, yo tenía fe en la virtud de Amy. Alocada, les decía, indiscreta, les decía, despiadada, les decía, pero virtuosa, estoy segura. Si bien no se podía culpar a nadie por equivocarse al respecto. La forma en que ella se levantó de pronto estando a las puertas de la muerte para casarse con Gabriel Breaux, después de haberle rechazado y haberle tratado como un perro durante años, parecía extraña, por no decir algo peor. Por no decir algo peor —añadió después de un momento —, extraño es una palabra muy suave. Y hubo algo muy misterioso en su muerte, sólo seis semanas después de su boda.

Miranda se animó. Creía que conocía bien esta parte de la historia y que podía sacar de su error a la prima Eva respecto a un detalle:

—Murió de una hemorragia pulmonar —dijo Miranda—. Llevaba cinco años enferma, ¿no lo recuerda?

La prima Eva estaba preparada para eso.

—Ja, eso es lo que contaron, por supuesto. La versión oficial, se podría decir. Oh, sí, la he escuchado muchas veces, pero ¿no has oído hablar de ese tal Raymond como se llame, de Calcasieu Parish, casi un desconocido, que una noche convenció a Amy de que se fugase con él de un baile, y ella salió corriendo en la oscuridad sin siquiera detenerse a recoger su capa, así que tu pobre y querido padre (tú entonces no existías) tuvo que perseguirlo y pegarle un tiro?

Miranda se echó hacia atrás para apartarse de la riada de palabras.

—Prima Eva, mi padre le disparó, pero no le dio, ¿no lo recuerda?

—Bueno, fue una verdadera pena.

—Y sólo habían salido a tomar el aire entre dos bailes. Todo estalló por los celos del tío Gabriel. Y mi padre le disparó al hombre porque pensó que eso era mejor que dejar que el tío Gabriel se batiese en duelo por la tía Amy. No hubo nada real en toda esa historia, salvo los celos del tío Gabriel.

—Pobre criatura —dijo la prima Eva, pero enseguida la compasión dio a sus ojos un brillo de dagas—, querida inocente, tú… ¿te lo has creído? ¿Qué edad tienes?

—Ya he cumplido dieciocho años —contestó Miranda.

—Si no entiendes lo que te digo —dijo la prima Eva pomposamente—, ya lo entenderás más adelante. El conocimiento no puede hacerte daño; no debes vivir en una bruma romántica respecto a la vida. Ya lo entenderás cuando te cases.

—Estoy casada, prima Eva —dijo Miranda sintiendo casi por primera vez que eso podía ser una ventaja—, desde hace casi un año. Me fugué del colegio.

Incluso mientras lo decía le pareció muy irreal y sintió que aquello no tenía nada que ver con el futuro; sin embargo, era importante, debía confesárselo, pues era una situación personal respecto a la cual la gente parecía ser muy exigente, si bien el único sentimiento que esa declaración podía despertar en sí misma era una inmensa fatiga, como si fuese una enfermedad de la que tal vez podría recuperarse.

—Qué vergüenza, qué vergüenza —gritó la prima Eva, horrorizada—. Si hubieses sido mi hija, te habría llevado a casa y te habría dado una

azotaina.

Miranda se rió. La prima Eva parecía creer que las cosas podían arreglarse así. Era tan seria y tan agresiva, tan divertida y tan desconcertante.

—Y usted debería saber que yo me hubiese escapado otra vez por la ventana más próxima —la provocó—. Si huí una vez, ¿por qué no dos?

—Sí, supongo que sí —dijo la prima Eva—. Espero que te hayas casado con un hombre rico.

—No mucho —dijo Miranda—. Lo suficiente. —¡Como si alguien se hubiese detenido a pensar en semejante cosa!

La prima Eva se ajustó los lentes y valoró el vestido de Miranda y su equipaje, examinó su sortija de pedida y su anillo de boda, con las aletas de la nariz vibrando levemente como si pudiese oler la riqueza.

—Bueno, más vale eso que nada —dijo la prima Eva—. Le doy gracias a Dios todos los días de mi vida por tener una pequeña renta. Es una garantía. ¿Qué habría sido de mí si no hubiese tenido un centavo? Bueno, ahora podrás hacer algo por tu familia.

Miranda recordó lo que había oído decir siempre acerca de los Parrington. Eran avariciosos, amaban el dinero más que nada y cuando lo tenían lo guardaban. Los lazos de sangre no tenían valor entre los Parrington cuando se trataba de dinero.

—Somos bastante pobres —dijo Miranda aliándose obstinadamente con la familia de su padre en lugar de hacerlo con la de su marido—, pero una buena boda no lo resuelve —comentó con el mayor esnobismo de la pobreza.

Estaba pensando: «Si cree lo contrario, querida prima Eva, no conoce mi rama de la familia».

—Tu rama de la familia —dijo la prima Eva con esa aterradora costumbre que tenía de robar las frases de la cabeza de cualquiera— no tiene más sentido práctico que un niño. Todo por amor —dijo con un gesto de auténtica náusea—: ahí radicaba todo. Gabriel habría sido rico si su abuelo no le hubiese desheredado, pero ¿estuvo Amy dispuesta a ser sensata y casarse con él y hacerle sentar la cabeza para que el viejo estuviese contento? No. ¿Y qué podía hacer Gabriel sin dinero? Me hubiera gustado que vieras la vida que le dio a la señorita Honey, un día le compraba vestidos de París y al otro empeñaba sus pendientes. Todo dependía de cómo corriesen los caballos, pero los caballos corrían cada vez peor y Gabriel bebía cada vez más.

Miranda no dijo: «Fui testigo de eso». Estaba tratando de imaginarse a la señorita Honey con vestidos de París.

—Pero el tío Gabriel estaba tan loco por la tía Amy que no había duda de que al final ella se casaría con él, con dinero o sin dinero —terminó diciendo Miranda.

La prima Eva se esforzó por apretar bien los labios sobre sus dientes, luego los abrió de nuevo y aferrando el brazo de Miranda se inclinó.

—Lo que me pregunto, lo que me he estado preguntando repetidamente —murmuró— es ¿qué relación hubo entre ese Raymond de Calcasieu y el repentino matrimonio de Amy con Gabriel y qué hizo Amy para quitarse de en medio tan pronto? Porque, créeme, muchacha, Amy no estaba tan enferma. Después de que los médicos dijesen que tenía los pulmones débiles no había dejado de corretear de aquí para allí durante años. Amy se mató para escapar a alguna deshonra, para evitar algún descubrimiento al que tenía que enfrentarse.

Sus turbios ojitos negros relucieron haciendo que la cara de la prima Eva, tan próxima y tan intensa, resultara bastante aterradora. Miranda deseaba decir: «Basta. Déjela descansar en paz. ¿Qué daño le hizo nunca?», pero era tímida, estaba nerviosa y en lo más hondo de sí misma sentía una horrible fascinación por los terrores y la oscuridad que la prima Eva había evocado. ¿Cuál era el final de esa historia?

—Era una chica mala y alocada, pero yo le tuve cariño hasta el final —dijo la prima Eva—. Se metió en algún lío y no pudo salir de él, así que tengo muchas razones para creer que se mató con la droga que le administraron para tranquilizarla después de aquella hemorragia. Si no fue así, ¿qué sucedió, qué sucedió?

—No lo sé —dijo Miranda—. ¿Cómo iba a saberlo? Era muy bella —dijo, como si esto lo explicase todo—. Todo el mundo decía que era muy bella.

—No todo el mundo —dijo la prima Eva negando con la cabeza firmemente—. Yo, entre otros, nunca pensé que fuera tan bella. Exageraron las alabanzas. Era bastante guapa, pero ¿por qué pensaban que era bella? No puedo entenderlo. Cuando era muy joven estaba demasiado delgada, y más tarde pensé que estaba demasiado gorda, pero el último año de su vida estuvo otra vez excesivamente delgada. Siempre se arreglaba para que la mirasen y, claro, la gente la miraba. Montaba a caballo con mucha violencia, bailaba a lo loco y hablaba por los codos; había que ser ciego, sordo y mudo para no fijarse en ella. No quiero decir que fuese chillona o vulgar, no lo era, pero era demasiado libre.

Se detuvo para tomar aliento y ponerse un caramelo de menta en la boca. Miranda podía imaginarse a la prima Eva en el estrado, haciendo discursos, deteniéndose para tomar un caramelo de menta, pero ¿por qué odiaba tanto a la tía Amy, cuando la tía Amy había muerto y ella estaba viva? ¿No bastaba con estar viva?

—Y su enfermedad tampoco era romántica —continuó la prima Eva—, aunque al oír sus explicaciones se diría que se marchitaba como un lirio. Bueno, tosía sangre, y dicen que eso es romántico… Si la hubieran obligado a cuidarse como debía, si la hubiesen atendido sensatamente, tal vez aún viviría. Pero no, nada de eso. Estaba recostada en un sofá, envuelta en preciosos chales, rodeada de flores, comía lo que le apetecía o no comía nada, se levantaba después de una hemorragia y salía a montar a caballo o a bailar, dormía con las ventanas cerradas. A todas horas había una multitud de gente entrando y saliendo, riendo y charlando, y Amy permanecía sentada para que no se le deshiciera ningún rizo. Con el tiempo esa clase de vida habría matado a una persona sana. Yo he estado a punto de morirme dos veces en mi vida y las dos veces me enviaron a un hospital, que era donde tenía que estar, hasta que salí. Y salí —dijo bajando su voz hasta una nota de corneta— y me puse a trabajar otra vez.

«La belleza se esfuma, el carácter perdura», dijo la vocecilla de la moralidad axiomática al oído de Miranda. Era una perspectiva deprimente; ¿por qué los caracteres fuertes eran tan retorcidos? Miranda deseaba ser fuerte, pero no sabía cómo ser fuerte sin caer en el mismo defecto.

—Tenía un cutis precioso —dijo la prima Eva—, absolutamente transparente, con un rubor en cada mejilla, pero se debía a la tuberculosis que padecía…, y ¿es bella la enfermedad? Además se la provocó ella misma por beber limón con sal para cortar su menstruación cuando quería ir a los bailes. Había una superstición entonces entre las chicas jóvenes respecto a eso. Se figuraban que los jóvenes se daban cuenta al tocarles la mano o incluso al mirarlas. Como si eso importase. Pero eran terriblemente inseguras y sentían un inmenso respeto por la sabiduría mundana de los hombres en aquellos tiempos. Mi opinión es que los hombres no podían… pero, en cualquier caso, todo aquello era estúpido.

—Yo les habría aconsejado que se quedasen en casa si no eran capaces de nada mejor —dijo Miranda sintiéndose muy entendida y moderna.

—No se atrevían. Aquellas fiestas y bailes eran el único mercado en que podían exhibirse, así que una chica no podía permitirse el lujo de faltar, pues siempre había rivales esperando a pisarles el terreno. La rivalidad —dijo la

prima Eva levantando la cabeza y arqueándose como una montura de caballería que percibe el olor del campo de batalla—, no puedes imaginarte cómo era la rivalidad. El modo en que aquellas chicas se trataban… Nada era demasiado mezquino, nada demasiado falso si se trataba de conseguir su propósito… —La prima Eva se retorció las manos—. No era más que sexo —dijo desesperada—. No pensaban en otra cosa. Desde luego, no lo llamaban así; todo estaba encubierto bajo nombres bonitos, pero no era más que eso, sexo. —Miró por la ventanilla hacia la oscuridad, la mejilla hundida que daba a Miranda, bastante sonrojada. Volvió de nuevo la cabeza—. Yo me he subido a plataformas improvisadas o al estrado cuando me ha correspondido —dijo orgullosa— y he ido a la cárcel cuando ha sido necesario, no importaba cuál fuese mi estado de salud. Me abucheaban, se burlaban de mí y me empujaban como si estuviese perfectamente sana, pero formaba parte de nuestra filosofía no permitir que nuestras debilidades físicas afectasen a nuestro trabajo. Ya sabes lo que quiero decir —dijo, como si hasta entonces todo hubiese sido un misterio—. Bueno, Amy mostraba más ímpetu que las otras y parecía que no entablaba ninguna clase de batalla, pero sencillamente estaba obsesionada por el sexo, igual que las demás. Actuaba como si no tuviese una rival en el mundo y fingía no saber en qué consistía el matrimonio, pero sé bien que no era así. Ninguna de ellas tenía, ni quería tener, otra cosa en que pensar y es cierto que no sabían mucho al respecto, así que se pudrían por dentro, se pudrían…

Miranda deliberadamente se imaginó contemplando una larga procesión de cadáveres vivientes, de mujeres putrefactas caminando alegres hacia el osario; su corrupción, oculta bajo encajes y flores; sus caras muertas, orgullosas y sonrientes y pensó con frialdad: «Por supuesto, no fue así. Esta versión no es más cierta que la que me han contado toda mi vida, pero era igual de romántica», y se dio cuenta de que estaba cansada de su vehemente prima Eva, de que quería dormir, de que quería estar en casa, de que deseaba que ya fuese el día siguiente para poder ver a su padre y a su hermana, tan vivos y tan firmes, que se meterían con sus pecas y le preguntarían si quería comer algo.

—Mi madre no era así —dijo como una niña—. Mi madre era una mujer muy natural a la cual le gustaba cocinar. He visto algunas de sus labores de costura. He leído su diario.

—Tu madre era una santa —contestó la prima Eva automáticamente.

Miranda se quedó callada, indignada. «Mi madre no era nada semejante», pensó deseando escupir a la enorme dentadura de la prima Eva,

pero esta había estado acumulando más amargura hasta que volvió a estallar en palabras:

—«Levanta la barbilla, Eva», solía decirme Amy —comenzó cerrando los puños y sacudiéndolos un poco—. Durante toda mi vida, toda la familia me acosó por mi barbilla, tanto que hundieron mi juventud. ¿Puedes imaginarte —preguntó con una ferocidad que parecía demasiado profunda para sólo deberse a esa causa— a personas que se consideran civilizadas amargándole la vida a una chica joven porque tiene un rasgo desafortunado? Por supuesto, supones bien al imaginar que todo se hacía con el mejor humor, todo el mundo era muy gracioso al respecto, no pretendían hacerme ningún daño, oh, no, ningún daño. Eso era lo más infernal. Eso es lo que no puedo perdonarles —gritó, y se retorció las manos como si fueran bayetas—. Ah, la familia —dijo soltando el aliento y recostándose en el asiento—, debería borrarse de la faz de la tierra esa horrible institución. Es la raíz de todos los males humanos —concluyó, y se relajó, su expresión se volvió tranquila. Estaba temblando. Miranda le cogió la mano y la retuvo. La mano se agitó y luego se quedó quieta, y la prima Eva dijo—: No tienes la menor idea de lo que algunas de nosotras hemos pasado, pero quería que oyeses la otra versión de la historia. Y te estoy entreteniendo cuando necesitas un sueño reparador —dijo sombríamente, removiéndose con un inmenso crujir de enaguas.

Miranda, que se había sentido agotada, se recobró y se levantó. La prima Eva alargó la mano una vez más y atrajo a Miranda hacia sí.

—Buenas noches, querida niña —dijo—. Y pensar que ya eres mayor.

Miranda vaciló, luego, de pronto, besó a la prima Eva en la mejilla. Los negros ojos brillaron entre las lágrimas un instante y la prima Eva dijo con una nota cariñosa en su clara voz de oradora:

—Mañana estaremos de nuevo en casa. Lo estoy deseando. ¿Y tú? Buenas noches.

A Miranda la venció el sueño cuando todavía estaba desnudándose. De repente, ya era por la mañana. Aún estaba tratando de cerrar su maleta cuando el tren entró en la pequeña estación y vio a su padre en el andén, con aspecto cansado y preocupado, con el sombrero cubriéndole los ojos. Dio unos golpecitos en la ventana para llamar su atención, luego bajó corriendo y se arrojó sobre él.

—Bueno, aquí está mi niña —dijo él, como si Miranda tuviese siete años, pero sus manos la cogían por los brazos para mantenerla a cierta distancia y su tono era forzado.

No era bienvenida, no había sido bienvenida desde que se fugó. No lograba convencerse a sí misma de que debía recordar cómo se sucedían esas escenas: entre una visita a casa y la siguiente, su mente se negaba a aceptar lo que ya sabía. Su padre miró por encima de su cabeza y dijo, sin sorpresa:

—¡Vaya!, hola, Eva, me alegro de que alguien te enviara un telegrama.

Miranda, desairada una vez más, dejó caer los brazos, con la misma dolorosa y sorda sacudida que sentía en el corazón.

—Nadie de mi familia —dijo Eva, con su cara enmarcada en el fino velo negro que reservaba, evidentemente, para los funerales familiares— me ha enviado en mi vida un telegrama. Me dio la noticia la joven Keziah, que se había enterado por el joven Gabriel. Supongo que Gabe está aquí.

—Parece que todo el mundo está aquí —dijo papá—. La casa está llena.

—Si lo prefieres me iré a un hotel —dijo la prima Eva.

—¡Maldición, no! —dijo papá—. No quería decir eso. Tú vendrás con nosotros, donde debes estar.

Skid, el criado para todo, agarró las maletas y echó a andar por la calle mal empedrada.

—Hemos venido en coche —dijo papá.

Cogió a Miranda de la mano, luego la soltó y trató de coger a la prima Eva por el codo.

—Puedo perfectamente sola, gracias —dijo la prima Eva apartándose.

—Si eres tan independiente ahora —dijo papá—, Dios nos ayude cuando consigas ese voto.

La prima Eva se retiró el velo de la cara. Sonreía alegremente. Le gustaba Harry, siempre le había gustado, así que podía tomarle el pelo todo lo que quisiese. Se cogió de su brazo.

—De manera que todo ha terminado para el pobre Gabriel, ¿no?

—Oh, sí, sí —dijo papá—, sí. Efectivamente, todo ha terminado. Últimamente están cayendo muchos. ¿Nos tocará pronto a nosotros, Eva?

—No lo sé ni me importa —dijo Eva con despreocupación—. Es bueno volver de vez en cuando, Harry, aunque sea sólo para funerales. Me siento escandalosamente contenta.

—Oh, a Gabriel no le importaría, le gustaría verte contenta. Cuando éramos jóvenes Gabriel era el tipo más alegre que haya visto nunca. La vida para Gabriel —dijo papá— era un picnic constante.

—Pobre hombre —dijo la prima Eva.

—Pobre Gabriel —dijo papá con tristeza.

Miranda, que caminaba junto a su padre, se sintió desamparada, pero no lo lamentaba. Él no la había perdonado, lo sabía. ¿Cuándo la perdonaría? No podía adivinarlo, pero sentía que el perdón vendría por sí solo, sin palabras y sin reconocimiento por ninguna de las dos partes, porque cuando llegase el momento ninguno de los dos necesitaría recordar qué había causado esa división ni por qué había parecido tan importante. Los viejos no pueden guardarnos rencor para siempre porque los jóvenes queramos vivir también, pensó arrogante y orgullosa. Cometeré mis propios errores, no los tuyos; dado que no puedo depender de ti más que hasta cierto punto, ¿por qué depender en lo más mínimo? Aunque había algo más, aquel era el primer paso que dar, y lo dio, caminando en silencio al lado de sus mayores, que ya no eran la prima Eva y papá, puesto que habían olvidado su presencia, sino que se habían convertido en Eva y Harry, que se conocían bien, que se sentían cómodos el uno con el otro por ser coetáneos en términos de igualdad, que ocupaban por derecho propio su lugar en este mundo en una época de la vida a la cual habían llegado por los caminos familiares. No necesitaban desempeñar papeles de hija o de hijo respecto a personas de edad que no les entendían; tampoco de padres o de prima anciana respecto a personas jóvenes a quienes ellos no entendían. Eran exactamente ellos mismos: la mirada serena, las voces tranquilas, y naturales, no necesitaban medir sus palabras ni calcular el efecto de su actitud. «Soy yo quien no encuentra su lugar —pensó Miranda—. ¿Dónde están los míos y dónde está mi época?». En silencio, se sintió muy agraviada por la presencia de esos extraños que la sermoneaban y la amonestaban, que la querían con amargura y le negaban el derecho a mirar el mundo con sus propios ojos, que exigían que aceptase sus versiones de la vida pero no eran capaces de decir la verdad, ni siquiera en las cosas más irrelevantes. «Les odio —se dijo en su interior más íntimo y oculto—. Me liberaré de ellos, ni siquiera les recordaré».

Se sentó delante con Skid, el criado negro.

—Ven aquí con nosotros, Miranda —dijo la prima Eva con esa pequeña nota aguda de mando—. Sobra sitio.

—No, gracias —dijo Miranda con voz firme y fría—. Estoy muy cómoda aquí, no os molestéis.

Ninguno de los dos percibió su tono ni su actitud. Se acomodaron en el asiento y continuaron hablando con familiaridad y cariño de sus muertos, de sus vivos, de sus asuntos, de sus perspectivas, de sus recuerdos comunes, interrumpiéndose mutuamente, reanudando pequeñas disputas, repasando

viejos recuerdos y encontrando en ellos nuevos puntos de interés con una alegría y una frescura de la que Miranda no les había creído capaces.

Debido al ruido del motor, Miranda no podía oír las historias que se contaban, pero le parecía que las conocía bien, esas u otras similares. Conocía demasiadas historias como esas, quería algo nuevo y suyo. El lenguaje les era familiar, pero a ella no, ya no. Su padre había dicho que la casa estaba llena, estaría llena de primos y tíos, muchos de ellos desconocidos. ¿Habría algún primo joven, alguien con quien pudiese hablar de cosas que interesaran a ambos? Sintió un vago disgusto ante la idea de ver a sus primos. Eran decenas y su sangre se revelaba contra los lazos de la sangre. Estaba harta de primos. No quería más vínculos con esa casa, la abandonaría y… tampoco regresaría con la familia de su marido. No tendría más lazos de amor y odio que la asfixiaran. Ya sabía por qué había huido al matrimonio y ya sabía que iba a huir del matrimonio; no se quedaría en ningún sitio ni con nadie que amenazase con prohibirle hacer sus propios descubrimientos, con nadie que le dijese «No». Esperaba que nadie hubiese ocupado su antigua habitación, le gustaría dormir allí por última vez, se despediría del lugar donde hacía años le había encantado dormir, dormir y despertar y esperar a ser mayor, a empezar a vivir. Oh, ¿qué es la vida?, se preguntó con desesperada gravedad, con esas palabras infantiles sin respuesta, ¿y qué haré con mi vida? Es mía, pensó en una furia de celosa posesividad, ¿qué haré con mi vida? No sabía que se preguntaba esto porque había sido educada para creer que la vida era una sustancia, un material que utilizar, que tomaba forma, dirección y sentido sólo cuando el poseedor lo guiaba y lo trabajaba: vivir era un proceso de continuos y variados actos de la voluntad dirigidos hacia un fin determinado. Le habían asegurado que había fines buenos y malos, que se tenía que elegir. Pero ¿qué era bueno y qué era malo? Odio el amor, pensó, como si esta fuese la respuesta, odio amar y ser amada, lo odio. Y su turbada y agitada mente recibió un fuerte alivio gracias a ese derrumbamiento súbito de una vieja y dolorosa estructura de imágenes distorsionadas y conceptos erróneos. «No sabes nada acerca de eso —se dijo Miranda, con extraordinaria claridad, como si fuese una persona mayor amonestando a otra más joven y descaminada—. Tienes que averiguarlo». Pero nada le impulsaba a decidir: «Ahora haré esto, seré aquello, iré allí, tomaré este camino para llegar a aquel objetivo». Primero hay que hacer preguntas, pensó, pero ¿quién las contestará? Nadie, o habrá demasiadas respuestas, ninguna de ellas correcta. ¿Cuál es la verdad?, se preguntó con tanta gravedad como nadie se lo hubiese cuestionado jamás. ¿La verdad que tengo que averiguar incluso acerca de lo

más insignificante? ¿Y dónde empezaré a buscarla? Su mente se negaba tercamente a recordar no ya el pasado sino la leyenda del pasado, el recuerdo del pasado que tenían otras personas, el que se había pasado la vida contemplando asombrada como un niño el espectáculo de la linterna mágica. Ah, pero queda mi propia vida por venir, pensó, mi propia vida presente y futura. No quiero promesas, no tendré falsas esperanzas, no seré romántica respecto a mí misma, no puedo vivir en su mundo por más tiempo, se dijo, escuchando las voces que continuaban hablando detrás de ella. Que se cuenten sus historias entre ellos. Que continúen explicándose cómo sucedieron las cosas. No me importa. Por lo menos podré saber la verdad acerca de lo que me ocurra a mí, afirmó en silencio y, esperanzada e ignorante, se lo prometió firmemente a sí misma.

Vino de mediodía

Época: 1896-1905
Lugar: una pequeña granja del sur de Texas

Los dos chiquillos mugrientos de pelo color estopa que estaban escarbando entre la ambrosía en el patio delantero se quedaron plantados y dijeron «Hola» cuando el hombre alto y huesudo de pelo pajizo apareció en su puerta. No tuvo que detenerse en la puerta: hacía mucho tiempo que se había descolgado y ya estaba tan hundida sobre sus goznes rotos que a nadie se le ocurría intentar cerrarla, así que permanecía entreabierta facilitando el paso. Ni siquiera miró a los chiquillos, y mucho menos les dio los buenos días. Simplemente fue colocando sus zapatones cuadrados y polvorientos uno detrás de otro con tal firmeza y regularidad que parecía un campesino con un arado que conoce perfectamente el lugar, sabe adónde va y qué encontrará. Bajo la hilera de cinamomos dobló la esquina de la derecha de la casa y se acercó al porche lateral donde el señor Thompson estaba batiendo leche en una gran mantequera.

El señor Thompson era un hombre duro y curtido, su pelo era negro y tieso y se había dejado crecer unas patillas de una semana. Era un hombre escandaloso y orgulloso que estiraba tanto el cuello que la nuez parecía alcanzarle la cara y cuyas patillas corrían por el cuello y se perdían en una negra mata bajo la camisa abierta. Dado que la mantequera crujía y silbaba como las tripas de un caballo al trote el señor Thompson parecía estar conduciendo un caballo tirando de las riendas y arreándolo con una mano; y de vez en cuando daba media vuelta y lanzaba un tremendo escupitajo de mascadura de tabaco por encima de los escalones. Las piedras de la puerta

estaban marrones y brillantes de las mascaduras frescas que escupía. El señor Thompson llevaba mucho rato batiendo leche para hacer mantequilla y estaba cansado. Se disponía a lanzar otro escupitajo cuando el desconocido dio la vuelta a la esquina y se detuvo. El señor Thompson vio a un hombre de pecho estrecho con los ojos de un azul tan pálido que parecían blancos, mirándole y dejando de mirarle desde una cara larga y enjuta, por debajo de sus cejas blancas. Con aquel enorme labio superior el señor Thompson concluyó que debía de ser otro de esos irlandeses.

—¿Cómo está, señor? —dijo el señor Thompson cortésmente haciendo girar su mantequera.

—Necesito trabajo —dijo el hombre claramente pero con cierto acento extranjero que el señor Thompson no pudo determinar. No era cajún, no era negro y no era holandés, así que le desconcertó—. ¿Necesita un hombre aquí?

El señor Thompson le dio un buen empujón a la mantequera, que se balanceó hacia delante y hacia atrás varias veces por su propio impulso. Él se sentó en los escalones, escupió su mascadura en la hierba y dijo:

—Siéntese. Quizá podamos hacer un trato. He estado buscando ayuda. Tenía dos negros, pero la semana pasada se liaron a navajazos y uno está muerto y el otro, en chirona, en Cold Springs. A ninguno de los dos valía la pena matarlos, en el fondo. Así que me figuro que más vale que coja a alguien. ¿Dónde ha trabajao usté antes?

—En Dakota del Norte —dijo el hombre, encogiéndose un poco en el otro extremo de los escalones, pero no parecía cansado.

Se agachó y se instaló como si fuese a quedarse allí mucho rato antes de levantarse. No había mirado al señor Thompson, pero su mirada tampoco transmitía nada. No parecía estar mirando a ningún otro sitio. Sus ojos dejaban pasar las cosas ante ellos. No parecían esperar ver nada que mereciese la pena mirar. El señor Thompson esperó mucho rato a que aquel hombre dijese algo más, pero este se había ensimismado.

—Dakota del Norte —dijo el señor Thompson, tratando de recordar dónde estaba—. Creo que eso está muy lejos.

—Puedo hacer todas las faenas de una granja —dijo el hombre— y por poco dinero. Necesito trabajo.

El señor Thompson se dispuso a hablar en serio.

—Me llamo Thompson, señor Royal Earle Thompson.

—Yo soy Helton —dijo el hombre—, señor Olaf Helton.

No se movió.

—Bueno —dijo el señor Thompson con su voz más potente—, pues más vale que vayamos al grano.

Cuando el señor Thompson confiaba en hacerse con una ganga siempre se mostraba muy animado y jovial. No era mala persona, pero le reventaba pagar un jornal. Él mismo lo decía. «Les das pitanza y choza —decía—, y encima les ties que pagar. No es justo. Además del desgaste natural de tus herramientas, dejan que to' se estropee». Así que empezó a reír y a gritar con la intención de llegar a un acuerdo.

—Bueno, lo que yo quiero saber es cuánto piensa sacarme —rebuznó, dándose una palmada en la rodilla.

Después de mantener la risa todo lo que pudo, sintiéndose un poco avergonzado, se calmó, y cortó una pizca de tabaco. El señor Helton miraba con tanta fijeza hacia algún punto entre el establo y el huerto que parecía estar dormido con los ojos abiertos.

—Soy buen trabajador —dijo el señor Helton con voz de ultratumba—. Suelo ganar un dólar al día.

El señor Thompson se escandalizó tanto que se le olvidó echarse a reír otra vez a carcajadas hasta que casi era demasiado tarde para que sirviese de nada.

—Ja, ja —berreó—. Por un dólar al día me contrato a mí mismo. ¿En qué clase de trabajo pagan un dólar al día?

—Trigales, en Dakota del Norte —dijo el señor Helton sin sonreír siquiera.

El señor Thompson dejó de reír.

—Pues esto no es un trigal ni por asomo. Esto es más bien una granja lechera —dijo como disculpándose—. Mi señora estaba empeñada en tener una granja lechera, porque le gustaba trabajar con vacas y terneros, así que le di el gusto, pero fue una equivocación. Además, casi to' tengo que hacerlo yo. Mi señora no es muy fuerte. Hoy está mala, esa es la verdá. Estos últimos días no ha estao bien. Plantamos un poco de forraje, un cacho de maíz y también tenemos una huerta, cerdos y gallinas, pero lo principal son las vacas. Verá, hablando de hombre a hombre, no se gana na' con esto. Verá, no puedo darle un dólar al día porque la verdá es que ni yo me saco eso. No, señor, diría yo, vamos tirando con mucho menos de un dólar al día, diría yo, calculando por encima. Verá, yo les pagaba siete dólares al mes a los dos negros, tres cincuenta a cada uno, más comida, pero lo que yo digo es que un hombre blanco medianamente bueno vale siempre más que un montón de negros, así

que le daré siete dólares y comerá en la mesa con nosotros. Como se suele decir, le trataremos como un blanco…

—Está bien —dijo el señor Helton—. Acepto.

—Vale, pues trato hecho, ¿eh? —El señor Thompson se levató de un salto como si acabase de recordar un asunto importante—. Bueno, ocúpese de esa mantequera y dele unos cuantos meneos, ¿quiere?, mientras yo me marcho al pueblo pa' hacer un par de recaos. No he podío salir de aquí en toa la semana. Supongo que sabe lo que tiene que hacer con la mantequilla cuando esté lista, ¿no?

—Sí —dijo el señor Helton sin volver la cabeza—. Sé cómo funciona esto de la mantequilla.

Arrastraba la voz de una manera extraña, incluso cuando decía sólo dos palabras subía y bajaba la voz lentamente marcando el acento en la sílaba equivocada. El señor Thompson se preguntó de dónde sería aquel extranjero.

—¿Dónde me ha dicho que trabajó la última vez? —preguntó, como si esperase que el señor Helton se contradijese.

—Dakota del Norte —le contestó.

—Bueno, un sitio es tan bueno como otro en cuanto te acostumbras —comentó el señor Thompson con suficiencia—: Es usté extranjero, ¿verdá?

—Soy sueco —dijo el señor Helton, empezando a manejar la mantequera.

El señor Thompson soltó una risa estrepitosa, como si fuese el mejor chiste que había oído en su vida.

—Bueno, que me aspen —dijo a voz en grito—. Un sueco, vaya, vaya, creo que se sentirá bastante solo por aquí. Nunca he visto un sueco en este rincón del mundo.

—No pasa nada —contestó el señor Helton.

Continuó dándole a la mantequera como si llevara años trabajando en aquel lugar.

—Más vale que se lo diga, la verdá es que usté es casi el primer sueco al que le echo la vista encima.

—No pasa nada —concluyó el señor Helton.

El señor Thompson entró en la habitación principal, donde la señora Thompson estaba tumbada con las persianas verdes bajadas. Tenía un cuenco de agua a su lado sobre la mesa y un paño mojado sobre los ojos. Se quitó el paño al oír el ruido de las botas del señor Thompson y dijo:

—¿Qué es todo ese ruido ahí fuera? ¿Quién es?

—Es un tipo que dice que es sueco, Ellie —dijo el señor Thompson—, y dice que sabe hacer mantequilla.

—Espero que sea verdad —dijo la señora Thompson—. Parece que mi cabeza no mejorará nunca.

—No se preocupe —dijo el señor Thompson—. Se preocupa demasiao. Ahora me voy al pueblo y compraré provisiones.

—No se entretenga, ¿eh?, señor Thompson —dijo la señora Thompson —. No vaya al hotel.

Se refería al bar, donde el propietario también tenía unas habitaciones para alquilar en el piso de arriba.

—Sólo un par de ponchecitos —dijo el señor Thompson riéndose ruidosamente—, nunca han hecho daño a nadie.

—Yo no he tomado un trago en mi vida —dijo la señora Thompson— y, lo que es más, nunca lo probaré.

—Yo no estaba hablando de mujeres —dijo el señor Thompson.

El sonido del vaivén de la mantequera acunó a la señora Thompson y la hizo caer primero en un suave sueñecito y luego en un sueño más profundo del que despertó de repente, sabiendo que el balanceo había cesado hacía un buen rato. Se sentó protegiéndose los cansados ojos de los débiles rayos de sol del final de verano que se colaban entre el alféizar y las persianas bajadas. Allí estaba, gracias a Dios, aún viva, con la cena por hacer pero sin tener que ocuparse de la mantequera, con la cabeza algo mareada todavía, pero aliviada. Poco a poco cayó en la cuenta de que había estado oyendo un nuevo sonido incluso mientras dormía. Alguien estaba tocando una armónica; no era un ruido agudo insoportable, sino una bonita melodía, alegre y triste.

Salió por la puerta de la cocina, bajó los escalones del porche y se quedó mirando hacia el este, protegiéndose los ojos con la mano. Cuando se acostumbró a la luz, vio a un hombre alto, de pelo claro, con vaqueros, sentado delante de la puerta de la cabaña del jornalero en una silla de cocina inclinada hacia atrás, soplando en su armónica con los ojos cerrados. El corazón de la señora Thompson se agitó y se le cayó a los pies. Dios Santo, parecía un vago y un irresponsable, de verdad que sí. Primero un montón de negros inútiles y despreciables, y ahora un blanco inútil. Era típico del señor Thompson coger a esa clase de personas. Realmente desearía que fuese más considerado y se preocupase un poco de su negocio. Quería creer en su marido, pero en muchas ocasiones le era imposible. Quería creer que al día siguiente o al otro, la vida, una batalla en el mejor de los casos, sería mejor.

Sin echar ni una ojeada, pasó por delante de la cabaña con pasos cuidadosos y doblada por la cintura a causa del persistente dolor que sufría en el costado, encaminándose hacia el cobertizo del manantial, tratando de endurecer su ánimo para hablar con toda claridad con el nuevo jornalero si no había hecho su faena.

La lechería no era más que otra cabaña de tablas deterioradas clavadas apresuradamente hacía años porque necesitaban una lechería; fue una construcción provisional, pero ahí seguía, ya deforme, inclinándose por aquí y por allí sobre un perpetuo chorro fresco de agua que caía de una pequeña gruta, casi ahogado por helechos pálidos. Nadie en toda la comarca tenía un manantial semejante en sus tierras. Los señores Thompson pensaban que, si alguna vez se decidían a hacer algo con él, podían sacar una fortuna de ese manantial.

Había unos desvencijados estantes de madera sujetos de cualquier manera en el cuadrado que rodeaba la pequeña poza donde estaban puestas las colodras más grandes de leche y mantequilla, frescas y dulces en el agua fría. Sosteniéndose con una mano el costado dolorido y con la otra haciéndose sombra, la señora Thompson se agachó para mirar dentro de las colodras. La nata había sido retirada y apartada, había un hermoso rollo de mantequilla, los moldes de madera y las cacerolas poco profundas habían sido fregadas y escaldadas por primera vez en Dios sabe cuánto tiempo, el barril estaba lleno del suero de la leche listo para alimentar los cerdos y los terneros destetados, y el suelo de tierra apisonada había sido barrido. La señora Thompson se enderezó de nuevo, sonriendo con ternura. Había estado dispuesta a regañar a un pobre hombre que necesitaba trabajo, que acababa de llegar y que no se podía esperar que hiciese las cosas bien al principio. Lo único que podía hacer para compensar la injusticia que le había infligido de pensamiento era decirle cuánto apreciaba su buen trabajo, con todo terminado e impecable en tan poco tiempo. Se aventuró a acercarse a la puerta de la cabaña con sus pasos cuidadosos; el señor Helton abrió los ojos, dejó de tocar y enderezó su silla, pero no la miró ni se levantó. Era una mujercita frágil, con el pelo castaño largo y abundante recogido en una trenza, con una boca doliente y sufrida y con unos ojos enfermos que lloraban con facilidad. Entrelazó los dedos para formar una visera fijando los pulgares en las sienes y, guiñando sus párpados llorosos, dijo con un tonillo cortés:

—¿Cómo está usted, señor? Soy la señora Thompson y quería decirle que creo que ha hecho un muy buen trabajo en la lechería. Siempre ha sido un sitio difícil de mantener.

—Vale —dijo él con su voz lenta, sin moverse.

La señora Thompson esperó un momento.

—Está tocando una melodía muy bonita. Casi nadie es capaz de sacar música de una armónica.

El señor Helton se quedó sentado, encorvado, con sus largas piernas extendidas y la columna arqueada, pasando el pulgar sobre los bordes cuadrados de la armónica de tal manera que, salvo por el movimiento de su mano, podía haber estado dormido. La armónica era grande, brillante y nueva, y la señora Thompson echó un vistazo rápido a su alrededor y contó otras cinco, todas buenas y caras, colocadas en hilera sobre el estante junto al jergón. «Debe de llevarlas consigo en el bolsillo del jersey», pensó, y se fijó en que no había ni rastro de otros objetos personales a la vista.

—Veo que es usted muy aficionado a la música —dijo ella—. Nosotros teníamos un viejo acordeón y el señor Thompson lo tocaba bastante bien, pero los niños lo rompieron.

El señor Helton se levantó con bastante brusquedad, así que la silla se cayó haciendo mucho ruido y, aunque sus rodillas se enderezaron, sus hombros no, y se quedó mirando al suelo como si estuviese escuchando con atención.

—Ya sabe cómo son los niños —dijo la señora Thompson—. Será mejor que ponga las armónicas en un estante más alto o se las cogerán. Tienen mucha maña para coger las cosas. Yo trato de enseñarles, pero no sirve de mucho.

El señor Helton, con un amplio gesto de sus largos brazos, barrió sus armónicas contra su pecho y de allí las pasó, colocándolas en hilera, al reborde donde el tejado se unía a la pared. Las empujó hacia atrás hasta que quedaron casi fuera de la vista.

—Con eso bastará, supongo —dijo la señora Thompson—. Ahora me pregunto —dijo dándose la vuelta y cerrando los ojos contra la luz más fuerte del oeste— dónde andarán esos críos. No puedo seguirles la pista. —Hablaba de sus hijos como si fueran unos sobrinos muy traviesos que les habían hecho una larguísima visita.

—Junto al arroyo —dijo el señor Helton con su voz hueca.

La señora Thompson se sintió confundida, pero después llegó a la conclusión de que él había contestado a su pregunta. Él permaneció de pie con silenciosa paciencia, quizá no esperaba a que ella se fuera, pero desde luego no esperaba ninguna otra cosa. La señora Thompson estaba acostumbrada a toda clase de hombres afectados por cualquier tipo de

chifladuras. La cuestión era averiguar exactamente en qué se diferenciaba la chifladura del señor Helton, después acostumbrarse a ella y hacerle sentirse a gusto. Su padre había sido un chiflado, todos sus hermanos y tíos habían tenido sus manías, y ninguno las mismas, y todos los jornaleros que había conocido tenían sus propias rarezas y excentricidades. Así que ahí estaba el señor Helton, que era sueco, que no hablaba y que además tocaba la armónica.

—En un momento necesitarán comer algo —dijo la señora Thompson con una ligera cordialidad—. Ahora me pregunto, ¿qué podría preparar para cenar? ¿Qué le gusta a usted, señor Helton? Siempre tenemos mucha mantequilla buena, y leche, y nata, eso es una bendición. El señor Thompson dice que tendríamos que venderla toda, pero yo digo que mi familia está primero. —Terminó contrayendo su carita en una dolorosa sonrisa ciega.

—Yo como cualquier cosa —dijo el señor Helton, subiendo y bajando sus palabras.

«No sabe hablar, eso para empezar —pensó la señora Thompson—, así que es una pena empeñarse en hablarle cuando no conoce bien el idioma». Dio un paso lento para alejarse de la cabaña, mirando por encima del hombro.

—Solemos comer pan de maíz, excepto los domingos —le dijo—. Supongo que en su país no comen mucho pan de maíz bueno.

El señor Helton no pronunció ni una palabra. Ella vio con el rabillo del ojo que había vuelto a sentarse, mirando su armónica, con la silla inclinada hacia atrás otra vez. Esperaba que se acordase de que se acercaba la hora de ordeñar. Mientras se alejaba, él empezó a tocar de nuevo la misma melodía.

La hora de ordeñar llegó y pasó. La señora Thompson vio al señor Helton yendo y viniendo entre el establo de las vacas y la lechería. Andaba con paso largo y relajado, los hombros encorvados, la cabeza colgando, los grandes cubos basculando como una balanza al extremo de sus huesudos brazos. El señor Thompson volvió del pueblo montando más erguido que de costumbre, con la barbilla metida, y con un saco lleno de provisiones colgado detrás de la silla. Después de dirigirse al establo, entró en la cocina de muy buen humor y le dio a la señora Thompson un enérgico y sonoro beso en la mejilla desempolvándole la cara con sus duras patillas. No había duda de que había estado en el hotel.

—Eche una ojeada a las dependencias, Ellie —gritó—. Ese sueco trabaja que se mata. Pero es el tipo más callao que he conocío en toa mi vida. Parece que tiene miedo a que se le rompa la mandíbula si abre la boca.

La señora Thompson estaba removiendo un gran cuenco de pan de maíz con suero de la leche.

—Huele como un corcho, señor Thompson —dijo sin perder ni un ápice de dignidad—. Me gustaría que le dijera a uno de los niños que me traiga una carga de leña. Estoy pensando en hornear galletas mañana.

El señor Thompson, al advertir de pronto el olor a alcohol en su propio aliento, salió a hurtadillas, reprendido con justicia, y él mismo se encargó de la leña. Arthur y Herbert, sucios desde su pelo pajizo hasta los dedos de los pies, desde la piel hasta la camisa, entraron corriendo y pidiendo a gritos la cena.

—Id a lavaros la cara y a peinaros —dijo la señora Thompson automáticamente.

Ambos se retiraron al porche. Cada uno puso la mano bajo la bomba, se mojó el mechón de la frente, se lo peinó con los dedos y volvió de inmediato a la cocina, donde se centraban todas las expectativas agradables de la vida. La señora Thompson puso un plato más y ordenó a Arthur, el mayor, de ocho años, que llamase al señor Helton para la cena.

Arthur, sin moverse del sitio, berreó como un becerro:

—Oigaaaaaa, Heeeeelton, la cenaaaaa estaaaaaá listaaaaa —y añadió en voz más baja—: ¡Eh, gran sueco!

—Escúchame —dijo la señora Thompson—, esa no es manera de comportarse. Ahora vas a salir y le vas a pedir que venga con educación o haré que tu padre te dé una buena tunda.

El señor Helton apareció, largo y sombrío, en la puerta.

—Siéntese ahí mismo —tronó el señor Thompson agitando el brazo.

El señor Helton cruzó la cocina de dos zancadas con sus zapatos cuadrados y se dejó caer sobre el banco. El señor Thompson ocupó su silla en la cabecera de la mesa, los dos niños se colocaron armando mucha bulla enfrente del señor Helton y la señora Thompson se sentó en el extremo más próximo. La señora Thompson cruzó las manos con fuerza, inclinó la cabeza y dijo en voz alta: «Señor, por todo esto y tus otras bendiciones te damos las gracias en nombre de Jesús, amén», tan apresuradamente, tratando de acabar antes de que la rojiza zanquita de Herbert alcanzase el plato más cercano, pues de lo contrario se vería obligada a echarle de la mesa y los niños que están creciendo necesitan comer. El señor Thompson y Arthur siempre esperaban, pero Herbert, de seis años, todavía era demasiado pequeño para educarlo.

Los señores Thompson trataron de entablar conversación con el señor Helton, pero fue un fracaso. Primero intentaron hablar del tiempo, luego de las cosechas y después de las vacas, pero el señor Helton sencillamente no respondía. El señor Thompson decidió relatar una anécdota graciosa que le habían contado: los otros granjeros que estaban en el hotel, amigos suyos, le habían dado cerveza a una cabra, que terminó borracha perdida. La señora Thompson, obediente, se rió, pero no le pareció muy gracioso. Ya había oído la historia muchas veces, aunque cada vez que la contaba el señor Thompson fingía que había sucedido ese mismísimo día. Debía de haber sucedido hacía años, si es que había sucedido alguna vez, y nunca había sido una historia que a la señora Thompson le pareciese adecuada para contarla en presencia de señoras. Todo venía de la debilidad que tenía el señor Thompson por echar un trago de más de vez en cuando, aunque votaba por la opción local[1] en todas las elecciones. Le pasó la comida al señor Helton, quien se sirvió de todo, pero no parecía suficiente para mantenerse en plena forma si pensaba continuar trabajando como había empezado.

Al terminar, cogió un buen pedazo de pan de maíz, lo usó para dejar el plato tan limpio como si lo hubiese lamido un sabueso, se llenó la boca y, aún masticando, se levantó del banco y se dirigió a la puerta.

—Buenas noches, señor Helton —dijo la señora Thompson, y los otros Thompson se sumaron en un coro desordenado—: ¡Buenas noches, señor Helton!

—Buenas noches —dijo la voz oscilante del señor Helton a regañadientes desde la oscuridad.

—Buna noshe —dijo Arthur, imitando al señor Helton.

—Buna noshe —dijo Herbert, el mono de repetición.

—No lo haces bien —dijo Arthur—. Ahora escúchame a mí. Buuuuuuna noshe —y sostuvo una escala retumbante disfrutando de su perfecta imitación.

A Herbert casi le dio un ataque de risa.

—Basta ya —dijo la señora Thompson—. Él no puede remediar hablar así. Deberíais avergonzaros por burlaros de esa manera de un pobre extranjero. ¿Os gustaría ser extranjeros en una tierra extraña?

—A mí sí me gustaría —dijo Arthur—. Creo que sería divertido.

—Son verdaderos incultos, Ellie —dijo el señor Thompson—. Simples ignorantes. —Volvió una cara de imponente paternidad hacia sus hijos—. El año que viene os mandamos a la escuela a los dos y allí os meterán un poco de sentido común en la mollera.

—A mí me van a mandar al reformatorio cuando sea mayor —dijo Herbert con voz aflautada—. Allí es adonde voy a ir.

—Ah, sí, ¿eh? —preguntó el señor Thompson—. ¿Quién lo dice?

—El superintendente de la escuela dominical —dijo presumiendo Herbert, un niño listo.

—¿Lo ve? —dijo el señor Thompson mirando a su mujer—. ¿Qué le he dicho? —Se convirtió en un huracán de ira—. A la cama los dos —rugió hasta que su nuez se estremeció—. ¡Marchaos antes de que os arranque el pellejo!

Se fueron y poco después, desde su dormitorio en la buhardilla, los ruidos de una pelea, los bufidos, las risas y los gruñidos llenaron la casa e hicieron temblar el techo de la cocina.

La señora Thompson levantó la cabeza y dijo con una vocecita insegura:

—Es inútil regañarles siendo tan jóvenes y tiernos. No puedo soportarlo.

—Dios, Ellie —dijo el señor Thompson—, tenemos que educarlos. No podemos simplemente dejarles crecer como salvajes.

—Ese señor Helton parece bueno, aunque no hay forma de hacerle hablar. Quién sabe cómo habrá llegado a estar tan lejos de su casa —continuó ella con otro tono.

—Como ya te he dicho, no es muy charlatán —dijo el señor Thompson —, pero vaya si sabe organizar el trabajo. Me figuro que eso es lo principal aquí. Este país está lleno de tipos buscando trabajo.

La señora Thompson estaba recogiendo los platos y retiró el plato del señor Thompson de debajo de su barbilla.

—A decir verdad —comentó—, creo que es un cambio bien bueno tener a un hombre en la granja que sabe trabajar y mantiene la boca cerrada. Quiero decir que no se meterá en nuestros asuntos. Y no es que tengamos nada que esconder, pero es mejor así.

—Es la verdá —dijo el señor Thompson—. Ja, ja —gritó de repente—. Así será usté la única que hable, ¿eh?

—Lo único —continuó la señora Thompson— es que no come lo suficiente para mi gusto. Me gusta ver a un hombre sentarse y disfrutar de una buena comida. Mi abuela solía decir que no se debía confiar en un hombre que no se sienta y devora su cena. Espero que no sea así esta vez.

—Le voy a decir la verdad, Ellie —dijo el señor Thompson hurgándose los dientes con un tenedor y reclinándose en la silla del mejor de los humores —: siempre he pensado que su abuela era una vieja estúpida. Decía lo primero que se le pasaba por la cabeza y lo llamaba sabiduría divina.

—Mi abuela no era ninguna estúpida. Nueve veces de cada diez sabía lo que se decía. Yo siempre digo que lo primero que piensas es lo mejor que puedes decir.

—Bueno —dijo el señor Thompson, gritando otra vez—. Usté parece muy refinada cuando cuenta esa historia de la cabra, pero pruebe a decir lo primero que se le ocurra delante de señoras algunas veces. Pruébelo. Figúrese que casualmente está pensando en una gallina y un gallo, ¿eh? ¡Supongo que escandalizaría al predicador baptista! —Le dio un buen pellizco en su delgado trasero—. Y no tiene más carne que un conejo —le dijo con cariño—, pero a mí me gustan alimentados con maíz.

La señora Thompson le miró con los ojos muy abiertos y se ruborizó. Veía mejor con luz artificial.

—Vaya, señor Thompson, a veces pienso que es el hombre peor pensado que ha nacido. —Le cogió un puñado de pelo de la coronilla y le dio un buen tirón lento—. Eso es para enseñarle lo que se siente al pellizcar tan fuerte cuando se supone que está jugando —le dijo dulcemente.

A pesar de su posición en la vida, el señor Thompson nunca había podido superar su profunda convicción de que llevar una granja lechera y perseguir a los pollos era trabajo de mujeres. Le gustaba decir que él podía arar un surco, cortar el sorgo, descascarar el maíz, manejar una yunta y construir un hórreo de maíz tan bien como cualquier hombre. Comprar o vender también eran tareas de hombres. Dos veces a la semana conducía la carreta de bueyes al mercado cargando con mantequilla fresca, unos cuantos huevos y fruta del tiempo; los vendía, se embolsaba el dinero y se lo gastaba como mejor le parecía, teniendo cuidado de no tocar el dinero para imprevistos de la señora Thompson.

Aun así desde el principio le preocuparon las vacas, que aparecían regularmente dos veces al día para ser ordeñadas y se quedaban allí paradas con expresión de reproche en sus caras femeninas y presumidas. Le preocupaban los terneros, que tiraban de la cuerda y se estrangulaban hasta que se les saltaban los ojos, tratando de llegar a la ubre. Forcejear con un ternero le afeminaba tanto como tener que cambiarle los pañales a una criatura. Le preocupaba la leche, que salía amarga unas veces, se secaba otras o se agriaba. Le preocupaban las gallinas, que cacareaban y cloqueaban, que empollaban cuando menos te lo esperabas y luego sacaban la pollada al patio donde los caballos podían pisarlos y que se morían de moquillo y de tortícolis y tenían plagas de piojos gallineros, que ponían los huevos por doquier de

manera que la mitad se estropeaban antes de que pudiesen encontrarlos, a pesar de la hilera de nidos que la señora Thompson había colocado para ellas en el cuarto de los comederos. Las gallinas eran un condenado fastidio.

Para el señor Thompson cebar cerdos era una tarea propia del jornalero; matar a los cerdos era una tarea propia del amo, pero rasparlos y trocearlos correspondía al jornalero también. Igualmente era una tarea adecuada para una mujer adobar la carne, ahumar, salar y hacer la manteca y las salchichas. Todas estas actividades cuidadosamente delimitadas estaban relacionadas de alguna manera con la importancia que el señor Thompson le daba a la apariencia de las cosas, su propia apariencia a los ojos de Dios y de los hombres. «No parece correcto» era la razón definitiva para no hacer nada que no desease hacer.

Como eran su dignidad y su reputación lo que le importaba, había muy pocas tareas que fuesen lo bastante masculinas para que el señor Thompson las realizase con sus propias manos. La señora Thompson, para quien muchísimas tareas habrían sido apropiadas, se le había enfermado y pronto. Al poco tiempo se dio cuenta de lo ciego que había sido al esperar mucho de la señora Thompson; se había enamorado de su delicada cintura, de sus enaguas adornadas con encajes y de sus grandes ojos azules y, aunque todos esos encantos habían desaparecido, entretanto ella se había convertido para él en Ellie, que no parecía en absoluto ser la misma persona que la señorita Ellen Bridges, una conocida maestra de la escuela dominical en la primera iglesia baptista de Mountain City, sino su querida esposa, Ellie, una mujer débil. Privado como estaba del principal apoyo en la vida que un hombre puede esperar del matrimonio, se había resignado al fracaso casi sin saberlo. La cabeza erguida, puntual contribuyente, suscriptor anual al sueldo del predicador, terrateniente y padre de familia, patrón, hombre bueno y cordial entre los hombres, el señor Thompson sabía, sin haberlo expresado en palabras, que había estado yendo constantemente cuesta abajo. Dios Santo, ya era hora de que alguien cogiese un rastrillo en la mano de vez en cuando y retirase la basura amontonada alrededor del establo y los escalones de la cocina. El cobertizo de las carretas estaba tan lleno de maquinaria averiada, guarniciones gastadas, ruedas viejas, colodras rotas y tablones de madera podridos que ya apenas era posible entrar en él. Ni un alma movía un pie para arreglarlo y, en cuanto a él, ya tenía más que suficiente con su trabajo cotidiano. A veces, en la estación de menor actividad, se sentaba durante horas enormemente preocupado por todo, escupiendo mascaduras de tabaco sobre las ambrosías que crecían en forma de matorral contra la pila de leña,

preguntándose qué podía hacer un hombre con tantas limitaciones. Deseaba que los chicos crecieran pronto; los sometería a pruebas muy duras, como su padre había hecho con él cuando era un muchacho; tendrían que aprender a hacerse cargo del trabajo y llevar la granja. No iba a excederse, pero esos dos chicos debían ganarse el pan o ya se enterarían. ¡Malditos holgazanes, todo el día sentados tallando trozos de madera con una navaja! El señor Thompson a veces se enfadaba con ellos cuando se imaginaba su posible futuro: un par de mocetones holgazanes todo el día sentados tallando madera con una navaja o pensando en irse de pesca. Bueno, él pondría fin a todo eso, y muy deprisa.

A medida que fueron pasando las estaciones y el señor Helton se hacía cargo cada vez de más cosas, el señor Thompson empezó a tranquilizarse un poco. No parecía haber nada que aquel tipo no pudiera hacer ajustado a una jornada de trabajo normal y corriente. Se levantaba a las cinco de la mañana, se preparaba su café, se freía su tocino y estaba fuera con las vacas antes de que el señor Thompson hubiese empezado a bostezar, estirarse, gruñir, rugir y darse golpes con todo buscando sus pantalones. Ordeñaba las vacas, limpiaba la lechería y batía la mantequilla; reunía las gallinas y de alguna forma las convencía de que pusiesen en los nidos, no debajo de la casa ni detrás de los almiares; las alimentaba a sus horas y ellas empollaban hasta que no se podía poner el pie en el suelo sin pisarlas. Poco a poco los montones de basura alrededor de los establos y de la casa desaparecieron. Llevaba el suero de la leche y el maíz a los cerdos y cepillaba las crines de los caballos para quitarles las ajonjeras. Era delicado con los terneros y un poco más severo con las vacas y las gallinas; a juzgar por su conducta, el señor Helton nunca había oído hablar de la diferencia entre un trabajo de hombre y un trabajo de mujer en una granja.

Durante el segundo año, le mostró al señor Thompson el dibujo de una prensa de queso en un catálogo de venta por correo y le dijo: «Esto es bueno. Usted compra esto y yo hago queso». Compró la prensa y el señor Helton hizo queso y el queso se vendió, junto con mayores cantidades de mantequilla y cajas de huevos. A veces, el señor Thompson sentía un poco de desprecio por las costumbres del señor Helton. Le parecía una bobada que un hombre andase recogiendo media docena de mazorcas de maíz que se habían caído de la carreta al volver del campo, que cogiese la fruta caída para dársela a los cerdos, que guardase clavos viejos y piezas sueltas de maquinaria y que perdiese el tiempo estampando un dibujo de fantasía en la mantequilla antes de llevarla al mercado. El señor Thompson, sentado en lo alto del asiento de la carreta, con la mantequilla decorada en una lata de veinte kilos envuelta en

tela de saco mojada, dirigiéndose al pueblo, gorjeando a los caballos y haciendo restallar las riendas sobre sus lomos, pensaba a veces que el señor Helton era un tipo de hombre bastante manso, pero nunca se dejaba llevar por tales sentimientos y reconocía lo bueno que tenía. Era un hecho que los cerdos estaban en mejor estado y se vendían por más dinero. Era un hecho que el señor Thompson había dejado de comprar comida porque el señor Helton conseguía unas cosechas buenísimas. Cuando llegaba la época de la matanza de las vacas y los cerdos, el señor Helton sabía aprovechar las sobras que el señor Thompson habría tirado y no le importaba limpiar las tripas y llenarlas para hacer salchichas según sus propios métodos. El señor Thompson no tenía motivo de queja por nada. El tercer año le subió el sueldo al señor Helton, aunque este no había pedido un aumento. El cuarto año, cuando el señor Thompson no sólo había saldado sus deudas sino que tenía un poco de dinero en el banco, le subió otra vez el sueldo al señor Helton, dos dólares y medio al mes en cada ocasión.

—El hombre lo vale, Ellie —dijo el señor Thompson, resplandeciente de autojustificación por su extravagancia—. Ha hecho que esta granja dé dinero y quiero que sepa que lo aprecio.

El silencio del señor Helton, la palidez de sus cejas y su pelo, su larga y triste mandíbula y esos ojos que se negaban a ver nada, ni siquiera el trabajo que tenía entre manos, se habían vuelto absolutamente familiares para los Thompson. Al principio, la señora Thompson se quejaba un poco.

—Es como sentarse a la mesa con un espíritu incorpóreo —decía—. Cualquiera pensaría que, antes o después, encontraría algo que decir.

—Déjele en paz —dijo el señor Thompson—. Cuando esté listo para hablar, hablará.

Los años fueron pasando y el señor Helton nunca estuvo listo para hablar. Cuando terminaba su jornada, caminaba desde el establo, la lechería o el gallinero, balanceando su farol, haciendo resonar sus zapatones como cascos de caballo en el duro camino. Ellos, sentados en la cocina en invierno o en el porche trasero en verano, le oían arrastrar su silla de madera, luego la oían crujir cuando la inclinaba hacia atrás y después, durante un rato, tocaba su melodía en una u otra de sus armónicas. Las armónicas tenían diferente tono, unas más bajas y dulces que las otras, pero siempre tocaba la misma melodía sin variaciones, una melodía extraña, con cambios repentinos, noche tras noche y, a veces, incluso por las tardes, cuando el señor Helton se sentaba para recuperar el aliento. Al principio a los Thompson les gustaba mucho y siempre se paraban a escucharla. Más tarde, hubo un tiempo en que se

hartaron bastante de ella y empezaron a decirse los unos a los otros que ojalá aprendiese una nueva. Finalmente ya no la oían, pues era tan natural como el sonido del viento que se levantaba por las tardes, las vacas mugiendo o sus propias voces.

La señora Thompson reflexionaba a veces sobre el alma del señor Helton. No parecía que fuese muy devoto y trabajaba durante todo el domingo como si fuera cualquier día de la semana.

—Creo que deberíamos invitarle a ir a escuchar al doctor Martin —le dijo al señor Thompson—. No es una actitud muy cristiana por nuestra parte no decírselo. Él no es un hombre atrevido. Esperará a que se lo digamos.

—Déjele en paz —dijo el señor Thompson—. A mi parecer, la religión es cosa de cada uno. Además, no tiene ropa de domingo. No querrá ir a la iglesia con esos vaqueros y esos jerséis. No sé qué hace con el dinero. Sin duda no lo malgasta a lo loco.

No obstante, una vez que la idea se le metió en la cabeza, la señora Thompson no pudo descansar hasta que invitó al señor Helton a ir a la iglesia con toda la familia el domingo siguiente. Él estaba haciendo pulcros montoncitos de heno con una horquilla en el prado que había detrás del huerto. La señora Thompson se puso unas gafas ahumadas y una cofia para protegerse del sol y se encaminó hasta allí para hablar con él. El hombre se detuvo y se apoyó en la horquilla para escucharla, y por un momento la señora Thompson casi tuvo miedo al ver su cara. Los pálidos ojos parecían mirar coléricos más allá de ella, las cejas se le fruncieron y la larga mandíbula se le endureció.

—Tengo trabajo —dijo bruscamente y, levantando la horquilla, le dio la espalda y empezó a echar el heno.

La señora Thompson, dolida, regresó pensando que a esas alturas debería estar acostumbrada a los modales del señor Helton, pero le parecía que un hombre, aunque fuese extranjero, debería mostrarse un poco más cortés cuando se le hacía una invitación cristiana.

—No es nada cortés, eso es lo único que tengo en contra de él —le dijo al señor Thompson—. No parece capaz de comportarse como el resto de la gente. Se diría que le guarda rencor al mundo. A veces no sé qué pensar de él.

Durante el segundo año había sucedido algo que inquietó a la señora Thompson, algo que no podía formular con palabras, apenas en el pensamiento y, si hubiese tratado de explicárselo al señor Thompson, habría sonado peor de lo que era o no lo suficientemente malo. Era la clase de escena extraña que parece ser una advertencia pero que casi nunca se concreta en

nada. Un día de primavera caluroso y sin viento la señora Thompson había bajado al huerto para arrancar zanahorias, cebollas y judías verdes para la cena. Mientras trabajaba, con la cofia muy baja sobre los ojos, poniendo cada clase de hortalizas en un montoncito separado en su cesto, se fijó en lo bien que el señor Helton desherbaba y en lo fértil que era la tierra. En otoño él la había cubierto con estiércol de los establos y la había rastrillado, así que las hortalizas salían gordas y hermosas. Volvió andando bajo las pequeñas y nudosas higueras donde las ramas sin podar se inclinaban casi hasta al suelo y las abundantes hojas formaban una fresca sombrilla. La señora Thompson siempre buscaba la sombra para proteger sus ojos. Así fue como, mirando distraídamente a su alrededor, vio algo que le pareció muy extraño. Si hubiese sido un espectáculo ruidoso, habría resultado muy natural. Lo que le chocó fue el silencio. El señor Helton estaba sacudiendo a Arthur por los hombros con violencia, mientras su cara permanecía inexpresiva y pálida. La cabeza de Arthur se movía hacia atrás y hacia delante, pero no se había puesto rígido para intentar resistirse, como hacía cuando la señora Thompson trataba de sacudirle. Sus ojos reflejaban mucho miedo, pero también sorpresa, probablemente más sorpresa que otra cosa. Herbert estaba cerca, contemplando mansamente aquella escena. El señor Helton soltó a Arthur, agarró a Herbert y le sacudió con la misma metódica violencia, con la misma cara de odio. La boca de Herbert se contrajo como si fuese a llorar, pero no emitió ningún sonido. El señor Helton le soltó, dio media vuelta y entró en su cabaña a zancadas. Los niños salieron corriendo, como si en ello les fuese la vida, sin decir una palabra. Desaparecieron al doblar la primera esquina de la casa.

La señora Thompson fue a dejar la cesta sobre la mesa de la cocina, se apartó la cofia, volvió a echarla hacia delante, miró la cocina para asegurarse de que el fuego había prendido, y a continuación fue en busca de los chicos. Estaban sentados muy juntos bajo un grupo de cinamomos perfectamente visibles desde la ventana de su dormitorio, como si fuese algún sitio seguro que habían descubierto.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó la señora Thompson.

La miraron atemorizados con la cabeza gacha y Arthur murmuró:

—Nada.

—Nada ahora, quieres decir —dijo la señora Thompson severamente—. Pues yo tengo muchas cosas que podéis hacer. Venid conmigo y ayudadme a preparar las verduras. Ahora mismo.

Se pusieron en pie entusiasmados y la siguieron muy pegados a ella. La señora Thompson trató de imaginarse qué habían estado haciendo; no le gustaba la idea de que el señor Helton se encargase de corregir a sus hijos, pero temía preguntarles las razones del castigo. Tal vez le dijeran una mentira y ella tendría que cogerlos y azotarlos. O tendría que fingir creerlos y se acostumbrarían a mentir. O tal vez le dijesen la verdad y fuese algo por lo cual tuviese que azotarlos. Sólo de pensarlo sentía dolor de cabeza. Pensó que podría preguntarle al señor Helton, pero no le correspondía a ella hacerlo. Esperaría y se lo contaría al señor Thompson y dejaría que él llegase hasta el fondo del asunto. Mientras su mente trabajaba, no dejaba parar a los chicos. «Corta esas zanahorias apurando más, Herbert, eres muy descuidado. Arthur, deja de partir esas judías en trozos tan pequeños, ya son diminutas. Herbert, ve a traer una brazada de leña. Arthur, llévate esas cebollas y lávalas en la bomba de agua. Herbert, en cuanto termines eso, coge una escoba y barre la cocina. Arthur, consigue una pala y retira las cenizas. No te metas el dedo en la nariz, Herbert, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Arthur, busca en el cajón superior de mi escritorio, a la izquierda, y tráeme la vaselina para la nariz de Herbert. Herbert, ven aquí…».

Cumplieron con sus tareas al galope; la actividad levantó tanto su ánimo que poco después estaban otra vez en el patio delantero enzarzados en un combate de lucha libre. Se tiraron al suelo y pelearon, bregaron, se agarraron, se levantaron y se cayeron, gritando tan gratuita, ruidosa y monótonamente como dos cachorrillos. Imitaron a varios animales, ni un sonido humano salió de ellos, y el sudor trazaba rayas en sus caras sucias. La señora Thompson, sentada junto a su ventana, los observó con desconcertado orgullo y ternura —eran tan fuertes y sanos, crecían tan deprisa…—, pero también con inquietud, con una dolorida sonrisa y las lágrimas cayendo de sus párpados apretados para defenderse de la luz del sol. Vivían tan perezosos y despreocupados como si no tuviesen ningún futuro en este mundo, ni un alma inmortal que salvar, pero y, oh, ¿qué habían hecho para que el señor Helton les sacudiera con esa expresión tan terrible?

Por la tarde, antes de la cena, sin decirle una palabra acerca del curioso temor que el espectáculo le había provocado, le contó al señor Thompson que el señor Helton había sacudido a los chicos por alguna razón. Él se fue a la cabaña y habló con el señor Helton. Regresó a los cinco minutos mirando iracundo a sus hijos.

—Dice que los chicos estaban jugando con sus armónicas, Ellie, soplando en ellas, ensuciándolas y llenándolas de babas, y que no tocan bien.

—¿Dijo todo eso? —preguntó la señora Thompson—. Me resulta increíble.

—Bueno, eso es lo que quería decir —dijo el señor Thompson—. No lo dijo exactamente de esa manera. Pero actuaba como si estuviera muy enfadado.

—Es una vergüenza —dijo la señora Thompson—, una gran vergüenza. Tenemos que hacer algo para que se acuerden de que no tienen que tocar las cosas del señor Helton.

—Los voy a moler a palos —dijo el señor Thompson—. Les voy a dar una tunda con una correa si no tienen más cuidado.

—Será mejor que me dejes a mí la azotaina —dijo la señora Thompson —. Tu mano es demasiado dura para los niños.

—Eso es lo que les pasa —gritó el señor Thompson—, que están demasiao mimaos y acabarán en la penitenciaría. Tú no les das azotes de verdá, sólo palmaditas. Mi padre me pegaba con un leño o lo primero que tuviera a mano.

—Eso no quiere decir que esté bien —dijo la señora Thompson—. No estoy de acuerdo con esa forma de educar a los niños. Hace que se escapen de casa. Lo he visto muchas veces.

—Les romperé todos los huesos —dijo el señor Thompson calmándose poco a poco— si no te hacen más caso y dejan de ser tan testarudos.

—Levantaos de la mesa y lavaos la cara y las manos —les ordenó la señora Thompson a los niños de repente.

Se escabulleron, chapotearon en la bomba de agua y volvieron a entrar tratando de hacerse invisibles. Habían aprendido hacía tiempo que su madre siempre les mandaba lavarse cuando se divisaban problemas en el horizonte. Se quedaron mirando sus platos. El señor Thompson empezó a atacarles.

—Bueno, ¿qué tenéis que decir para defenderos? ¿Por qué entrasteis en la cabaña del señor Helton y le estropeasteis las armónicas?

Los dos niños se amilanaron, sus caras se descolgaron y mostraron las líneas apesadumbradas que adoptan los niños cuando les llevan ante el terrible tribunal de la ciega justicia de los adultos; sus ojos se telegrafiaban llenos de pánico: «Ahora sí que nos van a dar una paliza»; desesperados, dejaron caer en sus platos el pan de maíz con mantequilla y sus manos se demoraron en el borde de la mesa.

—Debería romperos las costillas —dijo el señor Thompson— y me entran ganas de hacerlo.

—Sí, señor —murmuró Arthur débilmente.

—Sí, señor —dijo Herbert con los labios temblorosos.

—Bueno, papá —dijo la señora Thompson con tono de advertencia.

Los niños no la miraron. No tenían fe en su buena voluntad. Ella les había traicionado. No podían confiar en ella. Ahora tal vez les salvase y tal vez no. No valía de nada depender de ella.

—Bueno, debería daros una buena azotaina. Te la mereces, ¿no, Arthur?

—Sí, señor —contestó Arthur agachando la cabeza.

—Y la próxima vez que os pille a cualquiera de los dos cerca de la cabaña del señor Helton, os arrancaré la piel a tiras a los dos, ¿me oyes, Herbert?

—Sí, señor —murmuró Herbert, atragantándose y escupiendo una miga de pan de maíz.

—Bueno, ahora sentaos bien y comed vuestra cena y ni una palabra más —dijo el señor Thompson, y empezó a comer.

Los niños se animaron un poco y empezaron a masticar, pero cada vez que miraban a su alrededor se encontraban los ojos de sus padres clavados en ellos. No había forma de saber cuándo se les ocurriría algo nuevo. Los niños comieron con recelo, tratando de no ser vistos ni oídos, el pan se les pegaba y la leche provocaba un gorgoteo al pasar por sus gargantas.

—Y otra cosa, señor Thompson —dijo la señora Thompson después de una pausa—. Dígale al señor Helton que acuda a nosotros cuando los niños le fastidien, que no se moleste en sacudirles él mismo. Dígale que nosotros nos encargaremos de eso.

—Son tan malos —respondió el señor Thompson mirándolos fijamente —. Lo que me sorprende es que no los haya matado para acabar con ellos de una vez.

Pero algo en su tono de voz hacía que Arthur y Herbert supieran que esa vez no iba a suceder nada más por lo que valiese la pena preocuparse. Dando profundos suspiros, se irguieron y alargaron la mano hacia los alimentos más próximos.

—Escuchad —dijo la señora Thompson de repente. Los niños pararon de comer—. El señor Helton no ha venido a cenar. Arthur, ve a decirle que llega tarde a la cena. Díselo con buenas maneras.

Arthur, sin ánimo alguno, se levantó de su sitio y se dirigió a la puerta sin decir una palabra.

En una pequeña granja lechera no es posible que se produzca un gran milagro; los Thompson no se hicieron ricos, pero se mantuvieron alejados del asilo de

los pobres, como le gustaba decir al señor Thompson para señalar que tenía unos pequeños ahorros a pesar de la mala salud de Ellie, de los cambios de tiempo inesperados, de las extrañas bajas en el precio del mercado y de los misteriosos males que le lastraban a él mismo. El señor Helton era la esperanza y el sostén de la familia, así que todos los Thompson le cogieron cariño o, por lo menos, dejaron de considerarle raro en algún sentido y le veían, desde una distancia que no sabían cómo salvar, un buen hombre y un buen amigo. El señor Helton funcionaba a su manera, trabajaba y tocaba su melodía. Pasaron nueve años. Los chicos crecieron y aprendieron a trabajar. No podían recordar la época en la que el viejo Helton no estaba allí; un tipo gruñón, el «hermano huesos»; el señor Helton, la lechera; el «gran sueco». Si él les hubiese oído tal vez se habría enojado por alguno de los apodos que le ponían. Pero no les oía y además ellos no pretendían hacer daño o, por lo menos, todo el daño que pudiese haber estaba en los apodos; los muchachos se referían a su padre llamándole «el viejo» o «el viejo chiflado», pero no se lo decían a la cara. Pasaron, a la fuerza, todas las sucias, secretas y complejas fases del crecimiento y en la medida de lo posible salieron de las crisis sanos y salvos. Sus padres se daban cuenta de que eran muchachos buenos y firmes, con un corazón de oro a pesar de sus toscos modales. El señor Thompson se sentía aliviado al descubrir que, sin saber cómo lo había hecho, había conseguido criar a un par de muchachos que no eran haraganes. Eran tan buenos chicos que el señor Thompson empezó a creer que habían nacido así, que él nunca les había dicho una palabra dura en su vida y mucho menos que les había pegado. Herbert y Arthur nunca le discutían.

El señor Helton, con el pelo empapado de sudor y pegado a la frente, el jersey veteado de azul claro y azul oscuro adherido a las costillas, estaba cortando leña. Cortaba despacio, clavaba el hacha en el extremo del tronco y apilaba la madera cuidadosamente. Luego dio la vuelta a la casa y se metió en su cabaña, que compartía con el montón de leña la buena sombra de una fila de moreras. El señor Thompson estaba balanceándose en una mecedora en el porche delantero, un lugar que nunca le había gustado. La mecedora era nueva y la señora Thompson había querido ponerla en el porche delantero, aunque el porche lateral era el sitio adecuado por ser más fresco, así que como el señor Thompson quería sentarse en la mecedora, allí estaba. En cuanto dejase de ser nueva y Ellie no estuviese tan orgullosa de ella, la trasladaría al porche lateral. Mientras tanto el calor de agosto era casi insoportable, el aire tan denso que se podía perforar. Todo estaba cubierto por una capa de polvo

de varios centímetros, a pesar de que el señor Helton regaba el patio entero todas las noches. Incluso apuntaba con la manguera hacia arriba y bañaba la copa de los árboles y el tejado de la casa. Habían puesto tuberías en la cocina y un grifo en el exterior. El señor Thompson debía de haberse adormilado, porque abrió los ojos y cerró la boca justo a tiempo de salvar la cara ante un desconocido que había conducido hasta la puerta del cercado. El señor Thompson se levantó, se puso el sombrero, se subió los pantalones y vio al desconocido atar su yunta al poste, que tiraba de una ligera carreta de muelles. El señor Thompson reconoció la yunta y la carreta: eran de una caballeriza de alquiler en Buda. Mientras el desconocido abría la puerta, una sólida puerta que el señor Helton había hecho y colocado firmemente en sus goznes hacía varios años, el señor Thompson caminó despacio por el sendero para saludarle y averiguar qué asunto en este mundo de Dios hacía que un hombre saliese a esa hora del día y con esa polvareda.

No se podía decir que fuera un hombre gordo, más bien parecía un hombre que hubiera adelgazado recientemente. La piel le colgaba, la ropa le quedaba demasiado grande, y tenía el aspecto de una persona obesa que tal vez había padecido una enfermedad. Al señor Thompson no le gustó en absoluto, aunque no sabría decir por qué. El desconocido se quitó el sombrero y dijo en voz muy alta y animada:

—¿Es usted el señor Thompson, señor Royal Earle Thompson?

—Ese es mi nombre —dijo el señor Thompson, casi en voz baja, tan desconcertado le había dejado la actitud desenvuelta del desconocido.

—Me llamo Hatch —dijo el desconocido—, señor Homer T. Hatch, y he venido para verle y comprar un caballo.

—Creo que le han informado mal —dijo el señor Thompson—. No tengo ningún caballo en venta. Generalmente, cuando tengo algo así pa' vender se lo digo a los vecinos y pongo un letrerito en la puerta.

El hombre gordo abrió la boca y rugió de alegría, mostrando unos dientes de conejo tan marrones como el cuero de un zapato. El señor Thompson, por una vez, no vio ninguna razón para reírse. El desconocido gritó:

—Es una broma que suelo gastar. —Se cogió ambas manos y se las estrechó efusivamente—. Siempre digo algo así cuando voy a visitar un desconocido, porque he observado que cuando un individuo dice que viene a comprar algo nadie le considera sospechoso. ¿Comprende? Ja, ja, ja.

Su jovialidad puso nervioso al señor Thompson, porque la expresión en los ojos del hombre no concordaba con los sonidos que hacía.

—Ja, ja —se rió el señor Thompson cortésmente, aunque seguía sin ver la gracia—. Bueno, to' eso es una molestia inútil conmigo porque yo nunca considero sospechoso a un hombre hasta que me demuestra que lo es. Hasta que dice o hace algo —explicó—. Hasta entonces, por lo que a mí se refiere, todos los hombres son buenos.

—Bueno —dijo el desconocido, súbitamente muy comedido y sensato —, no he venido a comprar ni a vender. La verdad es que he venido a verle por algo que nos interesa a los dos. Sí, señor. Me gustaría tener una charla con usted y no le costará ni un centavo.

—Supongo que es razonable —dijo el señor Thompson de mala gana—. Venga al otro lao de la casa donde hay un poco de sombra.

Dieron la vuelta a la casa y se sentaron sobre dos tocones debajo de un cinamomo.

—Sí, señor, Homer T. Hatch es mi nombre y América mi nación —dijo el desconocido—. Imagino que reconocerá mi apellido. Yo tenía un primo que se llamaba Jameson Hatch que vivía cerca de aquí.

—Creo que no reconozco ese apellido —dijo el señor Thompson—. Hay unos Hatchers en los alrededores de Mountain City.

—¿Que no conoce a la vieja familia Hatch? —gritó el hombre profundamente disgustado y como si se compadeciera del señor Thompson por su ignorancia—. Pero si vinimos aquí desde Georgia hace cincuenta años. ¿Usted lleva mucho tiempo por aquí?

—Na' más que toa mi vida —dijo el señor Thompson, empezando a ponerse de mal humor—. Y mi padre y mi abuelo antes que yo. Sí, señor, hemos estao aquí desde siempre. El que quiera encontrar a un Thompson sabe dónde buscarlo. Mi abuelo inmigró en 1836.

—De Irlanda, supongo —dijo el desconocido.

—De Pensilvania —dijo el señor Thompson—. ¿Qué le ha hecho pensar que vinimos de Irlanda?

El desconocido abrió la boca y empezó a gritar de regocijo y a darse la mano a sí mismo como si hiciera mucho tiempo que no se veía.

—Bueno, lo que yo digo siempre es que un tipo tiene que venir de alguna parte, ¿no?

Mientras hablaban, el señor Thompson no cesaba de escrutar aquella cara desconocida. Sí, le recordaba a alguien, o tal vez fuese que había visto a ese mismo hombre en algún sitio. No podía situar los rasgos. Acabó llegando a la conclusión de que era solamente que todos los hombres con dientes de conejo se parecían.

—Eso es cierto —reconoció el señor Thompson, bastante irritado—, pero lo que yo digo siempre es que los Thompson llevan tanto tiempo por aquí que ya no importa mucho de dónde vinieron. Ahora, por supuesto, estamos en la temporada de poca actividá, y toos hacemos un poco el vago, pero, sin embargo, toos tenemos cosas que hacer, y no quiero meterle prisa, pero si ha venío usté a verme pa' algún negocio, será mejor que vayamos al grano.

—Como le digo, más o menos he venido por eso —dijo el hombre gordo—. Estoy buscando a un hombre que se llama Helton, señor Olaf Eric Helton, de Dakota del Norte, y me han dicho por los alrededores que podía encontrarlo aquí y me gustaría tener una charla con él. Sí, señor, me gustaría charlar con él, si a usted no le importa.

—Nunca he sabido su segundo nombre —dijo el señor Thompson—, pero el señor Helton está aquí mismo y ha estao aquí va para diez años. Es un hombre muy constante, puede usté decirle a cualquiera que lo he dicho yo.

—Me alegro de oír eso —dijo el señor Homer T. Hatch—. Me gusta saber que un tipo se ha enmendado y asentado. Cuando yo conocían al señor Helton era muy alocado, sí, señor, eso es lo que era, no sabía en absoluto lo que quería. Bueno, va a ser un gran placer para mí reunirme con un viejo amigo y encontrarle bien asentado y ganándose bien la vida.

—Toos tenemos que ser jóvenes alguna vez —dijo el señor Thompson—. Es como el sarampión, te brota por to' el cuerpo y te conviertes en un fastidio para ti mismo y para los demás, pero no dura y generalmente no deja señales.

Se quedó tan complacido con esa idea que se le olvidó y soltó una risotada. El desconocido cruzó los brazos sobre el estómago y sufrió una especie de ataque, estallando en carcajadas hasta que se le saltaron las lágrimas. El señor Thompson dejó de reír y miró al desconocido con inquietud. A él le gustaba reírse tanto como al que más, pero había que tener un poco de moderación. Ese tipo se reía como un auténtico lunático, esa era la verdad, además tampoco se reía porque realmente las cosas le pareciesen graciosas sino por sus propias razones. El señor Thompson cayó en un silencio malhumorado y esperó a que el señor Hatch se calmara un poco.

El señor Hatch sacó un pañuelo de algodón muy sucio y se enjugó los ojos.

—Ese chiste me ha llegado al alma —dijo casi disculpándose—. Me gustaría que se me ocurriesen cosas tan divertidas como esa. Es un don. Es…

—Si quiere usté hablar con el señor Helton, iré a buscarlo —dijo el señor Thompson haciendo amago de levantarse—. Puede que esté en la lechería, pero también puede que esté sentado en su cabaña a esta hora del día. —Eran cerca de las cinco—. Está justo a la vuelta de la esquina.

—Oh, bueno, no hay ninguna prisa —dijo el señor Hatch—. Hace ya mucho tiempo que tenía que hablar con él, así que no importa esperar unos minutos más. Más bien quería localizarle. Eso es todo.

El señor Thompson se acomodó de nuevo, se desabrochó un botón más de la camisa y dijo:

—Bueno, pues está aquí y si tiene un asunto pendiente con usté es la clase de hombre que querrá resolverlo. No pierde el tiempo, eso es algo que se puede decir en su favor.

El señor Hatch pareció enfurruñarse un poco al oír esas palabras. Se secó la cara con el pañuelo y abrió la boca para hablar cuando, del otro lado de la casa, llegó la música de la armónica del señor Helton. El señor Thompson levantó un dedo.

—Ahí le tiene —dijo el señor Thompson—. Esta es su oportunidá.

El señor Hatch aguzó una oreja en dirección al lado oeste de la casa y escuchó unos segundos con una expresión muy extraña en la cara.

—Conozco esa melodía como la palma de mi mano —dijo el señor Thompson—, pero nunca le he oído decir al señor Helton qué era.

—Es una canción escandinava —dijo el señor Hatch—. En la región de donde procedo es muy popular. En Dakota del Norte la cantan mucho. Habla de salir por la mañana sintiéndote tan bien que casi no puedes soportarlo, así que te bebes todo tu licor antes del mediodía. Todo el licor, ¿comprende?, que estabas guardando para el descanso del mediodía. La letra no vale mucho, pero la música es bonita. Es una especie de canción para animar a beber.

Se quedó sentado allí un poco abatido y al señor Thompson no le gustó su expresión; parecía satisfecho, pero más bien como un gato que se ha comido el canario.

—Que yo sepa —dijo el señor Thompson—, no ha tocao una gota desde que está aquí y de eso hará nueve años en septiembre. Sí, señor, en nueve años, que yo sepa, no se ha remojao el gaznate ni una vez. Y eso es más de lo que puedo decir de mí —contestó sumiso pero con orgullo.

—Sí, es una canción para animar a beber —dijo el señor Hatch—. Yo solía tocar «Jarrita marrón» al violín cuando era más joven —continuó—, pero este Helton continúa tocando. Se sienta y toca él solo.

—Ha estado tocándola un día sí y otro también durante nueve años, aquí mismo, en la granja —dijo el señor Thompson, sintiéndose un poco propietario.

—Y además la cantaba, quince años antes de eso, en Dakota del Norte —dijo el señor Hatch—. Estaba casi todo el día sentado con su camisa de fuerza cuando estaba en el manicomio…

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó el señor Thompson—. ¿De qué está hablando?

—Diantre, no tenía intención de decírselo —dijo el señor Hatch, con una mirada de arrepentimiento ligeramente socarrona en sus párpados caídos —. Diantre, se me ha escapado. Es curioso, ahora que había decidido no decir una palabra porque sólo serviría para causar un alboroto, pero lo que yo digo es que un hombre que ha vivido de modo inofensivo y tranquilo durante nueve años da igual que esté loco, ¿no? Siempre y cuando esté tranquilo y no le haga daño a nadie.

—¿Quiere usté decir que lo tenían con camisa de fuerza? —preguntó el señor Thompson, preocupado—. ¿En un manicomio?

—Efectivamente —dijo el señor Hatch—. Le castigaban con la camisa de fuerza de vez en cuando.

—A mi tía Ida le pusieron una en el manicomio estatal —dijo el señor Thompson—. Se puso violenta y le pusieron una de esas chaquetas con las mangas largas y la ataron a una anilla de hierro sujeta a la paré, y la tía Ida enfureció tanto que se le rompió un vaso sanguíneo y cuando fueron a verla estaba muerta. Yo creo que esas cosas son peligrosas.

—El señor Helton solía cantar su canción cuando lo tenían con la camisa de fuerza —dijo el señor Hatch—. Nada le molestaba nunca, salvo que intentaran hacerle hablar. Eso sí le molestaba, y entonces se ponía tan violento como su tía Ida. Se ponía violento, le colocaban la camisa, se marchaban y le dejaban allí, y él se quedaba tumbado muy contento, según parecía, cantando su canción. Luego una noche desapareció. Se marchó, simplemente se fue y nadie volvió a verle el pelo. Y luego vengo yo y me lo encuentro aquí —dijo el señor Hatch—, bien asentado y tocando la misma canción.

—A mi parecer, nunca se ha comportao como un loco —dijo el señor Thompson—. A mi parecer, siempre se ha comportao como un hombre sensato. No se casó, para empezar, trabaja como un mulo y apuesto a que todavía tiene el primer dólar que le pagué cuando se dejó caer por aquí, y no bebe, nunca contesta, jamás dice un taco y no pierde el tiempo saliendo el

sábado por la noche, y si él está loco, bueno, creo que yo para variar también me volveré loco.

—Ja, ja —dijo el señor Hatch—. Je, je. ¡Eso sí que es bueno! Ja, ja, ja. No se me había ocurrido pensarlo así. ¡Sí, tiene razón! Podemos volvernos todos locos y librarnos de nuestras mujeres y ahorrar nuestro dinero, ¿eh?

Sonrió de manera desagradable enseñando sus dientes de conejo. El señor Thompson pensó que le había interpretado mal. Se volvió y señaló hacia la ventana abierta detrás del enrejado de madreselvas.

—Vamos a alejarnos un poco de aquí —dijo—. Debería haberlo pensado antes.

El visitante le preocupaba. Le quitaba las palabras de la boca, les daba la vuelta y las mezclaba de tal manera que el propio señor Thompson no sabía lo que había dicho.

—Mi mujer no es muy fuerte —dijo el señor Thompson—. Ha estao medio inválida ya va pa' catorce años. Es muy duro pa' un hombre pobre tener enfermos en la familia. Ha tenío cuatro operaciones —dijo, orgulloso—, una detrás de la otra, pero no han servío de na'. Durante cinco años seguíos me gasté hasta el último centavo en médicos. El resultao es que es una mujer muy delicada.

—Mi vieja —dijo el señor Homer T. Hatch— tenía una espalda como una mula, sí, señor. Esa mujer podría haber movido el establo con sus propias manos si se le hubiera metido en la cabeza. Yo solía decir que menos mal que no sabía la fuerza que tenía. Sin embargo, ya ha muerto. Esas personas se consumen más deprisa que las débiles. Yo no aguanto a una mujer que está siempre quejándose. Me la habría quitado rápidamente de encima, sí señor, enseguida. Es lo que usted dice: una pérdida total mantener a una de esas mujeres.

Eso no era en absoluto lo que el señor Thompson se había oído decir; él había tratado de explicar que tener una mujer tan cara como la suya era un mérito para un hombre.

—Es una mujer muy razonable —dijo el señor Thompson, desconcertado—, pero cualquiera sabe qué podría decir o hacer si descubre que hemos tenío a un loco en esta granja durante to' este tiempo.

Se habían alejado de la ventana; el señor Thompson había llevado al señor Hatch por la parte delantera de la casa, porque para ir por detrás habrían tenido que pasar ante la cabaña del señor Helton. Por alguna razón, no quería que el desconocido viese o hablase con el señor Helton. No sabía la razón, pero no quería que lo viera.

El señor Thompson se sentó de nuevo en el tronco de partir leña, y le señaló a su huésped otro tocón.

—Yo mismo me habría disgustado por una cosa así, antes —dijo el señor Thompson—, pero ahora no admito que na' me sofoque.

Se cortó un enorme trozo de tabaco con su navaja de mango de asta y se lo ofreció al señor Hatch, quien sacó entonces su propia tableta y, abriendo un enorme cuchillo de caza de hoja larga y muy afilada, se cortó un trozo grande y se lo metió en la boca. Luego compararon las tabletas y ambos se asombraron de lo diferentes que eran sus gustos respecto al buen tabaco de mascar.

—Por ejemplo —dijo el señor Hatch—, el mío tiene un color más claro. Eso es, entre otras cosas, porque no hay ningún dulcificante en esta tableta. A mí me gusta una hoja seca y natural, medianamente fuerte.

—Un poco de dulcificante no hace ningún daño por lo que a mí respecta —dijo el señor Thompson—, pero tiene que ser muy poquito. En cambio a mí me gusta una hoja fuerte, muy curá, como dice un hombre que vive cerca de aquí. Se llama Williams, el señor John Morgan Williams, masca un tabaco… Bueno, es tan negro como su sombrero y tan blando como brea derretía. Chorrea melaza, pura melaza, y al mascarlo sabe a regaliz. Bueno, pues yo no le llamo a eso un buen tabaco.

—Lo que es bueno para un hombre —dijo el señor Hatch— es malo para otro. Ese tabaco a mí me daría arcadas. No podría ni metérmelo en la boca.

—Bueno —dijo el señor Thompson, con un deje de disculpa en la voz —, se podría decir que yo apenas lo probé. Sólo me puse un trocito en la boca y lo escupí enseguida.

—Estoy seguro de que yo sería incapaz —dijo el señor Hatch—. A mí me gusta la hoja seca y natural, sin ningún sabor artificial.

El señor Thompson empezó a pensar que el señor Hatch estaba tratando de sostener que el suyo era el mejor juicio respecto a tabaco y que continuaría la discusión hasta que se lo demostrase. Comenzó a enfadarse mucho con el hombre gordo. Después de todo, ¿quién era y de dónde venía? ¿Quién era él para ir por ahí diciéndole a la gente qué clase de tabaco debía mascar?

—El sabor artificial —continuó el señor Hatch tercamente— lo ponen sólo para disimular una hoja barata y hacer que un hombre crea que saca más de lo que paga; un poco de dulcificante es señal de que la hoja es barata, puede creerme.

—Siempre he pagao un precio justo por mis tabletas —dijo el señor Thompson tajantemente—. No soy rico y no voy por ahí tratando de parecerlo, pero le diré algo: cuando se trata de cosas como el tabaco, compro el mejor que hay en el mercao.

—El dulcificante, incluso un poco —comenzó el señor Hatch, cambiando de posición su bola de tabaco y soltando un escupitajo sobre un pequeño rosal de aspecto seco que ya tenía suficientes dificultades para sobrevivir todo el día bajo un sol abrasador aferrando sus raíces a la tierra calcinada—, es señal de que…

—En cuanto a este señor Helton —dijo el señor Thompson con determinación—, no veo ninguna razón para culpar a un hombre porque enloqueció una o dos veces en su vida, así que no pienso tomar ninguna medida respecto a eso. Ninguna. No tengo na' contra el hombre, siempre me ha tratao bien. Hay otras cosas y personas que vuelven loco a cualquiera. Teniendo en cuenta cómo están las cosas en estos tiempos, lo que me choca es que no haiga más hombres que acaben con camisa de fuerza.

—Tiene razón —contestó el señor Hatch con rapidez, con demasiada rapidez, como si ya estuviese volviendo las palabras del señor Thompson en su contra—. Me ha quitado las palabras de la boca. No están con camisa de fuerza todos los que deberían estar. Ja, ja. Vaya si tiene razón. Usted lo ha comprendido.

El señor Thompson se quedó callado. Sin dejar de masticar y mirando un punto en el suelo a unos dos metros, sintió que un resentimiento lento y sordo subía desde el fondo de su alma, que subía y se extendía por todo su cuerpo. ¿Qué pretendía ese tipo? ¿Qué estaba tratando de decir? No eran tanto sus palabras como sus miradas y su forma de hablar; aquella caída de ojos, aquel tono de voz, parecía querer mortificar al señor Thompson por algo. Al señor Thompson no le gustaba, pero tampoco podía precisar por qué. Deseaba volverse y tirar al tipo de un empujón, pero no parecía una reacción razonable. Y si le sucedía algo al caerse del tocón, por ejemplo si caía sobre el hacha y se cortaba, alguien le preguntaría al señor Thompson por qué le había empujado. ¿Y qué podría decir él? Parecería muy raro, sonaría muy extraño que dijese: «Bueno, él y yo nos peleamos por una tableta de tabaco». Podría empujarle de todas formas y luego decir que era un hombre gordo que no estaba acostumbrado al calor y que mientras hablaba se mareó y se cayó él solo, pero tampoco sería la verdad, porque la razón no era el calor ni era el tabaco. El señor Thompson decidió echar al tipo de allí rápidamente, sin que pareciese que estaba preocupado, y vigilarle bien hasta que desapareciese de

su vista. No compensa ser amable con desconocidos que vienen de otra región. Siempre están urdiendo algo, de lo contrario se quedarían en su casa.

—Y hay personas —dijo el señor Hatch— a las que les da igual tener un loco en la casa, porque no distinguen la diferencia entre ellos y los demás. Yo digo siempre, si eso es lo que piensa un hombre, si no le importa con quién se relaciona, pues bueno, es asunto suyo, no mío. No quiero tener nada que ver. Pero nosotros, allí en Dakota del Norte, no pensamos así. Ya me gustaría a mí ver a alguien contratar a un loco allí. Sobre todo después de lo que hizo.

—No había entendío que fuese usté de Dakota del Norte —dijo el señor Thompson—. Creí que había dicho que era de Georgia.

—Tengo una hermana casada en Dakota del Norte —dijo el señor Hatch—, casada con un sueco, pero un hombre blanco donde los haya. He dicho nosotros porque nos hemos metido juntos en un pequeño negocio allí. Y la considero mi casa, más o menos.

—¿Qué hizo? —preguntó el señor Thompson sintiéndose otra vez muy inquieto.

—Oh, nada de particular… —dijo el señor Hatch alegremente—, se volvió loco un día en el henar y atravesó a su hermano con una horquilla cuando estaban moviendo el heno. Iban a ejecutarle, pero descubrieron que se había vuelto loco por el calor, como quien dice, y le metieron en el manicomio. Eso es todo lo que hizo. Nada como para sofocarse. ¡Ja, ja, ja! —dijo y, sacando su afilado cuchillo, empezó a cortar una rebanada de tabaco con tanto cuidado como si estuviera cortando un pastel.

—Bueno —dijo el señor Thompson—, no niego que no sabía na' d'eso. Sí, señor na'. Pero sigo diciendo que algo debió de empujarle a hacerlo. Algunos hombres hacen que a uno le entren ganas de matarlo sólo por la forma como le miran. Puede que su hermano fuese un tipo insoportable y mezquino.

—Su hermano iba a casarse —dijo el señor Hatch—. Solía ir a cortejar a su novia por las noches. Cogió prestada una armónica del señor Helton para dar una serenata una noche y la perdió. Una armónica por estrenar.

—Aprecia mucho sus armónicas —dijo el señor Thompson—. El único dinero que gasta de vez en cuando es para comprarse una nueva. Debe de tener una docena en esa cabaña. De todas las clases y todos los tamaños.

—El hermano le dijo que no le compraría una nueva —dijo el señor Hatch—, así que el señor Helton se levantó y le atravesó con la horquilla. Ahora comprenderá que debía de estar loco para ponerse así por semejante cosa.

—Eso parece —dijo el señor Thompson, resistiéndose a estar de acuerdo en nada con un individuo tan entrometido y desagradable, y tratando de recordar cuándo le había cogido tal manía a un hombre a primera vista.

—Supongo que habrán acabado hartos de oír esa melodía un año sí y otro también.

—Bueno, a veces pienso que no vendría mal que se aprendiese una nueva —dijo el señor Thompson—, pero no cambia, así que qué se le va a hacer. Además, es bastante bonita.

—Uno de los escandinavos me la tradujo, así es como me enteré —dijo el señor Hatch—. Sobre todo esa parte que habla de que uno se pone tan alegre que tira para delante y se bebe todo el licor que tiene a mano antes del mediodía. Parece ser que allá, en los países escandinavos, los hombres tienen la costumbre de llevar una botella de vino a todas partes, por lo menos eso es lo que entendí. Pero esos tipos te cuentan cualquier cosa… —Calló y escupió.

La sola idea de beber cualquier clase de licor con aquel calor le dio mareos al señor Thompson. La idea de que nadie estuviese contento en un día como aquel, por ejemplo, le hizo sentirse cansado. Pensó que el calor le estaba afectando. El hombre gordo parecía haber crecido del tocón; estaba allí repantigado con sus ropas oscuras y húmedas demasiado grandes para él, su vientre flojo dentro de los pantalones y el sombrero ancho de fieltro negro retirado de su frente estrecha enrojecida por el sudor. Una botella fría de cerveza buena, eso sí que ayudaría, pensó el señor Thompson, recordando las cuatro botellas que tenía metidas en la poza del manantial, y su lengua se removió en la boca. Sin embargo, no iba a ofrecerle nada a ese hombre, ni siquiera una gota de agua. Tampoco iba a mascar más tabaco con él. Escupió de repente la mascada, se enjugó la boca con el dorso de la mano y estudió la cara que tenía delante de él. El hombre no era bueno y no había venido a nada bueno, pero ¿qué se proponía? El señor Thompson tomó la decisión de darle un poco más de tiempo para que resolviera sus asuntos con el señor Helton, fueran los que fuesen, y luego, si no se marchaba de allí, él le echaría a patadas.

El señor Hatch, como si sospechase los pensamientos del señor Thompson, dirigió sus ojos maliciosos de cerdo hacia él.

—La cuestión es —dijo como si acabase de decidir algo— que podría necesitar su ayuda para un pequeño asunto que me llevo entre manos, pero a usted no le supondría ninguna molestia. Verá, este señor Helton, como le digo, podríamos decir que es un lunático peligroso huido. La cuestión es que en los últimos doce años o cosa así he recogido a unos veintitantos locos

huidos, además de un par de convictos huidos con los que, podríamos decir, me tropecé por casualidad. No es que viva de eso, pero si hay una recompensa, y generalmente la hay, por supuesto, la cobro. Con el tiempo es una suma decente, pero el dinero no es lo principal. La cuestión es que soy partidario de la ley y el orden, no me gusta que los delincuentes y los locos anden sueltos. No deben estar sueltos. Supongo que estará usted de acuerdo conmigo, ¿no?

—Bueno, depende de las circunstancias de cada caso, como se suele decir —dijo el señor Thompson—. Por lo que yo sé del señor Helton, no es peligroso, como ya le he dicho.

Iba a suceder algo grave, el señor Thompson lo veía venir, pero dejó de preocuparse en ese momento; dejaría que ese tipo se desahogase y luego vería qué podía hacer al respecto. Sin pensarlo, sacó su navaja y la tableta y empezó a cortar un trozo de tabaco, luego se acordó de su decisión y volvió a guardarlo en el bolsillo.

—La ley —dijo el señor Hatch— está claramente de mi parte. Ese señor Helton ha sido uno de los casos más duros que he tenido. Ha impedido que mi porcentaje de éxitos fuese casi del cien por cien. Le conocía antes de que se volviese loco y conozco a su familia, así que me propuse ayudarles a encontrarlo. Bueno, señor, parecía que se lo hubiese tragado la tierra, por lo que sabíamos lo mismo podía estar muerto desde hacía mucho tiempo. A lo mejor nunca le hubiésemos encontrado, pero ¿sabe lo que hizo? Bueno, señor, hace unas dos semanas su anciana madre recibió una carta de él y en esa carta ¿qué cree que encontró? Bueno, era un cheque de ese pequeño banco del pueblo por ochocientos cincuenta dólares, así por las buenas; la carta no decía mucho. Sólo decía que le enviaba unos ahorrillos por si necesitaba algo, pero allí estaba, nombre, matasellos, fecha, todo. La vieja prácticamente perdió la chaveta de alegría. Está chocheando y parece que ha olvidado que su único hijo vivo mató a su hermano y se volvió loco. El señor Helton decía que le iba bien y que no se lo contara a nadie. Pero, claro, ella no pudo callarse, fue contando lo de ese cheque y todo. Y así es como me enteré. —Sus sentimientos le vencieron—. Me quedé de piedra.

Se dio la mano a sí mismo y se balanceó, negando con la cabeza y haciendo «je, je» con la garganta. El señor Thompson notó que las comisuras de su boca descendían. Vaya, el sucio y rastrero sabueso, espiando y metiéndose furtivamente en los asuntos de otras personas. ¡Y cobrando dinero manchado de sangre, porque eso es lo que era! ¡Que hablara!

—Sí, bueno, debió de ser una verdadera sorpresa —dijo, tratando de mantener firme la voz—. Menuda sorpresa.

—Bueno, señor —dijo el señor Hatch—, cuanto más lo pensaba, más llegaba a la conclusión de que sería mejor investigar el asunto un poco, así que hablé con la vieja. Está bastante decrépita ya, medio ciega y todo, pero estaba dispuesta a coger el primer tren para ver a su hijo. Le hablé con toda franqueza y le dije que estaba demasiado débil para el viaje y todo eso. Así que, solo por hacerle un favor, a cambio de los gastos vendría a ver al señor Helton y le llevaría noticias suyas. Me dio una camisa nueva que había hecho ella misma a mano y una especie de pastel sueco para que se lo comieran, pero debo de haberlos perdido en algún sitio por el camino. No importa mucho, supongo, seguramente él no está en condiciones de apreciarlos.

El señor Thompson se irguió, giró sobre el tronco para miran al señor Hatch y le preguntó con la mayor serenidad de la que fue capaz:

—¿Y ahora qué se propone hacer? Esa es la cuestión.

El señor Hatch se levantó indolentemente y se sacudió.

—Bueno, vengo bien preparado para una pequeña refriega —dijo—. Y tengo las esposas, pero no quiero que haya violencia si puedo evitarlo. No he querido decir nada por los alrededores, para no armar escándalo. Me figuré que entre los dos podríamos con él.

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y las sacó. Esposas, por Dios Santo, pensó el señor Thompson. Venir a preocupar a un hombre en una tarde plácida, causarle problemas y sacar del bolsillo unas esposas en casa de una familia decente, como si fuese la cosa más natural del mundo. El señor Thompson, la cabeza zumbándole, también se levantó.

—Bueno —dijo con rotundidad—, quiero decirle que tiene usté un trabajo bastante lamentable, debe de estar desesperadamente necesitao de algo que hacer. Y ahora quiero darle un buen consejo. Abandone la idea de que va a venir aquí y le va a causar poblemas al señor Helton, y cuanto antes se lleve esa carreta alquilá de delante de mi puerta, más contento me quedaré.

El señor Hatch se puso una esposa en el bolsillo exterior y dejó la otra colgando. Se encasquetó el sombrero hasta los ojos de tal manera que al señor Thompson le recordó la imagen de un sheriff. No parecía estar nervioso en absoluto e hizo caso omiso de las palabras del señor Thompson.

—Ahora escúcheme un minuto —dijo—, no es razonable suponer que un hombre como usted vaya a impedir que se lleven a un lunático huido de vuelta al manicomio, que es donde debería estar. Ya sé que esto desconcierta a cualquiera, pues he venido así de repente, pero la verdad es que yo contaba

con que usted sería un hombre respetable y me ayudaría a que se hiciera justicia. Pero, claro, si usted no me presta ayuda, tendré que buscarla en otra parte. A sus vecinos les parecerá muy raro que usted haya cobijado a un lunático huido que mató a su propio hermano y que luego se niegue a entregarle. Les parecerá muy raro.

El señor Thompson sabía casi antes de abrir la boca que sus palabras sonarían extrañas a aquel tipejo y le pondría en una situación muy embarazosa.

—Pero estoy tratando de decirle desde el principio que el hombre ya no está loco —dijo—. Ha sido absolutamente inofensivo durante nueve años. Ha sido… ha sido…

Al señor Thompson no se le ocurría cómo describir lo que había sido el señor Helton.

—Bueno, ha sido como uno más de la familia —dijo—, el mejor hombre de confianza que nadie puede tener.

El señor Thompson trató de imaginar una salida. Era un hecho que el señor Helton podía volverse loco otra vez en cualquier momento y si ese tipo se dedicaba a ir rumoreando por la comarca, pondría al señor Thompson en un aprieto. Qué situación tan terrible. No se le ocurría ninguna salida.

—¡Está usté loco! —rugió el señor Thompson de repente—, usté es el único loco que hay aquí, está más loco de lo que él ha estado jamás. Salga de aquí o seré yo quien le espose y le entregue a la justicia. No tiene usté derecho a estar aquí. ¡Salga de aquí antes de que le dé un puñetazo!

Dio un paso hacia el hombre gordo, quien retrocedió, encogiéndose.

—¡Inténtelo, inténtelo, vamos!

Y entonces sucedió algo que el señor Thompson trató de reconstruir en su mente sin éxito. Vio al hombre gordo con su largo cuchillo de caza en la mano, vio al señor Helton volver la esquina a la carrera, con su larga mandíbula caída, sus brazos balanceándose y sus ojos enloquecidos. El señor Helton se interpuso entre ellos, con los puños levantados, luego se paró en seco, mirando furibundo al gordo, su gran esqueleto pareció desmoronarse, temblando como un caballo asustado; y entonces el gordo le atacó con el cuchillo en una mano y las esposas en la otra. El señor Thompson le vio venir, vio la hoja penetrando en el estómago del señor Helton, él mismo había cogido el hacha del tronco y la tenía en las manos, sintió que levantaba los brazos por encima de la cabeza y dejaba caer el hacha sobre la cabeza del señor Hatch como si estuviera atontando una res.

Desde hacía un rato la señora Thompson había estado escuchando con inquietud las voces, una desconocida para ella, pero al principio estaba demasiado cansada para levantarse y salir a ver qué pasaba. Los tremendos gritos que oyó de repente le hicieron ponerse de pie y salir al porche delantero sin zapatillas, con el pelo medio destrenzado. Haciéndose sombra con la mano, vio primero al señor Helton, que atravesaba el huerto corriendo completamente encorvado como si le persiguieran los perros; el señor Thompson, apoyado en el mango del hacha, estaba inclinado sacudiendo por el hombro a un hombre a quien la señora Thompson no había visto nunca, y que yacía doblado con la cabeza machacada y la sangre manando y formando un charco de aspecto grasiento. El señor Thompson, sin apartar la mano del hombre, dijo con voz apagada:

—Ha matao al señor Helton, lo ha matao, lo he visto, he tenío que golpearlo —dijo en voz más alta—, pero ahora no vuelve en sí.

—Pero si el señor Helton anda por allí —dijo la señora Thompson con un ligero grito y señalando hacia el huerto.

El señor Thompson se irguió y miró hacia el lugar que ella señalaba. La señora Thompson se sentó lentamente contra la pared de la casa y empezó a resbalar hacia delante. Sentía que se ahogaba, como si no pudiera subir a la superficie, y su último pensamiento fue que se alegraba de que los chicos no estuviesen allí; habían ido a pescar a Halifax, oh Dios, cómo se alegraba de que los chicos no estuviesen allí.

Los señores Thompson condujeron su carricoche hasta el establo a la hora del crepúsculo. El señor Thompson le dio las riendas a su mujer y se bajó para abrir la puerta y la señora Thompson guió al viejo Jim al interior. El carricoche estaba gris a causa del polvo y de los años, la cara de la señora Thompson estaba gris a causa del polvo y la fatiga, y la cara del señor Thompson, cuando se acercó a la cabeza del caballo y empezó a desengancharlo, estaba gris excepto por el azul oscuro de sus mandíbulas y la barbilla recién afeitadas, gris, azul y hundida, pero quieta, como la cara de un muerto.

La señora Thompson se bajó al suelo de estiércol apisonado y se sacudió el vestido ligero estampado de flores. Llevaba las gafas ahumadas y su sombrero ancho de paja con la guirnalda de marchitas nomeolvides rosas y azules le ocultaba la frente, contraída por la angustia.

El caballo dejó caer la cabeza, dio un inmenso suspiro y flexionó las patas rígidas. Las palabras del señor Thompson sonaron apagadas y huecas.

—Pobre Jim —dijo carraspeando—, se le marcan las costillas. Ha tenido una semana muy dura.

Levantó el arnés en una sola pieza, lo retiró y Jim salió de entre las varas tambaleándose un poco.

—Bueno, esta es la última vez —dijo el señor Thompson dirigiéndose todavía a Jim—. Ahora puedes pegarte un buen descanso.

La señora Thompson cerró los ojos detrás de sus gafas ahumadas. La última vez, ya era hora, nunca deberían haber ido. Ya no necesitaba las gafas, pues la grata oscuridad caía de nuevo, pero los ojos le lagrimeaban constantemente, aunque no estaba llorando, y se sentía mejor con las gafas, más segura, oculta detrás de ellas. Sacó su pañuelo con manos tan temblorosas como desde aquel día y se sonó.

—Veo que los chicos han encendido las lámparas —dijo—. Espero que también hayan encendido el fogón.

Caminó por el abrupto sendero sosteniendo su vestido fino y sus enaguas almidonadas a su alrededor, tanteando con el pie entre las pequeñas piedras puntiagudas, dejando atrás el establo porque apenas podía soportar estar cerca del señor Thompson, avanzando despacio hacia la casa porque temía entrar en ella. Toda su vida la atemorizaba: las caras de sus vecinos, de sus hijos, de su marido, la cara del mundo entero, la forma de su propia casa en la oscuridad, hasta el olor de la hierba y de los árboles le resultaban temibles. No había ningún lugar adonde ir, solo una cosa que hacer: soportarlo como fuera, pero no sabía de qué manera Se hacía la misma pregunta a menudo. ¿Cómo podría seguir viviendo? ¿Por qué vivir? Deseaba haberse muerto en una de aquellas ocasiones en las que había estado tan enferma en lugar de seguir viviendo para ver todo aquello.

Los chicos estaban en la cocina; Herbert estaba mirando las viñetas de los periódicos del domingo anterior, *Los niños Katzenjammer* y *El rufián feliz*. Tenía la barbilla apoyada en las manos y los codos sobre la mesa, pero incluso leyendo y mirando los dibujos, su expresión era desdichada. Arthur estaba encendiendo el fuego, añadiendo leña, poniendo las astillas de una en una y observando cómo prendían y ardían. Su expresión era más abatida y sombría que la de Herbert, pero su carácter ya era un poco adusto en sí; la señora Thompson pensó que, además, su hijo se tomaba las cosas muy a pecho. Arthur dijo «Hola, mamá» y continuó con su trabajo. Herbert apartó todos los periódicos y se corrió en el banco. Ya eran mayores, quince y diecisiete años, y Arthur era tan alto como su padre. La señora Thompson se sentó al lado de Herbert y se quitó el sombrero.

—Supongo que tendréis hambre. Hoy hemos llegado tarde. Fuimos por la carretera de Log Hollow, que está peor que nunca —dijo dejando caer su pálida boca en las comisuras con un pliegue triste a cada lado.

—Entonces supongo que visteis a los Manning —dijo Herbert.

—Sí, y a los Ferguson y a los Allbright y a esa familia nueva, los McClellan.

—¿Alguien ha dicho algo? —preguntó Herbert.

—No mucho, ya sabes cómo ha sido desde el principio, algunos no paran de decir que sí, que saben que fue un caso claro y un juicio justo, que se alegran de que tu padre saliera tan bien y todo eso, pero no parece que estén de su parte. Estoy agotada —dijo con las lágrimas rodando otra vez por debajo de sus gafas oscuras—. No sé de qué sirve, pero parece que tu padre no puede descansar a menos que ande contando cómo ocurrió todo. No sé.

—No creo que sirva de nada, de nada en absoluto —comentó Arthur apartándose del fogón—. No hace más que mantener vivo el asunto. Todo el mundo irá por ahí contando lo que ha oído y la historia se enredará más que nunca. Contarlo no sirve más que para empeorar las cosas. Ojalá pudieras convencer a padre de que dejase de ir por toda la comarca hablando así.

—Tu padre sabe lo que se hace —dijo la señora Thompson—. No debes criticarle. Ya tiene que aguantar bastante.

Arthur no dijo nada, pero la línea de su mandíbula continuó reflejando su obstinación. El señor Thompson entró con los ojos hundidos y mortecinos, las enormes manos de un blanco grisáceo y arrugadas de tanto lavárselas todos los días antes de ir a ver a los vecinos para contarles su versión de la historia. Llevaba su ropa de domingo, un grueso traje de tweed con una corbata negra de lazo.

La señora Thompson se levantó con la cabeza dándole vueltas.

—Ahora salid todos de la cocina, aquí hace demasiado calor y necesito espacio. Si salís de aquí y me dejáis sitio prepararé la cena.

Se fueron como si se alegraran de irse, los chicos fuera y el señor Thompson a su dormitorio. Ella le oyó gruñir al quitarse los zapatos y oyó el crujido de la cama cuando se tumbó. La señora Thompson abrió la nevera y notó el agradable frío que salía de ella; nunca había esperado tener una nevera y mucho menos poder permitirse el lujo de mantenerla llena de hielo. Después de dos o tres años, aún le parecía un milagro. Allí estaba la comida, fría y limpia, lista para ser cocinada. Nunca habría tenido esa nevera si el señor Helton no hubiera aparecido un día por la más extraña de las casualidades; tan ahorrador, tan ordenado, tan bueno, pensó la señora Thompson, y su corazón

se dilató hasta que temió desmayarse otra vez allí de pie con la puerta de la nevera abierta y la cabeza apoyada en ella. Sencillamente no podía soportar acordarse del señor Helton, con su cara larga y triste y sus silencios, que había sido siempre tan callado e inofensivo, que había trabajado tanto y tan duro y ayudado tanto al señor Thompson, corriendo por los campos y los bosques con el calor, perseguido como un perro rabioso, todos tras él con cuerdas y escopetas y palos para atraparlo y atarlo. «Oh, Dios», dijo la señora Thompson con un largo y seco gemido, arrodillándose ante la nevera y buscando torpemente en su interior los platos; aunque amontonaron colchones por todo el suelo de la cárcel y contra las paredes y pusieron a cinco hombres que lo sujetaran y le impidieran hacerse más daño, ya estaba demasiado malherido, no hubiese podido vivir en ningún caso. El señor Barbee, el sheriff, se lo contó. Dijo: «Bueno, no pretendían herirle, pero tenían que cogerlo, estaba loco como una cabra. Cogía piedras y trataba de abrirle la cabeza a todo el que se acercara. Tenía dos armónicas en el bolsillo de su jersey —dijo el sheriff—, pero se le cayeron en la refriega y el señor Helton trató de recuperarlas y así fue como finalmente le cogieron. Tuvieron que actuar con violencia, señora Thompson, luchaba como un gato montés». Sí, pensó la señora Thompson con amargura, claro, tuvieron que actuar con violencia. Siempre tenían que actuar con violencia. El señor Thompson no podía discutir con un hombre y echarle de la finca pacíficamente; no, pensó, poniéndose de pie y cerrando la nevera, tenía que matar a alguien, tenía que convertirse en un asesino y arruinar las vidas de sus hijos y hacer que matasen al señor Helton como un perro rabioso.

Sus pensamientos se detuvieron con una pequeña explosión silenciosa, se aclararon y empezaron de nuevo. Las otras armónicas del señor Helton estaban todavía en la cabaña y su melodía sonaba en la cabeza de la señora Thompson a ciertas horas del día. La echaba de menos por las noches. Le parecía tan extraño no haber sabido nunca el título de esa canción ni su significado, hasta después de que el señor Helton se fuese. La señora Thompson, con las rodillas temblorosas, bebió un vaso de agua en la pila y echó las judías pintas en la olla y empezó a rebozar en harina los trozos de pollo para freírlos. Hubo un tiempo, se dijo, en que yo creía que tenía vecinos y amigos, hubo un tiempo en que podíamos llevar la cabeza bien alta, hubo un tiempo en que mi marido no había matado a un hombre y yo podía decirle la verdad a cualquiera sobre cualquier cosa.

El señor Thompson, dándose la vuelta en la cama, pensó que había hecho todo lo que podía, así que en adelante simplemente intentaría dejar el asunto en paz. Su abogado, el señor Burleigh, se lo había dicho desde el principio: «Conserve la calma y la tranquilidad. Su caso tiene una fácil defensa, aunque no haya testigos. Su esposa debe estar presente en el tribunal, constituirá un poderoso argumento para el jurado. Usted declárese inocente y yo haré lo demás. El juicio será un puro trámite, no tiene de qué preocuparse. Saldrá de esta casi sin darse cuenta». Para darle conversación, el señor Burleigh se había puesto a enumerarle todos los hombres que conocía en la región que, por una u otra razón, se habían visto obligados a matar a alguien, siempre en defensa propia, y no pasaba nada. Incluso le contó que su propio padre, en otra época, había matado de un tiro a un hombre sólo por poner el pie dentro de su finca cuando él le había dicho que no lo hiciese. «Disparé a ese bribón —había dicho el padre del señor Burleigh—, en defensa propia. Le dije que le pegaría un tiro si ponía el pie en mi patio, lo hizo y le disparé». Se habían hecho mala sangre durante años, dijo el señor Burleigh, y su padre había esperado mucho tiempo para coger al otro haciendo algo malo y, cuando ocurrió, aprovechó su oportunidad.

—Pero el señor Hatch, como ya le he dicho —dijo el señor Thompson —, atacó al señor Helton con su cuchillo de caza. Por eso tuve que intervenir.

—Tanto mejor —dijo el señor Burleigh—. Ese desconocido no tenía ningún derecho a entrar en su casa con semejante misión. Diablos, lo que usted cometió ni siquiera es homicidio. Así que ahora pare el carro y no pierda los estribos. Y no diga ni una palabra sin que yo se lo mande.

Ni siquiera era homicidio. El señor Thompson tuvo que cubrir al señor Hatch con una lona de la carreta y marcharse a caballo al pueblo para contárselo al sheriff. Había sido muy duro para Ellie. Cuando volvieron, el sheriff, el investigador y dos agentes la encontraron sentada junto a la carretera en un puente bajo sobre un barranco, como a un kilómetro de la granja. Él la había montado detrás de la silla y la había llevado a casa.

Ya le había dicho al sheriff que su esposa había presenciado todo y tuvo tiempo, al llevarla a su cuarto y meterla en la cama, de decirle lo que tenía que contestar si le preguntaban algo. Desde el principio se había callado lo de que el señor Helton había estado loco, pero salió a relucir en el juicio. Por consejo del señor Burleigh, el señor Thompson había fingido ignorarlo por completo; el señor Hatch no había dicho ni palabra de eso. El señor Thompson fingió creer que el señor Hatch había ido a buscar al señor Helton para ajustar viejas cuentas y los dos miembros de la familia del señor Hatch

que habían acudido para tratar de conseguir que condenasen al señor Thompson no lograron nada. El juicio no había sido muy duro, el señor Burleigh se ocupó de que así fuera. Le había cobrado unos honorarios razonables y el señor Thompson se los había pagado muy agradecido, pero después de que todo hubiese terminado, al señor Burleigh no parecía gustarle que se dejara caer por su despacho para hablar del asunto y contarle cosas que se le habían olvidado al principio, para tratar de explicarle que el señor Hatch había sido un tipo vil y rastrero de todas formas. El señor Burleigh parecía haber perdido interés: ponía cara agria y disgustada cuando veía al señor Thompson en la puerta. El señor Thompson no paraba de decirse que había salido en libertad, de acuerdo, como el señor Burleigh había previsto, pero, pero… Y era justo ahí donde la mente del señor Thompson se atascaba, retorciéndose como un gusano en un anzuelo: había matado al señor Hatch y era un asesino. Esa era la verdad sobre sí mismo que el señor Thompson no podía entender ni siquiera cuando se decía la palabra a sí mismo. Bueno, nunca en su vida había pensado en matar a nadie, mucho menos al señor Hatch y, si el señor Helton no hubiese salido tan inesperadamente al oír la discusión… Pero, claro, el señor Helton había aparecido corriendo a toda prisa para echarle una mano. Lo que no podía comprender era lo que había sucedido a continuación. Había visto que el señor Hatch se abalanzaba sobre el señor Helton con el cuchillo, había visto la punta con la hoja hacia arriba penetrar en el estómago del señor Helton y rajarle como a un cerdo, pero cuando finalmente atraparon al señor Helton, este no tenía ni un rasguño. El señor Thompson sabía que él mismo había sostenido el hacha en las manos y había sentido que la levantaba, pero no podía recordar haber golpeado al señor Hatch. No podía recordarlo. No podía. Sólo recordaba que se había mostrado decidido a impedir que el señor Hatch apuñalase al señor Helton. Si le diesen una oportunidad podría explicarlo todo. En el juicio no le habían dejado hablar. Sólo le hicieron preguntas, él contestó sí o no y nunca llegaron al fondo de la cuestión. Desde el juicio, todos los días durante una semana, se había lavado y afeitado, se había puesto sus mejores ropas y se había llevado a Ellie consigo para decirle a todos sus vecinos que no había matado al señor Hatch a propósito. ¿Y de qué había servido? Nadie le creía. Incluso cuando se volvía hacia Ellie y le decía: «Usté estaba allí, usté lo vio, ¿no?». Y Ellie hablaba diciendo: «Sí, esa es la verdad. El señor Thompson sólo trató de salvar la vida del señor Helton», y él añadía: «Si no me creen a mí, crean a mi esposa. Ella nunca miente», pero el señor Thompson veía algo en todas

aquellas caras que le descorazonaba, que le hacía sentirse vacío y cansado. No creían que no fuese un asesino.

Incluso Ellie nunca decía nada que le consolase. Esperaba que finalmente dijese: «Ahora lo recuerdo, señor Thompson, en realidad di la vuelta a la esquina a tiempo de verlo todo, no es mentira, señor Thompson, no se preocupe». Pero mientras iban juntos en silencio, durante aquellos días aún calurosos y secos, cada vez más cortos porque se acercaba el otoño, día tras día, con el carricoche traqueteando en las roderas, ella no decía nada; llegaron a temer la vista de otra casa y de sus habitantes: todas las casas les parecían iguales y todas las personas —vecinos viejos y nuevos— tenían la misma expresión cuando el señor Thompson les decía por qué les visitaba y comenzaba su historia. Sus ojos daban la impresión de que alguien hubiese pinchado el globo ocular por detrás, pues se encogían y la luz desaparecía de ellos. Algunos se quedaban con una sonrisa fija y tensa tratando de ser cordiales. «Sí, señor Thompson, comprendemos lo que debe de sentir. Debe de ser terrible para usted, señora Thompson. Sí, ¿sabe?, casi he llegado al punto en el que creo en que por defensa propia uno puede terminar matando a alguien. Por supuesto que le creemos, señor Thompson, ¿por qué no íbamos a creerle? ¿Acaso no tuvo un juicio absolutamente justo y honesto? Pues claro, señor Thompson, hizo usted muy bien».

El señor Thompson estaba convencido de que no pensaban así. A veces el aire a su alrededor se volvía tan denso por el peso de sus culpas que le echaban, él peleaba, empujaba con los puños, rompía a sudar de los pies a la cabeza, gritaba su historia con una voz ahogada por el polvo y al fin acababa vociferando: «Mi esposa, aquí presente, ustedes la conocen, estaba allí, lo vio y lo oyó todo. Si no me creen a mí, pregúntenle. ¡Ella no les mentirá!». Y la señora Thompson, con las manos fuertemente entrelazadas, dolorida, con la barbilla temblorosa, nunca dejaba de decir: «Sí, así es, esa es la verdad…».

La gota que colma el vaso ha caído hoy, pensó el señor Thompson un día. Tom Allbright, un antiguo pretendiente de Ellie, que había sido su acompañante durante todo un verano, había salido a su encuentro cuando pararon el carricoche y allí de pie, con la cabeza descubierta, les había impedido apearse. Había mirado más allá de ellos con una expresión azorada en la cara, diciéndoles que la hermana de su mujer estaba allí con un montón de niños, que la casa estaba muy llena y todo patas arriba, que de no ser así les diría que entraran.

—Tenemos pensado ir a su casa un día de estos —dijo el señor Allbright alejándose y tratando de parecer muy atareado—. Últimamente hemos estado

muy ocupados aquí.

—Bueno, simplemente pasábamos por aquí por casualidad —tuvieron que contestar ellos. Y siguieron su camino.

—Los Allbright —dijo la señora Thompson— han sido siempre amigos en la prosperidad.

—Procuran tratarse con gente importante, eso es verdá —contestó el señor Thompson.

Pero era un frío consuelo para ambos. Finalmente, la señora Thompson se dio por vencida.

—Vámonos a casa —dijo—. El viejo Jim está cansado y sediento y ya hemos ido bastante lejos.

—Bueno, ya que estamos por aquí, podíamos detenernos en casa de los McClellan —propuso el señor Thompson.

Entraron en el patio y le preguntaron a un niño pequeño con el pelo como de algodón si su mamá y su papá estaban en casa. El señor Thompson quería verlos. El niño se quedó mirándolos con la boca abierta y entró al galope en la casa gritando:

—Mamá, papá, venid aquí. Ese hombre que mató al señor Hatch ha venido a veros.

El hombre salió con calcetines, un tirante del pantalón sujeto, el otro roto y colgando, y dijo:

—Apéese, señor Thompson, y entre. La vieja está lavando, pero vendrá.

La señora Thompson, torpemente, se bajó del carricoche y se sentó en una mecedora rota en el porche que se combaba bajo sus pies. La dueña de la casa, descalza, con una bata de percal, se sentó en el borde del porche y su cara gorda y cetrina reflejaba muchísima curiosidad. El señor Thompson empezó:

—Bueno, como supongo que ya saben, he tenío algunos poblemas extraños últimamente y, como se suele decir, no es la clase de poblema que le sucede a uno todos los días del año, y no quiero que haya malentendíos en la mente de mis vecinos acerca de algunas cosas, así que…

Se detuvo y siguió a trompicones, pero en las dos caras que le escuchaban apareció una expresión mezquina, una expresión avariciosa y despectiva, una expresión que decía bien a las claras: «Caramba, debe de ser un tipo bastante listo para venir aquí preocupándose por lo que nosotros pensamos, nosotros sabemos que no estaría aquí si tuviera alguien más a quien acudir. Caramba, yo no me rebajaría de esa manera, yo no». El señor Thompson estaba avergonzado y sintió una ira repentina, le hubiese gustado

hacer entrechocar sus sucias cabezas de mofeta, vil basura blanca, pero se contuvo y siguió hasta el final.

—Mi esposa se lo puede decir —dijo, y esa era la parte más dura, porque Ellie, siempre sin mover un músculo, parecía ponerse rígida como si alguien hubiese amenazado con pegarle—, pregúntenle a mi esposa, ella no les mentirá.

—Es verdad, yo lo vi…

—Bueno, sí —dijo el hombre secamente, rascándose las costillas por debajo de la camisa—, claro, sí, es horrible. Bueno, sí, pero no veo yo qué tenemos nosotros que ver con esto. No veo yo ninguna razón pa' que nos metan en estos líos de asesinato, no lo veo. Lo mires por donde lo mires, esto no tie' na' que ver con nosotros. Eso sí, es muy amable por su parte venir aquí a contarnos las cosas como son, porque habíamos oído unos cuentos muy raros, muy raros. No se entendía na'.

—To' el mundo cuenta y no acaba —dijo la mujer—. A nosotros no nos paece bien matar, la Biblia dice…

—Cierra la boca —dijo el hombre—, tenla cerrá o te la cierro yo. Ahora a mí me paece…

—No debemos demorarnos —dijo la señora Thompson soltando las manos fuertemente apretadas—. Ya nos hemos entretenido demasiado. Se hace tarde y nos queda mucho camino por delante.

El señor Thompson entendió la indirecta y la siguió. El hombre y la mujer se apoyaron en los desvencijados postes de su porche y los vieron partir.

Entonces, tumbado en su cama, el señor Thompson supo que había llegado el final. Justo, en ese instante, tumbado en la cama en la que había dormido con Ellie durante dieciocho años, bajo ese techo en el que había puesto las rupias mientras esperaba a casarse; allí, mientras le crecía ya la barba que se había afeitado esa mañana, con los dedos palpando su huesuda barbilla, el señor Thompson sintió que era hombre muerto. Había muerto para emprender su otra vida: había llegado al final de algo sin saber por qué y tenía que empezar de nuevo, pero no sabía cómo. Algo diferente iba a comenzar, pero no sabía qué. En cierto sentido no era problema suyo. Le parecía que no tendría mucho que ver con él. Se levantó, dolorido y vacío, y fue a la cocina donde la señora Thompson estaba poniendo la cena.

—Llama a los chicos —dijo la señora Thompson. Habían estado en el establo y Arthur apagó el farol antes de colgarlo de un clavo cerca de la puerta. Al señor Thompson no le gustaba su silencio. Apenas le habían

dirigido la palabra desde aquel día. Parecían evitarle, llevaban la granja como si él no estuviese allí y se ocupaban de todo sin pedirle nunca consejo.

—¿Qué habéis estado haciendo, muchachos? —les preguntó tratando de mostrarse animado—. ¿Acabando vuestras tareas?

—No, señor —dijo Arthur—, no hay mucho que hacer. Sólo engrasando los ejes.

Herbert no dijo nada. La señora Thompson inclinó la cabeza.

—Por estos alimentos y todas tus bendiciones… Amén —murmuró débilmente.

Y los Thompson se sentaron con los ojos bajos y las caras afligidas, como si estuviesen en un funeral.

Cada vez que cerraba los ojos tratando de dormir, la mente del señor Thompson se ponía en marcha y empezaba a correr como un conejo. Saltaba de una cosa a otra, tratando de encontrar una pista aquí o allá que le permitiera desenmarañar lo que había sucedido el día que mató al señor Hatch. Por mucho que lo intentara, la mente del señor Thompson no llegaba a ningún sitio donde no hubiese estado ya, no lograba ver nada más que lo que había visto una vez y sabía que aquella escena no era la correcta. Como no lo había visto claro la primera vez, con todo lo relacionado con la muerte del señor Hatch se había equivocado de principio a fin y no había nada que pudiese hacer, más le valía renunciar. Le seguía pareciendo que había hecho, tal vez no lo correcto, pero sí lo único que podía hacer aquel día, pero ¿era así? ¿Había tenido que matar al señor Hatch? Nunca había visto a un hombre que odiase tanto desde el mismo instante en que le echó la vista encima. En su interior sabía que el tipo había ido a causar problemas. Lo que le parecía raro era: ¿por qué no le había dicho al señor Hatch que se fuese incluso antes de que entrara?

La señora Thompson, con los brazos cruzados sobre el pecho, estaba acostada a su lado, absolutamente inmóvil, pero parecía estar despierta.

—¿Estás dormida, Ellie?

Después de todo hubiese podido librarse de él de modo pacífico o tal vez hubiese tenido que vencerle físicamente y ponerle esas esposas y entregárselo al sheriff por perturbar la paz. Lo máximo que podrían haber hecho era encerrar al señor Hatch durante unos días mientras se calmaba o ponerle una pequeña multa. Trataba de pensar qué hubiese podido decirle al señor Hatch. Bueno, veamos, podía haberle dicho: «Escuche un momento, señor Hatch, quiero hablar con usted de hombre a hombre», pero su cerebro

se quedaba vacío. ¿Qué podría haber dicho o hecho? Pero si hubiese podido hacer cualquier otra cosa menos matar al señor Hatch, nada le habría sucedido al señor Helton. El señor Thompson casi nunca pensaba en el señor Helton. Su mente saltaba sobre él y continuaba. Si se hubiese detenido a pensar en el señor Helton, nunca en la vida habría llegado a ninguna parte. Trataba de imaginar cómo serían las cosas, esa misma noche, si el señor Helton estuviese aún sano y salvo en su cabaña, tocando esa canción que hablaba de sentirte tan bien por la mañana que te bebes todo el vino para sentirte aún mejor; y el señor Hatch a salvo en la cárcel en alguna parte, completamente furioso, tal vez, pero fuera de peligro y dispuesto a atender a razones y arrepentirse de su maldad. ¡El asqueroso y despreciable sabueso que apareció para perseguir a un hombre inocente y a destrozar a toda una familia que no le había hecho ningún daño! El señor Thompson sintió que las venas de su frente latían, que tenía los puños apretados como si estuviese aferrando el mango de un hacha, que rompía a sudar y se levantó de la cama con un aullido ahogado en la garganta. Y Ellie se sobresaltó:

—¡Oh, oh, no! ¡No! ¡No! —gritó como si tuviese una pesadilla.

Él se quedó de pie temblando hasta que los huesos le castañetearon, gritando roncamente:

—Enciende la lámpara, enciende la lámpara, Ellie.

En lugar de hacerlo, la señora Thompson dio un grito débil y agudo, casi el mismo grito que él le había oído aquel día en que volvió la esquina de la casa cuando él estaba de pie allí con el hacha en la mano. No podía verla en la oscuridad, pero estaba en la cama, dando vueltas violentamente. La buscó a tientas en la oscuridad y sus manos encontraron la parte alta de sus brazos, las manos de ella estaban arrancándose los pelos de la cabeza, el cuello tenso echado hacia atrás y los gritos asfixiándola. Él gritó llamando a Arthur y a Herbert.

—¡Vuestra madre! —chilló, con la voz rota.

Mientras sujetaba a la señora Thompson por los brazos, los chicos entraron apresuradamente, Arthur sosteniendo la lámpara por encima de su cabeza. Bajo la luz de aquella lámpara, el señor Thompson vio los ojos de la señora Thompson muy abiertos, mirándole espantados, con lágrimas manando de ellos. Al ver a los chicos ella se sentó y alargó un brazo hacia ellos, haciendo girar las manos en un círculo enloquecido, luego se dejó caer de espaldas nuevamente y de pronto se quedó flácida. Arthur puso la lámpara sobre la mesa y se volvió hacia el señor Thompson.

—Está asustada —dijo—, mortalmente asustada.

Con la cara contraída por la ira y los puños apretados, se enfrentó a su padre como si fuese a pegarle. El señor Thompson abrió la boca, estaba tan sorprendido que se apartó de la cama. Herbert se puso al otro lado. Se quedaron uno a cada lado de la señora Thompson y vigilaron al señor Thompson como si fuera una fiera peligrosa.

—¿Qué le ha hecho? —gritó Arthur con la voz de un hombre adulto—. ¡Si vuelve a tocarla le vuelo el corazón!

Herbert estaba pálido y le temblaba una mejilla, pero estaba de parte de Arthur y haría lo que pudiera para ayudarle.

Al señor Thompson no le quedaban fuerzas para luchar. Se le doblaban las rodillas y se le hundió el pecho.

—Pero, Arthur —sus palabras se desmoronaban cuando trataba de hablar con su aliento entrecortado—. Se ha desmayado otra vez. Traed el amoníaco.

Arthur no se movió. Herbert apareció con el frasco y se lo entregó, encogiéndose, a su padre.

El señor Thompson no lo sostuvo bajo la nariz de la señora Thompson. Se echó un poco en la mano y se lo frotó en la frente. Ella dio una boqueada, abrió los ojos y volvió la cabeza hacia el otro lado. Herbert empezó un lastimoso y desesperado lloriqueo.

—Mamá —no cesaba de decir—, mamá, no te mueras.

—Estoy bien —dijo la señora Thompson—, no os preocupéis. Vamos, Herbert, no hagas eso. Estoy bien.

Cerró los ojos. El señor Thompson empezó a ponerse sus mejores pantalones, luego se puso los calcetines y los zapatos. Los muchachos estaban sentados uno a cada lado de la cama observando la cara de la señora Thompson. El señor Thompson se puso la camisa y la chaqueta.

—Creo que iré a buscar al médico —dijo—. Creo que todos estos desmayos no son buena señal. Quedaos velándola hasta que yo vuelva. —Le escucharon pero no dijeron nada—. Y que no se os meta ninguna idea rara en la cabeza. Nunca en mi vida le he hecho daño a vuestra madre a propósito. —Salió de la habitación y, volviéndose, vio a Herbert que le miraba con el entrecejo fruncido, como un extraño—. Sabréis cuidarla.

El señor Thompson fue a la cocina, encendió el farol, cogió un delgado cuaderno de apuntes y un trozo de lápiz del estante donde los chicos tenían sus libros escolares. Se colgó el farol del brazo y metió la mano en el armario donde guardaba las armas. La escopeta estaba allí, a mano, cargada y lista, un hombre nunca sabe cuándo puede necesitar una escopeta. Salió de la casa sin

mirar a su alrededor, sin mirar atrás; pasó por delante del establo sin verlo y se dirigió al punto más lejano de sus campos, que se extendían casi un kilómetro hacia el este. El señor Thompson había recibido tantos golpes y desde tantas direcciones que ya no podía detenerse a averiguar dónde le habían dado. Continuó caminando, sobre tierra arada y sobre prados, atravesando las cercas de alambre de espino con cautela, haciendo pasar primero su escopeta; cuando sus ojos se acostumbraron casi podía ver en la oscuridad. Finalmente llegó a la última cerca, allí se sentó, con la espalda contra un poste, el farol a su lado y, con el cuaderno sobre las rodillas, humedeció la punta del lápiz y empezó a escribir:

> Ante Dios Todopoderoso, el gran juez de todo ante el cual estoy a punto de presentarme, juro aquí solemnemente que no le quité la vida al señor Homer T. Hatch a propósito. Lo hice en defensa del señor Helton. No pretendía golpearle con el hacha, sino sólo apartarle del señor Helton. Él le asestó un golpe inesperado al señor Helton. Creí en ese momento que el señor Hatch mataría al señor Helton si yo no intervenía. Le he contado todo esto al juez y al jurado y ellos me dejaron en libertad, pero nadie me cree. Esta es la única manera de probar que no soy un asesino a sangre fría como todo el mundo parece pensar. Si yo hubiese estado en el lugar del señor Helton, él hubiese hecho lo mismo por mí. Sigo pensando que hice lo único que podía hacer. Mi esposa…

El señor Thompson se detuvo aquí para pensar un momento. Humedeció la punta del lápiz con la lengua y tachó las dos últimas palabras. Estuvo un rato tachando las palabras hasta que dejó una pulcra mancha oblonga donde habían estado y empezó de nuevo:

> Fue el señor Homer T. Hatch quien vino a hacerle daño a un hombre inofensivo. Él fue el causante de todos estos problemas y mereció morir, pero lamento haber sido yo quien tuvo que matarle.

Chupó la punta del lápiz otra vez y firmó cuidadosamente con su nombre completo, dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo exterior. Después de quitarse el zapato y el calcetín del pie derecho, colocó la culata de la escopeta en el suelo con los dos cañones gemelos apuntando hacia su cabeza. Era una posición muy incómoda. Apoyando la cabeza en la boca de la escopeta pensó un poco cómo hacerlo. Estaba temblando y en su cabeza resonaba un

tamborileo que le dejó sordo y ciego, pero se tendió de lado sobre la tierra, puso el cañón bajo su barbilla y buscó el gatillo con el dedo gordo del pie. De esa forma podía hacerlo.

Pálido caballo, pálido jinete

En sueños, ella sabía que estaba en su cama, pero no en la cama en la que se había acostado hacía unas horas, y sabía que la habitación tampoco era la misma, pero aquella habitación le resultaba conocida. Su corazón era una piedra que descansaba fuera de ella, sobre su pecho; su pulso se demoraba y se detenía; ella sabía que iba a ocurrir algo extraño en el mismo momento en que los vientos de primeras horas de la mañana penetraban frescos por la celosía, los rayos de luz eran azul oscuro y toda la casa dormitaba.

Ahora, mientras todos están tranquilos debo levantarme y marcharme. ¿Dónde están mis cosas? Los objetos tienen voluntad propia en este lugar y se ocultan donde quieren. La luz del día asestará un repentino golpe sobre el tejado y sobresaltará a todos haciéndoles levantarse; sus caras sonreirán preguntando: ¿adónde vas?, ¿qué estás haciendo?, ¿qué estás pensando?, ¿cómo te encuentras?, ¿por qué dices esas cosas?, ¿qué quieres decir? No dormiré más. ¿Dónde están mis botas y qué caballo montaré? ¿Fiddler, Graylie o Miss Lucy, con la larga nariz y los ojos malvados? Cuánto me ha gustado siempre esta casa por las mañanas, antes de que todos estuviéramos despiertos y enredados como sedales mal arrojados. Demasiadas personas han nacido aquí, y han llorado demasiado aquí, han reído demasiado aquí y han estado demasiado enojados e indignados los unos con los otros. Demasiadas personas han muerto ya en esta cama, hay demasiados huesos ancestrales colocados en las repisas de las chimeneas, ha habido demasiados antimacasares en esta casa, dijo en voz alta, y oh, qué acumulación de capas de polvo en la que nunca se le ha permitido posarse en paz por un momento.

¿Y el forastero? ¿Dónde está ese forastero flaco y cetrino a quien recuerdo rondando por la casa, bien recibido por mi abuelo, mi tía abuela, mi

remota prima, mi decrépito sabueso y mi gatito plateado? ¿Por qué le tomaron tanto cariño?, me pregunto. ¿Y dónde están todos ellos ahora? Sin embargo, a él le vi pasar por delante de la ventana al atardecer. ¿Qué más tengo en el mundo aparte de ellos? Nada. Nada es mío, solamente tengo nada, pero es suficiente, es hermosa y es toda mía esa nada. ¿Camino dentro de mi propia piel o es algo que he tomado prestado para salvar mi pudor? ¿Qué caballo tomaré prestado para este viaje que no me propongo hacer, Graylie, Miss Lucy o Fiddler, que puede saltar zanjas en la oscuridad y sabe cómo encajar el bocado entre los dientes? La primera hora de la mañana es mi preferida porque los árboles son árboles de un golpe, las piedras son piedras arrojadas en sombras que son hierba, no hay falsas formas ni conjeturas, el camino está aún dormido con la capa de rocío intacta. Montaré a Graylie porque no teme los puentes.

Vamos, Graylie, dijo cogiéndole de la brida, debemos correr más deprisa que la Muerte y el Diablo. Vosotros no servís para eso, les dijo a los otros caballos que estaban ensillados delante de la puerta del establo. Entre ellos el caballo del forastero, gris también y con la nariz y las orejas manchadas. El forastero montó a su lado, se inclinó mucho hacia ella y la examinó sin expresión alguna, con esa mirada fija, vacía y sin sentido ni malicia que no supone una amenaza y parece estar esperando su turno. Ella hizo que Graylie diese rápidamente la vuelta y lo apremió a que corriese. El animal saltó el seto bajo de rosales y la estrecha zanja que había más allá, levantando el polvo denso del camino bajo sus cascos. El forastero cabalgaba a su lado, con habilidad y ligereza, con las riendas sueltas en las manos entrecerradas, erguido y elegante con sus prendas oscuras y raídas que se agitaban sobre sus huesos; su pálido rostro sonreía en un trance maligno sin mirarla. Ah, yo he visto a este individuo antes, conozco a este hombre aunque no logro situarlo. A mí no me resulta desconocido.

Detuvo a Graylie, se levantó sobre los estribos y gritó: esta vez no voy contigo. ¡Sigue adelante! Sin pararse ni volver la cabeza, el forastero continuó avanzando. Las costillas de Graylie subían y bajaban y las suyas también. Oh, por qué estoy tan cansada; debo despertar. «Pero primero un buen bostezo —dijo abriendo los ojos y estirándose—, una bofetada de agua fría en la cara, porque otra vez he estado hablando en sueños, me he oído, pero ¿qué decía?».

Lentamente, de mala gana, Miranda salió centímetro a centímetro del profundo pozo del sueño y esperó aturdida a que la vida comenzase de nuevo. Una sola palabra resonaba en su mente, un gong de advertencia, recordándole durante todo el día lo que olvidaba felizmente en el sueño y solo en el sueño.

La guerra, decía el gong, y ella sacudió la cabeza. Balanceando los pies con pereza, con las zapatillas colgando, se acordó del modo de sentarse en su mesa en la redacción del periódico que tenían todo tipo de personas. Todos los días encontraba a alguien allí, sentado sobre la mesa en lugar de hacerlo en la silla dispuesta a tal fin, balanceando las piernas, con los ojos recorriendo la sala, ocupadísimo por asuntos importantes, aguardando para abalanzarse sobre cualquier tema. «¿Por qué no se sientan en la silla? ¿Debería poner en ella un letrero que dijera “Por Dios santo, siéntese aquí”?».

No solo no ponía un letrero sino que ni siquiera ponía mala cara a sus visitantes. No solía fijarse en ellos en absoluto, hasta que su determinación de ser vistos era mayor que la determinación de Miranda de no verlos. El sábado, pensó, relajada en su bañera de agua caliente, será día de cobro, como siempre. O espero que siempre. Sus pensamientos vagaron confusamente en un continuo esfuerzo por juntar y unir con firmeza las perturbadoras contradicciones de su vida diaria, en la cual la supervivencia, lo veía con claridad, se había convertido en una serie de hazañas de prestidigitación. Debo —veamos, ojalá tuviese a mano papel y lápiz—, bueno, si pagase ahora cinco dólares por un bono de la libertad, no podría mantenerme. O tal vez sí. Dieciocho dólares a la semana, tanto para el alquiler, tanto para la comida y además me propongo tener unas cuantas cosas. Por valor de unos cinco dólares. Me quedarían veintisiete centavos. Supongo que puedo hacerlo. Supongo que debería estar preocupada. Estoy preocupada. Muy bien, estoy preocupada, ¿y ahora qué? Veintisiete centavos. No está tan mal. Puro beneficio en realidad. Imagínate que de repente te lo subiesen a veinte, entonces te sobrarían dos dólares y veintisiete centavos. Pero no van a subírmelo a veinte. En realidad van a echarme si no compro un bono de la libertad. No puedo creerlo. Se lo preguntaré a Bill. (Bill era el redactor de noticias municipales). Me pregunto si una amenaza como esa no constituye una especie de chantaje. Ni siquiera creo que un miembro del comité Lusk pueda hacer eso impunemente.

El día anterior dos pares de piernas habían estado balanceándose, uno a cada lado de su máquina de escribir, ambos enfundados en embudos de tela oscura que parecía cara. Se fijó desde lejos en que uno de ellos era más bien viejo y el otro bastante joven y que los dos compartían el mismo aire rancio de ínfulas prestadas que según parece habían conseguido en el mismo lugar. Los dos estaban demasiado bien alimentados y el más joven lucía un bigotito perfectamente recortado. Siendo como eran, fuera cual fuese el asunto que les

había llevado a su mesa, sería algo desagradable. Miranda les había saludado con una inclinación de cabeza, había retirado su silla y, sin quitarse el gorro ni los guantes, había cogido una pila de cartas y de hojas de la mesa simulando que no tenía ni un momento que perder. Ellos no se movieron, ni se quitaron el sombrero. Finalmente ella les había dado los buenos días y les había preguntado si estaban esperándola.

Los dos hombres se levantaron de la mesa, arrugando algunos de los papeles de Miranda, y el más viejo le preguntó por qué no había comprado un bono de la libertad. Entonces Miranda lo miró y le causó muy mala impresión. Otro hombre de cara regordeta y labios gruesos con ojillos apagados; Miranda se preguntó por qué casi todos los que habían sido seleccionados para hacer la guerra en casa compartían esos rasgos. Podía haber sido cualquier cosa, pensó: representante de una compañía teatral ambulante, promotor de una empresa petrolífera ilegal, antiguo propietario de un bar anunciando la inauguración de un nuevo cabaret, vendedor de automóviles, un subalterno de cualquier profesión oportunista que exija cierta astucia, pero ahora era un patriota que trabajaba para el gobierno.

—Oiga —dijo—, se ha enterado de que hay una guerra, ¿no?

¿Esperaba una respuesta a eso? Cállate, se dijo Miranda, esto tenía que pasar. Más tarde o más temprano, pero siempre pasa. No pierdas la cabeza. El hombre agitó un dedo ante su cara.

—¿No? —insistió, como si estuviera animando a un niño obstinado.

—Oh, la guerra —repitió Miranda como un eco con una nota elevada y casi sonriéndole.

Aquel gesto mirando hacia arriba de esa manera solemne y mística era la reacción habitual y automática cuando no decía u oía esas palabras. «C’est la guerre», tanto si lo pronunciabas bien como si no, quedaba aún mejor y siempre, siempre, te debías encoger de hombros.

—Sí —dijo el más joven de un modo desagradable—, la guerra.

Miranda, sobresaltada por el tono, le miró a los ojos; su mirada era pétrea, bastante cruel y fría, la mirada que alguien imagina detrás de la pistola que le apunta en una esquina solitaria. Esa expresión dio sentido temporalmente a un conjunto de rasgos por lo demás indefinidos, la cara de esos hombres que no tienen asuntos propios.

—Estamos en guerra y algunas personas están comprando bonos de la libertad mientras que otras no parecen decidirse a hacerlo —dijo—. A eso es a lo que nos referimos.

Miranda frunció el entrecejo con nerviosismo, sintiendo el punzante comienzo del miedo.

—¿Los venden ustedes? —preguntó quitando la tapa de su máquina de escribir y volviendo a ponerla.

—No, nosotros no —dijo el más viejo con una voz persuasiva y amenazadora—. Únicamente le estamos preguntando por qué no ha comprado uno.

Miranda empezó a explicarles que no tenía dinero y que no sabía cómo obtener más, cuando el más viejo la interrumpió:

—Eso no es una excusa y usted lo sabe, estando los teutones invadiendo la martirizada Bélgica.

—Con nuestros muchachos estadounidenses luchando y muriendo en el bosque de Belleau —dijo el más joven—, cualquiera puede conseguir cincuenta dólares para contribuir a la derrota de los alemanes.

—Gano dieciocho dólares a la semana y no dispongo ni de un centavo más —dijo Miranda apresurada—. De verdad que no puedo comprar nada.

—Como muchas personas en esta oficina y muchísimas de otras oficinas, puede pagar cinco dólares a la semana —dijo el más viejo (habían estado allí de pie, graznando por encima de su cabeza).

Miranda, desesperadamente silenciosa, había pensado: «¿Y si no fuese una cobarde y dijese lo que de verdad pienso? ¿Y si dijese a la mierda esta asquerosa guerra? Podría preguntarle a este pequeño matón: ¿y a ti qué te pasa?, ¿por qué no estás pudriéndote en el bosque de Belleau? Ojalá estuvieses allí».

Empezó a ordenar sus cartas y notas, los dedos se negaban a asir bien las cosas. El más viejo continuó repitiendo su discursito. Era duro, por supuesto que todo el mundo estaba sufriendo, pero, desde luego, todo el mundo tenía que contribuir. Además, un bono de la libertad era la inversión más segura, equivalía a tener dinero en el banco. Por supuesto. El gobierno lo respaldaba, ¿y dónde mejor se podía invertir?

—Coincido con usted en eso —dijo Miranda—, pero no tengo dinero que invertir.

Y, por supuesto, el hombre había continuado, no era tanto que sus cincuenta dólares supusieran mucho, pero, era una señal de buena fe por su parte. Una señal de que era una buena estadounidense que cumplía con su deber. Y aquello era tan seguro como una iglesia. Si él tuviese un millón de dólares estaría encantado de invertir hasta el último centavo en esos bonos…

—Si compra un bono, no perderá nada —dijo, casi con benevolencia—, pero si no lo compra puede perder mucho. Piénseselo bien. Usted es la única persona de este periódico que no ha contribuido. Y todas las empresas de esta ciudad se han volcado. En el *Daily Clarion* no fue necesario decírselo a nadie dos veces.

—Allí cobran más —dijo Miranda—, pero la semana que viene, sí podré. Ahora no, la semana que viene.

—No deje de hacerlo —dijo el más joven—. Esto es muy serio.

Se alejaron con andares indolentes, pero antes de desaparecer de la redacción, pasaron ante la mesa de la redactora de ecos de sociedad, pasaron por delante de la mesa de Bill, el redactor de noticias locales, pasaron por delante de la larga mesa de redacción donde el viejo Gibbons no dejaba de gritar de vez en cuando todas las noches: «¡Jarge! ¡Jarge!» y el mensajero acudía corriendo. «Nunca digas “gente” cuando quieres decir “personas” —le había enseñado a Miranda el viejo Gibbons—, y nunca digas “virtualmente”, di “prácticamente” y, por el amor de Dios, mientras yo esté en esta mesa, no utilices el barbarismo “visto que” jamás. Ahora que estás formada, puedes irte». Al llegar a las escaleras, sus inquisidores se habían detenido con exageradas soberbia y vanagloria para encender unos puros y encajarse con más firmeza el sombrero sobre los ojos.

Miranda cambió de posición en el agua relajante; le hubiera gustado quedarse dormida allí y despertarse solamente cuando fuese hora de volver a dormirse. Tenía un dolor de cabeza infernal y profundo y, aunque lo notó entonces, recordó que se había despertado con él y que de hecho le había empezado la noche anterior. Mientras se vestía trató de seguir la insidiosa trayectoria de su dolor de cabeza y le pareció razonable suponer que había comenzado con la guerra. «Se trataba de un dolor de cabeza, sin duda, pero este es distinto». El día anterior, después de que los hombres del comité Lusk se marchasen, había ido al guardarropa y se había encontrado a Mary Townsend, la redactora de ecos de sociedad, calladamente histérica por algo. Estaba sentada en el borde del sofá de mimbre tan estropeado que tenía bultos en el centro, tejiendo algo de color rosa. De vez en cuando dejaba su labor, se llevaba ambas manos a la cabeza y se mecía, diciendo «Dios mío» con voz sorprendida e inquieta. Su columna se titulaba «Habladurías de su ciudad», así que todo el mundo la llamaba Towney. Miranda y Towney tenían mucho en común y se llevaban muy bien. Años atrás ambas habían sido auténticas reporteras y en una ocasión las habían enviado juntas a «cubrir» una escandalosa fuga de amantes

que, después de todo, no había terminado en matrimonio y la chica, con la cara hinchada, había acabado sentada junto a su madre, que no paraba de gemir bajo un montón de mantas. Ambas lloraron patéticamente e imploraron a las jóvenes reporteras que suprimiesen lo peor de la historia. Así lo hicieron, pero el periódico rival publicó todo al día siguiente. Miranda y Towney habían recibido su castigo juntas y habían sido degradadas en público a hacer trabajos rutinarios que solían destinar a las mujeres: una, a los teatros; la otra, a los ecos de sociedad. Coincidían en que ninguna de las dos creía que hubiesen podido hacer otra cosa y que sabían que el resto del personal las consideraba tontas, buenas chicas, pero tontas. Al ver a Miranda, Towney había estallado en un ataque de ira.

—No puedo, nunca podré reunir ese dinero, se lo dije. No puedo, no puedo, pero no quisieron escucharme.

—Ya sabía yo que no era la única persona en esta oficina que no podía conseguir cinco dólares. Les dije que no podía y de verdad que no puedo.

—Dios mío —dijo Towney con la misma voz—, me dijeron que perdería mi puesto…

—Voy a preguntarle a Bill —dijo Miranda—. No creo que Bill nos hiciese eso.

—No depende de Bill —dijo Towney—. Si le obligaran tendría que hacerlo. ¿Crees que nos meterían en la cárcel?

—No lo sé —dijo Miranda—. Si lo hacen, no estaremos solas. —Se sentó al lado de Towney y se cogió la cabeza entre las manos—. ¿Para qué soldado estás haciendo eso? Es un color muy alegre, debería animarle.

—Y un cuerno —dijo Towney poniendo sus agujas en movimiento otra vez—. Lo estoy haciendo para mí. Esa es la verdad.

—Bueno —dijo Miranda—, no estaremos solas y recuperaremos sueño.

Se lavó la cara y se maquilló de nuevo. Sacó del bolsillo unos guantes grises y limpios, y salió a reunirse con un grupo de mujeres jóvenes recién salidas de los bailes del club de campo, de las partidas de bridge matinales, de los mercadillos benéficos, de los talleres de la Cruz Roja, que se regodeaban haciendo buenas obras. Ofrecían meriendas con baile para recaudar dinero y con el dinero compraban grandes cantidades de dulces, frutas, cigarrillos y revistas para los hombres que estaban en los hospitales del acantonamiento. Con ese botín partían entonces en una alegre procesión de coches potentes y caras muy maquilladas para animar a los valientes muchachos que, se podría decir, ya habían caído en defensa de su país. Debía de ser terriblemente duro para ellos, pobrecitos, tener que quedarse aquí cuando todos estaban locos por

cruzar el mar y entrar en las trincheras en cuanto pudieran. Sí, y algunos de ellos son monísimos, no sabía que hubiese tantos hombres guapos en este país, cielo santo, dije, ¿de dónde salen? Bueno, querida, más vale que te hagas esa pregunta, ¿quién sabe de dónde salen? Tienes toda la razón, mi postura al respecto es esta: debemos hacer todo lo que podamos para que estén contentos, pero no estoy dispuesta a hablar con ellos. Se lo dije a los acompañantes de esos bailes para reclutas, bailaré con ellos, con todos los bobalicones que me lo pidan, pero no hablaré con ellos, le dije, aunque haya guerra. Así que bailé cientos de kilómetros sin abrir la boca excepto para decir: por favor, no me roces con las rodillas. Me alegro de que renunciásemos a esos bailes. Sí, además, los hombres dejaron de venir. Pero escucha, he oído decir que muchos de los reclutas son de muy buena familia; a mí no se me da bien quedarme con los nombres y los que retuve no los había oído nunca, así que no sé… pero creo que si fuesen de buena familia, lo notaríamos, ¿no? Quiero decir que si un hombre está bien educado, no te pisa, ¿verdad? Por lo menos, no te pisa. A mí me destrozaban un par de sandalias en cada uno de esos bailes. Bueno, creo que cualquier clase de vida social es de muy mal gusto en estos tiempos, creo que todas deberíamos ponernos nuestras tocas de la Cruz Roja y llevarlas mientras dure la guerra…

Miranda, cargando con su cesta y sus flores, se movió entre las jóvenes, que se dispersaron y corrieron por la sala del hospital lanzando risitas aniñadas que pretendían ser refrescantes y alegres, pero que tenían un sonido metálico resuelto e inflexible calculado para helar la sangre. Triste y avergonzada por la idiotez de su misión, se movió con rapidez entre las largas hileras de camas blancas colocadas unas frente a otras con un estrecho pasillo en medio. Los hombres, una colección seleccionada y bastante presentable, con las sábanas subidas hasta la barbilla, no estaban gravemente enfermos, pero sí estaban aburridos e inquietos, casi todos dispuestos a divertirse con cualquier cosa. La mayor parte llevaba pintorescos vendajes en un brazo o en la cabeza, y quienes no estaban visiblemente heridos respondían de manera invariable «reumatismo» si alguna chica carente de tacto, a la cual le habían advertido con solemnidad que nunca hiciese esa pregunta, se olvidaba y le preguntaba a un hombre qué enfermedad padecía. Los de mejor carácter que reían y llamaban desde sus estrechas y duras camas, pronto estuvieron rodeados. Miranda, con su ramo de flores marchitándose y su cesta de caramelos y cigarrillos, miró a su alrededor y se encontró con los ojos amargados y poco amistosos de un joven tumbado de espaldas, con la pierna derecha escayolada y sostenida por una polea. Se detuvo a los pies de su cama

y continuó mirándole, él le devolvió la mirada con una expresión hostil e invariable en la cara. No quiero nada, gracias, y al infierno todo el maldito asunto, le decían sus ojos con toda claridad. ¿Quieres hacer el favor de retirar tu basura de mi cama? Porque Miranda había dejado sus cosas sobre la cama, inclinándose para ponerlas donde él pudiese alcanzarlas si quería. Después de haberlas dejado, fue incapaz de recogerlas y se marchó corriendo por el largo pasillo, ruborizada, hasta salir al fresco sol de octubre, donde los toscos y deprimentes barracones hervían con la vida sin objetivo de unos insectos de color pardo que corrían de acá para allá; dando la vuelta a la esquina, se acercó a la ventana más próxima adonde él estaba y miró hacia el interior para espiar al soldado. Estaba acostado con los ojos cerrados, el entrecejo tristemente fruncido con una expresión amarga. No podía situarle en absoluto, no podía imaginar de dónde venía ni qué clase de persona había sido «en la vida», se dijo. Su cara era joven y sus rasgos afilados, vulgares, sus manos no parecían las de un obrero, pero tampoco estaban bien cuidadas. Eran unas manos bien formadas, buenas y útiles, que descansaban sobre la colcha. Se le ocurrió que era típico de su suerte haberle encontrado a él, en lugar de haber encontrado a un alegre y hambriento cachorrillo que se alegrase de que le dieran algo de comer y un poco de charla. Es como si a la vuelta de una esquina, absorta en tus dolorosos pensamientos, te tropiezas, cara a cara, con tu estado de ánimo encarnado, se dijo. «Mis sentimientos respecto a todo este asunto hechos carne. Nunca más volveré aquí, esto no es lo que hay que hacer. Esto es repugnante —se dijo, tajante—. Es normal que le eligiera a él —pensó metiéndose en el asiento trasero del coche en el que había ido—. Me está bien empleado, debería haberlo sabido».

Otra chica salió del barracón con aspecto muy cansado y se metió en el coche a su lado. Después de un breve silencio, la chica dijo, desconcertada:

—De verdad que no sé de qué sirve. Algunos de ellos no quisieron coger nada. No me gusta esto, ¿y a ti?

—Lo detesto —dijo Miranda.

—Sin embargo, supongo que está bien —dijo la chica con cautela.

—Puede que sí —dijo Miranda mostrándose también cautelosa.

Aquello había ocurrido el día anterior. Llegada a este punto, Miranda decidió que era inútil pensar en el día anterior, salvo para recordar la hora que había estado bailando con Adam pasada la medianoche. Él estaba en su mente tanto que apenas sabía cuándo estaba pensando en él voluntariamente; su imagen estaba siempre presente en mayor o menor grado, a veces en su pensamiento más superficial, el más agradable, el único de verdad agradable

que tenía. Se contempló la cara en el espejo que había entre las ventanas y comprendió que su inquietud no eran sólo imaginaciones. Por lo menos desde hacía tres días se sentía rara y su expresión le resultaba extraña. Tendría que reunir esos cincuenta dólares de alguna manera, pues de lo contrario, ¿quién sabe lo que podría suceder? Había oído muchas historias de desastres personales, de atroces acusaciones y castigos extraordinariamente severos que habían aumentado bastante a partir de incidentes apenas más importantes que su falta, su negativa a comprar un bono. No, no tenía buen aspecto con aquella cara sofocada y brillante, hasta tenía la sensación de que su pelo había decidido crecer en dirección contraria. Debía hacer algo, no podía permitir que Adam la viera así, se dijo, sabiendo que incluso ahora, en ese momento, él estaba pendiente de oír girar su picaporte, que andaría por el vestíbulo o en el porche cuando ella saliera, como si fuese por pura coincidencia. La luz del mediodía arrojaba frías sombras sesgadas en la habitación donde, se dijo, supongo que vivo, y el día está empezando mal, pero últimamente todos empiezan mal por una razón u otra. Adormilada, se perfumó el pelo con un vaporizador, se puso la gorra y la chaqueta de piel de topo, que ya tenían dos inviernos pero aún estaban bien y eran agradables de llevar, felicitándose una vez más de haber pagado por ellos un precio desorbitado; había disfrutado todo este tiempo de la gorra y la chaqueta y, en cualquier caso, ya no habría dispuesto del dinero. Tal vez podría arreglárselas para comprar ese bono. No pudo encontrar la cerradura sin agacharse para buscarla; luego permaneció indecisa un momento, dominada por la idea de que se le había olvidado algo que echaría mucho de menos más tarde.

Adam estaba en el vestíbulo, a un paso de la puerta de su propia casa; dio media vuelta como si se hubiese sobresaltado al verla y dijo:

—Hola. Después de todo no tengo que volver al campamento hoy. ¿No es una suerte?

Miranda le sonrió alegremente porque siempre estaba encantada de verle. Llevaba su uniforme nuevo, iba todo de color aceituna y bronce, de color heno y arena desde el pelo a las botas. Volvió a notar que siempre que se encontraban él le sonreía y que su sonrisa, poco a poco, se iba apagando y que sus ojos se ponían fijos y pensativos como si estuvieran leyendo con una luz inadecuada.

Salieron juntos a aquel hermoso día otoñal arrastrando bajo sus pies hojas dentadas de colores vivos, levantando los rostros hacia un cielo espléndido increíblemente azul e inmaculado. En la primera esquina se

detuvieron para dejar pasar un entierro, las personas que acompañaban el duelo iban muy erguidas y firmes, orgullosas en su dolor.

—Creo que llego tarde, como de costumbre —dijo Miranda—. ¿Qué hora es?

—Casi la una y media —dijo él levantando el brazo con un movimiento exagerado para echar hacia atrás la manga.

Los jóvenes soldados seguían avergonzándose de sus relojes de pulsera. Los soldados que Miranda conocía eran muchachos procedentes del sur y el suroeste, lejos de la costa atlántica, y siempre habían creído que sólo los mariquitas llevaban relojes de pulsera. «Te daré un sopapo en el reloj de pulsera», le decía un actor de variedades a otro sonriendo estúpidamente; aquel chiste siempre funcionaba; por más que se repitiese no parecía trillado.

—Creo que es una forma muy sensata de llevar un reloj —dijo Miranda—. No tienes por qué sonrojarte.

—Casi me he acostumbrado a él —dijo Adam, que era de Texas—. Nos han dicho una y otra vez que todos los militares más machos lo llevan. Son los horrores de la guerra —dijo—. ¿Estamos descorazonados? Yo diría que sí.

Aquella clase de conversación recorría toda la ciudad.

—Lo pareces —dijo Miranda.

Era alto y de hombros musculosos, estrecho de cintura y caderas, y llevaba numerosos botones y correajes en un uniforme que, por su corte, aunque la tela fuera fina y flexible era tan duro y rígido como una camisa de fuerza. Encargaba los uniformes en el mejor sastre que podía encontrar, le confió a Miranda un día cuando ella le dijo lo elegante que estaba con su nuevo traje de soldado.

—Ya es bastante difícil sacarle partido a este traje. Lo mínimo que debo hacer por mi amado país es no tener pinta de vagabundo.

Tenía veinticuatro años, era alférez en un cuerpo de ingenieros y estaba de permiso porque su unidad esperaba que la mandasen al extranjero en breve.

—He venido para hacer mi testamento —le dijo a Miranda— y para comprar provisiones de cepillos de dientes y hojas de afeitar. ¿Por qué maravillosa casualidad crees que elegí tu casa de huéspedes? ¿Cómo supe que estabas allí?

Paseando, llevando el paso, sus fuertes botas bien hechas y lustradas pisando firmemente junto a los zapatos de ante negro y suela fina de ella, retrasaron lo más posible el fin de ese momento juntos y mantuvieron lo mejor que pudieron su charla intrascendente que iba y venía sobre los

pequeños surcos labrados en la delgada superficie del cerebro, cosas que podías decir y oírlas tintinear tranquilizadoramente, enseguida, sin perturbar el brillo radiante que destellaba sobre el sencillo y encantador milagro de ser dos personas llamadas Adam y Miranda, de veinticuatro años cada uno, vivos y en la tierra al mismo tiempo.

—¿Te apetece ir a bailar, Miranda?

—¡A mí siempre me apetece ir a bailar, Adam!

Pero había cosas que se interponían, al día que terminaría en un baile todavía le faltaba hacer un largo recorrido.

Esa mañana él parecía más que nunca una hermosa manzana sana, pensó Miranda. En algún momento mientras charlaban, él había alardeado de que no había sufrido en su vida dolor alguno que pudiese recordar. En lugar de sentirse horrorizada por ese monstruo, ella aprobó su monstruosa singularidad. En cuanto a ella, había tenido demasiados dolores para mencionarlos, así que se abstuvo. Después de trabajar tres años en un periódico matutino, tenía un espejismo de madurez y experiencia, pero sólo sentía fatiga, concluyó, por levantarse y acostarse a horas que de niña le habían dicho que eran antinaturales, por comer descuidadamente en pequeños restaurantes sucios, por beber café malo toda la noche y por fumar demasiado. Cuando le contaba a Adam algo sobre su forma de vivir, él estudiaba su rostro durante unos segundos como si nunca la hubiese visto y le decía con toda sinceridad: «Vaya, pues no te ha hecho ningún daño, creo que eres preciosa», y la mantenía pendiente de sus palabras, preguntándose si él había pensado que deseaba ser elogiada. Sí lo deseaba, pero no en ese momento. Adam también tenía horarios poco sanos o así había sido desde que se conocieron hacía unos diez días, pues se quedaba levantado hasta la una para llevarla a cenar y también fumaba sin parar, aunque si ella no lo convencía estaba dispuesto a explicarle el daño que causa el tabaco en los pulmones.

—¿Importa mucho cuando de todas formas se va a ir a la guerra? —le preguntó.

—No —dijo Miranda—, todavía importa menos si te vas a quedar en casa haciendo calcetines de punto. Dame un cigarrillo, ¿quieres?

Se detuvieron en otra esquina, bajo un arce medio pelado, sin apenas mirar otro entierro que se aproximaba. Los ojos de él eran de un color café claro con chispitas anaranjadas, y su pelo era del color de un pajar cuando apartas la capa de arriba curtida por la intemperie para ver la paja clara que hay debajo. Él sacó su pitillera y le ofreció fuego con su mechero de plata,

luego lo hizo chasquear varias veces ante su propia cara y continuaron su camino, fumando.

—No te imagino haciendo calcetines —dijo él—. Iría contra tu forma de ser. Seguro que no sabes hacer punto.

—Hago algo peor —dijo ella seriamente—: escribo artículos aconsejando a otras mujeres jóvenes que hagan punto, que enrollen vendas, que prescindan del azúcar y que contribuyan como puedan a ganar la guerra.

—Oh, bueno —dijo Adam aplicando la práctica moralidad masculina en esa cuestión—: eso es tu trabajo, eso no cuenta.

—No sé —dijo Miranda—. ¿Cómo conseguiste que te prolongaran el permiso?

—Nos lo dieron —dijo Adam—, sin ninguna razón. Además, los hombres están cayendo como moscas allí. Es esa nueva enfermedad rara que te destruye por completo.

—Parece una plaga —dijo Miranda— propia de la Edad Media. ¿Habías visto alguna vez tantos entierros?

—Nunca. Bueno, seamos fuertes y no nos dejemos impresionar. Cuento con cuatro días más como caídos del cielo y no debemos perder tiempo. ¿Qué me dices de esta noche?

—Lo mismo de siempre —contestó ella—, pero será mejor que quedemos a la una y media. Aparte de mi rutina de siempre, debo hacer un trabajo especial.

—Vaya trabajo que tienes —dijo Adam—. No haces más que correr de una diversión vertiginosa a otra para luego escribir una crónica acerca de ello.

—Sí, es indescriptiblemente vertiginoso —dijo Miranda.

Se quedaron parados mientras pasaba un cortejo fúnebre y en esa ocasión lo contemplaron en silencio. Miranda se ladeó el gorro y guiñó los ojos por la luz del sol, con la cabeza dándole vueltas lentamente.

—… Como pececillos en una pecera —le dijo a Adam—, me da vueltas la cabeza. Apenas me he despertado del todo, tengo que tomar un café.

Apoyaron los codos sobre el mostrador de un bar.

—Ya no hay nata para los que nos quedamos en casa —dijo Miranda— y sólo un terrón de azúcar. Soy una de esas mártires que sólo toma dos terrones o ninguno. Me propongo vivir de repollo cocido, de ahora en adelante vestir paño burdo y ponerme en buena forma para el próximo asalto. Ninguna guerra me va a pillar desprevenida de nuevo.

—Oh, no habrá más guerras, ¿es que no lees los periódicos? —preguntó Adam—. Esta vez vamos a acabar con ellos, luego barreremos y todo se habrá

terminado definitivamente.

—Eso me dicen —dijo Miranda probando su bebida tibia y amarga y haciendo una mueca de desconsuelo.

Sus sonrisas mostraban una aprobación mutua, sentían que habían dado con el tono indicado, que se estaban tomando la guerra de la manera más apropiada. Sobre todo, pensó Miranda, nada de rechinar los dientes, nada de mesarse los cabellos, es ruidoso y poco favorecedor y no te lleva a ninguna parte.

—Bazofia —dijo Adam bruscamente apartando su taza—. ¿Es eso todo lo que vas a desayunar?

—Es todo lo que quiero —dijo Miranda.

—Yo he desayunado tortas de trigo con salchichas y jarabe de arce, dos plátanos y dos tazas de café, a las ocho, y ahora mismo me siento como un huérfano hambriento abandonado en el cubo de la basura. Estoy decidido a tomarme un filete a la parrilla con patatas fritas y…

—No sigas —dijo Miranda—, me suena delirante. Haz todo eso cuando me haya ido.

Se bajó del alto taburete, se apoyó ligeramente en él, se miró la cara en un espejito redondo, se pintó los labios y pensó que no tenía remedio.

—Hay algo que anda muy mal —le dijo a Adam—. Me siento fatal. No puede ser sólo el tiempo y la guerra.

—El tiempo es perfecto —dijo Adam— y la guerra es sencillamente demasiado buena para ser verdad, pero ¿desde cuándo te encuentras así? Ayer estabas bien.

—No sé —dijo ella lentamente con una vocecita que sonó débil.

Como siempre se detuvieron en la puerta abierta delante del tramo de escaleras llenas de basura que llevaban a la buhardilla donde se encontraba la redacción del periódico. Miranda escuchó por un momento el tableteo de las máquinas de escribir arriba y el constante retumbar de las prensas abajo.

—Ojalá pudiésemos pasar toda la tarde en un banco del parque —dijo— o ir en coche a las montañas.

—También a mí me gustaría —dijo él—. Podemos hacerlo mañana.

—Sí, mañana, a menos que pase algo. Me gustaría salir corriendo —le dijo—. Hagámoslo.

—¿Yo? —dijo Adam—. Donde yo voy no se corre mucho. Fundamentalmente te arrastras boca abajo de un lado para otro entre escombros. Ya sabes, alambres de espino y cosas así. Será de esas cosas que sólo suceden una vez en la vida. —Reflexionó un momento y continuó—: No

sé nada en realidad acerca de la guerra, pero cuando te cuentan experiencias suena espantosamente sucia y confusa. He oído hablar tanto de ella que tengo la sensación de haber estado allí y haber vuelto. Me decepcionará como cuando veo las fotos de un sitio tantas veces que cuando llegas allí no te sorprende en absoluto. Me parece que llevo en el ejército toda mi vida.

Seis meses, quería decir. La eternidad. Parecía tan limpio y fresco, nunca había sufrido dolor en su vida. Ella había visto a los soldados que habían estado allí y habían regresado y nunca volvían a tener ese aspecto.

—Ya quisiera yo que fueses el héroe que ya ha regresado —dijo ella.

—Cuando aprendí a utilizar la bayoneta en mi primer campo de instrucción —dijo Adam—, le saqué las entrañas a incontables sacos de arena y de heno. No paraban de gritarnos: «Mátalo, mata a ese alemán, clávasela antes de que él te la clave a ti». Y nos abalanzábamos sobre esos sacos como locos y, francamente, a veces, cuando veía salirse la arena, me sentía un perfecto imbécil por haberme excitado tanto. Solía despertarme por las noches sintiéndome estúpido por haberlo hecho.

—Me lo imagino —dijo Miranda—. Es una perfecta imbecilidad.

Se demoraron, sin ganas de despedirse. Después de una pequeña pausa, Adam, como si quisiese mantener la conversación, preguntó:

—¿Sabes cuánto tiempo tiene para escapar un grupo de zapadores después de haber realizado su trabajo?

—No mucho, supongo.

—Sólo nueve minutos —dijo Adam—. Lo leí en tu propio periódico hace menos de una semana.

—Que sean diez y me voy contigo —dijo Miranda.

—Ni un segundo más —dijo Adam—. Exactamente nueve minutos, lo tomas o lo dejas.

—Deja de fanfarronear —dijo Miranda—. ¿Quién lo calculó?

—Un combatiente —dijo Adam—. Un tipo afectado de raquitismo.

Esto les pareció muy divertido, se rieron y se inclinaron el uno hacia el otro, y Miranda oyó que su propia risa era un poco aguda. Se enjugó las lágrimas de los ojos.

—Es una guerra muy graciosa, ¿no? —dijo—. Yo me río cada vez que pienso en ella.

Adam le cogió una mano entre las suyas, tiró un poco de las puntas de los dedos del guante y los olfateó.

—Qué perfume tan agradable llevas —dijo—, mucho. A mí me gusta que las mujeres se pongan mucho perfume en los guantes y en el pelo —dijo

olfateando de nuevo.

—Seguramente llevo demasiado —dijo ella—. Hoy no soy capaz de oler ni de ver ni de oír. Debo de tener un resfriado espantoso.

—No te resfríes —dijo Adam—. Mi permiso casi está terminando y será el último, el último de todos.

Ella movió los dedos dentro de los guantes mientras él le tiraba de los dedos y le volvía las manos como si fuesen algo nuevo, curioso y de gran valor, y ella sintió vergüenza y se quedó callada. Le gustaba, le gustaba, y algo más…, pero era inútil ni siquiera imaginarlo, porque él no era para ella ni para ninguna otra mujer, pues él sin saberlo y sin intervención de su voluntad estaba ya más allá de la vida, comprometido con la muerte. Ella retiró sus manos.

—Adiós —dijo por fin—, hasta esta noche.

Subió las escaleras corriendo y se volvió al llegar arriba. Él estaba todavía mirándola y levantó la mano sin sonreír. Miranda casi nunca veía a nadie que mirase atrás después de haberse despedido. Ella a veces no podía evitar volverse para echar una última ojeada a la persona con la que había estado hablando, como si eso evitase un corte demasiado brusco y repentino hasta del vínculo más ligero. Pero la gente se alejaba apresuradamente, con otros gestos en sus caras, ya fijas, en su esfuerzo hacia la próxima parada, ya absortos en planear su próximo acto o encuentro. Adam estaba esperando como si supiese que ella iba a volverse, y bajo sus cejas fruncidas, en un ceño tenso, sus ojos parecían muy negros.

Se sentó en su mesa sin quitarse la chaqueta ni la gorra, abriendo sobres y fingiendo leer las cartas. Hoy solamente Chuck Rouncivale, el reportero deportivo, y «Habladurías de su ciudad» estaban sentados sobre su mesa, pero sí le gustaba que ellos lo hicieran. También ella se sentaba en las suyas cuando le apetecía. Towney y Chuck estaban hablando y continuaron haciéndolo.

—Dicen —comentó Towney— que la causa son unos gérmenes que trajo un barco alemán a Boston, un barco camuflado, naturalmente que no venía bajo su propia bandera. ¿No es ridículo?

—Quizá fuese un submarino —dijo Chuck— que subiese a hurtadillas desde el fondo del mar en mitad de la noche. Eso suena mejor.

—Sí —dijo Towney—, siempre meten la pata en esos detalles… Y piensan que los gérmenes fueron rociados sobre la ciudad, pues como sabes empezó en Boston, y alguien informó de que había visto una nube densa y de

aspecto extraño y grasiento flotando sobre el puerto de Boston extendiéndose lentamente por encima de esa parte de la ciudad. Creo que fue una anciana quien lo vio.

—Seguramente —dijo Chuck.

—Lo leí en un periódico de Nueva York —dijo Towney—, así que tiene que ser verdad.

Chuck y Miranda se rieron tan fuerte al oír eso que Bill se levantó y les fulminó con la mirada.

—Towney todavía lee los periódicos —explicó Chuck.

—Bueno, ¿qué tiene eso de raro? —preguntó Bill volviendo a sentarse y mirando ceñudo el desorden que tenía ante sí.

—Quien vio la nube es un no combatiente —dijo Miranda.

—Naturalmente —dijo Towney.

—Tal vez sea un miembro del comité Lusk —dijo Miranda.

—El ángel de Mons —dijo Chuck— o un hombre de un dólar al año[2].

Miranda deseaba dejar de escuchar y de hablar, deseaba tener cinco minutos a solas para pensar en Adam, para pensar sólo en él, pero no tenían tiempo. Le había conocido hacía diez días y desde entonces habían estado cruzando calles juntos, corriendo por entre los camiones, las limusinas, las carretillas de mano y las carretas de granja; él la había esperado en portales y en pequeños restaurantes que olían a manteca rancia; habían comido y bailado con los apremiantes gemidos y voces roncas de las orquestas de jazz; habían presenciado aburridas obras de teatro porque Miranda tenía que escribir una pequeña reseña de la representación. Una tarde habían ido a las montañas y, tras dejar el coche, habían subido por una senda pedregosa y habían salido a un saliente que tenía una piedra plana, donde se sentaron y contemplaron cómo cambiaban las luces sobre un valle cuyo paisaje era, sin duda, dijo Miranda, fabuloso. «No necesitamos creer que exista en la realidad porque es muy poético», le dijo y después se habían apoyado hombro contra hombro y se habían quedado inmóviles mirando. Dos domingos habían ido al Museo Geológico y ambos habían examinado igualmente fascinados trozos de meteoros, formaciones rocosas, árboles y colmillos fosilizados, flechas indias, grutas de los filones de oro y plata. «Imagínate a todos esos viejos mineros lavando sus fortunas en pequeños cedazos junto a los arroyos —dijo Adam— y dentro de la tierra había esto…». Y le había dicho que lo que más le gustaba eran las cosas que tardaban mucho en hacerse; también le encantaban los aviones, en realidad toda clase de maquinarias, y las piezas talladas en madera o piedra. No entendía mucho de tallas, pero las reconocía cuando las veía. Le

había confesado que era incapaz de terminar cualquier libro excepto manuales de ingeniería; leer le aburría mortalmente; lamentaba no haberse traído su deportivo, pero no pensó que fuese a necesitar un coche; le gustaba tanto conducir que no esperaba que ella creyese cuántos cientos de kilómetros se hacía en un día… Le había enseñado instantáneas con él al volante de su deportivo y navegando en un velero, con un aire muy libre y azotado por el viento, todo ángulos, tirando de las cuerdas; le hubiese gustado alistarse en las fuerzas aéreas, pero a su madre le daba un ataque de histeria cada vez que lo mencionaba. Ella no caía en la cuenta de que el combate en el aire era mucho más seguro que formar parte de un grupo de zapadores en tierra por la noche, pero no había querido discutir con su madre, porque, por supuesto, ella no sabía qué era un destacamento de zapadores. Y ahí estaba él, varado en una meseta a mil quinientos metros de altura, sin agua para un velero y con su coche aparcado en casa; de lo contrario sí que podrían pasárselo realmente bien. Miranda comprendía que él estaba tratando de decirle qué clase de persona era cuando tenía toda su maquinaria consigo. Sintió que sabía muy bien qué clase de persona era y le hubiese gustado decirle que si pensaba que se había dejado a sí mismo en casa en un velero o en un automóvil, estaba muy equivocado. Los teléfonos sonaban, Bill le gritaba a alguien que no paraba de decir: «Bueno, pero escucha, bueno, pero escucha…», pero nadie iba a escucharle, por supuesto, nadie. El viejo Gibbons aulló desesperado: «Jarge, Jarge…».

—De todas formas —estaba diciendo Towney con su voz más pagada de sí misma y patriótica—, el servicio de barracones es una gran idea, todas deberíamos ofrecernos como voluntarias aunque ellos no nos quieran.

A Towney se le da bien eso, mírala, pensó Miranda, recordando el jersey de color rosa y la cara contraída y rebelde de su compañera la tarde anterior en el guardarropa. Towney tenía ahora una expresión abierta, toda gloria y bondad, dispuesta a sacrificarse por su país.

—Después de todo —dijo Towney—, puedo cantar y bailar lo bastante bien para hacer teatro de aficionados, y podría escribirles las cartas y, en caso de apuro, podría conducir una ambulancia, pues he conducido un Ford durante años.

—Bueno, yo también sé cantar y bailar, pero ¿quién va a hacer las camas y fregar los suelos? —intervino Miranda—. Esos barracones son difíciles de mantener, sería un trabajo sucio y nos sentiríamos absolutamente desdichadas. Y como ya tengo un trabajo duro y sucio y me siento absolutamente desdichada, me quedaré en casa.

—Creo que las mujeres deberían mantenerse al margen de todo esto —dijo Chuck—. No hacen más que añadir faldas a los horrores de la guerra. —Chuck padecía de los pulmones y le irritaba mucho estar perdiéndose el espectáculo—. A estas alturas podría haber estado allí y haber vuelto sin una pierna: le habría estado bien empleado al viejo. Entonces habría tenido que comprarse su propia bebida o volverse abstemio.

Miranda había visto a Chuck el día de cobro dándole dinero al viejo para que se comprara bebida. Se trataba de un viejo bribón alegre y simpático, eso era lo peor. Le daba palmadas en la espalda a su hijo y le sonreía con los ojos empañados por el afecto paternal mientras le sacaba hasta el último centavo.

—Fue Florence Nightingale quien pervertió las guerras —continuó Chuck—. ¿Qué sentido tiene mimar a los soldados, vendarles las heridas y refrescarles la frente enfebrecida? Eso no es la guerra. Que perezcan donde cayeron. Para eso están allí.

—Mira quién fue a hablar —dijo Towney lanzándole una mirada de reojo.

—¿Qué sentido tiene? —preguntó Chuck, ruborizándose y adelantando los hombros—. Ya sabes que sólo tengo un pulmón o quizá ya medio.

—Eres demasiado susceptible —dijo Towney—. Yo no estaba insinuando nada.

Bill había estado rabiando, mordiendo su cigarro a medio fumar, con el pelo de punta como un cepillo, los ojos suaves y brillantes pero indómitos, como los de un venado. Nunca tendría más de catorce años, pensó Miranda, aunque viviese un siglo, edad que, al paso que iba, no cumpliría. Actuaba exactamente como los redactores de noticias locales que salían en los filmes hasta en el detalle del cigarro mordido. ¿Había copiado su estilo de las películas o se habían inspirado los guionistas en el tipo de Bill por su indiscutible pureza? Bill le estaba gritando a Chuck:

—¡Y si vuelve a aparecer por aquí, llévale al callejón y siérrale la cabeza a mano!

—Volverá, no te preocupes —dijo Chuck.

—Bueno, pues córtale la cabeza con una sierra —contestó Bill suavemente, pensando ya en otra cosa.

Towney se volvió a su mesa, pero Chuck se quedó sentado esperando afablemente a ver si le invitaban al nuevo espectáculo de variedades. Miranda, que tenía dos entradas, siempre invitaba a uno de los reporteros a acompañarla los lunes. Chuck era pródigamente durísimo y muy profesional en sus artículos deportivos, pero le había dicho a Miranda que en realidad los

deportes le importaban un comino, si bien el puesto le permitía estar al aire libre y pagar la bebida del viejo. Prefería el teatro y no veía por qué eran siempre las mujeres las que se ocupaban de esa sección.

—¿A quién quiere Bill serrar hoy? —preguntó Miranda.

—A ese bailarín de claqué a quien pusiste verde en la crítica de esta mañana —dijo Chuck—. Se presentó aquí muy temprano preguntando por el tipo que escribía sobre teatro. Dijo que iba a llevarse al callejón al papanatas que había escrito eso para romperle la nariz. Dijo…

—Espero que se haya ido —dijo Miranda—, espero que tuviese que coger un tren.

Chuck se puso en pie, se arregló el jersey marrón de cuello vuelto, echó una ojeada a sus pantalones bombachos de tweed color puré de guisantes y a las botas color cuero con tachuelas, que esperaba que contribuyesen a disimular que tenía un pulmón enfermo y no le interesaban los deportes, y dijo:

—Hace mucho que se fue, no te preocupes. Vámonos, como de costumbre llegas tarde.

Miranda, con la cabeza vuelta hacia otro lado, casi pisó a un hombrecillo gris con un sombrero hongo. Quizá hubiera sido guapo en otro tiempo, pero ahora su boca se hundía donde había perdido los dientes laterales y sus tristes ojos ribeteados de rojo habían renunciado a la coquetería. Una delgada onda de cabello castaño peinado con brillantina se rizaba contra el borde del sombrero. No apartó los pies, sino que se quedó plantado con una especie de resistencia pasiva y le preguntó a Miranda:

—¿Es usted la llamada crítica teatral de este periódico provinciano?

—Me temo que sí —dijo Miranda.

—Bueno —dijo el hombrecito—, sólo le pido un minuto de su valioso tiempo. —Sacó el labio inferior y empezó a rebuscar en el bolsillo del chaleco con manos temblorosas—. No puedo permitir que salga usted impune, eso es todo. —Barajó una serie de sobados recortes de periódico—. Échele una ojeada a estos, ¿quiere? Y luego permita que le pregunte si cree que voy a tolerar que me vapulee el crítico de un poblacho —dijo con voz átona—. Mire: aquí tiene, Buffalo, Chicago, Saint Louis, Filadelfia, San Francisco y no se olvide de Nueva York. Aquí están las mejores publicaciones especializadas, *Variety*, *Billboard*, donde todos admitieron que Danny Dickerson dominaba el oficio. Y usted no lo cree, ¿eh? Eso es todo lo que quería preguntarle.

—No, no lo creo —dijo Miranda con toda brusquedad de la que fue capaz—, y ahora no puedo pararme para discutirlo con usted.

El hombrecito se inclinó más hacia ella, le temblaba la voz como si hubiese estado nervioso mucho tiempo.

—Espere un minuto, ¿qué fue lo que no le gustó de mí? Dígamelo.

—Debería hacer caso omiso de mi crítica —dijo Miranda—. ¿Qué importa lo que yo piense?

—No me importa lo que usted piense, no es eso —dijo el hombrecito—, pero estas noticias vuelan y las agencias del Este no saben cómo funciona lo de las críticas. Nos dan un palo en un poblacho y ellos creen que es lo mismo que si te lo dieran en Chicago, ¿comprende? No saben cuál es la diferencia. No saben que cuanto más clase tenga un espectáculo, peor lo ponen los críticos provincianos. Los mejores del mundillo me consideran asimismo el mejor de la profesión y quiero saber qué es lo que usted cree que hago mal.

—Vámonos, Miranda, están a punto de levantar el telón —dijo Chuck.

Miranda le devolvió al hombrecito sus recortes, la mayoría de los cuales eran de hacía diez años, y trató de pasar a su lado. Él dio un paso para ponerse delante de ella otra vez y dijo sin mucha convicción:

—Si fuese usted un hombre le partiría la cara.

Chuck se levantó al oír esto, se acercó lentamente sacándose las manos de los bolsillos y dijo:

—Bueno, ahora que ya ha hecho usted su numerito, será mejor que se vaya. Lárguese antes de que le tire por las escaleras.

El hombrecito se colocó bien su pequeña corbata azul con pequeños lunares rojos algo raída en el nudo, la enderezó y declamó como si lo hubiese ensayado:

—Salga al callejón. —Las lágrimas llenaron sus párpados gruesos y enrojecidos.

—Ande, cállese ya —dijo Chuck.

Y siguió a Miranda, que corría hacia las escaleras, hasta alcanzarla en la acera.

—Le he dejado lloriqueando y barajando sus recortes publicitarios para tratar de hallar su comodín —dijo Chuck—, pobre diablo.

—En estos tiempos hay demasiado de todo en todas partes —dijo Miranda—. Me gustaría sentarme ahí en el bordillo, Chuck, morirme y no volver a ver… Desearía perder la memoria y olvidar mi propio nombre… Desearía…

—Tienes que endurecerte, Miranda —dijo Chuck—. No es un buen momento para hundirse. Olvídate de ese tipo. De cada cien personas del mundo del espectáculo, noventa y nueve son como él, pero no te las arreglas bien. Tú te lo buscas. Lo único que tienes que hacer es adular a las primeras figuras y no mencionar siquiera a los secundarios. Intenta tener en cuenta que Rypinsky monopoliza el negocio teatral en esta ciudad, así que si lo complaces a él, complacerás al departamento de publicidad y, si los complaces a ellos, tendrás un aumento. Mano izquierda, mi pobre niña boba, ¿es que no aprenderás nunca?

—Parece que siempre estoy aprendiendo lo que no debo —dijo Miranda, desesperanzada.

—Efectivamente —le dijo Chuck con entusiasmo—. Eso se te da mejor que a nadie. ¿Ahora te sientes mejor?

—Me has invitado a un espectáculo infecto —dijo Chuck—. ¿Qué vas a decir? Si yo tuviera que escribir la crítica, diría…

—Escríbela —dijo Miranda—. Escríbela tú esta vez. Yo me estoy preparando para dejarlo, pero no se lo digas a nadie todavía.

—¿Lo dices en serio? Toda mi vida —dijo Chuck— he soñado con ser crítico teatral de un periódico provinciano y esta es mi primera oportunidad.

—Será mejor que la aproveches —le dijo Miranda—, pues puede que sea la última.

Ella pensó: esto es el principio del fin de algo. Me va a suceder algo terrible. No necesitaré pan ni mantequilla allí adonde voy, se lo legaré todo a Chuck, él tiene un padre venerable a quien comprarle bebida. Espero que le dejen quedarse con todo. Oh, Adam, espero verte una vez más antes de hundirme con lo que quiera que sea que me está ocurriendo.

—Quisiera que la guerra se hubiese terminado —le dijo a Chuck, como si hubiesen estado hablando del tema—. Quisiera que hubiera terminado y quisiera que no hubiese empezado nunca.

Chuck había sacado su bloc y su lápiz y ya estaba escribiendo la reseña. Lo que ella acababa de manifestar no parecía arriesgado, pero ¿cómo se lo tomaría él?

—No me importa cómo empezó ni cuándo terminará —dijo Chuck, sin dejar de escribir—. Yo estaré allí.

Todos los hombres rechazados por haber sido declarados inútiles hablaban igual, pensó Miranda. La guerra era lo único que deseaban… cuando ya no podían alcanzarla. Tal vez algunos de ellos habían deseado desesperadamente ir. Todos mantenían una mirada de soslayo para las

mujeres con las que hablaban del tema, un cauteloso resentimiento que decía: «No me pongas la etiqueta de cobarde, hembra sanguinaria. He ofrecido mi carne a los cuervos y no la han querido». Lo peor de la guerra para los que se quedan en casa es que ya no tienen con quién hablar. Si no se tiene cuidado el comité Lusk acaba atrapando a cualquiera. El pan ganará la guerra. El trabajo ganará la guerra, el azúcar ganará la guerra, los huesos de melocotón ganarán la guerra. Tonterías. No son tonterías, te lo aseguro, de los huesos de melocotón se puede sacar una especie de valioso explosivo de muchísima potencia. Así que, en la época en que se preparan las conservas, todas las felices amas de casa llevan sus cestas cargadas de huesos de melocotón ante el altar de su país. Eso mantiene ocupadas y hace que se sientan útiles todas esas mujeres enloquecidas porque los hombres están lejos; son peligrosas si no les das algo que aleje sus cabecitas de todo mal. De modo que largas filas de jovencitas, los firmes soportes del futuro, con sus caras puras y serias favorecedoramente enmarcadas por las tocas de la Cruz Roja, enrollan absurdas vendas que nunca llegarán a los hospitales de guerra y hacen jerséis que nunca abrigarán un pecho masculino, mientras meditan con cariño acerca de la sangre y el barro y el próximo baile en el Club Acantus para los oficiales de aviación. El permanecer quietos y callados ganará la guerra.

—Sencillamente no estaré allí —dijo Chuck, absorto en su reseña.

«No, Adam estará allí», pensó Miranda. Se dejó resbalar y apoyó la cabeza sobre su polvorienta butaca, cerró los ojos y se encaró un instante que se hizo eterno con la certidumbre abrumadora y espantosa de que no había nada en el porvenir para Adam y para ella. Abrió los ojos y levantó las manos unidas con las palmas hacia arriba, mirándolas y tratando de comprender el olvido.

—Mira esto —dijo Chuck, porque las luces se habían encendido y el público estaba removiéndose y hablando de nuevo—. Ya la tengo lista, incluso antes de que la estrella salga. Es la vieja Stella Mayhew y ella siempre es buena, hace cuarenta años que es buena y va a cantar «O the blues ain’t nothin’ but the easy-going heart disease». Eso es todo lo que necesitas saber acerca de ella. Ahora échale una ojeada. ¿Estarías dispuesta a firmarlo?

Miranda cogió las páginas y las miró aparentemente muy concienzuda, confiando en que les daba la vuelta en el momento oportuno; al terminar, se las devolvió.

—Sí, Chuck, sí, las firmaría, pero no lo haré. Debemos decirle a Bill que las escribiste tú, porque este tal vez sea tu comienzo.

—No sabes apreciarlo —dijo Chuck—. Lo has leído demasiado deprisa. Mira, escucha esto…

Y empezó a murmurar, excitado. Mientras leía, ella observaba su cara. Era un rostro agradable con una especie de chispa de vida en él y frente perfectamente esculpida y severa. Por primera vez desde que le conocía, se preguntó qué estaba pensando Chuck. Parecía preocupado e infeliz, no era tan frívolo como fingía. La gente abarrotaba el pasillo, sacando sus pitilleras, todos listos para encender una cerilla en cuanto llegaran al vestíbulo; las mujeres de cabello ondulado aferraban sus chales, los hombres estiraban la barbilla para aliviar la molestia de los cuellos duros, y Chuck dijo: «Podemos irnos ya». Miranda, abrochándose la chaqueta, se metió entre la multitud que se movía, pensando: «¿Qué sé yo de ellos? Debe de haber muchos aquí que piensan como yo pero no nos atrevemos a decirnos una palabra acerca de nuestra desesperación, somos animales mudos que se dejan destruir y ¿por qué?, ¿alguien se cree las cosas que nos decimos?».

Tendida incómodamente sobre el brazo del sofá de mimbre del guardarropa, Miranda esperaba a que el tiempo pasara y le llevase a Adam con ella. El tiempo parecía transcurrir con más excentricidad de la acostumbrada, dejando huecos crepusculares en su mente durante treinta minutos que parecían un segundo, y luego relámpagos duros que brillaban claramente sobre su reloj demostrando que tres minutos es un período de espera tan intolerable como una tortura, como si estuviera colgada de los pulgares. Al fin fue razonable imaginar a Adam abandonando su casa en la temprana oscuridad y saliendo a la neblina azul que pronto sería lluvia, venía de camino, y después de todo no había nada que pensar acerca de él, sólo el deseo de verle y el temor, la amenaza presente, de no verle más; porque cada paso que daban el uno hacia el otro parecía peligroso, parecía alejarlos en lugar de aproximarlos, como un nadador al cual, a pesar de sus brazadas resueltas, la marea va llevando lentamente hacia atrás. «No quiero amar —pensó a pesar de sí misma—, no a Adam, no hay tiempo y no estamos preparados y, sin embargo, es todo lo que tenemos…».

Y allí estaba él, en la acera, con un pie en el primer escalón, y Miranda casi corrió a su encuentro. Adam, cogiéndole las manos, preguntó:

—¿Ya te encuentras bien? ¿Tienes hambre? ¿Estás cansada? ¿Te apetecerá ir a bailar después del teatro?

—Sí a todo —dijo Miranda—, sí, sí…

Su cabeza era como una pluma y buscó estabilidad cogiéndose de su brazo. La neblina tal vez se convirtiese en lluvia más tarde y, aunque el aire era cortante y limpio en su boca, no hacía que fuese más fácil respirar, pensó.

—Espero que el espectáculo sea bueno, o por lo menos divertido —le dijo—, aunque no te prometo nada.

Era una obra larga y pesada, pero Adam y Miranda permanecieron sentados mientras esperaban con paciencia a que terminara. Adam le quitó el guante con cuidado y seriedad y le cogió la mano como si estuviese acostumbrado a cogérsela en los teatros. En una ocasión se volvieron uno hacia el otro y sus ojos se encontraron, pero sólo ocurrió una vez, y los dos pares de ojos eran serenos y reservados. Un profundo temblor sacudió a Miranda y ella se dedicó a resistirlo metódicamente como si estuviese cerrando ventanas y puertas y sujetando cortinas al comienzo de una tormenta. Adam vio la monótona obra con una extraña excitación, con su expresión fija y tranquila.

Cuando el telón se levantó para el tercer acto, la representación tardó en comenzar. Apareció un telón de fondo casi cubierto con una bandera de Estados Unidos expuesta de manera inadecuada y poco respetuosa, clavada en las esquinas superiores, recogida en el medio y clavada otra vez formando pliegues polvorientos. Ante ella posaba un vendedor local de un dólar al año, representando su papel de vendedor de bonos de la libertad. Era un hombre maduro normal y corriente, con un pequeño melón como panza abotonada dentro de los pantalones y el chaleco, una boca apretada y terca, una cara y una figura en la que no se podía leer nada salvo la insatisfactoria vida sexual de sus cincuenta años, pero por una vez en su vida era un tipo importante en una situación imponente, y se recreó en ella, haciendo rodar sus palabras en tono actoral.

—Parece un pingüino —dijo Adam.

Ambos se movieron en sus butacas, se sonrieron; Miranda reclamó su mano, Adam entrelazó las suyas y se prepararon a soportar hasta el final el mismo viejo y mohoso discurso con el mismo viejo y polvoriento telón de fondo. Miranda trató de no escuchar, pero oyó. Esos viles teutones… en el glorioso bosque de Belleau… nuestra palabra clave es sacrificio… la martirizada Bélgica… dar hasta que duela… nuestros nobles muchachos al otro lado del Atlántico… los enormes obuses Berthas… la muerte de la civilización… los alemanes…

—Me duele la cabeza —susurró Miranda—. Oh, ¿por qué no se callará?

—No se callará —murmuró Adam—. Si quieres te traigo una aspirina.

«En los campos de Flandes crecen las amapolas, entre hileras e hileras de cruces».

—Está llegando al fragmento familiar —murmuró Adam.

Atrocidades, criaturitas inocentes enarboladas en las bayonetas alemanas… vuestro hijo y mi hijo… si logramos evitar que nuestros hijos padezcan estas cosas, entonces digamos con toda reverencia que estos muertos no han muerto en vano… la guerra, la guerra, la guerra terminará con la guerra, la guerra por la democracia, por la humanidad, por un mundo a salvo para siempre… y para demostrar nuestra fe en la democracia los unos ante los otros y ante el mundo, unámonos y compremos bonos de la libertad y prescindamos del azúcar y los calcetines de lana… ¿no era eso? Miranda se dijo: «Repite eso, no he cogido la última frase. ¿Has mencionado a Adam? Si no lo has hecho, no me interesa. ¿Qué me dices de Adam, cerdito asqueroso? ¿Y qué vamos a cantar esta vez, “Tipperary” o “There’s a Long, Long Trail?”. Oh, por favor, deja que la obra continúe y se acabe. Tengo que escribir una reseña sobre ella antes de irme a bailar con Adam y no tenemos tiempo. Carbón, petróleo, hierro, oro, economía internacional, ¿por qué no nos hablas de todo eso, pequeño mentiroso?».

El público se puso en pie y cantó «There’s a Long, Long Trail Awinding», con las bocas abiertas oscuras y las caras pálidas bajo el reflejo de las candilejas; algunas de las caras hacían muecas y lloraban y tenían regueros brillantes como babas de caracol en las mejillas. Adam y Miranda se sumaron a voz en grito y se sonrieron abochornados una o dos veces.

En la calle encendieron sendos cigarrillos y echaron a pasear tan lento como siempre.

—No es más que otro viejo desagradable al que le gustaría ver morir a los jóvenes —dijo Miranda en voz baja—. Los peces grandes intentan comerse a los chicos, ya sabes, pero no logran engañar a nadie, ¿verdad, Adam?

A estas alturas la gente joven hablaba así acerca del tema. Pensaban que veían con toda claridad cuál era el juego. Ella continuó:

—Odio a esos calvos tripudos, demasiado gordos, demasiado cobardes, para ir a la guerra ellos mismos, saben que están a salvo. Es a ti a quien mandan…

Adam la miró muy sorprendido.

—Oh, ese —dijo—. ¿Qué podría hacer ese pobre diablo si le aceptasen? No es culpa suya —añadió—, no puede hacer otra cosa más que hablar.

El orgullo por su propia juventud, su indulgencia, su tolerancia y su desprecio por aquel ser infortunado emanaban de todos sus poros mientras paseaba erguido y relajado, seguro de su fortaleza.

—¿Qué puedes esperar de él, Miranda?

Ella pronunciaba el nombre de Adam a menudo y él rara vez pronunciaba el suyo. La pequeña sacudida de placer que le proporcionó el sonido de su nombre en la boca de él detuvo su respuesta. Por un momento titubeó, pero luego empezó desde otro punto de ataque.

—Adam —dijo—, lo peor de la guerra es el miedo y la sospecha y la espantosa expresión que hay en todos los ojos que encuentras… como si hubiesen bajado las persianas sobre sus mentes y sus corazones y te vigilasen desde detrás de ellas, listos para saltar si haces un gesto o dices una palabra que no entienden al instante. Me asusta. También vivo atemorizada, y nadie debería vivir así. El escondite y la mentira. La guerra hace que la mente y el corazón se escondan y mientan, Adam, pero no puedes evitarlo. El resultado de la guerra en la mente y el corazón es peor que los daños que puede causar al cuerpo.

—Oh, sí, pero supón que uno vuelve entero. La mente y el corazón a veces tienen una segunda oportunidad, pero si algo le sucede al pobre y viejo cuerpo humano, bueno, entonces mala suerte, eso es todo —dijo Adam sobriamente después de un momento.

—Oh, sí —parodió Miranda—. Entonces mala suerte, eso es todo.

—Si no fuese a la guerra —dijo Adam, de manera prosaica—, no podría mirarme a la cara a mí mismo.

Así que está absolutamente decidido. Con los dedos aplastados contra su brazo, Miranda se quedó silenciosa, pensando en Adam. No, no había ningún resentimiento ni rebeldía en él. Puro, pensó, hasta el fondo, impecable, completo, como debe ser el cordero del sacrificio. El cordero del sacrificio caminaba despreocupadamente, acomodando sus largos pasos a los de ella, llevándola por el lado interior de la acera como un buen estadounidense, ayudándola a cruzar las calles como si fuera una inválida —«Espero que no lleguemos a un charco, me cogería en brazos»—, emanando aroma de tabaco, un olor masculino a jabón no perfumado, a cuero recién limpio y a piel recién lavada, respirando por la nariz y moviéndose con facilidad. Él echó la cabeza hacia atrás y sonrió al cielo que seguía neblinoso, prometiendo lluvia. «Oh, Dios —dijo él—, qué noche. ¿Por qué no te das prisa con esa reseña y así podremos salir enseguida?».

Él la esperó tomando una taza de café en el restaurante que había junto al taller la imprenta, apodado «La cuchara grasienta». Cuando ella bajó al fin, recién lavada, peinada y empolvada, vio a Adam, sentado cerca de la gran ventana empañada, con la cara vuelta hacia la calle, pero mirando hacia abajo. Era una cara extraordinaria, tersa, hermosa y dorada bajo la luz sucia, pero estaba fija en una melancolía ciega, una expresión de ansiedad y desesperación doloridas. Durante una fracción de segundo vislumbró cómo sería Adam de viejo, el rostro de un hombre que no llegaría a tener. Entonces él la vio a ella, se levantó y el luminoso resplandor reapareció.

Adam juntó sus sillas ante la mesa; bebieron té caliente y escucharon a la orquesta de jazz tocando «Pack Up Your Troubles». «Un viejo macuto y sonríe, sonríe, sonríe», gritaban una docena de chicos por debajo de la edad de reclutamiento reunidos en torno a una mesa cerca de la orquesta. Vociferaban de forma incoherente, estallaban en carcajadas histéricas como si estuvieran muy contentos y se pasaban por debajo del mantel petacas que contenían un líquido claro —porque en esa ciudad del Oeste, fundada y construida por mineros borrachos, a nadie se le permitía beber alcohol en público—, echaban un chorro en sus jarras de gaseosa de jengibre y continuaban cantando «It's a Long Way to Tipperary». Cuando empezaron a cantar «Madelon», Adam dijo: «Vamos a bailar». Era un local sórdido, abarrotado, caluroso y lleno de humo, pero no había nada mejor. La música era alegre; además, de todas formas, la vida está loca, pensó Miranda, por lo tanto, ¿qué más da? Esto es lo que tenemos Adam y yo, esto es todo lo que vamos a conseguir, así son las cosas para nosotros. Deseaba decirle: «Adam, sal de tu sueño y escúchame. Tengo dolores en el pecho, en la cabeza y en el corazón y son reales. Me duele todo y tú corres tal peligro que no puedo ni pensarlo, ¿por qué no podemos salvarnos uno al otro?». Cuando su mano le apretaba el hombro, el brazo de él le apretaba la cintura al instante y se quedaba allí, sosteniéndola con firmeza. No decían nada, pero se sonreían continuamente, curiosas sonrisas cambiantes que parecían haber descubierto un nuevo lenguaje. Miranda, con su cara casi pegada al hombro de Adam, se fijó en una joven pareja negra sentada en una mesa en el rincón, que se rodeaban la cintura uno al otro, con las cabezas juntas, los ojos mirando fijamente la misma cosa, fuera la que fuese, que flotaba en el espacio ante ellos. La mano derecha de ella estaba sobre la mesa, la mano de él encima de ella, y la cara de la muchacha estaba empañada por el llanto. De vez en cuando él le levantaba la mano y se la besaba, luego la dejaba sobre la mesa y

la sostenía, y los ojos de ella volvían a llenarse de lágrimas. No es que no tuvieran vergüenza, sino que habían olvidado dónde estaban o no tenían otro sitio adonde ir. No decían ni una palabra y su pequeña pantomima se repetía, como un melancólico cortometraje proyectándose monótonamente una y otra vez. Miranda los envidió, envidió a esa chica, por lo menos podía llorar si eso le ayudaba y él ni siquiera tendría que preguntarle: «¿Qué te pasa? Cuéntame». Tenían sendas tazas de café ante ellos y al cabo de un rato —Miranda y Adam habían bailado y se habían vuelto a sentar dos veces—, cuando el café estaba ya completamente frío, se lo bebieron de repente, luego se abrazaron como antes, sin una palabra y sin apenas mirarse el uno al otro. Por lo menos habían resuelto algo entre ellos; era envidiable, envidiable que pudieran sentarse juntos en silencio y tener la misma expresión en el rostro mientras miraban el infierno que compartían, no importaba qué clase de infierno fuese, era suyo y estaban juntos en él.

En la mesa más cercana adonde se encontraban Adam y Miranda, una muchacha estaba apoyada en un codo contándole una historia al joven que la acompañaba.

—Y no me gusta porque es demasiado fresco. Insistía en pedirme que tomara una copa y yo le repetía que no bebía y él dijo: «Escucha, necesito un trago desesperadamente y creo que eres mala por no beber conmigo, no puedo sentarme aquí y beber solo», dijo. Yo le dije: «En primer lugar no estás solo y, si quieres una copa, adelante, tómatela», le dije, ¿por qué arrastrarme a mí? Así que llamó al camarero y le pidió gaseosa de jengibre y dos vasos y yo bebí la gaseosa sola como hago siempre, pero él echó un chorro de alcohol en la suya. Estaba orgullosísimo de ese alcohol, decía que lo hacía él mismo con patatas. Un buen licor casero, recién salido del tonel, tres gotas de esto y tu gaseosa sabrá a Mumm’s Extry. Pero le dije: «No, y no quiere decir no, ¿es que no puedes meterte eso en la sesera?». Él se bebió otra copa y dijo: «Ah, vamos, preciosa, no seas tan terca, esto te hará menear el esqueleto». Así que me cansé de la discusión y le dije: «No necesito beber para menear el esqueleto, puedo bailar lo que haga falta tomando té», le dije. «Bueno, entonces ¿por qué no lo haces?», quiso saber, así que le dije…

Supo que llevaba mucho tiempo durmiendo cuando de pronto, sin siquiera un paso de advertencia o un chirrido de los goznes de la puerta, Adam ya estaba en la habitación encendiendo la luz y ella supo que era él aunque al principio se quedó cegada y volvió la cabeza hacia el otro lado. Él se acercó enseguida, se sentó en el borde de la cama y empezó a hablar como si continuara una

conversación que acababan de interrumpir hacía un rato. Arrugó un trozo de papel y lo arrojó a la chimenea.

—No has leído mi nota —dijo—. La metí por debajo de la puerta. Me hicieron volver al campamento de repente para ponerme un montón de vacunas. Me tuvieron más tiempo del que yo esperaba, así que llegué tarde. Llamé a tu oficina y me dijeron que hoy no ibas a trabajar. Llamé aquí a la señorita Hobbe y me dijo que estabas en la cama y que no podías ponerte al teléfono. ¿Te dio mi mensaje?

—No —dijo Miranda adormilada—, pero creo que he estado durmiendo todo el día. Oh, ya recuerdo. Vino un médico. Lo mandó Bill. Hablé pór teléfono una vez, porque Bill me dijo que me enviaría una ambulancia y que me llevarían al hospital. El médico me dio golpecitos en el pecho y me dejó una receta y dijo que volvería, pero no ha venido.

—¿Dónde está la receta? —preguntó Adam.

—No lo sé, pero le vi dejarla por aquí.

Adam se movió por la habitación buscando sobre las mesas y en la repisa de la chimenea.

—Aquí está —dijo—. Volveré dentro de unos minutos. Tengo que buscar una farmacia de guardia, es más de la una, adiós.

Adiós, adiós. Miranda se quedó mirando un buen rato la puerta por la que él había desaparecido, luego cerró los ojos y pensó: «Cuando no estoy aquí no puedo recordar nada de esta habitación en la que he vivido durante casi un año, excepto que las cortinas son demasiado finas y no hay manera de impedir que entre la luz de la mañana». La señorita Hobbe le había prometido unas cortinas más gruesas, pero nunca había aparecido con ellas. Cuando Miranda, en bata, hablaba por teléfono aquella mañana, la señorita Hobbe había pasado por su lado con una bandeja. Era una mujercita pelirroja nerviosa y amable, cuya actitud reflejaba claramente que aquel negocio no era rentable y que ella estaba en una situación precaria.

—Mi querida niña —dijo con severidad, lanzando una mirada al atuendo de Miranda—, ¿qué le pasa?

Miranda, con el auricular en la oreja, contestó.

—Gripe, creo.

—Horror —dijo la señorita Hobbe en un murmullo, y la bandeja tembló en sus manos—. Vuélvase a la cama enseguida… ¡Enseguida!

—Tengo que hablar con Bill primero —le contestó Miranda.

La señorita Hobbe se había marchado apresuradamente y no había vuelto. Bill le había gritado instrucciones, prometiéndole de todo, médico,

enfermera, ambulancia, hospital y su cheque semanal como de costumbre, pero tenía que meterse en la cama y quedarse allí. Ella se dejó caer en la cama pensando que Bill era la única persona que ella había visto que realmente se mesaba los cabellos cuando estaba muy nervioso… Supongo que yo debería pedir que me enviasen a casa, es una vieja y respetable costumbre que tu familia cargue con tu muerte. No, me quedaré aquí, esto es asunto mío, pero no en esta habitación, espero… Ojalá estuviera en las frías montañas, en la nieve, cómo me gustaría; y alrededor de ella se alzaron las enormes cadenas montañosas de las Rocosas, con su nieve perpetua, sus majestuosos laureles de nubes azules, helándola hasta los huesos con su aliento cortante. Oh, no, necesito calor, y su memoria cambió de rumbo y vagó en busca de otro lugar que había conocido antes y que había querido más, que ya sólo podía ver en errantes fragmentos de palmeras y cedros, sombras oscuras y un cielo que calentaba sin deslumbrar como ese extraño cielo la había deslumbrado sin calentarla: el largo y lento ondular del musgo gris en la soñolienta sombra de los robles, el espacioso revoloteo de los buitres sobre la cabeza, el olor de las hierbas pisadas a lo largo de la rivera y, sin previo aviso, un río ancho y tranquilo en el que confluían todos los ríos que había conocido. Las paredes se inclinaron hacia atrás en un movimiento silencioso y decidido, y un barco de vela alto estaba amarrado cerca, con una pasarela de desembarco ennegrecida por la intemperie tocando los pies de su cama. Detrás del barco estaba la jungla e, incluso en el momento en que apareció ante ella, supo que era todo lo que había leído o le habían contado, había sentido o había pensado acerca de la jungla: un lugar de muerte secreto, terriblemente vivo y retorcido, que bullía con marañas de serpientes moteadas, aves con los colores del arco iris y ojos malignos, leopardos con caras sabias y leones con extravagantes melenas, monos chillones de brazos largos que brincaban por entre las hojas anchas y carnosas que brillaban con luz sulfurosa y exudaban el icor de la muerte, y troncos podridos de árboles desconocidos tendidos en el limo. Sin sorpresa, desde su almohada, Miranda se vio a sí misma correr velozmente por la pasarela hasta la cubierta inclinada y allí de pie inclinarse sobre la barandilla y agitar el brazo alegremente para despedirse de sí misma en la cama, después la esbelta nave extendió sus alas y se adentró en la jungla. El aire temblaba con los chillidos penetrantes y los roncos bramidos de voces que gritaban todas juntas, rodando y entrechocando por encima de ella como nubes de tormenta, y las palabras se convirtieron en sólo dos palabras que se alzaban y descendían en un clamor sobre su cabeza. Peligro, peligro, peligro, decían las voces, y guerra, guerra, guerra. La puerta estaba entreabierta,

Adam estaba de pie con la mano en el picaporte y la señorita Hobbe, con la cara distorsionada por el terror, gritaba en tono agudo:

—Se lo digo en serio, tienen que venir a buscarla inmediatamente, de lo contrario la pondré de patitas en la calle… Se lo digo en serio, esto es una plaga, una plaga, Dios mío, ¡y yo tengo una casa llena de gente en la que debo pensar!

—Ya lo sé —dijo Adam—. Vendrán a buscarla mañana por la mañana.

—Mañana por la mañana, Dios mío, ¡será mejor que vengan ya!

—No se puede conseguir una ambulancia —dijo Adam— y no hay camas. Tampoco hemos podido encontrar un médico ni una enfermera. Todos están ocupados. Eso es lo que hay. No entre usted en la habitación y yo me ocuparé de ella.

—Sí, usted se ocupará de ella, ya lo veo —dijo la señorita Hobbe con un tono particularmente desagradable.

—Sí, eso es lo que he dicho —contestó Adam, cortante—. Usted manténgase al margen.

Él cerró la puerta con cuidado. Llevaba un surtido de paquetes mal hechos y su cara estaba asombrosamente impasible.

—¿Has oído eso? —preguntó inclinándose sobre ella y hablándole bajito.

—Casi todo —dijo Miranda—. Una perspectiva agradable, ¿no?

—Tengo tu medicina —dijo Adam— y vas a empezar a tomarla ahora mismo. No puede echarte.

—Conque las cosas están realmente así de mal —dijo Miranda.

—No pueden estar peor —dijo Adam—. Todos los teatros y casi todas las tiendas y restaurantes están cerrados y las calles han estado atestadas de cortejos fúnebres todo el día y de ambulancias toda la noche.

—Pero ni una para mí —dijo Miranda entre alegre y aturdida. Se sentó, golpeó la almohada para darle forma y alargó el brazo para coger la bata—. Me alegro de que estés aquí, he tenido una pesadilla. Dame un cigarrillo, ¿quieres?, y enciéndete otro y abre todas las ventanas y siéntate cerca de una de ellas. Estás corriendo riesgo de contagio, ¿lo sabes? ¿Por qué lo haces?

—No importa —dijo Adam—. Tómate tu medicina.

Y le ofreció dos pastillas grandes de color cereza. Ella se las tragó rápidamente pero las vomitó al instante.

—Discúlpame —dijo empezando a reírse—. Lo siento muchísimo.

Adam, sin decir una palabra y con una expresión muy preocupada, le lavó la cara con una toalla mojada, le dio un poco de hielo picado de uno de

los paquetes y con firmeza le ofreció dos pastillas más.

—Es lo que siempre hacían en mi casa —le explicó ella— y daba resultado.

Aplastada por la humillación se llevó las manos a la cara y se rió de nuevo dolorosamente.

—Todavía hay dos clases más —dijo Adam apartándole las manos de la cara y levantándole la barbilla—. No has hecho más que empezar y he traído otras cosas, como zumo de naranja y helado, pues me han dicho que te dé helado, y café en un termo y un termómetro. Tienes que poder con todo, así que más vale que lo tomes con calma.

—Anoche a estas horas estábamos bailando —dijo Miranda y bebió algo de una cuchara.

Sus ojos le seguían por la habitación mientras él hacía cosas para ella con expresión distraída, como si estuviera solo; de vez en cuando volvía y poniéndole una mano bajo la cabeza le acercaba una taza o una jarra a los labios, ella bebía y de nuevo le seguía con la mirada, sin tener una idea clara de lo que estaba sucediendo.

—Adam —dijo—, se me acaba de ocurrir algo; tal vez se hayan olvidado de llamar al hospital Saint Luke's. Llama a las hermanas y diles que no sean tan egoístas con sus viejas habitaciones. Diles que sólo quiero una muy pequeña oscura y fea durante tres días o menos. Inténtalo, Adam.

Al parecer, él creía que ella todavía estaba más o menos en su sano juicio, porque Miranda le oyó dando explicaciones en el teléfono con voz pausada. Volvió casi inmediatamente diciendo:

—Hoy parece ser el día en que no voy a parar de toparme con solteronas malhumoradas. La hermana ha dicho que aunque tuviesen una habitación no podrían dártela si no te manda un médico, pero de todas formas no tienen ninguna. Ha sido bastante ácida en su contestación.

—Bueno —dijo Miranda con voz apagada—, creo que eso es bastante grosero y mezquino, ¿no crees?

Se sentó de repente con un gesto violento de ambos brazos y empezó a tener arcadas otra vez.

—Aguanta un momento —dijo Adam llevándole la palangana.

Le sostuvo la cabeza, le lavó la cara y las manos con agua helada, le puso la cabeza sobre la almohada, se acercó a la ventana y miró hacia fuera.

—Bueno —dijo al fin sentándose de nuevo a su lado—, no tienen habitación. No tienen cama. A juzgar por su manera de hablar ni siquiera

tienen una cuna. Creo que está bastante claro, así que más vale que nos atrincheremos.

—¿No va a venir la ambulancia?

—Tal vez mañana.

Se quitó la chaqueta del uniforme y la colgó en el respaldo de una silla. Arrodillándose ante la chimenea, empezó a colocar cuidadosamente unas astillas en forma de tienda india, con un pedazo de papel en el centro como soporte. Le prendió fuego y puso más astillas, y luego pedazos más grandes de madera. Cuando ya estaban ardiendo bien, añadió trozos aún más pesados y carbón, unos cuantos pedazos cada vez, hasta que hubo tan buen fuego que no sería necesario avivar. Se levantó y se sacudió las manos, el fuego le iluminaba por detrás y su pelo brillaba.

—Adam —dijo Miranda—, creo que eres muy bello.

—Vaya palabreja para mí —dijo riéndose al oírlo y negando con la cabeza.

—Es la primera que se me ha ocurrido —dijo ella incorporándose sobre un codo para recibir el calor del fuego—. Has hecho un buen trabajo con ese fuego.

Él se sentó de nuevo en la cama, arrastrando una silla y poniendo los pies en el somier. Se sonrieron por primera vez desde que él había entrado esa noche.

—¿Cómo te sientes ahora? —le preguntó.

—Mejor, mucho mejor —le contestó—. Hablemos. Contémonos lo que pensábamos hacer.

—Cuenta tú primero —dijo Adam—. Quiero saber más de ti.

—Te habrá parecido que tenía una vida muy triste —dijo ella— y puede que lo fuera, pero me gustaría mucho volver a ella. Si pudiera recuperarla, sería fácil sentirse feliz casi por cualquier cosa. Eso no es verdad, pero es lo que siento ahora. —Tras una pausa añadió—: Después de todo, no hay nada que contar si termina ahora, porque todo este tiempo yo estaba preparándome para algo que iba a suceder más tarde, cuando llegase el momento, así que ahora no hay mucho.

—Pero habrá valido la pena hasta ahora, ¿no? —preguntó él seriamente, como si fuese importante saberlo.

—No, si esto es todo —repitió ella, obstinada.

—¿No has sido nunca… feliz? —preguntó Adam dejando ver que le asustaba la palabra.

Aquella palabra le daba vergüenza, como le ocurría con la palabra amor; no parecía haberla pronunciado nunca y estaba inseguro respecto a su sonido o significado.

—No sé —dijo ella—. Sencillamente vivía y nunca pensaba en la felicidad. Recuerdo, sin embargo, cosas que me gustaban y cosas que esperaba conseguir.

—Yo me preparaba para ser ingeniero de electricidad —dijo Adam, pero se detuvo—. Terminaré cuando vuelva —añadió después de un momento.

—¿No te encanta estar vivo? —preguntó Miranda—. ¿No te encanta el tiempo y los colores a diferentes horas del día y todos los sonidos y ruidos, como los de unos niños que gritan en la casa de al lado, las bocinas de los automóviles, las pequeñas bandas de música que tocan en la calle y el olor de la comida en el fuego?

—También me encanta nadar —dijo Adam.

—Y a mí —dijo Miranda—. Nunca hemos nadado juntos. ¿Recuerdas alguna oración? —le preguntó ella de pronto—. ¿Aprendiste algo en la catequesis?

—No mucho —confesó Adam sin arrepentimiento—. Bueno, el padrenuestro.

—Sí, y el avemaría —dijo—, y la más útil, la que empieza: Yo, pecador, me confieso a Dios Todopoderoso y a la Santísima Virgen María y los santos apóstoles Pedro y Pablo…

—Católica —comentó él.

—De todas formas son oraciones. Tú debes de ser metodista. Apuesto a que eres metodista.

—No, presbiteriano.

—Bueno, ¿qué otra oración recuerdas?

—Ahora me acuesto y voy a dormirme —dijo Adam.

—Sí, esa y Bienaventurado Jesús, manso y dulce… Como ves tampoco descuidaron mucho mi educación religiosa. Incluso sé una oración que empieza «Oh, Apolo», ¿quieres oírla?

—No —dijo Adam—, te estás burlando.

—No —dijo Miranda—, estoy tratando de no dormirme. Me da miedo dormirme y no despertar. No me dejes dormir, Adam. ¿Sabes la oración… Mateo, Marcos, Lucas y Juan bendecid la cama en que reposo?

—Si muriera antes de despertar, ruego al señor que se lleve mi alma. ¿Es esa? —preguntó Adam—. No me suena nada bien.

—Enciéndeme un cigarrillo, por favor, y ve a sentarte cerca de la ventana, nos estamos olvidando del aire fresco. Debes airearte.

Él encendió el cigarrillo y se lo acercó a los labios. Ella lo cogió entre los dedos y se le cayó bajo el borde de la almohada. Él lo cogió y lo aplastó en el platillo que había debajo de la jarra del agua. La cabeza de Miranda dio vueltas en la oscuridad por un instante, luego se aclaró y se sentó presa del pánico, apartando las ropas de la cama y empezando a sudar. Adam dio un salto con cara de alarma y casi inmediatamente le acercó una taza de café caliente a la boca.

—Tú también debes tomar una taza —le dijo, tranquila de nuevo, y ambos se sentaron muy juntos en el borde de la cama bebiendo café en silencio.

—Debes acostarte otra vez —dijo Adam—. Ahora estás bien despierta.

—Vamos a cantar —dijo Miranda—. Conozco un viejo canto espiritual, recuerdo parte de la letra. —Habló con voz natural—. Ahora estoy bien. —Comenzó a cantar en un murmullo ronco—: «Pálido caballo, pálido jinete, se han llevado a mi amada…». ¿Conoces esa canción?

—Sí —dijo Adam—, se la he oído cantar a los negros en Texas, en un yacimiento petrolífero.

—Yo se la oí cantar en un campo de algodón —dijo ella—. Es una canción muy buena.

Cantaron juntos ese verso.

—Pero no puedo recordar lo que viene a continuación —dijo Adam.

—«Pálido caballo, pálido jinete» —dijo Miranda—, en realidad necesitamos un buen banjo, «se han llevado a mi amada…». —Su voz se aclaró y dijo—: pero deberíamos continuar. ¿Qué viene ahora?

—Es mucho más larga —dijo Adam—, tiene unos cuarenta versos, el jinete se ha llevado a mamá, a papá, al hermano, a la hermana, a toda la familia, además de la amada…

—Pero no al cantor, todavía no —dijo Miranda—. La muerte siempre deja un cantor para que se lamente. «¡Muerte —cantó— deja un cantor para que se lamente!».

—«Pálido caballo, pálido jinete —entonó Adam entrando en el momento oportuno— ¡se han llevado a mi amada!». Creo que somos muy buenos; deberíamos montar una función…

—Podríamos ir a entretener a los pobres héroes indefensos allí —dijo Miranda.

—Tocaremos el banjo —dijo Adam—, siempre he querido tocar el banjo.

Miranda suspiró, se recostó en la almohada y pensó: debo renunciar, ya no puedo resistir más. No había nada más que ese terrible dolor, nada más que esa habitación, nada más que Adam. Ya no había múltiples planos en la vida, ni duros filamentos de memoria y esperanza que tirasen hacia detrás y hacia delante para sostenerla erguida en su vaivén. Sólo ese único momento y era un sueño de tiempo, la cara de Adam, muy cerca de la suya, los ojos fijos y atentos, era una sombra, y no habría nada más…

—Adam —dijo desde la pesada y blanda oscuridad que la atraía hacia abajo—, te quiero y estaba esperando que tú me dijeses lo mismo.

Él se tumbó a su lado con un brazo bajo los hombros de ella, apretó su cara tersa contra el rostro de ella, su boca se movió hacia la de ella y se detuvo.

—¿Puedes oír lo que te estoy diciendo? ¿Qué crees que he estado tratando de decirte todo este tiempo?

Ella se volvió hacia él, la nube se disipó y vio su cara por un instante, él le subió la colcha y la sostuvo entre sus brazos y le dijo:

—Duérmete, cariño, cariño. Si te duermes una hora, te despertaré y te traeré café caliente. Mañana encontraremos ayuda. Te quiero, duérmete.

Casi sin darse cuenta, se encontró flotando en la oscuridad, agarrada a su mano en un sueño que no era un sueño sino una clara luz vespertina en un pequeño bosque verde, un bosque peligroso y hostil lleno de ocultas voces inhumanas que cantaban chillonas como el gemido de las flechas, y vio a Adam traspasado por una descarga de esas flechas cantarinas que le atravesaron el corazón y pasaron con un sonido penetrante siguiendo su camino a través del follaje. Adam cayó de espaldas ante sus ojos y se levantó de nuevo ileso y vivo; otra descarga de flechas disparadas por el arco invisible le dio otra vez y él cayó, pero estaba allí ante ella intacto, en una perpetua muerte y resurrección. Ella se arrojó ante él, colérica y egoísta, se interpuso entre él y la trayectoria de la flecha, gritando no, no, como un niño engañado en un juego, ahora me toca a mí, ¿por qué tienes que ser siempre tú quien muera? Y las flechas atravesaron limpiamente el corazón de ella pero penetraron en el cuerpo de él, que quedó allí muerto, y ella seguía viva y el bosque silbaba y cantaba y gritaba, cada rama, cada hoja y cada brizna de hierba tenían su propia voz terrible y acusadora. Entonces echó a correr y Adam la cogió en mitad de la habitación, corriendo, y le dijo:

—Cariño, yo también he debido de dormirme. ¿Qué te ha pasado? Has gritado horrorizada.

Después de que él la ayudase a acomodarse, ella se quedó sentada con las rodillas levantadas hasta la barbilla, apoyando la cabeza en los brazos doblados y empezó a buscar cuidadosamente las palabras, porque era importante explicarse con claridad.

—Era un sueño muy raro, no sé por qué me he asustado tanto. Había algo relacionado con una anticuada tarjeta de San Valentín. Había dos corazones tallados en un árbol, atravesados por la misma flecha, ya sabes, Adam…

—Sí, lo sé, cielo —dijo él con muchísima dulzura, y se sentó a su lado besándola en la mejilla y en la frente como si fuera una costumbre, como si llevara años haciéndolo—, una de esas tarjetas de papel con encaje de imitación.

—Sí, pero estaban vivos y éramos nosotros, ¿comprendes? No era exactamente así, pero era algo parecido. Era en un bosque…

—Sí —dijo Adam. Se levantó, se puso la chaqueta y recogió el termo—. Me voy a ese puestecito para comprar hielo y café caliente —le dijo—. Volveré dentro de cinco minutos, quédate tranquila. Adiós pero hasta dentro de cinco minutos —le dijo sosteniéndole la barbilla con la palma de la mano y tratando de que ella le mirara a los ojos—, estate muy tranquila.

—Adiós —dijo ella—. Estoy bien, ya estoy despierta otra vez.

Pero no estaba bien, y los dos jóvenes internos del hospital del condado que se presentaron, después de decenas de frenéticas llamadas de un escandaloso redactor del *Blue Mountain News*, para llevársela en una ambulancia de la policía, decidieron que sería mejor bajar para subir la camilla. Sus voces la despertaron, se sentó, se levantó de la cama enseguida y se quedó mirando a su alrededor con ojos brillantes.

—Vaya, está usted bien —dijo el más moreno y más fuerte de los dos hombres, ambos extraordinariamente en forma y con un aire muy competente con su uniforme blanco con una flor en el ojal—. La llevaré en brazos.

Desplegó una manta blanca y la envolvió en ella. Miranda recogió los pliegues y preguntó, cogiéndose del brazo del médico:

—Pero ¿dónde está Adam?

Él le puso una mano en la frente empapada, meneó la cabeza y le lanzó una mirada perspicaz.

—¿Adam?

—Sí —le dijo Miranda bajando la voz con tono confidencial—, estaba aquí y ahora no está.

—Oh, volverá —le dijo el interno con naturalidad—. Ha ido a la vuelta de la esquina a comprar cigarrillos, no se preocupe por Adam. Ese es el menor de sus problemas.

—¿Sabrá dónde encontrarme? —preguntó ella resistiéndose todavía.

—Le dejaremos una nota —dijo el interno—. Venga, es hora de marcharnos de aquí.

La levantó a pulso y la apoyó en su hombro.

—Me siento muy mal —le dijo ella—. No sé por qué.

—No me extraña —dijo él saliendo con cuidado, pasando junto al médico que iba delante y tanteando con el pie en busca del primer escalón—. Ponga sus brazos alrededor de mi cuello —le ordenó—. A usted no le hará ningún daño y a mí me ayudará mucho.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó Miranda mientras el otro médico abría la puerta principal y salían al aire dulce y helado.

—Hildesheim —contestó él como quien sigue la corriente a un niño.

—Bueno, doctor Hildesheim, estamos en un buen lío, ¿verdad?

—Sin duda —dijo el doctor Hildesheim.

El segundo interno, aún fresco y atildado con su bata blanca, aunque su clavel ya estaba marchitándose por los bordes, estaba inclinado sobre ella escuchando su respiración a través de un estetoscopio y silbando bajito «There's a Long Long Trail». De vez en cuando le daba golpecitos en las costillas con dos dedos, sin dejar de silbar. Miranda le observó durante unos momentos hasta que consiguió encontrar sus brillantes ojos de color avellana a menos de diez centímetros de los suyos.

—No estoy inconsciente —explicó—, sé lo que quiero decir.

Luego, horrorizada, se oyó balbuceando tonterías, sabiendo que eran tonterías aunque no podía oír lo que decía. La chispa de atención en los ojos cercanos se desvaneció. El interno continuó dando golpecitos y escuchando, silbando suavemente por lo bajo.

—Me gustaría que dejase de silbar —dijo ella claramente. El sonido cesó—. Es una canción horrenda —añadió.

Cualquier cosa, cualquier cosa para conservar su pequeño asidero a la vida, una clara línea de comunicación, no importaba la que fuese, entre ella y el mundo que parecía alejarse.

Por favor permítanme ver al doctor Hildesheim —dijo—. Tengo algo importante que decirle. Debo decírselo ahora.

El segundo interno desapareció. No se alejó, huyó por el aire sin hacer ningún sonido y la cara del doctor Hildesheim apareció en su lugar.

—Doctor Hildesheim, quería preguntarle por Adam.

—¿Ese joven? Ha estado aquí, dejó una nota y se ha ido —dijo el doctor Hildesheim—. Volverá mañana y pasado mañana —concluyó alegre y despreocupado.

—No le creo —dijo Miranda amargamente, cerrando los labios y los ojos y confiando en no echarse a llorar.

—Señorita Tanner —llamó el médico—, ¿tiene usted esa nota?

La señorita Tanner apareció a su lado, le entregó a Miranda un sobre sin cerrar, se lo quitó, desplegó la nota y se la dio.

—No puedo verla —dijo Miranda, después de un doloroso recorrido por la página llena de apresurados garabatos en tinta negra.

—Yo se la leeré —dijo la señorita Tanner—. Dice: «Fueron a buscarte mientras yo estaba fuera y ahora no me dejan verte. Quizá me dejen mañana. Con todo mi amor, Adam» —leyó la señorita Tanner con una voz firme y seca, pronunciando las palabras con toda claridad—. ¿Lo ve? —le dijo tranquilizadoramente.

Miranda oyó las palabras una a una, pero también las olvidó una a una.

—Oh, léamela otra vez, ¿qué dice? —pidió por encima del silencio que la oprimía, tratando de asir las palabras que se le escapaban cuando estaba a punto de tocarlas.

—Ya es suficiente —dijo el doctor Hildesheim, sereno y autoritario—. ¿Dónde está esa cama?

—No hay cama todavía —dijo la señorita Tanner como si dijera: «No tenemos naranjas».

—Bueno, algo arreglaremos —dijo el doctor Hildesheim.

Y la señorita Tanner empujó la estrecha camilla con barras metálicas brillantes y cruzadas y con pequeñas ruedas de goma hasta un hueco profundo del pasillo, fuera del paso de las veloces figuras blancas que pasaban en silencio rozándose y arremolinándose como moscas de agua. Las paredes blancas se elevaban como acantilados, una docena de lunas escarchadas se fueron sucediendo de manera ordenada por una senda blanca y se fueron desplomando en silencio, una a una, en un abismo nevado.

¿Qué es esta blancura y este silencio sino la ausencia de dolor? Miranda yacía jugando con el pelillo de su manta blanca suavemente entre los dedos

serenos mientras contemplaba una danza de sombras altas y decididas que se movían detrás de un ancho biombo de sábanas extendidas sobre un marco. Allí, cerca de ella, en la pared que había a su lado podía verlo con claridad y disfrutarlo, era tan hermoso que no sentía curiosidad respecto a su significado. Dos figuras oscuras inclinaban la cabeza, se doblaban por la cintura, se hacían reverencias, retrocedían y volvían a inclinarse, levantaban sus largos brazos y abrían sus grandes manos contra la sombra blanca del biombo; luego, con un solo ademán, las sábanas se plegaron descubriendo a dos hombres mudos de blanco, de pie, y otro hombre mudo de blanco tumbado en el somier vacío de una cama de hierro blanca. El hombre del somier estaba vendado de los pies a la cabeza todo blanco, con unas bandas cruzándole la cara y un gran lazo rígido que parecían las alegres orejas de un conejo que estuviera balanceándose sobre su coronilla.

Los dos hombres vivos levantaron un colchón apoyado contra la pared y lo extendieron con ternura justo sobre el hombre muerto. Y mudos y blancos se desvanecieron por el corredor empujando la cama con ruedas. Había sido un espectáculo fascinante y tranquilo, pero ya había terminado. Una pálida niebla blanca se elevó insinuante tras ellos y flotó ante los ojos de Miranda, una niebla en la cual se ocultaba todo el terror y todo el cansancio, todas las caras crispadas, las espaldas retorcidas y los pies rotos de seres vivos ultrajados y torturados, todas las formas de su confuso dolor y sus corazones enajenados; la niebla podría abrirse en cualquier momento y dejar suelta la horda de los tormentos humanos. Ella levantó las manos y dijo: «Todavía no, todavía no», pero era demasiado tarde. La niebla se abrió y dos verdugos, vestidos de blanco, se movieron hacia ella empujando entre los dos, con manos increíblemente diestras y prácticas, la figura deforme de un viejo envuelto en asquerosos andrajos cuya barba rala se agitaba bajo su boca abierta mientras arqueaba la espalda y separaba los pies para resistirse y retrasar el destino que habían dispuesto para él. Con voz aguda y llorosa, estaba tratando de explicarles que el crimen del que le acusaban no merecía el castigo que estaba a punto de recibir, pero salvo por ese lamento todo era silencio mientras avanzaban. Las palmas sucias y agrietadas de las manos del viejo estaban extendidas ante él con el gesto suplicante de un mendigo, mientras decía: «Ante Dios no soy culpable», pero lo tenían agarrado por los brazos y lo arrastraban hacia delante. Pasaron y desaparecieron.

El camino a la muerte es una larga marcha asediada por todos los males y el corazón falla poco a poco ante cada nuevo terror, los huesos se rebelan a cada paso, la mente establece su propia y enconada resistencia, ¿con qué fin?

Las barreras se desploman una a una y, por mucho que te tapes los ojos, no hay forma de ocultar el paisaje del desastre ni la vista de los crímenes cometidos en él. A campo traviesa venía el doctor Hildesheim, su cara era una calavera debajo del casco alemán, con un bebé desnudo que se retorcía en la punta de su bayoneta y una enorme olla de piedra con la palabra «veneno» escrita en letra gótica. Se detuvo delante del pozo que Miranda recordaba en un pasto en la granja de su padre, un pozo que había estado seco pero en el que ahora burbujeaba el agua pura, y echó en sus oscuras profundidades al niño y el veneno, y el agua violada se hundió de nuevo silenciosamente en la tierra. Miranda, chillando, corrió con los brazos por encima de la cabeza, su voz hizo eco y volvió a ella como el aullido de un lobo: Hildesheim es un alemán, un espía, un germano, mátale, mátale antes de que él te mate a ti… Se despertó aullando, oyó las horrendas palabras que acusaban al doctor Hildesheim saliendo de su boca, abrió los ojos y supo que se encontraba en una cama, en una pequeña habitación blanca, con el doctor Hildesheim sentado a su lado midiendo con dos dedos firmes su pulso. Su pelo estaba elegantemente peinado y la flor del ojal estaba fresca. Al otro lado de la ventana brillaban las estrellas y el doctor Hildesheim parecía estar contemplándolas sin ninguna expresión especial, con su estetoscopio colgado del cuello. La señorita Tanner estaba a los pies de la cama escribiendo algo.

—Hola —dijo el doctor Hildesheim—, por lo menos usted se desahoga gritando y no intenta levantarse de la cama y salir corriendo.

Miranda mantuvo los ojos abiertos haciendo un gran esfuerzo, vio con claridad su cara más bien gruesa y paciente, aunque su mente se tambaleaba y resbalaba de nuevo, se soltaba de sus cimientos y giraba como una rueda por una cuneta.

—No lo decía en serio, nunca lo he creído, doctor Hildesheim, olvídelo…

Y se perdió de nuevo, sin poder esperar una respuesta.

El mal que había hecho la persiguió y la acosó en su sueño: este mal adoptó formas vagas de horror que no podía reconocer ni nombrar aunque su corazón se encogía al verlas. Su mente, dividida en dos, en el mismo instante reconocía y negaba lo que veía, porque a través de un abismo de quejumbrosa oscuridad su yo coherente y racional observaba fríamente el extraño frenesí de su otro yo, resistiéndose a admitir la verdad de su visiones, sus tenaces remordimientos y desesperaciones.

—Sé que esas son sus manos —le dijo a la señorita Tanner—, lo sé, pero para mí son tarántulas blancas, no me toque.

—Cierre los ojos —le dijo la señorita Tanner.

—Oh, no —dijo Miranda—, porque entonces veo cosas peores.

Pero sus ojos se cerraron en contra de su voluntad y la medianoche de su tormento interior se cerró sobre ella.

El olvido, pensó Miranda, mientras su mente buscaba a tientas entre sus recuerdos de palabras que había aprendido para describir lo invisible, lo incognoscible, es un remolino de aguas grises que giran sobre sí mismas para toda la eternidad… La eternidad quizá sea más que la distancia hasta la estrella más lejana. Yacía en un angosto saliente sobre una sima que sabía que no tenía fondo, aunque no podía comprenderla; el saliente era su pesadilla infantil y retrocedió, tensa, hacia una tranquilizadora pared de granito que había a su espalda, mirando fijamente hacia la sima, pensando: «Ahí está, ahí está al fin, es muy simple; y las palabras suaves y cuidadosamente formadas como olvido y eternidad son cortinas tendidas ante la nada. No lo sabré cuando suceda, no lo sentiré ni recordaré, por qué no puedo consentir ahora, estoy perdida, no hay esperanza para mí. Mira —se dijo— ahí está, eso es la muerte y no hay nada que temer». Pero no podía consentirlo, seguía rígidamente encogida contra la pared de granito que era el sueño de seguridad que había tenido de niña, respirando con lentitud por temor a despilfarrar el aliento, diciéndose despacio: «Mira, no temas, no es nada, es sólo la eternidad».

Las paredes de granito, los remolinos y las estrellas son cosas. Ninguna de ellas es la muerte, ni la imagen de la muerte. «La muerte es la muerte —se dijo Miranda—, y sobre los muertos no tiene poder». Silenciada, se hundió enseguida por las profundidades y bajo las profundidades de oscuridad hasta yacer como una piedra en el fondo más lejano de la vida, sabiéndose ciega, sorda, muda, sin conciencia de sus propias extremidades, alejada por completo de toda preocupación humana y, sin embargo, viva, con una peculiar lucidez y coherencia; todas las ideas, todos los razonables interrogantes de la vida, todos los lazos de la sangre y los deseos del corazón se disolvieron y se desprendieron de ella y sólo quedó de ella una minúscula partícula de ser fieramente ardiente, que se sabía sola, que no confiaba en nada más allá que en sí misma, inasequible a cualquier llamada o ánimo, por estar ella misma compuesta enteramente de una sola motivación: la tenaz voluntad de vivir. Esta fuerte e inmóvil partícula se dispuso a resistir sin ayuda a la destrucción, a sobrevivir y a carecer en su propia locura de ser de motivos o planes más allá de ese fin esencial. Confía en mí, decía aquel punto de luz furioso, duro y constante. Confía en mí. Permaneceré.

Enseguida creció, se aplastó y se hizo más delgado hasta convertirse en una hermosa refulgencia, luego se abrió como un gran abanico y se curvó transformándose en un arco iris a través del cual Miranda, encantada, absolutamente convencida, contempló un profundo y claro paisaje de mar y arena, de suaves prados y cielos, recién lavados y relucientes con transparencias de azul. Claro, por supuesto, por supuesto, dijo Miranda, en absoluto sorprendida pero algo arrobada, como si una promesa se hubiera cumplido mucho tiempo después de que ella dejara de esperarlo. Se levantó de su angosto saliente y corrió con ligereza a través de las altas puertas del gran arco que se curvaba en su esplendor sobre el ardiente azul del mar y el fresco verde del prado, uno a cada lado.

Las pequeñas olas llegaban y se iban sin prisa, lamían la arena en silencio y se retiraban; la hierba se agitaba movida por una brisa que no producía ningún sonido. Avanzando hacia ella pausadamente, como nubes por el aire luminoso, se acercaba una gran multitud de seres humanos y Miranda vio con asombro y alegría que eran todos los vivos que ella había conocido. Sus caras estaban transfiguradas, cada una en su propia belleza, más allá de lo que ella recordaba, sus ojos eran claros y límpidos como el buen tiempo y no arrojaban sombras. Eran entes puros y ella los conocía a todos y cada uno sin llamarlos por sus nombres ni recordar qué relación habían tenido con ella. La rodearon suavemente, caminando con pies silenciosos, luego volvieron las caras embelesadas de nuevo hacia el mar y ella se movió entre ellos con tanta facilidad como una ola entre las olas. El círculo se ensanchó, se separó y cada figura se quedó sola, pero no solitaria; Miranda, sola también, sin cuestionar nada, sin desear nada, en la quietud de su éxtasis, se quedó donde estaba, con los ojos fijos en el imponente y profundo cielo donde siempre era por la mañana.

Cómodamente tumbada, con los brazos debajo de la cabeza, en el pródigo calor que fluía de manera uniforme del mar, el cielo y el prado, al alcance, pero sin tocarlos, de los seres familiares que sonreían serenos a su alrededor, Miranda sintió sin previo aviso un vago temblor de aprensión, un pequeño chispazo de desconfianza en su alegría; un ligero escalofrío había rozado los bordes de esta confiada tranquilidad; faltaba algo, alguien, había perdido algo, había dejado algo valioso en otro país, oh, ¿qué podía ser? «No hay árboles, no hay árboles aquí —se dijo asustada—, he dejado algo por terminar». Su pensamiento se debatía en el fondo de su mente y le llegó con claridad como una voz en el oído. ¿Dónde están los muertos? Hemos olvidado a los muertos, oh, los muertos, ¿dónde están? Enseguida, como si hubiera

caído un telón, el brillante paisaje se desvaneció, ella estaba sola en un extraño lugar pedregoso con un frío terrible, caminando penosamente por un empinado sendero de nieve resbaladiza, gritando: «¡Oh, debo regresar!, pero ¿en qué dirección?». El dolor volvió, un dolor insoportable y apremiante que corría por sus venas como fuego denso, el hedor de la corrupción llenó su nariz, el olor dulzón y nauseabundo de la carne podrida y el pus; abrió los ojos y vio una luz pálida a través de una tela blanca y áspera extendida sobre su cara, supo que el olor de la muerte estaba en su propio cuerpo y se esforzó por levantar una mano. Alguien retiró la tela; vio a la señorita Tanner levantando una aguja hipodérmica con sus maneras metódicas y expertas y oyó al doctor Hildesheim diciendo: «Creo que esto dará resultado. Póngale otra». La señorita Tanner pinchó con firmeza en el brazo de Miranda cerca del hombro y la increíble corriente de dolor corrió de nuevo por sus venas. Se esforzó por gritar diciendo «Déjenme, déjenme», pero sólo oyó los sonidos incoherentes de un animal sufriendo. Vio que el médico y la enfermera se miraban como lo hacen los iniciados en un misterio, asintiendo en silencio, con sus ojos animados por el orgullo de saber. Miraron fugazmente la obra de sus manos y se marcharon de manera apresurada.

Estrépito de campanas, todas fuera de tono, riñendo entre sí al entrechocar en el aire, bocinas y silbatos mezclados con gritos de aflicción humana; una luz sulfurosa explotó en el cristal negro de la ventana y se perdió en la oscuridad. Miranda, despertando de un sueño sin sueños, preguntó sin esperar respuesta: «¿Qué pasa?». Porque había un bullicio de voces y pasos en el pasillo y una acritud en el aire; el lejano clamor continuó, un griterío furioso y exasperado como de multitud en rebeldía.

Se encendió la luz y la señorita Tanner dijo con voz pastosa: «¿Oye eso? Están celebrándolo. Es el armisticio. La guerra ha terminado, querida». Le temblaban las manos. Removió ruidosamente con una cucharilla una taza, se detuvo para escuchar y luego le acercó la taza a Miranda. Desde la sala de ancianas encamadas que estaba al otro lado del vestíbulo llegó un coro disonante de voces cascadas que cantaban: «Mi país, es a ti…».

Dulce tierra… Oh, terrible tierra de este amargo mundo donde el sonido del regocijo era un estruendo de dolor, donde unas ancianas que se habían incorporado en sus camas, esperando su tazón de cacao, cantaban con voces discordantes «Dulce tierra de libertad…».

—Oh, di, ¿puedes ver algo? —preguntaban luego sus voces sin esperanza, ahogadas por los martillazos de las lenguas de metal.

—La guerra ha terminado —dijo la señorita Tanner controlando con firmeza su labio inferior y con los ojos llorosos.

—Por favor, abra la ventana, por favor, huelo a muerte aquí dentro —dijo Miranda.

Si la verdadera luz del día, tal y como yo recuerdo haberla visto en este mundo, volviera otra vez… pero es siempre la hora del crepúsculo o justo antes de amanecer, una promesa de día que nunca se cumple. ¿Qué ha sido del sol? Esa fue la noche más larga y solitaria, pero no termina y deja que venga el día. ¿Volveré a ver la luz algún día?

Sentada en una tumbona, cerca de una ventana, constituía un melancólico asombro ver la luz del sol incolora sesgada sobre la nieve, bajo un cielo privado de su azul. «¿Puede ser esta mi cara?», le preguntaba Miranda a su espejo. «¿Son estas mis propias manos?», le preguntaba a la señorita Tanner levantándolas para mostrarle el tinte amarillento, como de cera derretida, que brillaba entre los dedos cerrados. El cuerpo es un curioso monstruo, no es un buen lugar en el que vivir, ¿cómo puede nadie sentirse a gusto en él? «¿Es posible que llegue a acostumbrarme alguna vez a este lugar?», se preguntaba. Las caras humanas que la rodeaban parecían apagadas y cansadas, sin aquel brillo en la piel ni en los ojos que Miranda recordaba; las paredes de su habitación, que habían sido blancas, eran de un gris mugriento. Respirar despacio, dormirse y despertarse de nuevo, sentir las salpicaduras del agua en la carne, ingerir alimentos, hablar con frases vacías con el doctor Hildesheim y con la señorita Tanner. Miranda miraba a su alrededor con los ojos disimuladamente hostiles de un extranjero a quien no le gusta el país en el que se encuentra, que no entiende el idioma ni desea aprenderlo, que no tiene la intención de vivir allí pero que se encuentra indefenso, incapaz de dejarlo cuando quiera.

«Ya es de día —decía la señorita Tanner con un suspiro, porque ya se había vuelto vieja y cansada para siempre, durante el mes anterior—, ya es de día una vez más, querida». Le mostraba a Miranda el mismo monótono paisaje de apagados verdes perennes y nieve plomiza. Se movía por la habitación haciendo crujir sus faldas almidonadas, con la cara empolvada con atrevimiento y con su espíritu irrompible como el buen acero, diciendo: «Mire, querida, qué gloriosa mañana, transparente como un cristal», porque sentía afecto por la criatura salvada que tenía ante ella, el desagradecido y silencioso ser humano a quien ella, Cornelia Tanner, una enfermera que dominaba su profesión, había arrancado a la muerte con sus propias manos.

«Los cuidados de enfermería constituyen nueve décimas partes siempre —decía la señorita Tanner a las otras enfermeras—. No lo olviden». Incluso la luz del sol era una prescripción de la propia señorita Tanner para la recuperación de Miranda, esa paciente que los médicos habían dado por perdida y que sin embargo estaba ahí, prueba visible de la teoría de la señorita Tanner.

—Ahora mire la luz del sol —decía, como si dijese: «La encargué para usted, querida, siéntese y tómesela».

—Es hermosa —contestaba Miranda, incluso volviendo la cabeza para mirarla, agradeciéndole a la señorita Tanner su bondad, especialmente su bondad respecto al tiempo—, hermosa, siempre me ha gustado la luz del sol.

«Y tal vez volvería a gustarme si la viese», pensó, pero la verdad era que no podía verla, no había luz, quizá nunca volvería a haberla, comparada, como siempre, con la luz que había visto junto al mar azul que se extendía tan plácidamente al lado de la costa de su paraíso. Era el sueño infantil de un prado celestial, la visión del reposo que tiene un cuerpo cansado durante el sueño, pensó, pero yo lo he visto creyendo que no era un sueño. Al cerrar los ojos, descansaba durante un momento recordando aquella dicha que había recompensado todo el dolor del viaje realizado para alcanzarla; al abrirlos otra vez veía con nueva angustia el mundo apagado al que estaba condenada, donde la luz parecía velada por telarañas, donde todas las superficies brillantes estaban corroídas, los planos agudos derretidos e informes, todos los objetos y seres carentes de significado, ¡ah, cosas marchitas y muertas que se creían vivas!

Por la noche, después del largo esfuerzo de estar echada en su tumbona, en su más extrema aflicción por lo que había alcanzado tan fugazmente, plegaba su dolorido cuerpo y lloraba en silencio, sin vergüenza, compadeciéndose a sí misma por el éxtasis perdido. No había escapatoria, el doctor Hildesheim, la señorita Tanner, las enfermeras encargadas de la cocina, el farmacéutico, el cirujano, la precisa maquinaria del hospital, toda la convicción humanitaria y las costumbres sociales conspiraban para levantar el inseparable armazón de sus huesos y su carne devastada, para poner en orden su desordenada mente y para ponerla una vez más en el camino que la conduciría de nuevo a la muerte.

Chuck Rouncivale y Mary Townsend fueron a verla y le llevaron varias cartas que le habían guardado. También le llevaron un cesto de pequeñas y delicadas flores de invernadero, lirios del valle con guisantes de olor y

helechos como plumas y, por encima del cesto, sus caras aparecían alegres y ojerosas.

—Ha sido una dura pelea, ¿verdad? —dijo Mary.

—Bueno, has vencido, ¿eh? —dijo Chuck.

Y después de una incómoda pausa, le dijeron que todo el mundo estaba esperando volver a verla en su mesa de despacho.

—Ya me han puesto otra vez en la sección de deportes, Miranda —dijo Chuck.

Durante diez minutos Miranda sonrió y les dijo qué alegría y qué agradable sorpresa era encontrarse viva. Porque no estaría bien traicionar la conspiración y alterar el valor de los vivos; no hay nada mejor que estar vivo, todo el mundo coincide en eso; no admite discusión y quien intenta negarlo es proscrito con toda justicia.

—Volveré dentro de nada —dijo—. Ya casi estoy bien.

Sus cartas yacían en un montón sobre su regazo y al lado de la tumbona. De vez en cuando cogía una para leer el remite, reconocía la letra, examinaba los sellos y los matasellos, y la dejaba caer de nuevo. Durante dos o tres días estuvieron encima de la mesa a su lado y ella continuó rehuyéndolas. «Todas me dirán una vez más lo bueno que es estar vivo, repetirán que me quieren, que se alegran de que yo esté viva también y ¿qué puedo responder a eso?». Y su corazón endurecido e indiferente se estremeció de desesperación ante sí mismo, porque antes había sido tierno y capaz de amar.

—Vaya, ¿todas esas cartas aún sin abrir? —le dijo el doctor Hildesheim.

Y la señorita Tanner le dijo:

—Lea sus cartas, querida, yo se las abriré.

De pie al lado de la cama, las rasgó limpiamente con un abrecartas. Miranda, acorralada, las fue eligiendo hasta que encontró un sobre delgado con letra desconocida.

—Oh, no —dijo la señorita Tanner—, cójalas en orden, yo se las voy pasando.

Y se sentó, dispuesta a ayudar hasta el final.

Qué victoria, qué triunfo, qué felicidad estar vivo, cantaban las cartas a coro. Las firmas tenían florituras como los círculos en el aire de las notas de una corneta y formaban los nombres de aquellos a quienes más había querido. A algunos de ellos los había conocido bien y guardaba un agradable recuerdo de ellos; unos cuantos no significaban nada para ella, ni entonces ni ahora. El sobre delgado con letra desconocida era de un extraño que estaba en el mismo campamento en que había estado Adam, diciéndole que Adam había muerto

de gripe en el hospital de campaña. Adam le había pedido que si sucedía algo no dejase de comunicárselo a ella.

Si sucedía algo. No dejase de comunicárselo a ella. Si sucedía algo. «Su amigo, Adam Barclay», escribía el desconocido. Había sucedido, miró la fecha, hacía más de un mes.

—Llevo aquí mucho tiempo, ¿verdad? —le preguntó a la señorita Tanner, que estaba doblando las cartas y volviendo a meterlas en sus sobres.

—Oh, bastante tiempo —contestó la señorita Tanner—, pero muy pronto estará lista para marcharse. Pero debe cuidarse y no excederse, y debería volver de vez en cuando para que la examinemos porque a veces las secuelas son muy…

Miranda, sentada ante el espejo, escribió cuidadosamente: «Un lápiz de labios, mediano, un frasco de una onza de perfume Bois d'Hiver, un par de guantes de manopla de ante gris sin trabillas, dos pares de medias finas grises sin talón…».

Towney, leyendo por encima de su hombro, dijo:

—¿Todo sin algo para que sea casi imposible de encontrar?

—Inténtalo de todas formas —dijo Miranda—, son más bonitas sin. Un bastón de madera plateada con mango de plata.

—Eso será caro —le advirtió Townsend—. Andar no cuesta nada.

—Tienes razón —dijo Miranda.

Y escribió en el margen: «Que sea bonito y haga juego con las otras cosas. Pídele a Chuck que lo busque, Mary. Bonito y no demasiado pesado». Lázaro, levántate y anda. No a menos que me traigas mi sombrero de copa y mi bastón. Entonces quédate donde estás, condenado esnob. De eso nada. Voy a levantarme y andar. «Un tarro de crema hidratante —escribió Miranda—, una cajita de polvos color albaricoque y…».

—Mary, no necesito sombra de ojos, ¿verdad? —Echó una ojeada a su cara en el espejo y apartó la vista—. Nadie tendrá por qué compadecer a este cadáver si lo maquillamos con mucho arte.

—Dentro de una semana no te reconocerás —dijo Mary Townsend.

—¿Crees que podría recuperar mi antigua habitación, Mary? —preguntó Miranda.

—Creo que será fácil —dijo Mary—. Dejamos todas tus cosas almacenadas allí con la señorita Hobbe.

Miranda se asombró una vez más del tiempo que dedicaban los vivos y las molestias que se tomaban para ayudar a los muertos que no estaban del todo muertos, se tranquilizó; ahora tengo un pie en cada mundo, pronto

cruzaré y estaré en casa otra vez. La luz parecerá real y me alegraré cuando oiga que alguien que conozco ha escapado a la muerte. Visitaré a los que han logrado huir de ella y les ayudaré a vestirse, y les diré cuánta suerte tienen y cuánta suerte tengo yo por tenerlos. Mary volverá pronto con mis guantes y mi bastón. Debo irme ya, debo empezar a despedirme de la señorita Tanner y del doctor Hildesheim. Adam, dijo, ya no es necesario que mueras de nuevo, pero todavía desearía que estuvieses aquí, desearía que hubieses regresado, ¿para qué crees que he regresado yo, Adam, para recibir semejante engaño?

Y de inmediato él se presentó allí, a su lado, invisible pero apremiante, un fantasma pero más vivo que ella; el último intolerable engaño de su corazón, porque, aun sabiendo que era falso, se aferraba a la mentira, la imperdonable mentira de su amargo deseo. Se dijo: «Te quiero», y se puso en pie temblando, tratando de hacerle aparecer ante sí sólo por un puro acto de su voluntad. Si pudiera levantarte de la tumba, lo haría, dijo, si pudiera ver tu fantasma, diría… Creo…

—Creo —dijo en voz alta—. Oh, déjame verte una vez más.

La habitación estaba silenciosa, vacía, la sombra había desaparecido, se había puesto en fuga por la repentina violencia de su gesto al levantarse y hablar en voz alta. Volvió en sí como si saliera de un sueño. Oh, no, esa no es la manera, no debo hacer eso nunca, se advirtió a sí misma.

—Su taxi la está esperando, querida —dijo la señorita Tanner.

Y allí estaba Mary. Lista para partir.

No más guerras, no más plagas, sólo el aturdido silencio que sigue al cese de los pesados cañones; las casas sin ruidos con las persianas bajadas, la luz fría y muerta del mañana. Ahora habría tiempo para todo.

La torre inclinada y otros cuentos

El viejo orden

La fuente

Una vez al año, a principios del verano, al terminar las clases y cuando ya iban a enviar los chicos a la granja, la abuela comenzaba a suspirar por el campo. Con aire de ternura, como si se interesara por uno de sus nietos preferidos, formulaba preguntas sobre las cosechas, se imaginaba qué hortalizas estaban plantando los negros y se preocupaba por el estado de los animales. De vez en cuando observaba: «Empiezo a sentir la necesidad de un pequeño cambio y también de un descanso». Lo decía con un vago tono tranquilizador, como si intentara convencer a alguien de que, en realidad, sus palabras no significaban que estuviera dispuesta a abandonar ni un solo momento la firme dirección de los asuntos familiares. Su teoría favorita era que el cambio de ocupación es de por sí una manera, probablemente la mejor, de descansar. Sus tres nietos comenzaban a advertir en la casa la sutil e inequívoca agitación que precedía a la partida. Su hijo, el padre de los chiquillos, adoptaba aquel aire de resignada paciencia con el que apenas lograba disimular su fastidio ante la perspectiva de los trastornos que habría de soportar en la granja. «¡Vamos, Harry! ¡Vamos, Harry!», lo amonestaba su madre, porque ella jamás se engañaba con sus actitudes.

En realidad, él no esperaba que se engañase. La abuela intentaba entonces aplacarlo preguntándose engañosamente si, después de todo, era aconsejable que ella se fuera, cuando aún quedaban tantas cosas por hacer allí. Gozaba anticipando la dicha de respirar el aire del campo. Siempre se

imaginaba caminando con sosiego bajo la sombra de los huertos, observando cómo maduraban los duraznos. Hablaba con anhelo de la poda de los rosales o del cuidado de los arriates de madreselvas con sus propias manos. Ponía en las maletas sus faldas negras de verano, sus finas chaquetas blanquinegras y rescataba un sombrero pastoril de paja de ala ancha, algo maltrecho, que ella misma había trenzado justo después de la guerra. Se lo probaba frente al espejo volviendo la cabeza a un lado y a otro con ojo crítico y afirmaba que resultaría muy práctico para el sol. Siempre lo llevaba consigo, pero nunca lo usaba. En su lugar, se ponía una gorra tiesa y almidonada de batista blanca, con una copa abotonada a su ala estrecha. Y ahí quedaba plantada, con sus largas tiras que colgaban rígidas, con coquetería en lo alto de su cabeza y dando la impresión de que iba a echarse a volar. Debajo de aquel tocado su anciano rostro pálido, de rasgos trazados con firmeza, mostraba una calma majestuosa.

En los albores de la primavera, cuando el duraznero salvaje apoyado en el muro de la casa de la ciudad comenzaba a florecer, ella comentaba: «He plantado cinco huertos en tres estados y ahora sólo veo un árbol en flor». Una suave y gozosa melancolía la envolvía entonces; por un momento permanecía muy quieta, con los ojos fijos en el único árbol, mientras imaginaba todos sus amados árboles cubiertos de capullos, en plena floración, listos para ofrecer sus frutos en los distintos huertos que había tenido.

La abuela dejaba a la tía Nannie, otrora niñera de sus hijos, a cargo de la casa de la ciudad, y emprendía el viaje.

Si la partida era una maravillosa aventura para los niños, la llegada a la granja era todo un acontecimiento para la abuela. Hinry acudía corriendo para abrir el portón; su cara negra como el carbón estallaba en una sonrisa y su voz se adelantaba a sus presurosos pasos: «¡Cómo está, señorita Sophia Jane!», exclamaba sin fijarse siquiera en que el faetón rebosaba de otros miembros de la familia. Los caballos entraban con un trote lento, los ijares zarandeados y palpitantes; la abuela distribuía saludos con su voz más festiva, mientras se apeaba, rodeada por los suyos, con la misma agitación que sentía en sus viajes en tren, pero poseída por una indefinible sensación de regreso al hogar, no a la casa, sino a la tierra negra, rica y blanda, y a las gentes que allí vivían. Sin quitarse su cofia de viuda, de la que colgaba un largo velo, entraba directamente en la casa y observaba sin demora que todo estaba en desorden. Pasaba luego a los patios y jardines y contemplaba las cosas en silencio, y de inmediato planeaba cambios. Camino abajo, por el sendero que discurría

junto a los establos, echaba una ojeada al interior de estos y a su alrededor, con una mirada de firme e intencionada censura. A continuación inspeccionaba el cañaveral de la izquierda, los henares de la derecha, hasta que llegaba a la hilera de cabañas de los negros, que corría junto al seto de naranjos de Osage.

Aceleraba el paso y, con un simpático saludo para todos que de ninguna manera prometía la exención del próximo enojo, entraba en sus cocinas, husmeaba dentro de las cacerolas, los hornos, los estantes de las alacenas y hasta la más pequeña grieta y el rincón más escondido, mientras Littie, Dicey, Hinry, Bumper y Keg la seguían, tratando de explicarle que las cosas estaban un poco desordenadas porque habían tenido mucho trabajo en el exterior y no habían podido arreglar todo como hubieran querido, pero que lo harían inmediatamente.

Sin duda cumplirían su palabra, como muy bien sabía la abuela. En el breve lapso de una hora alguien habría partido en el carretón con una orden de comprar cal para enlucir, muchos litros de queroseno y un poco de ácido fénico y polvos insecticidas. Del lavadero saldría abundante lejía hecha en casa y entonces empezaría el frenesí. Se vaciaban los colchones de su relleno de paja de maíz, se hervía la tela y se enviaba a cada negrito del lugar a recoger una nueva provisión de paja. Cada choza era blanqueada cuidadosamente. Se fregaban arcones y armarios, se barnizaban camas y sillas, se sacaban a la luz las colchas sucias, que se hervían en una gran artesa de hierro y se tendían al sol; el alboroto se convertía de inmediato en la gran celebración anual. Las mujeres negras se ponían manos a la obra y confeccionaban camisas nuevas para los hombres y chiquillos, y vestidos y delantales de algodón para ellas. Todo aquel que deseaba presentar alguna queja aprovechaba la oportunidad. El señor Harry ha olvidado por completo comprarle zapatos a Hinry; mire a Hinry. Hinry ha ido así, descalzo, durante todo el invierno. El señor Miller (un hombre de barba y bigotes pelirrojos), que ocupaba una indefinida posición entre el cargo de capataz, cuando Harry se ausentaba, y el cargo de simple jornalero, cuando Harry se encontraba presente, había sido increíblemente tacaño con ellos durante todo el invierno, en todas las cosas imaginables: poco maíz, ni la mitad del tocino necesario, poca madera, poco de todo. Littie había reclamado algo de azúcar para su café. ¿Usted cree que el señor Miller se lo dio? No. El señor Miller dijo que nadie necesita azúcar en el café. Hinry afirmaba que el señor Miller jamás ponía azúcar en su propio café, porque era demasiado tacaño. Boosker, la pequeña de tres años, tenía dolor de oídos; la señorita Carleton le puso

láudano y desde entonces la niña se comportaba como si estuviera sorda. El caballo negro que había comprado el señor Harry el otoño pasado, enloqueció, saltó una cerca de alambre de púas y se destrozó el pecho; desde entonces no andaba nada bien. Todos esos inconvenientes y muchos otros semejantes debían ser atendidos sin demora y, una vez resueltos, la atención de la abuela se volvía a la casa principal, que debía ser sometida a una limpieza general. Se abrían las enormes bibliotecas acristaladas y se quitaba el polvo y se volvían a guardar con cuidado las viejas y gastadas colecciones de Dickens, Scott, Thackeray, el diccionario del doctor Johnson, los volúmenes de Pope y Milton, de Dante y de Shakespeare. Caían las cortinas en deslucidos montones y volvían a subir tiesas y perfumadas. Las alfombras se apilaban en una polvorienta confusión para volver a cubrir los suelos, estiradas y alegres, luciendo sus flores de nuevo. La cocina dejaba de ser un lugar oscuro, sucio y desolado para convertirse en un centro de orden celestial donde resultaba tentador entretenerse.

Después los establos, los cobertizos donde se ahumaba la carne, el sótano donde se almacenaban las patatas, los jardines y todos los árboles, enredaderas o arbustos, recibían el mismo toque renovador. La actividad continuaba durante dos semanas, con la abuela en calidad de capataz incansable, justa y eficiente de todas las criaturas que habitaban en aquel lugar. Los chiquillos corrían como salvajes al aire libre, pero no de la misma manera como lo hacían cuando la abuela no estaba allí. Todos los días, al llegar la hora en que los perseguían y capturaban, eran lavados y vestidos con ropa limpia. Luego eran obligados a comer lo que se les ponía delante sin que valieran protestas y los metían en la cama a su debido tiempo sin chistar. Los niños adoraban a su abuela. Para ellos era como la única realidad en un mundo que, faltando ella, les parecía desprovisto de autoridad o refugio, ya que su madre había muerto hacía tanto que sólo la mayor de las niñas la recordaba vagamente. Pero también tenían la sensación de que la anciana era tiránica y deseaban liberarse de ella. Por eso se mostraban encantados cuando, un día determinado, a manera de señal de que su estancia tocaba a su fin, la abuela se dirigía a la dehesa en busca de su viejo caballo de silla, Fiddler.

Este había sido otrora un hermoso y cabal caballo de paseo, pero ya era sólo una vieja gloria, agotado y abatido, con las quijadas canosas, que se pasaba la vida buscando con sus belfos colgantes briznas tiernas de pasto o aceptando con prudencia los terrones de azúcar entre sus dientes flojos. A nadie prestaba atención, excepto a la abuela. Cada verano, cuando ella se dirigía a su potrero y lo llamaba, él acudía vacilante y en sus ojos velados casi

se encendía una pálida luz. Los dos viejos se saludaban con afecto. La abuela siempre trataba a sus animales amigos como si fueran seres humanos temporalmente metamorfoseados, pero a los que no debía eximirse, por tal accidente, de los deberes relacionados con su condición. Hacía ensillar a Fiddler con la vieja montura para cabalgar sentada (sus pequeñas nietas lo hacían a horcajadas y en ellas no le parecía inadecuado), y montaba apoyando el pie en la mano curvada del tío Jimbilly. Fiddler recordaba su juventud y rompía a correr con un galope envarado, y allá iba la abuela, con sus cintas de crespón y su falda de amazona pasada de moda flotando al viento. Siempre regresaban al paso, la anciana tiesa en la silla como una espada, sonriente, con aire de triunfo. Tras desmontar en la cuadra sin ayuda de nadie, palmeaba cariñosamente a Fiddler en el cuello antes de entregárselo al tío Jimbilly y se alejaba llevando con arrogancia la cola de su traje en el brazo.

Aquel galope anual era muy importante para la anciana. Era una prueba de que su fuerza y su energía no disminuían. Fiddler podía tropezar en cualquier momento, la abuela nunca. Decía: «Al pobre Fiddler se le están envejeciendo las rodillas», o bien: «Este año apenas tiene aliento», pero ella seguía caminando con soltura y respirando con la facilidad de siempre o, al menos, así prefería creerlo.

Esa misma tarde o al día siguiente, ya sin tener ningún trabajo entre manos, daba su tranquila y largamente prometida caminata por los huertos, en compañía de sus nietos, que se adelantaban a la carrera para volver después a su lado. Marchaba en completo abandono con las manos entrelazadas. La falda que se arrastraba y recogía ramitas a su paso o hacía rodar pequeños guijarros, iba trazando un tenue sendero detrás de ella. Con el blanco sombrero ladeado sobre un ojo, lucía una sonrisa absorta e inmóvil en los labios y su mirada aguda no perdía el menor detalle. Ese paseo solía terminar con el envío de Hinry o Jimbilly a los huertos para que realizaran alguna insignificante pero indispensable mejora.

Repentinamente la asaltaba con fuerza el pensamiento de que ella se quedaba holgazaneando, mientras había tanto que hacer en la casa de la ciudad… Echaba entonces una última ojeada a todo, impartía instrucciones y consejos, se despedía y prodigaba bendiciones. Luego se aprestaba a partir, con esa extraña mirada de quien se aleja para siempre, y entraba en la casa de la ciudad con el mismo aire de regreso al hogar que había adoptado al llegar al campo, en medio de un torbellino de saludos y enhorabuenas, como si hubiese estado ausente medio año. Sin perder un instante se ponía a trabajar

para restaurar el orden que, sin duda alguna, se había ido al diablo durante su ausencia.

El viaje

En sus últimos años de vida, la abuela y la vieja Nannie solían sentarse juntas algunas horas todos los días y se dedicaban a su costura. Compartían la pasión por cortar los restos de las galas familiares, atesorados durante cincuenta años, en tiras y triángulos, unirlos en una labor de remiendo cuidadosamente desordenada y perfilar cada trozo de terciopelo, satén o tafetán, con un cordón de hilados de seda de color limón. De esta manera habían confeccionado suficientes colchas y forros de canapés, tapetes de mesa y peinadores de tocador para abastecer a varias casas. Una vez terminada, cada pieza era cubierta con seda amarilla, doblada con cuidado y guardada en un baúl, para no ver nunca más la luz del día. La abuela era la bisnieta del más famoso pionero de Kentucky, quien se había dado mucha maña para fabricar de forma muy competente un rodillo de cocina para su mujer mientras exploraba el territorio. Ese rodillo de cocina era un tesoro irreemplazable para la abuela. Lo cubrió con una labor de recortes extraordinariamente complicada, colocó borlas en las puntas y lo colgó en un lugar conspicuo de su habitación. La abuela era hija de un heroico capitán de la guerra de 1812. Guardaba sus navajas de afeitar en una caja de piel de zapa, donde también atesoraba un daguerrotipo con aspecto muy severo, tomado en su vejez, con el mentón sobre un alto corbatín y el negro chaleco de satén bien plantado y tieso sobre un pecho militar arrogante todavía. La abuela cubrió la caja de piel de zapa con otra también hecha de recortes y confeccionó una especie de sobre con terciopelo y satén de color violeta unidos con un cordón bordado para guardar el retrato, lo que supuso un gran alivio para sus nietos, que habían llegado a esa edad difícil en que las extravagancias pasadas de moda de la abuela les causaban un profundo malestar.

En verano, las dos mujeres se sentaban bajo los árboles de las especies más variadas del jardín lateral, desde donde se dominaba el ala del este, las galerías del frente y del fondo, buena parte del jardín anterior y una esquina del bosquecillo de higueras. La elección de aquel sitio formaba parte de su

estrategia doméstica; desde allí, muy poco se les escapaba. Una mirada de vez en cuando les servía para mantenerlas bien informadas de todo lo que ocurría en el lugar. Cierto es que no vieron a Miranda el día en que arrancó de raíz todo el arriate de plantas de menta para dárselo a una agradable joven desconocida que se había detenido para pedirle una ramita fresca. Tampoco supieron jamás quién había robado las granadas gigantes que crecían junto a la cerca ni pudieron impedir que Paul se quemara mientras hacía experimentos con un soplete en miniatura, si bien llegaron a la escena del siniestro a tiempo para extinguir el fuego con alfombras, untar al muchacho con aceite y amonestarlo. Jamás descubrieron a Maria cuando trepaba a los árboles (manía que estaba obligada a satisfacer, pues de lo contrario se consumía de impaciencia) porque escogía los más altos ubicados en el lado opuesto de la casa. Pero esos accidentes representaban una parte tan mínima de la ronda perpetua de acontecimientos que ellas no se sentían derrotadas ni pensaban que su estrategia había fracasado. El verano, en muchos aspectos una estación tan deseable, tenía sus desventajas. Los chicos estaban en todas partes al mismo tiempo y a los negros les encantaba tenderse bajo la arboleda detrás de los establos para jugar al *seven-up* y comer sandía. La casa de veraneo estaba en una población pequeña a escasos kilómetros de la granja, un compromiso entre la casa de la ciudad, rigurosamente ordenada, y la casona vieja de la granja que la abuela había hecho construir con tanto orgullo superando muchas penurias. Según la abuela, no tenía ninguna de las ventajas de la ciudad ni del campo, pero sí todos los inconvenientes e incomodidades de ambos. Aun así a los niños les gustaba. Durante los inviernos en la ciudad toda la chiquillería se sentaba en la habitación de la abuela, un cuarto enorme y cuadrado, con una pequeña chimenea de carbón. Todos los sonidos de la vida doméstica parecían converger allí, repercutir, alejarse y regresar. La abuela y la tía Nannie conocían tan bien el complicado código de ruidos, que podían interpretarlo y comentarlo con un simple intercambio de miradas, un alzamiento de cejas o una pausa casi imperceptible en su charla.

Las dos viejas conversaban sobre el pasado, en realidad siempre hablaban del pasado. Aun el futuro parecía una cosa ida y acabada cuando ellas se referían a él. No parecía una prolongación del pasado, sino su repetición. Coincidían en que nada quedaba de la vida que ellas habían conocido y en que el mundo cambiaba con rapidez, no obstante lo cual, por la misteriosa lógica de la esperanza, insistían en que cada mutación sería probablemente la última o que, de lo contrario, una serie de cambios conduciría por fortuna a cerrar por completo el ciclo y provocar el

renacimiento de las antiguas costumbres. ¡A saber por qué añoraban tanto su pasado! Había sido amargo para las dos. Muchas veces indagaban la causa de la pesada ley que regía cada uno de sus días, pero sin rebelarse y sin esperar una respuesta. El hilo inalterable de interrogación que tejían sus mentes no encerraba la menor duda con respecto a la rectitud y justicia finales de las leyes básicas de la existencia humana, estando como estaban fundadas en el proyecto divino, pero no dejaban de cavilar y de vez en cuando una sugería a la otra el desasosiego de su corazón, preguntando cómo podían haberse edificado y mantenido sobre semejantes cimientos, tanto dolor y confusión. El papel de la abuela era representar la autoridad y lo sabía. Su misión consistía en distribuir las actividades, animar o frenar cuando era necesario, enseñar la moral, los modales y la religión, castigar y premiar a todos los miembros de su casa de acuerdo con un código establecido. Escondía sus propias dudas y vacilaciones como si fuera también parte de su deber, como se recordaba a sí misma con frecuencia. La vieja Nannie no tenía la menor idea sobre el lugar que ella misma ocupaba en el mundo. Le había sido asignado antes del nacimiento y, en cuanto a su régimen diario de vida, durante toda su existencia había obedecido la autoridad más próxima a ella.

Las dos ancianas hablaban de Dios, del cielo, del proyecto de plantar un seto de rosales, de los nuevos métodos para conservar las frutas y las verduras, de la eternidad y de su esperanza mutua en que podrían vivirla juntas con toda dicha. A menudo un retazo de seda que caía entre sus manos las embarcaba en largas reminiscencias familiares. Siempre se divertían comprobando que sus memorias funcionaban de manera distinta en temas tan importantes. Nannie era capaz de recordar los nombres a la perfección. Podía decir qué tiempo había hecho en todas las ocasiones trascendentes, qué vestidos habían llevado ciertas damas, cuán elegantes le habían parecido determinados caballeros, qué se había servido de comer y beber. La abuela almacenaba muchas fechas en su mente pero ningún recuerdo se adhería a ellas. Su recuerdo de los acontecimientos era algo aparte, que flotaba más allá del tiempo. Por ejemplo, el 26 de agosto de 1871, había sido un día memorable para ella. Entonces se dijo que jamás lo olvidaría. Por supuesto, lo recordaba muy bien, pero no tenía la más ligera idea de lo que había ocurrido para fijarlo en su memoria. Nannie no era ninguna ayuda en ese aspecto porque no servía para las fechas. Desconocía el año de su nacimiento y jamás habría tenido un día de cumpleaños si la abuela, cuando aún era la señorita Sophia Jane y tenía diez años, no hubiera abierto un almanaque al azar y, con los ojos cerrados, marcado una fecha con una pluma. Así, a partir de ese

momento, el 11 de junio fue el cumpleaños de Nannie y en cuanto al año la señorita Sophia Jane decidió que sería 1827, el año de su propio nacimiento, de modo que Nannie resultó ser sólo tres meses más joven que su ama. Inmediatamente, Sophia Jane inscribió la fecha de nacimiento de Nannie en la Biblia familiar debajo de la suya. Con su letra alargada y cuidada, escribió: «Nannie Gay (negra)». Aunque se produjo cierto escándalo cuando lo descubrieron, la tinta ya había sido absorbida por el papel y a ninguno le trastornó tanto como para borrar la inscripción. Allí quedó, como uno de sus más simpáticos puntos de referencia.

La abuela y Nannie hablaban de religión, de la relajación del mundo de hoy día, de la decadencia de la conducta y de los chiquillos, a quienes siempre recordaban estos temas. Respecto a tales cuestiones se mostraban firmes, críticas y nada perplejas. Su educación las había provisto de una gran seguridad mental en todos los aspectos importantes de la vida y en especial en la formación de la juventud. Creían con total conformidad en el dogma de que los hijos se conciben en el pecado y se dan a luz en la iniquidad. La infancia es un largo período de instrucción y una prueba para la vida adulta, la cual, a su vez, representa una prolongada entrega al deber, severa y sin desviaciones, cuya parte más extensa ha de dedicarse a la tarea de educar a los hijos. Los jóvenes eran difíciles, desobedientes y no se cansaban de hacer lo que no debían; capaces de volverse rebeldes y descuidados en el cumplimiento de sus obligaciones a medida que crecían, pese a todo cuanto se hizo o se intentó hacer por ellos. Por eso, de vez en cuando, al contemplar su obra acabada, ambas sentían surgir en su interior pequeñas y dolorosas dudas. Nannie no podía sufrir a sus modernísimos nietos. «Un lote de perezosos e incapaces, escoria lisa y llana, señorita Sophia Jane. No puedo entenderlo, después de la educación que han recibido».

La abuela los defendía y despreciaba a su segunda generación, también con toda su alma y sinceridad, porque encontraba graves faltas en sus nietos, a los que Nannie defendía cuando llegaba su turno: «Cuando son pequeños le pisotean los pies y, cuando crecen, le pisotean el corazón». Lo mismo podía decirse de los niños de cualquier generación, pero aquel tema no dejaba de resultarles fascinante. Lo repetían una y otra vez con miles de pequeñas variaciones, siempre añadiendo un ejemplo extraído de entre sus propios amigos o de los mismos miembros de la familia que demostraba sus puntos de vista. Por lo demás ya poseían bastante material propio. La abuela había tenido once hijos y Nannie trece. Ambas se jactaban de ello. La abuela decía: «Soy madre de once niños», con un tono de ligero asombro, como si no

esperara que le creyesen o no pudiera creerlo ella misma. Aún podía llamar a nueve de ellos. Nannie, en cambio, había perdido a diez. Todos habían sido enterrados en Kentucky. Jamás dudaba o esperaba que alguien dudase de que tenía hijos. Su jactancia era de otro orden: «¡Trece! —exclamaba con voz consternada—. Así es, mi Señor y Redentor, ¡trece!».

La amistad entre las dos ancianas había comenzado en los lejanos días de su infancia y se basaba en lo que aun para ellas parecían sucesos casi míticos. La señorita Sophia Jane, una niña formal y mimada de cinco años, con apretados tirabuzones negros que le rizaban todos los días con una vara, blancos calzones de crinolina muy planchados y blusa ajustada, había corrido al encuentro de su padre, quien regresaba de un viaje destinado a la compra de caballos y negros. Sentada en su brazo y rodeándole el cuello, había observado las carretas en su camino a los establos y cuadras. En el suelo de la primera había dos negros, hombre y mujer, que sostenían a una chiquilla negra, flaca y medio desnuda, con una cabeza enorme redonda y unos ojillos de mono, brillantes y de mirada fija. La pequeña tenía un vientre enorme y sus brazos eran como palos desde la muñeca al hombro. Se aferraba a sus padres, con sus dedos pequeños, marchitos y negros, una mano en cada uno.

«Quiero el monito —pidió Sophia Jane a su papá, mientras frotaba la nariz contra su mejilla—. Lo quiero para jugar».

Detrás de cada carreta marchaban dos caballos atados, pero en la segunda había un poni peludo y pequeño, con una mata de crin sobre los ojos, una larga cola semejante a un cepillo y un cuerpo redondo y duro como un barril. Estaba hundido en la paja hasta las rodillas y asegurado firmemente a un pesebre. Un negro sostenía las riendas. «¿Lo ves? —le preguntó su padre —. Es para ti. Ha llegado la hora de que aprendas a montar».

Sophia Jane casi saltó de los brazos de su padre impulsada por la alegría. Al día siguiente, casi no pudo reconocer ni a su poni ni a su monito, el uno esquilado y peinado, el otro limpio con un vestido nuevo de algodón azul. Durante un tiempo, le fue casi imposible decidir a cuál de los dos quería más, si a Nannie o a Fiddler, pero Fiddler no le duró mucho; la niña lo sobrepasó en estatura al cabo de un año y vio sin pena que el animal pasaba a poder de un hermano menor, si bien no le permitió que continuara llamándolo Fiddler. Sophia Jane reservó el nombre para una larga serie de caballos de silla de su propiedad. Había bautizado así al primero en honor de Fiddler Gay, un viejo negro que componía música para bailes y fiestas. En cambio, hubo una sola Nannie y le duró mucho. Durante toda su vida permanecieron juntas y su

relación no fue tanto producto del afecto entre ambas como de su simple incapacidad de imaginarse la una sin la otra.

Nannie recordaba muy bien haber estado en una plataforma baja, junto a la fachada de un gran edificio, en un lugar amplio y bullicioso. Era la primera ciudad que había visto en su vida. La acompañaban su padre y su madre y estaban rodeados por una densa multitud. Había varios grupos de negros que se acurrucaban unos contra los otros y hombres blancos que de vez en cuando los movían de un lado a otro. Nunca había visto esas caras antes ni jamás las volvió a ver. Recordaba que debió de ser en verano, pues ella no temblaba de frío vestida sólo con su camisa de algodón. Entre otros detalles, el trasero le ardía todavía porque alguien (podría haber sido su madre) la había zurrado antes de que subieran a la plataforma para recordarle que debía estarse quieta. Su padre y su madre eran jornaleros y jamás habían vivido en casa de blancos. Un caballero alto, con una cara larga y estrecha y una gran nariz ganchuda, que llevaba una chaqueta azul de solapa ancha y unos pantalones muy largos de color claro (Nannie podía cerrar los ojos e imaginarlo perfectamente, tal como se le presentó ese día) se acercó a ellos de repente en un momento en que se producía una gran bulla. El hombre de rostro rojizo que estaba de pie en una pequeña tribuna al lado de los negros gritaba y zumbaba al tiempo que agitaba los brazos y señalaba a los padres de Nannie. De vez en cuando, el caballero alto alzaba un dedo, sin echar una sola mirada a los negros que se hallaban en la plataforma. De súbito, el griterío cesó, el caballero alto avanzó y les dijo al padre y a la madre de Nannie:

—¡Bien, Eph! ¡Bien, Steeny! El señor Jimmerson vendrá a buscarlos dentro de un minuto. —Luego pinchó a Nannie en el estómago con un grueso índice enguantado y le comentó al subastador—: Es un potrillo inútil. Me podría haber dado a esta de propina.

—Un artículo de escaso valor por el momento, señor, estoy de acuerdo con usted —repuso el hombre—, pero crecerá. En cuanto a la pareja, no logrará encontrar nada mejor, se lo juro.

—Les he tenido puesto el ojo durante años —replicó el caballero alto, y se alejó.

Mientras se marchaba, hizo señas a un individuo gordo que estaba sentado en una carreta y escupía enormes cantidades de tabaco de mascar. El hombre gordo se puso en pie y se acercó a Nannie y sus padres.

Nannie había sido vendida por veinte dólares, una cantidad de dinero que era más bien un regalo que un precio. Con el tiempo, se enteró de que un esclavo de primera calidad a veces costaba más de mil dólares. Vivió lo

bastante para oír a los esclavos jactarse de su precio. No supo cuán poco se había pagado por ella en la venta hasta que su propia madre se lo echó en cara con sarcasmo. La escena ocurrió cuando Nannie se instaló para siempre en la casa grande, mientras su madre y su padre permanecieron en el campo. Ambos vivieron, trabajaron y murieron allí. Un buen tratamiento había curado a la niña de su vientre agigantado y Nannie floreció gracias a la comida abundante y a cierta bondad, quizá no tan indulgente como la que se otorgaba a los cachorros, pero que superaba sin embargo su idea de la buena suerte.

Las ancianas solían comentar cuán extrañamente acontecen los hechos en esta vida. El primer propietario de Nannie y de sus padres, según contaba el padre de Sophia Jane, se había vuelto loco por las oportunidades que ofrecía Texas. En 1832 la región parecía una nueva tierra prometida. A fin de reunir el dinero necesario para adquirir una franja de tierra de unos treinta kilómetros cuadrados en el sudoeste de Texas el hombre vendió en Kentucky su granja y cuatro esclavos. Luego se estableció en aquel lugar con su mujer y sus dos hijos y no hubo más noticias de él durante años. Cuando la abuela llegó a Texas cuarenta años más tarde, lo encontró transformado en un próspero ranchero y juez de distrito. Mucho después, el hijo más joven de la abuela conoció a su nieta, se enamoró de ella y se casaron, todo en tres meses.

El juez, quien por entonces tenía ochenta y cinco años, montó mucho alboroto y se mostró muy alegre el día de la boda. Su aliento olía a licor de maíz, juraba por Dios a cada instante y se exaltaba hablando de los buenos tiempos pasados en Kentucky. La abuela le mostró a Nannie.

—¿La reconoce? —le preguntó.

—¡Dios Todopoderoso! —vociferó el juez—. ¿Esta es aquel potrillo inútil que vendí a su padre por veinte dólares? ¡En aquella época veinte dólares me parecían una fortuna!

Mientras la familia traqueteaba de regreso al hogar por la empinada carretera rocosa, en el largo trayecto desde San Marcos a Austin, Nannie expresó por fin su resentimiento.

—Considero que un juez debería haber mostrado más educación —dijo con voz tenebrosa—. Creo que no le importó herir los sentimientos de un ser humano.

La abuela, acurrucada en un rincón del asiento posterior del viejo faetón, envuelta en su gastada pelliza de piel de foca que lucía un color ratón en los bordes, con los ojos cerrados y las manos firmemente apretadas, se hallaba entregada una vez más a la tarea de reconciliarse con la pérdida de un hijo y,

como siempre, por culpa de una muchacha y de una familia a las cuales no podía otorgar su total aprobación. No es que hubiera nada gravemente objetable contra cualquiera de ellos. Sólo que… bien, ella se sorprendía sobremanera de los gustos de sus hijos. ¿Qué había encontrado cada uno de ellos en la mujer que había escogido? La abuela había guardado en su mente, desde muy atrás, la imagen del tipo de mujer que sus hijos necesitaban y había tratado de lograr mejores matrimonios que los que hicieron por sí mismos. A los muchachos les había molestado que su madre se metiera en lo que consideraban asuntos estrictamente personales. La abuela no advertía que había mimado a su hijo menor hasta tal extremo que el joven se había convertido en un hombre que resultaría inadecuado como marido y ni de lejos sería un buen esposo. Había algo en su nueva nuera, una chica alta, elegante y de aspecto seguro, con un modo muy directo de hablar, caminar y conversar, que hacía suponer que los días gloriosos del bebé consentido habían llegado a su término. La abuela se sintió profundamente disgustada al comprobar con cuánta seguridad se había comportado la novia, que hasta el último detalle había impuesto su propio gusto en todos los aspectos de la boda, la forma en que miraba a su flamante marido, con ojos tranquilos, penetrantes y divertidos, como si ya lo hubiera medido y clasificado. En el banquete mismo había sugerido que su ideal de luna de miel era seguir el carromato de provisiones en los rodeos y ayudar en la tarea de marcar el ganado en el rancho de su padre. Por supuesto, pudo haber bromeado. Pero de todos modos era una muchacha muy del Oeste, demasiado moderna, algo así como la mujer «nueva» que estaba comenzando a moverse con libertad, a exigir el voto y a abandonar su hogar para lanzarse al mundo y ganarse la vida…

El cuerpo delgado de la abuela se estremeció hasta los huesos al pensar en esas mujeres tan masculinas. Con sobresalto, emergió de esa sombría ensoñación de pensamientos agoreros que le dejaron un gusto amargo en la boca. «No te preocupes, Nannie. Lo que ocurre es que el juez no pensó lo que decía. Es muy aficionado a las bromas».

Nannie había dormido en la cama de su patrona y había sido su compañera de juegos y su colaboradora en el trabajo. Ambas lucharon casi en términos de igualdad. Sophia Jane defendía a Nannie con fiereza contra toda disciplina que no fuera la suya. Cuando ambas cumplieron diecisiete años, la señorita Sophia Jane se casó en una boda muy alegre. La casa estaba atestada hasta el techo y cada uno de los presentes era por lo menos primo en cuarto grado del resto. Hubo cuarenta carruajes y más de doscientos caballos de los que fue necesario ocuparse durante dos días. Cuando la última rueda

desapareció camino abajo (algunos visitantes permanecieron dos semanas en la casa), la despensa y los arcones estaban medio vacíos y parecía que hubiera acampado un ejército de caballería. Unos días más tarde, Nannie se casó con un muchacho al que conocía desde su llegada a la casa y ambos fueron entregados a Sophia Jane como regalo de bodas.

La señorita Sophia Jane y Nannie comenzaron entonces su formidable y terrible carrera de procreación: un bebé aproximadamente cada dieciséis meses. Nannie alimentaba al chiquillo propio y al ajeno, y su ama, con terribles molestias suprimía su leche con vendas y licores. Cuando ambas tuvieron su cuarto hijo, Nannie estuvo a punto de morir de fiebre puerperal. Sophia Jane amamantó a los dos bebés. Bautizó al negro con el nombre de Charlie y al suyo con el nombre de Stephen y los alimentaba según un turno riguroso, sin favorecer al blanco en perjuicio del negro como Nannie se sentía obligada a hacer. Su marido se sintió ofendido y trató de prohibírselo. Su madre acudió a verla para razonar con ella. Ambos chocaron con una actitud firme y un genio muy tozudo. Por entonces, la abuela ya había comenzado a mostrar su carácter sin reservas, que era a la vez humano, justo, orgulloso y simple. Se sentía muy orgullosa por pequeñas cosas y tenía un buen número de debilidades, entre ellas, una exagerada pasión por el lujo y una tendencia a resentirse por las críticas, que se basaba en un sentimiento de la superioridad de su juicio y de su sensibilidad sobre los sentimientos de casi todos los que la rodeaban. Esta faceta la hacía muy difícil de tratar. Poseía una manera tan tranquila de mantener su propia opinión que su antagonista se convencía de que estaba dispuesta a morir, y no sólo a amenazar hacerlo, antes que ceder un palmo de terreno. Se sintió engañada por haberle hecho entregar a sus hijos a otra mujer para que los alimentara y resolvió que jamás volvería a ocurrir. Se sentaba para dar de mamar a su hijo y a su hijo de leche con un cálido placer sensual en el que jamás había ni soñado y convertía su natural alivio físico en una misión sagrada, enviada por Dios, como una enmienda de los cielos por lo que había sufrido al dar a luz… y por lo que le faltaba en el lecho matrimonial, ya que también ahí algo había fracasado. Entonces le dijo a Nannie con toda calma: «De ahora en adelante, tú alimentarás a tus hijos y yo a los míos». Y así fue. Charlie se convirtió en su favorito entre los chiquillos negros. Un día, Sophia Jane dijo a su hermana mayor, Keziah: «Ahora comprendo por qué las nodrizas negras quieren tanto a sus hijos de leche. Yo quiero muchísimo al mío». Así que Charlie fue educado en la casa como compañero de juegos de su hijo Stephen, y le eximieron de trabajos rudos durante toda su vida.

Sophia Jane había sido cortejada a prudente distancia por un joven misteriosamente atractivo, a quien ella recordaba como un arrogante chiquillo, con tirabuzones iguales a los suyos, una blusa blanca con chorreras y faldillas de tela escocesa de cuadros. Era su primo segundo y se parecía tanto a ella que muchas veces la gente creía que eran hermanos. Sus abuelos eran primos hermanos. En ciertas ocasiones, años después de su boda, Sophia Jane veía en su marido las mismas faltas que aborreciera en su hermano mayor: ausencia de ambición, incapacidad para actuar en los momentos críticos, un filosófico alejamiento de los asuntos prácticos, una tendencia a poner en marcha los proyectos para dejarlos luego perecer o ponerlos en manos de otros para que los terminaran y una profunda convicción de que cuantos se movían a su alrededor estaban obligados a sentirse felices y agradecidos de servirle. Había combatido esas fatales inclinaciones en su hermano, hizo lo propio con su marido dentro de los límites de la prudencia femenina y debió, mucho tiempo después, oponerse a ellas en dos de sus hijos y en varios de sus nietos. En ningún caso salió victoriosa, ya que aquellas criaturas egoístas, despreocupadas y nada cariñosas vivieron y murieron como habían comenzado, pero bajo la disciplina impuesta por el esfuerzo de cambiar el carácter de los demás la abuela desarrolló un portentoso carácter. Su marido compartía con ella la perspicacia. Sentía disgusto y temor por la obstinación mortal y la terquedad de su mujer, por su convicción de que sus métodos eran no sólo correctos, sino que estaban más allá de toda crítica y de que sus sentimientos eran importantes aun en el asunto más trivial y no debían ser considerados ni tratados de cualquier manera. El muchacho había desaparecido primero para ir al colegio y luego fue de un viaje a otro en el momento crítico en que ambos estaban creciendo. No pensó en él durante muchos años, y cuando lo volvió a ver olvidó de golpe cómo había sido. Sophia Jane era alegre, dulce y pudorosa, presumida y tan soñadora que sus sueños amenazaban, de vez en cuando, con arrojarla en algún misterioso frenesí prohibido. Soñaba de forma recurrente que perdía la virginidad (ella la llamaba su virtud), su solo derecho al respeto, a la consideración e incluso a la existencia y, tras un espantoso sufrimiento moral que enmascaraba por completo su experiencia física, se despertaba cubierta de un sudor helado, aterrorizada y trastornada. Había oído decir que su primo Stephen era un poco «salvaje», pero eso era de esperar. Sin duda, el joven llevaba una vida irregular y atrevida, llena de excesos masculinos, la dulce vida tenebrosa del conocimiento del mal que hacía que el pelo de Sophia Jane se erizara cuando pensaba en cómo vivía su primo. ¡Ah, la vida deliciosa, libre, maravillosa,

misteriosa y terrible de los hombres! Sophia Jane meditaba sobre ello con frecuencia. «Pequeña soñadora», la llamaban su padre o su madre cuando la sorprendían absorta en sus pensamientos, con los ojos húmedos y los labios entreabiertos en una indefinida sonrisa, inclinada sobre un bordado o un libro o con las manos caídas en el regazo y el rostro vuelto hacia una pared. Para esos momentos, había memorizado y almacenado fragmentos de noble poesía que citaba sin vacilación cuando sus padres la interrogaban por sus pensamientos. O bien rompía en un melancólico cantar que sabía que les gustaba. Entonces corría al piano y tocaba la tonada con una mano, al tiempo que decía: «Esta parte es la que más me gusta». Y así no quedaba la menor duda de que su mente había estado sumergida en la cancioncilla. Vivió de esa manera durante toda su juventud, sin entregarse jamás. Sólo después de la muerte de su marido, siendo ya una mujer madura cuyas propiedades amenazaban con descomponerse, sólo después de verse sola en una casa atestada de hijos para quienes construir una nueva existencia en otro lugar, con todas las responsabilidades del hombre pero sin ninguno de sus privilegios, emergió por fin a algo semejante a una vida honesta. Y, sin embargo, era tremendamente honesta. Siempre había sido honesta.

Sentada con Nannie a la sombra de los árboles, ya viejas y casi al final de su larga y ruda batalla con la vida, comentó, al tiempo que manoseaba un retal de satén de color marfil:

—No fue justo que mi hermana Keziah tuviera este brocado de color marfil para su traje de novia y yo sólo plumeti suizo…

—Los tiempos eran más duros cuando usted se casó, amita —observó Nannie—. Fue el año en que todas las cosechas se perdieron.

—Y creo que siguieron perdiéndose después —añadió la abuela.

—Creo que el plumeti —dijo Nannie— era lo que se llevaba cuando usted se casó.

—Nunca me preocupó ese asunto —concluyó la abuela.

Nannie, nacida en la esclavitud, se alegraba mucho al pensar que no moriría esclava. No la hería tanto su estado como la palabra que lo describía. El término «emancipación» le sonaba muy dulce. No es que hubiera cambiado su forma de vivir en ningún aspecto concreto, pero se mostraba orgullosa de haber podido decir a su ama: «Estoy dispuesta a permanecer con usted tanto tiempo como usted me quiera». Sin embargo, la emancipación pareció rectificar un error que llevaba clavado en el corazón como una espina. No lograba entender por qué Dios, a quien tanto amaba, había considerado justo

el ser tan duro con toda una raza, por el solo hecho de tener un determinado color de piel. Conversaba sobre el tema con Sophia Jane. Muchas veces. La abuela se mostraba enérgica y testaruda con respecto a ese tema: «¡Tonterías! Te digo que Dios no sabe si una piel es blanca o negra. Él sólo ve las almas. No trates de buscarle tres pies al gato, Nannie. Por supuesto que irás al cielo».

Nannie ponía entonces de manifiesto la lógica rudimentaria de una mente sin formación alguna. Se preguntaba, de un modo simple y libre de resentimiento, si Dios, que había sido tan cruel con los negros en la tierra, no seguiría siéndolo en el otro mundo. La señorita Sophia Jane experimentaba un gran placer en reconfortarla, como si ella, que era la responsable de Nannie en cuerpo y alma en esta vida, también pudiera ser su protectora el día del Juicio Final.

La señorita Sophia Jane había aceptado todas las responsabilidades de su enmarañado mundo, medio blanco y medio negro, en el que la mezcla se acentuaba y la confusión se hacía cada vez más profunda. ¡Había siempre tantos hombres jóvenes en el lugar, cuñados, primos hermanos, primos segundos, sobrinos…! Llegaban en tren de visita y se quedaban, pero ella no les podía exigir a ellos que le rindieran cuentas ni podía vigilarlos en sus costumbres silenciosas y tenaces. Sophia Jane aprendió muy pronto a guardar silencio y a no expresar ni el menor disgusto, no obstante lo cual, según contó años más tarde a su nieta mayor, cada vez que nacía un bebé en los barracones de los negros, un bebé rosado como un gusano, retenía el aliento durante tres días a la espera de que el recién nacido se volviera de color negro después del tiempo apropiado… Aquello le producía semejante tensión que terminó sintiendo un profundo desdén por los hombres. No podía evitarlo, los despreciaba. Los despreciaba y era gobernada por ellos. Su marido había dilapidado su dote y sus propiedades en alocadas inversiones en territorios extraños, como Luisiana y Texas, y ella había contemplado sin rechistar cómo él derrochaba su hacienda como un vulgar jugador. Sentía que ella había sabido llevar sus negocios obteniendo beneficios, pero las actividades que le correspondían por naturaleza estaban en otra parte y era prerrogativa del hombre el tomar todas las decisiones y disponer del dinero. Cuando Sophia Jane tomó las riendas, sus hijos la convencieron en favor de tal o cual empresa o inversión. Contra su propio juicio y voluntad, había aceptado sus consejos y, entre todos, se las arreglaron para destruir la fortaleza que ella construyera para el futuro de su familia. Su madre les inició en la vida y volvieron a ella siempre que la necesitaron, pero se enfrentaron unos contra los otros. Cuando su marido se fue a luchar con tesón a la guerra junto con los

demás hombres de la familia en edad militar, la abuela consideró que su deber era cumplir con las exigencias de la casa. Su marido cayó herido, vivió un tiempo desvalido e inútil y terminó muriendo a causa de sus heridas mucho tiempo después de que el gran fervor y la excitación se hubieron marchitado en una derrota sin esperanzas, cuando ser un hombre herido y arruinado no pasaba de ser una demostración de que, tal vez, se había sido más heroico que sensato. La viuda reunió a su familia y se marchó a Luisiana, donde su marido había comprado con el dinero de ella una refinería de azúcar. Iba a amasar una fortuna con el azúcar, había afirmado por entonces, no mediante la recolección de la materia prima sino con su fabricación. Su marido había tenido decenas de proyectos y planes sobre la separación del algodón, molinos harineros y refinerías. Si hubiera vivido… pero no vivía y la abuela acababa de reparar con mucho esfuerzo la casa que había comprado y acababa de plantar el huerto, cuando se dio cuenta de que, en sus manos, la refinería de azúcar estaba abocada al fracaso.

Lo malvendió todo y se dirigió a Texas, donde su marido había comprado a bajo precio hacía algunos años un extenso campo de tierra negra y fértil en una zona casi sin colonizar. Se llevó con ella a sus nueve hijos, el más pequeño de dos años y el mayor de diecisiete, a Nannie con sus tres chicos, a tío Jimbilly y a otros dos negros, todos dotados de excelente salud, llenos de esperanza y con ganas de vivir. El fantasma de su marido persistía en ella, se sentía amargamente ofendida por su muerte, casi como si él la hubiera abandonado por propia voluntad. Al principio guardó luto con los ojos secos y enfadada. Veinte años más tarde, al ver tras una larga ausencia al hijo mayor de su hija preferida, que había muerto de manera prematura, descubrió en el muchacho las facciones y el aspecto del marido de su juventud y entonces lloró.

En el transcurso del segundo año en Texas, que fue terrible, dos de su hijos más jóvenes, Harry y Robert, se escaparon inesperadamente. Escogieron el buen tiempo para la fuga, a mediados de mayo, y ya habían llegado a una distancia de once kilómetros de la casa, cuando un granjero vecino los vio, les hizo algunas preguntas, los convenció de que subieran a su calesa y los condujo de regreso al hogar.

La señorita Sophia Jane siguió, paso a paso, el triste y monótono ritual de disciplina que creyó ajustado a la ocasión. Los azotó con su fusta y con ella los obligó a arrodillarse, mientras rogaba por el pecado que habían cometido y pedía a Dios que los ayudara a enmendarse y a cumplir sus deberes para con su madre. Una vez concluido el ceremonial, rompió en

amargo llanto y se desahogó al tiempo que encerraba a los culpables en sus brazos. Los muchachos habían soportado el castigo con estoicismo, porque habría sido vergonzoso llorar por los golpes de una mujer y, además, la zurra no había sido muy rigurosa. Se arrodillaron junto a su madre con una avergonzada tristeza, porque el sentimiento religioso era un misterio femenino que los turbaba, pero cuando vieron sus lágrimas, comenzaron a lanzar berridos de arrepentimiento. Sólo tenían nueve y once años respectivamente. Su madre les dijo con una voz doliente, tan desesperada que los asustó: «¿Por qué habéis huido de mí? ¿Para qué creéis que os traje a este lugar?». Les habló como a hombres capaces de darse cuenta de cuán terrible era la situación en que se encontraban. La única respuesta que lograron formular en medio de sus sollozos fue que habían querido regresar a Luisiana para comer caña de azúcar. Habían estado soñando con la caña de azúcar todo el invierno… Su madre quedó consternada. Había construido una casa lo bastante grande para albergarlos a todos, una casa de madera aserrada a mano y cargada en una carreta de bueyes desde un lugar ubicado a más de cincuenta kilómetros. Había hecho cercar los campos y sembrar los cereales; había, al menos así lo había creído hasta entonces, alimentado y vestido a sus hijos… y resultaba que parecían estar hambrientos. Esos dos pequeños habían trabajado como hombres. Sophia Jane palpaba sus huesos que sobresalían de la carne delgada y recordaba cómo los había manejado sin misericordia, de la misma manera que lo hiciera consigo misma, y con los negros y con los caballos, porque en aquella situación no cabía otra elección. Debían trabajar más allá de sus fuerzas o perecerían. Sentada allí, abrazada a sus hijos, creyó que el corazón se le partía en el pecho. Muchas veces había pensado que esa era una frase tonta, pero le estaba sucediendo. No es que después ya no fuese capaz de sentir, pues en cierta medida ella era más emotiva y reaccionaba con mayor inmediatez, pero sus penas nunca volvieron a durar tanto como en aquel entonces. Ese día fue el comienzo de una etapa en que empezó a mimar a sus hijos y a temerlos. Tras un largo silencio cargado de aturdimiento, cuando los muchachos ya daban señales de impaciencia en el cerco de sus brazos, anunció: «Plantaremos excelente azúcar aquí. La tierra es perfecta para eso. Tendremos todo el azúcar que se nos antoje. Pero hay que ser pacientes».

En la época en que sus hijos comenzaron a casarse, Sophia Jane pudo dar a cada uno de ellos una franja de tierra y un poco de dinero, los ayudó a comprar más tierras en los lugares que ellos preferían, para lo cual tuvo que

vender las suyas y vio que todos empezaban bien aunque no todos terminaban de la misma manera. Los hijos se volcaron en sus propios problemas, se dispersaron y parecieron perder ese sentido de unidad familiar tan precioso para la abuela. Se aburrían durante sus escasas visitas, sus consejos y su tremenda rectitud los agotaba y su ternura los impacientaba. Cuando la mujer de Harry murió —nunca la había aprobado, porque era delicada, completamente desastrosa como dueña de su casa y ni siquiera podía dar a luz con éxito, ya que murió al nacer su tercer hijo—, la abuela se hizo cargo de los chicos y comenzó la vida otra vez, casi con el mismo entusiasmo pero mostrándose más indulgente. Los crió justo hasta el momento en que consideró que ya había llegado el momento de corregir sus faltas —faltas heredadas, lo admitía con justicia, de ambos lados de la familia—, justo entonces murió. Ocurrió de un modo bastante imprevisto, una tarde a primeros de octubre, después de toda una jornada dedicada a la tarea de ayudar al jardinero mexicano de su tercera nuera a arreglar el jardín. Estaba de visita en el Lejano Oeste texano y se lo pasaba muy bien. La nuera se sentía exasperada pero en apariencia se mostraba tan dócil que la abuela, que aún la veía como una niña, no se daba cuenta en absoluto de sus gestos de impaciencia. Su hijo había aprendido desde mucho tiempo atrás a no oponerse a su madre, pues lo vencía siempre por medio de argumentos pacientes, justos y razonables. La anciana se cuidaba en grado sumo de no aventurar una orden en ningún terreno. El marido consolaba a su mujer diciéndole que todas las cosas que su madre hacía podrían cambiarse una vez que partiera. Como las reformas incluían cambiar de lugar una pared de adobe de quince metros, la mujer no se sentía muy confortada. La abuela llegó a la casa, arrebolada y exultante. Explicó lo bien que le sentaba el aire fortificante de la montaña y cayó muerta en el umbral.

El testigo

Tío Jimbilly era tan viejo y había pasado tantos años encorvado sobre las cosas, uniéndolas y separándolas, componiéndolas y haciéndolas durar, que casi se doblaba en dos. Sus manos, de tanto aferrar los objetos con fuerza mientras trabajaba con ellos, estaban agarrotadas y rígidas, apenas podía

abrirlas del todo, ni siquiera cuando algún chiquillo le asía los gruesos dedos e intentaba estirárselos. Caminaba cojeando, apoyado en un bastón. En las motas que cubrían su cráneo de color púrpura se veían varios parches, que habían adquirido un color gris verdoso y daban la impresión de que las polillas hubieran andado por allí.

Remendaba arneses y ponía medias suelas a los zapatos de los otros negros. Construía cercas, gallineros y puertas para los establos. Enderezaba los cercados, colocaba los cristales de las ventanas, fijaba las bisagras y arreglaba los tejados, reparaba las capotas de los vehículos y los arados destartalados. También poseía un don inigualable para tallar lápidas funerarias en miniatura. Bastaba con darle cualquier trozo de madera para que lo transformara en una lápida exactamente igual que las verdaderas, con el correspondiente tallado y un nombre y una fecha si era necesario. Y solían ser bastante necesarias, porque nunca faltaba algún animalillo o pajarillo muerto, al que había que enterrar con las debidas ceremonias: la carretilla cubierta de colgaduras como un coche fúnebre, una caja de zapatos a manera de ataúd y oculta por un paño mortuorio, un profuso despliegue floral y, por supuesto, una lápida. Cuando se entregaba a su trabajo y, manejando con destreza la larga hoja de su cuchillo de monte, trazaba círculos para diseñar una flor, tallaba el reverso y los laterales o se detenía de vez en cuando para colocar su obra a la distancia de un brazo extendido y examinarla con un ojo cerrado, tío Jimbilly hablaba con un murmullo bajo, entrecortado y abstraído, como si lo hiciera para sí mismo, pero, en realidad, siempre decía cosas con la intención de que lo escucharan. A veces narraba una incomprensible historia de fantasmas y, aun cuando lo escucharan con la máxima atención, al final resultaba imposible decidir si el mismo tío Jimbilly había visto al fantasma, si había existido un fantasma verdadero o si sólo se trataba de un hombre disfrazado de tal. Y le gustaba explayarse sobre los horrores de la esclavitud.

—Solían sacarlos al campo —murmuraba— y los ataban y azotaban con grandes correas de cuero de casi tres centímetros de grosor y tan largas como tu brazo con agujeros redondos, de modo que cada vez que los golpeaban, el pellejo y la carne se separaban de los huesos en pedacitos. Y cuando los habían azotado con las correas hasta que sus espaldas quedaban en carne viva y sangrantes, desparramaban farfolla seca sobre las heridas y la prendían, los abrasaban y les echaban vinagre encima… ¡Sí, señor! Entonces, al día siguiente los obligaban a volver al trabajo en los campos y, si no lo hacían, los castigaban de nuevo. ¡Sí, señor! Así eran las cosas. Si no volvían al trabajo, tenían que pasar por el mismo infierno otra vez.

Los chicos, que eran tres —la mayor, una niña formal de diez años; un muchachito de ocho, pensativo y triste, y una pequeña de seis, lista y traviesa —, se sentaban alrededor del tío Jimbilly y lo escuchaban algo perplejos. Ellos sabían, por supuesto, que en otra época los negros habían sido esclavos, pero habían sido liberados hacía mucho tiempo y ahora sólo eran criados. Resultaba difícil creer que el tío Jimbilly hubiera nacido esclavo como los otros negros afirmaban siempre. Los chiquillos pensaban que el tío Jimbilly había superado muy bien su condición de esclavo. Desde que lo conocían, jamás había hecho una sola cosa que se le ordenase realizar. Hacía su trabajo como y cuando se le antojaba. Si uno deseaba una lápida, había que tener mucho cuidado con la manera de pedírsela. Nada podía ser más impersonal y lejano que su forma de hablar sobre la esclavitud y el tono que empleaba para hacerlo. Y, sin embargo, los niños se removían un poco y se sentían culpables. Paul procuraba cambiar de tema, pero Miranda, la traviesa, quería saber lo peor.

—¿Lo trataron así a usted, tío Jimbilly? —preguntaba.

—No, ama —respondía el tío Jimbilly—. Bueno, ¿qué nombre quiere poner en esta lápida? No, nunca lo hicieron. Lo hacían en los arrozales. Siempre trabajé aquí, en las proximidades de la casa o en la ciudad con la señorita Sophia. Abajo, en los arrozales…

—¿Nunca morían, tío Jimbilly? —preguntaba Paul.

—Por supuesto que morían —contestaba el tío Jimbilly—. Por supuesto que morían. —Y frunciendo la boca con un gesto tétrico, proseguía—: Morían a millares y decenas de millares.

—¿Puede grabar «Salvo en el Cielo» en esa lápida? —pedía Maria, con voz agradable y remilgada.

—¿Poner esa frase por una liebre, señorita? —le preguntaba tío Jimbilly, indignado (era muy religioso)—. ¿Para un pagano como este? No, ama. En los arrozales acostumbraban a fijarlos a estacas días y noches enteros y les ataban los pies y las manos para que no pudieran rascarse y dejaban que los mosquitos se los comieran vivos. Los mosquitos los picaban de tal modo que se hinchaban como globos, y uno podía oírlos aullar y rezar por todo el pantano. ¡Sí, señor! Así eran las cosas. Y nadie les daba ni un sorbo de agua ni un bocado de pan… ¡Sí, señor! Así eran las cosas. ¡Señor! Así lo hicieron. ¡Hosanna! Ahora tome esta lápida y no me moleste más… o de lo contrario…

El tío Jimbilly se sentía molesto de repente y uno nunca sabía por qué. Se ponía fuera de sí con facilidad, pero sus amenazas eran siempre tan desorbitadas que ni siquiera el chiquillo más crédulo podía asustarse con

ellas. Siempre estaba dispuesto a hacerle algo horrible a alguien y a deshacerse después de sus restos de un modo repugnante. Por ejemplo, lo desollaría y clavaría el pellejo en la puerta del establo y le cortaría las orejas con un hacha y se las pincharía a Bongo, el perro manchado de orejas gachas. Solía estar preparado para sacarle los dientes a alguien y hacer con ellos una dentadura postiza para Ole Man Ronk… Ole Man Ronk era un vagabundo que había vivido todo el verano en la pequeña cabaña detrás del cobertizo donde se ahumaba la carne. Recibía sus raciones junto a los negros y se pasaba el día entero sentado mordisqueando sus encías desdentadas. Tenía unas patillas negras y descuidadas, que parecían hechas de cera, y párpados rojos e iracundos. Se decía que tomaba morfina, pero qué era la morfina o cómo la tomaba y por qué eran cosas que nadie parecía saber… Nada más desagradable que pensar que los dientes de uno fueran a parar a la boca de Ole Man Ronk.

La razón por la cual el tío Jimbilly jamás cumplió ninguna de sus amenazas, según sus propias explicaciones, era que nunca tenía suficiente tiempo. Siempre tenía tantos trabajos entre manos que nunca lograba ponerse al día, pero alguna vez alguien se llevaría una buena sorpresa, así que por el momento era mejor que se cuidaran.

El circo

Los largos tablones sostenidos por vigas transversales se elevaban uno encima del otro, formando un gran óvalo, hasta una altura tan increíble que llegaban a provocar vértigo. «Como moscas en la oreja de un perro», dijo Dicey, mientras sostenía con firmeza la mano de Miranda y miraba a su alrededor con gesto de desaprobación. La enorme lona, sujeta por tres postes colocados a la misma distancia del centro, se combaba en grandes ondas sobre sus cabezas. Cuando la familia se sentó, ocupó casi un sector completo. A un costado, en una larga fila, se ubicaron papá, su hermana Maria, su hermano Paul, la abuela, la tía abuela Keziah, la prima Keziah, la prima segunda Keziah —las tres últimas acababan de llegar de visita desde Kentucky—, el tío Charles Breaux, el primo Charles Breaux y la tía Marie-Anne Breaux. Al otro lado, la prima pequeña Lucie Breaux, el primo mayor Paul Gay, la tía

abuela Sally Gay (toda una desgracia para la familia porque tomaba rapé), dos jóvenes desconocidos sumamente elegantes, que podrían ser primos y que, por cierto, estaban los dos enamorados de la prima Miranda Gay, y la misma prima Miranda Gay, una damisela muy airosa que lucía tiesas faldas de seda (usaba por lo menos media docena a la vez), un perfume adorable y una maravillosa cabellera negra y rizada sobre unos ojos grises, enormes y salvajes, «como los de los potros», según decía mamá. Miranda anhelaba ser igual que ella cuando creciera. Colgada del brazo de Dicey se inclinó y saludó con la mano a la prima Miranda, quien agitó la suya en respuesta y le sonrió. Los jóvenes desconocidos también la saludaron. Miranda estaba nervisísima. Era la primera vez que iba al circo y podría ser la última, porque toda la familia se había aliado para convencer a la abuela de que le permitiera acompañar a los mayores. «Muy bien, pero sólo esta vez —había asentido la abuela—, y únicamente porque es una reunión familiar».

¡Pero sólo esta vez! ¡Pero sólo esta vez! La niña no conseguía abarcar con su mirada todo cuanto se ofrecía a su vista. Incluso trató de atisbar por las anchas grietas que dejaban entre sí los tablones y se asombró al descubrir a varios muchachuelos de aspecto raro, vestidos con ropas toscas, que echaban ojeadas hacia arriba desde el suelo polvoriento. Estaban sentados en cuclillas formando pequeños grupos y miraban hacia arriba con toda tranquilidad. Miranda miró a uno de frente a los ojos y el chico le devolvió una mirada tan singular que la niña lo observó fijamente durante un buen rato tratando de comprenderla. La mirada del chico era atrevida y burlona y no transmitía ni una pizca de simpatía. Era un chiquillo delgado y sucio, con una vieja gorra de cuadros encasquetada sobre unas orejas rojas y arrugadas y el pelo de color ratón. Cuando Miranda le clavó los ojos, el chico pegó un codazo al que estaba a su lado y murmuró algo y el segundo muchacho hizo un gesto para llamar la atención de la niña. Aquello ya fue demasiado. Miranda tironeó a Dicey de la manga y le preguntó:

—Dicey, ¿qué están haciendo esos muchachos allí?

—¿Dónde? —inquirió Dicey.

Pese a la pregunta, parecía saber de qué se trataba porque se inclinó y atisbó a través de la rendija, juntó las rodillas de la pequeña, acomodó sus faldas y le dijo con severidad:

—Ocúpate de tus asuntos y no muevas las piernas de ese modo. No les hagas caso. Ya hay bastantes monos en el espectáculo para que te pongas a estudiar a esos.

Una estrepitosa banda de metales pareció estallar justo junto a los oídos de Miranda. La chiquilla pegó un salto, vibró y se estremeció tanto que casi se olvidó de respirar a medida que todos esos sonidos, colores y olores se precipitaban sobre ella, penetraban a través de su piel y de su pelo, repercutían en su cabeza, manos y pies y en el interior de su estómago. «¡Oh!», gritó en su pánico, al tiempo que cerraba los ojos y aferraba la mano áspera de Dicey. Las luces fulgurantes le quemaban los ojos a través de los párpados. Un rugido de risa que más parecía de rabia ahogó el uniforme bramido de los tambores y las trompas. Miranda abrió los ojos… Una criatura con un traje de chaqueta blanco y vaporoso, con volantes en el cuello y los tobillos, un cráneo de blancura ósea y una cara blanca como la tiza, dos penachos a modo de cejas, colocados muy alto en medio de la frente, los párpados en un ángulo negro y agudo, ancha boca escarlata estirada por debajo de las mejillas hundidas y vuelta hacia lo alto en las comisuras en una amarga y perpetua mueca de dolor y asombro y no de risa, hacía cabriolas por un alambre extendido en el centro de la arena, al tiempo que balanceaba una pértiga larga y delgada, con una rueda pequeña en cada extremo. En un primer momento, Miranda pensó que caminaba en el aire o que volaba sin sorprenderse en absoluto, pero cuando advirtió el alambre, se sintió aterrorizada. Muy alto por encima de las cabezas del público aquella figura inhumana avanzaba brincando mientras hacía girar las ruedas. De pronto se detuvo, resbaló y una pierna blanca aleteó en el espacio. Se tambaleó un momento, se deslizó lateralmente, se precipitó y enganchó frenéticamente el alambre en el ángulo de la rodilla y quedó colgado cabeza abajo, mientras la otra pierna se agitaba como un tentáculo por encima de su cabeza. Volvió a resbalar, asido con desesperación a un talón, y se meció de adelante hacia atrás como una bufanda… El público rugía con deleite salvaje, lanzaba chillidos y risas horrendas, como si fueran demonios sometidos a delicioso tormento… Miranda también gritó, de dolor auténtico, mientras oprimía el estómago contra las rodillas encogidas… El hombre del alambre, que colgaba sostenido por un pie, volvía la cabeza hacia uno y otro lado como una foca y arrojaba besos burlones con su boca cruel. Entonces Miranda se cubrió los ojos con las manos y aulló mientras las lágrimas bañaban sus mejillas y su mentón.

—Llévenla a casa —ordenó su padre sin que la risa se borrara de su cara —. Sáquenla de aquí enseguida.

Se limitó a mirar a la chiquilla y luego volvió los ojos a la arena.

—Llévesela, Dicey —dijo la abuela debajo de su velo de crespón medio levantado.

Dicey, con un gesto de rebeldía y sin apartar la mirada de la blanca figura que se cimbreaba en el alambre, se puso en pie con lentitud, tomó aquel fardo blando y sufriente y se abrió camino a empujones y codazos a través de la muchedumbre, entre pies y rodillas. Bajó de las gradas, recorrió un espacio cubierto por una capa de serrín arenoso y salió de la carpa tras correr un cortinón. Miranda no paraba de llorar, sólo interrumpida por algún hipo de vez en cuando. En la entrada había un enano con una barbita lanosa, un gorro puntiagudo, pantalones rojos y ajustados y largos zapatos con las puntas vueltas hacia arriba. En la mano tenía una varita blanca. Miranda casi tropezó con él antes de advertir su presencia. La cara de la niña, deformada por el llanto, con la boca abierta y cubierta de lágrimas brillantes, estaba casi al mismo nivel del rostro de la extraña criatura. El enano se inclinó y la contempló con ojos dorados y mansos que no parecían humanos, como los ojos de un perro miope. Luego hizo una horrible mueca imitando la cara de la chiquilla. Miranda chilló y lo golpeó presa del mal humor. Dicey la alejó con rapidez, pero no antes de que la niña hubiera visto en la cara del enano una expresión arrogante y lejana de desagrado, una verdadera expresión de persona mayor. Le era muy conocida. Esta certeza la heló con una nueva clase de miedo: no había creído que fuera realmente humana.

—Su justificante, tome su justificante —dijo un individuo de aspecto muy desagradable cuando pasaban.

Dicey se volvió hacia él, también a punto de llorar.

—Caballero, ¿no se da cuenta de que no podré volver? Tengo que cuidar a esta niña… ¿Para qué me serviría ese trocito de papel a mí?

Estuvo enfurruñado durante todo el trayecto hacia casa y rezongaba entre dientes: «Mocosa mezquina… mocosa asustadiza… nenaza… nunca va a ninguna parte… nunca ve nada… ¡Vamos, apresúrate ahora…! Siempre arruinándoles las cosas a los demás… No deja que nadie descanse un minuto, que nadie se lo pase bien… ¡Vamos! Querías volver a casa y ya estamos volviendo…». Arrastraba a Miranda, con rencor pero con cuidado, a fin de no cruzar la línea en que la chiquilla pudiera decir en forma clara: «Dicey dijo esto o me hizo lo otro…», pues él gozaba de cierta libertad, pero hasta cierto límite.

La familia llegó a la casa en tropel justo antes del anochecer, y sus miembros se fueron desparramando por todas partes. De cada habitación salía el ruido de risas y charlas. Los otros chicos le explicaron a Miranda todo lo

que se había perdido: maravillosos ponis con plumas y campanillas en las bridas, manejados por monitos adorables con chaquetas de terciopelo y bonetes puntiagudos…, cabras amaestradas que bailaban…, un elefantito que cruzaba las patas delanteras, se recostaba contra la jaula y abría la boca para pedir comida, ¡menudo bebé!…, otros payasos, más divertidos aún que el primero…, hermosas damas de cabellos dorados que vestían ajustadas mallas blancas de seda con anchos cinturones rojos de satén habían realizado ejercicios en los trapecios, ellas también habían quedado suspendidas por los pies, pero ¡con cuánta gracia! ¡Parecían pájaros en pleno vuelo! Enormes caballos blancos habían trotado alrededor de la arena, una y otra vez, mientras hombres y mujeres danzaban sobre sus lomos. Un hombre se había columpiado desde lo alto de la carpa, sostenido tan sólo por los dientes, y otro había metido su cabeza en la boca de un león. ¡Ah, cuánto se había perdido Miranda! Todos se habían divertido en tanto que ella había arruinado su primera gran función de circo y el día de Dicey. ¡Pobre Dicey! ¡Pobrecita Dicey! Los chicos, que no habían pensado en Dicey hasta ese momento, se lamentaron de su suerte con expresión apenada, mientras observaban con ojos maliciosos cómo se retorcía Miranda. Dicey había estado aguardando ese día durante semanas. Y Miranda se había asustado justo entonces. «¿Puedes imaginar que alguien tenga miedo de ese payaso viejo y gracioso?», se preguntaban el uno al otro y sonreían llenos de conmiseración con los ojos clavados en Miranda.

Además, había sido un acontecimiento importante en otro sentido: por primera vez, la abuela se había dejado convencer y había asistido a una función circense. No se podía afirmar, a partir de sus opiniones generalmente vagas, si no habían existido circos en los años de su juventud o si bien habían existido pero no eran un espectáculo apropiado. De todos modos, por sus sólidas razones de siempre, la abuela jamás había aprobado el circo y esta vez, aun cuando no negaba que se había divertido algo, continuaba sosteniendo que había momentos visuales y auditivos en el espectáculo que, para decirlo con suavidad, no resultaban muy edificantes para los jóvenes. Su hijo Harry, que llegó cuando los chicos estaban cenando a una hora temprana, contempló sus caras iluminadas, las de hermanos, hermanas y primos, y comentó:

—No parece que este montón de jóvenes haya sufrido ningún daño.

—Los frutos del presente pertenecen a un futuro tan lejano que ninguno de nosotros vivirá lo bastante para saber si los ha dañado o no. Ese es el problema —repuso su madre.

Y siguió vertiendo con el cucharón leche caliente sobre sus tostadas con manteca. Miranda estaba sentada a la mesa, en silencio y cabizbaja. Su padre le sonrió y dijo con suavidad:

—Te has perdido todo eso, chiquilla. ¿Y qué has ganado con tu actitud?

Miranda rompió a llorar otra vez. Hubo que sacarla del comedor y llevarle la comida a su habitación. Dicey estaba exasperada y muda. La pequeña no podía comer. Miranda trató de pensar, como si verdaderamente los recordara, en los seres salvajes y hermosos vestidos de satén blanco, lentejuelas y cinturones rojos que bailaban y hacían equilibrios en los trapecios, en los ponis peludos y suaves o en los adorables monitos con sus cómicas ropas. Al fin se durmió y sus recuerdos inventados dieron paso a los reales: el rostro amargo y aterrorizado del hombre cubierto por sus vaporosas vestiduras blancas mientras caía al encuentro de la muerte —¡oh, qué broma tan cruel!— y la terrible mueca del enano que no sonreía. Lanzó un grito agudo en medio de su sueño y se sentó en la cama, llorando desconsolada, a la espera de que alguien la librara de sus tormentos.

Golpeando el suelo con sus fuertes pies descalzos, acudió Dicey, con los ojos malhumorados a medio abrir, muerta de sueño y con un gesto de enojo en su enorme boca oscura. Con un murmullo ronco y violento, dijo:

—¡Te juro…! ¿Qué te pasa? Lo que necesitas es una buena azotaina. ¡Te juro! ¡Mira que despertar a todo el mundo de este modo…!

Miranda estaba completamente dominada por el terror. En otras circunstancias le habría contestado a Dicey como solía hacerlo en tales casos. «¡Basta, Dicey, cállate! —Solía ordenar—. No tengo que darte cuentas a ti. No tengo que dar cuentas a nadie, excepto a la abuela». Y eso era una verdad irritante. Luego decía: «No sabes de qué estás hablando». Sin embargo, la experiencia vivida esa tarde había cambiado la situación. Miranda, con toda sinceridad, no quería que nadie, ni siquiera Dicey, se mostrara enojada con ella. Generalmente, no le importaba cuán furiosos pudieran sentirse por su causa los acosados adultos que se movían a su alrededor. Incluso en ese momento no la preocupaba demasiado que Dicey se encolerizara con ella siempre que no apagara las luces arrojándola a los impenetrables terrores de la oscuridad, donde el sueño podría alcanzarla de nuevo. Estrechó a Dicey con los brazos y le suplicó entre lágrimas:

—¡No me dejes! ¡No te enfades conmigo! ¡No po-po-podría soportarlo!

Dicey se acostó junto a Miranda, con un suspiro profundo y plañidero, que significaba que se disponía a reunir toda su paciencia y a recordar que era cristiana y que, por lo tanto, debía soportar su cruz.

—Bueno, ahora duérmete —susurró con su cálida voz de siempre, su voz de niña buena—. Cierra los ojos y duérmete. No voy a dejarte. Dicey no está enfadada con nadie… con nadie en todo el mundo.

La última hoja

La vieja Nannie se sentaba encorvada sobre sí misma aguardando que llegara la muerte de un momento a otro. La abuela le había dicho al partir, con ese fácil don profético de los ancianos, que aquella podía ser su última despedida en la tierra. Ambas se abrazaron, se besaron en las mejillas y se prometieron una vez más reunirse en el cielo. Nannie estaba preparada para emprender su viaje de inmediato. Los chicos se amontonaban a su alrededor diciéndole: «¡No te preocupes, tía Nannie! ¡Todos nosotros te queremos!», pero Nannie no prestaba la menor atención. No le importaba si la querían o no. Años después, Maria, la chiquilla mayor, pensaba acongojada que en realidad no se habían portado tan bien con la tía Nannie. No dejaron de depender jamás de la vieja criada y permitieron que asumiera cargas cada vez más pesadas y que trabajara con mayor dureza de lo que correspondía a sus años. La anciana se volvía cada vez más silenciosa y se encorvaba todavía más. Era alta y delgada, tenía una cara negra modelada con nobleza, gastada hasta los huesos, pero su piel era oscura y pura, pues en su sangre no había mezclas. Su columna vertebral parecía haber cedido repentinamente. Por las noches podían oír sus quejidos mientras pedía a Dios de rodillas junto a la cama que le permitiera descansar.

Cuando una familia negra se mudó de una pequeña cabaña situada al otro lado del estrecho arroyo, la primera choza que se vaciaba en años, Nannie fue a echarle una ojeada. Volvió y le preguntó al señor Harry: «¿Qué piensa hacer con esa cabaña?». El señor Harry no tenía nada pensado. Y entonces Nannie se la pidió. Le explicó que deseaba tener una casa propia. En toda su vida jamás había tenido una vivienda que le perteneciera por completo. El señor Harry le respondió que por supuesto podía quedarse con ella, pero toda la familia se sorprendió y se sintió un tanto herida. «Déjenme ir allí y pasar mis últimos días en paz, muchachos», les rogó Nannie. Hicieron fregar y relucir la cabaña, colocaron baldas y limpiaron la chimenea,

proveyeron a Nannie de una buena cama y de una alfombra en excelentes condiciones y le permitieron que se llevara toda suerte de retales. Resultó asombroso descubrir que Nannie quería muchísimo ciertas cosas y esperaba poseerlas, pues siempre se había mostrado muy conforme con su destino y carente de deseos. Al cabo se mudó y los chicos comentaron después entre sí que casi había sido divertido y, por cierto, resultó encantador ver cómo se esforzaba por no mostrarse demasiado feliz el día de su partida, pero aun así ellos se sintieron ofendidos.

Desde entonces Nannie se sentaba en la serena ociosidad de sus labores de remiendos y del tejido de alfombras de lana. Sus nietos y su familia blanca la visitaban, como también hacía un buen número de blancos que nunca habían tenido la menor relación con ella pero que acudían a verla para comprar sus alfombras o dejarle pequeños regalos.

Nannie siempre había usado vestidos negros de lana o de zaraza estampada blanca y negra, con blancos delantales almidonados y una cofia blanca arrugada o un gorro de tafetán los domingos, también negro. Había sido escrupulosamente precisa y pulcra en sus maneras y aún se mantenía así, pero ya no era la vieja y fiel criada Nannie, una esclava liberada, sino una anciana bantú que vivía de su trabajo y se sentaba en los peldaños de su casa para tomar el aire. Comenzó a usar un pañuelo alrededor de la cabeza y, a sus ochenta y cinco años, adquirió la costumbre de fumar una pipa de mazorca de maíz. El negro iris de sus ojos hondos y separados se tornó de un color chocolate y pareció extenderse sobre toda la superficie de la córnea. A medida que le fallaba la vista, sus párpados se arrugaban y encogían hasta que el rostro pareció una máscara sin ojos.

Los chicos, educados en un sentimentalismo pasado de moda, siempre habían creído muy satisfechos que Nannie era un verdadero miembro de la familia, que era feliz entre ellos, y su repulsa, administrada con tanta calma y firmeza, los dejó algo heridos. La lección caló muy hondo a medida que pasaron los años y Nannie continuó sentándose a la entrada de su cabaña. Los chicos crecían y los tiempos cambiaban. El viejo mundo se deslizaba debajo de sus pies y aún no habían podido aferrarse al nuevo. Extrañaban a Nannie todos los días. Cuando su riqueza se esfumó y apenas tenían criados, la necesitaron desesperadamente. Advirtieron entonces lo mucho que la vieja mujer había hecho por ellos al comprobar que, casi enseguida después de su partida, todas las cosas se relajaron, perdieron su elegancia y se precipitaron hacia el desastre. El trabajo no se realizaba como antes. Ellos no habían aprendido a valerse por sí mismos. Eran perezosos e incapaces de hacer un

esfuerzo sostenido o de trazar planes. Nadie les había enseñado y todavía no habían aprendido a educarse por sí mismos. De vez en cuando, Nannie subía la colina para visitarlos. En esas ocasiones trabajaba casi como lo había hecho antes, con una especie de satisfacción en demostrarles que era casi indispensable. Cuando se iba, la extrañaban aún más. Para demostrarle su gratitud y expresar su esperanza de que volviera la abrumaban con cestos y fardos de los preciosos retales que tanto le gustaban, y alguno de sus bisnietos, Skid o Hasty, los transportaba en una carretilla. Durante un momento volvía a ser la vieja criada cariñosa, subordinada, casi de la familia y comentaba: «Sabía que mis chicos no me dejarían marchar con las manos vacías».

El tío Jimbilly todavía merodeaba por los alrededores: remendaba arneses, almohazaba caballos, arreglaba cercas, enderezaba de vez en cuando algunas plantas o removía la tierra alrededor de los arbustos en la primavera. Hablaba consigo mismo con un murmullo apagado y continuo mientras sus labios azules se movían en un interminable y desarticulado comentario de las cosas pasadas y presentes y sin duda de las cosas por venir, pese a que no había en él nada que sugiriera la menor conexión con el futuro más próximo… Hasta después de que muriera la abuela, Maria no se dio cuenta de que el tío Jimbilly y la tía Nannie eran marido y mujer… Ese matrimonio de conveniencia en el cual ambos habían sido unidos de acuerdo con criterios realmente monárquicos, con un ojo puesto en la sangre y en la estabilidad de la familia, se había disuelto por sí mismo cuando las razones que lo fundamentaban desaparecieron… Ninguno de ellos parecía advertir la existencia del otro y hasta parecían haber olvidado el hecho de que sus hijos eran producto de la colaboración mutua, ya que cada uno hablaba de «sus chicos». No tenían recuerdos comunes que anhelaran conservar. La tía Nannie se mudó a su casa propia sin siquiera dirigir una mirada o un pensamiento para el tío Jimbilly y este aparentemente no advirtió su ausencia… El viejo dormía en un pequeño altillo encima del cobertizo para ahumar carne, comía en la cocina a deshoras y hacía lo que le gustaba, tan solitario y casi tan invisible como un espíritu errante… Pero un día pasó delante de la pequeña casa y vio a la tía Nannie sentada en los peldaños fumando su pipa. Se sentó un momento, gimió al doblarse en ángulos y tenderse al sol como un viejo perro agotado. Se habría quedado allí, pero a Nannie no le interesaba tenerlo con ella.

—¿Qué vas a hacer con toda esta gran casa para ti sola? —quiso saber el tío Jimbilly.

—Es justo lo que necesito —repuso Nannie, categórica—. No estoy dispuesta a pasar los últimos días de mi vida sirviendo a ningún hombre. He trabajado ya bastante tiempo, he hecho lo que debía hacer y eso es todo.

De modo que el tío Jimbilly regresó arrastrándose a la casa de la colina y al altillo que había sobre el cobertizo donde se ahumaba la carne. Nunca más volvió a acercarse a su mujer…

En las noches de verano Nannie se sentaba en la entrada de su cabaña mucho después de haber anochecido y fumaba su pipa para alejar a los mosquitos hasta que llegaba la hora de irse a dormir. Afirmaba que no tenía miedo de nada. Jamás había sentido temor y confiaba en que nunca lo sentiría. Desde hacía mucho tiempo, veía la noche como una bendición porque era el momento en que terminaba su trabajo hasta el día siguiente. Aun después de haber dejado de trabajar para siempre, aguardaba con ansia la llegada de la noche, como si toda la fatiga acumulada en el transcurso de su vida, clavada ahora en sus huesos, implorase todavía descanso. Pero cuando caía la noche, recordaba que no tenía obligación de levantarse a la mañana siguiente hasta que se le antojara. Por eso se sentaba en paz y gozaba el lujo de tener a su disposición todo el buen tiempo que Dios le daba en aquel mundo.

En otros tiempos, cuando el señor Harry se le oponía en alguna disputa insignificante, Nannie siempre acababa venciéndolo con el método de golpear su viejo pecho con la palma de la mano y gritar entre sollozos: «¡Cómo, señor Harry! ¿No se siente avergonzado de hablarme de esa manera? ¡Yo que lo alimenté con mis pechos!».

Aunque Harry sabía que esa afirmación no era cierta, pues Nannie sólo había sido nodriza de sus tres hermanos mayores, acababa diciendo: «Está bien, mami, está bien, ¡por el amor de Dios!», con el mismo tono que utilizaba con su propia madre, en un estallido de su natural irascibilidad como si esperara aclarar de alguna manera el ambiente de sofocante tiranía matriarcal a la cual lo había sometido la muerte de su padre. Sin embargo, se doblegaba. Pertenecía a esa última generación de hijos que reconocían, aunque con repugnancia y amargura, su deuda mística y nunca condonada con el vientre que los había dado a luz y con el pecho que los había amamantado.

La higuera

La vieja tía Nannie tenía la costumbre de aprisionar a Miranda entre sus rodillas mientras le peinaba el cabello o le abotonaba el vestido. Cuando Miranda trataba de escapar, la tía Nannie apretaba aún más y Miranda se movía con más empeño aunque nunca lograba liberarse. La tía Nannie cogió con mano firme la melena de Miranda, la sujetó con una banda elástica, colocó una cofia recién almidonada de color blanco sobre sus orejas y su frente, prendió la corona a la melena con un enorme imperdible y dijo:

—De alguna manera tengo que conseguir que se te aguante. Y ahora no te quites esto de la cabeza hasta que anochezca.

—No quería una cofia, da demasiado calor, quería un sombrero —dijo Miranda.

—Nada de sombreros, llevarás lo que se te diga —dijo la tía Nannie con la voz mandona que usaba a la hora de lavarla y peinarla—, y te advierto que un día de estos te coseré la cofia a la cabeza. Tu papá dice que me echará la culpa si te salen pecas. Bien, ya estás lista para salir.

—¿Adónde vamos, tía?

Miranda nunca sabía nada hasta el último minuto. Siempre la sorprendían. En una ocasión se acostó en su cama con el gatito hecho un ovillo sobre la almohada y se despertó en una sofocante litera de tren, abrazada a una bolsa de agua caliente; tendida a su lado, vestida con la bata de cuadros escoceses y con los ojos muy abiertos, estaba su abuela. Miranda creyó que había sucedido algo maravilloso. «Por Dios, abuela, ¿adónde vamos?». Y se trataba sólo de otro viaje a El Paso para ver al tío Bill.

Ese día Tom y Dick ya estaban enganchados al carruaje que aguardaba en la puerta rebosante de cajas y cestos. La abuela caminaba muy despacio por la casa, sola, echando una última ojeada a todo. De vez en cuando guardaba algo en el gran bolso de piel que llevaba colgado del brazo, hasta que este estuvo prácticamente lleno. En el otro brazo llevaba una falda de lana, negra y larga, que solía ponerse encima para montar a caballo. Su hijo Harry, el padre de Miranda, seguía sus pasos mientras le decía:

—No veo qué sentido tiene salir corriendo hacia Halifax habiéndolo anunciado hace sólo cinco minutos.

—Cinco horas, exactamente —replicó la abuela sin dejar de caminar.

El nombre de la granja de la abuela no era Halifax, sino Cedar Grove, pero padre siempre la llamaba Halifax. «Hace tanto calor como en Halifax»,

decía cuando quería describir algún lugar muy caluroso. En Cedar Grove hacía mucho calor, pero pasaban allí todos los veranos porque a la abuela le encantaba. «Antes de que nacieras ya llevaba cincuenta veranos yendo a Cerdar Grove», le dijo a Miranda, quien recordaba muy bien el último verano y algo del anterior. A Miranda le gustaba estar allí por las sandías, los saltamontes y las largas filas de cinamomos de China en flor donde los sabuesos se tumbaban a dormir. Mientras dormían, aullaban, abrían los párpados, movían los pies y emitían suaves ladridos, y el tío Jimbilly decía que eso se debía a que los perros siempre soñaban con que estaban cazando alguna presa. Al mediodía, cuando Miranda contemplaba los tupidos campos verdes que se extendían hacia el manantial, lo único que veía era calor; todo era azul, somnoliento, acompañado por el arrullo triste de las palomas.

—¿Nos vamos a Halifax, tía?

—Si quieres saber tantas cosas, pregúntale a tu padre.

—¿Nos vamos a Halifax, papá?

Su padre le enderezó la cofia y sacó de ella un mechón de cabello para que se viera.

—No quiero que te quemes la piel. No, déjalo así. Enseña esos preciosos rizos. Antes de cenar ya estarás paseando por Whirlypool.

—No digas Halifax, niña, di Cedar Grove —intervino la abuela—. Hay que llamar a las cosas por su nombre.

—Sí, señora —dijo Miranda.

La abuela habló otra vez, dirigiéndose a su hijo:

—He avisado exactamente con cinco horas de antelación y tu tía Eliza ha tenido tiempo suficiente para montar su telescopio y sacar mi silla de montar. Lleva ya tres horas allí. Supongo que ya tiene el telescopio dispuesto en el tejado del gallinero. Espero que no pase nada.

—Te preocupas demasiado, mamá —dijo su hijo intentando ocultar su impaciencia.

—No me preocupo —dijo la abuela cambiando la falda de montar al mismo brazo en el que llevaba el bolso—. No hará mucha falta que me la lleve. De hecho, tal vez podría dejarla para este verano.

—Da igual, mamá, enviaremos a alguien a Black Farm para que lleve a Pompey, es un caballo fácil de montar.

—Lo montarás tú —dijo la abuela—. Mientras viva Fiddler no pienso montar a Pompey. Fiddler es mi caballo y me horroriza ver cómo los jinetes descuidados le estropean la boca. Eliza nunca ha sabido montar y nunca sabrá…

Miranda se escabulló y salió corriendo. Así que iban a Cedar Grove. Miranda nunca conseguía superar la sorpresa por la aparente incapacidad de los adultos para dar una respuesta directa a cualquier pregunta salvo para decir que no. En ese caso les salía con facilidad pasmosa. A cierta distancia, oyó decir a su abuela: «Harry, ¿has visto la fusta de montar?», y a su padre responder o al menos decir lo que él consideraba una respuesta: «Mami, por el amor de Dios, acabemos con esto de una vez». A eso se refería Miranda exactamente.

Otra de las extrañas costumbres que tenía su padre al hablar era llamar «mami» a la abuela. A veces la llamaba «mamá», aunque tampoco era mamá, era la abuela. Mamá estaba muerta. Muerta significa desaparecida para siempre. Morir era algo que sucedía todo el tiempo y no sólo a personas. Cuando moría alguien, se formaba un cortejo fúnebre que iba a paso muy lento por el pico rocoso de la montaña en dirección al río mientras las campanas no paraban de repicar y ya nadie volvía a ver a esa persona. Los gatitos, los pollos y sobre todo los pavos pequeños morían con mucha más frecuencia, y a veces también los terneros, pero casi nunca las vacas ni los caballos. Los lagartos que había en las rocas se convertían en caparazones en los que no había lagarto alguno. Si las orugas, peludas y hechas un ovillo, no se movían cuando las tocabas con un palo, significaba que estaban muertas; era una prueba infalible.

Cuando Miranda encontraba una criatura que no se movía ni hacía ruido o parecía distinta de algún modo de las que estaban vivas, siempre la enterraba en una pequeña tumba y le ponía encima flores y una piedra lisa. Incluso a los saltamontes. Todo lo que estaba muerto debía recibir ese tratamiento. «¡Debe hacerse exactamente así! —decía siempre la abuela cuando establecía la ley sobre toda clase de cosas—. ¡Exactamente así!».

Miranda bajó por el sendero de piedras planas saltando en zigzag entre los matojos de hierba. Primero había una mezcla de matorrales de granadas y gardenias; después todo se volvía muy oscuro y sombrío y empezaban las higueras. Se dirigió a su higuera favorita, cuyas profundas ramas se doblaban a la altura de su barbilla y le permitían recoger higos sin tener que subirse y despellejarse las rodillas. La última vez la abuela había olvidado llevarse higos al campo, dijo que Cedar Grove estaba repleto de ellos. Pero los de Cedar Grove eran grandes y blandos, de un blanco verdoso, mientras que aquellos eran negros y dulces. Le parecía raro que la abuela no advirtiera la diferencia. El aire que soplaba entre las higueras emanaba un dulce perfume y los pollos se pasaban el día saliendo del camino para picotear los higos que habían caído al suelo. Una mamá gallina iba dando vueltas por el lugar,

rascando el suelo entre cloqueos. Cogía algún higo que saltaba a la vista y se lo llevaba a sus polluelos como si fuera un gusano que hubiera desenterrado para ellos.

Vieja astuta —dijo Miranda—, estás fingiendo.

Cuando los pollitos corrieron hacia su madre, que estaba bajo la higuera de Miranda, uno de ellos no se movió. Estaba tendido de lado, con los ojos cerrados y la boca abierta. Parte de su cuerpo aparecía cubierto por un pelo amarillo y algunas plumas, pero el resto estaba pelado y tostado por el sol. «Perezoso», dijo Miranda rozándolo con el pie, pero entonces vio que estaba muerto.

Oh, y partirían hacia Halifax en cualquier momento. La abuela nunca se iba, siempre partía hacia algún sitio. Tendría que correr como una exhalación para poder enterrarlo como es debido. De vuelta en casa avanzó de puntillas con la esperanza de no ser vista, ya que en ese caso la abuela siempre preguntaba: «¿Adónde vas, niña? ¿Qué estás haciendo? ¿Qué es eso que llevas? ¿De dónde lo has sacado? ¿Quién te ha dado permiso?», y después de que Miranda se lo hubiera explicado todo y aunque resultara no haber nada malo en ello, todo perdía parte de su gracia. Además, tardaba una eternidad en escaparse.

Miranda abrió el cajón de su escritorio, el tercero del lado izquierdo, donde los zapatos nuevos seguían envueltos en papel de seda en una bonita caja blanca del tamaño adecuado para un pollito con plumas. Apartó el papel de seda blanco y las bolsas de lavanda y se estremeció un poco. Abajo, ante la puerta principal, las ruedas del carruaje chirriaron y crujieron sobre la grava, mientras el viejo tío Jimbilly gritaba como si fuera una bocina: «¡Hey, atrás, atrás los dos! ¡He dicho que atrás!», lo que, por supuesto, significaba que estaba haciendo que Tom y Dick dieran la vuelta para colocarse en dirección a Halifax. Ahora la llamarían con prisas y no tendría tiempo para nada y no querrían oír ni una palabra del pollito.

Hacer un agujero con la palita en el suelo de tierra seca no costaba mucho. Miranda envolvió al pollito en papel de seda intentando que quedara bonito, lo colocó con cuidado en la caja y lo cubrió todo con un montículo, como se entierran a las personas. Apenas acababa de darle la forma de una tumba, aún de rodillas e inclinada para aplanar la tierra, cuando de algún lugar le llegó un extraño sonido, una especie de lamento muy triste. Oyó un «bip, bip, bip», tres veces, muy despacio, pero parecía proceder del montículo de tierra. «Dios —se preguntó Miranda en voz alta—, ¿qué es eso?». Se apartó la cofia de las

orejas y escuchó con mayor atención. «Bip, bip», dijo la triste vocecita. Y los suyos empezaban a llamarla, con voces que sonaban cada vez más cerca. Ella también empezó a gritar.

—¡Sí, tía, espera un minuto!

—¡Que vengas aquí ahora mismo! ¡Nos vamos!

—¡Tenéis que esperar, tía!

Su padre subía por el borde las higueras.

—¡Date prisa, cielo, o te quedarás aquí!

Miranda sintió que no podía soportar que la dejaran. Salió corriendo, temblando de miedo. Su padre le dirigió la mirada seria que solía dedicarle cuando le decía algo para molestarla y comprobaba que la había molestado. Sus palabras eran amables, pero el tono de voz era de reprimenda.

—No tienes que ponerte tan nerviosa, cielo, ya sabes que nunca te dejaríamos.

Miranda quería replicar: «Entonces, ¿por qué lo decíais?», pero seguía atenta a aquel débil sonido: «bip, bip». Se paró e intentó retroceder, mirando por encima del hombro, pero su padre la empujó hacia el carruaje. Las cosas muertas no hacían ruido. No podían. Era una de las pruebas de que estaban muertas. Oh, pero lo había oído.

Su padre se sentó delante y tomó las riendas y el viejo tío Jimbilly no hizo más que bajar y abrirles las puertas. La abuela y la tía Nannie ocuparon el asiento trasero y Miranda se sentó entre ambas. Le encantaba partir hacia algún sitio, con todo el mundo sonriente y tranquilo, atento al tiempo, mientras los caballos avanzaban y tiraban de las riendas y los muelles saltaban y oscilaban con un crujido seco que te daba la seguridad de estar viajando. Aquella tarde saldría a pasear con Maria, con Paul y con el tío Jimbilly, y aquella misma noche se tumbaría sobre la hierba en camisón, para tomar el fresco y todos beberían limonada antes de irse a la cama. Su hermana Maria y su hermano Paul ya estarían bronceados como bollos, porque los enviaban al aire libre en cuanto terminaba la escuela. A Maria se le había llenado la cara de pecas y papá estaba furioso. «No te quites la cofia —le dijo a Miranda con severidad—. Acuérdate, no quiero que a ti también se te estropee la cara». Pero, oh, ¿qué había producido aquel ruido? A Miranda le zumbaban los oídos y sentía un dolor sordo y redondo justo debajo de las costillas. Tenía que volver a liberarlo. Él nunca podría salir por sí solo, envuelto como estaba en papel de seda y metido en una caja. Nunca saldría sin su ayuda.

—Abuela, tengo que volver. ¡Oh, tengo que volver!

La abuela apoyó la mano en la barbilla de Miranda y la obligó a volver la cara para mirarla de cerca, como suelen hacer los mayores. Los ojos de la abuela siempre eran iguales. Nunca miraban con tristeza, amabilidad, enojo o cansancio. Sólo miraban, fijos y azules.

—¿Qué pasa, Miranda? ¿Qué ha sucedido?

—Oh, tengo que volver. He… he olvidado algo importante.

—Deja de gimotear y dime lo que quieres.

Miranda no podía parar. Su padre parecía preocupado.

—Mami, tal vez la niña esté enferma. —Le acercó un pañuelo a la cara —. ¿Qué le pasa a mi niña? ¿Te ha sentado mal algo?

Miranda tuvo que levantarse para llorar con tanta fuerza como quería. Las ruedas giraban sobre la calzada y el carruaje oscilaba tanto que la abuela tuvo que cogerla de un brazo y su padre del otro. Se miraron por encima de la cabeza de Miranda con aquella mirada fija que la niña había visto tantas veces. Miranda parpadeó, a la espera de ver quién ganaba. Entonces la abuela bajó la mano y Miranda se quedó en brazos de su padre. Este le cedió las riendas al tío Jimbilly y la levantó hasta la parte superior del asiento. Ella se acurrucó contra él, rodeándole con piernas y brazos como si fuera un sillón, y dejó de llorar al instante.

—No podemos volver por una tontería —le dijo él en el tono razonable que adoptaba siempre que la abuela la regañaba, tendiéndole un suave pañuelo—. Suénate con fuerza. ¿Qué has olvidado, cielo? Ya encontraremos otro. ¿Era tu muñeca?

Miranda odiaba las muñecas. Nunca jugaba con ellas. Siempre les arrancaba el pelo y se lo ataba a los gatitos, como si fuera un sombrero. Los gatitos se lo quitaban enseguida. Era divertido. Los vestía con la ropa de las muñecas y tardaban medio minuto en despojarse de las prendas. Los gatitos tenían sentido común. De repente Miranda prorrumpió de nuevo en sollozos.

—¡Oh, quiero mi muñeca! —Y rompió a llorar otra vez, intentando amortiguar aquel débil sonido: «bip, bip…».

—Bueno, si no es más que eso —dijo su padre en tono amable—, hay un montón de muñecas en Cedar Grove y unos cuarenta gatitos recién nacidos. ¿Qué te parece?

—¿Cuarenta? —preguntó Miranda.

—Más o menos —dijo su padre.

La vieja tía Nannie se inclinó con la mano extendida.

—Mira, cariño, te he traído unos cuantos higos.

Tenía la cara tan surcada de arrugas que parecía un higo boca abajo tocado con una cofia fruncida y blanca. Miranda cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

—¿Es este el modo en que debes comportarte cuando la tía Nannie te ofrece algo bueno? —preguntó la abuela con voz admonitoria pero amable.

—No, señora —dijo Miranda débilmente—. Gracias, tía Nannie.

Pero no aceptó los higos.

La tía abuela Eliza, medio subida a una escalera apoyada en el tejado plano del gallinero, le daba a Hinry las instrucciones pertinentes para montar el telescopio.

—Para ser un chico que no ha visto un telescopio en su vida —le dijo la tía abuela Eliza a la abuela, que en realidad era su hermana Sophia Jane—, no se le da tan mal si voy indicándoselo.

—Me gustaría que dejaras de encaramarte a las escaleras, Eliza —dijo la abuela—, teniendo en cuenta tu edad.

—De verdad que eres un manojo de nervios, Sophia. ¿Cuándo has oído que me haya hecho daño?

—Aun así —insistió obstinada la abuela—, a tu edad hay algo que se llama conducta apropiada…

La tía abuela Eliza recogió un lado de su pesada falda plisada de color marrón con una mano, mientras se agarraba con la otra a la escalera y ascendía un peldaño más.

—Ahora, Hinry —gritó—, limítate a girarlo hacia el oeste y déjalo así. Ya lo centraré yo como quiera cuando esté preparada. Ya puedes bajar. —Ella también descendió, y le dijo a su hermana—: Mientras tú puedas cabalgar sobre ese caballo tuyo, Sophia Jane, supongo que podré seguir subiéndome a las escaleras. Soy tres años más joven que tú, y a tu edad, ¡eso se nota!

La abuela se puso tan rosada como el interior de una concha, como la que tenía junto al costurero por la que se oía el mar; Miranda sabía que siempre había sido la más guapa de las dos, y de hecho seguía siéndolo; la tía abuela Eliza no era guapa ahora ni lo había sido nunca. Observando y escuchando —ya que para ella todo el mundo le era extraño y despertaba su curiosidad—, Miranda vio a dos mujeres mayores, orgullosas de ser abuelas, que les hablaban a los niños como si ellas lo supieran todo y estos nada; a todas horas les decían: ven aquí, ve allí, haz esto, no hagas eso, y siempre tenían razón, a diferencia de los niños, que sólo la tenían cuando hacían lo que se les ordenaba sin protestar. Y ahí estaban ahora, riñendo como dos

colegialas, incluso como reñían Miranda y su hermana Maria, metiéndose una con la otra y diciéndose cosas con la intención de herir los sentimientos de la otra. Miranda se sintió triste, rara y un poco asustada. Se dispuso a irse.

—¿Adónde vas, Miranda? —preguntó la abuela con su tono de siempre.

—A casa —dijo Miranda con el corazón en un puño.

—Espera y ven con nosotras —dijo la abuela.

Era una mujer muy delgada y pálida, de cabellos blancos. A su lado, la tía abuela Eliza parecía una montaña, con el pelo encrespado y gris como una peluca de rizos, las gafas de montura de acero sobre sus ojos de color rapé, la falda de lana de color rapé flotando a su alrededor y su perpetuo olor a rapé. Cuando cruzó la puerta casi abarcaba todo el umbral. Cuando se sentó, la silla desapareció bajo su cuerpo, dando la impresión de que estaba sentada firmemente sobre sí misma, desde la cintura hasta el suelo.

Entonces, con la abuela sentada al otro lado de la estancia y entretenida revolviendo su cesta de labor y fingiendo no ver nada, la tía abuela Eliza sacó un botellín marrón del bolsillo, lo abrió, se puso una pizca de rapé en cada agujero de la nariz, estornudó con fuerza, se secó la nariz con un enorme y almidonado pañuelo blanco, se subió las gafas a la frente, cogió una pajita mascada y abierta, la hundió y la giró en el botellín y se la colocó con decisión entre los dientes. Miranda había oído hablar de esa costumbre de mal gusto como propia de mujeres de clase baja, pero nunca había oído hablar de una dama que aspirara rapé y, desde luego, aún menos alguien de la familia. Y, sin embargo, aquí estaba la tía abuela Eliza, una dama aunque no fuera muy bella, aspirando rapé. Miranda sabía lo que su abuela opinaba al respecto y contempló fascinada a la tía abuela Eliza hasta que los ojos de esta se volvieron vidriosos. Ella también la miró.

—Mira, jovencita, ¿si te doy un poco de goma de mascar desaparecerás de mi vista? —Rebuscó en el otro bolsillo y de él sacó un trozo de goma de mascar, redondo, bastante aplastado y con el azúcar que lo cubría bastante ajado—. ¡Hala!, toma esto… ¡Y no quiero volver a verte en todo el día!

Miranda se marchó corriendo, apretando la goma de mascar con la mano. Cuando llegó a la cocina le resbalaba por los dedos. Se dirigió al grifo y puso la mano bajo el agua intentando librarse de aquel olor a rapé. Después de semejante delito, no se atrevería a acercarse a la tía abuela Eliza en un buen rato. Casi podía oírla preguntar: «¿Qué ha sido de la goma de mascar, niña?».

Sin embargo, Miranda casi se olvidó de las cosas que solían interesarla, tales como gatitos u otros animalillos del lugar, cerdos, pollos, conejos,

cualquiera mientras fuera bebé y por tanto susceptible de dejarse alimentar y acariciar por ella, ya que los modos y costumbres de la tía abuela Eliza tenían a Miranda pendiente de ella; la seguía por toda la casa, observándola, o la contemplaba cuando estaba sentada frente a ella en la mesa del comedor, ya que cuando la tía abuela Eliza no se hallaba en el tejado delante del telescopio, siempre antes del amanecer o justo después de anochecer, caminaba por allí provista de un microscopio y una lupa, observando de cerca algo que veía en el tronco de un árbol o que encontraba entre la hierba; de vez en cuando recogía fragmentos que parecían hojas secas o pedazos de corteza, los llevaba a casa, los extendía sobre una hoja de papel blanco y se sentaba allí, murmurando, como si estuviera rezando sus oraciones. En la mesa podía diseccionar una monda de patata o cualquier cosa que tuviera en el plato y permanecer sentada, con la cabeza inclinada, diciendo «hummm» de vez en cuando. La abuela, que no permitía que los niños llevaran ningún juguete a la mesa y que les prohibía hacer cualquier otra cosa que no fuera comer mientras estuvieran en la mesa, hacía caso omiso de las maneras de su hermana en la medida de lo posible, hasta que un día, mientras la tía abuela Eliza susurraba para sus adentros como una abeja sobre lo que el microscopio había encontrado en una uva, le comentó:

—Eliza, si es tan interesante, deja que lo mire después de comer. O dime de qué se trata.

—No lo reconocerías aunque te lo dijera —replicó fríamente la tía abuela Eliza, dejando el microscopio y terminándose el pudin.

Cuando por fin, poco antes de que regresaran a la ciudad, la tía abuela Eliza invitó a los niños a subir la escalera con ella y ver las estrellas a través del telescopio, estos se quedaron tan sorprendidos que se miraron unos a otros como si fueran extraños y no pronunciaron ni una palabra. Miranda sólo distinguió un gran disco de luz fría pálido y reluciente, pero sabía que era la luna y exclamó, extasiada:

—¡Oh, es como otro mundo!

—Por supuesto, niña —dijo la tía abuela Eliza con su voz ronca pero amable—; hay otros mundos, millones de otros mundos.

—¿Como este? —preguntó tímidamente Miranda.

—Nadie lo sabe, niña…

«Nadie lo sabe, nadie lo sabe», cantó Miranda, entonando una canción que recordaba y, cuando los otros se adelantaron, ella estaba tan llena de gozo que se quedó rezagada, sola, caminando a cierta distancia detrás de la oscilante linterna de la tía abuela Eliza y sus amplias faldas con vuelo.

Tomaron el estrecho sendero que cruzaba las higueras, muy parecido al sendero de la casa de la ciudad, mientras el rocío temprano levantaba el dulce aroma de las hojas lechosas. Pasaron frente a una higuera de ramas bajas y Miranda se acercó, movida por la costumbre, y las rozó con los dedos para darse suerte. De la tierra subió un sonido terrible, débil e inquieto. «Bip bip, bip bip…», murmuraba una vocecilla lastimosa desde la suave tierra, la tumba.

Miranda chocó como un poni asustado contra las piernas de la tía abuela Eliza, diciendo:

—Oh, oh, oh, espera…

—¿Qué diantre te pasa, niña?

Miranda atrajo hacia sí aquella cálida mano, que olía a rapé y la agarró con fuerza.

—¡Oh, hay algo en el suelo, diciendo bip, bip!

La tía abuela Eliza se paró, rodeó a Miranda con el brazo y escuchó con atención durante un momento.

—¿Lo oyes? —dijo—. No están bajo el suelo. Son las primeras ranas de las higueras, que anuncian lluvia. Bip, bip… ¿Las oyes?

Miranda, aún temblorosa, respiró hondo y las oyó. Estaban en los árboles. Siguieron andando, Miranda cogida de la mano de la tía abuela Eliza.

—Piensa una cosa —dijo la tía abuela Eliza con su tono de voz más científico—, cuando las ranas mudan de piel, se quitan la vieja por la cabeza como si fuera una camisa y se la comen. ¿Te lo imaginas? Tienen las formas más bonitas que hayas visto nunca… Algún día te lo enseñaré con el microscopio.

—Gracias, señora —recordó finalmente decir Miranda, perdida en aquella niebla bendita que formaban los cantos de las ranas diciendo bip, bip…

La tumba

El abuelo, muerto hacía más de treinta años, fue perturbado dos veces en su largo reposo por la fidelidad y el espíritu posesivo de su viuda. La abuela trasladó sus restos primero a Luisiana y luego a Texas, como si sabiendo muy

bien que jamás regresaría a los lugares que había abandonado hubiese decidido determinar el sitio de su propia sepultura. En Texas construyó un pequeño cementerio en un rincón de su primera granja. A medida que aumentaron las relaciones familiares y después de la llegada de algunos parientes de Kentucky para instalarse, aquel contó con unas veinte tumbas. Después de la muerte de la abuela hubo que vender parte de las tierras en beneficio de algunos de sus hijos y dio la casualidad de que el cementerio pertenecía a la superficie destinada a la venta. Fue necesario retirar los cadáveres y enterrarlos en la parcela familiar en el nuevo y enorme cementerio municipal, donde descansaba la abuela. Por fin, su marido yació a su lado para toda la eternidad tal como ella lo había planeado.

El cementerio familiar había sido un agradable jardín, pequeño y descuidado, lleno de rosales enmarañados, cedros y cipreses irregulares, donde las lápidas lisas y sencillas se alzaban en medio del césped salvaje y perfumado que nadie recortaba jamás. Las tumbas estaban abiertas y vacías un día abrasador en el que Miranda y su hermano Paul, quienes solían salir a cazar conejos y tórtolas, apoyaron con cuidado sus Winchester calibre 22 contra la barandilla y, saltando por encima de las rejas, se dedicaron a explorar los sepulcros. La pequeña tenía nueve años y su hermano doce.

Atisbaron el interior de los hoyos —todos excavados en la misma forma con voluntariosa eficiencia— y, al tiempo que se miraban con ojos encantados e intrépidos, exclamaron en tono solemne: «¡Eran tumbas!». Con esas palabras trataban de despertar en su mente una emoción especial y apropiada a la situación, pero no sintieron más que una placentera sensación de misterio; estaban viendo algo nuevo, haciendo algo que no habían hecho antes. También había en ambos un dejo de disgusto ante la absoluta normalidad del espectáculo. Si bien era cierto que aquel hoyo había albergado un ataúd durante muchos años, ahora que el féretro ya no estaba, una tumba no pasaba de ser un agujero en la tierra. Miranda saltó al hoyo que había cobijado los huesos de su abuelo. Mientras escarbaba por su alrededor, contenta como un animal joven, arrancó un terrón y lo sostuvo en la palma de la mano. Tenía un olor agradablemente dulce y corrompido, ya que estaba mezclado con agujas de cedro y pequeñas hojas. Al desmenuzarlo, descubrió una paloma de plata, del tamaño de una avellana, con las alas extendidas y una cola en forma de abanico. En el pecho tenía un hueco profundo y redondo. Volvió el objeto contra la cruda luz del sol y vio que el interior de aquel hueco estaba cortado en pequeñas espirales. Saltó afuera por encima del montón de tierra suelta que había vuelto a caer en uno de los extremos de la

tumba y llamó a Paul para decirle que había encontrado una cosa y que él debía adivinar qué era. Su cara sonriente asomó por el borde de otro sepulcro. Agitó la mano cerrada en dirección a su hermana y gritó: «¡Yo también he encontrado algo!». Corrieron para comparar sus tesoros y transformaron su hallazgo en un juego. Cada uno tenía que adivinar qué era el objeto que había encontrado el otro. Tras muchas conjeturas, todas erróneas, terminaron por mostrarlos sobre la palma abierta. Paul había descubierto un anillo de oro estrecho pero grande, grabado con flores y hojas de dibujo intrincado. Miranda se conmovió al ver aquella joya y la quiso para sí. Paul, en cambio, pareció más impresionado por la paloma. Después de algún regateo, intercambiaron sus objetos. Una vez que tuvo la paloma en sus manos, Paul explicó:

—¿Sabes qué es esto? Es la cabeza de un tornillo para ataúdes… Apuesto a que nadie tiene nada igual.

Miranda la contempló sin codicia. Se había colocado el anillo en el pulgar y le iba a la perfección.

—Tal vez sea mejor que nos vayamos ahora —sugirió la niña—. Seguramente alguno de los negros nos verá y se lo dirá a alguien.

Sabían que la tierra había sido vendida y que el cementerio ya no era suyo. Se sentían invasores. Volvieron a saltar el cerco, colocaron sus rifles en bandolera —habían tirado al blanco con distintas armas de fuego desde que tenían siete años— y decidieron ir en busca de conejos o palomas o hacer cualquier otra cosa que se les ocurriera por el camino. En aquellas expediciones Miranda siempre marchaba pegada a los talones de su hermano, obedecía sus órdenes para manejar el arma cuando saltaban los cercados, aprendía a sostenerla bien para que no se zafara y se disparara inesperadamente y a esperar su turno para hacer fuego y no tirar al aire sin mirar, con lo que sólo conseguía echar a perder las oportunidades de Paul, quien era capaz de hacer blanco en cuanto tenía la ocasión. De vez en cuando, excitada al ver a los pájaros pasar como flechas por delante de su cara o a un conejo saltar por entre sus pies, Miranda perdía la cabeza y casi sin apuntar levantaba el rifle y apretaba el gatillo. Difícilmente cobraba una pieza. Carecía por completo del sentido de la caza. A menudo su hermano se disgustaba mucho con ella.

—A ti no te importa si consigues el pájaro o no —la amonestaba—. Esa no es forma de cazar.

Miranda no conseguía comprender su indignación. Más de una vez lo había observado aplastar su sombrero y gritar con furia cuando le fallaba la

puntería.

—Lo que me gusta en el manejo de las armas de fuego —decía Miranda con exasperante falta de consecuencia— es apretar el gatillo y oír el ruido del disparo.

—Entonces, ¡qué demonios! —replicaba Paul—, ¿por qué no vuelves a la sala de tiro y disparas a los blancos que están dispuestos?

—Lo haría ahora mismo —contestaba la chiquilla—. Lo que ocurre es que de caza podemos pasear.

—Bueno, quédate detrás de mí y no me arruines los tiros —concluía Paul, quien cuando mataba un animal quería tener la certeza de que lo había hecho él.

Miranda, que sólo mataba un pájaro cada veinte tiros, reclamaba siempre como suya cualquier pieza que conseguían al disparar los dos al mismo tiempo. Su actitud resultaba agotadora y era tan injusta que su hermano estaba harto de ella.

—Bueno, la primera paloma o el primer conejo que veamos son míos —le dijo a la niña—. Y los siguientes serán tuyos. Recuérdalo bien y no seas sabihonda.

—¿Y si aparece una serpiente? —preguntó Miranda distraídamente—. ¿Puedo dispararle a la primera serpiente que encontremos?

Mientras agitaba su pulgar con suavidad y observaba el centelleo de su anillo, Miranda perdió interés en la caza. Usaba su tosca vestimenta de verano: mono azul oscuro, camisa celeste, un sombrero de paja de diario y gruesas sandalias de color castaño. Su hermano vestía las mismas ropas, pero de un color nogal más sobrio. Por lo general Miranda prefería su mono a cualquier otro vestido, a pesar de que estaba convirtiéndose en motivo de escándalo en la región; corría el año 1903 y en el campo el decoro femenino tenía los dientes muy afilados. Su padre había sido criticado por permitir que sus hijas se vistieran como muchachos y galoparan por los alrededores montando a horcajadas y a pelo. Maria, la hermana mayor, la más valiente e independiente a pesar de sus modales algo afectados, cabalgaba a toda velocidad como si montura y amazona fueran sólo una, con la soga atada al hocico del caballo. Se decía que esa familia sin madre iba cuesta abajo desde que la abuela ya no estaba allí para sujetarla. Era de sobra conocido que la anciana en su testamento había discriminado a Harry, quien sufría graves estrecheces económicas. Algunos vecinos se regocijaban pensando con perversidad que seguramente ya no se mostraría tan estirado ni podría darse el lujo de tener caballos de raza. Miranda lo sabía, pero no podía decir por qué.

Había tropezado en la carretera con mujeres de las que fuman en pipas de mazorca, que habían tratado a su abuela con el más sincero respeto. Apartaban los ojos legañosos de la nieta y murmuraban: «¿No le da vergüenza, señorita? Vestirse de esa manera es proceder en contra de las Escrituras. ¿En qué está pensando su padre?». Miranda, dotada de un poderoso sentido de la corrección social provisto de un sensible juego de antenas que partían de cada poro de su piel, se sentía avergonzada, porque sabía que escandalizar a la gente, aun a las viejas arrugadas de mal carácter, era una muestra de rudeza y falta de educación, pero confiaba en el juicio de su padre y se sentía muy cómoda en sus ropas. Su padre le había dicho: «Es justo lo que necesitas y además conservarás nuevos tus vestidos para ir a la escuela». Esto le parecía simple y natural. La niña había sido criada en el ahorro más riguroso. El derroche era algo vulgar y también pecaminoso. Tales eran las verdades que había escuchado decir muchas veces, sin que nadie las refutara nunca.

Sin embargo, el anillo que brillaba con la serena pureza del oro fino en su pulgar bastante maltrecho volvió sus sentimientos en contra de su mono y sus pies sin calcetines, con los dedos asomando entre las gruesas correas de cuero de color castaño. De pronto sintió deseos de volver a casa, tomar un baño refrescante, espolvorearse en abundancia con el talco de violetas de Maria —suponiendo que su hermana no estuviera allí para protestar, por supuesto—, ponerse el vestido más delicado y que mejor le sentara, con un gran lazo, y sentarse en una silla de mimbre a la sombra de los árboles… Aquello no era todo lo que anhelaba. Sentía una vaga agitación, provocada por el ansia de lujo y de un gran estilo de vida, que si bien no adquiría forma precisa en su imaginación, descansaba en la leyenda familiar de un pasado de riquezas y comodidades. Aquellos halagos inmediatos eran lo único que podía concederse y quiso recibirlos sin demora. Se quedó atrás, bastante alejada de Paul, y pensó por un instante en la posibilidad de dar la media vuelta y regresar a casa. Se detuvo y se dijo que su hermano jamás le haría algo semejante, de modo que tendría que anunciárselo. Cuando saltó un conejo, dejó que Paul se hiciera cargo del animal sin la menor disputa. El chico lo mató de un solo disparo.

Cuando se acercó, Paul ya estaba de rodillas examinando la herida. El cadáver colgaba de sus manos.

—Justo en la cabeza —observó el muchacho con satisfacción, como si hubiera apuntado precisamente allí.

Tomó un afilado cuchillo de caza y comenzó a desollar al animal. Lo hizo con gran limpieza y rapidez. El tío Jimbilly sabía curtir las pieles, de modo que Miranda siempre tenía una buena provisión de abrigos de piel para sus muñecas. No es que se preocupara mucho por ellas, pero le agradaba verlas vestidas con abrigos de piel. Los chicos estaban de rodillas, el uno frente al otro, junto al conejo muerto. Miranda contemplaba con admiración a su hermano arrancando el pellejo como si estuviera sacando un guante. La carne despellejada emergió de un color escarlata oscuro, firme y lisa. Miranda palpó con el pulgar y el índice los músculos largos y finos y las tiras lisas y plateadas que los unían a las articulaciones. Paul alzó el vientre, hinchado de manera anormal.

—¡Mira! —exclamó con una voz baja y sorprendida—. Iba a tener crías.

Con mucho cuidado hendió la carne delgada desde las costillas centrales hasta los flancos y apareció una bolsa de color escarlata. Volvió a cortar y abrió la bolsa. Dentro había varios conejos diminutos, cada uno de ellos envuelto en un tenue velo escarlata. Paul quitó los velos y surgieron los animalitos de color gris oscuro. Su lisa y húmeda pelusa formaba rizos diminutos como la cabeza recién lavada de un bebé, sus orejas increíblemente pequeñas y delicadas estaban plegadas contra el cráneo, sus menudas caras ciegas casi no tenían facciones.

—¡Oh, quiero verlo! —exclamó Miranda, reteniendo el aliento.

Miró y miró, llena de emoción pero no de temor. Estaba acostumbrada a ver animales muertos cuando salían de caza. Se sentía invadida por la pena, el asombro y un extraño placer, sentimientos todos provocados por las maravillosas y pequeñas criaturas, tan bonitas. Siempre con mucha cautela, tocó uno de los gazapitos.

—¡Ah, están cubiertos de sangre! —dijo, y comenzó a temblar sin saber por qué.

No obstante deseaba verlo y comprender aquello. Una vez que hubo satisfecho su curiosidad, sintió de golpe que había sabido esas cosas desde siempre. El recuerdo de su antigua ignorancia desapareció. Sabía todo eso desde tiempo inmemorial. Nadie le había dicho una sola palabra de manera sincera y directa y la niña apenas había observado la vida de los animales, simplemente porque los veía a diario. Siempre le parecieron seres desordenados y extrañamente rudos en sus costumbres, pero en su conjunto naturales y poco atractivos. Su hermano había hablado como quien conoce el asunto de cabo a rabo. Seguramente ya había visto todo eso antes. Nunca había comentado una sola palabra con Miranda, pero ella ya sabía al menos

una parte de lo que para el chico no era ningún misterio. Comprendió algo del secreto y las intuiciones sin forma de su mente y de su cuerpo, al aclararse, adquirieron forma de una manera tan gradual y progresiva que la niña no se dio cuenta de que estaba aprendiendo lo que tenía que saber. Paul dijo con cautela, como si se tratara de un tema prohibido:

—Estaban a punto de nacer. —Y bajó la voz al decir la última palabra.

—Ya sé —afirmó Miranda—. Como los gatitos, como los bebés.

Estaba sumamente agitada, aunque nada escandalizada. Se había levantado y contemplaba, con el rifle bajo el brazo, el sangriento montón.

—No quiero la piel —anunció—. No me la llevaré.

Paul volvió a sepultar a los conejitos en el cuerpo de la madre, envolvió el cadáver con la piel, lo llevó hasta un macizo de arbustos de salvia y lo ocultó. Regresó junto a Miranda enseguida y, con un matiz de ansiosa camaradería, con un tono confidencial bastante desacostumbrado en él, como si la iniciara en un secreto importante y en términos de igualdad, le dijo:

—Escúchame, Miranda. Ahora préstame atención y no olvides lo que voy a decirte. No cuentes jamás a nadie lo que acabas de ver. No hables de ello con papá, porque me meterás en líos. Él dirá que te llevo a hacer cosas que no debes. Siempre repite lo mismo. De modo que cuidadito con olvidarte y empezar a ir soltando chismes como acostumbras hacer… Esto es un secreto. No lo debes contar.

Miranda nunca se lo contó a nadie, ni siquiera sintió el deseo de hacerlo. Durante unos días continuó pensando en aquella espantosa escena con una especie de tristeza confusa, pero después el recuerdo se hundió serenamente en su conciencia y quedó cubierto por miles de otras impresiones que se fueron acumulando durante casi veinte años. Pero un día, mientras se abría camino entre los charcos y montones de desperdicios de una feria callejera en una ciudad desconocida de un país extranjero, sin previo aviso, exacto y claro en sus colores reales como si mirara en un cuadro una escena que no se había movido ni cambiado desde el momento en que ocurriera, aquel episodio tan lejano saltó de su tumba e invadió su imaginación. Sintió un miedo tan irracional que se detuvo en seco para mirar la escena que se desarrollaba ante su vista, oscurecida por la imagen que ocupaba su mente. Un vendedor indio sostenía ante ella una bandeja llena de masitas de azúcar coloreada, cuya forma reproducía todo tipo de pequeños animales: pájaros, pollitos, gazapos, corderos y cerditos. Estaban pintadas con colores alegres y parecían oler a vainilla… Hacía mucho calor y el olor del mercado, con sus pilas de carne cruda y flores marchitas, era semejante a aquel aroma en el que se mezclaban

la dulzura y la corrupción, que la había asaltado aquel lejano día en el vacío cementerio de su casa. Aquel día que siempre recordó después de forma vaga como el momento en que su hermano y ella habían encontrado un tesoro en las tumbas abiertas. Ante ese pensamiento, la espantosa visión desapareció y Miranda vio con toda claridad a su hermano, cuyo rostro infantil había olvidado, de pie contra la potente luz del sol, con sus doce años y una sonrisa serena y satisfecha en los ojos, dando vueltas entre sus dedos, una y otra vez, a la paloma de plata.

El camino descendente de la sabiduría

En su dormitorio cuadrado con un gran ventanal, mamá y papá recostados en sus almohadas se alcanzaban el uno al otro las cosas que tomaban de la ancha bandeja negra colocada encima de la mesita de patas cruzadas. Sus sonrisas se agrandaron cuando el chiquillo, con el sueño prendido todavía en la piel y en el pelo, se acercó a la cama. Se apoyó en ella y, retorciendo los dedos de los pies desnudos sobre la blanca alfombra de piel, continuó comiendo los cacahuetes que extraía del bolsillo de su pijama. Tenía cuatro años.

—Aquí está mi bebé —dijo mamá—. Súbelo a la cama, ¿quieres?

El pequeño relajó los músculos para dejar que papá lo tomara en sus brazos y lo meciera sobre su pecho amplio y robusto. Se acurrucó entre sus padres como un osito en su madriguera y allí se quedó, acostado con toda comodidad. Cogió otro cacahuete entre los dientes, le quitó la cáscara, separó el fruto y se lo comió.

—Otra vez ha estado corriendo por ahí descalzo —anunció mamá—. Sus pies parecen carámbanos.

—Mastica como un caballo —observó papá—. Comer cacahuetes antes del desayuno le estropeará el estómago. ¿De dónde los habrá sacado?

—Tú se los trajiste ayer —replicó mamá con exactitud—, en una espantosa bolsita de celofán. Te he pedido muchas veces que no le traigas nada para comer. Bájalo de la cama, ¿quieres? Está desparramando cáscaras de cacahuete por todas partes.

Casi de golpe, el chiquitín se encontró de nuevo en el suelo. Se acercó al lado de mamá y, apoyándose con confianza cerca de ella, comenzó a comer otro cacahuete. Mientras masticaba, la miraba a los ojos con solemnidad.

—Un espécimen muy brillante, ¿verdad? —preguntó papá estirando sus largas piernas, para alcanzar su bata, y añadió—: Supongo que dirás que tengo la culpa de que sea tonto como un buey.

—Es mi bebito, mi único bebito —repuso mamá con ternura, estrechándolo en un abrazo—. Un corderito amoroso.

El cuello y los hombros del niño eran blandos y suaves bajo su firme abrazo. Dejó de masticar el tiempo suficiente para recibir un beso en su barbilla cubierta de restos de cacahuetes.

—Es tierno como un trébol —añadió mamá.

El pequeño continuó masticando.

—Fíjate cómo mira —comentó papá—, parece una lechuza.

—Es un ángel —replicó mamá— y jamás me arrepentiré de haberlo tenido.

—Habría sido mejor no haberlo traído al mundo —rezongó papá.

Estaba caminando por la habitación, de espaldas a su mujer. Durante un momento reinó el silencio. El niño dejó de comer y contempló a su mamá con una mirada profunda. Ella observaba la espalda de papá. Sus ojos se habían oscurecido.

—Estás repitiendo eso con demasiada frecuencia —le dijo a su marido en voz baja—. Cuando hablas de esa manera, te odio.

—Lo mimas demasiado. Jamás lo corriges por nada. No te ocupas de él. Lo dejas que ande por ahí comiendo cacahuetes antes del desayuno —repuso papá.

—Recuerda que fuiste tú quien le dio los cacahuetes —advirtió mamá.

Se sentó y abrazó a su único hijito una vez más. El pequeño se frotó la nariz suavemente en la axila de su madre.

—Vete, mi querido —ordenó mamá, con su voz más suave, mientras le sonreía mirándolo a los ojos. Apartó los brazos del cuerpecillo del niño y añadió—: Vete a desayunar.

En el camino hasta la puerta el chiquillo tuvo que pasar junto a su padre. Se encogió al ver la enorme mano que se alzaba por encima de su cabeza.

—Sí, sal de aquí y quédate fuera —dijo papá dándole un pequeño empellón hacia la puerta.

No fue un gesto duro, pero el niño se sintió herido. Se escabulló con presteza y correteó hasta el vestíbulo procurando no volver la mirada. Tenía miedo de que algo lo persiguiera, aunque no podía imaginar qué. Algo lo había herido muy hondo pero no sabía por qué.

No quiso desayunar. Se sentó y agitó el contenido del tazón amarillo dejando que se escurriera de la cuchara, derramándolo sobre la mesa, sobre su frente, sobre la silla. Le agradaba verlo esparcido. Era un alimento odioso, pero resultaba divertido ver cómo corría por su pijama en blancos riachuelos.

—Mira lo que estás haciendo, sucio mocoso —lo amonestó Marjorie—. Eres un sucio mocoso.

El niño abrió la boca para hablar por primera vez.

—La sucia eres tú —dijo.

—Está bien —rezongó Marjory, mientras se inclinaba sobre el niño hablando bajo para que su voz no pudiera oírse—. Está bien, eres igual que tu padre. —Y añadió en un murmullo—: Despreciable, despreciable.

El chico tomó con ambas manos el tazón amarillo colmado de crema, harina de avena y azúcar y lo estrelló con estrépito contra la mesa.

—¡Mira lo que has hecho! —exclamó Marjory arrancándolo de la silla mientras lo frotaba con una servilleta.

Lo restregó con toda la rudeza de que era capaz hasta que el pequeño rompió a llorar.

—Como te he dicho. Exactamente como te he dicho —farfulló Marjory.

A través de las lágrimas, el niño vio la cara de la mujer terriblemente cerca, roja y ceñuda, bajo una tiesa diadema blanca. Una cara como la de alguien que aparecía por las noches, se detenía a su lado y lo regañaba cuando no podía moverse y escapar.

—Idéntico a tu papá, despreciable.

El chiquillo salió al jardín y se sentó en un banco verde y balanceó las piernas. Estaba limpio. Tenía el pelo mojado y su jersey de lana azul le producía picor en la nariz. Sentía la piel de la cara tirante por efecto del jabón. Vio a Marjory que pasaba frente a una ventana con la bandeja negra en las manos. Él sabía que esa ventana con las cortinas corridas todavía correspondía al cuarto de mamá. El cuarto de papá. El cuarto de mamápapá. La palabra era agradable. Producía entre los labios un borboteo y un chasquido que corría luego por su mente mientras sus ojos vagaban a su alrededor buscando algo que hacer, algo con que jugar.

Las voces de mamápapá seguían atrayendo su atención. Mamá reñía otra vez con papá. Podía asegurarlo por el tono de su voz. Eso era lo que siempre afirmaba Marjory cuando sus voces se alzaban y apagaban, crecían hasta un punto determinado para luego quebrarse y rodar como los gatos que pelean por las noches. En esa ocasión, también papá estaba irritado, mucho más que mamá. El chiquillo se sintió helado e intranquilo. Estaba sentado muy quieto

con tremendos deseos de ir al baño, pero este se encontraba junto a la habitación de mamapapá y no se animaba siquiera a pensar en ir allí. Cuando las voces se elevaron más aún, casi no podía escucharlas, tan intensa era su necesidad. De pronto se abrió la puerta de la cocina y apareció Marjory quien le hizo señas con la mano para que se acercara. No se movió. La mujer se aproximó, con su cara todavía roja y torva, pero no parecía irritada. Estaba tan asustada como él. Le dijo:

—Ven, cariño, tenemos que ir otra vez a casa de la abuelita. —Lo tomó de la mano para apartarlo del banco—. Vamos rápido, tu abuela te está esperando.

El chiquillo se puso en pie. En ese momento la voz de su madre se alzó en un terrible chillido y gritó algo que él no fue capaz de entender. Parecía muy furiosa. En otras ocasiones había visto a su madre con los puños apretados y los ojos cerrados, golpeando el suelo con los pies y lanzando aullidos, así que sabía cuál era su aspecto en semejantes circunstancias. Su madre gritaba presa de un ataque de nervios, tal como él la recordaba de otras ocasiones. Se detuvo en seco, doblado sobre sí mismo y todo su cuerpo pareció disolverse desde el fondo de su estómago en una ola nauseabunda.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Marjory—. ¡Oh, Dios mío! ¡Mira cómo te has puesto! Y no puedo detenerme para limpiarte.

Nunca supo cómo llegó a casa de su abuela, pero lo cierto es que al fin estuvo allí, húmedo y sucio, y advirtió que lo manejaban con asco en la gran bañera. Su abuela, vestida con sus largas faldas negras, apuntó:

—Tal vez esté enfermo. Deberíamos llamar al médico.

—No lo creo, señora —repuso Marjory—. No tiene nada. Lo que ocurre es que está asustado.

El chiquillo no se animaba a levantar los ojos, tan grande era su vergüenza.

—Llévele esta nota a su madre —ordenó la abuela a Marjory.

La anciana se sentó en un ancho sillón y se entretuvo en acariciar la cabeza del niño, mientras lo peinaba con los dedos. Le alzó la barbilla, lo besó y le dijo:

—¡Pobre pequeño! No te preocupes. Siempre lo pasas muy bien en casa de abuelita, ¿verdad? Será una visita agradable, como la de la última vez.

El niño se apoyó contra las rígidas ropas de la abuela, de las que emanaba un olor seco, y se sintió horriblemente apesadumbrado por algo. Comenzó a lloriquear y murmuró entre sollozos:

—Tengo hambre. Quiero comer.

La frase le recordó algo. Se puso a berrear con toda su alma. Se tiró sobre la alfombra y frotó su nariz contra un polvoriento ramo de rosas de lana.

—Quiero mis cacahuetes —bramó—. Alguien me ha quitado mis cacahuetes.

La abuela se arrodilló a su lado y lo tomó en sus brazos tan estrechamente que el niño casi no podía moverse. Con voz calma, por encima de los berridos del pequeño, llamó a la vieja Janet y le ordenó:

—Tráigame un poco de pan con manteca y mermelada de fresa.

—¡Quiero cacahuetes! —vociferó el chico con desesperación.

—No, querido, no quieres cacahuetes —dijo la abuela—. Tú no quieres esos horribles cacahuetes que te ponen malito. Vas a comer un poco del rico pan fresco de la abuela, con sabrosa mermelada de fresa. Eso es lo que vas a comer.

Un rato después el pequeñín se sentó con la mayor tranquilidad y comió hasta hartarse. La abuela estaba a su lado. Y la vieja Janet permanecía de pie junto a una mesa que se hallaba cerca de la ventana, en la que había una bandeja con pan fresco y un tarro de mermelada. Fuera se veía un arriate con flores rojas en forma de canuto, que colgaban por todas partes. Las abejas zumbaban.

—No sé qué hacer —dijo la abuela—. Es muy…

—Así es, señora —asintió la vieja Janet—, de verdad que es…

—No alcanzo a ver en qué terminará todo esto. Es un terrible… —continuó la abuela.

—La verdad es que es terrible —comentó Janet—. Semejantes escándalos continuamente y esta criatura…

Sus voces le parecían tranquilizadoras. El chiquillo comía sin prestar atención a ellas. No conocía a esas mujeres excepto por el nombre. No lograba entender lo que hablaban. Sus manos, sus ropas y sus voces eran secas y lejanas. Lo examinaban con sus ojos arrugados, en los que no alcanzaba a descubrir la menor expresión. Siguió sentado, aguardando lo que harían con él. Confiaba en que le permitieran ir a jugar al patio. La habitación estaba colmada de flores, de oscuras cortinas rojas y enormes sillones suaves y aunque las ventanas estaban abiertas, todo era en cierta manera sombrío. Sombrío y desconocido. Un lugar en el que no confiaba.

—Ahora debes beberte la leche —dijo la vieja Janet, mientras sostenía una taza de plata.

—No quiero leche —protestó el niño volviendo la cabeza.

—Muy bien, Janet, si no quiere leche que no beba leche —intervino la abuela rápidamente—. Ahora vamos, corre al jardín y juega. Janet, dele el aro.

Por las noches llegaba a la casa un desconocido grandote que trataba al chico de una manera muy rara. Cada vez que le regalaba el objeto más insignificante rugía con voz terrorífica:

—Tienes que decir «por favor» y «gracias», jovencito.

Otras veces, al tiempo que cerraba unos puños enormes y peludos y le hacía pases, preguntaba:

—Bien, ¿estás listo para una pelea? Vamos, debes aprender a boxear.

Después de las primeras luchas el juego resultó divertido.

—No le enseñes a ser rudo —decía la abuela—. Hay bastante tiempo para ello.

—Pero, madre, supongo que no querrás que el niño sea una mujercita —replicaba el hombre alto—. Tiene que endurecerse desde niño. Ven, muchacho, ponte los guantes…

Al chiquillo le gustaba esa nueva manera de nombrar a las manos. Aprendió a arrojarse contra el corpulento desconocido, cuyo nombre era tío David, y golpearlo en el pecho con toda su fuerza. El hombre reía y le devolvía los golpes con sus puños enormes y flojos. A veces, aunque no muy a menudo, el tío David llegaba a mediodía. El chiquillo lo extrañaba cuando no aparecía. Se quedaba en la puerta de la casa y fijaba los ojos calle abajo para verlo llegar. Una noche llevó un gran paquete cuadrado bajo el brazo.

—Ven, muchacho, mira lo que tengo —le dijo desatando un cordel y apartando cantidades de papel verde.

Apareció una caja que estaba llena de algo de colores planos y plegado. Puso algo en la mano del pequeño. Era de un verde vivo, flexible y sedoso, con un tubo en un extremo.

—Gracias —dijo el muchacho cortésmente sin saber qué hacer con aquello.

—Globos —exclamó el tío David con voz de triunfo—. Ahora pon tu boca aquí y sopla con fuerza.

El niño obedeció y la cosa verde comenzó a crecer, redonda, delgada y brillante.

—Esto es bueno para tu pecho —observó el tío David—. Sopla más.

El niño siguió soplando y el globo se infló más y más.

—¡Basta! —ordenó el tío David—. Ya es suficiente.

Hizo un nudo para mantener el aire dentro y explicó:

—Hay que hacerlo así. Ahora yo inflaré uno y tú otro y veremos quién logra el globo más grande en menos tiempo.

Soplaron y soplaron, en especial el tío David. Jadeaba y resollaba con toda su fuerza pero el chiquillo siempre vencía. Su globo se hacía perfectamente redondo antes de que el tío David pudiera empezar el suyo. El niño se sintió tan orgulloso que se puso a bailar y a gritar:

—¡He ganado, he ganado!

Y volvió a inflar otro globo. De pronto, este reventó en su cara y el mocoso se asustó tanto que se sintió enfermo.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Jo! ¡Jo! —chilló el tío David—. ¡Mirad lo que ha conseguido el muchacho! Apuesto a que yo no puedo hacerlo. Veamos.

Sopló y sopló hasta que la hermosa burbuja aumentó de tamaño, se balanceó en el aire y por fin estalló. En la mano del tío David sólo quedó un pequeño retazo de color. Era un juego divertido. Siguieron hasta que llegó la abuela y dijo:

—Es hora de comer. No, no puedes inflar globos en la mesa. Quizá mañana.

Al día siguiente, en lugar de darle globos lo sacaron de la cama muy temprano, lo bañaron con agua tibia y jabonosa y le sirvieron un abundante desayuno de huevos pasados por agua, tostadas con mermelada y leche. Su abuela le dio los buenos días con un beso y le dijo:

—Espero que te portes bien y obedezcas a la maestra.

—¿Qué es una maestra? —preguntó el chiquillo.

—La maestra está en la escuela —contestó la abuela—. Ella te enseñará muchas cosas y tú debes hacer todo lo que te diga.

Mamá y papá habían hablado mucho acerca de la escuela y de que pronto lo enviarían a ella. Le habían contado que era un lugar muy agradable, con toda clase de juguetes y otros chicos para jugar. Pensó que sabía bastante sobre la escuela.

—No creí que fuese a ser tan pronto, abuela —comentó el niño—. ¿Es hoy?

—En este preciso instante —respondió la abuela—. Te lo dije hace una semana.

La vieja Janet apareció con el sombrero puesto. Era una especie de envoltorio lleno de puntas, sostenido con una banda negra de elástico que pasaba hacia atrás por debajo de su pelo.

—Vamos —ordenó—. Este es mi día más ajetreado.

Usaba una piel de gato colocada de cualquier manera alrededor de su cuello cuyas orejas puntiagudas asomaban por debajo de su barbilla flácida.

El niño se sentía emocionado y deseaba correr para adelantarse a la criada.

—Te he dicho que no me sueltes la mano —recordó la vieja Janet—. No corras de ese modo, puedes matarte.

—Me van a matar, me van a matar —cantó el niño con una tonada de su creación.

—No digas eso que me da miedo —dijo la vieja—. Cógete de mi mano.

Se inclinó sobre el chico y lo observó, no a la cara, sino a algo en sus ropas. Los ojos del pequeño siguieron su mirada.

—Confieso —declaró Janet— que me he olvidado por completo. Iba a coserla. Debí haberlo sabido. Le advertí a tu abuela que pasarían cosas así.

—¿Qué? —quiso saber el muchachito.

—Mírate —ordenó la vieja Janet con irritación.

El niño obedeció. A través de una abertura en sus pantalones cortos de franela azul, se veía una puntita de su persona. Los pantalones le llegaban hasta la mitad del muslo y los calcetines le llegaban a media pierna. Por eso sentía tanto frío en las rodillas durante todo el invierno. Recordó cuán intenso era el frío que padecía en las rodillas cuando helaba y que a veces se había visto obligado a volver a meter la parte de su cuerpo que salía por la bragueta porque también sentía frío allí. Inmediatamente descubrió lo que andaba mal y trató de arreglarlo, pero sus mitones se engancharon. Janet dijo:

—No lo hagas, chiquillo malo.

Con un firme pulgar, la criada puso las cosas en orden y estiró y plegó su camiseta de punto por debajo del cinturón sobre la parte delantera.

—Ahora —lo amonestó—, trata de no perder la vergüenza en todo el día.

El niño se sintió culpable y enrojeció porque tenía algo que aparecía estando vestido, aunque se suponía que entonces no debía aparecer. Las distintas mujeres que lo bañaban siempre lo envolvían con rapidez en las toallas y lo vestían a toda velocidad porque veían en él algo que no lograba averiguar qué era. Se apresuraban tanto que jamás había tenido la menor oportunidad de saber qué veían ellas, fuera lo que fuese. Y cuando se contemplaba desnudo, no conseguía encontrar qué había de malo en él. Vestido, sabía que su aspecto era como el de los demás, pero debajo de su ropa había algo que se relacionaba con su cuerpo. Aquel asunto lo atemorizaba y confundía y se preguntaba con frecuencia qué podría ser. Las

únicas personas que jamás parecían darse cuenta de que había algo incorrecto eran papá y mamá. Nunca lo llamaban chico malo y durante todo el verano le habían permitido correr desnudo por la playa del enorme océano.

—Míralo, ¿no es un amor? —preguntaba mamá.

Y papá, después de contemplarlo respondía:

—Tiene una espalda de un campeón de lucha.

El tío David era un campeón de lucha, cuando adelantaba sus puños y lo invitaba:

—Vamos, muchacho.

La vieja Janet lo sostenía con firmeza y daba largos pasos debajo de sus faldas anchas y tiesas. No le gustaba el olor de la vieja Janet. Le revolvía el estómago. Olía igual que las plumas de pollo mojadas.

La escuela resultó fácil. La maestra era una mujer angulosa con melena y falda corta. A veces se interponía en el camino, pero sólo en contadas ocasiones. La gente que se movía alrededor del niño era de su mismo tamaño y no se veía obligado a estirar el cuello hacia las caras que se inclinaban sobre él. Además, podía sentarse en las sillas sin necesidad de trepar para alcanzarlas. Todos los chicos tenían nombres, como Frances y Evelyn, Agatha, Edward y Martin, y el suyo era Stephen. Ya no era el «bebé» de mamá, ni el «hombrecito» de papá, ni el «muchacho» del tío David, ni el «querido» de la abuela, ni el «chiquillo malo» de la vieja Janet. Era Stephen. Estaba aprendiendo a leer y a cantar una tonada siguiendo unas letras de aspecto extraño y las marcas escritas con tiza en la pizarra. Se hablaba con un tipo de letras y se cantaba con otro. Todos los chicos hablaban y cantaban en su turno y luego lo hacían juntos. Stephen pensó que era un juego muy agradable. Se sentía despierto y feliz. Tenían arcilla moldeable, papel, alambres y cuadrados de colores en cajas pequeñas para jugar y bloques coloreados para construir casas. Más tarde, bailaron formando un gran corro y después parejas, un niño con una niña. Stephen lo hizo con Frances. La pequeña decía con insistencia:

—Sígueme.

Frances era un poquito más alta que Stephen y su pelo formaba rizos cortos y brillantes del color de un cenicero que estaba en el escritorio de papá. A veces, la chiquilla le decía:

—No sabes bailar.

—Claro que sé —replicaba Stephen, y saltaba a su alrededor, sosteniendo las manos de sus compañeras—. Puedo bailar también.

Estaba seguro y, por eso, añadió:

—No sabes bailar. No sabes bailar en absoluto.

Entonces tuvieron que cambiar de pareja de baile y cuando volvieron a formar pareja, Frances comentó:

—No me gusta tu forma de bailar.

Eso era diferente. Stephen comenzó a dudar de su habilidad. Cuando el disco repitió la canción, ya no saltó tan alto.

—Continúa, Stephen, lo estás haciendo muy bien —lo alabó la maestra, al tiempo que movía las manos con rapidez.

El baile terminó y jugaron a «relajarse» durante cinco minutos. Lo hicieron balanceando sus brazos hacia delante y hacia atrás y haciendo rodar su cabeza una y otra vez. Cuando la vieja Janet fue a buscarlo, no quería volver a casa. Durante la comida, la abuela le pidió dos veces que mantuviera la cara alejada del plato.

—¿Son esos los modales que te enseñan en la escuela? —preguntó.

El tío David estaba en casa.

—Aquí tienes, muchacho —dijo, y le dio dos globos.

—Gracias —repuso Stephen.

Metió los globos en el bolsillo y se olvidó de ellos.

—Te advertí que aprendería algo —le contestó el tío David a la abuela —. ¿Lo has oído decir «gracias»?

Por la tarde, otra vez en la escuela, la maestra entregó a cada niño grandes trozos de arcilla y les dijo que modelaran algo, lo que más les gustara. Stephen decidió modelar un gato igual que Miou, la gata de mamá. No le tenía mucha simpatía, pero pensó que sería fácil modelarla. Sin embargo no consiguió sacar nada en limpio con la arcilla. Sólo conseguía hacer bultos informes. Ante su fracaso se detuvo, se limpió las manos en el jersey, recordó los globos que tenía en el bolsillo y comenzó a inflar uno.

—Mirad el caballo que ha hecho Stephen —les dijo Frances a los otros chicos—. Miradlo.

—No es un caballo, es un gato —replicó el chico.

Los otros compañeros se reunieron a su alrededor.

—Se parece un poco a un caballo —opinó Martin.

—Es un gato —insistió Stephen golpeando el suelo con el pie. Sentía que su cara se iba poniendo caliente de ira.

Los niños rompieron a reír y lanzaron exclamaciones acerca del gato de Stephen que parecía un caballo. La maestra se acercó. Generalmente se sentaba al frente de la clase ante una gran mesa cubierta de papeles y de

objetos para jugar. Levantó el trozo de arcilla de Stephen, lo volvió a un lado y al otro y lo observó con ojos bondadosos.

—Vamos, niños —dijo—, cada uno tiene el derecho de hacer las cosas como quiere. Si Stephen dice que es un gato, es un gato. ¿No estabas pensando en un caballo, Stephen?

—Es un gato —repuso el chiquillo.

Se sentía dolido. Se daba cuenta de que debía haber admitido desde el primer momento que era un caballo. Así lo habrían dejado tranquilo. Nunca habrían descubierto que deseaba modelar un gato.

—Es Miou —explicó con voz temblorosa—, pero lo que me ha pasado es que he olvidado cómo es.

Su globo estaba desinflado. Comenzó a soplar tratando de retener las lágrimas. Cuando llegó la hora de volver a casa, la vieja Janet fue a buscarlo. Mientras la maestra conversaba con las personas mayores que habían acudido para llevarse a los otros niños, Frances le dijo a Stephen:

—Dame tu globo. Yo no tengo globos.

Stephen se lo dio. Se sintió feliz al regalárselo. Buscó en su bolsillo y sacó el otro. Lleno de dicha, también se lo dio a su compañerita. Frances lo cogió, pero cambió de opinión. Se lo devolvió y propuso:

—Ahora tú vas a inflar uno y yo otro. Haremos una carrera.

Cuando los globos estaban a medio inflar, la vieja Janet asió a Stephen por el brazo y ordenó:

—¡Vamos! Hoy es mi día más ajetreado.

Frances los siguió corriendo, al tiempo que gritaba:

—Stephen, devuélveme mi globo.

Cuando alcanzó al niño, se lo arrebató. Stephen no sabía si estaba sorprendido por haberse marchado con el globo que le había regalado a Frances o por comprobar que ella se lo había quitado como si realmente le perteneciera. En su mente reinaba una gran confusión. La vieja Janet no dejaba de tirar de él. Sólo sabía una cosa: le gustaba Frances, la volvería a ver el día siguiente y le iba a llevar más globos.

Esa noche, Stephen boxeó un rato con el tío David y este le regaló una hermosa naranja.

—Cómetela —le dijo—. Es buena para tu salud.

—Tío David, ¿puedes darme más globos? —preguntó el niño.

—Bueno, ¿qué se dice primero? —preguntó el tío David mientras bajaba la caja del estante superior de la biblioteca.

—Por favor —repuso Stephen.

—Eso es —asintió el tío.

Sacó dos globos de la caja, uno rojo y otro amarillo. Por primera vez, Stephen se dio cuenta de que había letras escritas en ellos, letras muy pequeñas, que se hacían más y más anchas a medida que el globo se tornaba más redondo.

—Ya está, muchacho —dijo el tío David—. No me pidas más, porque ya está.

Volvió a colocar la caja en el estante, pero no sin que antes Stephen advirtiera que estaba casi llena. No dijo una palabra al respecto y continuó soplando y el tío David hizo otro tanto. El chiquillo pensó que era el juego más divertido que había conocido jamás.

El tío David le dejó un solo globo y al día siguiente lo llevó a la escuela para regalárselo a Frances.

—Hay un montón —anunció a la niña sintiéndose muy orgulloso y lleno de afecto—. Te traeré muchos.

Frances lo infló hasta que se convirtió en una hermosa burbuja y dijo:

—Mira, quiero mostrarte algo.

La niña cogió una varilla de punta aguzada, que empleaban para modelar la arcilla, pinchó el globo y este explotó.

—¡Mira! —exclamó la niña.

—No es nada —la tranquilizó Stephen—. Te traeré más.

De regreso de la escuela, antes de que el tío David llegara a casa y mientras la abuela estaba descansando, en cuanto la vieja Janet le dio su vaso de leche y le advirtió que se fuera a correr por allí y no la molestara, Stephen arrastró una silla hasta la biblioteca, trepó a ella y alcanzó la caja. En lugar de coger tres o cuatro globos como se había propuesto, cuando los tuvo en sus manos aferró todos los que pudo. Saltó de la silla abrazando su tesoro y lo sepultó en el bolsillo de su chaquetón. Los globos plegados casi no hacían bulto.

Se los regaló todos a Frances. Eran muchos y la niña repartió la mayoría entre los demás chicos. Stephen, sonrojado debido a su nueva alegría, es decir, el placer de hacer regalos, tropezó de golpe con otra felicidad. Repentinamente, se hizo popular entre sus compañeros. Lo invitaban a participar en cualquier juego, aceptaban sin titubear sus sugerencias y le preguntaban qué quería hacer. Convirtieron en una fiesta el juego de inflar globos, los cuales se veían cada vez más llenos, redondos y delgados, cambiaban sus colores oscuros en tonos más sutiles y pálidos, se volvían

delgados como pompas y por fin estallaban con un ruido potente y excitante, parecido al de una pistola de juguete.

Por primera vez en su vida, Stephen poseyó casi en exceso algo que deseaba y su cabeza estaba tan trastornada que olvidó de dónde provenía esa plenitud y ya no pensó en aquel asunto como en un secreto. El día siguiente era sábado y Frances fue con su niñera a visitarlo. La vieja Janet llevó a la mujer a su cuarto para tomar una taza de té y cambiar chismes. Los niños se quedaron en la galería lateral inflando globos. Stephen eligió uno de color manzana y Frances otro verde pálido. Entre ambos, en el banco, descansaba un desordenado montón de diversión todavía por venir.

—Una vez tuve un globo plateado —contó Frances—, un globo hermosísimo, no redondo como estos, sino alargado. Pero creo que estos son más bonitos.

Añadió la última frase con presteza, porque quería mostrarse educada.

—Cuando hayas terminado con ese —dijo Stephen, mientras la contemplaba con la pura bienaventuranza de dar sumada a la de amar—, puedes inflar el azul, el rosa, el amarillo y el púrpura.

Empujó hacia ella el montón de objetos flexibles. Los ojos claros de Frances, con finas líneas de color castaño como los radios de una rueda, estaban colmados de aprobación por Stephen.

—No me gustaría ser avariciosa e inflar todos tus globos.

—Hay muchos más todavía —repuso el chiquillo, y su corazón se hinchó debajo de las costillas.

Se tocó las costillas y descubrió, con cierta sorpresa, que terminaban en determinado lugar, en la parte anterior de su cuerpo. Frances seguía inflando globos pero ya sin mucho entusiasmo. La verdad es que el juego comenzaba a cansarla. Después de inflar seis o siete, el pecho parecía hueco y los labios se fruncían. No había parado de inflar globos durante tres días y empezaba a desear que abandonaran aquel entretenimiento.

—Hay cajas y cajas de globos, Frances —anunció Stephen, lleno de gozo—. Millones más. Creo que durarán y durarán, siempre que no gastemos demasiados cada día.

—Te diré lo que vamos a hacer. Descansaremos un rato y luego prepararemos un poco de agua de regaliz. ¿Te gusta el agua de regaliz? —propuso Frances con cierta timidez.

—Sí, me gusta —contestó Stephen—, pero no tengo.

—¿No podríamos comprar? —quiso saber Frances—. Una barrita de regaliz no cuesta ni un centavo, ese regaliz muy gomoso y retorcido. No hay

más que ponerlo dentro de una botella con agua y sacudirla y sacudirla, hasta que se forme en la superficie una espuma como las burbujas de la soda. Entonces la podremos beber. —Y tras una pausa vacilante añadió con una voz apagada y débil—: Te confieso que tengo bastante sed. Inflar tantos globos da sed, ¿no crees?

Stephen, en silencio, fue asaltado por una espantosa realidad y un sentimiento helado comenzó a hormiguear por su cuerpo. No tenía un centavo para comprar regaliz y Frances se había cansado de los globos. Fue la primera congoja de su vida y, durante el minuto que siguió maduró por lo menos un año, mientras se debatía en la mayor de las confusiones, con sus profundos y serios ojos azules fijos en un punto debajo de su nariz, sumido en hondas reflexiones. ¿Qué podía hacer para contentar a Frances que no costara dinero? Justo el día anterior el tío David le había regalado una moneda y él la había despilfarrado en pastillas de goma. Lamentó la ausencia de esa moneda con tal amargura que su cuello y su frente se cubrieron de gotas de sudor. También él se sintió sediento.

—Te diré lo que vamos a hacer —propuso iluminado por una idea espléndida, que ocultaba con torpeza un pensamiento más profundo—. Hay algo que podemos hacer… Yo… yo…

—Tengo sed —lo interrumpió Frances, con suave persistencia—. Tengo tanta sed que creo que tal vez sea mejor que me marche a casa.

No abandonó el banco, pero volvió su boca apesadumbrada hacia el niño. Este tembló de terror pensando en la aventura que le esperaba. Sin embargo, anunció con arrojo:

—Prepararé limonada. Voy a buscar azúcar, limón y un poco de hielo y tendremos limonada.

—¡Oh, me encanta la limonada! —exclamó Frances—. Me gusta más que el agua de regaliz.

—Quédate aquí —dijo Stephen—. Traeré todo lo necesario.

Bordeó la casa a la carrera y al llegar a la ventana de la habitación de la vieja Janet oyó el áspero cotorreo de las dos mujeres. Debía darse maña para eludirlas. Se escurrió andando de puntillas hasta la despensa, tomó un limón que alguien había apartado, un puñado de terrones de azúcar y una tetera de porcelana, lisa, redonda, con flores y hojas pintadas. Dejó todo sobre la mesa de la cocina mientras partía un trozo de hielo con un agudo pico de metal que le habían prohibido tocar. Colocó el hielo en la tetera, cortó el limón y lo exprimió como pudo (un limón que era más duro y resbaladizo de lo que había pensado) y mezcló azúcar y agua. Decidió que el azúcar no era

suficiente y se deslizó una vez más hasta la alacena para coger otro puñado. Regresó a la terraza con una rapidez asombrosa, la cara estirada, las rodillas temblorosas y la tetera llena de limonada fría para apagar la sed de Frances en sus manos devotas.

A un paso de distancia de la niña se detuvo en seco, atravesado por un espantoso pensamiento. Allí estaba, a pleno sol, llevando una tetera con limonada, cuando su abuela o la vieja Janet podían aparecer en cualquier momento.

—¡Ven, Frances! —cuchicheó con voz apremiante—. Vamos a la parte de atrás donde están los rosales y hay sombra. Frances abandonó el banco de un salto y corrió al lado de Stephen como un gamo, con su rostro iluminado por la comprensión. Stephen corría todo tieso, acariciando la tetera con las manos apretadas. Detrás de los arbustos de rosales el lugar era sombreado y mucho más seguro. Se sentaron el uno al lado del otro sobre la tierra húmeda, con las piernas dobladas debajo del cuerpo y bebieron por turnos por el delgado pico de la tetera. Stephen bebía tragos largos, helados y deliciosos. Cuando le tocaba a Frances, esta colocaba su boca redonda y rosada rodeando el pico, con delicadeza, y su garganta latía acompasadamente como un corazón. Stephen pensaba que había hecho algo muy bonito por Frances. No sabía con exactitud dónde radicaba su felicidad. Estaba mezclada con el gusto agridulce de su boca y con un fresco sentimiento en su pecho, porque su amiguita estaba bebiendo una limonada que él había conseguido para ella corriendo un gran peligro. Cuando le llegó su turno, Frances dijo:

—¡Por Dios, qué tragos tan grandes das!

—No mayores que los tuyos —replicó el chiquillo categóricamente—. Tú bebes tragos muy grandes.

—Bueno —comentó la niña, transformando su crítica en un argumento en apoyo de su rectitud para hacer las cosas—, de todos modos así se bebe la limonada.

Echó una mirada al interior de la tetera. Aún quedaba bastante y estaba comenzando a sentir que ya había bebido suficiente.

—Juguemos a ver quién bebe tragos más largos —propuso.

Era una idea tan maravillosa que ambos niños empezaron a comportarse de manera descabellada. Inclinaban el pico de la tetera sobre las bocas abiertas, desde arriba de sus cabezas, y la limonada se desparramaba y corría por sus barbillas, en riachuelos que bajaban desde su frente. Cuando se cansaron de la diversión, aún quedaba limonada en la tetera. Entonces

comenzaron por dar un trago de limonada a los rosales y terminaron bautizándolos.

—En el nombre del padre, del hijo y del Espíritu Santo —gritaba Stephen mientras vertía el líquido.

No había acabado de decir esas palabras, cuando la cara de Janet apareció por encima del seto bajo y el rostro curtido lleno de disgusto de la niñera de Frances asomó por encima de su hombro.

—Bueno, justo lo que pensaba —gruñó la vieja Janet—. Justo lo que esperaba —dijo moviendo la papada.

—Teníamos sed —explicó Stephen—. Una sed espantosa.

Frances no dijo nada. Se limitó a contemplar con obstinación la punta de sus zapatos.

—Dame esa tetera —ordenó la vieja Janet arrebatándosela con brusquedad—. El que hayáis tenido sed no es una razón. Podíais haber pedido las cosas. No teníais necesidad de robar.

—¡Nosotros no hemos robado nada! —gritó Frances de repente—. ¡No hemos robado! ¡No hemos robado!

—Basta ya, niña —le dijo la niñera a Frances—. Sal de ahí inmediatamente. Tú no tienes nada que ver en este asunto.

—¡Oh, no estoy muy segura! —replicó la vieja Janet lanzando una mirada dura a la otra mujer—. Él jamás ha hecho una cosa semejante por sí solo.

—¡Vamos! —insistió la niñera de Frances—. Este no es un buen lugar para ti.

Tomó a la niña por la muñeca y comenzó a andar con tal premura que Frances se vio obligada a correr para mantener el paso. La irritada criada añadió:

—Nadie va a llamarnos ladronas y salirse con la suya.

—No tienes que robar aunque otros lo hagan —le dijo la vieja Janet a Stephen con voz alta y sostenida—. Si tomas algo, aunque sea sólo un limón, en casa ajena, eres un ladronzuelo. —Luego bajó el tono y amenazó al niño —: Ahora corro a contárselo a la abuela y verás lo que te ocurre.

Un rato después, Janet presentó su informe:

—Fue hasta la nevera y la dejó abierta. Desparramó tantos terrones de azúcar por todo el suelo que una los pisa en todas partes. Derramó el agua en el suelo limpio de la cocina y bautizó los rosales blasfemando. Y cogió su tetera Spode.

—No hice nada de eso —protestó Stephen gritando, mientras trataba de liberar su mano del puño enorme y firme de Janet.

—¡No mientas! —exclamó la vieja—. ¡Esto es el colmo!

—¡Oh, Dios mío! —intervino la abuela—. Ya ha dejado de ser un bebé.

Cerró el libro que estaba leyendo y atrajo al chiquillo cogiéndolo por la pechera de su jersey mojado.

—¿Qué es esta cosa pegajosa? —preguntó, y enderezó sus anteojos.

—Limonada —informó la vieja Janet—. Cogió el último limón que quedaba.

Estaban en la gran habitación oscura, la de las cortinas rojas. El tío David entró desde la biblioteca, llevando alzada en su mano una caja.

—¡Oye! —le dijo a Stephen—. ¿Qué se ha hecho de todos mis globos?

Stephen sabía que el tío David no estaba haciendo una pregunta en realidad. Sentado en un escabel junto a las rodillas de su abuela, el niño se sentía adormecido. Se inclinó con pesadez y sintió deseos de descansar la cabeza en el regazo de la anciana, pero pensó que si lo hacía podría dormirse y que estaría mal hacerlo mientras el tío David hablaba. El tío David recorría la sala con las manos en los bolsillos y conversaba con la abuela. De vez en cuando se aproximaba a una lámpara e inclinándose contemplaba la parte superior de la pantalla, guiñando los ojos ante la luz, como si esperara encontrar algo allí.

—Simplemente lo lleva en la sangre, se lo dije a ella —comentó el tío David—. Le pedí que viniera para llevárselo y cuidarlo. Me preguntó si lo que pretendía era llamarlo ladrón y le contesté que si hallaba una palabra más exacta, me sentiría muy contento de oírla.

—No debiste haberle hablado así —comentó la abuela con calma.

—¿Por qué no? Ella tiene que saberlo… Supongo que el chico no puede evitarlo —dijo el tío David deteniéndose frente a Stephen y dejando caer la barbilla sobre el pecho—. No debemos esperar demasiado de él, pero no debería comenzar demasiado temprano…

—El problema es… —comenzó la abuela.

Mientras hablaba, tomó el mentón de Stephen y lo sostuvo de modo que el chiquillo se viera obligado a encontrar sus ojos. Su voz era firme y triste, pero el niño no fue capaz de entender lo que decía. La abuela terminó:

—No se trata de los globos, por supuesto.

—Se trata de los globos —replicó el tío David con enojo—, porque los globos de hoy significan algo peor mañana. Pero ¿qué se puede esperar? Su padre… bien, lo lleva en la sangre. Él…

—Estás refiriéndote al marido de tu hermana —interrumpió la abuela— y no se gana nada empeorando las cosas. Además, tú no lo sabes realmente.

—Lo sé —afirmó el tío David.

Volvió a hablar deprisa al tiempo que caminaba arriba y abajo. Stephen trató de comprender, pero los sonidos le resultaban extraños y flotaban por encima de su cabeza. Se re fe rían a su padre y estaba claro que no les gustaba. El tío David se acercó y se detuvo junto a Stephen y la abuela. Se inclinó sobre ambos, con la cara ceñuda, su sombra encorvada cayendo encima de ellos desde la pared. A Stephen le pareció idéntico a su padre y se acurrucó asustado entre las faldas de la anciana.

—El problema es qué vamos a hacer con él —dijo el tío David—. Si continúa viviendo aquí, sería un… No pienso preocuparme por este mocoso. ¿Por qué no cuidan a su propio hijo? Esa casa es un manicomio. Me temo que hayan ido demasiado lejos. No hay educación. No hay ejemplo.

—Tienes razón, deben venir a buscarlo y llevárselo —admitió la abuela.

Acarició la cabeza de Stephen y pellizcó su cuello con ternura.

—Tú eres el encanto de la abuelita —le dijo al niño—. Me has hecho una larga y bonita visita y ahora debes regresar a casa. Mamá vendrá a recogerte dentro de unos minutos. ¿No es maravilloso?

—Quiero a mi mamá —murmuró Stephen sollozando, porque su abuela lo había asustado. Había algo extraño en su sonrisa.

El tío David se sentó.

—Acércate, muchacho —dijo, mientras agitaba el índice en dirección a él.

El chiquillo se aproximó con lentitud y el tío David lo arrastró y lo acomodó entre sus amplias rodillas envueltas en sus ropas ásperas y holgadas.

—Deberías estar avergonzado —lo amonestó— por robar los globos del tío David, cuando él ya te había regalado tantos.

—No fue así —se apresuró a intervenir la abuela—. No le digas eso, le impresionará mucho…

—Espero que así sea —repuso el tío David en voz alta—. Espero que recuerde esto toda su vida. Si fuera mío le daría una buena zurra.

Stephen sintió vibrar sus labios, su barbilla y toda su cara. Abrió la boca para tomar aliento y rompió a llorar ruidosamente.

—¡Basta, muchacho, basta! —exclamó el tío David, mientras le sacudía los hombros con suavidad.

Pero Stephen no podía detenerse. Resolló otra vez y lanzó un aullido. La vieja Janet se asomó por la puerta.

—Tráigame un poco de agua fría —le ordenó la abuela.

Se produjo una conmoción. Una ráfaga de aire tibio sopló desde el vestíbulo, alguien dio un portazo y Stephen oyó la voz de su madre. Su chillido se apagó y, con la respiración entrecortada y con pucheros, volvió sus ojos empañados y la vio. Su alma regresó a su cuerpo y corrió al encuentro, mientras balaba como un cordero:

—Maaaaaaaaamá.

El tío David retrocedió cuando mamá se precipitó en la sala y cayó de rodillas junto a Stephen. Lo estrechó contra su pecho y se puso de pie con el niño en los brazos.

—¿Qué le has hecho a mi pequeño? —le preguntó al tío David con voz cargada de emoción—. Nunca debí dejar que lo trajeran aquí. Debí de haber supuesto que…

—Tú siempre «debiste haber supuesto» las cosas —la interrumpió el tío David—, pero nunca las supones. Y nunca las supondrás. Lo que pasa es que no tienes nada aquí —añadió dándose golpecitos en la frente.

—David —le recriminó la abuela—, es tu…

—Sí, ya sé, es mi hermana —cortó en seco David—. Ya lo sé, pero si ella se escapa y se casa con un…

—¡Cállate! —ordenó mamá.

—Y si trae al mundo a otros como él, lo menos que puede hacer es tenerlos en su casa. Repito: lo menos que puede hacer es tenerlos…

Mamá puso a Stephen en el suelo y sosteniéndolo con la mano le dijo a la abuela, a la carrera, como si estuviera leyendo:

—Adiós, mamá. Esta es la última vez, realmente la última. No puedo soportarlo más. Dile adiós a Stephen porque no lo volverás a ver. Tú has permitido que ocurriera esto. Es tu culpa. Sabes que David es un cobarde y un fanfarrón, una bestezuela satisfecha de su rectitud, lo ha sido toda su vida y tú nunca lo has contrariado en nada. Dejaste que se portara conmigo como un bravucón y que calumniara a mi marido y llamara ladrón a mi pequeño. Esto es el colmo… Dice que mi chiquillo es un ladrón por unos pocos globos horribles, porque no le gusta mi marido…

Estaba jadeante y su mirada corría del uno a la otra. Todos se hallaban de pie. Entonces la abuela dijo:

—Vete a tu casa. Y tú, David, sal de aquí. Estoy cansada de oíros pelear. Jamás he tenido un día de paz o de consuelo con vosotros. Ahora dejadme tranquila y terminad con este alboroto. Fuera. —Su voz temblaba. Tomó un pañuelo y se enjugó primero un ojo y después el otro. Por fin, añadió—: Todo

este odio… odio… ¿para qué? Ya veis las consecuencias. Bueno, dejadme en paz.

—Tú y tus globos de propaganda —le dijo mamá al tío David—. El gran hombre de negocios, honesto, hace la propaganda con globos y si pierde uno está arruinado. Y tus ideas morales detestables y mezquinas…

La abuela se acercó a la puerta, al encuentro de la vieja Janet, que le alcanzó un vaso de agua. Lo apuró hasta el fondo, de pie en la entrada. Luego le preguntó a mamá:

—¿Tu marido vendrá a buscarte o piensas regresar a casa sola?

—He venido en coche —respondió mamá con voz lejana, como si su mente estuviera vagando por el espacio—. Sabes muy bien que mi marido no pondría los pies en esta casa.

—Y hace bien —comentó el tío David.

—Vamos, Stephen, cariño —dijo mamá—. Hace rato que ha pasado la hora de acostarte —añadió sin dirigirse a nadie en particular—. ¿A quién se le ocurre mantener a una criatura levantada hasta semejante hora para torturarla por unos miserables trocitos de goma coloreada?

Pasó junto al tío David en su camino hacia la puerta llevando a Stephen del otro lado y sonrió sarcásticamente a su hermano exclamando:

—¡Ah, dónde estaríamos sin tus altos principios morales! —Luego se despidió de la abuela con su voz habitual—: Buenas noches, mamá. Te veré un día de estos.

—Por supuesto —repuso la abuela con animación y fue hasta el vestíbulo con Stephen y mamá—. Mantenme al día. Telefonéame mañana. Espero que te sientas mejor.

—Me siento muy bien ahora —dijo mamá llena de alegría y riendo.

Se inclinó y besó a Stephen.

—¿Con sueño, querido? Papá te está esperando. No te duermas hasta que le hayas dado las buenas noches con un beso.

Stephen despertó con un sobresalto. Levantó la cabeza y avanzó un poco la barbilla.

—No quiero ir a casa —dijo—. Quiero ir a la escuela. No quiero ver a papá. No me gusta papá.

Mamá puso con suavidad la palma de la mano delante de su boca:

—Querido, no digas eso.

El tío David asomó la cabeza y comentó con una especie de bufido:

—Ahí lo tienes. Has conseguido una confesión en toda regla.

Mamá abrió la puerta y corrió, casi arrastrando a Stephen. Cruzó la acera, abrió de un tirón la puerta del coche y metió al chiquillo detrás de ella. Hizo girar el automóvil y aceleró con tal energía que Stephen estuvo a punto de ser arrojado del asiento. El niño se aseguró con todas sus fuerzas, con las manos hundidas en el asiento. El coche aumentó la velocidad. Los árboles y las casas se sucedían como flechas. De pronto, Stephen comenzó a cantar para sí una canción íntima en voz baja para que mamá no lo oyera. Cantaba su nuevo secreto. Era una tonada agradable y adormecedora:

—Odio a papá, odio a mamá, odio a la abuela, odio al tío David, odio a la vieja Janet, odio a Marjory, odio a papá, odio a mamá…

Su cabeza se balanceó, se inclinó y terminó descansando en la rodilla de mamá; sus ojos se cerraron. Mamá lo acercó un poco más y disminuyó la marcha, conduciendo con una sola mano.

Un día de trabajo

Aquella sorda lucha que sonaba como una rata gigante trepando por la pared significaba que el montacargas estaba subiendo, mientras la portera tiraba del cable desde abajo. La señora Halloran hizo una pausa, golpeó la plancha contra la tabla y dijo:

—Ahí está. Tarde. Podrías haberte puesto los zapatos, haber ido hasta la esquina y comprado las cosas hace una hora. Yo no puedo con todo.

El señor Halloran abandonó el sillón aferrándose a los brazos y levantándose penosamente sobre sus pies, mientras miraba a su alrededor como si esperase encontrar a su alcance un par de muletas.

—También en calcetines —refunfuñó la señora Halloran—. Deberías andar con los pies descalzos o usar los zapatos con los calcetines como Dios manda. Calcetines sin zapatos. Me gustaría saber qué ventaja ves en ir así. Ni una cosa ni la otra.

Desenvolvió un camisón de color salmón, con encajes de color crema y anchas cintas, lo sacudió con ligereza en el aire y lo extendió sobre la tabla de planchar.

—¡Que Dios tenga misericordia de nosotros! ¡Mira qué indecencia! —exclamó.

Volvió a golpear la plancha y la deslizó de arriba abajo por la prenda arrugada.

—Podrías colocar las cosas en la alacena —continuó— y no dejarlas desparramadas por el piso. No te costaría nada.

El señor Halloran cogió un saco de patatas del montacargas y comenzó a caminar hacia la alacena que estaba en el rincón junto a la nevera.

—Podrías llevar varias cosas a la vez —comentó la señora Halloran—. No hay necesidad de hacer media docena de viajes de ida y vuelta. Creo que hasta el hombre más desgraciado sería capaz de transportar algo más que dos kilos de patatas de una vez. O quizá no.

La voz de la mujer martilleaba los oídos del señor Halloran como si golpeara una madera sobre otra.

—¿Quieres ocuparte de tus asuntos? —preguntó sin dirigirse directamente a su mujer. Y continuó la argumentación consigo mismo—. ¡Oh, no podría hacerlo, querido! —se contestó con apagada voz de falsete—. No me pidas que piense siquiera en algo así. No sería correcto.

Se había quedado de pie con las rodillas dobladas y miraba con amargura, por encima del saco de patatas, a esa mujer flaca y extraña que jamás le había gustado y que se encontraba allí, planchando ropa, con una expresión tan nauseabunda en el rostro, como la de una santa en el suplicio.

—Quiza no valga mucho ahora —dijo con su propia voz—, pero todavía me manejo lo bastante bien para sacar comestibles de un montacargas, ¿no te parece?

—Es un milagro —replicó la señora Halloran—. Doy gracias de que todavía sirvas para eso.

—Suena el teléfono —anunció el señor Halloran al tiempo que volvía a sentarse en el sillón y sacaba la pipa del bolsillo de su camisa.

—Lo he oído perfectamente —repuso su mujer, mientras deslizaba la plancha arriba y abajo, sobre la gasa de color salmón.

—Debe de ser para ti. Yo no estoy atado a este mundo —dijo el señor Halloran.

Sus ojitos verdosos centellearon mientras exhibía los caninos en una mueca.

—Podrías contestar. Puede que se hayan equivocado otra vez o quizá llamen a alguien de abajo —replicó la señora Halloran al tiempo que su voz plana se volvía más plana todavía.

—Deja que suene —decidió el señor Halloran—. A mí no me importa.

Encendió una cerilla contra el brazo del sillón, prendió su pipa y echó la primera bocanada de humo mientras el teléfono continuaba machacando.

—Podría ser Maggie otra vez —sugirió la señora Halloran.

—Déjala que llame —repuso el señor Halloran arrellanándose en el sillón y cruzando las piernas.

—Que Dios ayude a un hombre que se niega a contestar el teléfono cuando es su propia hija quien llama —comentó la señora Halloran

dirigiéndose al cielo raso—. Y la pobre en un buen lío, con un marido que la trata como un perro en el tema del dinero y trasnocha en los bares con esos de la Little Tammany Association. Ahora ha decidido meterse en política con la pandilla de McCorkery. No sacará nada en claro, ya se lo he dicho a Maggie más de una vez.

—No tiene por qué preocuparse. Su marido es un tipo listo que saldrá adelante si lo deja tranquilo —respondió el señor Halloran—. Le podría decir que no tiene nada de que quejarse, pero ¿qué es su padre para ella?

El señor Halloran volvió la cabeza hacia la ventana abierta que daba a un patio enladrillado, lleno de gente como un gallinero, y cacareó:

—¿Qué es un padre hoy en día y quién tiene en cuenta su consejo?

—No es necesario que se lo grites a los vecinos, bastante desgracia hay ya en la familia —lo amonestó la señora Halloran.

Dejó la plancha negra en el hornillo de gas y salió para atender el teléfono, que estaba en el primer descansillo de la escalera. El señor Halloran se inclinó hacia delante. Sus manos delgadas cubiertas de vello rojo colgaban flojas entre sus rodillas, mientras la pipa le enviaba su aroma directo a la nariz. Su mujer odiaba la pipa y su olor. Aquella mujer había nacido para hacer desdichado a cualquier hombre. Antes de la Depresión, cuando él aún tenía un buen trabajo y posibilidades de prosperar, antes de que se viera obligado a vivir de un subsidio y que ella sintiera el antojo de ponerse a lavar y planchar para otros, es decir, en los buenos días de antes ¡loado sea Dios!, la señora Halloran no solía mantener cerrada su boca. No había una sola frase conocida para la que no tuviera una respuesta, pero como ella sabía quién se ganaba el pan, se contenía. En cambio, ahora que ella llevaba la voz cantante, por así decirlo, no lo olvidaba un momento. Aunque, por supuesto, ella sola tenía la culpa de que no viajaran hoy en una limusina, con ceniceros, un tubo acústico para hablar con el chófer y un jarrón de cristal tallado para las flores. Eso era lo que conseguía un hombre que se casaba con una de esas santas mujeres. Gerald McCorkery ya se lo había advertido: «Ahí tienes una muchacha que no hará más que subyugarte —le había dicho Gerald—. Vas a meter la cabeza en una soga que estrangulará tu vida. Escucha el consejo de alguien que te quiere bien». Se lo dijo cuando apenas había puesto los ojos en Lacey Mahaffy un domingo por la mañana en Coney Island. McCorkery, que era todo un entendido de la naturaleza humana, lo vio claro en un instante. Era capaz de mirar a un individuo, valorarlo y sacar sus conclusiones. Y si el hombre no reunía los requisitos necesarios, se deshacía de él de manera tan

astuta que aquel jamás llegaba a saber qué había ocurrido. Tal era el secreto del éxito de McCorkery en el mundo.

—Esta es Rosie —dijo McCorkery ese domingo en Coney Island—. Quiero que conozcáis a la futura señora de McCorkery.

La cara estrecha de Lacey Mahaffy mostró una expresión tan agria como el suero debajo de su sombrero de paja. Apenas saludó con un leve movimiento de cabeza a la otra chica, quien obsequió al señor Halloran con una mirada que lo desnudó allí mismo. El señor Halloran pensó también que McCorkery había escogido a una mujer extraña. Era bonita, sin duda, pero de ella emanaba el perfume de una típica mujerzuela de la calle Catorce, si es que él entendía algo de mujeres.

—Venid —dijo McCorkery con su brazo alrededor de la cintura de Rosie—, vayamos a la montaña rusa.

—No, gracias —repuso Lacey—. No pensábamos quedarnos. Debemos irnos.

En el camino de regreso a casa el señor Halloran le reprochó:

—Lacey, juzgas con excesiva dureza. En el fondo quizá sea una buena chica que no ha tenido las mismas oportunidades que tú.

Lacey lo miró con una cara desagradable, igual a la de un gato enojado, y replicó:

—Es una perdida, una mujer inferior, y ha sido un auténtico insulto el presentármela.

Pasó un buen rato antes de que el rostro bonito y fresco del que Halloran se había enamorado recobrara su expresión.

Al día siguiente, en Billy’s Place, después de haber bebido unos tragos cada uno, McCorkery dijo:

—Mira dónde pones el pie Halloran. Piensa en tu futuro. Es una muchacha muy recta, no lo dudo, pero no tiene ningún don de gentes. Un hombre que actúa en política necesita una mujer que sepa tratar a toda clase de individuos. Un hombre necesita a una mujer que haya aprendido a aflojarse el corsé y sentarse con comodidad.

La voz de la señora Halloran llegaba desde el vestíbulo: una matraca monótona y seca, como el ruido que hacen un montón de diarios viejos sacudidos por el viento sobre un banco del parque.

—Ya te dije que no ganas nada con venir a contarme ahora tus preocupaciones. Te lo advertí a tiempo, pero no quisiste escucharme… Te dije lo que ocurriría e hice todo lo que pude… No, tú no eras capaz de hacerme caso, siempre sabías más que tu madre… Así que ahora lo que tienes

que hacer es observar tus votos matrimoniales y sacarles el mejor partido posible… Escúchame: si quieres que él haga las cosas correctamente, debes dar ejemplo. La mujer debe comportarse bien y si el marido no procede de la misma manera, la culpa no será de ella. Tienes que seguir el buen camino, lo haga él o no. Que él se equivoque no es una excusa para que puedas equivocarte tú.

—¡Ah! ¿Han oído eso? —preguntó el señor Halloran dirigiéndose al patio con una voz en la que se reflejaba un temor reverencial—. Vean todos ustedes el santo temor de un beato.

—… la mujer debe dar el ejemplo, te lo repito —seguía diciendo la señora Halloran por teléfono—, y a pesar de todo, si él es un demonio, deberá resignarse a vivir sin su ayuda. —Levantó la voz para que los vecinos pudieran escucharla si así lo deseaban—. Te conozco desde hace tiempo. Eres como tu padre. Tienes que haber cometido algún error. De lo contrario no estarías en semejante aprieto. En este mismo momento estás procediendo mal al llamarme por teléfono cuando deberías estar ocupada en tus quehaceres domésticos. Yo estoy planchando los asquerosos camisones de una mujer que no me llegaría ni a la suela de los zapatos si tuviera un marido que se preocupase por mí. Así que vuelve a tu trabajo, vístete y vete a tomar aire fresco…

—Un poco de aire fresco no le hace mal a nadie —comentó el señor Halloran con voz recia hacia la ventana—. El gas es lo que puede acabar con un hombre.

—Ahora escúchame, Maggie. Esa no es manera de hablar por teléfono. Deja de llorar, vuelve a tus deberes y no me atormentes más. Y basta de repetir que vas a abandonar a tu marido, aunque no fuera más que por una cosa: ¿adónde irías? ¿Acaso deseas hacer la calle o montar una lavandería en tu cocina? Aquí no puedes volver, de modo que es mejor que te quedes con tu marido, que es con quien debes estar. No te comportes como una loca, Maggie. Vives bien y eso es más de lo que muchas mujeres mejores que tú han conseguido. Sí, tu padre está bien. No, aquí está sentado, como siempre. Sólo Dios sabe qué será de nosotros. Pero tú ya sabes cómo es él, poco le importa… Y recuerda, Maggie, si algo anda mal en tu vida de casada, será por tu culpa y no ganarás nada con venir aquí en busca de comprensión. No me puedo permitir perder más tiempo con este asunto. Adiós.

El señor Halloran, con las orejas bien tiesas para no perder una palabra, pensó en cómo había ascendido McCorkery sin tropiezos en compañía de Rosie. Por cada paso hacia arriba de su amigo, él, Michael Halloran, había

descendido un peldaño con Lacey Mahaffy. Ambos habían comenzado como bisoños, con las mismas oportunidades al mismo tiempo y con idénticos amigos. Pero McCorkery había aprovechado todas las ocasiones a medida que se le iban presentando y se había codeado con los peces gordos del distrito, cosechando un éxito electoral tras otro. Rosie había sabido respaldarlo y empujarlo hacia delante. Los McCorkery habían invitado a Michael y a Lacey a su casa durante años y les habían aconsejado ser más sociables con todos, pero la señora Halloran no había querido.

—No puedes andar con esa gente disoluta, bebiendo y pasando las noches fuera de casa y después cumplir con tus obligaciones —decía Lacey—. Además, deberías hacer algo mejor que pedir a tu esposa que se relacione con esa mujer.

El señor Halloran tenía la costumbre de dejarse caer por allí solo, de vez en cuando, porque a McCorkery aún le gustaba su compañía, esperaba colocarlo en un buen puesto y le pedía ciertos favores en las épocas de elecciones. En la casa de McCorkery siempre había muchísima gente agradable y vivaz, dondequiera que viviese el matrimonio, pues se solía trasladar a lugares mejores con más muebles y más elegantes. Rosie servía las copas y bebía unas pocas. Siempre tenía una palabra alegre y amable para todos. El piano o el gramófono sonaban a todo volumen y los invitados bailaban, con ese aspecto de las personas que poseen dinero contante y sonante y un brillante futuro. Esas noches, Halloran volvía tarde a su casa, siempre al mismo piso pequeño sin agua caliente ni ascensor, porque Lacey no estaba dispuesta a gastar un dólar de más. Decía que era necesario ahorrar para la vejez. Llegaba harto de buena comida y bebida y encontraba a su mujer, con un delantal de cocina, recalentando las patatas fritas, irritada y amargamente silenciosa, con la cabeza caída y el entrecejo fruncido por el olor a alcohol que se desprendía del aliento de su marido.

—Por lo menos después de todo el tiempo que me has hecho esperar podrías comerte las patatas que te he preparado —decía Lacey enfadada.

—Cómetelas tú, a mí no me líes —gruñía el hombre, disgustado con su mujer y con la vida que lo obligaba a llevar.

Durante años, el señor Halloran había esperado con todo su corazón que alguna vez llegaría a ocupar el cargo de gerente de una de las sucursales de la cadena de productos alimentarios G. and I., donde trabajaba, y cuando tuvo que renunciar a esa esperanza, continuó confiando en la pensión que recibiría cuando se jubilara, pero justo dos años antes de su jubilación lo despidieron, con el pretexto de la Depresión. Pasó toda la noche en la acera. No tenía

ningún lugar al que pudiera ir con la noticia, excepto a su casa. «¡Jesús!», exclamó el señor Halloran al recordar esa fecha, aun después de casi siete años de inactividad.

La Depresión no había alcanzado a McCorkery. Continuó ascendiendo cada vez más, ofreciendo a los muchachos chuletas, juergas y cervezas en el Billy's Place, y relacionándose con los hombres que correspondía, sin perder jamás una sola oportunidad. Un día, el club de Gerald McCorkery fletó un barco para hacer una excursión por el río. Fue un gran día, con Lacey en casa presa de una feroz rabieta. Después de las elecciones, Rosie apareció en los diarios sonriendo a McCorkery, y no estaba precisamente gorda sino justo con la figura proporcionada de mujer, con un ramillete de flores prendido en su abrigo de piel moteado, mostrando sus dientes tan sanos como siempre. ¡Oh, Dios, esa sí que era una chica merecedora de que un hombre gastara en ella cualquier cantidad de dinero! El señor Halloran contempló con el rabillo del ojo la espalda huesuda de Lacey Mahaffy, quien se apoyaba en uno de los pies para descansar el otro, como un caballo fatigado, y se sostenía con las manos en la tabla, esperando que la plancha se calentase.

—Era Maggie con sus quejas —explicó Lacey.

—Me imagino que le habrás dado un buen consejo —comentó el señor Halloran—. Me imagino que le habrás sugerido que se ponga el sombrero y se venga a casa.

La señora Halloran mantuvo la plancha suspendida por encima de un pantaloncito rosa de satén.

—Le he dicho que hiciera lo correcto y dejara lo incorrecto a los hombres —contestó Lacey, con una voz que parecía grabada en un disco de fonógrafo—. Le he dicho que debe soportar las pruebas que Dios le envía como ha hecho su madre antes que ella.

El señor Halloran lanzó un gruñido sonoro y golpeó la pipa contra el brazo del sillón.

—Mujer, con tu alma perversa arruinarías el mundo si pudieras. ¡Mira que tratar de esa manera a una chica recién casada, como si no tuviera hogar ni padres a quienes recurrir! Si se sienta a pelar patatas y permite que un hombre la domine, no es hija mía. No, no es hija mía y así se lo diré si…

—Sabes muy bien que es hija tuya, así que mejor será que contengas tu lengua —interrumpió la señora Halloran—. Si ella te hubiera escuchado, ahora estaría haciendo la calle. La eduqué como a una muchacha honesta y será una mujer honesta o la pondré sobre mis rodillas como lo hacía cuando

era pequeña para administrarle una buena zurra. Así que ya lo sabes, Halloran.

El señor Halloran se recostó en su sillón y tanteó el estante encima de su cabeza hasta que sus dedos tropezaron con una moneda de medio dólar que había visto por allí. Su mano se cerró sobre ella, se puso en pie inmediatamente y buscó su sombrero.

—Quédate con tu hija, Lacey Mahaffy —dijo—. La chica no es mía, sino el fruto de tu largo pecado con el Espíritu Santo. Y ahora saldré a dar una vuelta y tomar un par de cervezas, que es la única manera que tengo para que mi cabeza no se disuelva por completo.

—No puedes llevarte ese dólar que acabas de coger furtivamente del estante —advirtió la señora Halloran—. ¿Así que crees que además soy ciega? Vuelve a ponerlo donde lo has encontrado. Es para nuestro pan de cada día.

—Estoy harto del pan de cada día —replicó el señor Halloran—. Necesito cerveza. Y como bien sabes no es un dólar sino medio.

—Sea lo que fuere —objetó la señora Halloran—, para mí vale tanto como un dólar. Te ordeno que lo dejes.

—Tienes el dinero para las patatas de mañana cosido en tu bolsillo y la suma que guardas en esa caja negra, dondequiera que la escondas y cuyo monto sólo Dios conoce, además de los seguros de vida. Este medio dólar es del subsidio y estoy dispuesto a gastarlo como todos. Y no vendré a cenar, de modo que también puedes ahorrar eso. Hasta la vista, Lacey Mahaffy, me marcho.

—Si no regresas me da lo mismo —le lanzó la señora Halloran sin levantar la vista.

—Si vuelvo con los bolsillos repletos de dinero te alegrarás mucho de verme —contestó el señor Halloran.

—Se necesitaría muchísimo dinero —respondió su mujer.

El señor Halloran salió dando un portazo.

Caminó a zancadas bajo la clara atmósfera otoñal, mientras el sol del atardecer entibiaba su cuello y hacía brillar las viejas casas de ladrillos rojos y empinadas escaleras de Perry Street. Después de todos esos años iría nuevamente al bar de Billy donde tal vez tropezaría con la suerte. Se tomó su tiempo, hablando con los vecinos a medida que avanzaba por la calle.

—Buenas tardes, señor Halloran.

—Buenas tardes tenga usted, señora Caffery.

—Es un tiempo muy agradable para esta época del año, señor Gogarty.

—Así es, señor Halloran.

El señor Halloran se crecía con esas cortesías. Le gustaba quitarse el sombrero con un amplio ademán y saludar con toda cordialidad, como un hombre carente de preocupaciones. ¡Ah! Allí estaba el joven de la tienda G. and I. que quedaba a la vuelta de la esquina. El muchacho sabía qué clase de trabajo había llevado a cabo el señor Halloran en la firma en otras épocas.

—Buenos días, señor Halloran.

—Buenos días, señor McInerny. ¿Cómo marchan los negocios?

—Bien para la situación actual, señor Halloran, es todo lo que puedo decir.

—Las cosas no mejoran, señor McInerny.

—Es la pura verdad. Estamos pendientes de un hilo, señor Halloran.

Consolado por ese reconocimiento de la desdicha común del hombre, el señor Halloran saludó al joven policía que hacía guardia en la esquina. El agente, con mirada rápida y perspicaz, leía a hurtadillas el titular de un diario que se exhibía en el puesto del otro lado de la acera.

—¿Cómo está, joven O'Fallon? —preguntó Halloran—. ¿Anda muy ocupado estos días?

—En esta manzana tranquilo como la misma tumba —contestó O'Fallon—, pero es una lástima lo de Connolly —dijo señalando con los ojos el periódico.

—¿Ha muerto? —quiso saber el señor Halloran—. Acabo de salir de casa, así que todavía no he leído los diarios.

—Aún no —contestó el agente—, pero los de la policía secreta andan detrás de él y parece que esta vez le echarán el guante.

—¿Connolly a malas con los hombres de la secreta? ¡Santo Dios! —se asombró el señor Halloran—. ¿Quién será su próxima presa? ¡Los entrometidos!

—Se trata del *numbers racket* —explicó el policía—. Quisiera saber qué mal hay en ese juego. Cuando un hombre actúa en política está obligado a sacar dinero de donde puede. Deberían darle una oportunidad.

—Connolly es un gran tipo, Dios lo bendiga, y espero que logre esquivarlos —observó el señor Halloran—. Ojalá se les escabulla de entre las manos como un cerdo enjabonado.

—Es muy inteligente —agregó O'Fallon—. Ese Connolly es hábil. Saldrá del paso.

¡Ah! ¿Lo hará? El señor Halloran se formuló la pregunta para sus adentros. ¿Quién estará a salvo si cae Connolly? ¡Qué bueno cuando le dé la

noticia a Lacey Mahaffy! Por primera vez en veinte años, sentiré un gusto enorme en verle la cara. Porque Lacey repetía continuamente: «Si un hombre necesita trampear para llegar a rico es porque es un tonto redomado. Muchas personas excelentes llegan a ricos sin delinquir. Mira a Connolly y a su mujer. Ambos son buenos católicos practicantes. Tienen nueve hijos y tendrán más si Dios se los envía. Asisten a misa diariamente y están nadando en la abundancia, mucho más que tu McCorkery con todas sus maldades». De modo que te has equivocado otra vez, Lacey Mahaffy, ¡salud a tus piadosos Connolly! —pensó el señor Halloran—. Y, sin embargo, había sido Connolly quien había aupado a McCorkery al comienzo de su carrera. McCorkery era el jefe de publicidad y director de las campañas electorales de Connolly, en los tiempos en que este llevaba a Tammany en la palma de la mano y tenía poder discrecional. Y Dios sabe que McCorkery arrancó con poco. Al principio tuvo un pequeño local en un sótano por el cual casi no pagaba alquiler. Los muchachos del Connolly Club y de la Little Tammany Association —la flor y nata del barrio— se dejaban caer por allí para pasar un rato tranquilo charlando, entre un trago y una partida de naipes. Nada incorrecto, nada fuera de lo habitual. La casa cobraba un tanto por ciento sobre las ganancias del juego y conseguía un excelente beneficio con las bebidas. Además, mantenía reunidos a los muchachos. Fueron numerosos los grandes planes que se tramaron allí y que luego se llevaron a cabo con éxito para todos. Para todos, menos para mí. Y ¿por qué? Cuando McCorkery me dijo: «Puedes ponerte al frente del local y dirigirlo para el McCorkery Club», ¡ah!, aquella fue mi oportunidad, pero Lacey Mahaffy no quiso siquiera oír hablar de ello y, como por entonces Maggie estaba en camino, no había que contrariar a la madre.

El señor Halloran continuó su marcha, limitándose a seguir el movimiento de sus pies, que ya conocían el camino al bar de Billy. Iba con la cabeza gacha, sin conversar más con los peatones y hablando consigo mismo. ¡Qué ocasión para contemplar con claridad, una por una, todas las encrucijadas que podrían haberlo llevado por un rumbo diferente cambiando por completo su fortuna! Pero no, él había elegido la senda equivocada y ya era demasiado tarde. Su mujer se limitaba a decirle: «No está bien y tú lo sabes, Halloran». ¿Qué podía hacer un hombre en esa situación? ¡Ah!, tú podrías haber salido adelante con tus negocios legítimos, Halloran, como lo hace cualquier hombre. No le corresponde a tu mujer decidir esas cuestiones. Ella habría asentido al ver los dólares o una buena zurra en el trasero la habría puesto en su lugar. Jamás existió una mujer que necesitara tanto una buena tunda como Lacey Mahaffy, pero él nunca había podido reunir el coraje

necesario para administrársela. Ese fue otro de tus numerosos errores, Halloran. Pero de todos modos, tenía el trabajo en G. and I., que duraría la vida entera, y había una paz relativa en casa. Más de uno me envidiaba en aquellos días y yo confiaba en los ahorros y estaba seguro de que con ellos y la pensión podría terminar mis días al frente de un negocio propio. «¿Qué fue de todo eso?», preguntó el señor Halloran en voz baja mirando a su alrededor. Nadie contestó. Tú sabes bien qué fue de todo eso, Halloran. Te despidieron como si hubieras sido el chico de los recados, dos años antes de que se cumpliera el plazo para tu jubilación. ¿Por qué te quedaste sentado contemplando cómo hacían esa mala jugada a otros antes que a ti, por más que sabías lo que podría ocurrirte negándote a ver lo que tenías delante de los ojos? La firma G. and I. facilitó mis comienzos en la zona cuando era un novato y se trataba de gente de mi misma clase o, por lo menos, así lo creía. Bueno, lo hecho, hecho está. Sí, está hecho, pero pasaron años y años en los que hubieras podido sacar beneficio de la lotería junto con los más avispados o ayudar en el cobro del dinero por la «protección» a los comerciantes, con un porcentaje fijo. Pudiste amasar una fortuna y ahora la tendrías a salvo en el banco, a nombre de Lacey. Era una ganancia fácil y no había otra más prudente. Pero ahora ellos son más cautos, Halloran, no lo olvides. De todas maneras, es necesario tragarse mucha pesadumbre y desilusión. Quizá el juego desapareciera con Connolly. Lacey Mahaffy decía:

—La lotería no es más que otra manera de robar a los pobres y tú no has nacido para ser un ladrón como ese McCorkery.

¡Ah, Dios! No, Halloran, tú naciste para pudrirte con tu subsidio y sólo tal vez eso sea lo bastante honrado para ella. ¡Esa Lacey…! Sin embargo, una fortuna a su nombre tampoco le habría supuesto nada a él. Ella habría ahorrado tanto como ahora, reduciendo los gastos al mínimo, y habría seguido muriéndose de hambre y lavando ropa sucia de otros sin despilfarrar ni un centavo para vivir. Lacey se ha interpuesto en mi camino, McCorkery, como un esqueleto que hace sonar sus huesos. Tenías razón respecto a ella, ha sido mi ruina.

—¡Ah! Pero aún no es demasiado tarde, Halloran —dijo McCorkery surgiendo claro como el día en la mente del señor Halloran, con la vieja cara y los modales de siempre—. Nunca digas que la suerte está echada, Halloran. Se acercan las elecciones otra vez. Es una época en que hay trabajo para todo el mundo, hay mucho que hacer y tú eres el hombre que estaba buscando. ¿Por qué no has acudido a mí antes? Sabes que jamás olvido a un viejo amigo. No te mereces tu mala suerte, Halloran —y McCorkery continuó—:

Ya se lo he dicho a otros y lo repito ahora en tu misma cara. Jamás un hombre se lo ha merecido tanto como tú, Halloran, pero la verdad es que no abunda la buena suerte. No obstante ha llegado tu turno. Tengo un trabajo para ti que te será sencillísimo. Podrías manejar el asunto con una mano atada a la espalda, Halloran, y hay oportunidad de ganar dinero. Labor de organización entre tus propios vecinos, los que te conocen y respetan como hombre de palabra y viejo amigo de Gerald McCorkery. —Y tras una pausa, prosiguió con un guiño—: Bueno Halloran, ¿debo añadir algo más? Lo que perseguimos es obtener votos en gran cantidad y tú vas a conseguirlos, vivo o muerto. Debes mantenerte siempre alerta y ponerte en contacto conmigo cada vez que sea necesario. Dime cuáles son tus pretensiones económicas. Ven a casa alguna vez, Halloran. ¿Por qué ya no lo haces? Rosie me ha preguntado cientos de veces: «¿Qué ha sido de Halloran, el alma del partido?», tal es la estima que te dispensa mi mujer, Halloran. Ahora vivimos en un apartamento de dos pisos, con cortinas de terciopelo verde y alfombras en las que uno se hunde hasta los tobillos, y no hay ninguna razón para que tú no poseas algo semejante si lo deseas. Con tus dotes, no estabas destinado a ser un hombre pobre.

¡Ah! Pero Lacey Mahaffy quizá no lo permita.

—Entonces búscate otro tipo de mujer, Halloran. Aún eres un hombre aceptable y puedes conseguir una chica como Rosie para acurrucarte junto a ella por las noches.

Sí, pero tú olvidas, McCorkery, que Lacey Mahaffy tenía piernas, pelo, ojos y cuerpo de corista. Pero ¿los aprovechó para algo? Nunca. ¿Puedes creer que exista una mujer que jamás se ha desnudado del todo, ni siquiera para bañarse? ¡Qué mujer tan odiosa es Lacey, con su mente perversa que cree que todo es pecado y que nunca dio a un hombre la oportunidad de mostrarse hombre en ningún sentido! Pero ahora se ha marchitado, su alma vil se refleja en toda su persona y está fea como el mismo pecado, McCorkery.

—Es lo que te dije que ocurriría —comentó McCorkery—, pero con el trabajo y el dinero que te ofrezco puedes ir por tu lado y dejar que Lacey Mahaffy vaya por el suyo.

—Lo haré, McCorkery.

—Y olvídate de Connolly. Ten presente que no sirvo a nadie y que nunca lo he hecho. Connolly está acabado, pero yo no. Estoy más fuerte que nunca, Halloran, con Connolly fuera de circulación. Lo vi venir hace mucho tiempo, Halloran, vi claro el asunto. Ellos no pueden pillar a McCorkery con

la guardia baja, Halloran. Pero… casi me olvidaba… Aquí hay algo para los gastos. Toma esto por ahora, que ya habrá más en el futuro…

El señor Halloran se detuvo en seco. Un olor familiar flotaba ante su nariz: el cálido aroma de chuletas y cerveza del bar de Billy, el aroma de serrín y cebolla, quizá el mismo de cualquier otro bar, pero con el añadido de algo propio. La charla que se desarrollaba en su mente también cesó, como si una mano se hubiera posado sobre ella. Metió el puño en el bolsillo como si esperara encontrar varios billetes de un dólar. En su palma sólo estaba el medio dólar. «Me quedaré hasta que me duren estos cincuenta centavos —se dijo—. Espero que venga McCorkery».

En el momento en que entró, sus ojos se iluminaron al descubrir a McCorkery de pie junto al mostrador, sirviéndose un trago de la botella. Billy estaba limpiando el bar con gesto distraído y sus ojos, al volverse hacia Halloran, se abrieron como platos. McCorkery también lo vio.

—Vaya, vaya —exclamó con una voz que casi había perdido su antiguo acento irlandés—, que me maten si no es mi antiguo colega de G. and I. Acércate, Halloran, acércate y sírvete lo que quieras.

Tenía su misma cara de póquer de siempre. Nadie había visto jamás a McCorkery asombrarse por nada.

El señor Halloran sintió de súbito en su corazón la tibieza que siempre lo colmaba en presencia de McCorkery. No podía definir esa sensación, pero aquel hombre la desprendía. ¡Ah! Era el mismo Gerald de siempre, el que nunca olvidaba a un amigo y que jamás parecía preocuparse de si un individuo era rico o pobre. Era Gerald, con su rostro de granito y sus ojos azules como ágatas, todo un hombre. Allí estaba, diciéndole «acércate» como si se hubieran separado ayer, corpulento y fuerte con su ropa cara como era su costumbre, su sombrero de un gris más oscuro que el traje, con un ala repuntada a la diabla pero nada deportivo. Todo de primera clase y bien confeccionado, lo que le correspondía y lo que acentuaba su energía. El señor Halloran dijo:

—¡Ah, McCorkery! Eres el único hombre en toda la inmensidad de la tierra al que ansiaba ver hoy. Sin embargo, me dije que quizá ya no frecuentaras el bar de Billy.

—¿Y por qué no? —preguntó McCorkery—. He venido aquí durante veinticinco años. Todavía es el cuartel general de la vieja guardia del McCorkery Club, Halloran.

Contempló a Halloran de la cabeza a los pies con una mirada rápida como un relámpago, y volvió a la botella.

—Me disponía a beber cerveza —dijo el señor Halloran—, pero el aroma de ese whisky me ha hecho cambiar de opinión.

McCorkery sirvió un segundo trago. Levantaron los dos vasos con la misma torsión del codo y el mismo suave golpecito en la muñeca.

—Por el crimen —dijo McCorkery.

—Por haberte encontrado otra vez —brindó Halloran lleno de felicidad.

¡Ah! ¡Al infierno con todo! Había vuelto al lugar al que pertenecía y se encontraba entre amigos. Puso su pie en el reposapiés y bebió su whisky con un chasquido hasta el fin. En cuanto su vaso vacío descansó en la barra, McCorkery lo llenó de nuevo.

—Tenemos tiempo para unos cuantos —anunció—, antes de que lleguen los muchachos.

El señor Halloran bebió también el segundo trago antes de darse cuenta de que McCorkery no había llenado su propio vaso.

—Te llevo ventaja —explicó—. Dejaré pasar uno.

Se produjo una breve pausa y se hizo un silencio que parecía fluir como una cortina de niebla desde algún lugar profundo en el interior de McCorkery. De pronto fue como si él no estuviera allí o no hubiera pronunciado una sola palabra. A continuación, dijo abiertamente:

—Bueno, Halloran, vayamos al grano. ¿Qué te pasa?

Sirvió dos tragos más. Así era McCorkery, el hombre que leía los pensamientos y encaraba los problemas sin preámbulos. El señor Halloran cerró la mano alrededor del vaso y clavó los ojos en el pequeño estanque de whisky.

—Creo que sería mejor que nos sentáramos —propuso, pues comenzaba a sentir cierta debilidad en las rodillas.

McCorkery cogió la botella y ambos se trasladaron hasta la mesa más próxima. El político se sentó frente a la puerta y de vez en cuando desviaba su mirada hacia ella. No obstante su rostro tenía una expresión atenta, como si estuviera dispuesto a escucharlo todo.

—Tú sabes cómo me ha ido en casa todos estos años —comenzó Halloran grave y pausado.

—¡Oh, Dios, sí! —repuso McCorkery, haciendo un sencillo gesto de camaradería—. ¿Cómo está ella?

—Peor que nunca —contestó Halloran—, pero la cuestión no es esa.

—Entonces, ¿cuál es Halloran? —quiso saber el otro, mientras servía más tragos—. Sabes bien que puedes decirme cuanto se te ocurra. ¿Se trata de un préstamo?

—No. De un trabajo.

—Bueno, eso es diferente —comentó McCorkery—. ¿Qué clase de trabajo?

El señor Halloran, con la cara hundida entre los hombros, vio a McCorkery agitar una mano y saludar con un movimiento de cabeza a media docena de hombres que acababan de entrar y estaban situándose a lo largo del mostrador.

—Algunos de los muchachos —informó—. Continúa.

Su cara se veía más firme y más tranquila, como si la bebida le diera mayor dominio sobre sí mismo. El señor Halloran expresó todo lo que había planeado, lo que se había dicho a sí mismo en su camino al bar de Billy y que aún sonaba en sus oídos como algo recto y razonable. McCorkery aguardó a que terminara, luego se puso en pie y apoyó una mano en el hombro de Halloran.

—Quédate aquí y sírvete —ordenó mientras daba a la botella un leve empujoncito—. Si deseas algo, que lo pongan en mi cuenta. Volveré en unos minutos. Sabes que estoy dispuesto a ayudarte en lo que pueda.

Halloran entendió sus palabras, pero le llegaron tamizadas por una niebla suave y cálida. Casi no se dio cuenta de que McCorkery y sus hombres pasaron a su lado caminando de esa forma furtiva y silenciosa propia de asaltantes en una calle oscura. Se dirigieron a la sala trasera. La puerta se abrió sobre un fondo brillantemente iluminado y volvió a cerrarse. El señor Halloran cogió la botella para servirse otro trago, dispuesto a esperar a que McCorkery regresara con la buena nueva. Se sentía cómodo y relajado, como si no tuviera un solo hueso o músculo en el cuerpo, pero su codo resbaló de la mesa una o dos veces y derramó la bebida en la manga. ¡Ah, McCorkery! ¿Acaso quieres emplear a toda la familia? Porque el marido de mi Maggie ahora está en la Little Tammany Association.

—Es un muchacho brillante, que llegará muy lejos. Ya le tengo echado el ojo —dijo la voz amistosa de McCorkery en su mente, y su cara morena, más suave de lo que recordaba, surgió con toda nitidez detrás de sus ojos cerrados.

—Bueno, al verlo me siento como si volviera a empezar —comentó el señor Halloran—, además en el trabajo que podría haber hecho todos estos años, si hubiera venido a verte antes.

—Es verdad —dijo McCorkery con su alegre voz irlandesa, casi metiéndose en la cabeza del señor Halloran—. Y ahora bebamos por un futuro feliz, por los viejos tiempos y por que Lacey Mahaffy se vaya al infierno.

Halloran tendió la mano para coger la botella, pero se le escurrió, rodó fuera de su alcance como si estuviese caminando y se hizo añicos a sus pies. Cuando el hombre se puso en pie, la silla cayó hacia atrás. Entonces se inclinó y se apoyó en la mesa, que se plegó como si fuera de cartón.

—Tranquilo, tómatelo con calma —dijo McCorkery.

Allí estaba, bien real, sosteniendo a Halloran por un costado y haciendo señas con la mano a los muchachos que se hallaban en la sala trasera. Estos salieron tranquilamente y sostuvieron a Halloran por el otro costado. Todos tenían caras irlandesas, pero no había en el grupo uno solo al que Halloran conociera. Además, no le gustó ninguno de los rostros que tenía delante.

—Déjenme en paz —dijo con dignidad—. He venido aquí para ver a Gerald McCorkery, un amigo de los viejos tiempos, y no para permitir que un asesino cualquiera me ponga un dedo encima.

—Vamos, pez gordo, vamos —dijo uno de los jóvenes, con una voz semejante al chirrido de una lima—, ya es hora de marcharse.

—Bonita gente has escogido para rodearte, McCorkery —comentó el señor Halloran mientras presionaba el suelo con los talones para resistir la presión que lo empujaba hacia la puerta—. No confiaría en ninguno de ellos en cuanto salieran del alcance de mi vista.

—Está bien, está bien, Halloran —dijo McCorkery—. Ven conmigo. Suéltalo, Finnegan.

Se inclinó sobre Halloran y puso algo en su mano derecha. Era dinero, un hermoso y grueso fajo de billetes. Nada en el mundo producía una sensación análoga, uno no podía equivocarse. ¡Ah! Ya tenía un argumento para arrojarle a Lacey Mahaffy, un argumento que la haría saltar sobre sus pies. Dinero honesto y un trabajo para ganarlo.

—¿Mantendrás tu palabra como siempre, McCorkery? —preguntó atisbando la cara de color terroso que lo observaba desde arriba.

Los pies de Halloran se movían en una danza nerviosa y su corazón estaba a punto de estallar de gratitud.

—Pues claro que sí —contestó McCorkery con una voz alta y enérgica en la que se adivinaba cierta impaciencia—. Crisakes, acompáñalo.

El señor Halloran se encontró en un taxi, junto al freno, y vio que McCorkery hablaba con el chófer y le daba dinero.

—Hasta la vista, pez gordo —exclamó uno de los rostros de asesino, y la puerta del automóvil se cerró con mucho estrépito.

El señor Halloran se sacudió en el asiento un buen un rato y trató de pensar. Luego se inclinó hacia delante y le ordenó al chófer:

—Lléveme a la casa de mi amigo Gerald McCorkery. Tengo asuntos importantes que tratar. No haga caso a lo que le haya podido decir. Condúzcame hasta su casa.

—¿Sí? —se limitó a comentar el hombre, sin volver la cabeza—. Al cabo de un momento, anunció: —Aquí es donde tiene que bajarse. Justo aquí.

Extendió el brazo hacia atrás y abrió la puerta. No había duda. El señor Halloran se vio de pie en la acera frente al piso de Perry Street, acompañado solamente por las hileras de bolsas de basura. El taxi dejó escuchar su bocina mientras volvía la esquina y un policía se le acercó bajo las luces del alumbrado.

—Usted debe votar por McCorkery, el amigo de los pobres —le dijo el señor Halloran al agente—. McCorkery es el hombre que saca a todo el mundo de un aprieto. Se arriesga por sus amigos como un loco. Tiene una mujer que se llama Rosie. —Tras una pausa, insistiendo en su tarea, añadió —: Vote por McCorkery y será jefe de policía, cuando Halloran diga una palabra en su favor.

—Al diablo con McCorkery, es un títere a sueldo —contestó el policía, con la boca rígida y amarga por todas las cosas que estaba obligado a ver, decir y hacer todas las noches en su ronda—. Está otra vez borracho, Halloran. Debería darle vergüenza, mientras Lacey Mahaffy se mata a trabajar con la plancha para pagarle sus cervezas.

—No fue cerveza y sepa que no la pagó ella —replicó el señor Halloran —. ¿Y qué sabe acerca de Lacey Mahaffy?

—La conozco desde siempre, cuando yo hacía recados para la Saint Veronica's Altar Society —informó el policía— y ya por entonces era admirable. Nada era bastante bueno para Lacey Mahaffy.

—Igual que ahora —observó el señor Halloran, casi sobrio por un instante.

—Bueno, lo mejor es que suba y se quede en casa hasta que vuelva a estar presentable —sugirió el policía con un tono de censura.

—Usted es Johnny Maginnis —dijo el señor Halloran—. Lo conozco muy bien.

—Más le vale que me conozca —contestó el agente.

El señor Halloran subió la escalera a cuatro patas, pero en cuanto llegó frente a la puerta se puso en pie, dio un fuerte golpe con el puño cerrado, hizo girar el picaporte y se meneó como una ola en el vano mientras extendía el dinero hacia la señora Halloran, que había terminado de planchar y estaba remendando ropa.

Lacey se levantó con extrema lentitud, con su mano huesuda sobre la boca y los ojos salidos de las órbitas ante lo que veía.

—¡Oh! ¿Lo has robado? —preguntó—. ¿Has asesinado a alguien para obtener ese dinero?

Las palabras salieron raspando de su garganta en un áspero murmullo. El señor Halloran le devolvió la mirada con temor.

—¡Por todos los santos mártires, Lacey Mahaffy! —gritó hasta que toda la casa pudo oírlo—. ¿Eres tan estúpida que no puedes ni comprender que tu marido ha tenido un cambio de fortuna, que ha conseguido un trabajo y las cosas van a ser distintas desde esta noche? ¿Eso significa robar? Deja el robo para tus grandes amigos los Connolly con toda su religión. Connolly roba pero Halloran es un hombre honesto, que tiene un trabajo en el McCorkery Club y dinero en el bolsillo.

—¿De modo que se trata de McCorkery? —preguntó la señora Halloran también gritando—. ¡Ah! ¿De modo que toda la familia, jóvenes y viejos, culpables e inocentes, al fin están recibiendo su pan de McCorkery? Muy bien, no procederá de allí el mío. Ganaré mi propio sustento y tú puedes guardarte ese sucio dinero, Halloran, ¿me entiendes?

—¡Por Dios, mujer! —se quejó el señor Halloran.

Caminó tambaleándose desde la puerta hasta la mesa y luego hasta la tabla de planchar, donde se detuvo a punto de llorar de rabia.

—¿No tienes suficiente espíritu para acompañar a tu marido, cuando se está encaminando al encuentro de la riqueza y la gloria con todo por ganar, sin necesidad de preguntas?

—Sí, tengo espíritu —chilló la señora Halloran con los puños apretados y el pelo alborotado—, claro que tengo espíritu y salvaré mi alma, pese a ti…

Allí estaba, de pie frente a él, envuelta en una especie de sábana de guinga desteñida, con sus manos muertas alzadas, sus ojos muertos y ciegos clavados en su marido. Una voz hueca que surgía desde el fondo de una tumba, aquella garganta ronca por la humedad de la sepultura. El fantasma de Lacey Mahaffy lo amenazaba, se acercaba cada vez más, su altura crecía a medida que se aproximaba, su cara se trocaba en la de un demonio, con la vidriosa mueca propia del diablo.

—Esto es el efecto de la bebida en un estómago vacío —dijo el fantasma con un gruñido ronco.

El señor Halloran lanzó un alarido de horror que parecía salir desde el fondo de sus botas y cogió la plancha que estaba apoyada sobre la tabla.

—¡Ah, que Dios te maldiga, Lacey Mahaffy, demonio, aléjate, aléjate! —aulló.

Pero ella avanzaba por el aire, haciendo muecas y gruñendo. Entonces el hombre levantó la plancha y la lanzó sin apuntar. El espectro, quienquiera que fuese, se hundió y desapareció. Halloran no quiso ver la escena. Salió a la carrera de la habitación y se encontró en la calle, antes de preguntarse para qué había ido allí. Maginnis se acercó rápidamente.

—¡Escuche, Halloran! —dijo—. Esta vez hablo en serio. Vuelva a su casa o, de lo contrario, lo encerraré. Venga conmigo, esta vez lo ayudaré a subir y le juro que será la última. ¡Pensar que vive de un subsidio y se emborracha como una cuba!

El señor Halloran volvió en sí de pronto y se sintió tranquilo y sosegado. Llevaría a Maginnis arriba y le mostraría lo que había ocurrido.

—Ya no vivo más del subsidio, y si usted desea evitarse un disgusto llame a mi amigo McCorkery. Él le dirá quién soy.

—McCorkery no puede decirme nada sobre usted que yo no sepa ya hace mucho —comentó el policía—. Póngase de pie.

Lo dijo porque Halloran quería subir de nuevo a gatas.

—Permítame que me comporte como un hombre —pidió el señor Halloran, al tiempo que trataba de sentarse a los pies del agente—. Acabo de matar a Lacey Mahaffy. Me imagino que se sentirá encantado con la noticia. —Miró a Maginnis a la cara y añadió—: Ya era hora de que lo hiciese. Pero no he robado ningún dinero.

—Bueno, no es tan malo como lo pinta —comentó Maginnis mientras lo arrastraba sosteniéndolo por debajo de los brazos—. ¿Por qué no iba a hacer un buen trabajo si se le presentó la oportunidad? Manténgase de pie. ¡Ah, al infierno! Manténgase de pie o le daré una buena tunda.

—Usted no me cree —dijo el señor Halloran—. Bueno, espere y verá.

En ese momento, ambos miraron hacia arriba y vieron a la señora Halloran bajando las escaleras. Se sostenía con fuerza en la baranda y aun en la neblinosa luz del vestíbulo pudieron descubrir un enorme chichón multicolor en medio de su frente. La mujer se detuvo y no pareció del todo sorprendida.

—De modo que es usted, oficial Maginnis —dijo—. Súbalo.

—Tiene un buen chichón sobre el ojo, señora Halloran —comentó el oficial Maginnis con toda cortesía.

—Me caí y me golpeé la cabeza contra la tabla de planchar —explicó la señora Halloran—. Es culpa del trabajo excesivo y de las preocupaciones que

me abruman noche y día. Perdí el conocimiento, oficial Maginnis. —Luego se dirigió a su marido y lo reprendió—: Mira dónde pones los pies, estúpido necio. —Y de nuevo, al oficial—: Ha conseguido trabajo aunque usted no lo crea, oficial Maginnis, es la pura verdad. Súbalo y gracias.

Caminó delante de ellos, abrió la puerta y los guió hasta el dormitorio a través de la cocina. Abrió la cama y el oficial Maginnis descargó al señor Halloran sobre las almohadas. El señor Halloran rodó sobre sí mismo con un profundo suspiro y cerró los ojos.

—Muchas gracias, oficial Maginnis —dijo la señora Halloran.

—De nada, señora Halloran —contestó el oficial Maginnis.

En cuanto hubo cerrado la puerta y puesto el cerrojo, la señora Halloran empapó una gran toalla de baño en el grifo de la cocina. La exprimió, hizo varios nudos resistentes en un extremo y los probó con un buen golpe en el borde de la mesa. Luego se dirigió al dormitorio, se detuvo junto a la cama y azotó la cara de su marido con la toalla anudada, con toda su fuerza. El hombre se agitó y gimió inquieto.

—Este es por la plancha, Halloran —dijo la mujer con una voz circunspecta, como si estuviera hablando consigo misma. Luego le propinó un nuevo golpe mientras exclamaba—: Este es por el medio dólar. —Otro golpe y—: Este, por la borrachera. —Su brazo se balanceaba con regularidad y cada movimiento terminaba en un golpe pesado sobre aquella cara que empezaba a retorcerse, emitir sonidos entrecortados y alzarse sobre la almohada para dejarse caer de nuevo en una suerte de misterioso tormento—. Este por andar sin zapatos y con calcetines —dijo la señora Halloran al tiempo que lo castigaba otra vez—. Y este por tu pereza y por faltar a misa. —Aquí la operación se repitió media docena de veces—. Y este por tu hija y la parte que tiene de ti…

Se detuvo sin aliento; el chichón de su frente ardía con furiosos colores. Cuando el señor Halloran intentó levantarse protegiéndose la cabeza con las manos, lo empujó y el hombre cayó de nuevo hacia atrás.

—Quédate allí y no digas una sola palabra —ordenó la señora Halloran.

El señor Halloran se tapó la cara con la almohada y obedeció.

La señora Halloran se movió entonces con la mayor prudencia. Ató la toalla húmeda alrededor de su cabeza con el extremo anudado colgando sobre su hombro. Metió la mano en el bolsillo del delantal y la volvió a sacar con el dinero. En el fajo había un billete de cinco dólares y tres de un dólar y además el medio dólar que ella había dado por desaparecido para siempre.

—Un pobre comienzo, pero algo es algo —dijo.

Abrió la puerta del aparador con una larga llave. Buscó en el interior, movió un panel suelto de la pared y sacó una caja metálica pintada de negro. La abrió y cogió cinco centavos de entre un montón de billetes y monedas. Luego puso el nuevo dinero en el interior, cerró la caja con llave, la guardó, colocó nuevamente el panel suelto, cerró la puerta del aparador y le echó llave. Fue al teléfono, dejó caer la moneda por la ranura, pidió un número y aguardó.

—¿Eres tú, Maggie? ¿Están mejor las cosas por allí? Me alegro. Ya sé que es muy tarde para llamar, pero hay noticias de tu padre. No, nada de eso. Ha conseguido trabajo. Sí, he dicho trabajo. Después de haberlo achuchado tanto… Ya lo he metido en la cama para que durmiera, de modo que esté fresco mañana para trabajar… Sí, es un trabajo relacionado con las elecciones, con Gerald McCorkery, pero no hay peligro: para conseguir votos y todo eso tendrá que andar al aire libre y eso no significa que yo deba estar en contacto con gentuza, ni ahora ni nunca. Es un trabajo bastante limpio, bien remunerado. Aunque no es exactamente lo que yo pedía, no hay nada mejor, Maggie. Después de todos mis esfuerzos…, es como un milagro. Ya ves lo que se puede lograr con paciencia y apego al deber, Maggie. Haz lo mismo por tu marido.

Un día de fiesta

En esa época yo era demasiado joven para sentir alguna de las aflicciones que me dominaban y todavía no había aprendido qué hacer con ellas. Ya no importa qué clase de aflicciones fueran ni cómo acabaron. Creía que lo único que podía hacer era escapar de ellas; mi tradición, mi pasado y mi educación me habían enseñado de forma incontestable que huir es propio de cobardes. ¡Qué tontería! Deberían haberme enseñado la diferencia entre valentía y temeridad, en lugar de dejar que tuviera que descubrirla por mi cuenta. Al final aprendí que si conservaba el sentido común que me había sido otorgado al nacer saldría disparada como un gamo ante el primer aviso de ciertos peligros. Pero esta historia que estoy a punto de contar sucedió antes de que esta verdad hiciera mella en mí: que nunca huimos de las aflicciones y peligros que son intrínsecamente nuestros, que es mejor discernir cuáles son lo antes posible y, que, en cuanto a los demás, si no huimos es que estamos locos.

Confié a mi amiga Louise, una antigua compañera de estudios de mi edad, no mis aflicciones sino un problema menor: quería tomarme unas vacaciones en primavera e irme al campo, sola, a un lugar que fuera sencillo, bonito y, por supuesto, nada caro, y ella no debía decirle a nadie mi paradero, pero si le parecía bien, le enviaría alguna carta de vez en cuando si tenía algo interesante que contar. Ella dijo que le encantaba recibir cartas aunque odiaba contestarlas, que conocía un lugar adecuado para mí y que me guardaría el secreto. En esos días Louise poseía —posee todavía— la enorme habilidad de hacer atractivas a personas, lugares y situaciones de dudoso encanto. Narraba divertidas anécdotas que no te hacían sonreír hasta un tiempo después, cuando por casualidad veías u oías aquello a lo que se había referido. Lo mismo

sucedió en este caso. En parte, todo fue como lo había descrito Louise, pero a la vez bastante distinto.

—Conozco un lugar perfecto para ti —dijo Louise—: una familia de auténticos campesinos pasados de moda de origen alemán que vive en una granja situada en el interior de Texas, la típica casa que aún se rige por un sistema patriarcal; la clase de lugar donde una odiaría vivir pero que resulta muy agradable visitar. El patriarca, Dios Todopoderoso en persona, luce patillas y todo; la matriarca, una matrona que usa zapatos de hombre; una sucesión de hijas, cuñados y niños gordos por toda la casa y de mascotas igual de gordas; mi favorita era un encantador animalito negro llamado Kuno, pero hay vacas, terneros, ovejas, corderos, cabras, pavos y conejillos de Indias campando a sus anchas por las colinas verdes, patos y ocas en los estanques. Estuve en verano, cuando los melocotones y las sandías estaban en…

—Yo pensaba ir a finales de marzo —dije vacilante.

—Allí la primavera empieza antes —dijo Louise—. Escribiré a los Müller para hablarles de ti, tú limítate a preparar el viaje.

—¿Y dónde está ese paraíso?

—Cerca de la frontera de Luisiana —dijo Louise—. Les pediré que te instalen en la buhardilla… ¡Oh, era un rincón encantador! Es una habitación grande, de techos inclinados por ambos lados que, cuando llueve, dejan filtrar un poco el agua, así que todas las tejas presentan hermosas manchas, negras, grises y verde musgo. En una esquina había un montón de novelas de bolsillo: *The Duchess*, Ouida, Mrs. E. D. E. N. Southworth, los poemas de Ella Wheeler Wilcox. Un verano tuvieron alojada a una dama que era una lectora empedernida, que dejó allí su biblioteca cuando se marchó. ¡Me encantó! Y todos eran tan saludables y cariñosos, y el tiempo era tan perfecto… ¿Cuánto tiempo piensas quedarte allí?

No lo tenía decidido, así que dije, un poco al tuntún:

—Alrededor de un mes.

Unos días más tarde me encontré arrojada cual paquete exprés de un sucio y traqueteante tren al envejecido andén de una estación situada en pleno campo; el jefe de estación se apresuró a cerrar con llave la sala de espera en cuanto el tren se perdió de vista. Mientras se me acercaba, cambió de lado el tabaco que masticaba y preguntó:

—¿Adónde se dirige?

—A la granja Müller —contesté, de pie junto a mi pequeño baúl y la maleta, notando las agujas de un afilado viento atravesándome el fino abrigo.

—¿Vendrá alguien a recogerla? —inquirió, sin detenerse.

—Eso dijeron.

—Muy bien —dijo él antes de montar en un desvencijado carro tirado por un caballo de espalda curvada y marcharse de la estación.

Tumbé el baúl y me senté en él de cara al viento y al desolado e informe paisaje de color barro, y empecé a redactar mentalmente la primera carta que le enviaría a Louise. Lo primero que pensaba decirle era que, a menos que tuviera la intención de ser escritora, no había excusa que justificara su exceso de imaginación. Le diría que en la vida diaria es más útil aferrarse a los hechos desnudos, puros y duros. Todo lo demás, como esto, era susceptible de generar confusión. Empezaba a disfrutar con esa carta cuando un muchacho robusto de unos doce años cruzó el andén. A medida que se acercaba, se quitó la áspera gorra y la estrujó en su mano gruesa, de sucios nudillos. Tanto los redondos carrillos, como la redonda nariz y el redondo mentón presentaban un fresco y sano color rosado. En el globo de su cara, tan definidamente circular como si hubiera sido trazado con compás, los ojos largos, estrechos y rasgados, diáfanos como un manantial azul, parecían fuera de lugar, como si en el momento de hacerle hubieran intervenido dos fuerzas contrarias. Eran unos ojos preciosos que resaltaban en una cara sin otro rasgo destacable. Una camisa de lana azul abotonada hasta la barbilla terminaba bruscamente en la cintura, como si fuera a quedarle pequeña en solo media hora, y los pantalones de dril azul le llegaban por los tobillos. Los viejos zapatos de campesino eran varias tallas más grandes de lo debido. En resumen, estaba claro que no era el primero en usar esas prendas. Constituía una aparición alegre, suelta y segura de sí misma frente a aquella tierra sombría y aquel cielo oscuro y tiznado de harapos, y le sonreí lo mejor que pude con una cara que parecía arcilla húmeda.

Él me devolvió la sonrisa sin mirarme a los ojos y me indicó con un gesto que cogiera la maleta. Se hizo cargo del baúl, colocándoselo sobre la cabeza, y avanzó por el desigual andén hasta bajar los escalones, resbaladizos por culpa del barro, donde lo imaginé aplastado por el peso cual hormiga debajo de una piedra. Soltó el baúl de golpe en la parte trasera del carro, cogió la maleta y la arrojó a su lado, después subió al pescante mientras yo me encaramaba a su lado.

El poni, peludo como un oso, inició un trote desganado, mientras que el chico, encorvado y con la gorra calada hasta las orejas, sostenía las riendas sin fuerza, sumido en tranquilo silencio. Por mi parte me dediqué a estudiar el arnés, que constituía un auténtico misterio. Se unía en los sitios más inesperados y se separaba en lo que parecían ser puntos de cruce estratégicos.

Algunas zonas arriesgadas presentaban chapuceros remiendos hechos con soga, mientras que otras partes, que aparentemente no tenían ninguna importancia, habían sido sujetas con alambre con toda firmeza. La brida era demasiado larga para la rechoncha cabeza del poni, así que, por lo que se veía, este había optado por sacarse un pedazo de la boca e iba por donde quería y a su ritmo.

Nuestro vehículo era un derrotado espécimen de algo llamado carro de muelles, ¿quién sabe por qué? No tenía muelle alguno y la baja y cerrada plataforma de la parte trasera, adecuada para transportar cualquier carga, estaba muy desgastada y apenas si llegaba a la mitad de las ruedas, rozando permanentemente por un lado la llanta de acero. Las ruedas no avanzaban en círculos, como es habitual, sino que dibujaban al rodar una forma elíptica, algo suelta por los ejes, de tal modo que avanzábamos con un balanceo gracioso, cual vaivén de un borracho, parecido a las oscilaciones de un pequeño bote en un mar picado.

Los campos completamente marrones caían a ambos lados del camino, cubiertos de rastrojos invernales listos para hundirse y transformarse de nuevo en tierra. Austeros bosques desprovistos de hojas se alineaban al borde del campo cercano. Unos bosques cuya única belleza en ese momento, para mí, que detesto la desolación, era la promesa de una próxima primavera; pero me consolé pensando que más allá podía esconderse algo bello en sí mismo, un río dibujado y contenido en sus márgenes o un campo despojado de todo hasta recobrar su pura esencia, arado y listo para ser plantado. El camino giró bruscamente y quedó oculto durante un momento, mientras atravesábamos el bosque. Una visión más próxima de aquellas ramas retorcidas me confirmó la inminencia de la primavera, aunque fuera de forma tímida: piñas diminutas de un verde aguado auguraban el nacimiento de hojas y frutos; una fina y serena lluvia empezó a caer de nuevo, no tan opaca como la niebla sino más bien una neblina que se iba haciendo más densa y baja, hasta que las nubes se convertían en lluvia de un suave y delicado tono gris.

Cuando salíamos del bosque, el chico enderezó la espalda y señaló hacia delante sin decir nada. Nos acercábamos a una granja construida en la falda de un bonito huerto de melocotones, débilmente coloreado con capullos jóvenes, pero que no conseguía disimular la triste y dolorosa fealdad de la propia casa. En ese valle de Texas, tan amablemente modelado con leves promontorios y descensos, «un paisaje ondulante» como dicen los granjeros, la casa se hallaba emplazada en la cima de la elevación más desnuda del terreno, como si la frugalidad hubiera guiado la elección del lugar más yermo

para construir un refugio. Se alzaba allí, desnuda y desafiante, cual intruso, extraña a pesar de la generosa profusión de establos, de aleros bajos tan desgastados que habían adquirido el color de la piedra que partían de su parte trasera.

Las estrechas ventanas y el empinado tejado me transmitieron una sensación opresiva; tuve ganas de dar media vuelta y marcharme. Me dije que había recorrido un largo camino para toparme con una decepción de tal calibre y que, por tanto, debía seguir, ya que no podía aguardarme allí nada más doloroso que aquello que había dejado atrás, pero a medida que nos aproximábamos a la casa, de la que ahora sólo se distinguía una luz amarilla, quizá procedente de la cocina, mis sentimientos volvieron a cambiar hacia la calidez y la ternura, o quizá hacia una aprensión que tal vez volvía a apoderarse de mí.

El carro se detuvo ante el porche y me dispuse a bajar. Mis pies aún no habían tocado el suelo cuando un enorme perro negro de la detestable raza de los pastores alemanes se abalanzó sobre mí en silencio, a lo que reaccioné tapándome la cara con los brazos y retrocediendo con el mismo silencio.

—¡Abajo, Kuno! —gritó el muchacho dirigiéndose al animal.

De repente se abrió la puerta y una joven rubia bajó corriendo las escaleras y sujetó a la fea bestia por el pescuezo.

—No le hará nada —dijo la chica en inglés muy seria—. Sólo es un perro.

Así que se trataba de la mascota favorita de Louise, con un año o dos más. Kuno gimió y se disculpó inclinando la cabeza y arañando el suelo con la pezuña. La joven, que aún le tenía cogido por el pescuezo dijo con una mezcla de orgullo y timidez:

—Se lo he enseñado yo. Siempre ha sido muy maleducado, ¡pero le estoy enseñando!

Al parecer llegaba justo para ver cómo empezaban las tareas vespertinas. La familia Müller al completo desfilaba por la puerta; todos, tanto hombres como mujeres, ocupados en lo que fuera que tuvieran que hacer en ese momento. La chica me acompañó hasta el porche y dijo: «Este es mi hermano Hans» y un hombre joven se paró al pasar para estrecharme la mano. «Este es mi hermano Fritz», prosiguió ella y otro joven se detuvo a darme la mano antes de seguir adelante. «Mi hermana Annetje», dijo la chica, cuando una joven tranquila que llevaba a un bebé al hombro como si fuera un chal me sonrió y me tendió la mano. Así fuimos, mano tras mano, de palmas más o menos jóvenes, grandes y pequeñas, masculinas y femeninas, pero

todas duras y tensas, propias de auténticos campesinos, cálidas y fuertes. Y en todas las caras volví a ver los mismos ojos claros y rasgados; en todas las cabezas, el mismo cabello de color a miel, como si todos fueran hermanos, aunque el marido de Annetje e incluso el marido de otra de las hermanas habían pasado a saludarme. En el amplio vestíbulo, provisto de una puerta delantera y otra trasera, bajo una luz tenue y con aroma a jabón, la anciana madre, que también se disponía a salir, se detuvo para darme la mano. Era una mujer alta y de aspecto fuerte que llevaba un chal de lana de tres picos sobre la cabeza y la falda levantada por encima de unas enaguas de franela marrón. No era de la madre de quien habían heredado aquellos ojos claros y líquidos. Los suyos eran negros, perspicaces y escrutadores; su mata de pelo mostraba un color negro veteado de gris; su rostro seco y arrugado tenía el color bronceado de la corteza de un árbol, y caminaba con paso masculino y los pies enfundados en botas de goma. Me estrechó la mano durante un instante y me dio la bienvenida con un fuerte acento alemán, sonriendo y mostrándome sus ennegrecidos dientes.

—Esta es mi niña, Hatsy —me dijo—. Ella la llevará a su cuarto.

Hatsy me cogió de la mano como si yo fuera una niña que necesitara guía. La seguí a lo largo de un empinado tramo de escaleras por el que se accedía a la buhardilla de Louise, la de los techos inclinados. Y sí, las tejas estaban manchadas con tantos colores como ella me había dicho y las novelas baratas seguían apiladas en un rincón. Por una vez Louise se había atenido a la verdad y el espacio me resultó hogareño y familiar, como si ya lo hubiera visto antes.

—Mi madre dice que podríamos darle un lugar mejor abajo —dijo Hatsy en su difuso y suave inglés—, pero en la carta ella nos decía que le gustaría más esto.

Le aseguré que me gustaba. Entonces descendió las escaleras y subió su hermano, como quien se encarama a un árbol, con el baúl sobre la cabeza y la maleta en la mano derecha; no conseguí ver cómo evitaba que el baúl se desplomara hacia atrás, ya que el chico utilizaba la mano izquierda para ayudarse a subir. Me sentí tentada de ofrecerle mi ayuda, pero temí que se lo tomara como un insulto, puesto que ya había sido testigo de la tremenda habilidad y el estilo con que había manejado antes los equipajes, cual fortachón que desempeña su tarea ante un rendido público. Descargó el peso y se enderezó, estirando los hombros y exhalando sólo un leve jadeo. Le di las gracias y él se echó la gorra hacia atrás para luego adelantarla otra vez, lo que tomé como una especie de respuesta educada, antes de bajar con gran

estruendo. Unos minutos después le vi desde mi ventana: se dirigía a los campos con una linterna encendida y una gran trampa de acero.

Empecé a cambiar la primera carta que le escribiría a Louise. «Voy a disfrutar de mi estancia aquí. No sé muy bien por qué, pero todo irá bien. Quizá luego pueda contarte…».

El sonido del idioma alemán procedente de abajo contribuía a la sensación de placer, ya que no me hablaban ni esperaban que respondiera. El único alemán que entendía por entonces se reducía a cinco pequeñas canciones bastante sentimentales de Heine que me había aprendido de memoria, y aquella era una lengua muy distinta, bajo alemán corrompido por tres generaciones en un país extranjero. A unos dieciocho kilómetros, donde Texas y Luisiana se funden en un pantano putrefacto cuyo fondo, lleno de restos pegajosos, nutría las raíces de pinos y cedros, había vivido una colonia de emigrantes franceses durante doscientos años de exilio, no del todo incorruptos, pero místicamente fieles hasta la médula y empeñados en hablar su viejo francés, para entonces tan distinto del francés original como del inglés. Había tratado con varias de esas familias durante un largo verano del que guardo alegres recuerdos, y ahora aquí, al escuchar otro idioma, incomprensible para cualquiera que no formara parte de esa pequeña comunidad rural, comprendí que me hallaba de nuevo en una casa en perpetuo exilio. Eran campesinos alemanes, apegados a su tierra, sólidos, prácticos y endurecidos, que clavaban el azadón con fuerza en la tierra y se adaptaban con rapidez dondequiera que se hallaran, porque para ellos la tierra y la vida formaban un todo indivisible, pero nunca, en ningún caso, confundían nacionalidad con domicilio.

Me gustaban sus cálidas y gruesas voces, y era fantástico no tener que entender lo que decían. Me encantaba aquel silencio que supone liberarse de la presión constante de otras mentes, otras opiniones y otros sentimientos, una libertad que se dobla en silencio y vuelve a mi propio centro para descubrir de nuevo, ya que siempre se trata de un redescubrimiento, qué clase de criatura es la que me rige en el fondo y toma todas las decisiones sin importarle quién cree que las toma, aunque sea yo, quien poco a poco va apartándolo todo excepto lo único sin lo que soy incapaz de vivir y que algún día dirá: «Ahora soy todo lo que te queda: acéptame». Estuve quieta un buen rato, dejándome mecer por aquel idioma desconocido que era como silencio lleno de música; podía conmoverme o enternecerme, pero no preocuparme, como sucede con el croar de las ranas o el silbido del viento en los árboles.

Advertí que con la llegada de la primavera el árbol catalpa que veía desde la ventana ocultaría la vista de los establos y los campos de que disfrutaba ahora. Cuando estuviera en flor, las ramas casi rozarían la ventana. Pero entonces eran una fina pantalla a través de la cual los becerros, moteados en rojo y blanco, se movían de manera hermosa frente a la gastada oscuridad de los cobertizos. Los campos marrones pronto recobrarían el color verde; las ovejas quedarían bañadas por la lluvia y vestirían un limpio gris. En aquel momento toda la belleza del paisaje radicaba en la armonía con que fluía el valle hasta el límite del bosque. Era un campo interior que presentaba el aspecto desamparado de las cosas no queridas; en aquella zona del sur, el invierno es como un coma moribundo, a diferencia del profundo sueño mortal que invade el norte con la promesa segura de resurrección. Pero en mi sur, mi amada y nunca olvidada región, con sólo un leve estiramiento, el gesto de abrir los ojos entre un aliento y el siguiente, entre la noche y el día, la tierra sale de la larga enfermedad: revive y estalla en la plenitud de la primavera, con frutas y flores, uniendo primavera y verano en un todo bajo el caluroso y resplandeciente cielo azul.

El fresco viento auguraba la llegada de otra leve llovizna. Las voces de abajo descendieron, volvieron a elevarse, hablando por separado desde patios y establos. La mujer avanzaba por el sendero que llevaba a los cobertizos de las vacas y Hatsy la seguía corriendo. La mujer llevaba la yunta de madera oscilando cómodamente sobre los hombros, con las colochas de ordeñar tapadas y cerradas con pasadores metálicos, pero su hija cargaba con dos cubos pequeños en el brazo. Cuando empujaron la valla de cedro que daba a los campos, las vacas salieron en rebaño, cabizbajas, y los terneros de bocas abiertas y ávidas se escabulleron hacia sus respectivas madres. Entonces empezó la batalla para separar a las hambrientas crías de sus madres cuando consideraron que ya habían tomado suficiente leche. La vieja mujer los apartaba con palmadas que les propinaba con la mano abierta, Hatsy los arrastraba por los cuartos traseros, y ella misma se resbalaba por el barro, mientras las vacas mugían y blandían sus cuernos y los terneros aullaban como niños rebeldes. Las trenzas rubias de Hatsy le caían sobre los hombros y sus risas suponían una estremecedora corriente de alegría que superaba los enojados mugidos de las vacas y las severas palabras de la vieja mujer.

Del porche de la cocina subió el ruido del chapoteo del agua, el crujido de la bomba y los pasos fuertes de los hombres. Me senté en la ventana a contemplar el lento anochecer mientras se encendían todas las luces. La luz de mi cuarto tenía un mango en el cuenco de aceite, como si fuera una taza.

Colgando de un clavo en la pared había también un candil algo oxidado. Alguien me llamó desde el fondo de la escalera y al mirar hacia abajo me encontré con la cara de una mujer joven, de piel morena y cabello muy rubio, en avanzado estado de gestación y con un rollizo bebé de un año apoyado en la cadera, al que sujetaba con un brazo mientras con el otro sostenía una linterna que enfocaba sobre sus cabezas. «La cena está lista», dijo ella, y esperó hasta que bajé.

En aquella gran estancia cuadrada la familia se reunía en torno a una larga mesa cubierta con un mantel de algodón de cuadros rojos, provista de dos fuentes llenas de comida humeante situadas a ambos extremos. Una criada, lisiada y gravemente deforme, colocaba las jarras de leche. Inclinaba tanto la cara que casi quedaba oculta, todo su cuerpo aparecía tullido de un modo doloroso y enigmático, probablemente de nacimiento, supuse, aunque parecía ágil y fuerte. Sus manos nudosas no paraban de temblar y su cabeza seguía el ritmo de sus incansables hombros. Corría alrededor de la mesa repartiendo los platos, chocando con cualquiera que se pusiera en su camino; nadie se apartaba para dejarla pasar, ni le dirigía la palabra, ni siquiera la miraron cuando desapareció en dirección a la cocina.

Entonces los hombres avanzaron hacia sus sillas. El señor Müller ocupó el puesto de honor en la cabecera de la mesa, con la señora Müller apostada a su espalda como un canto rodado negro. Los hombres más jóvenes se alinearon a un lado, los casados con sus esposas de pie detrás de sus sillas listas para servirlos, ya que tres generaciones en este país no les habían hecho perder seguridad ni habían perturbado sus antiguas costumbres. Los dos yernos y los tres hijos varones se bajaron las mangas antes de empezar a comer. Les brillaba la cara, que se acababan de lavar, y los cuellos abiertos aparecían mojados.

La señora Müller me miró y luego fue señalando con la mano a los miembros de toda la familia mientras me decía sus nombres a toda prisa. Yo era una extraña, una invitada, así que mi asiento estaba en el lado de los hombres, y Hatsy, cuyo verdadero nombre resultó ser Huldah, la benjamina de la familia, se sentaba en la zona de la mesa destinada a los niños, cuidando de ellos y manteniendo el orden. Los críos iban de los dos a los diez años: cinco en total —sin contar con el que seguía sobre la cadera de su madre, tras la silla de su padre—, que se dividían entre las dos hijas casadas. Los niños enredaban y se atracaban de comida, llevando las manos hasta el azucarero para espolvorear de azúcar todo cuanto comían, solemnemente fascinados por la comida y sin prestar la menor atención a Hatsy, que se enfrentaba a ellos

con sólo un poco menos de energía que la que empleaba con los terneros y casi no comía nada. Debía de rondar los diecisiete años, sus labios eran pálidos y estaba demasiado delgada; su lacia melena de color manteca, salpicada de mechones más oscuros, el típico cabello de una campesina alemana, le confería un aire de fragilidad. Pero compartía la estructura de huesos grandes, la enorme energía y la fuerza bruta que dominaba como una presencia corpórea la sala, donde a la vista de los coléricos ojos, gris pálido y profundamente hundidos, y sus altos pómulos, era fácil trazar el parecido familiar de los comensales; estaba claro que la pobre madre Müller no había aportado nada a sus hijos. Los había parido, sí, pero eso era todo, pues habían salido al padre. Incluso la bronceada Gretchen, ahora encinta, sin duda la mascota de la familia, que hacía gala de la actitud sonriente y astuta de una niña mimada, moviéndose con el aire satisfecho de un cachorro holgazán y saludable siempre a punto de bostezar, tenía el cabello como la miel y los mismos ojos claros y rasgados. Permanecía de pie, apoyando el peso del niño en el respaldo de la silla de su marido, pasando el brazo izquierdo por encima de su hombro para volver a llenarle el plato de vez en cuando.

Annetje, la hija mayor, llevaba a su bebé recién nacido sobre el hombro, donde el pequeño babeaba cómodamente por su espalda, mientras ella iba sirviéndole la comida a su marido de bandejas y cuencos. Siempre que los ojos de la pareja se cruzaban, sonreían con una amable y discreta calidez, la sonrisa propia de una amistad larga y segura.

El señor Müller no era en absoluto partidario de que sus hijos se casaran y abandonaran el nido. Casarse, sí, por supuesto, pero ¿implicaba eso apartar a un hijo o a una hija de él? Siempre podría dar cobijo y trabajo a los maridos de sus hijas y, con el tiempo, haría lo propio con las esposas de sus hijos. Annetje me explicó, inclinándose sobre la cabeza de su marido y hablándome por encima de la mesa, que habían construido una nueva habitación, que daba al nordeste, para que pudiera vivir Hatsy cuando se casara. El semblante de Hatsy adoptó un hermoso rubor y su cabeza se hundió hasta casi tocar el plato, después levantó la vista con valor y dijo: «¡Ja, ja, pronto me casaré!». Todos estallaron en risas, menos la señora Müller, que dijo en alemán que las chicas de esa casa nunca sabían lo bien que estaban en casa y solas; no, seguían empeñadas en aparecer con maridos. Ese comentario no pareció herir los sentimientos de nadie y Gretchen dijo que era un placer que yo estuviera en casa cuando se celebrara la boda. Esto sirvió para recordarle algo a Annetje, que se dirigió en inglés a todos los comensales, diciendo que el pastor luterano le había aconsejado que asistiera con más frecuencia a la

iglesia y llevara a los niños a catequesis, para que así Dios le diera su bendición al quinto niño. Volví a contar y, con toda seguridad, con el que esperaba Gretchen, había ocho niños menores de diez años en aquella mesa; entre toda aquella tropa alguien iba a necesitar una bendición, eso seguro. El señor Müller dirigió un breve discurso en alemán a su hija, luego se volvió hacia mí y me dijo, con su fuerte acento alemán:

—Lo que yo digo es, ¿qué es esa locura de ir a la iglesia y darle dinero al cura para que hable de tonterías? Sería mejor que me pagara a mí por ir a escuchar. ¡Entonces sí que iría! —Sus ojos centelleaban por encima de la barba cuadrada, amarillenta y moteada de gris, que le nacía directamente de los pómulos—. ¿Qué se cree? ¿Que mi tiempo no vale nada? ¡Esa sí que es buena! ¡Que me pague!

La señora Müller gruñó y movió los pies.

—Ah, tú hablas y hablas. Ya verás cómo se pone el pastor si se entera. ¿Y qué haremos si no nos bautiza a los niños?

—Dale dinero y verás si los bautiza —gritó el señor Müller—. ¡Espera y verás!

—Ah, desde luego que sí —convino la señora Müller—. ¡Sólo procura que no te oiga!

A eso siguió una animada ráfaga de conversaciones en alemán, acompañada por el ruido de los cuchillos contra la mesa. Abandoné todo empeño de comprender y me dediqué a contemplar sus caras. Parecía una enardecida batalla, aunque se mostraban de acuerdo en algo. Estaban tan unidos en su escepticismo tribal como en todo lo demás. Tuve la poderosa impresión de que todos ellos, incluso los yernos, eran un solo ser humano dividido en distintas apariencias. La tullida criada apareció con más comida, recogió los platos y se retiró renqueando; se me ocurrió que era el único ser distinto de la casa. Incluso yo me sentía dividida en muchos fragmentos, habiendo dejado o perdido parte de mí en todos y cada uno de los lugares a los que había viajado, en todas las vidas que me había tocado vivir, sobre todo en todas las muertes de personas cercanas a mí que se habían llevado a la tumba parte de mis células vivas. Pero la criada era un ser completo y no pertenecía a ninguna parte.

Me adapté con relativa facilidad a las maneras y costumbres de la casa. El día empezaba temprano en la granja Müller; desayunábamos cuando todavía era de noche, mientras los vientos grises y húmedos penetraban con suavidad primaveral por las ventanas abiertas. Los hombres engullían las últimas tazas

de café humeante de pie, con los sombreros puestos, y salían al amanecer a enganchar los caballos a los arados. Annetje, con su rollizo bebé colgado del hombro, era capaz de barrer una habitación o hacer una cama con una sola mano y de terminar todo antes de que saliera el sol; para pasar el resto del día fuera, ocupándose de los pollos y los cerdos. De vez en cuando entraba con una caja poco profunda llena de pollitos recién nacidos, bolas abyectas de pelo húmedo, y la dejaba sobre la mesa de su dormitorio para atenderlos con esmero durante su primer día de vida. La señora Müller iba de un lado a otro dando zancadas, profiriendo órdenes a diestro y siniestro; el señor Müller, alisándose las patillas y encendiendo su pipa, se dirigía a la ciudad mientras la señora Müller le gritaba desde la puerta las últimas instrucciones y recados relativos a las necesidades de la casa. Él nunca le decía ni una palabra y parecía no escucharla, pero siempre volvía a las pocas horas con todos los encargos y recados realizados a la perfección. En cuanto a mí, cuando había hecho la cama y ordenado la buhardilla, no me quedaba nada que hacer, así que me alejaba de ese bullicio entusiasta por el sendero, sintiéndome extremadamente inútil. Pero poco a poco fui impregnándome del reposo, la inercia casi mística de sus mentes en el centro de esa vida tan activa y la absorbí agradecida, en silencio, sintiendo que todos los nudos dolorosos que había en mi cerebro empezaban a aflojarse. Me costaba menos respirar e incluso podía llorar si me apetecía. En unos cuantos días se me pasaron las ganas de llorar.

Una mañana vi a Hatsy cavando en la huerta frente a la cocina y ella aceptó mi ofrecimiento de ayudarla a esparcir las semillas y cubrirlas de tierra. Trabajábamos en la huerta varias horas todas las mañanas, hasta que el calor del sol y la postura inclinada me provocaban un cómodo vértigo. Olvidé contar los días; eran todos iguales, excepto en los colores del aire, que variaban, haciéndose más intensos y cálidos para adaptarse a la inminente estación, y en la tierra, que se hacía más firme por la red de gruesas raíces.

Los niños, tan ruidosos y hambrientos durante las comidas, se convertían en tranquilos infantes que jugaban en silencio en el jardín delantero, absortos en sus juegos. Hacían pasteles y tartas de barro, cargando con sus ajadas muñecas y sus animales de trapo en todas las actividades que realizaban. Sus madres los alimentaban, los acostaban; los levantaban y volvían a darles de comer, los enviaban a realizar sus tareas, que consistían en hacer más tartas de barro, o se ataban ellos mismos a los carros y galopaban hasta la sombra de un castaño enorme que había en el extremo opuesto de la finca. Entonces el árbol se convertía en el *Turnverein* y ellos eran de nuevo

seres humanos que se entregaban con solemnidad al baile y hacían los gestos de quien bebe cerveza. Milagrosamente convertidos de nuevo en caballos, se ataban de nuevo y galopaban hasta casa. Llegaban siempre a tiempo de cenar y se acostaban con la docilidad de las muñecas o los animales de trapo. Sus respectivas madres les trataban con amabilidad instintiva y constante; nunca parecían preocupadas por ellos. Estaban tan entregadas a su maternidad como una gata con sus mininos.

A veces me llevaba en el carrito a la última hija de Annetje, sin contar al bebé, una niña de dos años; bajábamos al huerto, donde las ramas empezaban a florecer en piñas de un verde aguado, y recorríamos parte del camino. Después giraba hacia un sendero más estrecho y más liso porque había sido menos transitado y avanzábamos despacio entre el pasillo de zarzamoras donde los frutos empezaban a colgar y a retorcerse como gusanos peludos y verdes. La niña iba sentada en un montículo compacto de franela y percal, sus ojos azul pálido titilaban brillantes bajo la gorra y sus dos dientes inferiores se mostraban cuando sonreía extasiada. En ocasiones nos seguían en calma algunos críos más. En cuanto yo daba media vuelta, todos ellos me imitaban sin hacer preguntas y regresábamos a la casa con la misma tranquilidad con que habíamos salido.

Descubrí que el senderuelo llegaba hasta el río y ese se convirtió en mi paseo favorito. Casi todos los días cruzaba el lindero del bosque desnudo, buscando con fruición señales de primavera. Los cambios allí eran tan sutiles y graduales que un día me encontré con que las ramas de los sauces y las matas de zarzamoras estaban cubiertas de finos puntos verdes; el color había cambiado en una noche, o eso parecía, y supe que al día siguiente todo el valle, el bosque y la orilla del río habrían quedado rápidamente bañados por una capa de verde dorado que se movería a merced del viento.

Y así fue. Ese día no abandoné el río hasta que oscureció y llegué a casa atravesando la maleza, acompañada por los sonidos de los búhos y los ruidos nocturnos que formaban un extraño coro en el bosque, hasta que el último y más lejano grito de respuesta fue un eco fantasmal. Cuando crucé el huerto los árboles estaban llenos de luciérnagas. Me detuve a contemplarlo durante un buen rato y luego proseguí despacio, emocionada, ya que nunca había visto nada tan hermoso. En los árboles habían aparecido pálidos brotes, las ramas permanecían inmóviles en la tenue oscuridad, pero los parterres de flores se estremecían en una danza silenciosa delicadamente tejida de luz, agitándose con tanta gracia como las hojas por la brisa y tan rítmicamente como el agua en una fuente. Todos los árboles habían brotado con ese fuego

vivo y palpitante, tan frágil y fresco como las burbujas. Cuando abrí la puerta, su luz brilló en mis manos como si fuera una de esas armilarias luminosas. Al volver la vista atrás, el brillo de la luz dorada estaba allí, no era ningún sueño.

Hatsy estaba en el comedor, de rodillas, fregando el suelo con pesados trapos oscuros. Siempre realizaba esta tarea de noche, para evitar que los hombres lo pisaran con sus botazas y así la casa amaneciera con un suelo impoluto. Se volvió al verme, con cara de cansancio.

—¡Ottilie! ¡Ottilie! —gritó, con fuerza, y antes de que yo pudiera hablar, añadió—: Ottilie te servirá la cena. Ya está lista.

Intenté decirle que no tenía hambre, pero ella se sintió obligada a convencerme.

—Mira, todos debemos comer. Más pronto o más tarde, no importa.

Se sentó sobre los talones y, levantando la cabeza, dirigió la vista al pedazo de huerto que se apreciaba desde la ventana. Sonrió y permaneció inmóvil durante un momento, y luego dijo alegremente:

—Ya ha llegado la primavera. Sucede cada primavera.

Volvió a inclinarse sobre el gran cubo de agua y siguió fregando.

La criada tullida entró en la estancia con paso torpe debido al estado resbaladizo del suelo y colocó un plato en la mesa; lentejas con carne y repollo rojo. Estaba caliente y sabroso, y me sentí agradecida porque al fin y al cabo descubrí que tenía hambre. La miré —¿así que se llamaba, Ottilie?— y dije:

—Gracias.

—No habla —dijo Hatsy como quien enuncia un hecho al que no hace falta darle más importancia.

Aquel rostro difuso y sombrío no era ni joven ni viejo; la infinidad de arrugas que lo surcaban tanto podían deberse a la edad como al sufrimiento; eran simples arrugas, surcos oscuros trazados al azar, como si un puño cruel hubiera retorcido aquella carne caduca. Y, sin embargo, en aquella cara mutilada distinguí unos pómulos altos, unos ojos rasgados y azules como el agua, de pupilas muy grandes y abiertas que mostraban la ansiedad de alguien que se asoma a un pozo oscuro lleno de peligros. Chocó con fuerza contra la mesa al darse la vuelta, con su espalda encorvada temblando por el perpetuo movimiento de los brazos secos, y se alejó con una prisa forzada y sin sentido.

Hatsy volvió a sentarse sobre los talones durante un momento, se echó las trenzas a la espalda y dijo:

—Es Ottilie. Ahora ya no está enferma. Está así porque enfermó cuando era muy pequeña. Pero puede trabajar tan bien como yo. Cocina. Pero no se la entiende cuando habla.

Volvió a enderezarse, se inclinó y empezó a fregar de nuevo con energía renovada. Lo cierto es que su cuerpo era una red de ligamentos tensos y de músculos largos y elásticos como el acero maleable. Siempre trabajaría demasiado y estaría toda su vida cansada, tomándoselo como algo perfectamente natural; todo el mundo trabajaba a todas horas porque siempre había más trabajo que hacer cuando se terminaba el que se estaba haciendo. Cené y llevé el plato a la mesa de la cocina. Ottilie estaba sentada en una silla con los pies apoyados en el horno abierto, los brazos cruzados y la cabeza algo caída. No me vio, ni me oyó.

Cuando estaba en casa, Hatsy solía ponerse un viejo vestido de pana marrón y chanclos de goma sin medias. La falda era lo bastante corta para mostrar sus piernas delgadas, algo torcidas a partir de las rodillas, como si hubiera empezado a andar demasiado pronto. «Hatsy es una chica buena y despierta», decía la señora Müller, que no era muy propensa a elogiar a nadie ni a nada. Los sábados Hatsy se daba un buen baño en una gran bañera que había en un cuarto al fondo de la cocina, donde también se almacenaban los tarros sobrantes, los orinales y las jarras para el agua. Después se destrenzaba el rubio cabello y se recogía aquella melena ondulada con una cinta de algodón sembrada de capullos de rosa; se ponía el vestido azul cielo de seda china y se iba al *Turnverein* a bailar y degustar una pinta de cerveza negra con su pretendiente, que se parecía tanto a sus hermanos que podría pasar por uno de ellos, aunque creo que yo era la única que advertía ese detalle y nunca dije nada, porque habría sido el comentario de una extraña y desesperante desconocida. Los domingos, después de numerosos baños, la familia en pleno se dirigía al *Turnverein*, ataviados con vestidos y camisas almidonados, y provistos de cestas de comida. La criada, Ottilie, se apresuraba a salir para verlos partir y los miraba desaparecer en el recodo protegiéndose los ojos del sol con ambos brazos. Su mutismo parecía total; no usaba ningún lenguaje de signos que fuera coherente, pero llenaba la enorme mesa tres veces al día con comida saludable, pan recién horneado, grandes fuentes de verduras, deliciosos asados de carne, tartas y pasteles enormes que daban para veinte personas. Si algún domingo aparecía algún vecino a tomar café, Ottilie renqueaba hasta la gran sala norte, el salón, provisto del gran acordeón de roble dorado, una alfombra belga de un color verde oscuro, cortinas de encaje

de Nottingham y antimacasares de punto en los respaldos de las butacas, para servir café con leche y azúcar acompañado de gruesas porciones de tarta de crema.

La señora Müller rara vez se sentaba en el salón y siempre que lo hacía se advertía en ella un aire de incomodidad formal, con los grandes y nudosos dedos cerrados. Pero el señor Müller sí que solía instalarse allí por las tardes, donde nadie se aventuraba a seguirle a no ser que se lo ordenara; a veces jugaba al ajedrez con su yerno mayor, que había aprendido hacía ya tiempo que el señor Müller era un buen jugador que detestaba las victorias fáciles y, por tanto, no se atrevía a hacer otra cosa que no fuera plantear la mejor batalla posible, pero incluso así, si el señor Müller creía que estaba ganando demasiado a menudo, rugía: «¡No le pones interés! No te esfuerzas. ¡Dejemos de perder el tiempo!». Y el yerno caía entonces en un temporal estado de desgracia.

La mayoría de las tardes, no obstante, el señor Müller se sentaba solo y leía *Das Kapital*. Se apoltronaba en la gran mecedora tapizada de rojo y abría el tomo sobre una mesa baja que tenía delante. Era una de las primeras ediciones, escrita en caracteres alemanes con tinta de un negro intenso, con la cubierta envejecida y manchada y las páginas casi despegadas del lomo, y para él era una especie de Biblia. Se sabía capítulos enteros casi de memoria y nunca añadía ni quitaba nada a la versión canónica del texto. No puedo afirmar que en ese momento de mi vida no hubiera oído hablar de *Das Kapital*, pero sí que no había conocido a nadie que lo hubiera leído y que si alguien lo mencionaba lo hacía siempre con una profunda desaprobación. No era un libro que hubiera que leer para poder rechazarlo. Y ahí estaba ese respetable granjero entrado en años que aceptaba su dogma como si fuera una religión: para él sus preceptos legendarios e inaplicables eran justos, rectos y adecuados, uno debía creer en ellos, por supuesto, pero la vida, los quehaceres cotidianos, eran harina de otro costal. El señor Müller era el hombre más rico de la zona, casi todos los granjeros de la vecindad le arrendaban tierras y algunos las trabajaban compartiendo con él las cosechas. Me lo explicó una tarde después de que desistiera en su empeño de enseñarme a jugar al ajedrez. No le sorprendió que no fuera capaz de aprender, al menos no en una sola clase, ni tampoco que no supiera nada de *Das Kapital*. Así pues, optó por exponerme sus propias conclusiones al respecto. «Estos hombres no pueden comprar tierras. Las tierras deben comprarse, ya que pertenecen al capital y este nunca devolverá al trabajador la tierra que es suya. Bien, pues no sé cómo pero yo siempre puedo comprar tierras. ¿Por qué? No lo sé. Sólo sé que

con mi primera tierra saqué suficiente cosecha para comprar más, así que la arriendo barata, más barata que nadie, presto dinero a mis vecinos para que no caigan en manos del banco, y así no forma parte del capital. Algún día esos trabajadores podrán comprarme las tierras por menos de lo que les pediría cualquier otro. Bueno, eso es lo que hago, nada más. —Pasó una página y sus ojos centellearon con furia bajo sus pobladas cejas—. Compro mi tierra con trabajo duro, toda mi vida, y la arriendo barata a mis vecinos, y luego me dicen que no van a escoger a mi yerno, al marido de mi Annetje, para que sea sheriff porque soy ateo. Así que les digo, muy bien, pues entonces el año próximo pagaréis más por vuestra tierra o me daréis más parte de vuestras cosechas. Si soy un ateo, actuaré como tal. Así que ahora el marido de mi Annetje es sheriff, y ya está».

Había apoyado uno de sus gruesos dedos en la página que estaba leyendo y volvió a sumergirse en su libro. Yo salí con cuidado de la sala sin darle las buenas noches.

El *Turnverein* era un templete de forma octogonal situado en un claro en mitad del bosque propiedad del señor Müller. La colonia alemana solía reunirse allí, a la sombra, mientras una reducida banda tocaba danzas campestres. Las chicas bailaban con energía y habilidad, haciendo crujir sus enaguas almidonadas como hojas secas. Los chicos eran más torpes, pero le ponían ganas y se aferraban a las cinturas de sus compañeras dejando marcas de sudor donde ponían las manos. Ahí la señora Müller descansaba de sus labores semanales. Sus grandes miembros se relajaban, separaba ligeramente las rodillas y se dedicaba a cotillear cerveza en mano con sus coetáneas. De vez en cuando lanzaban una mirada a los niños que jugaban cerca, dejando así en libertad a las madres jóvenes para que bailaran o se sentaran tranquilas con amigas de su edad.

Al otro lado del templete, el señor Müller se rodeaba de los serios abuelos, que se daban golpes en el pecho con las pipas mientras discutían temas de política local con semblante grave; el duro fatalismo de su mentalidad campesina quedaba matizado únicamente por una profunda desconfianza mundana hacia todos los funcionarios que no conocieran en persona y hacia todos los proyectos políticos que no fueran los suyos propios. Cuando el señor Müller tomaba la palabra todos le escuchaban con respeto, dando muestras de la fe que depositaban en él como hombre fuerte, cabeza de familia y puntal de su comunidad. Asentían despacio cuando él se sacaba la pipa de la boca y gesticulaba, agarrándola de la cazoleta como si fuera una

piedra que estuviera dispuesto a arrojar. Una tarde, cuando volvíamos a casa del *Turnverein*, la señora Müller me dijo: «Bueno, gracias a Dios, ya todo está decidido entre Hatsy y su hombre. El domingo que viene a esta hora ya estarán casados».

Toda la gente que solía congregarse los domingos en el *Turnverein* acudieron a casa de los Müller el día de la boda. Les hicieron regalos útiles, en su mayor parte sábanas, almohadas, una colcha blanca con adornos para el lecho nupcial, una alfombra redonda de muchos colores hecha a mano, un candil de bronce con una lámpara redonda decorada con rosas rojas, una palangana de porcelana y una jarra con los mismos motivos florales; el regalo del novio a la novia fue un collar, un collar doble con cuentas de coral rojo. Justo antes de que diera comienzo la ceremonia, él se lo puso con manos temblorosas. Ella le dirigió una sonrisa tímida y le ayudó a desprender el velo del collar; después unieron sus manos y volvieron sus rostros hacia el pastor y no se soltaron hasta que llegó el intercambio de anillos —que sin duda eran las alianzas más anchas, gruesas y rojas que podían encontrarse—, momento en que dejaron de sonreír y palidecieron un poco. El novio se recuperó antes y se inclinó —era mucho más alto que ella— para besarla en la frente. Sus ojos eran de un color azul profundo y su cabello no tenía en realidad el rubio color de los Müller, sino que era más bien castaño claro; decidí que se trataba de un joven atractivo y amable, que contemplaba a Hatsy como si le gustara lo que tenía delante. Ambos se arrodillaron y se dieron de nuevo la mano para la oración final; después, ya de pie, se dieron el beso nupcial, con discreción y recato, todavía no en los labios. Más tarde todos pasaron a estrecharles la mano, y todos los hombres besaron a la novia y las mujeres al novio. Algunas mujeres murmuraron algo al oído de Hatsy y todas estallaron en risas excepto Hatsy, que se puso roja desde la frente hasta el cuello. Ella a su vez le susurró algo a su marido, que asintió mostrando su acuerdo. Entonces la novia intentó escabullirse sin ser vista, pero las jóvenes solteras estaban alerta y salieron tras ella, y poco después la veíamos corriendo por el jardín en flor, recogiéndose las faldas blancas mientras todas las chicas la perseguían, gritando como cazadores nerviosos, ya que la primera que la alcanzara y lograra tocarla sería la próxima en casarse. Regresaron sin aliento, arrastrando a la afortunada, quien, con extasiada resistencia, soportó los besos de todos los jóvenes casaderos.

Los invitados se quedaron al banquete y apareció Ottilie, con un delantal limpio de color azul, las arrugas de la frente y la boca perladas de gotas de sudor, a servir la comida en la mesa. Los hombres comieron primero y luego

entró Hatsy con las mujeres por primera vez, todavía con la redecilla de algodón que sujetaba el pequeño velo cuadrado prendida al cabello y la cola del vestido llena de aplastadas flores de melocotonero. Después de la cena, una de las chicas tocó valses y polcas con el acordeón, y todos bailaron. El novio sacó jarras de cerveza de una alacena situada en el vestíbulo y a medianoche todos volvieron a sus casas, emocionados y alegres. Yo bajé a la cocina a por una taza de agua caliente. La criada seguía ordenando las cosas, yendo de la alacena a la mesa. Su rostro era una máscara oscura y ansiosa, sus ojos grandes y perplejos. Sus manos inestables tocaban las sartenes, pero nada podía hacerla parecer real o conectada de algún modo a la vida que la rodeaba. Y, sin embargo, cuando coloqué la taza sobre la lumbre, ella levantó la pesada tetera y vertió el agua hirviendo sin derramar una sola gota.

El verde claro y meloso del cielo al amanecer era un reflejo del brillo de la tierra. En el lindero del bosque habían nacido un montón de florecillas blancas y de colores pálidos. Los melocotoneros habían quedado teñidos de un tono sonrosado y blanco. Salí de casa con la intención de tomar el atajo que llegaba a las zarzamoras. Las mujeres estaban ocupadas en la casa, los hombres habían salido a los campos, los animales habían sido llevados a los pastos, y sólo se veía a Ottilie, pelando patatas en los escalones del porche trasero. Miró hacia mí con ojos que no parecieron verme, concentrada en un punto que quedaba a medio camino entre ella y yo, sin reaccionar de modo alguno. Después soltó el cuchillo y se levantó, abrió y cerró la boca varias veces y caminó hacia mí haciendo gestos con su mano derecha. Me acerqué a ella, sus manos me agarraron de la manga y, por un momento, temí oír su voz. De ella no salió sonido alguno, pero me llevó consigo, dominada por algún misterioso propósito. Abrió la puerta de una sucia y maloliente habitación sin ventanas que daba a la cocina, al lado del cuarto donde solía bañarse Hatsy. Una cama estrecha y una cajonera sobre la que había un espejo rayado ocupaban casi la totalidad del espacio. Ottilie movió los labios, esforzándose por hablar, mientras revolvía un montón de trastos que guardaba en el cajón de arriba. Sacó una foto y la puso en mis manos. Era una foto antigua, amarillenta, cuidadosamente pegada en una cartulina doblada en las esquinas.

Vi a una niña de unos cinco años, una cría alemana bonita y sonriente, que curiosamente parecía una hermana mayor de la hijita de dos años de Annetje, vestida con una falda con volantes y con una formidable mata de pelo rubio atado en la cabeza en un moño. Sus fuertes piernas, redondas como salchichas, estaban cubiertas por unas medias blancas de cordoncillo y sus

firmes pies estaban metidos en unas anticuadas botas negras de suela blanda atadas con lazos. Ottilie contempló la foto, dobló el cuello y me miró a la cara. De nuevo vi los rasgados ojos azules y los pómulos altos de los Müller, mutilados, casi destruidos, pero inconfundibles. Esa niña era ella de pequeña, y era, sin duda, la hermana mayor de Annetje, Gretchen y Hatsy; sus nerviosos gestos me lo confirmaron: señalaba la foto y su propia cara, haciendo tremendos esfuerzos por hablar. Señaló el nombre que aparecía escrito con esmero en la parte de atrás, Ottilie, y se tocó la boca con los torcidos nudillos. Su cabeza seguía entregada a su perpetuo movimiento; la mano temblorosa parecía mostrarme la foto en un alarde de travesura. Aquel pedazo de cartón la conectaba de algún modo al mundo de seres vivos que yo conocía; por un instante un filamento más fino que una tela de araña, un filamento procedente de algún centro nos ató a una fuente común e ineludible, de tal modo que su vida y la mía quedaron unidas, formando parte de la otra, y todo el dolor y la extrañeza que despertaba ella en mí se desvaneció. Ella bien sabía que había sido aquella Ottilie, con las piernas rectas y ojos vigilantes, y en el fondo de su alma seguía siéndolo. Por un momento, estando viva, sabía que sufría, porque prorrumpió en quedos sollozos, secándose las lágrimas con la palma de la mano. Incluso con las mejillas húmedas, su cara cambió. Sus ojos se aclararon y se fijaron en aquel punto del espacio que parecía contener para ella incontables y tremendos peligros. Volvió la cabeza como si hubiera oído una voz y desapareció con su paso inestable en dirección a la cocina, dejándose el cajón abierto y la foto boca abajo sobre la cómoda.

Durante el almuerzo apareció apresurada, derramando café en el suelo blanco, devuelta a su propia y secreta existencia de perplejidad eterna, mientras yo me había vuelto a convertir en una extraña para ella, igual que el resto, pero ella ya no era una extraña para mí y nunca podría volver a serlo.

Entró el más joven de los hermanos con una zarigüeya que había caído en su trampa. Meneó el cuerpo peludo, entrecerrando los ojos de orgullo al mostrarnos la desafortunada criatura. «Ya, es una crueldad, incluso con los animales salvajes —me dijo la amable Annetje—, pero a los chicos les encanta matar, adoran hacer daño. Siempre temo que acabe atrapando al pobre Kuno». Me dije para mis adentros que Kuno, aquel lobo sin gracia, podía constituir una buena presa para cualquier trampa. Annetje rebosaba amabilidad y ternura. Los gatitos, los cachorros, los pollitos, los corderos y los terneros quedaban bajo sus especiales cuidados. Era la única mujer que acariciaba a los terneros destetados cuando colocaba ante ellos los baldes de

leche. Su hijo parecía formar parte de ella, como si aún no hubiera nacido. Y, sin embargo, parecía haber olvidado que Ottilie era su hermana. Igual que todos los demás. Recordé que Hatsy había pronunciado su nombre, pero no su parentesco. Me percaté de que su silencio en torno a ella no era más que eso, simple olvido. Se movía entre ellos tan invisible en sus imaginaciones como si fuera un fantasma. Su hermana Ottilie era un episodio doloroso que había sucedido tiempo atrás y que ahora estaba superado y terminado; no podían vivir con el dolor del recuerdo constante; el olvido era en ese caso un acto de autodefensa. Pero yo no conseguía olvidarla. Seguía en mi mente como una brizna de hierba que la corriente hubiera llevado hasta allí y flotaba inmóvil, atrapada, negándose a desaparecer. Le di una explicación. ¿Qué otra cosa podían haber hecho los Müller con Ottilie? Un accidente físico acontecido durante su infancia la había despojado de todo excepto la mera vida. No se trataba de una clase social o comunidad que mimara a los inválidos o a los lisiados. Mientras uno vivía, cumplía con su parte en las tareas. Este era su sitio, en esta familia había nacido y en ella debía morir. ¿Sufría? Nadie lo preguntaba, nadie intentaba averiguarlo. El sufrimiento era connatural a la vida, el sufrimiento y el trabajo. Mientras uno vivía, trabajaba, eso era todo, y sin quejarse, porque nadie tenía tiempo para atender quejas y todos tenían sus propios problemas. ¿Qué otra cosa podían haber hecho con Ottilie? En cuanto a mí, lo único que podía hacer era prometerme olvidarla también y luego recordarla durante lo que me quedara de vida.

Sentada a la larga mesa, observé a Ottilie trasteando con su paso atormentado, sirviendo aquellas inacabables cantidades de comida que constituían la tarea de su vida. La seguí con la mente hasta la cocina, donde la vi vigilando los enormes pucheros y el horno lleno de viandas, siendo su cuerpo una simple máquina de tortura. La idea asomó a la superficie de mi mente, urgente y clara, como si se anticipara a un acontecimiento deseado. Que sea ahora, que sea ahora mismo. No, mañana no, hoy. Que se siente tranquilamente en la silla de mimbre, junto a la lumbre, doble esos brazos y la encontremos así, con la cabeza entre las rodillas. Entonces descansará. Aguardé, con la esperanza de que no volviera a salir nunca más por aquella puerta que yo contemplaba con ojos entornados, como si pudiera ver algo innombrable entrando por ella. Después salió Ottilie, que al fin y al cabo se hallaba en el seno de su familia y era uno de sus miembros más útiles y competentes; ellos, haciendo gala de un profundo instinto, habían aprendido a convivir con el desastre ajustándose todos a él, también ella; la habían aceptado y luego se habían aprovechado de algo que para ellos no era más

que el acontecimiento más doloroso de una vida sembrada de inquietudes, no necesariamente mejores que esa. Así que, poco a poco, seguí el ejemplo de los Müller en su aceptación de Ottilie y del uso que hacían de su vida, ya que en algún sentido que ni siquiera podía explicarme a mí misma, encontraba una gran virtud y valor en su firmeza y su negación a sentir lástima por nadie y menos aún por ellos mismos.

Gretchen dio a luz a su hijo, un varón, en el rato, muy conveniente, que va de la hora de cenar a la hora de acostarse, una noche marcada por el sonido sereno y familiar de la lluvia. El día siguiente atrajo a vecinas de varios kilómetros a la redonda y el bebé fue pasando de manos de una a otra como si fuera una nueva clase de bola medicinal. Tranquilas y tímidas en los bailes, emotivas en las bodas, los nacimientos sacaban de ellas su lado más irreverente y jocoso. El café y la cerveza animaron la charla, y los sonidos efusivos y guturales dieron paso a las risas; para aquellas esposas honestas y trabajadoras la vida se convertía en una broma campechana durante sólo unas horas y eso les hacía bien. El bebé gemía y mamaba cual ternero recién nacido y los hombres de la familia entraron a verlo y añadieron alegres e inapropiados comentarios de su propia cosecha.

El mal tiempo se las llevó a sus respectivas casas antes de lo que tenían previsto. Todo el cielo estaba cubierto de un negro borroso y de vapores grises que colgaban como ligeros harapos tan negros como el hollín de la chimenea. Los límites de los bosques adoptaron un tono purpúreo a medida que el horizonte se sonrojaba lentamente; luego perdió el color y todo el cielo se estremeció con el murmullo profundo y escalofriante del trueno. Todos los Müller se apresuraron a calzarse las botas de goma y a ponerse los impermeables encerados, gritándose unos a otros, trazando su plan de actuación. El hijo menor se llevó a Kuno a la colina para que le ayudara a reunir las ovejas. Kuno ladraba, las ovejas balaban quejosas; los caballos, libres del arado, estaban nerviosos; relinchaban y trotaban con las orejas gachas todo lo que daban de sí los ronzales. Todos los hombres fueron hacia los animales para agruparlos, tranquilizarlos y encerrarlos sanos y salvos. Cuando la señora Müller, con media docena de enaguas enrolladas sobre los muslos y metidas dentro de las botas, se dirigía con paso rápido al establo para ayudarlos, el devastador resplandor de un relámpago partió la red de nubes de un extremo a otro y el estallido de la tormenta golpeó la casa con el impacto de una ola contra un barco. El viento rompió las ventanas y el agua penetró por ellas. Las vigas del techo se tensaron y las paredes se curvaron

hacia dentro, pero la casa se mantuvo firme sobre sus cimientos. Los niños se congregaron en el dormitorio interior, con Gretchen.

—Venid a sentaos conmigo en la cama —les dijo con calma— y no os mováis.

Ella también se sentó, con un chal sobre los hombros y el bebé en brazos. Entonces llegó Annetje y dejó a su bebé con Gretchen, y de pie en la escalera agarrándose a la baranda del porche con una mano, se inclinó hacia las furiosas aguas que ya alcanzaban el nivel del umbral y sacó de ellas un cordero medio ahogado. La seguí. No conseguíamos oírnos en aquel fuego cruzado de truenos, pero juntas llevamos al animal hasta el vestíbulo, bajo las escaleras, donde lo secamos con trapos y le presionamos el estómago para que expulsara el agua hasta que por fin logramos que se sostuviera sobre sus propias patas. Annetje estaba feliz por el triunfo y no paraba de decir muy contenta:

—¡Mirad, está vivo, está vivo!

Lo dejamos cuando oímos a los hombres, que gritaban y aporreaban la puerta de la cocina, y fuimos corriendo a abrirla. Entraron acompañados de la señora Müller, que cargaba con la yunta y las colochas. Permaneció quieta, con la falda empapada, el retal impermeable que se había puesto en la cabeza goteando y las botas de goma arrugadas por el peso de las enaguas metidas por dentro. Ella y el señor Müller estaban muy cerca y parecían dos árboles viejos y vencidos sobre los que hubiera caído un rayo; él tenía la barba y el impermeable mojados, las caras de ambos habían adoptado de repente una expresión sombría, vieja y cansada, agotada para siempre; ya nunca volverían a descansar en lo que les quedaba de vida.

—¡Ve a ponerte ropa seca! —gritó súbitamente el señor Müller a su esposa—. ¿Acaso quieres ponerte enferma?

—¡Bah! —dijo ella bajando la yunta y dejando los baldes en el suelo—. Cámbiate tú. Te traeré unos calcetines secos.

Uno de los niños me contó que la señora Müller había cargado sobre su espalda un ternero nacido el día anterior y que con él había subido la escalera de la pared interior del establo para ponerlo a salvo en el henil detrás de una barricada de balas de heno. Después había alineado a las vacas en el establo y, sentada en el taburete mientras el agua iba subiendo, las había ordeñado a todas. Ella no parecía darle ninguna importancia.

—¡Hatsy! —gritó—. ¡Ven a ayudarme con la leche!

La menuda y pálida Hatsy llegó enseguida, descalza porque la llamada la había pillado quitándose los zapatos mojados, y sus espesas trenzas de

color rubio plateado le habían golpeado los hombros al correr. Su marido la siguió, tímido ante la presencia de su suegra.

—Déjame a mí —dijo él queriéndole ahorrar a su querida esposa una tarea tan pesada, y se dispuso a coger las grandes colochas.

—¡No! —exclamó la señora Müller sobresaltando al pobre muchacho —. Tú no. La leche no es tarea de hombres.

Él retrocedió y se quedó inmóvil mientras Hatsy vertía la leche en las colochas. La señora Müller fue en pos de su esposo, para atenderle, pero cuando estaba en la puerta se volvió y preguntó:

—¿Dónde está Ottilie? —Nadie lo sabía; nadie la había visto—. Buscadla —dijo la señora Müller antes de salir—. Decidle que queremos cenar ya.

Hatsy le hizo una seña a su marido y juntos se dirigieron de puntillas hasta la puerta del cuarto de Ottilie y la abrieron sin hacer ruido. La luz de la cocina les mostró a Ottilie, sentada a solas, acurrucada en el borde de la cama. Hatsy abrió la puerta de par en par para que entrara más luz y gritó, con voz fuerte y penetrante, como la que uno usaría para dirigirse a una persona sorda o que estuviera a una gran distancia:

—¡Ottilie! Hora de cenar. ¡Tenemos hambre!

Y con esto la joven pareja salió de la cocina para ir hasta la escalera a ver cómo estaba el cordero de Annetje. Después Annetje, Hatsy y yo cogimos las escobas y empezamos a barrer el agua sucia y los restos de cristales rotos del suelo del vestíbulo y del comedor.

La tormenta fue apaciguándose poco a poco, pero la lluvia torrencial prosiguió. Durante la cena se habló de reemplazar a los animales perdidos. Debía replantarse toda la cosecha; el trabajo de la temporada no servía nada. Todos estaban fatigados y mojados, pero cenaron con alegría y serenidad para fortalecerse ante toda la labor de restauración y reparación que empezaría a la mañana siguiente.

Por la mañana el tamborileo sobre el tejado ya casi había cesado; desde la ventana contemplé cómo una llanura de agua color sepia se movía lentamente hacia el valle. Los tejados de los establos aparecían combados, como los travesaños de una tienda de campaña, y algunos animales ahogados flotaban o habían quedado aprisionados en las vallas. A la hora del desayuno la señora Müller se lamentó mientras tomaba el café:

—Ah —dijo ella—, tengo un terrible dolor de cabeza. Y aquí también —añadió, señalándose el pecho—. Terrible. Oh, Dios, estoy enferma.

Se levantó jadeando y con las mejillas arreboladas, y llamó a Hatsy y a Annetje para que la ayudaran en el establo.

Todas volvieron enseguida, con las faldas arremangadas hasta las rodillas; las dos hermanas sostenían a su madre, que no podía articular palabra y apenas se tenía en pie. La acostaron y se quedó inmóvil en la cama, con el rostro escarlata. La confusión se apoderó de la casa, nadie sabía qué hacer. Le echaron mantas por encima, que ella apartó; le ofrecieron café, agua fresca, cerveza, pero ella lo rechazó todo. Entraron los hijos y se colocaron alrededor de la cama, uniéndose a las exclamaciones de sus hermanas: «*Mutterchen*, *mutti*, *mutti*, ¿qué podemos hacer por ti? Dinos, ¿qué necesitas?». Pero ella no podía hablarles. Era imposible recorrer los dieciocho kilómetros que los separaban de la ciudad para ir en busca de un médico: había vallas y puentes caídos, los caminos estaban inundados. La familia se agrupó en la habitación, presa del pánico, perdida hasta que la buena mujer volviera en sí y les dijera cómo podían ayudarla. Entró el señor Müller y, arrodillándose a su lado, le cogió las manos y le habló con cariño; cuando ella no le respondió rompió a llorar con grandes aspavientos y gruesas lágrimas.

—Ay, Dios, Dios. Cien mil dólares en el banco —dijo mirando a su familia y hablándoles en su extraño inglés como si fuera un forastero para sí mismo y hubiera olvidado su propio idioma— y decidme, decidme, ¿de qué me sirven?

Eso los asustó y al unísono, todos juntos, gritaron, sollozaron e imploraron una respuesta a su madre en un tumulto descontrolado. El lugar se llenó de lamentos de pena y terror. En medio de esa confusión murió la señora Müller.

A media tarde la lluvia amainó y el sol brillaba cual disco de latón en un cielo resplandecientemente cruel. Las aguas fluyeron hasta el río, dejando una colina pelada y sucia, de vallas combadas, de melocotoneros jóvenes despojados de flores y con las raíces al aire. El bosque se había convertido en una erupción violenta de maleza desnuda de frondosa densidad, húmeda y reluciente, una masa de plumas verdes con sombras de color cobalto.

La casa se hallaba sumida en un silencio tan grande que tenía que prestar atención para saber que allí vivía alguien. Todos, incluso los niños más pequeños, se movían de puntillas y hablaban en susurros. Durante toda la tarde se oyó el monótono ruido de martillos y el zumbido de una sierra procedente del establo. Al caer la noche, los hombres cargaron el flamante ataúd de madera de pino ayudados por cuerdas y lo colocaron en el vestíbulo.

Permaneció en el suelo durante una hora más o menos, donde todos los que pasaban tenían que saltar por encima. Luego Annetje y Hatsy, que habían estado ocupadas en asear y vestir el cadáver, aparecieron en el umbral y dijeron: «Podéis meterlo».

La señora Müller yació en la sala durante toda la noche, ataviada con un vestido de seda negra con collar blanco y una pequeña cofia de encaje en el pelo. Su marido se sentó en una butaca a su lado, mirándola a la cara, que presentaba una expresión contemplativa, amable y remota. A ratos sollozaba en silencio, secándose la cara y la cabeza con un gran pañuelo. Sus hijas le iban sirviendo café de vez en cuando. Allí se durmió hasta la mañana siguiente.

La luz alumbró la cocina durante toda la noche y al ruido de los pasos de Ottilie deambulando con torpeza se le unió el zumbido seco del molinillo de café y el olor a pan recién hecho. Hatsy entró en mi habitación. «Hay café y pastel, será mejor que coma algo», me dijo, antes de dar media vuelta, deshecha en llanto y apretando con fuerza el pedazo de pastel que tenía en la mano. Comimos de pie, en silencio. Ottilie sirvió café recién hecho, con la mirada fija y legañosa, tan nerviosa como siempre y ni siquiera reaccionó al derramarse un poco en la mano.

Esperaron durante todo el día, entonces el hijo menor fue en busca del pastor luterano y volvió acompañado de unos cuantos vecinos. Al mediodía habían llegado muchos más, manchados de barro, sobre caballos jadeantes y sudorosos. Con cada condolencia, la familia se dejaba llevar por el llanto, tan franco y sincero como el de los niños. Sus rostros aparecían hinchados y blandos por las lágrimas, los músculos de sus caras estaban relajados. Iba bien desahogarse, tener algo por lo que llorar que no requiriera excusas ni explicaciones. Sus lágrimas eran a la vez un lujo y un bálsamo para sus almas. En ellas fluía la corteza dura de las inquietudes que moran en los corazones de todos los hombres, protegidas por el dolor común, y compartirlo suponía un consuelo. Durante un tiempo visitarían la tumba, embargados por los recuerdos, pero luego la vida se compondría sola en función de otro orden, aunque en el fondo seguiría siendo la misma. Los pensamientos de los vivos se dirigían ya hacia el día siguiente, en que iniciarían las tareas de reconstrucción, replantación y reparación; incluso ese día, después del entierro, se apresurarían a volver para ordeñar las vacas y alimentar las gallinas y quizá seguirían llorando durante varios días, hasta que las lágrimas los curaran por fin.

Ese día fui consciente por primera vez no de la muerte sino del pánico a morir. Cuando cargaron el ataúd en el pequeño carromato y vi cómo empezaba a formarse el cortejo, me fui a mi cuarto y me tumbé en la cama. Con la vista fija en el techo, oí y sentí el propósito siniestro que regía los movimientos y sonidos de abajo —el crujido de los arneses y el ruido de las pezuñas de los caballos y de las ruedas al girar, las voces sofocadas y serias—, y sentí que me desmayaba porque el miedo me había cortado el flujo sanguíneo, si bien mi mente permanecía alerta para recibir aquella tremenda impresión. Sin embargo, cuando comprendí que salían del patio, el terror empezó a abandonarme. A medida que se amortiguaba el ruido, permanecí tendida sin pensar, sin sentir, invadida por una especie de desfallecimiento, mezcla de alivio y debilidad.

En mi duermevela, oí el aullido de un perro. Parecía un sueño y despertar me perturbó. Había soñado que Kuno caía en una trampa; después pensé que no se trataba de un sueño, que el animal estaba atrapado y que debía levantarme porque nadie sino yo podía ayudarlo a salir. Me desperté del todo, el grito pasó sobre mí cual ráfaga de viento y comprendí que no era el aullido de un perro. Bajé corriendo y miré en el cuarto de Gretchen. Estaba hecha un ovillo junto a su bebé, ambos dormían. Me fui hacia la cocina.

Ottilie estaba sentada en su silla rota con los pies apoyados en el borde del horno abierto y frío. Las manos le colgaban a los lados y tenía los torcidos dedos cerrados sobre las palmas; la cabeza le caía sobre los hombros y gemía, con grandes espasmos y el cuello rígido, sin una sola lágrima. Al verme se levantó y se me acercó, apoyando la cabeza en mi pecho y adelantando sus manos durante un momento. Estremecida, balbuceaba, aullaba y movía los brazos como una posesa, señalando hacia la ventana, hacia las ramas desnudas del jardín donde comenzaba el sendero que había tomado el cortejo fúnebre hacía un buen rato. La cogí de los brazos, cuyos músculos, más fuertes de lo normal, se tensaban y estiraban bajo las mangas de tela áspera; la acompañé a la escalera y la dejé allí sentada, con la cabeza ladeada.

En el establo sólo quedaba el desvencijado carro de muelles y el poni taciturno que me había conducido hasta la granja el día de mi llegada. El arnés seguía siendo un misterio, pero de algún modo conseguí unir poni, arnés y carro de un modo que creí seguro, o al menos eso esperaba. Empujé, aupé y tiré de Ottilie hasta tenerla sentada, luego tomé las riendas. Recorrimos el camino con paso rápido; el poni se movía como un cántaro y las ruedas dibujaban un giro elíptico que hacía pensar en el contoneo propio de una pantomima cómica. Observé aquellas ruedas que se pavoneaban como

payasos y deseé que no sucediera nada malo. Sobrepasamos baches redondos llenos de barro verde y vadeamos peligrosas alcantarillas sobre las que se habían elevado puentes. En una ocasión, en lo que quedaba del camino principal, me incorporé para ver si podía unirme al cortejo fúnebre; sí, ahí estaba, subiendo despacio la colina cual desfile torpe de escarabajos negros que ascendían atropelladamente por la tierra.

Ottilie, ahora en silencio, estaba doblada sobre sí misma, sentada al borde del asiento. La cogí del fuerte cinturón con la mano que me quedaba libre, y mis dedos resbalaron entre su ropa y su carne, que al tacto me pareció magra y seca. La sensación de que era alguien real, humano, un ser devastado que era una mujer, me resultó tan sorprendente que de mi garganta nació y murió un aullido tan salvaje y desesperado como los de ella, un fantasma perpetuo. Ottilie me miró de reojo y yo le devolví la mirada. Las profundas arrugas de su rostro habían sufrido una grotesca alteración; soltó un débil y ahogado gemido y, de repente, se echó a reír. Fue la suya una risa extraña pero inconfundible que acompañó con un aplauso alegre, una boca sonriente y los ojos entornados hacia el cielo. La cabeza se movía al compás de nuestro traqueteante y cómico transporte. La sensación de calor en la espalda, el brillo del aire, el absurdo y alegre balanceo de las ruedas, el verde esmeralda del cielo: algo la había emocionado. Estaba alegre y contenta, y se mecía en el asiento, apoyándose en mí y moviendo la mano a su alrededor como si quisiera mostrarme las maravillas que veía.

Hice que el poni se detuviera, observé su rostro durante un rato y evalué mi irónico error. No había nada que pudiera hacer por Ottilie, pese a mi empeño egoísta de desear aliviar mi corazón con ella; Ottilie estaba fuera de mi alcance, así como del alcance de cualquier otro ser humano, y sin embargo, ¿no me había acercado yo más de lo que me había acercado a cualquier otro en mi intento de negar y superar la distancia que había entre nosotras o, mejor dicho, la distancia que la separaba de mí? Bien, ambas éramos igualmente las locas de la vida, igualmente fugitivas de la muerte. Habíamos escapado de ella, al menos un día más. Celebrábamos nuestra buena suerte, nos tomábamos un día de fiesta robado, un aliento de aire primaveral y libertad en esa encantadora tarde festiva.

Ottilie tembló, incómoda porque nos habíamos parado. Recogí las riendas, el poni se movió y giramos por la zanja baja donde el camino pequeño se separaba de la ruta más transitada. Contemplé el sol descendiendo con suavidad hacia el oeste; teníamos tiempo de sobra para llegar al río por el sendero de las zarzamoras y luego volver a casa antes de que volviera el

cortejo fúnebre. Ottilie tendría tiempo de sobras para prepararles la cena. Ni siquiera tenían que enterarse de que había salido.

La torre inclinada

En las primeras horas de la mañana de su sexto día en Berlín —el 27 de diciembre de 1931—, Charles Upton dejó el aburrido hotelito de la Hedemanstrasse donde se alojaba y cruzó a toda prisa hacia el café situado en la acera de enfrente. El ambiente del hotel le resultaba misteriosamente opresivo. Una mujer de rostro amarillento y un hombre gordo y malhumorado eran los propietarios y ambos parecían estar conspirando a menudo, delante de los armarios de la ropa blanca, en un rincón del comedor, a lo largo de los corredores o volcados sobre los libros de contabilidad, detrás de un escritorio barnizado que estaba en el vestíbulo de entrada. La habitación de Charles era oscura, estaba mal ventilada y era fría. En una ocasión en la que cenó en el hotel, algunos gusanitos de color blanco salieron retorciéndose del embutido de hígado que había en su plato. Además, le resultaba demasiado caro y había decidido cambiar. El café también era aburrido, pero en él se respiraba ese tipo de sobria animación que Charles relacionaba con algunos recuerdos agradables. Allí había pasado su primera Nochebuena en Europa, rodeado por un pequeño grupo de personas ruidosas y amables, quienes, por lo que se desprendía de su conversación, trabajaban en la misma fábrica. Nadie, excepto el camarero, le había dirigido la palabra; pero los otros charlaban entre ellos con suma cordialidad, con un acento que Charles reconoció como berlinés, áspero, lleno de rudos graznidos, cloqueos y explosiones sibilantes. Durante su travesía en un barco alemán, los pasajeros de esa nacionalidad habían tenido ocasión de alabar sus respectivas provincias en cuanto a su forma de hablar, pero ninguno dijo una sola palabra de aprobación con respecto a Berlín, ni siquiera los mismos berlineses. Charles, que había aprendido alemán en parte en los libros de texto, en parte por medio de discos

de fonógrafo y otro poco atendiendo las conversaciones de los alemanes de su ciudad natal, escuchó con placer esa habla tosca. Bebió su cerveza con lentitud, la buena cerveza negra que había anulado su gusto para cualquier otra y, con determinación, comenzó a convencerse de que no había cometido ningún error. Sí, Alemania era el lugar apropiado para él, Berlín era la ciudad adecuada. Kuno tenía razón y se sentiría muy contento si supiera que su amigo estaba por fin allí.

Había pensado en Kuno intermitentemente durante toda aquella Nochebuena, en lugar de recordar a sus padres, quienes le habían escrito largas cartas enviadas para que le llegaran justo aquel día festivo. En ellas le contaban cuán tristes se sentían sin él. Les había enviado un cable y se había propuesto tenerlos presentes pero no había sido así. Sentado de nuevo en el café esa mañana, con un mapa de la ciudad y un folleto turístico que contenía la lista de las pensiones con sus precios, se sorprendió pensando en Kuno, con imágenes súbitas e inesperadas en las que se veía a sí mismo tal como era entonces y esos relámpagos de memoria se superponían unos con otros haciendo que en su mente se desarrollara la historia completa, cualquiera que ella fuese. Kuno y él no recordaban la época en que todavía no se conocían. En su primer recuerdo aparecían de pie, el uno junto al otro, en una fila de niños como ellos, cantando o haciendo alguna tontería por el estilo. Seguramente era en el jardín de infancia. Habían vivido e ido a la escuela en una pequeña ciudad de Texas fundada por los españoles. Mexicanos, españoles, alemanes y estadounidenses, en su mayoría de Kentucky, se habían mezclado, con mayor o menor facilidad, durante varias generaciones. Y aun cuando todos eran ciudadanos por igual, los españoles, que en su mayoría eran ricos y ostentosos, visitaban España de vez en cuando. Los alemanes volvían a Alemania y los mexicanos, que prácticamente vivían todos en el barrio viejo, volvían a México cuando podían pagarse el viaje. Sólo los naturales de Kentucky permanecían firmes donde estaban. Era raro que alguno regresara a su tierra natal y, aunque Charles los oía hablar de ella a menudo y con cariño, parecía mucho más lejana y menos deseable que Alemania, porque Kuno había ido allí con sus padres.

Aunque se decía que la madre de Kuno era baronesa en Alemania, en Texas era sólo la mujer de un próspero comerciante de muebles. Las gentes de Kentucky, que se morían de hambre poco a poco en sus tierras, pensaban que la agricultura era el único medio de vida honorable, a menos que se iniciaran en una profesión. Y Charles, cuya familia se ganaba la vida como podía en una granja de tierra oscura, se sorprendía ante el orgullo con que

Kuno lo conducía hasta los escaparates del comercio de su padre para mostrarle la última exposición de muebles de moda, muy bien lustrados y con bellos tapices. Atisbando por el ancho escaparate claro y transparente hacia las profundidades del negocio, podía verse al señor Hillentafel, padre de Kuno, con el lápiz detrás de la oreja, enfundado en su chaqueta de alpaca negra, con la cabeza inclinada atentamente ante un cliente. Charles, acostumbrado a contemplar a su padre a caballo, de pie en los establos con los negros, cuidando a los animales, caminando por los campos con sus grandes botas o en el asiento de hierro de un arado o de una trilladora, sentía que se habría avergonzado de ver a su padre en un negocio, siguiendo a alguien para tratar de venderle determinada mercancía. La única vez que tuvo tentaciones de pelearse con Kuno fue cuando este regresó de su segundo viaje a Alemania, cuando ambos tenían unos ocho años. Kuno habló despectivamente de los granjeros y les aplicó una palabra en alemán que Charles no entendió.

—Los granjeros son tan buenos como los comerciantes —replicó Charles dominado por la furia—. Tu papá es un simple comerciante.

—Mi madre es baronesa y todos nosotros nacimos en Alemania, de modo que somos alemanes. En Alemania sólo la gente de clase baja trabaja en las granjas —respondió Kuno a gritos.

—Bueno, si eres alemán, ¿por qué no te vas a vivir allí? —chilló Charles como respuesta.

—Allí hay una gran guerra y querían detenernos, a mamá, a papá y a todos nosotros, pero tuvimos que volver —le contestó Kuno muy orgulloso.

Entonces Kuno comenzó a contar de una manera muy confusa que habían estado a punto de no regresar, que casi los encerraron en una prisión, en alguna parte, pero que acudieron ciertos personajes importantes y los dejaron en libertad. En medio de la emocionante y complicada charla que siguió, Charles olvidó por completo su discusión con el chiquillo.

—Todo se debe a que mi madre es baronesa —observó Kuno—. Nos fuimos por eso.

Poco después de la guerra, el señor Hillentafel comenzó a llevar a su familia a Alemania para que disfrutaran de una estancia de unos meses cada dos años. Las tarjetas postales con sellos extranjeros que enviaba Kuno desde lugares tan lejanos como Bremen, Wiesbaden, Mannheim, Heidelberg y Berlín, llevaban el mundo allende el océano, el mundo azul, silencioso y profundo que era Europa hasta la misma puerta de Charles. A su regreso, Kuno siempre exhibía ropas nuevas y extrañas pero de aspecto formal, juguetes mecánicos y fascinantes, más tarde, corbatas de materiales ricos y

raros, abrigos con bolsillos ribeteados y zapatos romos y gruesos de cuero color castaño claro, hechos a mano, según explicaba. Kuno decía con el ligero acento que tenía al volver de sus viajes y que sólo abandonaba después de varias semanas: «Si uno no va a Berlín, se pierde lo mejor. Siempre pasamos algún tiempo en esos horribles lugares pequeños, como Mannheim y otros parecidos, porque tenemos que visitar a nuestros aburridos parientes. Por supuesto, ellos están ya totalmente apegados a esos lugares. Pero en Berlín…». Y hablaba horas y horas sobre Berlín, hasta que Charles podía imaginársela como una gran ciudad resplandeciente, llena de castillos que se erguían en medio de una luz brumosa. ¿Cómo había construido semejante imagen? Kuno se había limitado a decir: «Las calles son lisas y pulidas como la superficie de una mesa y tan anchas como…». Y medía con la vista el ancho de la calle por la que estaban caminando, una calle muy estrecha, torcida y sucia, en una vieja ciudad colonial española, para añadir: «¡Oh, cinco veces más ancha que esta! Y los edificios…», y contemplaba con el disgusto retratado en el rostro los tejados bajos que se inclinaban sobre ellos y proseguía: «Son todos de piedra y mármol y están llenos de molduras. Toda la fachada labrada, con pilares y estatuas por todas partes y escaleras tan amplias como una casa, serpenteantes…».

—Mi padre dice —interrumpió Charles una vez tratando de mostrarse al tanto de las grandezas del mundo— que en México los caballos tienen bridas de plata.

—No me lo creo —contestó Kuno— y, si las tienen, me parece una tontería. ¿Quién puede ser tan estúpido para ponerle bridas de plata a un caballo? Pero en Berlín hay casas de mármol con rosas talladas, guirnaldas de rosas…

—Eso también parece algo tonto —objetó Charles, aunque débilmente, porque no le parecía tonto de ninguna manera, no más que los frenos de plata de los caballos mexicanos.

Esas eran las cosas que le gustaría ver, que anhelaba conocer con toda su alma. Por eso anunció con desenvoltura:

—Yo también iré algún día.

Kuno tocaba el violín. Iba dos veces a la semana a casa de un viejo y severo profesor alemán que le golpeaba la cabeza con una vara cuando se equivocaba. Sus padres lo obligaban a practicar tres horas diarias. Charles deseaba aprender dibujo y pintura, pero sus padres pensaban que perdía el tiempo en vez de dedicarse a algo útil, como estudiar. De modo que el niño se limitaba a hacer garabatos con carbonilla en hojas viejas de papel o

pintarrajeaba durante horas en algún rincón solitario con los maltrechos pinceles de su pobre caja de pinturas. En el cuarto o quinto viaje a Alemania, cuando rondaba los quince años, Kuno murió y fue enterrado en Wiesbaden. Sus padres regresaron con un nuevo bebé, el segundo que recordaba Charles, además del hermano y hermana mayores, pero se mostraron muy reservados sobre el asunto. Todos ellos eran rubios, altos, de huesos delicados, gente más bien apagada. Charles, que sólo había hecho amistad con Kuno, casi no volvió a verlos ni a pensar en ellos.

Sentado en el café, mientras trataba de concentrarse en la necesidad de comenzar la búsqueda de una habitación más barata, se dijo: «Si no hubiese sido por Kuno, nunca habría venido aquí. Habría ido a París o a Madrid. Tal vez a México. Es un buen lugar para los pintores… En cambio este no es muy apropiado. Hay algo que falla en las formas, en la luz o en algo…».

Su padre había estado en México en su juventud y le había contado muchas historias sobre su país, pero Charles nunca lo había escuchado igual que a Kuno. Ahí estaba, tratando de convertirse en un pintor e incluso convencido de que sería de verdad un buen pintor. Y había llegado, o por lo menos así lo creía, como consecuencia de una decisión absolutamente personal. En medio de sus nuevas, vagas y casi informes dudas, del disgusto reconocido a medias que le producía el lugar —¿qué era esto?—, comenzó a comprender que había viajado a Berlín porque Kuno le había hecho considerar aquella ciudad como el único sitio deseable donde estar. Hasta entonces, casi no había pensado en Kuno; por lo menos no desde hacía mucho tiempo, excepto como muerto, aun cuando no le resultaba fácil convencerse de que había desaparecido. Sin embargo, fueron precisamente esas tarjetas postales en color, esas historias de Kuno y la manera en que este sentía las cosas las razones que lo habían llevado allí. Charles enfrentó los hechos con realismo y decidió que no eran un buen motivo, ni siquiera un motivo. Pese a todo, resolvió quedarse todo el tiempo que pudiera.

Faltaban cuatro días para el Año Nuevo y Charles comenzó a preocuparse por el dinero. El siguiente barco le traería un cheque de su padre, quien con una mezcla de desesperación y orgullo por el talento de su hijo, había decidido ayudarlo. Charles llevaba las cuentas en un libro y estaba dispuesto a devolverle el dinero. El director de una pequeña revista de arte estaba publicando una serie de sus dibujos y le iba a pagar por ellos. Vio claramente que si el asunto fracasaba, el dinero no le alcanzaría siquiera para celebrar el Año Nuevo con cerveza. De todos modos, de un momento a otro, cuanto antes mejor, llegaría un barco de América y le traería dinero, no

mucho, pero lo suficiente para ir tirando. Pensó que entretanto la solución podría ser su costosa máquina fotográfica, regalo de una tía de Kentucky, y decidió empeñarla sin tardanza. También tenía el gran reloj de oro del abuelo. ¡Vaya, si era rico! Una vez resuelto el problema, lo alejó de su mente. Sólo quedó una ligera intranquilidad acerca de adónde había ido a parar su dinero. Los días anteriores a la Navidad había dejado caer desairadamente y sin contarlas, monedas en los sombreros y pañuelos que le tendían decenas de hombres por las calles, que aprovechaban cuanto podían el permiso para mendigar en los días de fiesta. Algunos lo hacían en grupos ordenados mientras cantaban villancicos que Charles había aprendido de niño cuando sus padres lo llevaban a la Sociedad Coral Alemana de su ciudad natal. Eran «Heilige Nacht», «O Tannenbaum», «Canción de Cuna» de Martín Lutero, que aún le parecía escuchar en las voces familiares de los miembros de la Sociedad Coral, voces apacibles, redondas y melodiosas. Los mendigos estaban allí, con sus zapatos rotos hundidos en la nieve fangosa, famélicos y con las narices azuladas por el frío. Cantaban con voz fúnebre y aceptaban las monedas con graves inclinaciones de cabeza, con los ojos fijos los unos en los otros mientras marcaban el tiempo golpeando suavemente las manos.

Otros actuaban solos y solían ser los más infelices, cada uno aislado en medio de su incurable desdicha. Los ciegos o mutilados de guerra usaban una especie de banda en la manga para demostrar que se habían ganado con mayor justicia que los otros el derecho de mendigar y que merecían, en consecuencia, una caridad especial. Charles, con los bolsillos casi vacíos y nada para guardar en ellos, salvo esperanzas (sentía que el futuro le pertenecía), vio a un joven alto, tan flaco y escuálido que sus dientes resaltaban debajo de la piel manchada y tirante de las mejillas. Estaba de pie en la acera y de su cuello pendía un cartel en el que se leía: «Acepto cualquier trabajo que pueda ofrecerme». Casi furtivamente Charles deslizó un marco en la palma descarnada; luego se dirigió hacia un portal cercano y desde allí, oculto por los arbolitos de Navidad amontonados delante de un negocio, mientras su perfume dulce y suave le penetraba por las aletas de la nariz, trazó con los dedos helados y a toda prisa el bosquejo de esa figura yerta con su miserable vestimenta coronada por aquella calavera de hambre.

Siguió su camino pensando que sería un alivio cuando acabara la necesidad de aparentar que se celebraba algo y evocando en el aroma de los pinos recién cortados el olor de las manzanas a lo largo de las calles de Nueva York, mientras vagaba por las galerías de arte a la espera de la salida de su barco. Los hombres temblaban de frío junto a la fruta o recorrían las calles

diciendo: «Hermano, ¿no puede prescindir de diez centavos?». El dicho se hizo famoso de golpe, era casi un reclamo. De la noche a la mañana, el espectáculo se transformó en un aspecto pintoresco de la época, un detalle de color local, una cosa corriente. Aunque la situación de esos hombres fuera muy real, no duraría mucho. Los diarios insistían en que la miseria era sólo temporal y daban extrañas y maravillosas razones traídas de muy lejos para explicarlo, como si fuese un fenómeno de la naturaleza, algo así como un terremoto o un temporal.

Ahí, en cambio, Charles podía ver que la miseria era reconocida como verdadera y quienes la soportaban parecían saber que no había razones para tener esperanzas. No se veía nada semejante a los despreocupados modales de los vendedores de manzanas de Nueva York sino una desesperanza total y una resignación absoluta… Sin embargo, a sus espaldas, los escaparates de la Kurfürstendamm y Unter den Linden estaban colmados de pieles y lanas finas, de abrigos y automóviles brillantes. Charles, al tiempo que caminaba y observaba, hacía comparaciones con los escaparates de Nueva York, detrás de los vendedores de manzanas y de los pordioseros. No eran en absoluto tan refinados como estos, pero ¿dónde estaban aquí los compradores? En Nueva York formaban una marea alegre que entraba y salía de los negocios, arrojando monedas de diez centavos en las manos tendidas. Allí, unas pocas personas vestidas pobremente se detenían ante los escaparates y curioseaban, pero cuando miró al interior de los comercios vio que estaban casi vacíos. Las calles estaban atiborradas de gente joven, chicas y chicos delgados y rudos, vestidos de la misma manera, con chaquetas de cuero o una especie de traje azul para esquiar. Atravesaban las calles como flechas en sus bicicletas sin echar una ojeada a los escaparates. Charles vio que llevaban esquís sobre los hombros, formaban grupos que gritaban y reían mientras marchaban hacia la montaña para pasar el fin de semana. Los contemplaba con envidia. Tal vez, si permanecía bastante tiempo, podría conocer a algunos de ellos, pasear en bicicleta e ir a esquiar. Sin embargo, no le pareció muy probable.

Continuó su vagabundeo. A medida que se espesaba la multitud entre la que se movía, se iba sintiendo cada vez más extranjero. Había observado un grupo de hombres y mujeres de mediana edad, de pie en silencio frente a dos escaparates contiguos, mirando sin hablar el despliegue de cerditos de juguete y cerditos de azúcar que exhibían. Todas esas personas pertenecían a una misma clase y constituían, curiosamente, el tipo predominante. Las calles estaban llenas de ese tipo de personas: mujeres enormes, de piernas cortas y rostros malhumorados que se balanceaban al caminar y hombres de cabeza

redonda, con gruesos rollos de grasa sobre la nuca, que parecían soportar sus vientres abultados con tal esfuerzo que les hacía doblar los hombros hacia delante. Casi todos llevaban elegantes perros de raza de patas cortas, en parejas, atados con correas adornadas. Los animalitos vestían su ropa de invierno: abrigos de lana, collarines de piel y botas de goma forradas de fino vellón. Gruñían, se quejaban y temblaban, y sus dueños los alzaban con ternura en los brazos para mostrarles los cerditos.

En uno de los escaparates había embutidos, jamones, tocino, costillitas rosadas, todo de cerdo, cerdo real, fresco, ahumado, salado, asado, en escabeche, con especias o gelatina. En el otro se exhibían golosinas en forma de cerdos: cerdos en pasta de almendras, costillas de cerdo de azúcar, morcillas de chocolate, diminutos jamones y tocinos de crema veteados y coloreados con tonos brillantes. En la parte posterior, entre los adornos de lentejuelas y encajes de papel, había otro tipo de cerdos: cerditos de felpa, de terciopelo negro, de algodón con motas, mecánicos de metal y de madera, todos con traviesas colitas rizadas y atractivas caras infantiles.

Con los perros nerviosos lamentándose en sus brazos, esas gentes, desvergonzadas masas de grasa sumidas en trance de adoración porcina, miraban el escaparate con ojos húmedos de admiración y gula. Parecían la caricatura más despiadada de sí mismas, pero eran el mismo tipo de personas que pintaron Holbein, Durero y Urs Graf. La semejanza no era vaga sino real. Eran caras de la baja Edad Media, llenas de alucinada malicia y de cierta forma de crueldad, perezosa pero intensa, que se abría camino con lentitud desde las profundidades, a través de las inútiles capas glotonas de tejido adiposo.

La nieve fina continuaba cayendo y blanqueaba a los peatones y las terrosas alas de sus sombreros. Charles sintió que los copos se le escurrían por el cuello, y caminó para alejarse de aquel espectáculo que tanto le repugnaba. Caminó hasta la Friedrichstrasse, donde las delgadas prostitutas salían por la noche temprano, moviéndose deprisa de un lado a otro en medio del pavimento. Aunque pareciera que se dirigían a alguna parte, ninguna se apartaba jamás del sitio fijo que le correspondía. A Charles se le antojaban bastante inaccesibles, con sus faldas de encaje negro, sus altos tacones dorados, sus sombreros con plumas y su pintura pringosa. En su primera tarde en Berlín, una prostituta de rostro serio lo había abordado para invitarlo sin entusiasmo a que fuera con ella. Charles tartamudeó una frase con la que pretendió decir: «Ahora no tengo tiempo». Temía que la joven insistiera. Ella le dirigió una mirada grave y estimativa del producto y, para vergüenza del

muchacho, la mujer consideró que no valía la pena. Se volvió para marcharse, con un indiferente: «Bien, buenas tardes». En su ciudad natal, sus aventuras habían sido todas con chicas que él conocía y el factor suerte había estado siempre presente. Cualquier oportunidad podía resultar muy bien o no resultar en absoluto. Sintió que había aprendido mucho en relación con lo que él describía como el método de ataque y defensa, cotejo y comprobación, juicio y error. Esas mujeres profesionales de aspecto reservado, casi tan alineadas como soldados de uniforme, despertaban en su interior una inquieta curiosidad y recelo. Continuamente esperaba conocer a muchachas alegres, tal vez estudiantes. La ciudad parecía estar llena de ellas, pero ninguna le había dedicado una mirada todavía. Se detuvo en un portal y borroneó con rapidez en su cuaderno unas cuantas figuras de amplias posaderas y caras abotagadas, auténticos cerdos disfrazados. Esbozó a una prostituta de aspecto especialmente demacrado y frustrado que lucía un sombrero de plumas ladeado de manera absurda. Al principio trató de que no lo vieran dibujando, pero pronto descubrió que no necesitaba preocuparse: en realidad, nadie le prestaba atención.

Esas impresiones más o menos dispersas invadieron su mente y le produjeron una profunda insatisfacción cuando dobló el mapa y el folleto y se dispuso a emprender la búsqueda de un cuarto en Berlín. En la primera docena de manzanas contó otros cinco jóvenes de aspecto enfermizo, con heridas recientes en las mejillas, largas y profundas heridas de arma blanca, cubiertas torpemente con algodón y esparadrapo. Otra vez pensó que nadie le había dicho que cabía encontrar algo semejante.

Dos días más tarde aún seguía correteando por las calles nevadas, tocando timbres, para terminar arrastrándose por las noches hasta el pequeño hotel, casi muerto de dolor de pies. La mañana del tercer día, cuando la búsqueda lo llevó por fin al tercer piso de un sólido edificio de viviendas en la Bambergerstrasse, se tomó el trabajo de observar con atención el rostro de la mujer que le abrió la puerta. En tan corto lapso de tiempo, había aprendido a sentir un saludable horror ante las dueñas de pensión de la ciudad. Eran zorras sonrientes, lobas hambrientas, gatas desaliñadas, tigresas, hienas, furias, harpías; en los peores casos, eran seres humanos henchidos de melancolía que llevaban escrita en la cara la historia de sus desastres y hacían de todo, menos llorar, cuando veían que él se escapaba, como si se llevara consigo sus últimas esperanzas. Con la sola excepción de cuatro inviernos que había pasado en una universidad sureña, Charles siempre había vivido en su casa. Nunca había buscado alojamiento y al hacerlo se sentía culpable, como si estuviera

atisbando a través de las rendijas y agujeros de las cerraduras para espiar las debilidades humanas, los olores de cocina, los dormitorios sin ventilación, la ranciedad de la pobreza y el hartazgo sofocante de la prosperidad. Le habían mostrado agujeros detrás de las cocinas donde las ropas del bebé se secaban en la cuerda mientras la desolada habitación esperaba un ocupante. Había sido guiado a cuartos con molduras doradas y moquetas roídas por la polilla, saturados de olor a col del día anterior. Se había aventurado por desnudos espacios de ladrillo, vidrio y acero cromado, amuebladas aquí y allá con divanes de cuero blanco y mesas con cubierta de cristal, donde, y esto era igual en todas partes, se esperaba que permaneciera por lo menos un año a un precio aterrador. Había metido la nariz en una húmeda y diminuta guarida sólo apta, pensó, para servir como escenario de un asesinato. Y en otra, donde una mujer joven y huraña estaba haciendo el equipaje. De toda la habitación emanaba cierto aroma repugnante que provenía de la ropa interior amontonada sobre la cama. La mujer le obsequió con una sonrisa intencionadamente sucia y la patrona le dijo algo a la chica con un tono muy brutal. Sin embargo, en la mayoría de los casos era posible observar una pulcritud sofocante, un ambiente deprimente de celo doméstico inflexible, una especie de donaire repelente en un cuarto detrás del otro, cualidades que sólo variaban en el espesor del edredón de plumas o en la abundancia de cortinas. Charles acababa escapando a la calle y a la relativa libertad del aire externo.

La mujer que abrió la puerta esa vez era una persona de aspecto bastante agradable, de unos cincuenta años —superada cierta edad, todas le parecían semejantes—, con una cara color rosado, pelo blanco y ojos azules, vivos y luminosos. Daba la impresión de tener puesto su vestido de domingo. Sus modales eran algo pomposos y amanerados pero inofensivos, y era evidente que se sentía muy contenta de verlo. Charles observó que el vestíbulo estaba casi vacío, pero muy limpio y reluciente. Tal vez fuera el perfecto compromiso entre el exceso de moqueta y la ratonera.

La patrona le mostró la mejor habitación, la única que tenía vacía, le explicó. Añadió que era un motivo para alegrarse el saber que en la casa sólo se alojaban caballeros jóvenes, por el momento tres, y ella esperaba que Charles fuese el cuarto. Le informó con orgullo:

—Hay un joven estudiante de la Universidad de Berlín, un joven pianista y un joven alumno de Heidelberg, quien en estos momentos está de vacaciones. Como puede ver, la compañía no será nada mala. ¿Me permite preguntarle su profesión?

—Soy algo así como un pintor —repuso Charles, esperanzado.

—Espléndido —comentó la patrona—. Sólo nos faltaba un artista.

—Confío en que sabrá disculpar mi deficiente alemán —dijo Charles un tanto abrumado por las exageradas maneras de la mujer.

—Lo aprenderá muy bien —comentó ella sonriendo gentilmente como una madre—. Soy vienesa, lo que tal vez le explique cualquier leve diferencia que advierta entre mi manera de hablar y la manera de hablar berlinesa. Puedo afirmar que el acento vienés no es precisamente el peor del mundo, si es que usted realmente desea mejorar su alemán durante su estancia aquí.

La habitación. Bueno, la habitación. La había visto varias veces antes en el transcurso de su búsqueda. No era lo que habría escogido si le hubieran dado la posibilidad de elegir, pero era el ejemplo menos agobiante de lo que ahora reconocía como un estilo fijo, con su alfombra oriental gruesa y sobria, los visillos de encaje bajo las cortinas de terciopelo sostenidas por lazos, y la amplia mesa redonda, cubierta con otro sedoso tapete oriental de colores suaves y refinados. Una esquina del cuarto estaba ocupada por mullidos divanes sobre los que se amontonaban almohadones de seda y terciopelo. Encima, sobre la pared, podía verse una vitrina con puertas de cristal lleno de diminutas curiosidades, en su mayoría de filigrana de plata y porcelana fina. Sobre la mesa había una gran lámpara, con una ornamentada pantalla de seda rosa, en la que abundaban los pliegues, los flecos y las borlas de seda. La cama era sólida, con edredón de plumas y colcha también de seda. El armario, gigante y de oscura madera brillante, tenía tallas por todas partes.

Como sitio para vivir era un infierno, pero no le quedaba otro remedio. La encargada parecía humana y el precio no era más alto que el que le pedirían en otra parte por semejante monstruosidad. La mujer convino, sin replicar, en que Charles necesitaría una mesa de trabajo simple y un flexo, y añadió:

—Espero que permanezca aquí seis meses.

—Lo siento —repuso Charles, quien había estado esperando esta insinuación—. Sólo tres.

La patrona ocultó infructuosamente su disgusto con una sonrisita dulce.

—Lo habitual es alquilar la habitación para seis meses.

—Lo cierto es que dentro de tres meses partiré para otro país —objetó Charles.

—¡Oh!, ¿de verdad? ¿Y adónde piensa ir? —preguntó la mujer, y su cara se iluminó como si la perspectiva de viaje fuera suya.

—A Italia, quizá —contestó Charles—. Primero a Roma y luego a Florencia. Más tarde tengo intención de visitar toda Europa.

Añadió lo último con temeridad, ya que era la primera vez en que tuvo la sensación de que era cierto, de que eso era lo que iba a ocurrir.

—¡Oh, Italia! —exclamó la patrona—. Pasé allí los tres meses más felices de mi vida. Siempre he soñado en volver.

Charles estaba de pie junto a la mesa. Sobre el tapete de seda, cerca de la lámpara, había una pequeña réplica en yeso de la torre inclinada de Pisa, de unos quince centímetros de alto. Mientras conversaban, Charles extendió la mano hasta ella, la tomó delicadamente con la punta de los dedos por la mitad y la delicada estructura de yeso cedió. Apenas la tocó, el adorno se desmoronó literalmente y cuando retiró la mano, los fragmentos cayeron sobre la pesada base. Charles observó con horror que la encargada se había puesto muy pálida y que sus ojos azules estaban empañados.

El autodominio de Charles se desmoronó con la torre. Sólo atinó a tartamudear:

—¡Oh, cuánto lo siento!

Comprendió que el accidente había sido muy grave para la dueña de casa y se sintió vergonzosamente desenmascarado ante ella en su demostrada torpeza, esa curiosidad vagabunda y sin sentido de su mente, en su mala costumbre de manosear las cosas. ¿Por qué no era capaz de mantener las manos quietas?

—Por favor, permítame que la reponga —propuso.

—No es posible reponerla —contestó la mujer, con una dignidad severa y herida—. Era un recuerdo de nuestro viaje a Italia. Mi marido y yo la compramos allí, como un detalle divertido de nuestra luna de miel. Mi marido murió hace muchos años. No, no podrá reponer nuestra pequeña torre.

Charles, dominado por el deseo de escapar de su humillación al aire libre, propuso:

—Es mejor que vaya en busca de mi equipaje. Regresaré dentro de una hora.

—Sí —asintió la patrona con expresión ausente, mientras reunía los escombros, trocito por trocito, en una hoja de papel—. Mi única esperanza es que haya algún modo de repararla.

—Por favor, permítame al menos que pague los gastos de la reparación —pidió Charles—. ¡Lo siento tanto!

—No es culpa suya. Es culpa mía —admitió la patrona—. Nunca debí dejarla al alcance de…

Se detuvo en seco y salió de la habitación llevando el papel en el hueco de sus manos. Su cara y su voz expresaron con meridiana claridad lo que

pensaba de los bárbaros, de los toscos extranjeros que no mostraban el menor respeto por las cosas preciosas.

Charles, enrojecido y ceñudo, se movió con cautela entre los muebles para acercarse a las ventanas. Un mal comienzo, un comienzo pésimo. Las dos hojas estaban cerradas herméticamente y el radiador caldeaba la habitación cada vez más. Apartó los visillos de encaje, y en la palidez refractada de una luz invernal de media mañana vio una docena de cupidos de barro, del tamaño de un niño, gordos, redonditos, retozones en su postura y vulgares por su color rosado, con pies, mejillas y traseros escarlatas, dedicados a lo que parecía ser una perpetua lucha por no precipitarse del tejado empinado de una casa situada al otro lado de la calle. Charles contempló con gesto enfadado los dedos realistas de los pies, asidos a la pizarra, las rechonchas manos aferradas y las sonrisas imbéciles. Pensó que estaban obligados a continuar su juego insensato en medio de la lluvia, que los copos de nieve debían enterrar sus narices y que sus nalgas serían las víctimas naturales de los vientos del invierno. ¡Y pensar que quien los había colocado allí, quienquiera que fuese, lo hizo con la intención de que parecieran encantadores y divertidos año tras año! Tomó su sombrero y su abrigo con un salvaje impulso de escabullirse a toda prisa y desaparecer. Tal vez no regresaría más. Aún no había firmado ningún documento, ni pagado nada. ¡Oh! Vana esperanza, tendría que quedarse después de todo, porque la patrona surgió de pronto, otra vez compuesta y sonriente, con una tarjeta impresa, pluma, tinta y los recibos en blanco, todo dispuesto en una bandeja de plata. No logró escapar sin dejar antes en esa bandeja un informe completo de sí mismo para la policía, un contrato firmado para ocupar la habitación durante tres meses y el alquiler del mes en marcos en lugar de dólares. «Es una pena que no tenga dólares», dijo la patrona alegremente, e inclinó la cabeza hacia Charles en un gesto valiente de aceptación. La mujer llevaba en la mano izquierda un brillante casi excesivo, cuadrado y azul, una piedra sin duda muy fina, montada en un engarce de complejo labrado. Charles no había advertido la joya hasta entonces.

La gastada y marchita propietaria del hotel lo acogió con un gesto casi agradable cuando se aproximó a su escritorio. Charles se sorprendió ante el violento cambio que se operó en su rostro al oír que el joven había encontrado otra habitación y que se marcharía enseguida. Pareció a punto de echarse a llorar de rabia y disgusto.

—Pero no entiendo —dijo con obstinación, al tiempo que sus párpados enrojecían—. Usted está de acuerdo en quedarse por un mes, le doy tarifas

especiales y ahora, ocho días después, me sale con la noticia de que debe marcharse. ¿Acaso nos encuentra desagradables? ¿Es que su cuarto no está debidamente cuidado? ¿Qué ha ocurrido?

—La verdad lisa y llana es que debo conformarme con algo más barato —dijo Charles con precaución—. Eso es todo.

—Pero nuestras tarifas son más que razonables —replicó la mujer. Sus labios secos se movían sobre los largos dientes—. ¿Por qué no ha de quedarse aquí?

—Son razonables —admitió sintiéndose arrinconado y como si estuviera haciendo una confesión humillante—, pero no puedo permitírmelas.

La mujer abrió su libro y comenzó a copiar algo con rapidez, con su cara tan rígida por la indignación como si hubiera sorprendido a Charles en el momento de arrebatarle el bolso.

—Eso es asunto suyo —dijo en voz baja—, pero, como es natural, tendrá que pagar el día de hoy.

—Por supuesto —asintió Charles.

—Sin duda, descubrirá que no es posible cambiar de idea sin que le cueste nada —comentó la mujer con el tono severo de quien imparte una lección—. La indecisión es un lujo muy caro.

—Lo supongo —comentó Charles al tiempo que observaba con intranquilidad cómo iban aumentando sin descanso las anotaciones en el papel.

La mujer levantó la vista y miró por encima del hombro de Charles. Este vio que su cara cambiaba otra vez y tomaba una expresión dura e insolente. Alzó la voz y dijo con tono agudo y lleno de insolencia:

—Pagará su cuenta tal como se la presento o llamaré a la policía.

Charles, que tenía el dinero en la mano y había resuelto pagar lo que le pidiera, durante un instante creyó que no había entendido bien. Se volvió en la dirección en que miraba la mujer y vio a escasos pasos de distancia a su socio rechoncho y de mediana edad. La cabeza del individuo parecía una pelota fofa cubierta por cerdas grises y ralas. Con las manos en los bolsillos, observaba a Charles. Una sonrisa particularmente maligna jugueteaba en su enorme boca sin labios. El joven, atónito ante la suma escrita al pie de la página, contó el dinero hasta el último pfennig. De repente temió que si daba una cantidad redonda la mujer no le daría el cambio. Le arrebató el dinero de la mano junto con la factura, sin pronunciar una palabra.

—Por favor, ¿quiere darme el recibo? —pidió Charles.

La mujer no respondió y se apartó un poco. Entonces el hombre se acercó y dijo con una voz cargada de falsa y cortante cortesía:

—Antes de que se vaya debo rogarle que me muestre sus papeles.

—Ya lo hice al llegar —objetó Charles, y alzó la maleta.

—Pero no a mí —replicó el hombre, y sus ojillos pálidos detrás de los párpados hinchados se encendieron con una malicia sucia—. No a mí, lamento decírselo, y es imprescindible que lo haga antes de que le permita marcharse, se lo aseguro.

Parecía conmovido por cierta oculta excitación. Su cuello se dilató y adquirió un color rojo intenso, cerró la boca hasta que fue una mera ranura en medio de su cara y se meció ligeramente sobre la punta de los pies. Charles había sido aleccionado acerca de la incomodidad de sentirse bajo una constante vigilancia. Viajeros experimentados le habían dicho que al principio se sentiría como un criminal bajo fianza en Europa, en particular en Alemania, pero que pronto se acostumbraría. También le advirtieron de que debería mostrar sus documentos de inmediato a cualquiera que se los pidiera. Volvió a dejar sus maletas en el suelo y revisó sus bolsillos. Entonces recordó que había guardado el estuche de cuero que contenía sus documentos en una de las maletas. ¿En cuál?

Abrió la más grande y dejó a la vista un montón de ropa desordenada. El hombre y la mujer se inclinaron hacia delante para curiosear sus pertenencias y ella dijo con tono despectivo: «¡Bah, bah!». Charles, manteniendo un silencio ofendido, cerró la maleta y abrió la otra. Extendió al hombre el estuche de cuero, quien extrajo el pasaporte y los otros papeles, uno por uno, con desquiciante lentitud. Los inspeccionó con una mirada escéptica, inflando los carrillos y chasqueando la lengua. Se los devolvió a Charles con calma deliberada y dijo: «Muy bien, ahora puede irse». Había en su voz una condescendencia insultante, propia de un oficialito mezquino que despide a un subalterno.

El hombre y la mujer siguieron contemplándolo en un silencio henchido de odio, con las caras distorsionadas casi cómicamente por el esfuerzo de transmitir el profundo abismo de su maldad. Ambos parecían dudar, a juzgar por las actitudes de Charles, de que el joven hubiera entendido hasta qué extremo lo estaban insultando y estafando, o quizá, aprovechándose de su posición, desearan aguijonearlo e impulsarlo para que protestara y hacerle así un daño mayor. Con torpeza y bajo el doble juego de sus miradas fijas, Charles volvió a colocar los documentos en la maleta y la cerró con dificultad, después de superar algunos inconvenientes con las cerraduras.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, los oyó reír a coro como un par de hienas, con premeditado alboroto, para estar seguros de que los oiría.

Charles se consideró demasiado pobre para coger un taxi, de modo que hizo el camino a pie cargando con sus estropeadas pertenencias. A medida que el peso aumentaba y crecía el trecho que debía recorrer, comenzó a meditar, de manera un tanto brumosa, sobre el trato que acababa de recibir. Era un joven alto, bien parecido y no había nada incorrecto en su aspecto ni en sus intenciones. Sin embargo, en ese momento, con el gesto ceñudo y el sombrero ladeado sobre los ojos, mostraba un aspecto sombrío y casi feo. El primer impulso furioso de golpear al hombre gordo en los dientes con su puño había sido vencido de inmediato por la parte fría y clara de su cerebro que sabía que esa situación era irremediable, que no habría la menor posibilidad de reparación. Debía permanecer tranquilo y escapar de los dos delincuentes o, de lo contrario, se enfrentaría con dificultades aún más graves. Su rabia se prolongó y se asentó, echó raíces y pasó a formar una nueva parte de él mismo.

La patrona de la pensión le abrió la puerta otra vez. Charles observó que parecía no haber criada en la casa. Después de algunas formalidades más de bienvenida, se echó de nuevo la calle, intranquilo, diciéndose que necesitaba un buen corte de pelo. En cuanto consultó el mapa se encaminó hacia la Kurfürstendamm. El sol había desaparecido, el frío aumentó de golpe y la nieve comenzó a caer sobre las calles lisas y oscuras, brillantes bajo la escasa luz como metal bruñido. La ciudad, seria y laboriosa, parecía aletargada en medio de las sombras prematuras.

La peluquería era limpia y pequeña, tapizada de toallas blancas, refulgente de espejos y saturada de un cálido vapor jabonoso. Un hombrecillo exangüe y de rasgos débiles lo tomó a su cargo y comenzó a enrollar telas alrededor de su cuello. Tenía el pelo ralo y desvaído del color de la estopa y su aliento era enfermizo y desagradable; quería cortarle el pelo largo en lo alto de la cabeza y rapado hasta la piel en la parte posterior y en una banda ancha por encima de las orejas. Su propio corte era así y las calles estaban atestadas de cabezas semejantes. Una fotografía recortada de un diario y pegada en una esquina del espejo mostraba a un pequeño político vociferante, con una mecha caída sobre la frente, una boca alargada adornada por un bigotillo cuadrado y que al parecer había popularizado ese estilo. Fueron necesarias bastantes sacudidas de cabeza, un alemán desesperadamente articulado y algunos gestos para señalar otras fotografías de moda que tenía el

peluquero, para convencerlo de que debía comportarse de manera más razonable con su cabeza.

El hombrecillo, bastante triste incluso cuando parecía más alegre, todavía decayó más mientras remataba imperceptiblemente el pelo de su cliente sobre el cuello. Para cambiar de tema se puso a hablar del tiempo. El día anterior o los dos últimos anteriores, el tiempo había sido más benigno de lo que se esperaba y hasta las cigüeñas se habían confundido. Los diarios de la mañana informaron de que se las había visto volando sobre la ciudad, como señal de buen tiempo y de una primavera anticipada. ¿El joven caballero había leído un reportaje de Nueva York en el que se comentaba que los árboles del Central Park ya echaban brotes verdes? ¡Imagínese, en esta época del año!

—Ahora no hay nada en el Tiergarten —comentó el peluquero con un suspiro—. Este es un lugar triste en invierno. En una ocasión viví en Málaga y trabajé en una peluquería durante un año, para ser exactos, trece meses. Las peluquerías malagueñas no son como las nuestras, son muy sucias, pero fuera florecen los capullos en diciembre. Los españoles usan auténtico aceite de almendras en sus lociones, sí señor, y tienen el mejor extracto de romero del mundo. Incluso los más pobres emplean el aceite de oliva para el pelo, que también usan para cocinar. Piense usted, aceite de oliva, que aquí es tan caro, y ellos lo derraman sobre su cabeza. Me decían que el aceite de oliva, en el buche y en la cabeza, es lo que les hace crecer el cabello. Bueno, quizá sea cierto. Aquí todos prefieren el pelo seco y la mayor parte —retornó al odiado tema— lo prefiere corto encima de las orejas y abundante arriba. —Tras una pausa, agregó con amargura—: Podría decirse que se debe a nuestro pobre gusto alemán. En Málaga jamás usé abrigo durante el invierno. ¡Ah! Casi no me daba cuenta de que era invierno. —Sus dedos eran viscosos y sus incisivos parecían débiles, como si hubieran crecido mal—. Allí las cosas son extrañas en muchos aspectos, sobre todo si se tiene en cuenta qué clase de gente son, pero lo cierto es que no tienen que preocuparse demasiado por la subsistencia. A veces, yo metía la mano en el bolsillo y palpaba mi última peseta, pero no me alarmaba como habría sucedido aquí. Pensaba que cuando esa desapareciera, podría conseguir más. —Con una mirada culpable, continuó—: Debí haber ahorrado algo en Málaga, pero no lo hice. En cambio aquí ahorro y ahorro, y nunca tengo nada. —Lo acometió un ataque de tos y volvió la cabeza—. En Málaga —dijo y era como si hablara de su tierra natal perdida— nunca tuve tos y aquí toso a todas horas.

—¿Gripe? —preguntó Charles a través de las toallas.

—No, gas —contestó el peluquero con modestia—. La guerra…

—El otro día leí que en Málaga también heló bastante este invierno —comentó Charles después de una lúgubre pausa.

—Bueno, sí, quizá una vez, pero sólo unos pocos días —admitió el peluquero, mientras negaba con la cabeza con lentitud—. Quizá una vez…

Cuando Charles buscó en su bolsillo la moneda más pequeña para dársela como propina, se sintió incómodo porque sabía que no era bastante, pero la prudencia lo detenía; no se atrevía a reducir su efectivo en un solo pfennig más de lo necesario. El hombrecillo extendió su mano delgada y azulina, miró la palma con discreción, sonrió y dijo con sinceridad:

—Gracias, muchas gracias.

Charles inclinó la cabeza lleno de vergüenza y salió a toda prisa.

El picaporte giró desde adentro y la puerta se abrió cuando Charles se inclinaba llave en mano. La patrona comenzó a hablar con dulzura. Lo había estado esperando, se había preguntado qué podía haberlo retrasado y, como se encontraba en el vestíbulo por casualidad, había oído sus pasos en la escalera. Pensaba que lo había instalado de manera agradable y ¿a qué hora tomaría su café de la tarde? Charles contestó que las cinco sería el momento más apropiado. «Muy bien», dijo la mujer al tiempo que sonreía y ladeaba la cabeza con un gesto que a Charles le pareció demasiado íntimo y posesivo. Todavía sonriente, la patrona se dirigió al extremo más alejado del vestíbulo y golpeó con energía una puerta cerrada.

La puerta se abrió y Charles pudo echar un vistazo a un joven moreno, encorvado y de sólida osamenta, con una gran cabeza rapada y facciones chatas. La mujer pasó junto a él sin detenerse, hablándole en un rápido tono autoritario, como si estuviera impartiendo órdenes. Charles cerró la puerta de su cuarto con alivio y miró a su alrededor en busca de su equipaje. Había desaparecido. Investigó dentro del enorme armario y, dominado por una profunda sensación de disgusto al ver invadida su intimidad, descubrió que sus maletas habían sido deshechas —hacía tiempo que había perdido las llaves y por otra parte nunca tuvo la costumbre de cerrar con llave sus pertenencias— y ordenadas con un método que dejaba a la vista sus deficiencias en cuanto a calidad y estado. Sus zapatos, que necesitaban reparaciones menores y un buen lustre, estaban colocados en soportes de madera. Sus otros dos trajes —el de tweed con los botones flojos—, colgaban de perchas forradas de seda. Sus escasos artículos de aseo, los gastados cepillos para el pelo y los fofos estuches de cuero se alineaban en correcta formación en el estante del medio. Entre ellos, destacaba de manera

exagerada y algo indecorosa su botella de coñac, ya terciada. Recordó que había bebido algunos tragos durante la búsqueda de alojamiento. Atisbó el interior de la abultada bolsa para la ropa sucia que colgaba de un gancho y tuvo un escalofrío de vergüenza masculina. Su nívea y olorosa blancura escondía unos calcetines necesitados de un buen zurcido, las camisas manchadas que había usado demasiado tiempo por ahorrar algo y la fibrosa ropa interior. Sobre la almohada de la cama, ocultando a medias los femeninos lazos de encaje, descansaba un pijama limpio doblado cuidadosamente.

Como última afrenta, la mujer había sacado sus papeles y su material de dibujo, además de sus carpetas de cartulina con los trabajos incompletos. ¿Acaso los habría mirado? Confiaba en que hubiera pasado un buen rato. La mayor parte no estaba destinada a la publicación. Todas sus cosas habían sido colocadas con cuidado, con el ojo puesto en la pulcritud y en la simetría. Charles había advertido ya el extraño antagonismo entre las mujeres de su casa y los papeles. Los miraban como enemigos del orden, simples molestias cuyo único fin es el de atraer polvo. En su casa había librado una guerra perpetua y silenciosa con su madre y las criadas por ese motivo. Ellas deseaban poner los papeles en orden o, mejor aún, encerrarlos en los estantes más profundos del armario. ¿Por qué, en nombre de Dios, eran incapaces de dejar su trabajo tranquilo? Pero así eran, se movían por su curiosa compulsión, como ocurría con esa mujer, claro. Consultó su librito de alemán elemental y comenzó a construir y a memorizar una educada frase que comenzaba: «Por favor, no se moleste por mi mesa…».

La mesa era amplia, aunque no del todo lisa, y el flexo era bastante bueno, pero la silla de respaldo recto era algo delicado, con patas curvas y torneadas y un tapizado lleno de remiendos, una pieza de museo sin duda, concluyó Charles, quien se sentó sólo para probar. Bueno, lo sostenía. Se propuso pasar por alto y olvidar toda aquella maldita situación; pondría sus cosas en orden y comenzaría a trabajar. Primero vació sus bolsillos de notas acumuladas, bocetos, recibos, direcciones de restaurantes garabateadas deprisa, tarjetas postales con reproducciones de obras que había comprado en los museos y el contrato que había firmado para alojarse en esa casa durante tres meses. Advirtió que el nombre de la propietaria era Rosa Reichl y estaba escrito en una letra alta afectadamente elegante, llena de florituras. No alcanzaba a ver más allá de esos tres meses. Lo asaltó un resentimiento ciego, tanto más profundo cuanto que no estaba dirigido contra nada en particular, y lo dominó el desaliento, como si lo hubieran engañado con un mal consejo.

De una manera vaga pero horrible, sintió que alguien en quien había confiado lo había dejado plantado. Y por supuesto eso era una tontería, como acostumbraba a decir Kuno. «Tontería» era una de las palabras preferidas de Kuno, sobre todo después de su regreso del extranjero.

Las voces en la habitación vecina aumentaban de volumen, se alzaban y se cruzaban con una excitación que bien podría ser enfado. Charles escuchó atentamente, sin la menor sensación de estar fisgoneando, sorprendido como siempre de lo bien que entendía el alemán y de lo poco que era capaz de hablarlo.

—Herr Bussen, herr Bussen —gritaba frau Reichl, con una voz aguda y apasionada y con su leve acento vienés un tanto desleído—, ¿cómo se atreve a tratar mis elegantes sillas de este modo, estas hermosas sillas que poseo desde hace tanto tiempo? ¿Es necesario que añada este trastorno a los muchos que padezco? ¿Cómo puede hacerlo sabiendo que jamás volveré a tener otras como estas?

Charles, que ya había comenzado a probar lápices y afilar puntas, se detuvo para encender un cigarrillo al tiempo que se reclinaba en su propia silla. Se balanceó sobre las patas traseras durante un segundo y luego se afirmó con violencia. Su corazón le dio un vuelco al escuchar cómo las débiles junturas se quejaban con voz casi humana.

Herr Bussen, que comenzó defendiéndose débilmente, cedió luego y aceptó la reprimenda con todo respeto, como si frau Reichl fuera su madre o su conciencia. Sí, él sabía cómo comportarse —Charles escuchó que se disculpaba en un pesado bajo alemán—, había sido educado debidamente, aunque ella no lo creyera. Su madre también tenía sillas como esas, de modo que no permitiría que volviera a ocurrir. El habla de herr Bussen sonaba a los oídos de Charles como algún desmañado dialecto inglés, pero en ningún lenguaje el hombre habría sido un contrincante digno de frau Reichl. Charles se descubrió compadeciendo al pobre diablo cuando lo oyó deshacerse en disculpas. Ella debía perdonarlo esa vez.

—Sí, esta vez —le salió al encuentro frau Reichl, exasperada más allá de todo perdón. Tras una pausa, añadió de manera sarcástica, con sus matices más dulces—: Esta vez… ¿Y cuántas en el pasado y en el futuro?

Herr Bussen no encontró respuesta. Tras un instante de silencioso triunfo, frau Reichl abandonó la habitación y pasó como una flecha por delante de la puerta de Charles, quien por un momento esperó intranquilo que se detuviera junto a ella. Sin embargo, pasó de largo y golpeó la puerta del cuarto situado a la derecha.

—*Jawohl*! —gritó el joven que estaba dentro, con la voz ahogada del que ha sido arrancado del sueño de forma imprevista—. ¡Sí, sí, entre! —Entonces, una nueva voz alegre y juvenil reemplazó el gruñido anterior y dijo —: ¡Oh, es usted Rosa querida! Bueno, pensé que se trataría de un incendio.

¿Conque Rosa?, pensó Charles mientras escuchaba sus voces en un diálogo rápido y amistoso, sostenido en tonos apagados e interrumpido de vez en cuando por un dúo de largas carcajadas. Rosa parecía muy animada. Mientras conversaba, se movía por la habitación y varias veces cruzó el vestíbulo hasta su propio cuarto y regresó. Por último dijo:

—Bien, por favor llámeme cuando necesite algo. Excepto si lo que quiere es hielo. No hay más hielo.

—¿A quién le importa eso? —preguntó el joven, y Rosa volvió a reír.

Charles comenzó a pensar en la patrona como Rosa y a presentir molestias si las cosas continuaban de esa manera en la casa todo el día.

La luz del sol se había apagado. Charles se entregó con entusiasmo a sus dibujos bajo el flexo, que era mejor de lo que había supuesto. De pronto lo asaltaron pequeñas ansiedades. Supongamos, se dijo, que el director de la revista cambia de idea. Supongamos que los dibujos no se publiquen y en consecuencia la paga se vaya al diablo. ¿Cuánto tiempo podría su padre seguir enviándole dinero? ¿Cuánto tiempo, y este era el problema real y el que más lo preocupaba, debía continuar aceptando el dinero de su padre? ¿Aquel viaje suyo a Europa era en realidad necesario? Muchos grandes maestros de la pintura nunca habían estado en Europa. Trató de pensar en uno. Bueno, él se encontraba allí, sintiéndose horriblemente perturbado y triste, debía reconocerlo, ya que el lugar le había conmocionado como jamás se hubiera imaginado. Tenía que esforzarse por encontrar aquello que había ido a buscar a menos que todo se transformase en una empresa sin sentido. Se negó a seguir oyendo los ruidos de la casa, fijó la vista en un punto del papel, recordó lo que se había propuesto dibujar y se puso a trabajar. Toda su energía pareció fluir y concentrarse en su mano derecha. Se sintió seguro y a sus anchas porque se pertenecía por entero y sabía lo que estaba haciendo. Luego se olvidó también de sí mismo. Después de un rato se recostó en su asiento y contempló su obra. Aquello no funcionaba. El resultado era desastroso.

Un ligero golpe en la puerta llegó en su auxilio. Tenía una excusa para detenerse, dar la vuelta a la página y dejar que se enfriara antes de estudiarla otra vez. Casi sin aguardar su respuesta, entró Rosa. Lanzó una mirada aguda primero a la luz y luego a la mesa, ya en desorden.

—¡Ah! Por lo que veo usted necesita luz a hora temprana —comentó con una sonrisa indefinida y un movimiento de cabeza que indicaba desaprobación—. Herr Bussen no trabaja por las tardes hasta después de la comida. Y herr Mey, el caballero polaco, suele tocar el piano en la oscuridad, porque así lo prefiere. Nuestro joven estudiante de Heidelberg no tiene nada en que pensar por el momento excepto en su cara, y en este sentido, cuanto menos luz, mejor. —Tras una pausa, agregó con tono tierno y misterioso—: ¡Dios! Es un verdadero espectáculo. Pero es joven, esta es la primera vez y ya sabe lo que le espera la próxima. La herida se le ha infectado, sabe usted, y está aquí para seguir un tratamiento. —Lanzó un suspiro y, enlazando sus manos sobre el pecho, añadió con ternura—: ¡Ah, el pobre muchacho! Se mantiene fuerte durante el día, pero cuando llega la oscuridad las cosas se le complican. —Se interrumpió a punto de romper en llanto de orgullo y compasión y dijo—: ¡Es tan joven y delicado! Pero se comportó muy bien. Usted lo verá. La herida… bien… ¡Es una belleza!

Mientras hablaba se movía por la habitación, enderezando las sillas aunque fuera un poco, dando un golpecito a los almohadones aquí y un tirón a las cortinas allá. De pie junto a la mesa de Charles, se las ingenió para ordenar algunos papeles alrededor del muchacho. Provocó una pequeña conmoción al mover el cenicero y el frasco de tinta china unos pocos centímetros fuera de su lugar.

—Después de todo, ya no hay luz de día —admitió por fin—. Y si usted dibuja, necesita luz, ¿verdad? Bueno, le traeré su café enseguida.

Pronunció esa promesa alegremente y se marchó con ese extraordinario aire de mujer ocupada.

No hay más luz de día. Charles se sintió desvalido, como si estuviera tomando parte en una obra y hubiera olvidado su parlamento, si es que alguna vez lo había memorizado. Mientras esperaba, miró la calle silenciosa bajo la nieve que caía, solitaria en medio del helado y trémulo resplandor de los faroles de la esquina. Las luces se iban encendiendo una a una en las numerosas ventanas de las casas de la acera de enfrente.

Durante los últimos días Charles había observado bajo la luz del flexo cómo el sol macilento se arrastraba cada vez más tarde hasta el nivel de los tejados de las casas, resbalaba con lentitud en un arco poco profundo y caía a mitad de la tarde. Las noches largas lo oprimían con irracionales presagios de peligro. Las sombras se cerraban sobre la ciudad desconocida como el puño enorme de un enemigo que hubiese sobrevivido con toda su fuerza, un

monstruo sin voz de una época primitiva del mundo más vieja, más fría y más torva.

Pero esto no explicaba por qué no podía soportar pacientemente y aun con alegría las condiciones poco familiares de un clima extranjero. Por supuesto que no se trataba del tiempo. Nadie presta atención al tiempo cuando tiene la ropa apropiada. Recordaba que uno de sus profesores decía que todas las grandes ciudades están construidas en sitios inhabitables. Sabía que la gente puede adorar incluso el peor de los climas en el lugar que conoce y sorprenderse de las opiniones contrarias de los extranjeros. En Texas había visto a viajeros del norte que despotricaban contra el tiempo sureño con una ferocidad derivada de su agotamiento. El tema les daba la excusa necesaria para odiar también todas las cosas que les parecían aborrecibles en aquel lugar. Sin embargo, pensó, sería tan fácil y simple poner punto final a la controversia… Bastaría con sentirse capaz de decir: «No puedo establecerme en esta región porque en diciembre el sol no sale hasta las diez». Pero no era eso lo que le perturbaba allí.

Eran las caras. Caras sin ojos. Y esos no ojos pálidos y sin luz pertenecían a rostros marchitos, como si fueran agujeros carcomidos. O peor aún, caras saturadas de grasa de párpados hinchados, en las cuales los pequeños no ojos atisbaban a ciegas, como si todo el alimento que nutría esos cuerpos repugnantes, los platos de patatas cocidas, patas de cerdo y col, los hubiesen aplastado a cambio de nada. Los no ojos en los rostros de las mujeres se mostraban demasiado dispuestos a derramar lágrimas. Charles no había comprendido en absoluto el primer acontecimiento que le ocurriera en Berlín. Había comprado algunos pares de calcetines baratos en una pequeña tienda. En el hotel descubrió que eran demasiado pequeños y volvió inmediatamente a la tienda para cambiarlos por otros de tamaño mayor. La mujer que se los había vendido vio que se acercaba con el envoltorio en la mano, recordó quién era e instantáneamente se transformó, mientras acudían las lágrimas a sus ojos. Charles trató de explicarle muy alterado que sólo quería unos calcetines más grandes. Las lágrimas rodaron por las mejillas de la mujer, quien le dijo:

—No tengo más grandes.

—¿Podría conseguírmelos? —preguntó el muchacho.

—¡Oh, sí! —respondió la mujer con un tono tan desdichado que Charles se apresuró a comentar torpemente:

—No se moleste, me quedaré con estos.

Abandonó la tienda a toda prisa, molesto y desconcertado. Un día o dos más tarde, el asunto se aclaró del todo y le pareció muy natural. La mujer necesitaba con urgencia vender su surtido de calcetines. No podía permitirse el lujo de encargar unos pocos pares de calcetines más grandes. Estaba asustada al comprobar que la mercancía que tenía en su poder aún no había sido vendida y, con toda deliberación, había entregado a Charles los calcetines que tenía con la esperanza de que, por ser extranjero, un viajero, no encontraría el camino de regreso para quejarse.

Los hombres que vendían frutas y vino en las esquinas no parecían prosperar mucho con sus sabrosas y reconfortantes mercancías. Con sólo tenerlas a su lado no se alimentaban y era evidente que no podían permitirse el lujo de consumirlas. Eran hombres silenciosos, en general de mediana edad y muy hoscos. Si Charles les formulaba una pregunta, después de advertir su acento extranjero, le gritaban su respuesta como si estuviesen furiosos, aun cuando sus palabras eran inofensivas. Conversaban entre ellos en un tono muerto y descorazonado que parecía ser una vieja costumbre. Charles temía moverse por aquellos lugares donde cualquier cosa estaba a la venta por los limitados recursos de sus propietarios. Como era pobre, iba a sitios pobres y en ellos se sentía atrapado, ya que no le permitían que se marchase hasta que adquiriera algo. Trataban desesperadamente de venderle objetos que no necesitaba ni deseaba, que no podría usar o que no estaban a su alcance. No le servía de nada intentar dar una explicación. No lo escuchaban.

No había más luz de día. No había más hielo. No había más sillas tapizadas y con patas que se quebraban si uno se balanceaba hacia atrás. No había tapetes de mesa, de esos con sus dulces y sórdidos colores. Si alguna vez llegaba a destruirse ese rincón, se acabarían todas esas tontas curiosidades, lo cual no estaría mal, pensó Charles con el corazón endurecido.

—Café, al fin —anunció Rosa entrando sin llamar, con una bandeja muy adornada en sus manos—. No hay café para usted a las cinco de la tarde, si no es forastero y, como consecuencia natural, rico.

Charles sintió que estaba viviendo bajo aquellas apariencias falsas que su educación le había enseñado a despreciar desde muy pronto. «Soy más pobre que ella —pensó, mientras observaba a Rosa colocando la fina taza de porcelana con una levedad de mariposa y extendía la delicada mantelería—, pero no, por supuesto. Un barco viene de América para mí y para ella no hay barco. Para nadie en esta casa, excepto para mí, viene un barco de América cargado de dinero. Yo puedo pasarlo bien aquí, partir cuando se me antoje, siempre puedo volver a casa…».

Se sentía joven, ignorante, torpe. Tenía tanto que aprender que no sabía por dónde comenzar. Siempre podía volver a casa, pero no era ese el problema. Desde donde se encontraba el camino de regreso era muy largo, podía verlo con toda claridad. No más torre inclinada de Pisa, recordó con un sentimiento de culpabilidad, cuando Rosa, después de dar una última palmadita remilgada como si no se resignara a abandonar su mesa de café, retrocedió y dijo:

—Bueno, si se sienta le serviré el café. —Luego, con un airecito alegre, añadió—: Es una verdadera lástima que no estemos en Viena. Entonces podría haberle ofrecido verdadero café. De todos modos, este no es el peor del mundo.

Y entonces se retiró, pero la conmoción que provocó persistió todavía unos segundos después de su partida. El café era el mejor que Charles había probado, mejor que bueno. Acababa de beber el primer trago, cuando oyó la voz de herr Bussen que provenía del vestíbulo.

—¡Ah! —exclamó en su recio bajo alemán—. ¡Cómo apesta ese café!

—No pretenderá hacerme creer que no le gusta —repuso Rosa con crueldad— sólo porque usted bebe leche como un bebé y deja las botellas sucias debajo de la cama. Debería darle vergüenza, herr Bussen.

El sonido de un piano tapó sus voces. Al principio la ejecución fue firme y lenta para transformarse luego, sin la menor pausa, en una nerviosa y continua cascada. Charles amaba la música, sin saber cómo o por qué, y se puso a escuchar con atención. Debía de ser el estudiante polaco y pensó que tocaba muy bien. Se recostó en la silla en un grato deslumbramiento, hipnotizado por el ritmo uniforme y hechizado por esa melodía ágil que podía seguir con facilidad. Rosa golpeó la puerta y entró de puntillas, con un dedo entre los labios, las cejas alzadas y los ojos brillantes. Se acercó a la mesa y con gestos leves y cuidadosos reunió la mantelería y la plata. «Es herr Mey», murmuró. Y luego agregó con voz reverente: «Chopin». Antes de que Charles pudiera pensar una respuesta, levantó la bandeja y salió otra vez de puntillas.

Charles, amodorrado, soñó que la casa estaba incendiándose, silenciosamente viva y latiendo en llamas por todos los rincones. Sin temor ni vacilación, caminó indemne a través de las ígneas paredes y salió a la calle ancha y brillante, cargado con una maleta que golpeaba contra sus rodillas y cuyo peso lo agobiaba, pero que no podía abandonar porque encerraba todos los dibujos que se había propuesto realizar en toda su vida. Avanzó hasta una distancia segura y desde allí contempló el oscuro esqueleto de la casa,

semejante a una torre erguida en medio de una fuente de fuego. Viendo que estaba solo, se dijo sorprendido: «Todos los demás también han conseguido escapar». De pronto, un gemido recio y fantasmal llegó a sus oídos. Giró en redondo y no vio a nadie. El gemido sonó otra vez a sus espaldas y se despertó con brusquedad. Se encontró enredado en las profundidades sin aire del edredón de plumas, caliente y medio ahogado. Luchó para desembarazarse de aquel enredo y se sentó para escuchar. Dio vueltas a un lado y al otro para localizar el sonido.

«¡Ah! ¡Ahhhhhhhh!», suspiró desesperadamente una voz en la habitación de la derecha, alzándose y muriendo con un pesado resuello de cansancio. Sin saber cómo, Charles se encontró frente a la puerta del cuarto y golpeó con la punta de los dedos.

—Bueno, ¿qué pasa? —dijo una voz adormilada, pero llena de tranquila indignación.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó Charles.

—No, no —repuso la voz con desesperación—. No, gracias, no…

—Lo siento —dijo Charles.

Pensó que había estado diciendo eso mismo a alguien, pensándolo o sintiéndolo todo el día y todos los días desde que había pisado Berlín. Las plantas de sus pies hormigueaban sobre el suelo desnudo.

—Entre, por favor —invitó la voz, tocada con un matiz de amabilidad.

El muchacho sentado junto al lecho revuelto era de esos rubios de extrema palidez que Charles había visto con frecuencia en los jóvenes con quienes se cruzaba en las calles. Su pelo, cejas y pestañas eran de un claro color de miel espesa, tenía la piel del mismo tono y los ojos de un apagado azul grisáceo, casi sin expresión, excepto por cierto rasgo en los párpados que le daba un aspecto de zorro joven e inteligente. Tenía una cabeza alargada y estrecha, de facciones regulares y bien dibujadas, de las que Charles consideraba algo aristocráticas. A primera vista, un tipo buen mozo, de veintiún años tal vez. Se puso en pie con lentitud y el metro ochenta de Charles sólo alcanzó hasta el nivel de sus ojos. Había en él una sola cosa que desentonaba: el lado izquierdo de su cara se veía muy hinchado y entumecido, el ojo estaba casi cerrado y, a lo largo de la mejilla, desde la oreja a la boca, tenía una tira de esparadrapo de dos centímetros de ancho, en cuyos bordes la carne mostraba manchas de un azul, verde y púrpura sucios. Era el estudiante de Heidelberg, por supuesto. Estaba de pie, con la mano curvada ligeramente sobre la mejilla, pero sin tocarla.

—Bien —dijo sin un temblor en los labios mientras contemplaba a Charles desde abajo de sus pobladas cejas de color claro—. Puede verlo usted mismo. No es algo de lo que se deba hablar, pero me atormenta. Ya sabe, como el dolor de muelas. Me oí a mí mismo gemir en sueños. —Al decir esto, sus ojos desafiaron con calma a Charles a que osara dudar de su palabra—. Me desperté al oírme. Cuando usted golpeó, para decirle la verdad, pensé que era Rosa que me traía una bolsa de hielo. No quiero más bolsas de hielo. Siéntese, por favor.

—Tengo un poco de coñac. Quizá le haga bien —le ofreció Charles.

—¡Dios mío! ¡Sí! —exclamó el muchacho y suspiró de nuevo muy a su pesar.

Caminó por la habitación sin propósito definido, manteniendo su mano junto a la cara, como si sospechara que su cabeza iba a desprenderse de un momento a otro y esperara poder recogerla cuando cayese. Bajo la luz amarillenta de la lámpara que descansaba sobre la mesilla de noche, el pijama de algodón gris claro contribuía a acrecentar la impresión de que estaba a punto de desvanecerse.

Charles, con su vieja bata de paño y sus pantuflas de fieltro, regresó con dos vasos y la botella de licor. Mientras servía la bebida, el joven alemán miraba el líquido que iba llenando los vasos como si deseara saltar sobre él, pero retuvo sus manos hasta que le fue ofrecido el trago. Aspiró el aroma. Luego ambos chocaron los vasos y bebieron.

—¡Ah! —exclamó el muchacho bebiendo con cuidado con la cabeza hacia atrás y un poco ladeada hacia la derecha. Frunció el lado derecho de su boca hacia Charles y su ojo derecho brilló con gratitud—. ¡Qué alivio! —dijo y repentinamente, añadió—: Hans von Gehring, a sus órdenes.

Charles le dijo su nombre, el otro inclinó la cabeza y se mantuvieron en silencio mientras volvían a llenarse los vasos.

—¿Qué le parece Berlín? —preguntó Hans con cortesía, al tiempo que calentaba el coñac entre las palmas de sus manos.

—Hasta ahora, muy bien —contestó Charles—, aunque naturalmente todavía no me he instalado.

Observó la cara de Hans, esperando que el idioma no significara un obstáculo en su charla. El alemán pareció entender perfectamente. Inclinó la cabeza en señal de asentimiento y bebió.

—He recorrido casi toda la ciudad y he visitado muchos museos y cafés, todo excelente, por supuesto. Sin embargo, los berlineses no están orgullosos de lo que tienen o fingen no estarlo.

—Saben que no tienen nada que valga la pena en comparación con otras ciudades —observó Hans con franqueza—. Me estaba preguntando por qué ha venido usted aquí. ¿Por qué, entre todos los lugares, ha elegido este? Me imagino que puede ir a donde le plazca, ¿no es así?

—Supongo que sí —repuso Charles—. La verdad es que sí.

—Mi padre me envió a Berlín para consultar a un médico, que es un viejo amigo suyo —explicó Hans—, pero dentro de diez días regresaré a Heidelberg. El polaco es pianista y está aquí porque los pianistas al parecer piensan que el viejo Schwartzkopf es el único maestro. Herr Bussen, el del extremo del vestíbulo, es de la Baja Alemania para comenzar y además vive en Dalmacia, así que cualquier cambio le resultara beneficioso. Piensa que aquí se está educando y puede que sea cierto. Pero consideremos su caso. Usted tiene toda la libertad del mundo y, sin embargo, ha venido a Berlín. —Sonrió con un lado de su cara y se estremeció con amargura—. ¿Cuánto piensa quedarse? —preguntó.

—Tres meses —contestó Charles con una voz bastante lúgubre—. No sé por qué he venido, como no sea porque tuve un buen amigo que era alemán. Acostumbraba viajar a Alemania con su familia, pero eso fue hace muchos años, y solía decirme: «Vete a Berlín». Siempre pensé que esta ciudad era el mejor sitio para vivir y si uno no ha viajado mucho, parece ser así. Por supuesto, también está Nueva York. Sólo estuve allí una semana, pero me gustó. Creo que podría fijar mi domicilio allí.

—Así que Nueva York… —comentó Hans con indiferencia—. Pero en Europa están Viena y Praga y Munich y Budapest y Niza y Roma y Florencia y París, ¡ah!, París, París, París. —Repitió la palabra, casi alegre de súbito. Luego, imitando la parodia de un francés hecha por un actor alemán, besó sus dedos y los agitó con levedad hacia el oeste.

—Pienso ir a París más adelante —anunció Charles—. ¿Usted ha estado allí?

—No, pero estoy decidido a ir —respondió Hans—. Lo tengo todo preparado.

Se puso en pie, como si sus palabras lo hubieran estimulado, ajustó su bata a las rodillas, se tocó la cara con ternura y volvió a sentarse.

—Tengo la intención de permanecer en París un año. Iré a algún taller y pintaré. Tal vez usted llegue antes de que abandone la ciudad.

—¡Oh! Aún me falta otro año en Heidelberg —contestó Hans— y mi abuelo, que es viejo, es el que me proporcionará el dinero, así que antes de

partir tendré que quedarme con él por lo menos unos meses. Pero luego estaré libre durante un tiempo, tal vez dos años.

—Resulta extraño tener todo programado de esa manera —comentó Charles—. No tengo la menor idea de dónde estaré dentro de dos años. Incluso puede ocurrir algo que me impida ir a París.

—¡Oh! Es indispensable planearlo todo —afirmó Hans con gravedad—. De lo contrario, ¿cómo sabríamos dónde nos encontramos? Además, mi familia lo ha dispuesto así. Hasta conozco a la chica con quien me casaré y cuánto dinero tiene. —Tras una pausa, añadió sin entusiasmo—: Es una joven extremadamente refinada. Pero París será mi vacación personal. Haré lo que me plazca.

—Bueno —dijo Charles con seriedad—, estoy contento de estar aquí. Todos los estadounidenses desean venir a Europa alguna vez, usted ya debe saberlo. Creen que Europa tiene algo… —Se recostó en la silla y cruzó las piernas. Se sentía cómodo en compañía de Hans.

—Europa tiene algo —admitió el muchacho alemán—, pero Berlín no. Usted está perdiendo el tiempo aquí. Vaya a París si puede hacerlo. —Se quitó las zapatillas de un puntapié, se metió en la cama, acomodó las almohadas y apoyó en ellas la cabeza cuidadosamente.

—Espero que se sienta mejor —dijo Charles—. Quizá ahora logre dormir.

Hans frunció el entrecejo ligeramente y se acurrucó.

—No hay nada que me lo impida —declaró—. Estaba dormido antes. Esto es normal y ocurre a menudo.

—Entonces, buenas noches —saludó Charles mientras se ponía en pie.

—¡Oh, no! ¡No se vaya todavía! —pidió Hans incorporándose de golpe y pensándolo mejor—. Le diré lo que tiene que hacer. Golpee la puerta de Tadeusz para que se levante. Duerme demasiado. Es la habitación contigua. Por favor, hágalo, querido amigo. Le aseguro que le gustará.

Un completo silencio respondió a la llamada de Charles y, también de manera silenciosa, la puerta se abrió en la oscuridad. Un hombre joven, alto y delgado, con su pequeña y aguda cabeza inclinada hacia delante como la de un pájaro, apareció en el vestíbulo. Vestía una bata de fina seda de color ciruela y sus largas manos amarillentas descansaban sobre el pecho con los dedos entrelazados. Parecía totalmente despierto y sus penetrantes ojillos oscuros se veían sonrientes y de buen humor.

—¿Qué pasa? —preguntó con acento inglés yuxtapuesto al polaco—. ¿Acaso el condenado duelista está provocando un infierno otra vez?

—No es eso exactamente —contestó Charles complacido al oír hablar en inglés y asombrado ante el discurso—, pero tampoco descansa con tranquilidad. Hemos estado bebiendo un poco de coñac. Soy Charles Upton.

—Tadeusz Mey —dijo el polaco mientras salía de su cuarto y cerraba la puerta sin hacer ruido.

El hombre hablaba casi en un murmullo con una voz muy calma.

—Polaco de espíritu —continuó—, pese al nombre engañoso. Una abuela descarada se casó con un austríaco. El resto de mi familia tiene apellidos como Zamoisky. Son demonios con suerte.

Entraron en el cuarto de Hans y Tadeusz se apresuró a comentar en alemán:

—Sí, sí, estás en camino de transformarte en una verdadera belleza. —Se inclinó sobre el muchacho para examinar la herida con ojo experto—: Va muy bien —añadió.

—Aún falta —comentó Hans.

Sobre su rostro surgió una expresión que intrigó a Charles. Fue como un cambio de luz, lento y profundo, que se produjo sin el menor movimiento de los párpados o de los músculos faciales. Fluyó del misterioso lugar en el que Hans vivía realmente y en ella se mezclaban una arrogancia pasmosa, el placer, la inexplicable vanidad y la autosatisfacción. El muchacho permaneció tendido, inmóvil por completo; la expresión se asomó, se intensificó, se marchitó y desapareció siguiendo el ritmo de la marea de su verdadero carácter. Charles pensó: «¡Vaya! Si no lo hubiera visto con este aspecto, jamás lo habría conocido del todo». Tadeusz hablaba en voz baja y amigable, en una mezcla de francés y alemán. El dominio de las lenguas era un misterio para Charles. Escuchaba con esmero, pero Tadeusz, que hacía gestos elegantes con su copa de coñac, no decía nada en particular al parecer, aun cuando Hans lo escuchaba atentamente.

Charles, que se sentía libre de no hablar, trataba de ver a Hans en París con esa herida, trataba de imaginárselo en Estados Unidos, en una pequeña ciudad como San Antonio. Tal vez en París lo comprendieran, pero ¿qué pasaría en San Antonio, Texas? La gente pensaría que se había enredado en alguna lamentable pelea de arma blanca, seguramente con un mexicano, o que había tenido un accidente automovilístico. Considerarían que era una pena que semejante buen mozo estuviera tan desfigurado, le tratarían con mucho tacto y se esforzarían por mantener los ojos apartados de la herida. Incluso en París, imaginaba Charles, aquellos que lo comprendieran, lo desaprobarían. Hans sería alemán más con una cicatriz consecuencia de un duelo, hecha con

furia y bien profunda que le durase toda la vida. Se le ocurrió que en ninguna parte, excepto en ese pequeño país, podría Hans vanagloriarse de su cicatriz y del modo en que la había conseguido. En cualquier otro sitio parecería algo extraño, infortunado o deshonroso. Mientras escuchaba la charla de Tadeusz, Charles observó a Hans y su mente se movió con dificultad en una serie de círculos enfermizos en un vano intento de escapar. Sólo se trataba de una costumbre del país, eso era todo. De ahí la manera en que trataban el asunto. Pero Charles no conocía, no había conocido y con toda probabilidad no conocería jamás a una sola persona en el mundo que, después de ver a Hans, no le preguntara en privado: «¿Dónde te hiciste esa cicatriz?». Excepto Kuno, quizá. Pero Kuno nada le había explicado sobre eso. Kuno le había contado que si una persona no bajaba de la acera cuando los oficiales del ejército se aproximaban, ellos la obligaban a hacerlo a empujones, y que cuando su madre y él andaban juntos, ella se apresuraba a descender para dejarlos pasar. A Kuno aquello no le importaba, pues sentía admiración por los oficiales de alta jerarquía, con sus casacas y yelmos, pero a su madre le desagradaba profundamente. Charles recordó aquel relato durante años. No era nada relacionado con una experiencia de su propia vida, pero esa parte de la vida de Kuno vivida al margen de la suya y en el extranjero, que le parecía más real que la que habían compartido, permaneció en su memoria como una verdad incuestionable.

Los pugilistas terminan con las orejas aplastadas, pero no lo hacen adrede. Es una contingencia propia del deporte. Los pies de los camareros acaban pareciendo empanadas. Los sopladores de vidrio inflan sus mejillas hasta que pierden la forma y cuelgan como bolsas. Los violinistas sufren a veces de abscesos en la parte de la mandíbula en que apoyan el instrumento. De vez en cuando, una explosión vuela parte de la cara de un soldado y este debe recurrir al arte del cirujano para recuperarla. En el ejercicio de sus profesiones, los hombres sufren accidentes o simples deformaciones que se producen tan gradualmente que casi no las notan hasta que es demasiado tarde para hacer algo. El duelo era una costumbre antigua y respetada en casi todas partes, pero debía ser precedido por una ofensa. Charles había visto las pistolas de duelo de su bisabuelo, motivo de orgullo familiar, en una caja forrada de terciopelo. Pero ¿qué clase de hombre es el que con toda sangre fría permanece firme y permite que otro le parta la cara hasta los dientes por el solo placer de hacerlo e incluso lleva después la cicatriz con ese aire de satisfacción para que todo el mundo sepa cuál es su origen? Y se suponía que uno debía admirarlo por ello. A primera vista, le había gustado Hans, pero en

el muchacho había algo que Charles no alcanzaría a comprender aunque ambos vivieran juntos mil años. Sólo cabía aceptarlo rechazarlo. Y Charles rechazaba la herida, las razones por las cuales existía y todo cuanto la había hecho posible, así, sin reflexionar, simplemente porque su mente no podía aceptar esas razones.

Aun así, Hans le agradaba y hubiera preferido que la cicatriz no estuviera allí, pero la cicatriz estaba, un espectáculo inverosímil y que helaba la sangre, como si en pleno mediodía tropezara en la Kurfürstendamm con un caballero en armadura o con el verdadero esqueleto de una danza macabra.

—¿Usted no habla francés? —le preguntó por fin Tadeusz a Charles.

—Un poco —contestó el interpelado, aunque temía comenzar a hacerlo.

—Es usted afortunado —observó Tadeusz—, posee un idioma que todo el mundo trata de aprender. Lo mismo les ocurre a los franceses. En cuanto a mí, estoy obligado a aprender cualquier porquería de idioma que exista, porque nadie más que los polacos habla polaco.

Tadeusz era un joven de cara estrecha y pálida y sus ojos tenían a la luz el color del hígado. Por alguna razón parecía una persona irritable, quizá porque cuando hablaba retorcía continuamente un mechón de pelo reseco en la coronilla, mientras una sonrisita hermética e inteligente vagaba por las comisuras de sus labios.

—Incluso puedo hablar el bajo alemán, aunque herr Bussen finja no entenderme.

—Es el tipo a quien la patrona ha estado reprendiendo hoy —comentó Charles dándose cuenta al instante de su falta de tacto.

—¿Hoy? —preguntó Tadeusz—. Lo regaña todos los días por cualquier cosa. El muchacho es muy estúpido. Todos los de la Baja Alemania, todos sin excepción, son irremediablemente estúpidos. Dejemos que Rosa se desahogue con él, así no nos fastidiará demasiado a nosotros. Esa mujer es terrible.

—Bueno —dijo Hans de mal humor y haciendo un gesto de disgusto con la boca—, ¿qué esperaba? Esto es una pensión.

—Que figura en la lista de las recomendadas, además —añadió Tadeusz con amabilidad mientras fumaba sosteniendo el cigarrillo entre las puntas del tercer y cuarto dedos, el extremo encendido hacia la palma—. Yo no esperaba nada.

—Estaría muy bien si dejara mis papeles en paz —opinó Charles.

—Usted es el estadounidense rico que paga la pensión de todos nosotros —comentó Tadeusz con una sonrisa—. Usted tiene las mejores cortinas y la

mejor cama. Pero recuerde que si hace algo que demuestre falta de tacto, herr Bussen pagará las consecuencias.

Charles negó con la cabeza, pensando que la observación se acercaba demasiado a la verdad para que resultara divertida, al menos para él. Sirvió más coñac y todos encendieron más cigarrillos. Los dos visitantes se arrellanaron en sus sillas y Hans se volvió de lado. Tenían una disposición favorable y se sentían en paz, como si comenzaran a intimar. Tres golpecitos secos en la puerta anunciaron la voz de Rosa. Con dulzona severidad, les recordó en un discurso formal que eran las tres de la mañana y que los otros habitantes de la casa querrían dormir. Los jóvenes se miraron con sonrisas de conspiradores.

—Rosa, querida —dijo Hans añadiendo una buena dosis de paciente persuasión en su tono—, me sentí muy mal y vinieron a hacerme compañía.

—Usted no necesita que nadie le haga compañía —objetó Rosa con vivacidad—. Lo que necesita es dormir.

Tadeusz se puso en pie en silencio y abrió la puerta de golpe. Rosa huyó dando pequeños chillidos, una aparición en bata y con el pelo cubierto por una redecilla. El muchacho le anunció con suavidad:

—Ya nos retiramos.

Tadeusz volvió con un destello burlón en sus ojitos miopes.

—Sabía que haría que huyera —comentó—. Esta mujer es tan presumida como una muchacha de veinte años. Cualquiera diría que vivimos en una condenada cárcel. —Y mientras tomaba su copa, añadió—: Pero todo Berlín es así. —Luego, volviéndose a Charles, dijo—: Déjeme decirle que apenas puedo esperar la fecha de mi regreso a Londres. Usted debe ir a Londres, por supuesto que sí. Créame, he visto casi todas las ciudades, excepto su fabulosa Nueva York, y le confieso que esas fotografías aéreas me horrorizan, así que he llegado a la conclusión de que Londres es el único lugar adecuado para un hombre civilizado.

Hans negó con la cabeza con precaución y objetó:

—No, París, París.

—Muy bien —dijo Tadeusz en inglés—. *Okay*. Aprendí esta expresión de uno de sus estadounidenses, un espécimen cien por cien típico. Era un vaquero de Arizona, con un sombrero enorme, un *Holy Roller*. Un vegetariano que bebía un vaso lleno de whisky todas las mañanas antes del desayuno. Estaba enamorado de una encantadora de serpientes, que también interpretaba un baile con abanicos. Cuando lo conocí, dirigía una pequeña *boîte* en el Left Bank, con las paredes cubiertas de cuernos de novillos y

lazos. Siempre que se peleaba con la encantadora de serpientes, la arrastraba por el suelo atada con uno de sus lazos. Ella por fin lo dejó, pero no sin antes colocar en su cama una víbora venenosa. Sin embargo, no le ocurrió nada. Como él decía, el episodio había sido *okay*.

Hans intervino:

—Por favor, ¿qué está diciendo? Recuerde que no sé inglés.

—Estaba explicando dónde aprendí a decir *okay*.

—¡Ah, sí! Entiendo muy bien el significado de *okay*. Es la única palabra inglesa que conozco —comentó Hans tras asentir con la cabeza.

Para demostrarse que todavía eran hombres dueños de sí mismos, se entretuvieron un rato más y se tomaron su tiempo, por lo demás muy agradable, para desearse buenas noches y separarse.

A la mañana siguiente, cuando salía del cuarto de baño, Charles tropezó con herr Bussen en el vestíbulo. Herr Bussen usaba una bata corta de algodón y arrastraba una toalla bastante sucia. Su cara gorda y redonda parecía apesadumbrada y perpleja, como el aspecto de un chico que ha sido tratado con suma severidad en su hogar y no espera nada mejor del resto del mundo. Charles se había despertado a causa del ruido que hacía Rosa mientras amonestaba a herr Bussen por un motivo u otro. Al cabo de un rato se había presentado con café, panecillos y manteca. Se la veía muy bien peinada y vestida a esa hora tan temprana, pero tenía una ligera chispa de malhumor en los ojos. Descorrió las cortinas y apagó la luz dejando que el día invernal penetrara en la habitación como agua sucia. Giró en redondo y se dirigió al cuarto de baño, cuya puerta golpeó al tiempo que decía con voz autoritaria:

—Han pasado quince minutos, su tiempo ha terminado, herr Bussen.

Volvió. Al quitar las ropas de la cama con un movimiento rápido, produjo una leve brisa que corrió por encima de la cabeza de Charles cuando se sentaba a la mesa. De pie junto a él, Rosa suspiró:

—¡Oh, qué difícil es llevar una vida pacífica y ordenada, la clase de vida correcta a la que estoy acostumbrada! ¡Y el cuarto de baño! Siempre jabón de afeitar, dentífrico y agua por todas partes, agua en el linóleo, hasta los espejos salpicados, todo tan sucio… ¡Oh, herr Upton, no sé por qué los caballeros jamás enjuagan la bañera! Y, ¡oh!, herr Bussen. Su cama está todos los días llena de migas de pan y restos de queso, incluso suele tener latas de sardinas abiertas escondidas en los cajones entre su ropa. Además, come nueces y oculta las cáscaras en el ropero. No le disculpa el hecho de que algún día será

profesor. Y todos los meses atrasado en el pago. ¿Cómo piensa que puedo subsistir si no me pagan a su debido tiempo?

Charles, claramente ruborizado, poniéndose en pie dijo:

—Si se espera unos pocos minutos, salgo y así no le ocasionaré molestias —dijo.

—¡Ah! Usted no me molesta en absoluto. Haré mi trabajo y usted el suyo. No, no se trata de eso —le dijo sonriéndole con expresión luminosa. Su angustia parecía haberse evaporado.

—Le cuento: antes de la guerra tenía cinco criados, además del jardinero y el chófer; toda mi ropa era de París y mis muebles, de Londres. Poseía tres collares de brillantes, herr Upton, tres… y ahora… Esta situación es tan extraña que a veces me pregunto qué será de mí. Hago las camas como una sirvienta y friego suelos sucios…

Charles se sintió arrinconado y se apresuró a coger el abrigo y el sombrero; tartamudeó una frase en un alemán ininteligible incluso para él y escapó, aterrado ante la falta de pudor manifestada por Rosa al hacerle tales confidencias y avergonzado por el hecho de que ella conociera sus poco cuidadosas costumbres en materia de aseo.

Empeñó su cámara fotográfica con la certeza de que no obtendría casi nada por ella, pero el tranquilo hombrecito de la casa de empeños levantó su delgada nariz de un libro, examinó el elegante aparato con aprobación profesional y le entregó cien marcos sin regateos. Sintiéndose rico sin razón y muy animado, Charles regresó a su habitación con la esperanza de trabajar un rato. A unos pocos pasos de distancia de la puerta de calle, vio a herr Bussen, que también se disponía a entrar. Aferraba entre sus manos un pequeño paquete envuelto en papel de estraza —quizá con pan y embutido de hígado — y a pesar del frío polar no llevaba abrigo. Lo alcanzó en la escalera, ya que herr Bussen se movía con lentitud con los hombros caídos. Visto de espaldas parecía un hombre de mediana edad, pero el rostro que se volvió hacia Charles era mucho más joven de lo debido y reflejaba que aún latía en él algo de su infancia. Su nariz era roja y húmeda, sus ojos estaban llenos de lágrimas y la mano desnuda que sostenía el envoltorio tenía grietas en los nudillos.

—Buenos días —dijo herr Bussen, y su cara terrosa se iluminó por un instante como si esperara que ocurriera algo agradable.

Charles acortó el paso, se saludaron y siguieron juntos en silencio. Rosa les abrió la puerta.

—¡Ah! —exclamó, mientras dejaba vagar sus ojos del uno al otro con gesto de sospecha—. ¿De modo que ya se conocen?

—Sí —respondieron a dúo y, fortalecidos por su solidaridad, pasaron ante la mujer sin añadir otra palabra.

Rosa desapareció en sus dependencias privadas hablando consigo misma.

—¿Ella lo insulta cada vez que le habla? —preguntó herr Bussen, con resignada paciencia.

—Todavía no —contestó Charles.

Estaba comenzando a descubrir que su inmunidad constituía una desventaja. Sospechaba que aquello iba en su contra y que siempre sería así si no lograba evitar que Rosa lo convirtiera en su mimado. Herr Bussen continuó:

—Todos los días me insulta por lo menos durante media hora. Luego se va y hace lo mismo con herr Mey, aunque de diferente manera, porque él es muy ingenioso y le responde de una forma que ella no entiende. En realidad, herr Mey le devuelve el insulto. Le hace un montón de carantoñas a herr Von Gehring porque el muchacho participó en un *mensur*, un duelo, pero no le durará. Y es educada y fina con usted porque es extranjero y paga más que nosotros. Sin embargo, espere. Tarde o temprano le llegará su turno.

—Bueno —comentó Charles muy tranquilo—, cuando eso suceda, me marcharé de la casa.

—¿Y pagará los tres meses completos o permitirá que lo denuncie a la policía? —preguntó herr Bussen, sorprendido—. ¡Dios, usted tiene que ser rico!

Charles negó con la cabeza sintiendo que aquello era bastante ridículo. Una expresión de envidia tan profunda que casi parecía odio se extendió por la cara de herr Bussen. El muchacho hizo una pausa y sus ojos recorrieron a Charles de la cabeza a los pies, como si se tratase de alguna criatura fantástica de otra especie un tanto repelente.

—Bueno —dijo—, le aconsejo seriamente que observe nuestras costumbres y no haga nada, por insignificante que sea, para atraer la atención de la policía. Le hago esta advertencia porque usted no está familiarizado con el país… y a la policía no le gusta mucho que los extranjeros anden por aquí.

—Gracias —repuso Charles con malhumor, sintiéndose profundamente ofendido.

Esa conversación melancólica lo deprimió primero y más tarde despertó su ira. Se sentó presa de una sorda pero agradable furia y comenzó a dibujar deprisa, sin ningún plan. De vez en cuando, levantaba los codos y llenaba de aire sus pulmones. Le parecía que las paredes se cerraban sobre él e

imaginaba que oía la respiración de los habitantes de los otros cuartos y olía el yodoformo del vendaje de Hans y las sardinas rancias en el aliento de herr Bussen. La dulzona histeria femenina de Rosa lo enfermaba. Dibujó a los propietarios del hotel: la mujer como un zorro nauseabundo, el hombre mitad cerdo, mitad tigre. Hizo varios bocetos de la cara tosca de herr Bussen, en versiones cada vez más amables. Ese tipo tenía algo. Con malicia reconcentrada esbozó a Rosa, primero como una fregona desaseada, luego como una vieja ramera marchita y, al final, desnuda. Después de estudiar esos dibujos, decidió que se había cobrado con creces su irritación en contra de la mujer y los rompió en trozos diminutos. No había acabado de hacerlo cuando se arrepintió, pero no disponía de un sitio apropiado para esconderlos a la vigilante mirada de la patrona. Luego, con todo sosiego, comenzó a dibujar la cara de Hans a partir del recuerdo de esa extraña expresión de orgullo relacionada con su herida. Su trabajo lo absorbió de tal modo que poco a poco se sintió vencido por la tranquilidad, se avergonzó de su enojo e incluso se preguntó cuál había sido la causa. Todos eran buenas personas, estaban sumidos en terribles problemas, amontonados en aquel piso pequeño, sin suficiente espacio, ni aire, ni dinero, sin bastante de nada, sin ningún lugar adonde ir y nada que hacer como no fuera atormentarse los unos a los otros. Siempre me quedará el recurso de regresar a casa, se dijo, pero ¿por qué he venido aquí en lugar de ir a otra parte?

El sonido del piano de Tadeusz detuvo la corriente de sus reflexiones. Escuchó con placer, arrellanado en su asiento. Ese tipo sabía tocar, de verdad. Charles había oído por la radio a muchos pianistas famosos y, en su opinión, no eran mejores que Tadeusz. El polaco sabía lo que estaba haciendo. Lo dibujó sentado al piano, con su cabeza de ave, pequeñas y nítidas arrugas en las comisuras de los labios, con los dedos como garras de un pájaro. «¡Demonios! Quizá sea un caricaturista», pensó, pero en realidad no le preocupaba serlo. Luego se dispuso a continuar y olvidó la música.

Un ruido de pasos precipitados y la voz de Rosa que se elevaba en un chillido quejumbroso se abrieron camino lentamente hasta él, pero no despertó del todo hasta que la mujer golpeó su puerta gritando con auténtico terror:

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Herr Upton, salga y ayúdeme! ¡Ayúdeme, herr Upton! Herr Bussen…

Charles abrió la puerta. Tadeusz y Hans se encontraban ya ante la habitación de herr Bussen. La cara de Rosa estaba inundada de lágrimas y su pelo le caía desordenado.

—¡Herr Bussen se ha envenenado!

Charles sintió que lo recorría un mortal escalofrío de espanto. Sin titubear, se unió a los otros y los tres entraron juntos en el cuarto de herr Bussen.

El muchacho se hallaba de rodillas junto a su cama. Aferraba con ambas manos un recipiente de gran tamaño y vomitaba arqueándose, sin hablar, salvo por una boqueada inarticulada entre cada convulsión. Pese a todo pudo alzar la mano en un gesto violento al tiempo que murmuraba:

—¡Váyanse! ¡Váyanse!

—¡Llévenlo al baño! —gritó Rosa—. ¡Busquen a un médico, traigan agua! ¡Por amor de Dios, tengan cuidado con la alfombra!

Mientras Charles tomaba a herr Bussen por las axilas para alzarlo, Tadeusz llegó con un montón de toallas mojadas y Hans, sosteniéndose la cara, corrió al teléfono.

—¡No, no, maldito sea! —chilló herr Bussen con fiereza—. No quiero a ningún médico.

Logró liberarse en parte de Charles y se dobló en dos a los pies de la cama oprimiéndose el estómago como si estuviera agonizando. Su cara tenía un horrible color verde púrpura. De su frente manaba un río de sudor sobre las cejas y la nariz.

—¡Oh! ¿Por qué lo ha hecho? —se lamentó Rosa entre sollozos—. Envenenarse aquí, entre amigos… ¿Cómo ha podido hacerlo?

Herr Bussen reunió fuerzas para protestar y exclamó con una excelente y poderosa voz de barítono:

—Ya le he dicho que no me he envenenado. Ya le he dicho que comí algo que me ha intoxicado.

Se desplomó otra vez sobre el recipiente y los trastornos recomenzaron.

—Llévenlo al baño —pidió Rosa, retorciéndose las manos. Luego se volvió hacia herr Bussen y le espetó llena de indignación—: Ya sé, los embutidos. Todas esas sardinas. El embutido de hígado. Se lo advertí pero fue en vano; usted se negó a escucharme. No, usted sabe más que yo. ¿Cuántas veces le he dicho…?

—¡Déjenme en paz! —interrumpió herr Bussen con desesperación—. ¡Váyanse!

Charles y Tadeusz hicieron acopio de energías.

—Vamos —dijo Tadeusz en bajo alemán, con un tono de conversación —, vamos, nosotros lo ayudaremos.

Ambos lo tomaron por la cintura y, casi colgando como un saco, comenzaron a arrastrarlo como mejor podían.

—¡Oh, Dios Todopoderoso! —gemía herr Bussen, con sincera desesperación—. ¡Déjenme tranquilo!

Pero lograron meterlo en el baño, sin más contemplaciones con que hubieran tratado a un muerto, cerraron la puerta y dieron vuelta a la llave. Sin perder tiempo, Charles salió del baño y abandonó el piso a la carrera, con la cabeza descubierta. Regresó minutos después con un paquete bastante voluminoso lleno de productos farmacéuticos. Entró en el baño, cerró otra vez la puerta sin atender a las preguntas de Rosa y ayudado por Tadeusz se dedicó a atender a herr Bussen con la mayor seriedad.

Rosa, con la cara empapada en lágrimas, se volvió hacia Hans y, todavía llorando, le ordenó que volviera a la cama. Hans repuso:

—No, no se preocupe. Me siento mejor. Iré a la clínica ahora.

—Empeorará y será por su culpa —gimió la patrona.

—No, aunque le sorprenda, me sentiré mucho mejor —replicó Hans con frialdad, y salió.

Herr Bussen, aliviado, tranquilo, limpio y a salvo en su cama, con una bolsa de hielo sobre la frente y perfectamente atendido por sus tres nuevos amigos, yacía sumido en un amargo y desagradecido silencio. No parece estar agradecido, pensó Charles. Sin embargo, hemos hecho un trabajo inmejorable. Herr Bussen —¿por qué lo llamarían así si no tenía más que veinticuatro años?— daba la impresión de sentirse aplastado y avergonzado. Mantenía los ojos cerrados o vueltos hacia la pared. Cuando Tadeusz llegó con un plato de sopa caliente que había ido a buscar al restaurante, negó con la cabeza y pareció que iba a echarse a llorar. Rosa se sintió ofendida a la vista de la comida.

—Permita que sea yo quien le prepare la comida —le dijo a Tadeusz—. No quiero que se intoxique de nuevo.

Se llevó la sopa y la volvió a llevar recalentada, en una elegante bandeja. Se mostraba muy sumisa. Herr Bussen estaba melancólico y no tenía hambre.

Charles observó las pilas de papeles que se amontonaban sobre el escritorio de herr Bussen que solo contenían cálculos matemáticos indescifrables para él. Rosa se afanaba entre los papeles tratando de restituir el orden establecido. En el vestíbulo, informó a Charles con orgullo y con un matiz posesivo:

—Aunque usted no lo sepa, herr Bussen está considerado en la universidad un matemático muy brillante. Promete ser un erudito. —Hablaba con orgullo y espíritu posesivo—. Si algunas veces me enfado con él —continuó—, es porque necesita que alguien le enseñe buenas maneras. Come… ¡aj! Sólo come menudillos. Y ahora está avergonzado porque usted sabe… usted ha visto su miseria. Es una cosa terrible el ser pobre.

Al decirlo pareció que las lágrimas manaban no solo de sus ojos sino también de su piel. Lágrimas y transpiración se mezclaron empapándole la cara.

Tadeusz salió y la tomó del brazo.

—Ya es suficiente, Rosa —la amonestó, mientras la zarandeaba con cuidado—. Veamos, ¿qué ha ocurrido en realidad? Nada. Herr Bussen se comió una sardina y le ha sentado mal. Vaya y acuéstese. Nosotros nos ocuparemos del enfermo y no la molestaremos más.

—Estoy muy nerviosa —dijo la patrona sonriendo agradecida.

Ambos jóvenes echaron una mirada a herr Bussen. Yacía en la cama, con el brazo sobre la cara, al parecer tranquilo, como si los polvos somníferos comenzaran a hacer efecto.

—Acompáñeme —dijo Tadeusz a Charles—. También tengo un poco de coñac.

Hans también entró, con su cara recompuesta con vendas y esparadrapo, muy mejorado. Rehusó el ofrecimiento de coñac y preguntó:

—¿Ustedes creen que deberíamos vigilarlo?

—No, en absoluto —contestó Tadeusz después de una breve pausa—. Y dirigiéndose a Charles, le preguntó: —¿Usted qué opina?

—Creo que ha dicho la verdad.

—Bueno —comentó Hans—, beban un trago por mí.

Y cerró la puerta de su habitación.

El estrecho cuarto de Tadeusz estaba abarrotado con un piano vertical y un pequeño teclado silencioso que Charles examinó y tocó con dedos rígidos.

—Trabajo en él siete horas diarias —dijo Tadeusz al tiempo que extendía sus manos con las palmas hacia arriba—. Debería usted estar agradecido. Como el condenado suicida duerme, hoy no podré practicar. Lo mejor será que nos emborrachemos. —Mostró cuatro pulgadas de coñac que había en una botella y añadió—: No acostumbro beber, pero creo que si permaneciera en este lugar por mucho tiempo, terminaría haciéndolo.

—A mí también me está deprimiendo —comentó Charles— y me gustaría saber por qué. Comparando con personas realmente desgraciadas,

gente que he visto aquí y en mi país, herr Bussen es casi rico. Comparado con tipos acomodados, yo soy casi un indigente, pero nunca me he sentido pobre ni he temido serlo. Siempre he pensado que el día que deseara poseer dinero sobre todas las cosas, conseguiría dinero. Pero aquí… no sé… todos parecen tan adocenados, tan atemorizados… y no consiguen apartar sus mentes del dinero ni un segundo…

—Perdieron la guerra, por favor, no lo olvide —contestó Tadeusz, mientras hacía correr sus dedos por el teclado mudo, produciendo un martilleo uniforme como de castañuelas—. Usted debe saber que algo así hiere a una nación durante muchísimo tiempo. Aun así, no les tengo simpatía. En cuanto a sentirse adocenados, ¡ah!, usted tendría que ser polaco para darse cuenta de lo que eso significa. —Cruzó las piernas, comenzó a torturar la mecha de la coronilla, y continuó—: Estos individuos grandes, gordos y feos. ¡Por Dios! Deberían ser polacos un tiempo para descubrir lo que es estar famélico.

—No son todos feos —objetó Charles—. Ni por asomo.

—*Okay* —rezongó Tadeusz con indiferencia y sus ojillos se cerraron.

—Bueno, ¿qué me corresponde alegar? —se dijo Charles—. ¿Acaso supone que debo lanzarme apasionadamente a defender a los polacos? ¿O a acusar a los alemanes?

En realidad estaba pensando en su abrigo forrado de piel de cordero y se preguntaba si estaba en condiciones para ofrecérselo a herr Bussen y en cómo hacerlo. ¿Se limitaría a llamar a su puerta y decir: «Aquí tengo un abrigo que no necesito»? O (no, no sería correcto). «Si necesita un abrigo, ¿por qué no usa este un tiempo?». Ha de haber alguna manera de hacerlo con respetabilidad. Explicó el caso a Tadeusz y le pidió consejo.

—¡Oh, no! —repuso el polaco—. Usted no puede hacer algo así. Es muy orgulloso y se enfadaría muchísimo. —Mientras mecía un pie, añadió—: Además, debe saber que los sufrimientos de un hombre le pertenecen y que a menudo los escoge como parte de sus fines. ¿Y por qué es así? Con demasiada frecuencia sentimos una profunda lástima de la gente por razones completamente erróneas. Las personas pueden no necesitar o desear nuestra compasión. ¡Pobre viejo Bussen!, decimos, y esto hace que nos sintamos mejor y más seguros de nuestra propia fortuna. A veces hay cosas mucho peores que el frío y el hambre. ¿Alguna vez lo ha pensado? ¿Acaso conoce a Bussen, sus sentimientos, sus proyectos? Creo que hasta que no penetre en esos aspectos de su personalidad, será mejor que no intervenga.

—Si hoy no hubiéramos intervenido, tal vez ahora estaría muerto —refutó Charles.

—Bien, quizá hemos cometido un error —contestó Tadeusz con calma—. Esperemos y veamos. Desde luego que si pudiéramos darle dinero o comida sin que llegara a enterarse de nuestras razones, sería muy distinto, pero eso no es posible. Si después de todo lo que ha ocurrido, usted va y le ofrece un abrigo, ¿qué espera que haga? El pobre sin duda sentirá deseos de arrojárselo por la cabeza. Un hombre puede aceptar la caridad cuando no teme el desprecio del donante. Pero sólo los buenos amigos pueden aceptar e intercambiar favores. Nunca en otro caso.

Tadeusz se puso en pie, atravesó la habitación con paso rápido, se inclinó y escudriñó el rostro de Charles.

—Querido amigo —le dijo—, no se enfade por lo que voy a decirle, pero ustedes los estadounidenses tienen ideas muy extrañas. ¿A qué viene toda esta benevolencia? ¿Qué espera ganar con ella?

—Nada —contestó Charles—, me limitaría a perder un abrigo. La cuestión es que no lo necesito y, por lo menos en lo que a mí respecta, asunto concluido.

—Parece moralmente indignado —comentó el polaco. Hizo una pausa y sonrió antes de proseguir—: No se cabree. ¿Oye qué bien hablo el inglés de su país? Usted se enorgullecería de su posibilidad de regalar un abrigo. Herr Bussen ya no padecería frío, pero debería su abrigo a la caridad de un extraño. Y esta circunstancia podría arruinar toda su carrera. Trate de entenderlo. Sé más acerca del asunto que usted. Si alguna vez decido viajar a su país, le pediré consejos sobre la forma de comportarme con los estadounidenses.

—No creo que los estadounidenses sean tan distintos —objetó Charles.

—Créame —insistió Tadeusz—, ustedes son como seres de otro planeta para nosotros. No le ofrezca el abrigo a herr Bussen. Si lo hace, lo odiará.

—No puedo creer que las cosas funcionen realmente así.

—Si usted se las da de benefactor —advirtió Tadeusz—, sepa que lo aborrecerán. Permítame que le cuente una anécdota. Un hombre muy rico que yo conozco quiso destinar una suma considerable para ayudar a músicos jóvenes, pero habló con un abogado sobre el tema y puso como condición que el donativo fuera anónimo. Su nombre no debía darse a conocer bajo ninguna circunstancia. El abogado, por supuesto, comentó que todo podría arreglarse pero objetó que el asunto resultaría misterioso. ¿Por qué su cliente deseaba algo semejante? Y este hombre sabio contestó: «Soy supersticioso y no quiero que ellos maldigan en mi nombre».

—¡Dios! —exclamó Charles, horrorizado.

—¡Ah, sí, Dios! —repitió Tadeusz amablemente.

Charles dejó el abrigo en el armario y en su lugar le llevó a herr Bussen leche y naranjas. Hans estaba en la habitación sentado junto a la cama ofreciéndole más sopa. El enfermo aceptó y se dispuso a tomar el alimento como si fuera una amarga medicina. Charles pensó: «Sí, es verdad, esto no le hace ningún bien». Vio con toda claridad que herr Bussen se sentía cada vez más hundido en una deuda que no tenía esperanzas de pagar. Charles, al pie de la cama, vio cruzar por su mente como un relámpago una escena curiosa: herr Bussen, víctima de la caridad, corría como un ciervo por un terreno yermo y nevado, mientras Hans, Tadeusz, Rosa y él, Charles, lo perseguían en medio de gritos para apresarlo, por la garganta si fuera necesario, y darle ayuda y consuelo. Charles oyó los profundos y lastimeros aullidos de los sabuesos moteados de su padre.

Cuando Rosa entró con la bandeja del café, en uno de sus extremos había una caja lacada de metal de color negro y aspecto normal y corriente. La mujer se mantuvo de pie, sin servir, con las manos apoyadas en la mesa, y dijo en voz baja:

—Supongo que este no ha sido un buen día para nadie. Me arrepiento muchísimo por haber tratado a herr Bussen con acritud. Se lo he dicho y él me ha contestado… me ha contestado con ternura. Pero sé que usted, que es extranjero y de un país rico…

—El país puede ser rico —interrumpió Charles—, pero la mayoría de su población no.

—Es muy difícil que lo entienda —continuó Rosa sin escuchar las palabras de Charles—. Bueno, quiero mostrarle algo y entonces tal vez comprenda un poco lo que nos ha ocurrido. Los extranjeros de todo el mundo vienen aquí con su dinero…

—Le repito que no soy rico —insistió Charles, desesperanzado.

Rosa le dirigió una mirada cargaba de algo muy parecido al desprecio por aquella mentira. Ella sabía bien de qué se trataba. El muchacho pertenecía al peor tipo de estadounidense, el que finge ser pobre.

—Con su dinero —continuó enfadada y alzando la voz—. Y piensan que somos indignos porque tenemos miedo del futuro y no sabemos cómo nos las arreglaremos para vivir. Nos desprecian porque estamos arruinados, pero ¿por qué estamos arruinados? ¿Quiere decírmelo? Porque su país se esfumó y

nos traicionó durante la guerra. Ustedes deberían habernos ayudado y no lo hicieron.

Su voz cayó y se hizo más amarga y tranquila. Charles comentó con un tono positivo y razonador:

—Durante toda la travesía, los alemanes no dejaron de repetírmelo. La verdad es que he oído conversaciones sobre la guerra toda mi vida, pero casi no la recuerdo. Debo confesar que no he pensado mucho acerca del asunto. Si lo hubiera hecho, tal vez no habría venido a Berlín.

—Usted no tenía motivos para pensar en la guerra —dijo Rosa—, pero aquí no hay otro tema de reflexión.

Abrió la caja negra. Estaba llena de papel moneda, apretados rollos sujetos por una banda elástica, una cantidad que Charles sólo había visto al echar una ojeada a las manos de algún cajero protegido, detrás de las barras de la ventanilla de un gran banco. Rosa levantó uno de los rollos.

—Esto no es nada… —afirmó con afectada ligereza—. Son nada más que cien mil marcos cada uno… Espere. —Levantó otro y recorrió el borde con los dedos—. Estos son de quinientos mil marcos. Mire. —Su voz vaciló —. Y estos son de un millón de marcos.

A medida que hablaba, iba dejando caer el dinero sobre la mesa sin levantar la vista. El terror y la reverencia se reflejaban en su rostro, como si creyera otra vez, aunque sólo por un instante, en el valor de ese papel tanto como había creído hace años.

—¿Usted ha visto alguna vez un billete de cinco millones de marcos? Aquí hay cien. Nunca los volverá a ver y… ¡oh! —gritó súbitamente en un frenesí de dolor, mientras aferraba los pérfidos billetes con ambas manos—. ¡Intente usted comprar una hogaza de pan con todo esto… inténtelo… inténtelo!

Su voz se hizo estridente. Se puso a llorar sin la menor vergüenza, sin esconder su cara, con los brazos colgándole flojos, mientras aquellos billetes sin valor yacían desparramados por el suelo.

Charles miró a su alrededor como si esperase que un milagro le llevara ayuda y rescate. Se apartó de Rosa pensando sólo en escapar, mientras decía lo único que se le ocurrió:

—Ya sé que todo esto es un asunto terrible, pero ¿qué puedo hacer yo?

Esa torpe pregunta produjo un efecto extraordinario. Las lágrimas de Rosa pararon de manera instantánea, su voz se hizo más grave y habló dominada por una rabia intensa.

—Claro que usted no puede hacer nada —dijo con vehemencia—, nada, porque no sabe nada de nada, ni siquiera puede imaginar…

Charles cogió el dinero de la alfombra y Rosa comenzó a colocarlo en la caja. Arregló los tiesos billetes pálidos, primero de un modo y luego del otro, deteniéndose de vez en cuando para apretar la punta de su nariz con su pañuelito.

—No hay nada que decir, nada que hacer —repitió al tiempo que dirigía a Charles una mirada cargada de resentimiento, como si él hubiera fracasado de alguna manera, una mirada tan personal e iracunda que parecía destinada a un miembro de su familia o a un amigo muy personal o… ¿qué diablos era Rosa para él? Una extranjera de mediana edad que le había alquilado una habitación, alguien a quien había esperado dirigir la palabra y ver quizá una vez por semana, pero, ahí estaba, revoloteando a su alrededor, llorando sobre su hombro, contándole sus preocupaciones, cargándole sobre sus espaldas la responsabilidad de las desdichas del mundo y volviéndolo loco, sin que él pudiera arreglárselas para salir de la difícil situación. Rosa cerró la caja y apoyó las manos sobre la mesa—. Cuando uno es pobre —comentó— siente miedo de los pobres y los desgraciados. Tenía miedo de herr Bussen… no, casi lo odiaba. Todos los días pensaba: «Dios, un hombre semejante nos traerá mala suerte a todos, nos arrastrará al fondo consigo». —Ahora hablaba en un tono de voz muy bajo—. Pero hoy —continuó—, he visto con claridad que herr Bussen vivirá pese a todo, porque es fuerte y no tiene miedo. Y eso me consuela mucho, pues yo me espanto por cualquier cosa.

Sirvió el café, cogió la caja lacada y se marchó.

Esa noche, los habitantes de la casa dormirán bien. «¡Qué alivio —pensó Charles—, poner un tranquilo tramo de oscuridad entre uno mismo y lo que ha ocurrido! Menos mal que el viejo Bussen no ha muerto!». Sintió afecto por el viejo Bussen, quien continuaba respirando y roncando con largos y sonoros quejidos, como si no pudiera aspirar el aire con la fuerza necesaria.

A la mañana siguiente, cuando Charles se asomó para echar una mirada a herr Bussen, vio que dos jóvenes solemnes y huesudos le estaban haciendo compañía, uno sentado en la cama y el otro en la silla de respaldo alto. Ambos se volvieron y miraron al desconocido con sus profundos ojos azules exactamente iguales. Herr Bussen, que tenía un aspecto excelente y feliz, se los presentó. Hermanos mellizos, dijo, un par de amigos de la escuela, que en ese momento iban a cumplir la ambición de su vida. En la víspera de Año Nuevo inaugurarían un pequeño cabaret, la mitad de un sótano pequeño y acogedor, con la mejor cerveza, mesas para comer y muchachas hermosas que

cantarían y bailarían. Nada ostentoso, pero un buen lugar, y herr Bussen esperaba que Charles fuera con él para celebrar el día de la apertura. Charles contestó que le parecía una buena idea y que quizá a Tadeusz y a Hans les gustara acompañarlos. Los hermanos lo miraban sin la menor expresión en sus rostros. Herr Bussen se sentó, como si en él hubiera surgido una nueva vida.

—¡Oh, sí! —exclamó—. Iremos todos juntos.

Los mellizos se pusieron en pie estirando sus enórmes estaturas y uno de ellos advirtió:

—Tampoco resultará caro.

Como si dar esa buena noticia le resultara placentero, sonrió a Charles con una sonrisa amplia y tranquilizadora. Charles le devolvió la sonrisa y le preguntó a herr Bussen:

—Voy a salir. ¿Quiere que le traiga algo?

—¡Oh, no! —contestó herr Bussen con energía mientras negaba con la cabeza y mostraba en sus ojos un ligero brillo de resentimiento—. Gracias, no necesito nada en absoluto. Pienso levantarme.

Al pie de los escasos peldaños que conducían al cabaret, había un plato lleno de restos de comida para los animalitos hambrientos. Un gato negro comía a toda velocidad y mientras tragaba atisbaba nervioso por encima de su lomo. Uno de los mellizos asomó la cabeza e, invitando a pasar con aire festivo a los cuatro visitantes, advirtió la presencia del gato y dijo la frase ritual:

—¡Que le aproveche!

Abrió la puerta y descubrió un lugar pequeño, recién pintado y con muchísimas luces, lleno de mesas cubiertas con manteles de cuadros rojos y blancos, un bar modesto y en el extremo más alejado, una larga mesa con comida fría. Y todo eso en el primer vistazo. Las decoraciones de papel de colores, el adorno de plumas colgado encima del espejo, el estante en el que se alineaban las jarras para la cerveza y el reloj de cucú daban al local un toque casero.

No se parecía en nada a la idea que tenía Charles de un cabaret berlinés. Había oído hablar tanto sobre la vida nocturna de Berlín que esperaba algo más sofisticado. Y así se lo comentó a Tadeusz.

—¡Oh, no! —explicó el polaco—. Esto es otra cosa. Está pensado para complacer la clase media alemana, tan sonrosadita y estrecha de miras que se contentará con este local rebosante de manifestaciones de alegría y jarras de cerveza. Si usted tuviera un hijo pequeño, podría venir con él sin problemas.

Parecía tan encantado como Hans y herr Bussen. Recorrieron el local y elogiaron el trabajo de los mellizos. Todos se mostraban contentos y emocionados, porque nunca habían conocido a nadie que dirigiera un cabaret y gozaban la divertida sensación de estar en el meollo del asunto, al menos en esa ocasión única. Casi de inmediato, comenzaron a llamar a herr Bussen por su nombre de pila. Tadeusz fue el primero en hacerlo.

—Otto, querido amigo, ¿puede darme fuego? —pidió.

Y Otto, que no fumaba, enrojeció de placer y buscó en sus bolsillos como si esperara encontrar cerillas.

Habían sido los primeros en llegar. Cuando los mellizos los abandonaron para ultimar los detalles, entrando y saliendo por la puerta batiente que conducía a la cocina, Otto los condujo hasta la mesa donde estaban los platos fríos. Se sirvieron con desahogo pero con medida porque, visto de cerca, la comida parecía muy frugal, como si las rodajas de queso y embutidos hubieran sido contadas, y el pan, pesado. Un joven con una chaqueta blanca les sirvió jarras altas desbordantes de cerveza. Los cuatro las levantaron, brindaron por los hermanos y bebieron larga y profundamente.

—En Munich— dijo Tadeusz— solía beber con un montón de estudiantes de música, todos alemanes. Bebíamos y el que se veía obligado a retirarse el primero pagaba por todos. Siempre me tocaba pagar a mí. En realidad, era bastante aburrido.

—Para decirlo con suavidad, una costumbre pesada —comentó Hans— y, por supuesto, el tipo de situación que los extranjeros advierten y comentan como si se tratara de algo típico.

Su cara expresaba un ligero disgusto. Miró a Tadeusz desde arriba, pero el polaco se negó a sentirse desairado.

—Ya he convenido en que resultaba bastante agotador —dijo— y, después de todo, no es más que un incidente en la vida de Munich.

Su tono era sedante, cargado de indulgencia, un poco insolente. Charles, que observaba la escena en silencio, pensó con una ligera sorpresa que esos dos tipos no se gustaban. Y, casi instantáneamente, sintió por ellos una mezcla de indiferencia y desagrado, junto con la inquieta certeza de que se encontraba en mala compañía. Entonces deseó no haber ido al cabaret con Tadeusz y Hans.

Uno de los mellizos se inclinó con toda su ingenuidad, para llamarles la atención sobre dos recién llegados. Vieron a un joven bien parecido y con pinta de bobo y con una cuidada mata de rizos sobre una frente olímpica, de

la que era muy consciente, que ayudaba a una muchacha de piel olivácea y pelo amarillo a quitarse el abrigo.

—Una estrella cinematográfica —susurró el mellizo con emoción—. La chica es su amante y la protagonista.

Inmediatamente, se lanzó al encuentro de sus famosos y las acomodó con torpeza. Unos minutos después, regresó con el grupo.

—Ahí llega Lutte. Es modelo y una de las muchachas más hermosas de Berlín —informó con voz vibrante—. Cuando llegue el momento oportuno, bailará una rumba.

Los cuatro se volvieron dominados por una curiosidad natural y vieron a una joven esbelta y muy bella, su cabeza brillante como una dorada peonía, erguida sobre un traje negro muy corto. Les sonrió y agitó la mano en señal de saludo. Los muchachos se pusieron en pie y se inclinaron, pero Lutte no se acercó como habían esperado. En cambio, se apoyó en la barra y se puso a conversar con el joven de chaqueta blanca. La sala se fue llenando con bastante rapidez, todos se lanzaron hacia la larga mesa y los mellizos, sonrojados por el éxito, rebosaban de satisfacción y se movían con presteza de un lado al otro llevando bandejas y jarras de cerveza. Una reducida orquesta ocupó un pequeño espacio junto al bar.

Charles observó que casi todos los presentes habían ido con un instrumento musical, un violín o una flauta, un acordeón o un clarinete. Incluso vio a un hombre agobiado bajo el peso de un violonchelo que llevaba en una caja cubierta de paño verde. Una mujer joven, de caderas anchas y piernas gruesas, con un moño de cabello liso color castaño sobre la nuca, entró sola, echó una mirada con una vaga sonrisa que nadie le devolvió y se dirigió al bar, donde se puso a manejar con gran competencia bandejas llenas de jarras de cerveza.

—Usted puede verla —dijo Hans mientras contemplaba a Lutte con mirada posesiva—: la auténtica belleza alemana. Dígame, ¿ha visto algo mejor en alguna parte?

—¡Oh, vamos! —comentó Tadeusz con suavidad—. En esta ciudad no hay ni siquiera media docena como ella. Las piernas y los pies, ¿son auténticamente alemanes? Quizá tenga sangre francesa o un poco de polaca, si bien le falta pecho…

—Lo que usted nunca parece entender —objetó Hans un tanto cortante — es que cuando digo alemán, no me refiero a los campesinos ni a esos gordos berlineses.

—Quizá deberíamos referirnos siempre a los campesinos cuando hablamos de una raza —contestó Tadeusz—. La nobleza y la realeza representan la mezcla de sangres, el complejo mestizaje. En realidad no tienen nacionalidad alguna. Incluso las clases medias se casan en cualquier parte, pero el campesino permanece en su propia región y se casa entre los suyos, generación tras generación. Así como yo lo veo, mantienen la raza con toda facilidad.

—La objeción a esa idea —observó Hans— es que el campesino de un país se parece al campesino de cualquier otro país.

—¡Oh! —exclamó Otto—. Sólo superficialmente. Si usted los estudia sus cráneos son muy diferentes. —Se inclinó hacia delante con gran seriedad —. No importa cómo se haya producido —añadió—, pero la verdad es que el antiguo tipo germano es alto, delgado y hermoso como los dioses. —En su frente se formó una profunda arruga que le trazó una grieta carnosa en el ceño. Una oleada de ternura iluminó sus ojillos inflamados y el rollo de grasa que remataba su cuello enrojeció por la emoción—. Nosotros no somos todos del tipo porcino —añadió con humildad, mientras extendía sus manos rechonchas—. No, de ninguna manera, aunque sé que los caricaturistas extranjeros nos pintan así. Tal vez fueran porcinos los hombres del viejo pueblo vendo, pero en cualquier caso sólo eran una tribu y no representan el verdadero y poderoso…

—Tipo germano —terminó Tadeusz con indulgente rudeza—. Estamos de acuerdo, los alemanes son el más alto exponente de la belleza y sus modales son extremadamente elegantes. No hay más que conservar su golpear de talones, sus reverencias y sus voces agudas… ¡Y cuán cortés y sonriente puede ser un policía de dos metros diez de estatura cuando se dispone a partirle a uno el cráneo! Yo lo he comprobado. No, Hans, ustedes poseen una gran cultura, eso es indudable, pero considero que carecen de civilización. Ustedes serán la última raza de la tierra en ser civilizada, pero ¿qué importa eso?

—Por otra parte —intervino Hans con extraordinaria cortesía, sonriendo con un frío fulgor en los ojos—, los polacos, si a uno le agrada el tipo tártaro de altos pómulos y frente estrecha, también poseen una gran belleza física y, aunque no hayan contribuido en absoluto a la cultura mundial, creo que son civilizados a su manera medieval.

—Gracias —replicó Tadeusz, volviéndose hacia Hans para mostrarle sus mejillas hundidas y su frente alta y angosta—. Una de mis abuelas era tártara, así que usted puede comprobar hasta qué me ajusto al tipo.

—Uno de sus abuelos fue austríaco, también —dijo Otto—. Jamás le he visto como el típico polaco. Me recuerda más el tipo austríaco.

—¡Oh, por Dios! ¡De ninguna manera! —exclamó Tadeusz con decisión, y rió con los labios apretados—. No, no, prefiero ser tártaro. Pero, de todos modos, soy polaco.

Charles había visto muy pocos polacos. Su conocimiento se reducía a unos pocos hombres de piernas cortas y cara ancha, a quienes había observado alguna vez colocando las traviesas del ferrocarril en el sur, pero jamás habría determinado su nacionalidad, si un hombre no se la hubiera dicho, llamándolos polonos. Por eso no estaba en condiciones de opinar acerca de Tadeusz, pero tanto Hans como Otto se ajustaban a tipos que le eran muy conocidos. Texas estaba lleno de muchachos como Otto, y Hans le recordaba a Kuno. Pensó que la discusión no los llevaría a ninguna parte y se acordó de las discusiones de sus días de estudiante, entre los chicos mexicanos, alemanes y los oriundos de Kentucky. Los irlandeses peleaban con todo el mundo, y Charles, que en parte era irlandés, había intervenido en muchas luchas, en las cuales la disputa original se disolvía en la simple violencia. Para desviar la conversación, Charles dijo:

—Durante mi travesía, los pasajeros alemanes insistían en que no soy un estadounidese típico. ¿Cómo podían saberlo? Claro que soy el típico estadounidense.

—¡Oh, de ningún modo! —exclamó Tadeusz, y esta vez su buen humor era real—. Nosotros lo conocemos bien. Los estadounidenses son vaqueros o muy ricos. Los ricos se emborrachan en los países pobres y pegan billetes de mil francos en sus maletas o encienden con ellos sus cigarrillos…

—¡Dios mío! —Se horrorizó Charles—. ¿Quién se habrá inventado esa leyenda?

Incluso los turistas estadounidenses la repetían con espanto pero encantados, como si quisieran demostrar que ellos no eran así.

—¿Sabe usted cuál es el problema? —preguntó Tadeusz amablemente —. ¡Los estadounidenses que conocemos son tan asquerosamente ricos! No hay nada que los europeos amen, deseen y codicien más que la riqueza. Si no creyéramos que su país tiene dinero a montones, no tendríamos nada en contra de ustedes… personalmente.

—De todos modos, seguimos siendo bastante borrachos —dijo Charles —. Ya nada nos importa un pito.

—Los europeos nos odiamos los unos a los otros por todo y por nada. Hemos estado tratando de destruirnos los unos a los otros durante dos mil

años. ¿Por qué quieren que nos gusten los estadounidenses? —preguntó Tadeusz.

—No pretendemos tal cosa —repuso Charles—. ¿Quién dice que queramos eso? A nosotros nos gusta todo el mundo con toda naturalidad. Somos sentimentales. Como los alemanes. Ustedes sólo se muestran encantadores con ustedes mismos, siempre tienen razón y jamás logran comprender por qué los otros pueblos no pueden verlos bajo la luz rosada con que ustedes mismos se contemplan. No olvide que, siendo un pueblo magnífico, nadie los quiere. Sí, es una pena.

Otto miró a Charles con gravedad, por debajo de sus cejas espesas, negó con la cabeza y dijo:

—En realidad, creo que a los estadounidenses no les gusta nadie. Los demás les resultan indiferentes y por eso les es fácil ser alegres y despreocupados y mostrarse tan amables. En realidad son un pueblo de corazón frío e impasible. No tienen preocupaciones porque no saben asumirlas. Y si tuvieran alguna preocupación, pensarían que se trata de un paquete del vecino que les ha sido entregado por error. Así lo creo.

Charles comentó amargado:

—No estoy en condiciones de hablar de los países en su conjunto, porque no conozco bien ninguno, ni siquiera mi propio país. Sólo conozco a unas pocas personas de un sitio u otro. Algunas me gustan y otras no. Y jamás he pensado que estas opiniones pudieran formarse más que sobre personas…

Tadeusz interrumpió:

—¡Oh, querido amigo! Usted es demasiado modesto. Todo el arte de la prepotencia consiste en elevar los gustos y antipatías personales a la categoría de principios estéticos o morales y aplicar a un plano internacional las experiencias personales más insignificantes… Si alguien le pisa un pie, usted no descansará hasta que logre reclutar un ejército para vengar la ofensa… Bueno, ¿qué estamos haciendo con nuestra noche? A este paso, tendré una indigestión…

—¿Y qué opina acerca de nuestros amigos los franceses? —preguntó Hans de súbito—. ¿Alguien puede encontrarles una sola tacha? Su comida, sus vinos, sus ropas, sus modales… —Levantó la jarra y bebió sin alegría para añadir—: Una raza de monos.

—Tienen pésimos modales —arguyó Tadeusz— y son capaces de hacerlo tiras a uno con un par de tijeras romas por cinco francos. Un pueblo egoísta y corto de vista, pero… ¡cómo los quiero! Aunque no tanto como a los ingleses. Consideremos a los ingleses…

—Consideremos a los italianos —propuso Charles—. A todos.

—Nada digno de mención a partir de Dante —opinó Tadeusz—. Detesto su tosco Renacimiento.

—Pues si esto ya está claro —sugirió Charles—, consideremos a los pigmeos, a los islandeses o a los cazadores de cabezas de Borneo…

—Me gustan todos —exclamó Tadeusz—, en especial los irlandeses. Me encantan los irlandeses porque son casi tan condenadamente patriotas como los polacos.

—Fui educado en el patriotismo irlandés —explicó Charles—. El apellido de mi madre es O'Hara y yo debía sentirme orgulloso por ello, pero tal actitud no es demasiado fácil cuando a uno lo llaman Harp o Potato Mouth en una escuela donde los otros chicos son escoceses presbiterianos o descendientes de ingleses.

—¡Qué tontería! —exclamó Tadeusz.

Y comenzó a hablar encantado y con toda tranquilidad sobre la grande y antigua raza celta y, dirigiéndose cierta picardía a Hans, alabó su vieja cultura, cuyas trazas se pueden encontrar en cualquier parte de Europa, dijo:

—Sí, incluso los alemanes se beneficiaron de su sabiduría.

Hans y Otto negaron con la cabeza, pero al parecer su enfado se había esfumado. Sus expresiones se suavizaron y volvieron a cruzarse las miradas con tranquilidad. Charles se sintió satisfecho y halagado al comprobar que alguien que no pertenecía a su familia reconocía la grandeza de Irlanda y le explicó a Tadeusz:

—Mi padre solía decirme: «¡Ah, los irlandeses, muchacho! Dios sabe que cayeron hace muchísimo tiempo, pero no olvides que poseían una extraordinaria cultura cuando los ingleses eran todavía medio salvajes, y que intercambiaban sabiduría con los viejos franceses».

Tadeusz se lo tradujo a Hans y a Otto. Hans se carcajeó con tantas ganas, que se vio obligado a llevarse una mano a la mejilla, mientras hacía una mueca.

—Tenga cuidado —le advirtió Tadeusz, al tiempo que observaba la herida con el mismo de interés clínico con que lo hacía siempre, porque sabía que al muchacho le agradaba.

Charles continuó diciendo que jamás había leído nada semejante en los libros de historia, que apenas contenían información sobre los irlandeses antes de que comenzaran a luchar contra los británicos. En efecto, los textos afirmaban, añadió, que sólo eran un pueblo salvaje que vivía en los pantanos. Había sentido pena por su padre y había tratado de estrujar una gota de

consuelo del mito de su pasado espléndido, pero los manuales no le habían sido de ayuda, así que estaba contento al creer que simplemente había recurrido a obras erróneas.

—Se parecen mucho a los polacos —afirmó Tadeusz— esos irlandeses que viven de la gloria del pasado, de su poesía, de su enjoyado *Book of Kells*, de las grandes copas y coronas de la antigua Irlanda, del recuerdo de victorias y derrotas tan impotantes como si hubieran sido encuentros entre los dioses y de la esperanza de alcanzar otra vez las cumbres de la gloria. —Tras una pausa, añadió—: Y mientras tanto, viven luchando sin tregua y con muy poco éxito.

Hans se inclinó hacia delante y dándose aires de profesor que se dirige a su clase, dijo:

—El destino de Irlanda (y el de Polonia también, no lo olvide, Tadeusz) constituye un ejemplo, el más terrible, de lo que puede ocurrir a un país cuando se divide y permite que el enemigo entre… Los irlandeses, tan nacionalistas en los últimos tiempos, aún están divididos. ¿Qué esperan? Al principio podrían haberse salvado uniéndose y atacando al enemigo en lugar de quedarse tranquilos a la espera del ataque.

—Hans —le recordó Tadeusz—, esa técnica no siempre produce buenos resultados.

El muchacho hizo caso omiso de la broma. Charles, mal informado, trastabillando en las arenas movedizas de la historia de los pueblos, no fue capaz de formular un solo comentario, aun cuando todo el asunto resultaba muy ofensivo.

—Pero ¿por qué saltar encima de un hombre si él no lo hace primero? —se limitó a preguntar.

Hans, el joven oráculo, tenía pronta la contestación:

—¿Por qué? Pues porque el otro siempre ataca cuando uno no mira o ha dejado caer los brazos un instante. De manera que uno recibe el merecido castigo por haberse descuidado, por no haberse tomado la molestia de averiguar las intenciones del enemigo, así que es derrotado y la derrota es su fin, a menos que sea posible recuperar las fuerzas y luchar de nuevo.

—Los celtas no están acabados —comentó Tadeusz—. Hay muchísimos celtas, desparramados por doquier y todavía ejercen influencia en todo cuanto tocan.

—¿Influencia? —preguntó Hans—. Una influencia tangencial, femenina, sin valor. El poder, el poder puro es lo que cuenta en una nación o en una raza. Hay que estar en condiciones de ordenar a los otros pueblos lo

que deben hacer y, sobre todo, lo que no deben hacer. Hay que ser capaz de hacer cumplir las órdenes dadas se oponga quien se oponga. Y cuando se exige algo debe alcanzar sin objeciones. Ese es el único poder real y el poder es lo único que vale o importa en este mundo.

—Pero no dura más que otros atributos —replicó Tadeusz—. No siempre funciona con tanto éxito como la astucia prolongada o la estrategia inteligente. A largo plazo el poder se desmorona.

—Tal vez ocurra así porque los pueblos poderosos se fatigan del poder —intervino Otto, mientras apoyaba la cabeza en la mano, mostrándose descorazonado—. Quizá se cansen de castigar a la gente, de espiarla, de impartir órdenes y de saquearla. Quizá acaben agotados.

—Y tal vez un día se extralimiten o surja una potencia joven y nueva que les imponga el punto final —sugirió Tadeusz—. Suele suceder así.

—Quizá descubran que no vale la pena —propuso Charles.

—Siempre vale la pena —contestó Hans—. Esta es la cuestión. El poder vale la pena, es lo único que vale la pena. Todo lo demás resulta infantil a su lado. Otto, usted me sorprende. Su punto de vista es muy extraño.

Otto se inclinó, culpable e incómodo, y dijo:

—No soy soldado. Amo el estudio y la tranquilidad.

Hans se irguió con rigidez en su silla. Con un brillo hostil y enajenado en los ojos, se volvió a medias hacia Charles y dijo:

—Nosotros los alemanes fuimos vencidos en la última guerra, en parte gracias a su gran país, pero obtendremos la victoria en la próxima.

Un escalofrío corrió por la columna vertebral de Charles, quien se encogió de hombros. Todos estaban un poco bebidos y, si se descuidaban, aquello podía degenerar en una pelea. No quería pelearse con nadie, ni deseaba librar otra guerra.

—Cuando la guerra terminó, todos nosotros vestíamos pantalones cortos —dijo.

—Sí, pero luciremos uniformes en la próxima —contestó Hans de inmediato.

—¡Oh, vamos, querido Hans! Jamás me he sentido menos sediento de sangre en mi vida. Lo único que deseo es tocar el piano —intervino Tadeusz.

—Y yo, pintar —dijo Charles.

—Y yo, enseñar matemáticas —añadió Otto.

—Tampoco yo estoy sediento de sangre —se defendió Hans—, pero sé qué sucederá. —Su mejilla, bajo la banda de esparadrapo, parecía un poco más hinchada que al comienzo de la noche. Los dedos de su mano izquierda

exploraban con delicadeza el borde de la carne inflamada de color azul. Y en un tono vivo pero impersonal añadió—: Escuchen, hay que recordar una cosa: nosotros debimos ganar esa guerra, pero la perdimos en sólo tres días, por más que lo ignoráramos o no pudiéramos creérnoslo durante cuatro años. ¿Cuál fue la causa de nuestra derrota? Una sola orden diferida, el fracaso de un ejército que no se movió en el momento en que era necesario hacerlo, en ese primer avance a través de Bélgica. Una retraso de tres días nos condujo a la derrota. Bueno, la próxima vez no sucederá lo mismo.

—No —comentó Tadeusz con amabilidad—, la próxima vez se producirá otro tipo de error, algo muy diferente marchará mal, nadie sabrá cómo ni por qué. Siempre es así. La inteligencia no gana las guerras, Hans. ¿Acaso no es capaz de verlo? El conjunto de los planes más minuciosos del mundo no puede asegurar a un ejército contra la ineficacia de ese individuo que, llegado el momento, retrasa la orden, imparte una orden equivocada o está en el lugar que no corresponde. ¡Vaya! El otro bando no hizo otra cosa que cometer desatinos continuamente y no obstante ganó la guerra.

—Fue la fuerza naval —opinó Charles—, la vieja fuerza naval. Confío en ella. A la larga, vence.

—Cartago era una potencia naval, pero no logró batir a Roma —contestó Otto.

—La próxima vez —insistió Hans con fría terquedad— no nos vencerán. Ya lo verán. La próxima vez no habrá errores en nuestro bando.

—Puedo esperar —dijo Tadeusz—. No tengo ninguna prisa, en absoluto.

—Yo también me encuentro en condiciones de esperar —reforzó Charles—. Entretanto, permítanme que beba mi cerveza.

La orquesta, más numerosa por la colaboración de los asistentes, quienes contribuían con sus violines, flautas y el violonchelo, estaba montando un gran escándalo, así que fue levantando la voz poco a poco.

—Dejemos el tema —propuso Tadeusz—, pues no podemos resolverlo esta noche.

El actor de cine y su amante se habían retirado, de modo que Lutte era la única belleza que quedaba en el local. Estaba sentada en una mesa cercana en compañía de varios jóvenes y de una muchacha. Todos bebían cerveza de buena gana y, de vez en cuando, los unos caían en brazos de los otros y se besaban ruidosamente en las mejillas. Los jóvenes besaban con entusiasmo a sus compañeros o a las chicas indistintamente. Lutte recogió las miradas de Charles y alzó su vaso en honor del muchacho. Él le respondió con el mismo

gesto y sonrió lleno de emoción. Era una mujer arrolladora y Charles sentía grandes deseos de conocerla mejor. Pero, aun en ese momento, como si se tratara del primer síntoma de una enfermedad fatal, lo perturbó la más espantosa premonición del desastre y sus pensamientos, confusos a causa de la bebida, de su condición de extranjero, del sonido de lenguas entendidas a medias y del ambiente creado por el recuerdo de odios y errores, se mezclaron en su interior con leyendas sobre Napoleón y Gengis Jan, Atila el Huno, todos los Césares, Alejandro el Grande y Darío, los tenebrosos faraones y la perdida Babilonia. Se sintió desvalido e indefenso, observó las tres caras extrañas que estaban a su lado y decidió no beber más. Debía mantenerse más sobrio que ellos porque no confiaba en ninguno de los tres.

Otto abandonó su cerveza y se puso a recorrer el local. Uno de los mellizos le alcanzó un acordeón cuando pasó a su lado. El cambio que se produjo en Otto fue milagroso. La expresión de lacia melancolía de su rostro se transformó en una máscara de puro gozo. Siguió la canción que estaba ejecutando la orquesta y anduvo entre las mesas, plegando y desplegando el instrumento en sus brazos, mientras sus dedos romos volaban sobre las teclas. Con voz enérgica y agradable, comenzó a cantar:

Ich armes welsches Teufelein
Ich kann nicht mehr marschieren

—*Marschieren*! —gritaron alegremente cuantos llenaban el lugar—. *Ich kann nicht mehr marschieren*.

Otto cantó:

Ich hab'verlor'n mein Pfeiflein
Aus meinen Mantelsack

—*Sack*! —corearon las voces— *Aus meinen Mantelsack*.

Hans se puso en pie y cantó con voz clara y viva:

Ich hab', ich hab' gefunden, was du verloren hast

—*Hast*! —Baló el coro, todos de pie, con las caras sonrientes iluminadas por la pureza y la inocencia, como corderos entregados a sus juegos—. *Was du verloren hast*.

Después se produjo una ola incontenible de risas y, de súbito, la orquesta cambió el ritmo y comenzó a tocar «El manisero». Lutte, con el rostro muy serio, como si se dispusiera a cumplir con una obligación, se levantó para bailar algo que sin duda se suponía una rumba, pero que a Charles le pareció una combinación de *black bottom* y *hoochy-coochy*, semejante a lo que había visto espiando furtivamente con los otros chicos en las atracciones carnavalescas de segunda durante su ingenua infancia en Texas. Había bailado esa misma rumba durante su travesía por el Atlántico y también en el puerto de Bremen y se le ocurrió que podría bailar allí. Tomó las maracas de manos del hombrecillo que las manejaba con bastante desgana, y comenzó a exhibir su versión de la rumba, sacudiéndolas y golpeándolas con fuerza.

Enseguida pudo oír el golpeteo rítmico de las manos en todo el local. Lutte abandonó su solo y se dispuso a bailar con él. Charles devolvió las maracas y cogió a la muchacha con firmeza por su cálida cintura, agitada y apenas cubierta por una tela tenue. Ella apartó con rigidez su cara de la del muchacho, sonrió en una brillante imitación de una *femme fatale* cinematográfica y de forma bastante torpe pero cargada de significado, golpeó su cadera contra la cadena de Charles. Este la acercó, la estrechó contra su cuerpo todo lo que pudo, pero Lutte se puso tensa otra vez y volvió a golpearlo, en esa ocasión en el estómago.

—¿Qué le parece si nos olvidamos de la técnica y dejamos que la naturaleza siga su curso? —preguntó el muchacho con sinceridad.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Lutte, quien de manera inesperada se expresó en inglés—. No lo entiendo.

—Bien —repuso Charles, al tiempo que la besaba en la mejilla—: esto también habla en inglés.

La chica no le devolvió el beso pero relajó los músculos y comenzó a bailar con naturalidad.

—¿Soy tan hermosa como la estrella cinematográfica que ha estado aquí esta noche? —le preguntó Lutte ansiosamente.

—Y mucho más —contestó Charles.

—¿Tendría éxito en el cine estadounidense, en su Hollywood? —volvió a preguntar y se inclinó hacia él.

—No se tropiece —le advirtió Charles—. Sí, usted lo haría muy bien en Hollywood.

—¿Bailo más o menos bien?

—Sí, querida. Eres toda una experta.

—¿Qué es eso?

—Algo maravilloso. Ven conmigo, ángel.

—¿Conoce usted a alguien en Hollywood? —insistió Lutte, aferrada con firmeza a su propio interés.

—No, pero puede que tú sí —comentó Charles—. Toda Alemania y Europa central ya están allí. De todos modos, no estarás sola mucho tiempo.

Lutte colocó su boca de durazno maduro junto a la oreja de Charles y respirando con dulzura le susurró:

—Llévame a Estados Unidos contigo.

—Bien, vayamos —asintió Charles y oprimiéndola con mayor firmeza, dio unos pocos pasos hacia la puerta.

Lutte lo obligó a retroceder.

—No, hablo en serio. Quiero ir a América.

—Yo también —añadió Charles medio atolondrado—. Todo el mundo quiere lo mismo.

—Eso no es cierto —objetó Lutte tajantemente, y casi se detuvo.

En ese momento, Hans se interpuso entre ambos. Charles volvió a su mesa. Se sentía engañado. La actitud de Lutte cambió por completo. Se derretía junto a Hans, besaba una y otra vez su mejilla derecha con suavidad y ternura, con la boca cariñosa y dulce, con los ojos cerrados. Sobre la cara desfigurada de Hans se pintó de nuevo la expresión de orgullo desenfrenado, de sosegada prepotencia, de arrogancia, sí, de arrogancia, esa era la verdadera palabra. Un relámpago de odio agudo por Hans sacudió a Charles, pero luego pasó.

—¡Maldita sea! —dijo en voz alta sin dirigirse a nadie—. Después de todo, ¿qué importa?

—Pienso lo mismo —asintió Tadeusz—. ¡Maldita sea! Después de todo, ¿qué importa?

Otto, que permanecía sentado y tan tranquilo, se puso en pie y sonrió.

—¡Qué hermosa noche! —dijo—. Somos todos amigos, ¿verdad?

—Sin duda —repuso Tadeusz—. Todos somos amigos suyos, Otto.

Tadeusz se había ido aquietando, sus gestos eran cada vez más suaves, sus ojos atisbaban con una mirada vaga por debajo de sus párpados arrugados y su apretada sonrisa no se borraba de sus labios.

—Me estoy emborrachando como un condenado y pronto mi conciencia comenzará a molestarme —anunció con resignación.

Los otros, que apenas lo oían, lo escucharon contar una historia de su infancia en Cracovia.

—… en la vieja casa donde mi familia había vivido desde el siglo doce… En Pascua sólo comíamos cerdo como muestra de desprecio por los judíos y, después del largo ayuno de la Cuaresma, nos hartábamos de comida sin la menor vergüenza… La mañana de Pascua, después de la misa mayor, yo engullía sin parar hasta hartarme y, cuando comenzaba a dolerme todo, me acostaba y me ponía a llorar, y cuando me preguntaban qué me ocurría, contestaba avergonzado que me dolía la conciencia. Todos se mostraban muy respetuosos y me consolaban. Pero en ciertas ocasiones creí descubrir un destello en algunos ojos o simplemente un relámpago en ciertos rostros, no en el de mi madre, sino en el de mi hermana, que era una personita horrible e inteligente, y en el rostro de la niñera. Un día, la niñera me obligó a beber un jarabe calmante, me dio masajes en el estómago con una simpatía falsa e insultante y me dijo: «Ahora tu conciencia se sentirá mejor, ¿verdad?». Me alejé dando alaridos y corrí a contarle a mi madre que la niñera me había golpea do en el estómago. Luego, vomité todo mi cerdo de Pascua, así que al menos una vez, los judíos tuvieron su revancha. La niñera comentó: «¡Qué monstruito es este chico!». Más tarde, mi madre y ella conversaron en la habitación vecina y, cuando regresaron sonriendo, supe que el juego había llegado a su término. Jamás volví a mencionar mi conciencia delante de ellas. Sin embargo, siendo ya mayor o casi, volví una vez a casa muy borracho a las cuatro de la mañana y me arrastré escaleras arriba, porque me parecía irrazonable que la gente se pasara la vida caminando sobre dos piernas. La alfombra roja de la escalera me daba gran seguridad y en ella me sentía muy a gusto, y recuerdo que entonces me consideré una especie de profeta del bien para el género humano, porque había restaurado un viejo medio de locomoción que probablemente revolucionaría la sociedad entera, en cuanto yo probara sus ventajas. El primer obstáculo con el que tropecé fue mi madre. Estaba de pie en lo alto de la escalera, sosteniendo una vela encendida en la mano y aguardando sin decir una sola palabra. Agité una mano en su dirección pero no obtuve respuesta. Cuando asomé la cabeza por encima del último peldaño, me pegó tal puntapié por debajo de la barbilla que estuvo a punto de lanzarme a la planta baja. Ella jamás mencionó el incidente y a mí mismo me habría costado creerlo si no hubiera sido por la herida que descubrí en mi lengua el día siguiente. Bueno, tal fue mi educación en esa vieja ciudad, pero ahora la recuerdo con ternura, como si hubiera transcurrido entre un cementerio y un paraíso perdido, en medio de un vibrante tañido de campanas…

Otto lo interrumpió para decir:

—Tal vez deberíamos beber un poco de cerveza.

Y con una expresión amarga, habló de su propia infancia. Mientras se hallaba entregado a la tarea de partir y comer nueces su madre lo había castigado un día con bastante rudeza, sin la menor advertencia. Con lágrimas en los ojos, le preguntó la razón de la azotaina y su madre contestó: «No me hagas preguntas. Lo que fue bueno para Martín Lutero, tiene que ser bueno para ti». Más tarde, en un libro infantil leyó que la madre de Lutero lo había zurrado hasta que comenzó a sangrar porque no podía soportar el ruido que hacía el chico al partir las nueces.

—Hasta entonces —comentó Otto— había pensado en Lutero como en un hombre grande, aborrecible y cruel, que amaba el derramamiento de sangre, pero después de eso, sentí compasión por él. Hubo una época en que fue un pobre muchacho indefenso como yo, al que se castigaba por nada. Y, sin embargo, llegó a ser grande. —En su cara brillaba una humilde satisfacción cuando añadió—: Fue una tontería infantil, pero me ayudó a vivir.

Las flotantes nubes de humo, las luces, las voces y la música se mezclaban y ondulaban por encima de las cabezas. Apareció la mujer joven y alta que había colaborado sirviendo en la barra, su moño ya se le había deshecho, y se puso a empujar las mesas y las sillas contra la pared. Sus hermosas caderas se meneaban debajo de su falda ajustada, su pecho abundante se levantaba y caía conforme alzaba y bajaba los brazos y cada vez que empujaba una mesa mantenía sus fuertes piernas tensas y separadas. Los hombres la contemplaban desde su asiento, sin moverse ni ofrecerle ayuda. Charles advirtió otro cambio en Otto. Miraba a la muchacha con suma atención, con la boca húmeda. Parecía perdido en un deslumbramiento placentero. Su nariz se estremeció y sus ojos se abrieron redondos y mostraron la artera ferocidad de un gato. La chica se inclinó hacia delante y al hacerlo mostró los huecos posteriores de la rodilla. Al enderezarse, los músculos de su espalda y de sus hombros se retorcieron. De pronto, al sentir la mirada de Otto sobre su cuerpo, comenzó a ruborizarse. Su cuello enrojeció tanto como sus mejillas y su frente y toda su cara se puso tensa y sombría, como si estuviera aguantando un dolor o conteniendo un estallido de furia. Sin embargo, las comisuras de su boca suave y sin forma continuaron sonriendo, y después de la primera mirada no volvió a levantar la vista. De repente, arrebató una silla, la colocó en su lugar con un golpe y se marchó deprisa, el cuerpo pleno de torpes y contradictorios movimientos. Otto se

volvió hacia Charles, mostrando todavía los restos de su apasionada contemplación de la muchacha.

—Es un hermoso pedazo de mujer —comentó—. Me gustan las chicas altas y fuertes.

Charles asintió con la cabeza, como si estuviera de acuerdo, y miró a Lutte que seguía bailando con Hans y besándolo.

Un cucú de madera, del tamaño de un colibrí, salió por la puertecilla situada encima del reloj y comenzó a emitir sus sonidos de advertencia. Instantáneamente, todos se pusieron de pie y cada uno abrazó a la persona que tenía más cerca. Las voces decían:

—¡Feliz Año Nuevo, salud, buena suerte! ¡Feliz Año Nuevo, Dios lo bendiga!

Los vasos y las jarras de cerveza danzaban por el aire, describiendo semicírculos y derramando espuma sobre los rostros levantados. Se formó un corro desordenado, con los brazos entrelazados, y se inició una canción confusa que casi de inmediato desembocó en un coro vibrante, en el que las voces hermosas se ondulaban en canciones traviesas que Charles no conocía. Se cimbreó aquel corro, trenzado con sus integrantes, abrió la boca y se puso a tararear una desentonada melodía sin palabras. Se sintió arrastrado por una alegría real, cálida y despreocupada. Aquel era un buen lugar, toda la gente era maravillosa y le gustaban todos los presentes. Finalmente, el corro se quebró, se arremolinó, se aflojó y se deshizo.

Hans se aproximó sonriendo con un lado de la cara, seguido por Lutte. Ambos rodearon a Charles con sus brazos y le desearon un feliz Año Nuevo. El muchacho se balanceó a un lado y al otro con un brazo alrededor de cada uno. Todos sus celos se habían esfumado. Lutte lo besó con dulzura en la boca y él le devolvió la caricia como a un chico. Entonces vieron que Tadeusz se inclinaba sobre Otto, quien estaba tendido sobre la mesa con la cabeza enterrada en los brazos.

—Se ha ido, nos ha abandonado —comentó Tadeusz—. Ahora nos veremos obligados a arrastrarlo adondequiera que vayamos el resto de la noche.

—Supongo que no iremos a ninguna otra parte, por amor de Dios, ¿verdad? —dijo Charles.

De todos modos, Otto se hallaba inconsciente. Lo sostuvieron por los brazos y después de tanto embrollo se encontraron en la acera donde un agente de policía de gran estatura los miró indulgente. Luego pararon un taxi y se sentaron con tanto torpeza que sus pies se enganchaban sin remedio y

todos parecían apoyarse peligrosamente en las ventanillas. Lutte, con una cara resplandeciente pero seria, dijo a todos: «Buenas noches y feliz Año Nuevo».

En la escalera, Otto se derrumbó del todo. Los tres lo subieron con lentitud, deteniéndose a cada peldaño. A veces todo ellos se tambaleaban y perdían el apoyo, entonces pisoteaban a Otto, que gemía y lanzaba chillidos, pero sin resentimiento. Después se erguían y comenzaban de nuevo en medio de salvajes risotadas, mientras se dirigían gestos de asentimiento, como si estuvieran de acuerdo con respecto a alguna inexplicable pero gloriosamente cómica verdad.

—¿Por qué no subimos a gatas? —preguntó Tadeusz—. Quizá esta vez resulte.

Hans desaprobó la idea sin vacilar.

—Nada de andar a gatas —ordenó tomando el mando de inmediato—. Todos sobre sus pies, con la sola excepción de Otto.

Reunieron fuerzas para una última embestida y cada uno alcanzó su propia puerta.

La puerta de la habitación de Rosa se hallaba entreabierta. Por la ranura salía un rayo de luz que se derramaba por el vestíbulo. La observaron con melancólica gravedad, a la espera de que se abriera del todo y apareciera la patrona para regañarlos. Nada ocurrió. Cambiaron de táctica y arrastrando a Otto se acercaron a la puerta, golpearon y gritaron temerariamente:

—¡Feliz Año Nuevo, Rosita! ¡Rosita, feliz Año Nuevo!

En el interior se produjo una pequeña conmoción, la puerta se abrió y Rosa asomó su lacia y bien peinada cabeza. Sus ojos parecían un tanto enrojecidos y dormidos, pero la mujer sonreía con una sonrisa alegre y provocativa. Sus pensionistas estaban borrachos como cubas, pero no parecía suceder nada más grave, gracias a Dios. La mejilla de Hans estaba más descolorida, pero el joven estaba riendo. Charles y Tadeusz conservaban una relativa tranquilidad y trataban de parecer sobrios y responsables, pero sus párpados se caían y los dos miraban de soslayo con aire alegre. Los tres sostenían a herr Bussen, quien colgado de cualquier modo y con las rodillas dobladas, exhibía una confianza feliz e inocente en su cara dormida.

—¡Feliz Año Nuevo, mochuelos! —exclamó Rosa orgullosa de sus pensionistas, quienes sabían cómo festejar un acontecimiento—. Yo también he bebido champán y ponche de Año Nuevo con unos amigos. —Tras una pausa, añadió fanfarrona—: También yo me he puesto un poquito alegre. Ahora vayan a dormir. Es Año Nuevo así que mañana deberán comenzar el año. Buenas noches.

Charles se sentó sobre el edredón de plumas e hizo una serie de contorsiones para desvestirse, quitándose la ropa de cualquier modo y dejándola donde caía. Mientras se ponía el pijama, sus ojos comenzaron a vagar a su alrededor. Primero vio una cosa y después otra, pero ninguna le resultaba familiar, nada parecía pertenecerle. Al fin, advirtió que la torre inclinada había vuelto. Allí estaba, a salvo, detrás del cristal de la vitrina del rincón. Haciendo eses atravesó el cuarto y se aproximó a la torre. Sí, estaba allí, construida de forma muy evidente, pero jamás volvería a ser la misma. Sin embargo, supuso que para Rosa, pobre mujer, aquello sería mejor que nada. Allí estaba, símbolo de algo que una vez había tenido o creyó haber tenido. Pese a los parches y pese a su falta de valor, significaba algo para ella, y Charles volvió a sentir vergüenza por haberla roto. Y repentinamente se hundió. La torre estaba allí, luciendo su osada fragilidad, como si lo desafiara a acercarse. Charles sabía muy bien que bastarían un pulgar y un índice para hacer pedazos los débiles soportes y que los trozos recompuestos caerían de un soplo. Inclinado, suspendido, siempre listo para caer, pero sin caerse jamás del todo, el azaroso y pequeño objeto —un error en primer lugar, un caprichoso dolor de cuello (las torres no deberían ser inclinadas), una curiosidad; como esos cupidos que penden del techo…— tenía algún significado en la mente de Charles. Bien, pero ¿qué significado? Se alborotó el pelo, se frotó los ojos y sacudió la cabeza y bostezó hasta casi descoyuntarse las mandíbulas. ¿Qué episodio anterior le traía a la memoria aquella estúpida torre? Si pudiera descubrir qué era tendría la respuesta de un significado, pero no era el momento apropiado. De todos modos, algo terriblemente urgente estaba actuando en él o alrededor de él, aunque no era capaz de identificarlo. Había algo perecedero, pero amenazador y molesto, que pendía sobre su cabeza o se movía con rabia y peligrosamente a sus espaldas. Si no lograba descubrir justo en ese momento lo que lo perturbaba con tanta intensidad en aquel lugar, quizá nunca llegaría a saberlo. Estaba de pie, soportando su borrachera como un dolor y un peso agobiante, incapaz de pensar y sentía algo que le era desconocido, una infernal desolación de espíritu: el frío y la certidumbre de que en él habitaba la muerte. Cruzó los brazos sobre el pecho y espiró con fuerza. Le invadió un sudor helado. Se dirigió a la cama, se desplomó sobre ella y se acurrucó sintiéndose indeseable.

«Todo lo que necesitas es echarte a llorar para rematar y terminar con esto», se dijo, pero no sintió lástima de sí mismo, porque en ese momento supo que en este mundo no podría aferrarse a nada.

Katherine Anne Porter (15 de mayo de 1890-18 de septiembre de 1980) fue una periodista, escritora de novelas y cuentos, ensayista y activista estadounidense.

Nació en Indian Creek, como Catherina Anne Russell Porter y está considerada como la más importante escritora de Texas. Sus obras pertenecen a la tradición literaria del sur estadounidense. Su novela del año 1962 *La nave de los locos* fue la novela más vendida en los Estados Unidos ese año, pero sus cuentos recibieron mayor aplauso de la crítica. Es conocida por su penetrante perspicacia; su obra trata sobre temas oscuros como la traición, la muerte y el origen de la maldad humana.

Recibió el Premio Pulitzer y el National Book Award en 1966 por *The Collected Stories*. Fue nominada tres veces para el Premio Nobel de Literatura.

Notas

[1] *Local option*: el poder que un cuerpo legislativo concede a una subdivisión política para determinar por votación popular la aplicación local de una ley sobre un asunto polémico, por ejemplo, la venta de bebidas alcohólicas. Se puede deducir que el señor Thompson votaba a favor de la ley seca. *(N. de la T.)* <<

[2] *Dollar-a-year-men*: ejecutivos que apoyaban al gobierno estadounidense durante la guerra. Normalmente cobraban un dólar al día por su trabajo. *(N. de la T.)* <<